BRAD MELTZER

LOS MILLONARIOS

¿Robarías tres millones de dólares si supieras que no te descubrirían?

Lectulandia

Si supiera que no será descubierto ¿robaría tres millones de dólares?
Charlie y Oliver Caruso son hermanos y trabajan en un banco privado tan exclusivo que se necesitan dos millones de dólares para abrir una cuenta. Allí descubren una cuenta abandonada, cuya existencia nadie conoce y que no pertenece a nadie, con tres millones de dólares. Antes de que el estado se quede con el dinero deciden apropiárselo, sin saber que algo que hacen para resolver su existencia estará a punto de costarles la vida.

Lectulandia

Brad Meltzer

Los millonarios

ePUB v1.1
libra_861010 11.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Millionaires*
Brad Meltzer, 2003.
Traducción: Gerardo di Masso

Editor original: libra_861010 (v1.0 - v1.1)

Para Cori,
quien me asombra todos los días
Para Dotty Rubin y Evelyn Meitzer,

Nanny y mi abuela, por enseñarme mi pasado
y, en ese proceso, mostrarme mi futuro

Y en memoria de Ben Rubin y Sol Meitzer, Poppy y abuelo,
cuyo legado aún guía a toda nuestra familia

Agradecimientos

Me gustaría agradecer a las siguientes personas, cuyo constante apoyo es la única razón de que este libro exista: en primer lugar, a Cori. En este mundo hay muchas palabras, pero ninguna es lo bastante buena para expresar lo que ella significa para mí. No sólo estoy enamorado de Cori, sino que estoy asombrado por ella. Por quién es, por lo que hace, y por quién me ayuda a ser. Ella es mi conexión con la realidad y, sin ninguna duda, la mejor razón para abandonar mi Tierra de Nunca Jamás es verla a ella al acabar cada día. C, gracias por corregir los originales; por participar de mis ideas; por soportarme; por creer en cada uno de nuestros sueños. Jill Kneering, amiga, agente, y sueño de cualquier escritor, quien abrazó y alimentó este libro desde el principio. Ella siempre me ha entendido como escritor, y su manera zen de abordar mis manuscritos es más que un simple placer, es magia pura; Elaine Rogers, por cuidar siempre tan bien de nosotros; Ike Williams, Hope Denekamp, Andrea Dudley, y toda la otra increíble gente que nos protege en la Hill & Barlow Agency.

También quiero agradecer a mis padres por la vida que me dieron en Brooklyn y todo el amor que me han dado siempre. Ellos fueron los primeros que me enseñaron la importancia de ser siempre yo mismo, y ellos son la razón de que yo esté hoy aquí; mi hermana, Bari, el Charlie de mi Oliver y el Oliver de mi Charlie. El amor que estos personajes se profesan entre ellos sólo es posible debido a la infancia maravillosamente loca que compartí con mi hermana; Bobby, Dale y Adam Flam y Ami y Matt Kuttler ayudan en todo aquello que necesita ayuda y siempre me hacen sentir en familia; Judd Winick, socio en el crimen, compañero maquinador de la trama, y el amigo que me aportó el momento «eureka» que fue la simiente de este libro. Judd, te ofrezco toda la salutación (como Hawkeye en el último «M*A*S*H»). Gracias, Max; Noah Kuttlei, una de las primeras personas a la que recurrí, por su notable paciencia, brillante intuición y su infinita capacidad para desafiarme como escritor. Me siento abrumado por lo que aporta a las novelas y, lo que es más importante, a nuestra amistad; Ethan y Sally Kline, quienes han demostrado que incluso un océano entre nosotros no impedirá que me ayuden en lo que necesito, desde preparar la edición hasta los cambios en la trama; Paul Brennan, Matt Oshinsky, Paulo Pacheco, Joel Rose y Chris Weiss hicieron que este libro se mantuviese honesto. Su energía es fundamental para todo lo que escribo y espero que sepan realmente cuán importantes son para mí. Hermanos, sin duda. Chuck y Leonor Cohen, nuestra familia en Washington, D. C., quienes dieron un nuevo significado a la expresión «abrieron su hogar» al ceder su casa para el proceso creativo. Sin su ayuda no hubiese podido acabar este libro.

Cuando comencé a escribir esta novela, fue la primera vez que tuve que meterme en un mundo sobre el que no sabía absolutamente nada. Por esa razón le debo una

enorme gratitud a las siguientes personas por haberme puesto al día: sin ninguna duda. Jo Ayn Joey Glazer fue la mejor profesora de investigación que cualquiera puede desear. Ella me guió a través de los detalles, me arrastró por los callejones escondidos y dio vida a uno de mis personajes favoritos. Y, lo que es más importante, es una verdadera amiga; Len Zawitoswski y Rob Ward son unos investigadores asombrosos y unos tíos estupendos a quienes recurrí sin dudarlo un momento. Gracias por la trama y la planificación; Eljay Bowron, John Tomlinson, Greg Regan, Marc Connolly y Jim Mackin fueron mis guías en esa increíble organización que es el servicio secreto, y no puedo agradecerles lo suficiente la confianza que depositaron en mí. Ellos son los verdaderos tíos buenos y les respeto (y al servicio secreto) más de lo que imaginan; Bill Spellings, mi director de construcción de artilugios de alta tecnología, quien hace que James Bond sienta vergüenza; Robin Manix y Bob West, por dedicar tiempo a asegurarse de que yo tenía todos los detalles bancarios que necesitaba; Ashima Dayal, Tom DePont, Mike Higgins, Alex Khutorsky, David Leit, Mary Riley, Denis Russ, Jim Sloan, Don Stebbins y Ken Van Wyk contestaron todas mis preguntas, sin importarles cuán superfluas o estúpidas pudieran ser; Bill Warren y Deborah Warner en Disney, por su fantástica ayuda al llevarme entre bambalinas en el Reino Mágico. El lugar es sencillamente asombroso y agradezco muchísimo su apoyo; Chuck Vance y Larry Sheafe (que son los mejores), Bill Carroll, Andy Podolak y todas esas mentes prodigiosas en el Vanee International por enseñarme a seguir la pista de la gente; Richard Bert, Sheri James y toda las personas maravillosas en el FinCEN, quienes me enseñaron mucho acerca de los delitos financieros y la aplicación de la Icy; Glen Dershowitz, Joe Epstein, Rob Friedsam, Steven Heinemann, Roman Krawciw, Amanda Parness, P. J. Solit, GregStuppler y Jon Weiner, por guiarme a través del mundo financiero; John Byrne, Tom Lasich, Laura Mouck, Charles Nelson y Bob Powis, por sus agudas observaciones sobre los intrincados detalles del proceso de lavado de dinero; Chris Campos, Louis Digeronimo, Nancie Freitas, Mary Alice Hurst, Terry Lenzner, Ted O'Donnell, Rob Rusell, Robert Smith y Joseph T. Wells, quienes compartieron conmigo sus técnicas de investigación; Steve Bernd, David Boyd, Greg Hammond, Peter Mígala y Sean Rogers, que fueron la base de mi equipo de vigilancia de alta tecnología; Cindy Bonnette, Jeannine Butcavage, Vincent Conlon, Mike Martinson y Bill Spiro, por su enorme experiencia y pericia en la industria bancaria; Noel Hillman y Dan Gitner, por su asesoramiento legal; Cary Lubetsky, Eric Meier y Roger White, quienes me volvieron a presentar a mi ciudad natal; Sue Cocking, Greg Cohen, Jon Constine, Tom Deardorff, Edna Farley, Michele y Tom Heidenberger, Karen Kutger, Ray McAllister, Ken Robson, Sharon Silva-Lamberson, Joao Morgado, Debra Roberts, Sheryl Sandeberg, Tom Shaw, y mi padre, por guiarme a través del resto de los detalles; Rob Weisbach, por ser el primero en decir que sí; todos mis amigos

masculinos (ya sabéis a quiénes me refiero…, si sonríes, estoy hablando de ti), por ser los hermanos que viven en este libro; y, como siempre, a mi familia y amigos, cuyos nombres habitan en estas páginas.

Por último, me gustaría agradecer a mi familia en Warner Books: Larry Kirschbaum, Maureen Egen, Tina Andreadis, Emi Battaglia, Karen Torres, Martha Otis, Chris Barba, la fuerza de trabajo de ventas más diligente del negocio del espectáculo, y el resto de la gente asombrosamente amable que siempre me hace sentir en casa cuando estoy allí. Mi sincero agradecimiento y un gran abrazo también para Jamie Raab, por su tremendo entusiasmo y por estar siempre alentando en nuestro rincón. Jamie, nunca podré agradecerte lo suficiente por hacernos miembros de la familia. Finalmente, quiero dar unas gracias masivas a mi editor, Rob McMahon, quien se encarga de todo el trabajo pesado. En pocas palabras, Rob es un príncipe entre los hombres. Su ímpetu editorial es tan honesto como su conducta, y sus sugerencias siempre me empujan a buscar aquello que es mejor. Gracias, Rob, por tu amistad y, lo que es más importante, por tu fe.

El veintitrés por ciento de las personas dicen que robarían si estuviesen seguras de que no les atraparían.

… Pero para vivir fuera de la ley, tienes que ser honesto.

Bob Dylan

1

Sé adónde voy. Y sé quién quiero ser. Por eso acepté este trabajo… y por eso, cuatro años más tarde, continúo soportando a los clientes. Y sus exigencias. Y sus montones de dinero. La mayor parte del tiempo simplemente desean discreción, que es, de hecho, la especialidad del banco. Otras veces, quieren un poco de… toque personal. Suena el teléfono y despliego todo mi encanto.

—Aquí Oliver —digo—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Dónde coño está tu jefe? —una voz de sierra sureña me estalla en el oído.

—¿Perdón?

—¡No me joda, Caruso! ¡Quiero mi dinero!

Hasta que no pronuncia la palabra «dinero» no soy capaz de reconocer el acento. Tanner Drew, el promotor de rascacielos lujosos más importante de la ciudad de Nueva York y patriarca de la Oficina Familiar Drew. En el mundo de los individuos «que están en la cima», una oficina familiar es tan alta como tu fortuna. Rockefeller. Rothschild. Gates y Soros. Una vez contratada, la oficina familiar supervisa a todos los asesores, abogados y banqueros que administran el dinero de la familia. Profesionales que cobran para exprimir al máximo cada centavo. Ya no se habla más con la familia… hablas con la oficina. De modo que si el cabeza del clan me llama personalmente… estoy a punto de perder unos cuantos dientes.

—¿Aún no le ha llegado la transferencia, señor Drew?

—¡Ya puedes apostar que no me ha llegado, gilipollas! ¿Qué coño piensas hacer para solucionar el problema? ¡Tu jefe me prometió que el dinero estaría aquí a las dos! ¡A las dos! —grita.

Lo siento, señor, pero el señor Lapidus está…

—¡Me importa un huevo dónde está…! ¡El tío de *Forbes* me dio de plazo hasta hoy; yo le di a tu jefe ese plazo y ahora te estoy dando a ti ese mismo plazo! ¿Qué otra jodida cosa necesitamos discutir?

Siento la boca súbitamente seca. Todos los años, la revista *Forbes* presenta una lista con las cuatrocientas personas más ricas de Estados Unidos. El año anterior, Tanner Drew ocupó el puesto cuatrocientos tres. No le gustó nada. De modo que este año está decidido a subir un puesto. O tres. Lamentablemente para mí, lo único que se interpone en su camino es una transferencia de cuarenta millones de dólares a su cuenta personal que nosotros, aparentemente, aún no habíamos realizado.

—Espere un segundo, señor, yo…

—No te atrevas a hacerme esp…

Pulso el botón de llamada en espera y aguardo. Un minuto más tarde espero oír la voz de Judy Sklar, la secretaria de Lapidus. Lo único que escucho es un mensaje grabado. Con el jefe en un retiro de socios durante el resto del día, no hay razón

alguna para que ella esté en su despacho. Cuelgo y vuelvo a intentarlo. Esta vez voy directamente a DEFCON Uno. El móvil de Henry Lapidus. A la primera llamada, nadie contesta. Sucede lo mismo con la segunda. Cuando suena por tercera vez sólo puedo mirar la luz roja que parpadea en mi teléfono. Tanner Drew sigue esperando.

Vuelvo a comunicarme con él y cojo mi móvil.

—Estoy esperando que el señor Lapidus devuelva mi llamada —le explico.

—Hijo, si vuelves a dejarme esperando…

Cualquier cosa que esté diciendo, no le presto atención. En cambio, mis dedos se deslizan sobre mi móvil, marcando velozmente el número del busca de Lapidus. En el instante en que oigo el zumbido, introduzco mi extensión y añado el número «1822». La urgencia máxima: doble 911.

—… tra de sus patéticas excusas. ¡Lo único que quiero oír es que la transferencia se ha realizado!

—Lo entiendo, señor.

—No, hijo. No lo entiendes.

«Vamos», imploro, mirando fijamente mi móvil. «¡Suena!»

—¿A qué hora salió la última transferencia? —grita desde el otro lado de la línea.

De hecho, nosotros cerramos oficialmente a las tres…

El reloj tic la pared marca las tres y cuarto.

… pero a veces podemos alargar el horario hasta las cuatro. —Como no responde, añado—. ¿Cuál es el número de cuenta y el banco al que se supone que debe ir?

Drew me da rápidamente todos los datos, que yo garabateo en una pequeña hoja amarilla de Post-it. Finalmente, añade:

—Oliver Caruso, ¿verdad? ¿Ése es tu nombre?

Su voz es suave y relajada.

—Sí, señor.

—De acuerdo, señor Caruso. Eso es todo lo que necesito saber.

Luego, cuelga. Miro mi móvil, que sigue mudo. Aún no hay respuesta.

Tres minutos más tarde ya he llamado y he dejado mensajes en los buscas de todos los socios a quienes tengo acceso. Ninguno responde. Me quito el abrigo y me aflojo la corbata. Después de una rápida búsqueda en el Rodolex de nuestra red, encuentro el número del University Club, sede del retiro de los socios del banco. Cuando comienzo a marcar el número juraría que puedo oír los latidos de mi corazón.

—Está hablando con el University Club —responde una voz femenina.

—Hola, estoy buscando a Henry Lapi…

—Si desea hablar con la telefonista del club o con la habitación de un huésped, por favor pulse cero —continúa diciendo la voz grabada.

Pulso cero y otra voz mecánica dice:

—Todas las telefonistas están ocupadas… por favor, no cuelgue.

Cojo con más fuerza mi móvil y marco frenéticamente los números, buscando a alguien que tenga autoridad. Baraff… Bernstein… Mary en Contabilidad. Nada. Nada. Nada.

«Odio los viernes próximos a la Navidad. ¿Dónde demonios está todo el mundo?»

En mi oído, la voz mecánica de la mujer repite:

—Todas las telefonistas están ocupadas… por favor, no cuelgue.

Estoy tentado de pulsar el botón de pánico y llamar a Shep, que está a cargo de la seguridad del banco, pero… no… es un problema demasiado grave… sin las firmas adecuadas, jamás me lo permitiría. De modo que si no consigo encontrar a alguien que tenga autoridad en el departamento de transferencias, necesito al menos encontrar a alguien en la oficina trasera que pueda…

Ya lo tengo.

Mi hermano.

Con el auricular en una oreja y el móvil en la otra, cierro los ojos y escucho mientras suena su teléfono. Una vez… dos veces…

—Soy Charlie —contesta.

—¿Aún estás aquí?

—No… me marché hace una hora —responde impasible—. Es una creación de tu imaginación.

Decido ignorar el chiste.

—¿Aún sabes dónde guarda su nombre de usuario y su contraseña Mary de Contabilidad?

—Creo que sí… ¿Porqué?

—¡No te muevas de ahí! Bajo en un minuto.

Mis dedos vuelan sobre el teclado del teléfono para conectar la línea con mi teléfono móvil… en caso de que alguien en el University Club responda a la llamada.

Salgo disparado de mi oficina, giro a la derecha y me dirijo directamente hacia el ascensor privado que hay al final del pasillo con paneles de caoba oscura. Me tiene sin cuidado que esté reservado sólo a los clientes. Introduzco el código de seis números de Lapidus en el teclado que hay encima de los botones de llamada y las puertas se abren. A Shep de Seguridad tampoco le gustaría nada esto.

En el instante en que entro en el ascensor, me giro y golpeo el botón de «Cerrar puerta». La semana pasada leí en un libro de negocios que los botones de «Cerrar puerta» de los ascensores están casi siempre desconectados; sólo están allí para que la gente con prisas piense que controla la situación. Enjugo el sudor que perla mi frente y me paso la mano por el pelo castaño oscuro. Luego pulso de nuevo el botón. Y vuelvo a pulsarlo. Es un viaje de tres pisos.

—Vaya, vaya, vaya —exclama Charlie, levantando la vista de una pila de papeles con su eterna sonrisa infantil. Bajando la barbilla, atisba por encima de sus gafas con su clásica montura de concha. Lleva esas gafas desde hace años, mucho antes de que se pusieran de moda. Lo mismo se puede aplicar a su camisa blanca y sus pantalones arrugados. Ambas son prendas poco elegantes que ha cogido de mi armario pero, de alguna manera, le quedan perfectas sobre su cuerpo delgado. Elegancia informal; nunca rebuscada.

»¡Mira quién viene a buscar diversión en los barrios bajos! —se burla—. Eh, ¿dónde está tu chapa «Ya no soy un proletario»?

Ignoro el golpe. Es algo a lo que he tenido que acostumbrarme en los últimos meses. Seis meses, para ser exacto —que es el tiempo que ha transcurrido desde que le conseguí el trabajo en el banco—. Charlie necesitaba el dinero y mamá y yo necesitábamos ayuda para pagar las facturas. Si se hubiese tratado solamente del gas, la electricidad y el alquiler, no hubiéramos tenido problemas. Pero nuestra factura en el hospital… por Charlie; eso siempre se lo ha tomado como algo personal. Es la única razón por la que aceptó el trabajo. Y aunque yo sé que lo considera sólo como una manera de contribuir a la economía familiar mientras escribe su música, no debe resultar fácil para él verme en los pisos de arriba, en una oficina privada con un escritorio de nogal y un sillón de cuero, mientras que él está aquí abajo con los cubículos y la formica beige.

—¿Qué te ocurre? —pregunta mientras me froto los ojos—. ¿La luz de los fluorescentes te hace daño? Si quieres, puedo ir arriba y traer tu lámpara, o quizá debería bajar tu mini alfombra persa… sé de qué modo la alfombra industrial afecta tu…

—¿Quieres hacer el favor de cerrar la boca un momento?

—¿Qué ha pasado? —pregunta, súbitamente preocupado—. ¿Se trata de mamá?

Ésa es siempre su primera pregunta cuando me ve alterado… especialmente después de que los cobradores de morosos le diesen un buen susto el mes pasado.

—No, no se trata de mamá…

—¡Entonces no hagas esas cosas! ¡Has estado a punto de provocarme un ataque de vómitos!

—Lo siento… yo sólo… se me está acabando el tiempo. Uno de nuestros clientes… Se suponía que Lapidus debía hacer una transferencia y me acaban de dejar con el culo al aire porque el dinero aún no ha llegado.

Charlie apoya sus pesados zapatos negros sobre el escritorio, inclina su silla hacia atrás hasta dejarla apoyada en las patas traseras y coge una lata amarilla de Play-Doh de una esquina del escritorio. La levanta a la altura de la nariz, le quita la tapa, husmea la lata como si fuese un niño y se echa a reír. Es la típica risa aguda de hermano pequeño.

—¿Cómo puedes pensar que es divertido? —le pregunto.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Un tío que no ha recibido su dinero ambulante? Dile que espere hasta el lunes.

—Por qué no se lo dices tú… su nombre es Tanner Drew.

La silla de Charlie golpea el suelo con fuerza.

—¿Hablas en serio? —pregunta—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

No contesto.

—Venga, Ollie, no tengo intención de montar un escándalo.

Sigo callado.

—Escucha, si no querías decírmelo, ¿por qué bajaste?

No puedo rebatir ese argumento. Mi respuesta es apenas un susurro.

—Cuarenta millones de dólares.

—¡Cuarenta millones! —grita—. ¿Te has vuelto loco?

—¡Dijiste que no montarías un escándalo!

—Ollie, esto no es como estafarle a un paleto un fajo de billetes. Cuando hablas de ocho dígitos… ni siquiera para Tanner es calderilla… y el tío ya posee la mitad del centro…

—¡Charlie! —grito.

Se interrumpe; ya sabe que estoy jodido.

—Realmente podría necesitar tu ayuda —añado, observando su reacción.

Para cualquier otra persona sería un momento para guardar como un tesoro: una admisión de debilidad que podría volver a inclinar para siempre la balanza entre escritorios de nogal y formica beige. Para ser sincero, probablemente me lo merezco.

Mi hermano me mira directamente a los ojos.

—Dime qué necesitas que haga —dice.

Sentado en la silla de Charlie, introduzco el nombre de usuario y la contraseña de Lapidus. Tal vez no esté en lo más alto del poste totémico, pero sigo siendo un asociado. El asociado más joven… y el único asignado directamente a Lapidus. En un lugar con sólo doce socios, esa circunstancia me lleva mucho más allá que a la mayoría. Lapidus, igual que yo, no creció con un fajo de billetes en el bolsillo. Pero el trabajo adecuado, con el jefe adecuado, le llevó a la Escuela de Administración de Empresas adecuada, que le lanzó hacia la cima en ascensores privados. Ahora está preparado para devolver el favor. Como me dijo el primer día, los planes sencillos son los que funcionan mejor. Yo le ayudo; él me ayuda. Como Charlie, todos tenemos nuestra forma de saldar las deudas.

Mientras me balanceo en el sillón, espero a que el ordenador haga su trabajo. Detrás de mí, Charlie está sentado en el brazo del sillón, apoyado en mi espalda y en el borde de mi hombro para no perder el equilibrio. Cuando inclino la cabeza hacia la

derecha puedo ver nuestras imágenes combadas en la palilalia curva del ordenador. Si echo una mirada rápida, los dos parecemos unos críos. Pero en ese instante, la cuenta corporativa de Tanner Drew aparece en la pantalla… y todo lo demás desaparece.

La mirada de Charlie se clava directamente en el saldo: 126023164,27 dólares.

—¡Bocadillos de mantequilla de cacahuete! Mi saldo es tan bajo que ya no pido refrescos con la comida, ¿y ese tío cree que tiene derecho a quejarse?

Resulta difícil discutirlo; incluso para un banco como el nuestro, es un montón de pasta. Por supuesto, decir que Greene & Greene es sólo un banco es como decir que Einstein era bueno en matemáticas.

Greene &. Greene es lo que se conoce como un «banco privado». Ese es nuestro principal servicio: la privacidad… que es la razón por la que no aceptamos el dinero de cualquiera. De hecho, cuando se trata de clientes, ellos no nos eligen a nosotros; nosotros les elegimos a ellos. Y, como la mayoría de los bancos, exigimos un depósito mínimo. La diferencia reside en que nuestro mínimo es de dos millones de dólares. Y eso es sólo para abrir la cuenta. Si usted tiene cinco millones de dólares, decimos, «Eso está bien, es un buen comienzo». A los quince millones, «Nos gustaría hablar». Y a los setenta y cinco millones y cifras superiores, llenamos el depósito del jet privado y vamos a verle personalmente, «Señor Drew, señor, sí, señor».

—Lo sabía —digo, señalando la pantalla—. Lapidus ni siquiera lo apuntó en el sistema. Seguramente se olvidó por completo de todo el asunto.

Utilizando otra de las contraseñas de Lapidus, tecleo rápidamente la primera parte de la solicitud.

—¿Estás seguro de que puedes usar sin problemas su contraseña de ese modo?

—No te preocupes. Está todo controlado.

—Tal vez deberíamos llamar a Seguridad y Shep…

—¡No quiero llamar a Shep! —insisto, conozco el resultado.

Charlie sacude la cabeza y vuelve a mirar la pantalla. Debajo de «Movimientos actuales» descubre tres desembolsos a través de cheques, todos ellos a nombre de «Kelli Turnley».

—Apuesto a que es su amante —dice.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Porque tiene un nombre como Kelli?

—Será mejor que lo creas, Watson. Jenni, Candi, Brandi —es como un pase familiar a la mansión Playboy— muestra la «i» y tienes el paso libre.

—En primer lugar, estás equivocado. En segundo lugar, sin exagerar, es la cosa más estúpida que he oído en mi vida. Y en tercer…

—¿Cómo se llamaba la primera amante de papá? Déjame pensar… era… ¿Randi?

Con un rápido movimiento, echo el sillón hacia atrás, empujo a Charlie del brazo y me marcho de su cubículo.

—¿No quieres escuchar la historia? —grita a mis espaldas.

Mientras camino por el corredor me concentro en mi móvil, sigo escuchando los saludos grabados del University Club. Furioso, corto la comunicación y vuelvo a llamar. Esta vez me responde una voz auténtica.

—University Club, ¿en qué puedo servirle?

—Estoy tratando de localizar a Henry Lapidus, se encuentra en una reunión en una de sus salas de conferencia.

—Por favor, no cuelgue, señor y le…

—¡No pase la llamada! Necesito hablar con él ahora.

—Sólo soy la telefonista, señor, lo único que puedo hacer es pasar su llamada allí.

Se oye un click y otro ruido.

—Le atiende el Centro de Conferencias del University Club. Todas nuestras telefonistas están ocupadas… por favor, no cuelgue.

Pegado al móvil apuro el paso a través del pasillo y me detengo ante una puerta metálica sin ninguna marca especial. La Jaula, como es conocida en todo el banco, es una de las pocas oficinas privadas en el piso y también sede de todo nuestro sistema de transferencias de dinero. Metálico, cheques, transferencias electrónicas… todo comienza aquí.

Naturalmente, encima del pomo hay una cerradura codificada. El código de Lapidus me franquea la entrada. El Director General entra en todas partes.

Diez pasos detrás de mí, Charlie entra en la oficina, en la que caben seis personas. La habitación rectangular está situada a lo largo de la pared del cuarto piso, pero su interior es similar al de los cubículos: luces fluorescentes, escritorios modulares, alfombra gris. La única diferencia visible son las máquinas de tamaño industrial que hay en todas las mesas. La versión de Contabilidad de Play-Doh.

—¿Por qué siempre tienes que estallar de ese modo? —pregunta Charlie cuando llega a mi lado.

—¿Podemos por favor no hablar de ello aquí?

—Sólo quiero que me digas por qué…

—¡Porque trabajo aquí! —grito, girándome—. ¡Y tú también trabajas aquí; y nuestros problemas personales deberían quedarse en casa! ¿De acuerdo? —Charlie sostiene en las manos un bolígrafo y su pequeño bloc de notas. El estudioso de la vida —. Y no empieces a apuntar esta conversación —le advierto—. No necesito todo esto en una de tus canciones.

Charles mira el suelo, preguntándose si merece la pena discutir.

—Como quieras —dice, bajando el bloc de notas. Nunca lucha por su arte.

—Gracias —le digo, avanzando hacia el interior de la oficina. Pero cuando me acerco al escritorio de Mary, oigo que está garabateando algo a mis espaldas—. ¿Qué haces?

—Lo siento —responde, se echa a reír y apunta las últimas palabras en su bloc de

notas—. Muy bien, he terminado.

—¿Qué es lo que has escrito?

—Nada, es sólo…

—¿Qué es lo que has escrito?

Me muestra la hoja.

—«No necesito todo esto en una de tus canciones» —dice—. ¿Qué te parece como título para un álbum?

No le contesto y vuelvo a concentrarme en el escritorio de Mary.

—Por favor, ¿puedes enseñarme dónde guarda su contraseña?

Charlie se dirige hacia el escritorio más limpio y ordenado de toda la habitación, simula quitar el polvo de la silla de Mary, se sienta y extiende una mano hacia los tres marcos de plástico que se encuentran junto al ordenador. Hay un niño de doce años con un balón pequeño y ovalado de fútbol americano, un niño de nueve años que viste un uniforme de béisbol y una niña de seis años posando con un balón de fútbol. Charlie coge decididamente la fotografía del futbolista americano y le da la vuelta. Debajo de la base del marco aparecen el nombre de usuario y la contraseña de Mary: marydamski: 3BUG5E. Charlie sacude la cabeza y sonríe.

—El primogénito. El hijo más amado.

—¿Cómo sabías…?

—Es posible que Mary sea la reina de los números, pero odia los ordenadores. Un día vine a verla, me preguntó cuál sería un buen escondite y le dije que lo intentara con las fotos.

Típico de Charlie. El amigo de todos.

Enciendo el ordenador de Mary y echo un vistazo al reloj de la pared: 15.37. Apenas un poco más de veinte minutos. Introduzco su contraseña y busco directamente el archivo de *Desembolso de fondos*. La transferencia de Tanner está en la cola en la pantalla de Mary esperando la aprobación final. Tecleo el código del banco de Tanner y añado el número de cuenta que me dio hace unos minutos.

—¿Cantidad solicitada?

Casi duele escribir: cuarenta millones de dólares.

—Eso es un montón de boniatos —dice Charlie.

Vuelvo a mirar el reloj: 15.45. Aún nos quedan quince minutos.

Detrás de mí, Charlie vuelve a apuntar algo en su bloc de notas. Es su mantra: *Agarra el mundo; come un amargón*. Muevo el cursor a «Enviar». Ya casi he terminado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dice Charlie. Antes de que pueda contestar, añade—. ¿Qué pasaría si todo esto no fuese más que un montaje?

—¿Qué?

—Todo el asunto… la llamada telefónica, los gritos… —Charlie se echa a reír

mientras acaba el argumento en su cabeza—. Con todo el caos que había, ¿cómo sabes que se trataba del auténtico Tanner Drew?

Siento que todo el cuerpo se pone tenso.

—¿Perdona?

—Quiero decir, el tío tiene una oficina familiar, ¿cómo sabes qué voz tiene Drew?

Dejo el ratón y trato de ignorar el escalofrío que recorre los pelos de mi nuca. Me vuelvo hacia mi hermano. Ha dejado de escribir.

2

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Crees que se trata de un montaje?

—No tengo ni la más remota idea, pero piensa en lo fácil que ha sido: un tío llama, te amenaza diciendo que quiere sus cuarenta millones de pavos, luego te da un número de cuenta y dice «Hazlo».

Vuelvo a mirar el número de cuenta de once dígitos que brilla en la pantalla delante de mí.

—No —insisto—. No es posible.

¿No es posible? Es como esa novela que publican cada año: el malo engaña al héroe desde el principio…

—¡Esto no es un estúpido libro! —grito—. ¡Se trata de mi vida!

—Se trata de nuestras vidas —añade Charlie—. Y lo único que estoy diciendo es que, en el momento en que pulses esa tecla, el dinero podría ir a parar directamente a algún banco en las Bahamas.

Mis ojos permanecen clavados en el brillo que desprende el número de la cuenta. Cuanto más lo miro, más parece brillar.

—Y sabes muy bien quién se las cargará si ese dinero desaparece…

Charlie se muestra muy prudente al decirlo. Como ambos sabemos, Greene & Greene no es como un banco normal. Citibank, Bank of America… ésas son grandes corporaciones sin rostro. Aquí no. Nosotros todavía somos una sociedad estrechamente constituida. Para nuestros clientes, eso nos mantiene exentos de algunas de las exigencias gubernamentales en cuanto a información, lo que nos ayuda a conservar la confidencialidad; lo que mantiene nuestros nombres fuera de los documentos; lo que nos permite escoger sólo a los clientes que queremos. Como ya he dicho: usted no abre una cuenta en Greene. Nosotros la abrimos con usted.

A cambio, los socios consiguen gestionar importantes cantidades de dinero con más libertad. Y lo que es más importante aún —mientras sigo mirando la transferencia de cuarenta millones de dólares de Tanner— cada socio es personalmente responsable de todos los valores del banco. En el último balance, controlábamos trece billones de dólares. Billones. Con B. Dividido por doce socios.

Olvídate de Tanner. Ahora sólo puedo pensar en Lapidus. Mi jefe. Y la persona que me hará tragar la carta de despido si pierdo a uno de los clientes más importantes del banco.

—Te digo que no es posible que se trate de un montaje —insisto—. La semana pasada oí a Lapidus que hablaba de esta transferencia. Quiero decir, no es como si Tanner hubiese llamado de ninguna parte.

—A menos, por supuesto, que Lapidus forme parte de…

—¿Quieres dejarlo ya? Estás empezando a sonar como… como…

—¿Como alguien que sabe de qué está hablando?

—No, como un lunático paranoico ajeno a la realidad.

—Debo decirte que me siento ofendido por la palabra «lunático». Y por las palabras «ajeno a».

Tal vez deberíamos llamarle para asegurarnos.

No es mala idea dice Charlie.

El reloj de la pared dice que me quedan cuatro minutos. ¿Qué es lo peor que puede hacer una llamada telefónica?

Busco rápidamente el número de la casa de Tanner en la Guía de Clientes. Sólo consta el número de teléfono de la oficina familiar. A veces, la privacidad te toca los huevos. Al no tener otra alternativa, marco el número y miro el reloj. Tres minutos y medio.

—Oficina Familiar Drew —contesta una mujer.

—Soy Oliver Caruso de Greene & Greene. Necesito hablar con el señor Drew. Se trata de una emergencia.

—¿Qué clase de emergencia? —pregunta ella. Prácticamente puedo oír el tono burlón.

—De cuarenta millones de dólares.

Hay una pausa.

—Espere, por favor.

—¿Le están buscando? —pregunta Charlie.

Ignoro su pregunta, vuelvo al menú de transferencia electrónica y muevo el cursor a «Enviar». Charlie se sienta nuevamente en el brazo del sillón y me coge la camisa con fuerza a la altura del hombro.

—Mamá necesita un nuevo par de zapatos de tacón… —susurra.

Treinta segundos más tarde, oigo nuevamente a la secretaria en el otro extremo de la línea.

—Lo siento, señor Caruso, pero el señor Drew no contesta.

—¿Tiene móvil?

—Señor, no estoy segura de que comprenda…

—En realidad, la comprendo perfectamente. Ahora necesito su nombre para poder decirle al señor Drew con quién estuve hablando.

Otra pausa.

—Aguarde, por favor.

Nos quedan un minuto y diez segundos. Sé que el banco está sincronizado con la Reserva Federal, pero solamente se puede interrumpir el proceso a último momento.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Charlie.

—Lo conseguiremos —le digo.

Cincuenta segundos.

Mis ojos están fijos en el botón digital de «Enviar». En la parte superior de la pantalla ya ha desaparecido la línea que dice cuarenta millones de dólares, pero ahora es lo único que veo. Pongo el teléfono en modalidad «Altavoz» para tener las manos libres. Siento que la presión de la mano de Charles aumenta sobre mi hombro.

Treinta segundos.

—¿Dónde coño se ha metido esa mujer?

Mi mano tiembla de tal modo sobre el ratón que el cursor se mueve por toda la pantalla. No tenemos ninguna posibilidad.

—Ya está —dice Charlie—. Ha llegado el momento de tomar una decisión.

Tiene razón. El problema es que… yo… simplemente no puedo hacerlo. Me giro hacia mi hermano en busca de ayuda. No dice nada, pero puedo oírlo todo perfectamente. El sabe de dónde venimos. Sabe que me he estado matando durante cuatro años en este banco. Para todos nosotros, este trabajo es nuestra vía de escape de la sala de urgencias. Cuando faltan veinte segundos, Charlie asiente con un movimiento apenas perceptible.

Eso es todo lo que necesito, sólo un ligero empujón para comer el amargón. Vuelvo a mirar el monitor. «Aprieta el botón», me digo. Pero cuando estoy a punto de hacerlo, todo mi cuerpo se paraliza. Mi estómago comienza a desintegrarse y el mundo se convierte en una mancha borrosa.

—¡Venga! —grita Charlie.

Las palabras resuenan, pero se pierden. Estamos en los segundos finales.

—¡Oliver, aprieta ese jodido botón!

Dice algo más, pero lo único que siento es el violento tirón en la camisa. Charlie me aparta y se inclina hacia adelante. Veo que su mano baja a toda velocidad y aporrea el ratón con el puño cerrado. En la pantalla, el icono de «Enviar» se convierte en su propio negativo y luego vuelve a aparecer. Tres segundos más tarde una caja rectangular aparece en la pantalla:

«Status: Pendiente.»

—¿Significa eso que hemos…?

«Status: Aprobado.»

Ahora Charlie comprende qué es lo que estamos mirando. Yo también.

«Status: Pagado.»

Ya está. Todo enviado. Un correo electrónico de cuarenta millones de dólares.

Ambos miramos fijamente el teléfono, esperando una respuesta. Sólo obtenemos un silencio devastador. Tengo la boca abierta. Charlie finalmente suelta mi camisa. Nuestros pechos suben y bajan al mismo ritmo… aunque por razones completamente diferentes. Luchar y huir. Me vuelvo hacia mi hermano… mi hermano pequeño… pero no dice una palabra. Y entonces se oye un ruido en el teléfono. Una voz.

—Caruso —gruñe Drew con un acento sureño que ahora es tan inconfundible

como un tenedor en el ojo— si no se trata de una llamada de confirmación, será mejor que comiences a rezar.

—Lo… lo es, señor —digo, conteniendo una sonrisa—. Es sólo una confirmación.

—Muy bien. Adiós.

La comunicación ha terminado.

Me vuelvo pero es demasiado tarde. Mi hermano se ha marchado.

Salgo rápidamente de La Jaula y busco a Charlie, pero, como siempre, es demasiado veloz. En su cubículo, aferro con las dos manos el borde superior de su pared, me impulso hacia arriba y atisbo en su interior. Con los pies apoyados encima del escritorio está garabateando algo en un cuaderno de notas verde con espiral, tiene el capuchón del bolígrafo en la boca y está perdido en sus pensamientos.

—¿Estaba feliz Tanner? —pregunta sin darse la vuelta.

—Sí, estaba realmente emocionado. No hacía más que darme las gracias… una y otra vez. Finalmente, le dije algo así como: «No, no hay necesidad de que me incluya en el perfil de *Forbes*, haber podido contribuir a que usted forme parte de los cuatrocientos principales es todo el agradecimiento que necesito.»

—Eso es genial —dice Charlie, mirándome por fin—. Me alegro de que todo haya salido bien.

Odio cuando hace eso.

—Adelante —imploro—. Suéltalo.

Deja caer los pies al suelo y lanza el cuaderno de notas sobre el escritorio. Aterriza justo al lado del Play-Doh, que se encuentra a escasos centímetros de su colección de soldados verdes, que está justo debajo de la pegatina en blanco y negro de su monitor que dice: «¡Traiciono al Hombre todos los días!»—Escucha, lamento haber reaccionado de ese modo —digo.

—No te preocupes, hermano, le pasa a todo el mundo.

Dios mío, ¡qué suerte tener ese temperamento!

—¿O sea que no te he decepcionado?

—¿Decepcionado? Era tu cachorro, no el mío.

Lo sé… es sólo que… siempre te estás metiendo conmigo porque me vuelvo blando…

—Bueno, desde luego eres un tío blando; toda esta vida lujosa y codearte con los poderosos… eres como el culo de un bebé.

—¡Charlie…!

—Pero no un culo de bebé blando, sino uno de esos culos completamente duros, como el de un bebé de sumo o algo así.

No puedo evitar sonreír ante la broma. Aunque no es tan buena como la que me

hizo hace tres meses, cuando intentó hablar con voz de pirata durante todo el día (cosa que hizo).

—¿Qué te parece si dejas que te lo agradezca con una cena?

Charlie me estudia durante un momento.

—Sólo si no vamos en un coche privado.

—¿Quieres dejarlo ya? Sabes que el banco lo pagará después de todo lo que hemos hecho esta noche.

Charlie sacude la cabeza en señal de desaprobación.

—Has cambiado, tío… ya no te reconozco…

—Está bien, de acuerdo, olvida el coche. ¿Qué me dices de un taxi?

—¿Qué me dices del metro?

—Yo pagaré el taxi.

—Que sea un taxi entonces.

Diez minutos más tarde, después de una breve parada en mi oficina, estamos en el séptimo piso esperando el ascensor.

—¿Crees que te darán una medalla?

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por hacer mi trabajo?

—¿Hacer tu trabajo? Vaya, ahora pareces uno de esos héroes de barrio que han sacado a una docena de gatitos de un edificio en llamas. Afronta los hechos, Supermán, le has ahorrado a este lugar una pesadilla de cuarenta millones de dólares, y no de las buenas precisamente.

—Bueno, sí, pero hazme un favor y modera ese tono triunfal durante un tiempo. Aunque haya sido por una buena razón, hemos robado las contraseñas de otras personas para poder conseguirlo.

—¿Y?

—Y sabes muy bien cómo se las gastan aquí con las cuestiones de seguridad…

Antes de que pueda terminar, el ascensor llega al piso con un ligero sonido y las puertas se abren. A esta hora espero que esté vacío, pero, en cambio, un hombre grueso con el pecho de un jugador de fútbol americano está apoyado contra la pared del fondo. Shep Graves: el jefe de Seguridad del banco. Vestido con camisa y corbata que sólo pueden haber sido compradas en la tienda local de Big & Tall, Shep sabe cómo mantener erguidos los hombros para que su cuerpo que frisa en los cuarenta parezca lo más joven y fuerte posible. Para este trabajo —proteger nuestros trece billones de dólares— tiene que hacerlo. Incluso con la tecnología más avanzada a su disposición, no existe un factor más disuasorio que el miedo, que es la razón por la que decido dar por acabada nuestra discusión sobre Tanner Drew en cuanto entramos en el ascensor. De hecho, cuando se trata de Shep, excepto por alguna charla circunstancial e insignificante, nadie en el banco habla realmente con él.

—¡Shep! —exclama Charlie al verle—. ¿Cómo está mi guardián favorito de las malversaciones?

Shep extiende la mano y Charlie le toca los dedos como si fuesen las teclas de un piano.

—¿Te has enterado de lo que ocurre en el Madison? —pregunta Shep con una torpe sonrisa de boxeador. Hay vestigios de un acento de Brooklyn, pero cualquiera que sea su lugar de origen, no quedan rastros de él—. Hay una chica que quiere jugar con el equipo universitario de baloncesto de los tíos.

—Bien… así es como debería ser. ¿Cuándo la veremos jugar?

—Hay programado un partido dentro de dos semanas…

Charlie sonríe.

—Tú conduces; yo pago.

—Los partidos son gratis.

—Muy bien, también pagaré por ti —dice Charlie. Al advertir mi silencio, me hace señas para que me acerque—. Shep, ¿conoces a mi hermano, Oliver?

Nos saludamos moviendo ligeramente la cabeza.

—Me alegro de verte —decimos al unísono.

—Shep fue a Madison —dice Charlie, refiriéndose orgullosamente a nuestro viejo instituto rival en Brooklyn.

—¿De modo que tú también fuiste al Sheepshead Bay? —pregunta Shep. Es una simple pregunta, pero el tono de su voz… parece un interrogatorio.

Asiento con la cabeza y me vuelvo para apretar el botón de «Cerrar puerta». Luego vuelvo a apretarlo. Finalmente, las puertas se cierran.

—¿Qué estáis haciendo todavía aquí? Todo el mundo se ha marchado —pregunta —. ¿Algo interesante?

No contesto rápidamente—. Lo de siempre.

Charlie me mira sorprendido.

—¿Sabías que Shep trabajó en el servicio secreto? —pregunta.

—Eso es genial —digo sin apartar la vista del menú de cinco platos que han colocado encima de los botones del ascensor.

El banco tiene su propio *chef* sólo para los clientes que vienen de visita. Es la forma más sencilla de impresionarles. Hoy han servido costillas de cordero y aperitivos de arroz con romero. Sospecho que se trataba de un cliente de veinte a veinticinco millones de dólares. Las costillas de cordero sólo aparecen en el menú si tienes más de quince millones.

El ascensor reduce la velocidad en el quinto piso y Shep se aparta de la pared del fondo.

—Aquí me bajo yo —anuncia, dirigiéndose hacia la puerta—. Que disfrutéis del fin de semana.

—Tú también —dice Charlie. Ninguno de los dos dice nada hasta que las puertas vuelven a cerrarse—. ¿Qué pasa contigo? —me recrimina Charlie—. ¿Desde cuándo eres tan aguafiestas?

—¿Aguafiestas? ¿Eso es todo lo que se te ocurre, abuelita?

—Hablo en serio. Shep es un buen tío, no tenías ningún motivo para tratarle de ese modo.

—¿Qué querías que dijera, Charlie? Ese tío no hace otra cosa que rondar por el edificio y actuar de un modo sospechoso. Entonces, entras en el ascensor y de pronto se convierte en el Señor Alegría.

—Verás, ahí es donde te equivocas. Shep es siempre el Señor Alegría (de hecho, es un arco iris de sabores frutales), pero tú estás tan ocupado con Lapidus, Tanner Drew y todos los demás peces gordos que olvidas que la gente insignificante también sabe hablar.

—Te pedí por favor que dejaras de…

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con un taxista, Ollie? Y no me refiero a decirle «la 53 con Lexington», estoy hablando de una conversación: «¿Cómo está? ¿A qué hora ha comenzado el servicio? ¿Alguna vez ha visto a alguien follando en el asiento trasero?»

—¿O sea que eso es lo que piensas? ¿Que soy un esnob intelectual?

—No eres lo bastante inteligente para ser un esnob intelectual, pero sí eres un esnob cultural.

Las puertas del ascensor se abren y Charlie se apresura a salir al vestíbulo, que está lleno de antiguas y hermosas mesas escritorio que aportan la exacta sensación de dinero añejo.

Cuando los clientes entran y la colmena está hirviendo de banqueros, es lo primero que ven sus ojos; a menos que estemos tratando de atrapar a alguien realmente importante, en cuyo caso le introducimos por la entrada privada que hay en la parte posterior del edificio y le conducimos junto al *chef* Charles y su oh-debería-examinar-nuestra-cocina-de-un-millón-de-dólares-sólo-para-nosotros. Charlie pasa velozmente junto a la cocina. Estoy justo detrás de él.

—Sin embargo no debes preocuparte —dice—. Aún te quiero… aunque Shep no lo haga.

Cuando llegamos a la salida lateral, introducimos nuestros códigos en el teclado que hay justo en la parte interior de la gruesa puerta de metal. Se abre con un chasquido y nos franquea el paso a una pequeña antecámara con una puerta giratoria en el otro extremo. En la jerga de la industria la llamamos trampa para hombres. La puerta giratoria no se abre hasta que no se haya cerrado la pesada puerta metálica a nuestras espaldas. Si hay algún problema, ambas puertas se cierran y quedas atrapado.

Charlie cierra la puerta de metal detrás de él y se oye un ligero siseo. Los cerrojos de titanio caen con estrépito. Cuando la puerta está herméticamente cerrada, se oye un fuerte ruido delante de nosotros. Los cerrojos magnéticos de la puerta giratoria comienzan a abrirse. En ambos extremos de la habitación hay dos cámaras tan bien ocultas que ignoramos dónde las han instalado exactamente.

—Vamos —dice Charlie, iniciando la marcha.

Salimos por la puerta giratoria y comenzamos a mojarnos en las calles bordeadas de nieve sucia de Park Avenue. Detrás de nosotros, la fachada de ladrillo del banco se desvanece discretamente en el paisaje de escasa altura, que es precisamente uno de los principales motivos por los que uno acude a un banco privado. Como si fuese una versión norteamericana de un banco suizo, estamos aquí para guardar sus secretos. Esa es la razón por la que el único signo en la fachada es una placa de bronce diseñada-para-pasar-inadvertida donde se lee «Greene & Greene, fundado en 1870». Y aunque la mayoría de la gente jamás ha oído hablar de bancos privados, están mucho más cerca de lo que imagina. Es el edificio pequeño y discreto delante del cual pasamos todos los días, el que no tiene ninguna referencia visible, no muy lejos de ATM, donde la gente siempre pregunta: «¿Qué debe de haber ahí dentro?» Eso somos nosotros. Justo ante las narices de todo el mundo. Somos muy buenos pasando inadvertidos.

¿Merece eso unos elevados honorarios? Y ésta es la pregunta que les hacemos a los clientes: ¿Ha recibido recientemente alguna oferta por correo de tarjeta de crédito? Si la respuesta es afirmativa, significa que alguien le ha traicionado. Y con toda probabilidad ha sido su banco, que ha examinado su información personal y ha dibujado luego una diana en su espalda. Desde el estado de su cuenta hasta su dirección particular y su número de la Seguridad Social, todo está allí para que el mundo lo pueda ver. Y comprar. No hace falta decir que a la gente rica no le gustan esas cosas.

A través de un ligero manto de nieve recién caída, Charlie se dirige hacia la calle. Una mano alzada nos consigue un taxi; un pedal de acelerador nos lleva hasta el centro; y una mirada de mi hermano hace que le pregunte al taxista:

—¿Qué, qué tal el día?

—Bastante bien —dice el hombre—. ¿Y usted?

—Genial —digo, con la mirada clavada en el cielo oscuro al otro lado de la ventanilla. Hace una hora tenía en mis manos cuarenta millones de dólares. Y ahora estoy sentado en el asiento trasero de un viejo taxi. Cuando entramos en el puente de Brooklyn miro por encima del hombro. Toda la ciudad, con sus brillantes luces y la encumbrada línea del cielo, todo el escenario queda enmarcado por la ventanilla trasera del taxi. Cuanto más avanzamos, más pequeño se vuelve el cuadro. Cuando llegamos a casa ha desaparecido por completo.

Finalmente, el taxi se detiene delante de un edificio de cuatro pisos del año 1920 justo en el borde de Brooklyn Heights. Técnicamente forma parte del duro distrito de Red Hook, pero la dirección sigue siendo Brooklyn. Es verdad, la escalera delantera tiene uno o dos ladrillos que están flojos o han desaparecido, los barrotes de metal de la ventana de mi apartamento del sótano están oxidados y abollados, y la entrada aún está cubierta por una capa de hielo sin derretir, pero el alquiler es barato y me permite vivir solo en un barrio al que me siento orgulloso de llamar mi hogar. Eso me da tranquilidad, es decir, hasta que veo quién me está esperando en la escalera del frente.

Dios mío. Ahora no.

Nuestras miradas se encuentran y sé que tendré problemas.

Charlie lee la expresión de mi rostro y sigue mi mirada.

—En fin —murmura—. Ha sido un placer conocerte.

3

—¡Ahí tienes! ¡Paga! —grito, arrojándole a Charlie mi cartera y abriendo bruscamente la puerta del taxi. Saca un billete de veinte, le dice al taxista que se quede con el cambio y se baja del coche. No se perdería esto por nada del mundo.

Me deslizo sobre la fina capa de hielo y adopto un tono de disculpa.

—Beth, no sabes cuánto lo siento… ¡lo olvidé por completo!

—¿Olvidar qué? —pregunta ella con un tono de voz tranquilo y agradable.

—Nuestra cena… que te había invitado a casa…

—No te preocupes, ya está hecho.

Mientras Beth habla, descubro que se ha alisado totalmente la larga cabellera castaña.

—Tengo mi propia llave, ¿recuerdas? —dice Beth.

Pasa junto a mí, pero aún estoy desconcertado.

—¿Adónde vas?

—Gaseosas. Se han acabado.

—Beth, por qué no dejas que yo…

—Entra y ponte cómodo, volveré dentro de un momento.

Se aparta de mí y ve a Charlie.

—¿Cómo estás, bomboncito?

Charlie abre los brazos con intención de darle un gran abrazo. Ella no parece interesada en corresponderle.

—Hola, Charlie.

Beth intenta esquivarle pero Charlie se planta delante de ella.

—¿Cómo está el mundo de la contabilidad corporativa? —pregunta.

—Muy bien.

—¿Y tus clientes?

—También.

—¿Y la familia?

—Bien. —Ella sonríe, montando su mejor defensa. No es una sonrisa de fastidio; tampoco una sonrisa cansada; ni siquiera es una sonrisa del tipo quítate-de-mi-camino-jodido-mosquito-drogado. Sólo una de las agradables y relajadas sonrisas típicas de Beth.

—¿Y qué piensas de los helados de vainilla? —pregunta Charlie, alzando una ceja diabólica.

—Charlie —le advierto.

—¿Qué? —Se vuelve hacia Beth para decirle—: ¿Estás segura de que no te importa si me cuelo en tu cena?

Beth me mira, luego mira a Charlie.

—Tal vez sería mejor que os dejara solos.

—No digas tonterías —insisto.

—No hay problema —añade ella moviendo la mano en el aire en un gesto que significa que no debo preocuparme. Beth jamás se queja—. Deberíais pasar algún tiempo juntos. Oliver, te llamaré más tarde.

Antes de que ninguno de los dos pueda detenerla, se aleja calle arriba. Los ojos de Charlie están fijos en los botas de nieve L. L. Bean que calza Beth.

—Dios mío, todas las chicas de la asociación estudiantil femenina llevaban esas mismas botas —murmura. Le pellizco con fuerza en la espalda. Pero eso no basta para cerrarle la boca. Mientras Beth se aleja, su abrigo de pelo de camello se mueve detrás de ella—. Igual que Darth Vader… simplemente aburrida —añade Charlie.

El sabe que Beth no puede oírle, lo que empeora aún más las cosas.

—Daría mi huevo izquierdo por ver cómo cae de culo. —Cuando Beth ha desaparecido por la esquina dice—: No ha habido suerte. Adiós, muñeca.

Miro a Charlie con dureza.

—¿Por qué siempre tienes que burlarte de Beth de ese modo?

—Lo siento, pero ¡me lo pone tan fácil!

Me doy la vuelta y camino rápidamente hacia la puerta.

—¿Qué? —pregunta.

Grito sin mirarle. Igual que papá.

—Puedes llegar a ser un auténtico capullo, ¿lo sabías?

Lo piensa durante un momento.

—Supongo que sí.

Nuevamente, me niego a mirarle. El sabe que ha ido demasiado lejos.

—Venga, Ollie, sólo es una broma —dice, alcanzándome al pie de la escalera de ladrillos flojos—. Es sólo que estoy secretamente enamorado de ella.

Meto la llave en la cerradura y hago ver que no está allí. Eso dura dos segundos.

—¿Por qué la odias tanto?

—Yo no la odio, yo sólo… odio todo lo que representa. Las botas, la sonrisa tranquila, la incapacidad para expresar nada que se parezca a una opinion… no es lo que yo… No es lo que tú deberías querer para ti mismo.

—¿De verdad?

—Hablo en serio —dice, mientras abro el tercer pestillo—. Es lo mismo que este diminuto apartamento en el sótano. Sin ánimo de ofender, pero es como tomar una píldora azul y despertarse en una pesadilla de comedia de enredo joven urbana de veintitantos.

—No te gusta Brooklyn Heights, eso es todo.

—Tú no vives en Brooklyn Heights —insiste—. Vives en Red Hook. ¿Lo entiendes? Red. Hook.

Abro la puerta y Charlie me sigue al interior del apartamento.

—Bien, los Rotuladores Mágicos y el color me impresionan —dice, recorriendo el apartamento—. Mira quién se ha encargado de la decoración.

—No sé de qué estás hablando.

—No te hagas el modesto conmigo, Versace. Cuando te mudaste a este apartamento tenías un colchón de Goodwill usado y lleno de manchas, un armario que robaste de nuestro dormitorio, y la mesa y las sillas que mamá y yo compramos en Kmart como regalo para la casa. Y ahora, ¿qué es lo que veo en la cama? ¿Es el último modelo de edredón Calvin Klein? Además de esa pintura agrietada *faux antique* estilo Martha Stewart que cubre el armario, y la mesa con esa imitación de un mantel Ralph Lauren, perfectamente puesta para dos. No creas que he pasado por alto ese toque de enamorada. Y aunque veo lo que estás tratando de hacer, hermano… todo esto es un síntoma de un problema más profundo.

Charlie repite las últimas palabras para sí mismo. «Síntoma de un problema más profundo.» En la cocina saca su cuaderno de notas y lo apunta. «Para algunos, la vida es una audición», añade. Su cabeza se mueve al ritmo de una rápida melodía. Cuando se pone así, le lleva unos cuantos minutos, de modo que lo dejo estar. Su mano se detiene súbitamente, luego comienza a escribir deprisa en el cuaderno de notas. El bolígrafo araña con furia la superficie del papel. Cuando pasa a la página siguiente alcanzo a ver un boceto pequeño y perfecto de un hombre saludando delante de un telón. Ya ha terminado con la escritura, ahora está dibujando.

Es lo primero que se manifestó de forma natural en él, y cuando quiere, Charlie puede ser un artista increíble. Tan increíble que, de hecho, la Escuela de Artes Visuales de Nueva York quiso examinar su irregular expediente del instituto y le concedió una beca universitaria completa. Dos años más tarde trataron de orientar su carrera hacia el trabajo comercial, como la publicidad y la ilustración. «Es una vida agradable», le dijeron. Pero en el instante en que Charlie vio que convergían arte y carrera, se largó y acabó sus últimos dos años en la Universidad de Brooklyn estudiando música. Yo le estuve gritando durante dos días. Él me dijo entonces que la vida es algo más que diseñar el nuevo logotipo para un envase de detergente.

A través de la habitación le oigo caminar por el resto del apartamento y olfatear el aire.

—Mmmmmm… huele a Oliver —anuncia—. Ambientador y olor a pantuflas.

—Sal de mi cuarto de baño —le grito desde la cama, donde ya he abierto mi maletín para buscar unos papeles de trabajo.

—¿Nunca descansas? —pregunta Charlie—. Es fin de semana, puedes relajarte.

—Necesito acabar esto —contesto.

—Escucha, lamento haber hecho la broma de la vainilla…

—Necesito acabar esto —insisto.

El conoce ese tono de voz. Se sienta a los pies de la cama y deja que reine el silencio.

Dos minutos después, la ausencia de ruido surte efecto.

—A veces odio a la gente rica —me quejo.

—No, no es verdad. —Se burla—. Te encanta. Siempre te ha encantado. Cuanto más dinero tienen, más encantadores los encuentras.

—Hablo en serio —digo—. Es como si, una vez que consiguen una buena pasta, ¡zas!, pierden el contacto con la realidad. Quiero decir, mira a este tío… —Cojo la primera hoja de la pila de papeles y la lanzo hacia él—. A este imbécil se le traspapelan tres millones de dólares durante cinco años. ¡Se olvida de tres millones de dólares durante cinco años! Pero cuando le decimos que estamos a punto de quitárselos, entonces es cuando se despierta y quiere recuperarlos.

Lee la carta firmada por un tal Marty Duckworth.

> Gracias por su carta […] por favor tomen nota de que he abierto una nueva cuenta en el siguiente banco de Nueva York […] envíen allí por favor el saldo de mi capital.

Pero para Charlie no es más que otra petición normal de transferencia de fondos.

—No lo entiendo.

Señalo la pequeña pila de papeles que tiene delante.

—Se trata de una cuenta abandonada. —Sé que se ha perdido, de modo que añado —. Según las leyes del estado de Nueva York, cuando un cliente no tiene movimientos en su cuenta durante cinco años, el dinero vuelve a manos del estado.

—Eso no tiene sentido, ¿quién sería capaz de abandonar su propio dinero?

—Principalmente la gente que está muerta —digo—. Es algo que sucede en todos los bancos del país; cuando alguien muere, o cae enfermo, a veces se olvidan de hablarle a su familia acerca de sus cuentas. El dinero simplemente se queda allí durante años, y si en la cuenta no hay ninguna actividad, finalmente se clasifica como «inactiva».

—¿De modo que, una vez transcurridos cinco años, enviamos el dinero al gobierno?

—Ésa es una parte del trabajo que estoy haciendo. Cuando ya han pasado cuatro años y medio, estamos obligados a enviar una carta de advertencia diciendo: «Su cuenta será transferida al estado.» En ese momento, cualquier persona que aún viva suele responder, lo cual es mucho mejor para nosotros, ya que el dinero se queda en el banco.

—¿O sea que ésa es tu responsabilidad? ¿Tratar con los muertos? Tío, y yo que

pensaba que mis habilidades con el servicio de atención al cliente eran malas.

—No te rías, algunos de esos tíos aún viven. Es sólo que olvidan dónde han dejado el dinero.

—Como ese señor Tres Millones de Dólares Duckworth.

—Ése es nuestro hombre —digo—. Lo malo es que quiere transferir su dinero a otro banco.

Charlie relee el texto de la carta enviada por fax. Pasa los dedos sobre la firma borrosa. Luego, sus ojos vuelven al encabezamiento de la página. Algo llama su atención. Sigo el movimiento de sus dedos. El número de teléfono que figura en la parte superior del fax. Pone esa cara de alguien que huele a podrido.

—¿Cuándo has recibido esta carta? —pregunta Charlie.

—Hoy, en algún momento, ¿por qué?

—¿Y cuándo hay que transferir ese dinero al estado?

—El lunes, supongo que es la razón por la que envió la carta por fax.

—Sí —Charlie asiente, aunque sé que no me está escuchando. El rostro se le pone completamente rojo. Allá vamos.

—¿Qué sucede?

—Mira aquí —dice, señalando el número del fax de retorno en la parte superior de la carta. ¿Este número no te resulta familiar?

Agarro la hoja y la examino de cerca.

—No lo he visto en mi vida. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—Se podría decir que…

—Charlie, ve al grano, dime qué es…

—Es el Kinko's que está a la vuelta de la esquina del banco.

Me sale una risa nerviosa.

—¿De qué estás hablando?

—Te lo estoy diciendo. El banco no nos permite utilizar el fax para cuestiones personales, de modo que cuando Franklin o Royce necesitan enviarme alguna partitura, va directamente a Kinko's y a ese número.

Vuelvo a mirar la carta.

—¿Por qué un millonario, alguien que puede comprar diez mil máquinas de fax, y puede ir directamente al banco, habría de enviarnos un fax desde una copisteria que está justo a la vuelta de la esquina?

Charlie me sonríe con inocultable excitación.

—Tal vez no estemos tratando con un millonario.

—¿De qué estás hablando? ¿Crees que Duckworth no envió esta carta?

—Dímelo tú. ¿Has hablado con él últimamente?

—No tenemos la obligación de… —Me interrumpo de golpe, comprendo dónde quiere llegar—. Todo lo que hacemos es enviar una carta a su última dirección

conocida, y otra a su familia —comienzo a decir—. Pero si queremos estar seguros, hay un lugar que está abierto hasta tarde… —Me siento en la cama, conecto el altavoz del teléfono y comienzo a marcar un número.

—¿A quién llamas?

Lo primero que oímos es una voz grabada.

—Bienvenido a la Seguridad So…

Sin siquiera escuchar el resto del mensaje, marco uno, luego cero, luego dos en el teléfono. Conozco la rutina. El altavoz se llena con música enlatada.

—Los Beatles. *Let It Be* —dice Charlie.

—Shhhh —siseo.

—Gracias por llamar a la Seguridad Social —dice finalmente una voz femenina —. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, me llamo Oliver Caruso y le llamo desde el Banco Greene & Greene en Nueva York —digo en ese tono de voz exageradamente agradable que a Charlie le revuelve el estómago. Es el tono que reservo para el servicio a los clientes y, no importa cuánto lo desprecie Charlie, en el fondo sabe que funciona—. Me preguntaba si podría ayudamos —continúo—. Estamos trabajando en una solicitud de préstamo y queríamos verificar el número de la Seguridad Social del solicitante.

—¿Tiene un número de identificación? —pregunta la mujer.

Le doy el número de nueve dígitos del banco. Una vez que tienen eso, obtenemos toda la información privada. Es la ley. Dios bendiga a Norteamérica.

Mientras espero la autorización, incapaz de quedarme quieto, tiro de las costuras de mi edredón verde salvia. No me lleva mucho tiempo deshacerlas.

—¿Y el número que desea comprobar? —pregunta la mujer.

Después de leer la lista de las cuentas abandonadas, le doy el número de la Seguridad Social de Duckworth.

—El nombre es Marty o Martin.

Pasa un segundo. Luego otro.

—¿Ha dicho que es para la solicitud de un préstamo? —pregunta la mujer, desconcertada.

—Sí —digo, ansiosamente—. ¿Por qué?

—Porque según la información que tenemos en nuestros archivos, tengo una fecha de defunción correspondiente al doce de junio.

—No lo entiendo.

—Sólo le digo lo que hay en nuestro archivo, señor. Si está buscando al señor Martin Duckworth, murió hace seis meses.

4

Cuelgo el teléfono y ambos miramos la hoja del fax.

—No puedo creerlo.

—Yo tampoco —canta Charlie—. ¿Es un «Expediente X» este momento?

—No es una broma —insisto—. Quienquiera que haya enviado esto… ha estado a punto de largarse con tres millones de pavos.

—¿De qué estás hablando?

—Si piensas en ello, es el crimen perfecto. Te haces pasar por alguien que ha muerto, pides su dinero, y una vez que la cuenta ha sido reactivada, cierras el negocio y desapareces. Puedes estar de seguro de que Marty Duckworth no se quejará.

—¿Pero qué hay del gobierno? —pregunta Charlie—. ¿No se darán cuenta de que su dinero ha desaparecido?

—Ellos no tienen ni la más remota idea —dijo, agitando la lista de cuentas abandonadas—. Nosotros les enviamos una lista sin las cuentas que hayan sido reactivadas. Son felices recibiendo un poco de dinero fresco.

Charlie se mueve nerviosamente en el extremo de la cama y puedo ver cómo giran sus engranajes. Cuando comes el amargón, todo se convierte en un viaje apasionante.

—¿Quién crees que lo ha hecho? —pregunta.

—Ni idea… pero tiene que ser alguien del banco.

Abre los ojos como platos.

—¿Eso crees?

—¿Quién más podría saber cuándo enviamos las cartas de notificación finales? Por no mencionar el hecho de que han enviado el fax desde una tienda que está a la vuelta de la esquina…

Charlie asiente con la cabeza siguiendo un ritmo continuo.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Estás bromeando? Esperamos al lunes y luego entregamos a ese cabrón a la policía.

La cabeza ya no se mueve.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres decir con si estoy seguro? ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Quedarnos nosotros con ese dinero?

—No estoy diciendo eso, pero… —Nuevamente, el rostro de Charlie se tiñe de púrpura—. ¿Cómo sería tener tres millones de dólares? Quiero decir, sería como… sería como…

—Sería como tener dinero —le interrumpo.

—Y no sólo cualquier dinero, estamos hablando de tres millones de pavos. —

Charlie se levanta de un brinco y su discurso se acelera—. Con esa pasta yo… llevaría un esmoquin blanco y sostendría una copa de vino tinto y diría cosas como «espero a un viejo amigo a cenar…».

—Yo no —digo, sacudiendo la cabeza—. Pagaría el hospital, me encargaría de todas las facturas y luego invertiría el resto del dinero.

—Venga, vamos, Scrooge, ¿qué es lo que pasa contigo? Tienes que tener algún proyecto loco… tirar la casa por la ventana… ¿tú qué comprarías?

—¿Y tengo que comprar algo? —Pienso en ello durante un momento—. Pondría una alfombra de pared a pared…

—¿Una alfombra de pared a pared? ¿Eso es lo mejor que…?

—¡Para mi pequeño cachorro! —exclamo—. Un cachorro que tendríamos encadenado en el patio.

Charlie ríe a carcajadas ante mi ocurrencia. El juego ha comenzado. Sus ojos brillan ante el desafío.

—Me compraría un circo.

—Yo compraría el Cirque du Soleil.

—Yo compraría el Cirque du Soleil y lo rebautizaría Cirque du Sole. Sería un espectáculo de tres pistas exclusivamente con peces.

Sonrío, no me rindo.

—En mi cuarto de baño tendría el asiento del váter cubierto de piel, de la mejor calidad, como si estuvieses cagando sentado sobre un valioso roedor.

—Eso sería muy agradable —concede Charlie—. ¡Pero nunca tan agradable como mis espaguetis dorados!

—Pan con diamantes incrustados.

—Bollos de arándanos tachonados de zafiros.

—¡Langostas rellenas de costillas… o costillas rellenas de langostas! ¡Tal vez incluso ambas cosas! —grito.

Charlie asiente.

—Me compraría Internet… y todos los sitios porno.

—Magnífico. Muy elegante.

—Lo intento.

—Sé que lo intentas, por eso te compraría Orlando.

—¿Estamos hablando de Tony Orlando o hablamos de Florida? —pregunta Charlie.

Le miro directamente a los ojos.

—Ambos.

—¿Ambos? —Charlie se echa a reír, finalmente impresionado.

—¡Has dudado! ¡He ganado! —exclamo.

Hacía mucho tiempo que Charlie no era el primero en tirar la toalla. No todos los

días se consigue derrotar a un auténtico maestro en su propio juego.

—Lo ves, de eso estoy hablando —dice por fin—. ¿Por qué debemos pasar otro día rompiéndonos las espaldas en el banco cuando podemos comprarnos cachorrillos e Internets y langostas?

—Tienes toda la razón, Charles —digo con mi mejor acento británico—. Y lo mejor de todo es que nadie se enteraría de adonde ha ido a parar todo ese dinero.

Charlie hace una pausa.

—¿No podrían enterarse, verdad?

Dejo a un lado a mi personaje.

—¿De qué estás hablando?

—¿Es realmente tan descabellado, Ollie? —pregunta ahora con expresión seria—. Quiero decir, ¿quién va a echar de menos ese dinero? El dueño ha muerto… está a punto de ser robado por alguien… y si el gobierno se queda con él… bueno, no hay duda de que utilizarán bien toda esa pasta, ¿verdad?

Me siento muy erguido en la cama.

—Charlie, odio tener que echar por tierra tu decimoséptima fantasía del día, pero estamos hablando de algo ilegal. Dilo en voz alta… ileeeegaaaal.

Me lanza una mirada que no había visto desde que mantuvimos nuestra última pelea por mamá. Hijo de puta. No está bromeando.

—Tú mismo lo dijiste, Oliver, es el crimen perfecto…

—¡Eso no significa que esté bien!

—No me hables de lo que está bien o está mal. Gente rica… grandes compañías… le roban al gobierno todos los días y nadie abre la boca, pero en lugar de robar, lo llamamos simplemente ingeniería financiera y prosperidad corporativa.

El típico soñador.

—Venga, Charlie, tú sabes que el mundo no es perfecto…

—No estoy pidiendo la perfección, ¿pero sabes cuántas grietas tiene el código fiscal para los ricos? ¿O para una gran corporación que puede permitirse un buen cabildero? Cuando los tíos como Tanner Drew presentan su 1040EZ, apenas si pagan un dólar en concepto de impuesto sobre la renta. Pero en el caso de mamá —que no llega a los veintiocho mil dólares por año— la mitad de lo que tiene va directamente al Tío Sam.

—Eso no es verdad; me encargué de que los expertos del banco…

—No me vengas ahora con que le están ahorrando a mamá unos cuantos pavos, Oliver. No supondrá ninguna diferencia. Entre la hipoteca, las tarjetas de crédito y todas las demás deudas que nos dejó papá cuando murió, ¿tienes idea de cuánto tiempo nos llevará saldar la deuda? Y eso ni siquiera incluye lo que le debemos al hospital. ¿A cuánto asciende la deuda en este momento? ¿Ochenta mil dólares? ¿Ochenta y dos mil dólares?

—Ochenta y un mil cuatrocientos cincuenta dólares —aclaro—. Pero sólo porque te sientes culpable con respecto al hospital, no significa que tenemos que…

—No se trata de culpa, ¡se trata de ochenta mil dólares, Ollie! ¿Te das cuenta realmente de lo que eso significa? ¡Y aumenta cada vez que vamos a visitar a uno de los médicos!

—Tengo un plan…

—¡Puta madre, tu genial plan de los cincuenta pasos! ¿Cómo era? Lapidus y el banco te ayudan a ingresar en la Escuela de Administración de Empresas, lo que te ayudará a escalar posiciones, lo que hará que todas nuestras deudas desaparezcan, ¿no? Porque odio tener que recordártelo Ollie, pero llevas cuatro años en el banco y mamá sigue respirando los humos del hospital. Apenas si estamos consiguiendo reducir la deuda; ésta es nuestra oportunidad de sacarla de allí. ¡Piensa en los años que eso añadirá a su vida! Mamá no tendrá que seguir siendo un paciente de segunda clase…

—Ella no es de segunda clase.

—Sí lo es, Ollie. Y nosotros también lo somos —insiste Charlie—. Lamento si todo esto arruina tu preciosa autoestima, pero ha llegado el momento de encontrar una manera de sacarla de allí. Todo el mundo merece una oportunidad para empezar de nuevo, especialmente mamá.

Cuando las palabras salen de los labios de Charlie, siento que me perforan el estómago. El sabe exactamente lo que está haciendo. Cuidar de nuestra madre ha sido siempre la máxima prioridad. Para los dos. Naturalmente, eso no significa que yo deba seguirle por el borde del acantilado.

—No necesito convertirme en un ladrón.

—¿Quién ha hablado de ladrones? —pregunta Charlie en tono desafiante—. Los ladrones le roban a la gente. Este dinero no pertenece a nadie. Duckworth está muerto, tú intentaste ponerte en contacto con su familia, y no tiene a nadie. Sólo estaríamos cogiendo un dinero que nadie echará de menos. Y aun en el caso de que algo saliera mal, siempre podemos echarle la culpa a quienquiera que haya enviado esa carta por fax. Quiero decir, ese tío no está en condiciones de delatarnos.

—De acuerdo, Lenin, de modo que cuando hayamos terminado de redistribuir la riqueza, simplemente nos lanzaremos a la carretera y estaremos huyendo el resto de nuestras vidas. No hay duda de que ésa es la mejor manera de ayudar a mamá, abandonarla y…

No tenemos que abandonar a nadie —insiste—. Haremos exactamente lo que está haciendo este tío, transferir el dinero y no tocarlo hasta no estar seguros de que no hay peligro. Cuando han transcurrido siete años, el FBI cierra la investigación.

—¿Quién lo dice?

—He leído un artículo en el *Village Voice*…

—¿El *Village Voice*?

—No hacemos ruido, sólo son siete años, luego no somos más que otro expediente sin resolver. Caso cerrado.

—¿Y después qué hacemos? ¿Nos retiramos a la costa, abrimos un bar y escribimos canciones cursis el resto de nuestras vidas?

—Es mucho mejor que perder otros cuatro años besando culos corporativos sin llegar a ninguna parte.

Salto de la cama y Charlie comprende que ha superado todos los límites.

—Tú sabes que la Escuela de Administración de Empresas es la mejor salida, y también sabes que no puedo ingresar directamente después de la universidad —insisto, agitando el índice delante de su cara—. Primero tienes que trabajar un par de años.

—Muy bien. Un par de años… eso son dos. Tú estás acabando el cuarto.

Respiro profundamente y trato de no perder la iniciativa.

—Charlie, me he presentado a las mejores escuelas del país. Harvard, Pensilvania, Chicago, Columbia. Allí es donde quiero ir, cualquier otra cosa es segunda categoría y no ayuda a nadie, incluida mamá.

—¿Y eso quién lo decidió, tú o Lapidus?

—¿Qué se supone que significa esa pregunta?

—¿Cuántas oportunidades has dejado pasar sólo porque Lapidus te metió en la cabeza sus grandes planes sobre la Escuela de Administración de Empresas? ¿Cuántas ofertas has rechazado de otras compañías? Tú sabes tan bien como yo que deberías haber abandonado el banco hace ya varios años. En cambio, has recibido una tras otra las cartas de rechazo de las escuelas de comercio. ¿Y crees que este año las cosas serán diferentes? Debes ensanchar un poco tus horizontes. Quiero decir, es como tu relación con Beth. De acuerdo, hacéis buena pareja, pero eso es todo; una bonita fotografía, Oliver, un retrato de Sears de cómo crees que deberían ser las cosas. Eres una de las personas más brillantes y dinámicas que conozco. Deja de tener tanto miedo de vivir.

—¡Entonces deja de juzgarme! —estallo.

—No te estoy juzgando…

—¡No, sólo me estás pidiendo que robe tres millones de dólares… que eso resolverá todos mis problemas!

—No estoy diciendo que sea la respuesta a todas las plegarias, pero es la única forma que tendremos de salir de una vez de esta situación.

—¡Ahí es donde te equivocas! —grito—. A ti te puede parecer sumamente excitante juntar recortes de papel en la sala de archivos, pero yo tengo los ojos puestos en algo más grande. Confía en mí, Charlie; una vez que haya terminado la Escuela de Administración de Empresas, mamá jamás volverá a ver otra factura.

Puedes burlarte y hacer todas las bromas que quieras, de acuerdo, el camino es seguro y puede parecer simple, pero lo único que importa en este momento es que funciona. Y cuando llegue el momento de cobrar, esos tres millones de dólares parecerán del precio de un billete de autobús desde Brooklyn.

—Y de eso se trata, ¿verdad? Bien, deja que te diga una cosa, amigo: tú puedes creer que viajas hacia la cumbre en un jet privado, pero desde mi orilla del río, lo único que veo es que haces cola igual que el resto de los holgazanes de clase baja que odiabas en una época. Un holgazán como papá.

Tengo ganas de abofetearle, pero ya ha pasado demasiadas veces. No necesito otra pelea.

—No sabes de qué estás hablando —digo.

—¿De verdad? ¿De modo que crees que aunque eres unos de los principales asociados del banco; aunque has conseguido sin ayuda más de doce millones de dólares en nuevas cuentas para Lapidus con sólo frotar la revista de ex alumnos de la Universidad de Nueva York; y aunque casi todos los socios de la firma han asistido a alguna de las cuatro escuelas de comercio a las que te has presentado, todavía te explicas que te hayan rechazado dos años seguidos?

—¡Es suficiente!

—¡Vaya, he tocado el punto sensible! Tú ya lo habías pensado, ¿verdad?

—¡Cierra la boca, Charlie!

—No estoy diciendo que Lapidus lo planease desde el principio, ¿pero tienes idea de lo difícil que le debe de resultar contratar a alguien nuevo y prepararle para que piense exactamente igual que él? Tienes que encontrar al chico apropiado… preferiblemente a alguien pobre y sin contactos…

—¡He dicho que cierres la boca!

—… prometerle un trabajo que le mantendrá allí unos pocos años para que pueda pagar su deuda…

—¡Charlie, te juro por Dios que…!

—… luego seguir engañándole hasta que el pobre imbécil comprende finalmente que él y toda su familia no van a ninguna parte…

—¡Cierra la boca! —grito y me abalanzo sobre él. Estoy fuera de mí. Mis manos apuntan directamente al cuello de su camisa.

Charlie, que siempre ha sido mejor atleta, se escabulle y corre hacia la cocina. Sobre la mesa descubre un catálogo de la Escuela de Administración de Empresas de Columbia y una carpeta con la palabra «Formularios de ingreso».

—¿Estos son…?

—¡No los toques!

Es todo lo que necesita. Coge la carpeta. Pero cuando la abre un sobre azul y blanco cae al suelo. Lleva una firma en la parte posterior, justo donde está lacrado.

Henry Lapidus.

La firma en el sobre es un requisito exigido por las cuatro escuelas, para asegurarse de que no lo abro. Las páginas mecanografiadas que hay dentro del sobre son, sin duda, la parte más importante de cualquier solicitud de ingreso en una Escuela de Administración de Empresas: la recomendación del jefe.

—Muy bien, ¿quién quiere jugar a detectives? —canta Charlie, agitando el sobre por encima de la cabeza de modo que roza el bajo techo del sótano.

—¡Devuélveme ese sobre! —exijo.

—Venga, Oliver, ya han pasado cuatro años. Si Lapidus te tiene encerrado en las mazmorras, al menos de este modo te enterarás de la verdad.

—¡Ya conozco la verdad! —grito, lanzándome hacia Charlie para recuperar el sobre. Nuevamente, consigue eludir mi ataque y sale de la cocina.

Otra vez en el dormitorio, Charlie deja de agitar el sobre delante de mis narices. Por una vez, se ha puesto serio.

—Tú sabes algo jodido, Oliver, puedo leerlo en tus ojos. Este tío te ha robado cuatro años de tu vida. Cuatro años con grilletes con la promesa de una futura recompensa. Si en esta carta Lapidus subestima tu capacidad (olvídate del hecho de que todas las escuelas de comercio la guardan en sus archivos) habrá arruinado todo el plan. Tu salida, cómo pagar las deudas de mamá, todo aquello con lo que habías contado. Y aun cuando creas que puedes volver a empezar, ¿sabes lo difícil que resulta encontrar un nuevo trabajo sin recomendaciones? No es exactamente la situación ideal para cubrir las facturas del hospital y los pagos de la hipoteca de mamá, ¿no crees? ¿Por qué entonces no abrimos este sobre y…

—¡Deja el sobre! —estallo.

Avanzo directamente hacia él, preparado para cortarle el paso hacia un costado. Pero en lugar de eso, se sube a la cama y comienza a saltar sobre ella como si fuese un crío de siete años. «¡Daaaaamas yyyyyyyy caaaaaaaaaballeros, el campeón muuuuuuuuundial de los pesos pesados!» Dice la última parte cantando, luego imita a una multitud que anima ruidosamente. Cuando éramos pequeños, éste era el momento en que me lanzaba a sus pies. A veces conseguía cogerle, a veces fallaba, pero al final los cuatro años de diferencia de edad acababan por imponerse.

—¡Baja de la cama! —grito—. ¡Te cargarás uno de los muelles!

Charlie deja de saltar instantáneamente. Aún está encima de la cama, pero inmóvil.

—Realmente te quiero, Oliver… pero esa última afirmación… ése es exactamente el problema.

Camina hasta el borde del colchón y, con un elegante movimiento, se deja caer sobre las nalgas, rebota fuera de la cama y cae de pie. No importa cuán peligroso, no importa cuán imprudente… el aterrizaje siempre es perfecto.

—Oliver, no me importa el dinero —me dice mientras me golpea el pecho con el sobre—. Pero si no empiezas a hacer pronto algunos cambios, serás como ese tío que al cumplir los treinta y cuatro años ya odia su vida.

Le miro directamente a los ojos, impasible ante su comentario.

—Al menos no estaré viviendo con mi madre en Brooklyn.

Deja caer los hombros y da un paso hacia atrás. No me importa.

—Lárgate —añado.

Al principio, se queda inmóvil.

—Ya me has oído, Charlie… lárgate.

Finalmente, sacudiendo la cabeza, se dirige hacia la puerta. Primero con pasos lentos, luego más deprisa. Cuando se vuelve, juro que hay una sonrisa en sus labios. La puerta se cierra con fuerza a sus espaldas y echo un vistazo por la mirilla. Pum, pum, pum, Charlie salta sobre los escalones.

—¡Ábrelo y entérate de lo que dice! —grita desde afuera. Y desaparece.

Diez minutos después de que Charlie se haya marchado, estoy sentado a la mesa de la cocina, mirando el sobre. Detrás de mí, la nevera susurra. El radiador resuena. Y el agua de la tetera comienza a hervir. Me digo que es porque tengo ganas de beber una taza de café instantáneo, pero mi subconsciente no se lo cree ni por un segundo.

No es como si estuviese hablando de robar el dinero. Se trata de mi jefe. Es importante saber qué es lo que piensa.

Fuera, un coche pasa velozmente, golpeando con fuerza el bache del tamaño de un cráter que hay delante del edificio. A través de la parte superior de mis ventanas alcanzo a ver los neumáticos negros del coche. Es lo único que puedo ver desde el sótano. La visión de las cosas en movimiento.

El agua comienza a hervir, alcanza su nota más aguda y chilla a través de la cocina casi vacía. En un minuto el chillido parece llevar sonando un año. O dos. O cuatro.

Al otro lado de la mesa diviso la factura más reciente que ha enviado el hospital de Coney Island: 81 450 dólares. Eso es lo que sucede cuando pasas por alto un pago del seguro para hacer malabares con tus otras facturas. Son otros veinte años de la vida de mamá. Veinte años de preocupación. Veinte años de estar atrapado. A menos que pueda sacarla de allí.

Mis ojos se desvían directamente hacia el sobre azul y blanco. Sea lo que sea lo que haya en su interior… sea lo que sea lo que haya escrito Lapidus… necesito saberlo. Por todos nosotros.

Agarro el sobre y me levanto tan rápido que la silla cae al suelo. Antes de que pueda darme cuenta, estoy delante de la tetera, observando la columna de vapor que se eleva en el aire. Con un rápido movimiento del pulgar abro la tapa de la tetera. El

silbido cesa y la columna de vapor se vuelve más densa.

El sobre tiembla en mis manos. La firma de Lapidus, perfecta como es, se convierte en una mancha en movimiento. Contengo el aliento y hago un esfuerzo para que el sobre permanezca quieto. Todo lo que debo hacer es colocarlo sobre el vapor. Pero cuando estoy a punto de hacerlo me quedo paralizado. El corazón me da un vuelco y todo se vuelve borroso. Es lo mismo que sucedió con la transferencia electrónica… pero esta vez… No. Esta vez no.

Apretando el sobre con fuerza me digo que esto no tiene nada que ver con Charlie. Absolutamente nada. Luego, con un solo movimiento, sostengo el sobre por la parte inferior, coloco la cara con el sello sobre el vapor y ruego a Dios que funcione como en las películas.

Casi inmediatamente, el sobre se arruga a causa de la condensación. Comenzando por las esquinas, coloco el borde en ángulo hacia la tetera. El vapor me calienta las manos, pero cuando lo acerco un poco más, me quema las puntas de los dedos. Con el mayor cuidado posible, deslizo el pulgar por dentro del borde del sobre y consigo abrir un pequeño espacio. Dejo que se llene de vapor y avanzo con el pulgar tratando de abrir la tapa. Parece como si estuviese a punto de rasgarse… pero justo cuando voy a dejarlo… la goma cede. Entonces despego la tapa como si se tratase de una tirita.

Dejo el sobre a un lado y abro la carta de dos páginas. Mis ojos comienzan a leer superficialmente, buscando alguna palabra clave, pero es como abrir la carta de aceptación de una universidad. Apenas si puedo leer. «Relájate, Oliver. Comienza por el principio.»

«Estimado decano Milligan.» Personalizada. Bien. «Le escribo en nombre de Oliver Caruso, quien se presenta como candidato de otoño para su programa MBA…», bla, bla, bla, «… supervisor de Oliver durante los últimos cuatro años…», bla y más bla, «… lamento decir…». ¿Lamento decir? «… que no puedo en conciencia recomendar a Oliver como candidato para su escuela… aunque me duela… falta de profesionalismo… cuestiones de madurez… por su propio bien, se beneficiaría de otro año de experiencia laboral profesional…».

No lo puedo soportar. Mis manos se aferran al papel, destrozando los bordes. Las lágrimas afloran a mis ojos. Y en alguna parte… más allá de los baches… al otro lado del puente… juro que oigo a alguien que se ríe. Y a otra persona que añade: «Te lo dije.» Me levanto, corro hacia el armario y cojo mi abrigo. Si Charlie está esperando el autobús aún puedo alcanzarle. Me pongo el abrigo sin soltar la carta, abro la puerta de golpe y…

—¿Y bien? —pregunta Charlie, sentado en los escalones—. ¿Qué hay de nuevo en Whoville?

Freno en seco y no digo nada. Tengo la cabeza gacha. La carta es una bola de

papel en mi puño derecho.

Charlie me estudia durante unos segundos.

—Lo siento, Ollie.

Asiento, ardiendo de ira.

—¿Hablabas en serio antes? —le pregunto.

—¿Te refieres a…?

—Sí —le interrumpo, pensando en la cara de mamá cuando todas las facturas estén pagadas—. A eso.

Inclina la cabeza hacia un lado, entrecierra los ojos.

—¿De qué estás hablando, Willis?

—Basta de juegos, Charlie. Si aún te interesa… —Me interrumpo en la mitad de la frase. En mi cabeza estoy abriéndome paso a través de los cambios. Todavía hay muchas cosas por hacer… pero en este momento… lo único que tengo que decirle son dos palabras—. Estoy dentro.

5

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Charlie mientras cierra la puerta de mi oficina el lunes por la mañana temprano.

—Exactamente lo que hemos hablado —digo; saco del maletín el trabajo del fin de semana y lo dejo caer pesadamente sobre el escritorio. Me muevo a mi ritmo frenético habitual, corriendo del escritorio al archivador y vuelta al escritorio, pero hoy…

—Hay un extraño brinco en tu forma de andar —dice Charlie, súbitamente excitado—, y no se trata del movimiento del hámster-en-la-rueda al que estás acostumbrado.

—No sabes de qué estás hablando.

—Sí que lo sé. —Me observa atentamente; analiza cada movimiento—. Brazos que se balancean… hombros erguidos… incluso debajo del traje. Sí, hermano. Deja que suene la libertad.

Busco el fax que alguien envió el viernes por la noche y lo dejo delante de mi ordenador. Hoy, al mediodía, las cuentas abandonadas deben ser enviadas al estado o bien devueltas a sus titulares. Eso nos deja un margen de tres horas para robar tres millones de dólares. Justo antes de comenzar hago crujir los nudillos.

—No dudes —me advierte Charlie.

Está preocupado por la posibilidad de que me arrepienta. Hago crujir los nudillos por última vez y comienzo a copiar el fax de Duckworth.

—¿Y ahora qué estamos haciendo? —pregunta Charlie.

Lo mismo que ha hecho nuestro misterioso amigo, escribir una carta falsa reclamando el dinero; sólo que esta carta ingresa el dinero en una cuenta nuestra.

Charlie asiente y sonríe.

—¿Sabías que anoche hubo luna llena? —dice—. Apuesto a que ésa es una de las principales razones por las que lo hicieron.

—¿Puedes dejar por favor de ponerte dramático conmigo?

—No te burles de la luna —me advierte Charlie—. Puedes creer cuanto quieras en la lógica de la parte izquierda de tu cerebro, pero cuando estaba trabajando en ese empleo de telemarketing respondiendo a las quejas de los consumidores, las noches en que había luna llena recibíamos un setenta por ciento más de llamadas. No es broma, esa noche todos los chiflados salen a bailar. —Se queda un momento en silencio, pero es incapaz de mantenerse así—. ¿Alguna nueva idea con respecto a quién era el ladrón original?

—De hecho, ésa iba a ser mi siguiente… —Levanto el auricular del teléfono, leo el número del fax de Duckworth y comienzo a marcar. Antes de que Charlie pueda siquiera formular la pregunta, pongo el teléfono en modalidad manos libres para que

pueda oír la conversación.

—Información telefónica —dice una voz femenina mecanizada—. ¿Qué ciudad?

—Manhattan —digo.

—¿Qué nombre?

Leo el nombre en el fax.

—Midland National Bank.

El banco adonde el misterioso ladrón quería transferir el dinero.

—¿Por qué…?

—Shhhhh —digo con impaciencia mientras marco el nuevo número.

Charlie sacude la cabeza, evidentemente divertido. Está acostumbrado a ser el hermano pequeño.

—Midland National —contesta una voz femenina—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola —digo, adoptando nuevamente mi voz de atención al cliente—. Me llamo Marty Duckworth y llamo para confirmar los datos de una próxima transferencia electrónica.

—De acuerdo. ¿Cuál es su número de cuenta, señor?

Vuelvo a leer el número que consta en la carta e incluyo el número de la Seguridad Social de Duckworth.

—El nombre es Martin —añado.

Oímos un leve sonido mientras la mujer teclea.

—Muy bien, ¿en qué puedo ayudarle hoy, señor Duckworth?

Charlie se inclina hacia mí.

—Pregúntale el nombre —susurra en mi oído.

—Lo siento, ¿cómo me dijo que se llamaba? —añado. Es el mismo truco que Tanner Drew empleó conmigo: pregúntales sus nombres y son súbitamente responsables.

—Sandy —contesta rápidamente.

—Muy bien, Sandy, sólo quería confirmar…

—… las instrucciones electrónicas para una próxima transferencia —dice quizá con un exceso de entusiasmo—. Tengo esa información aquí mismo, señor. La transferencia se hará desde el Banco Greene & Greene de Nueva York y luego, cuando la recibamos, tenemos instrucciones suyas de enviar el dinero a TPM Limited en el Banco de Londres, a la cuenta número B2178692792.

Escritor mucho más veloz, Charlie apunta el número rápidamente. Junto a «TPM Limited», cojo su bolígrafo y escribo: «compañía falsa. Inteligente».

—Perfecto. Gracias, Sandy…

—¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa, señor Duckworth?

Miro a Charlie y él se acerca al altavoz. Impostando la voz en su mejor imitación de la mía, añade:

—En realidad sí, ahora que hablo con usted… no he recibido mis últimos estados de cuenta, ¿podría comprobar si tiene apuntada correctamente mi dirección?

Caramba, este chico es realmente bueno.

—Lo comprobaré —dice Sandy.

Cuando tenía nueve años y estaba enfermo con cuarenta grados de fiebre, Charlie me preparó un bocadillo de mantequilla de cacahuete y mayonesa que dijo que me curaría. Me hizo vomitar por toda la casa. Hoy, la voz de Charlie es más dulce que nunca. Tiene una sonrisa afectada dibujada en los labios. Todos estos años pensé que intentaba ser útil. Ahora me pregunto si no es simplemente un tío insensible.

—Muy bien, creo que ya sé dónde está el problema —interrumpe Sandy—. ¿A qué dirección desea que le enviemos la información?

Charlie, desconcertado, duda un momento.

—¿Tienen más de una dirección? —pregunto.

—Bueno, está la dirección de Nueva York: 405…

—… Amsterdam Avenue, apartamento 2B —completo la dilección leyendo la que consta en la carta.

—Y luego tenemos otra en Miami…

Charlie me alcanza un Post-it y cojo un bolígrafo. Sólo tendremos una oportunidad de apuntarla.

—1004 calle Diez, Miami Beach, Florida, 33139 —anuncia Sandy.

Instintivamente, Charlie apunta ciudad, estado y código postal. Yo apunto la dirección de la calle. Es la forma en que solíamos memorizar los números de teléfono: yo me encargaba de la primera mitad y Charlie del resto. «Es la historia de mi vida», solía decir.

—Si lo desea, puedo cambiarla a la de Nueva York —explica Sandy.

—No, no, déjela como está. Siempre que sepa dónde buscar…

Alguien llama a la puerta de mi oficina. Me giro justo a tiempo de ver cómo se abre.

—¿Hay alguien en casa? —pregunta una voz grave.

Charlie coge la carta. Yo cojo el auricular y desconecto el altavoz.

—Muy bien, gracias otra vez por su ayuda.

Cuelgo el auricular.

—Hola, Shep —canta Charlie, poniendo su cara más feliz para el jefe de Seguridad.

—¿Todo bien? —pregunta Shep, avanzando hacia nosotros.

—Sí —dice Charlie.

—Perfectamente —añado.

—¿Qué podría ir mal?

Charlie se muerde los labios tan pronto como la pregunta ha salido de sus labios.

—¿En qué puedo ayudarte hoy, Shep? —pregunto.

—De hecho, esperaba poder ayudarte a ti —dice Shep, empleando su tono más amable.

—¿Perdón? —digo.

—Sólo quería hablarte de esa transferencia que enviaste a Tanner Drew…

Los hombros de Charlie se hunden con un terror súbito. No es bueno en las confrontaciones.

—Fue una transferencia perfectamente legal —digo en tono desafiante.

—Escucha —me interrumpe Shep—. Puedes ahorrarte ese tono. —Shep percibe que ha llamado nuestra atención y añade—: Ya he hablado con Lapidus. Está encantado por las pelotas que le echaste al hacerte cargo del asunto. Tanner Drew es feliz; todo está bien. Pero en lo que a mí respecta… bueno, no me gusta nada ver cómo pasan zumbando cuarenta millones de pavos… especialmente cuando utilizas la contraseña de otra persona.

Cómo sabe que nosotros…

—¿Crees que me contrataron por mi cara bonita? —pregunta Shep, echándose a reír—. Con trece billones de dólares expuestos a un montón de riesgos, tenemos la mejor seguridad que el dinero puede comprar.

—Bueno, si necesitas alguna ayuda, tengo un candado de bicicleta bastante bueno —dice Charlie, intentando que la situación no se descontrole.

Shep se vuelve directamente hacia él.

—Eh, tío, te encantará esto, Charlie. ¿Has oído hablar alguna vez del programa Investigator?

Charlie sacude la cabeza. Se acabaron las bromas.

—Es un programa que te permite hacer un control de los teclados —añade Shep, y ahora toda su atención está concentrada en mí—. Lo que significa que cuando estás sentado ante tu ordenador, puedo ver cada palabra que tecleas. Correos electrónicos, cartas, contraseñas… tan pronto como aprietas la tecla, aparece en mi pantalla.

—¿Estás seguro de que eso es legal? —pregunto.

—¿Bromeas? Hoy en día es lo más normal del mundo. Exxon, Delta Airlines, incluso las jodidas esposas desconfiadas que quieren ver lo que escriben sus maridos en los chats, todos lo utilizan. Quiero decir, ¿por qué crees que el banco tiene todos sus ordenadores conectados a una sola red? ¿Para que puedas enviar correos electrónicos internos? El Gran Hermano no está por llegar… ha estado aquí durante años.

Miro a Charlie, que tiene la mirada clavada en la pantalla del ordenador. Oh, no, la carta falsa…

—Es algo realmente asombroso —continúa Shep—. Puedes programarlo como una alarma, de modo que si alguien está utilizando la contraseña de Mary, y el

sistema de seguridad dice que ella ya no está en el edificio… saltará en nuestra pantalla y te dirá qué está pasando.

—Escucha, siento haber tenido que…

—Ahí tenemos otra vez el acento de Brooklyn. —Shep sonríe—. ¿Qué pasa, sólo te sale cuando estás nervioso? ¿Cuando te olvidas de ocultarlo?

—No, es sólo que… en esas circunstancias no sabía qué…

—No debes preocuparte —dice Shep, arrastrando también las palabras en el mejor acento del viejo barrio—. Como he dicho, a Lapidus le importa un huevo. Cuando se trata de asuntos de tecnología, no le importa que yo pueda ver que alguien teclea el nombre de Mary o el suyo… —Shep mira por encima de mi hombro y dice más lentamente—… o incluso si puedo ver que alguien utiliza un ordenador del banco para escribir una carta fraudulenta.

Charlie se pone rígido en su silla y de pronto no soy el único que tiene una expresión estreñida en la cara.

—Te diré que no tenían ese chisme cuando estaba en el servicio —continúa diciendo Shep, avanzando unos pasos hacia nosotros y arremangándose la camisa. Se rasca los antebrazos, primero el derecho, luego el izquierdo, y por primera vez compruebo su eficacia—. Hoy en día… con los ordenadores… puedes conseguir enterarte de cualquier cosa… —añade, el acento del viejo barrio ya ha desaparecido de su voz—… una transferencia de cuarenta millones de dólares a Tanner Drew… o tres millones transferidos a Marty Duckworth…

Hijo de puta.

Estoy paralizado. No puedo moverme.

—Todo ha terminado, hijo. Sabemos lo que estáis tramando.

Charlie salta de su asiento y tiñe su voz con una pequeña risa.

—Ja, ja, ja, Shep, tranquilo con esa porra, no pensarás que nosotros…

Shep pasa junto a él y me apunta con un dedo directamente a la cara.

—¿Te parece que estoy ciego, Oliver? —Clavo los ojos en el suelo y no le contesto—. Te he hecho una pregunta hijo; ¿realmente crees que soy tan imbécil? Lo supe desde el momento en que enviaste el primer fax, sólo era cuestión de tiempo que cometieras un error.

—¿El primer fax? —pregunta Charlie—. ¿El que enviaron desde Kinko's? ¿Crees que fuimos nosotros? —Apoya una mano sobre el hombro de Shep, esperando ganar uno o dos segundos—. Te lo prometo, tío, nosotros jamás enviamos ese… de hecho, cuando llegamos esta mañana… estábamos… estábamos tratando de coger a ese ladrón… ¿no es verdad, Ollie? ¡Estábamos haciendo lo mismo que tú!

Yo permanezco inmóvil en mi silla, pálido como un fantasma. Charlie sabe que estoy perdido. Me mira. «Maldita sea, Ollie… ¡venga! Por favor.»

—Toc, toc… ¿hay alguien en casa? —pregunta una voz estridente al tiempo que

la puerta de mi despacho se abre de par en par. Shep se vuelve y descubre el origen de la voz, el hombre de mediana edad, de vientre prominente pero aún así impecablemente vestido que ahora se acerca a mi escritorio. Francis A. Quincy, socio financiero principal de la firma. Detrás de él se encuentra el mismísimo jefe. Henry Lapidus.

Me las arreglo para componer una sonrisa absolutamente falsa, pero debajo los dedos de mis pies excavan la alfombra.

—Mirad quién está ahí… ¡el hombre de los cuarenta millones de dólares! —canturrea Lapidus, mientras se acerca a mí—. Lo creas o no, estoy oyendo cómo Tanner Drew te reserva un lugar en su testamento.

Mientras habla, se pasa la mano por su cabeza casi totalmente calva; es un gesto que forma parte de su estado permanente de movimiento. A pesar de sus casi dos metros de altura, Lapidus es como un colibrí con forma humana… flap, flap, flap todo el santo día. Yo solía pensar que se trataba de una energía incapaz de ser contenida. Charlie solía decir que se trataba de un caso claro de hemorroides. Siempre aparecen en los culos.

—Y adivina a quién te hemos traído —dice Lapidus. Se aparta para dejar paso a un muchacho tímido con cara de tortuga y vestido con un traje italiano demasiado caro. Tiene nuestra edad y me resulta familiar, pero yo…

—¿Kenny? —exclama Charlie.

Kenny Owens. Mi compañero de habitación durante mi primer año en la Universidad de Nueva York. Un detestable niño rico de Long Island. Hacía años que no le veía, pero sólo el traje es suficiente para confirmar que nada ha cambiado. Sigue siendo un gilipollas.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿eh? —dice Kenny. Espera una respuesta, pero Charlie y yo no le quitamos los ojos de encima a Shep.

—Pensé que os gustaría tener un poco de tiempo para poneros al día —dice Lapidus y suena como si nos estuviese arreglando una cita.

—Viejos amigos y todo eso… —añade Quincy.

Charlie levanta la cabeza. Sabe que aquí hay gato encerrado. Por regla general, Quincy odia a todo el mundo. Como a todos los peces gordos, lo único que le importa es el dinero. Pero hoy… hoy, somos una gran familia. Y si Lapidus y Quincy acompañan personalmente a Kenny por las dependencias del banco… seguramente debe tratarse de una entrevista de trabajo.

Antes de que nadie pueda abrir la boca, Lapidus sigue nuestra mirada hasta Shep.

—¿Y qué está haciendo usted aquí? —pregunta Lapidus y su voz suena agradablemente sorprendida—. ¿Más disertaciones sobre Tanner Drew?

—Sí —dice Shep secamente—. Todo sobre Tanner Drew.

—Muy bien, por qué no lo deja para más tarde —dice Lapidus—. Dejemos a

estos chicos solos.

—En realidad, esto es más importante —le desafía Shep.

—Tal vez no lo ha entendido —interviene Quincy—. Queremos que estos chicos se queden solos. —En ese momento, la discusión acaba. El pez gordo se come al chico.

—Gracias otra vez por lo que has hecho —me dice Lapidus. Se inclina hacia mí y susurra—. Y puedes creerme, Oliver, si nos ayudas a conseguir a Kenny sería una manera perfecta de redondear tus solicitudes de ingreso a la Escuela de Administración de Empresas.

Charlie y yo permanecemos sentados en silencio mientras Shep acompaña de mala gana a Lapidus y Quincy hacia la puerta. Justo cuando están saliendo, Shep se vuelve y le lanza a Charlie una mirada penetrante que le atraviesa el corazón. La puerta se cierra con fuerza, pero no hay ninguna duda. No hemos hecho más que prolongar el sufrimiento.

—¿Qué? ¿Tengo buen aspecto o tengo buen aspecto? —pregunta Kenny tan pronto como el trío se ha marchado.

Charlie aún está conmocionado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—A mí también me alegra verte —dice Kenny, sentándose al otro lado del escritorio—. ¿Siempre eres tan agradable con las visitas?

—Sí… no… Lo siento, es sólo uno de esos días —tartamudeo. Trato de mantener la calma, aunque es obvio que no lo estoy consiguiendo.

Kenny dice algo más, pero no puedo dejar de pensar en Shep. Miro a Charlie y nuestras miradas se cruzan. No hay nada peor que el miedo reflejado en los ojos de tu hermano.

—Bien, cuéntanos qué es lo que pasa —le digo a Kenny—. ¿Para qué puesto es la entrevista?

—¿Entrevista? —Kenny se echa a reír—. No estoy aquí buscando trabajo… estoy como cliente.

Salgo despedido de mi asiento.

Eso es todo lo que Kenny necesita ver. La sonrisa de gran gilipollas.

—Te aseguro que el negocio inmobiliario es realmente excitante —añade con la misma sonrisa—. Diecisiete millones… y eso es sólo el principio. ¿En qué otro lugar puedes conseguir dinero fresco de este modo? Quiero decir, sin que te arresten, por supuesto.

En el instante en que la puerta se cierra detrás de Kenny, me hundo en mi asiento. Charlie está de pie y se mueve por toda la habitación, incapaz de estarse quieto.

—Tal vez deberíamos llamar a Shep —dice, sin dejar de moverse—. Sigue siendo

mi amigo… atenderá a razones…

—Dame sólo un minuto…

—No tenemos un minuto, sabes que estará aquí en cualquier momento… y si nos limitamos a quedarnos sentados… Quiero decir, ¿qué estamos haciendo aquí todavía? Es como quitar la anilla y esperar con la granada metida en nuestros pantalones. —Se vuelve hacia mí, preparado para mantener una discusión, pero, ante su sorpresa, sólo encuentra silencio—. ¿Qué? —pregunta—. ¿Qué he hecho ahora?

—Repite lo que has dicho.

—¿Sobre la granada en nuestros pantalones?

—No… antes de eso.

Piensa un segundo.

—¿Qué estamos haciendo aquí todavía?

—Exacto —digo, mi voz ahora sale volando por la pista de despegue—. ¿Cómo te explicas eso?

—No te entiendo.

—¿Qué estamos haciendo aquí todavía? —pregunto mientras le levanto de mi asiento—. Shep nos ha cogido tratando de robar tres millones de dólares pero, ¿se lo dice a Lapidus? ¿Se lo dice a Quincy? ¿Llama a sus compañeros del servicio secreto? No, no y no. Se larga del despacho y aplaza la conversación hasta más tarde.

—¿Y? —dice Charlie encogiéndose de hombros.

—¿Cuál es la primera regla de la Aplicación de la Ley 101?

—¿Ser un jodido cabrón enfermo de poder cada vez que atrapas a alguien?

—Hablo en serio, Charlie, es la página uno del manual: «No permitas que los malos escapen.» Si Shep huele que algo no funciona bien, se supone que debe acudir inmediatamente al jefe.

—Veo que empiezas a entenderlo. Tal vez nos está dando la oportunidad de explicar lo que ha pasado.

—O tal vez él… —Me interrumpo a mitad de la frase. Alzo una ceja suspicaz—. ¿Conocemos bien a ese tío, Charlie?

—Venga ya… —dice, poniendo los ojos en blanco—. ¿Ahora piensas que Shep es el ladrón?

—Es perfectamente lógico si piensas en ello. ¿De qué otro modo podría haberse enterado del fax original de Duckworth?

—Él te lo ha dicho, Sherlock, vio cómo llegaba…

—Charlie, ¿tienes idea de cuántos centenares de faxes llegan al banco cada día? A menos que Shep se pase todo el día controlando cada fax que llega al edificio, no hay forma posible de descubrirlo. De modo que, o bien alguien le dio el soplo antes de que ese fax llegase… o bien de alguna manera…

—… él sabía que el fax estaba al caer —dice Charlie, completando mi

pensamiento. Abre la boca. Su cuerpo se pone rígido, como si la sangre estuviese congelándose en las venas—. ¿Realmente crees que él…

—Tú no le conoces de nada, ¿verdad?

—Bueno, nos vemos y hablamos durante el trabajo…

—Tenemos que largarnos de aquí —digo. Me dirijo rápidamente hacia la puerta.

—¿Ahora? —pregunta Charlie.

—Cuanto más tiempo nos quedemos sentados aquí, más posibilidades existen de que nos tomen como chivos exp… —Abro la puerta y levanto la vista. Hay una figura en la entrada del despacho.

Con su pecho en mi cara, Shep avanza obligándome a retroceder. Una vez que está dentro, cierra la puerta. Estudia a Charlie y luego clava su mirada en mí. Su grueso cuello mantiene la cabeza brutalmente arqueada, pero no se trata de un ataque… nos está midiendo. Pesando. Calculando. Es como uno de esos silencios que se producen al final de la primera cita, cuando deben tomarse las decisiones.

—Lo repartiré con vosotros —dice Shep.

6

—¿Cómo dices? —pregunto, mientras Charlie se coloca a mi lado.

—No estoy bromeando —dice Shep—. Tres partes, un millón para cada uno.

—Debes estar de coña —dice Charlie.

—De modo que fuiste tú quien envió la primera carta —digo.

Shep permanece en silencio.

Charlie también. Sus dientes aletean sobre el labio inferior. La mitad es incredulidad y la otra mitad es…

El rostro de Charlie se enciende.

—… es pura adrenalina.

—Éste podría ser el mejor día de mi vida —exclama Charlie.

Este chico sería incapaz de guardarle rencor a nadie aunque lo tuviese pegado en el pecho. Yo soy diferente.

Volviéndome hacia Shep, añado:

—¿Acabas de estar aquí acusándonos de cometer un delito y ahora esperas que nos estrechemos las manos y seamos socios?

—Escucha, Oliver, puedes darme la lata todo lo que quieras, pero debes comprender que si me delatas yo haré lo mismo con vosotros.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Me estás amenazando?

—Eso depende de cuál quieres que sea la consecuencia de todo esto —dice Shep.

Parado delante de mi escritorio, observo a Shep atentamente. En el fondo tal vez yo no sea un ladrón, pero tampoco soy un imbécil.

—Todos estamos aquí por la misma razón —dice Shep rápidamente—. De modo que podéis ser unos cabrones testarudos o bien podéis compartir los beneficios y largaros con un poco de pasta en los bolsillos.

—Yo voto por los beneficios —interrumpe Charlie.

—Olvídalo —digo, dirigiéndome hacia la puerta—. No soy tan estúpido.

Shep me alcanza y me agarra del brazo. No con demasiada fuerza, sólo para detenerme.

—No se trata de nada estúpido, Oliver. —Tan pronto como Shep acaba la frase el tono fanfarrón ha desaparecido. Y también el servicio secreto—. Si quisiera echarte a ti la culpa… o entregarte a la policía… estaría hablando con Lapidus en este mismo momento. En cambio, estoy aquí.

Aunque me quito su mano de encima, Shep tiene toda mi atención.

Mira el diploma de la Universidad de Nueva York que cuelga de la pared y lo estudia cuidadosamente.

—¿Acaso creéis que sois los únicos que tenéis ese sueño? Cuando entré a trabajar

en el servicio secreto pensé que iría directamente a la Casa Blanca. Tal vez comenzaría con el vicepresidente… me abriría camino hacia la primera dama. Es una vida agradable cuando piensas en ello. Pero de lo que no me di cuenta fue de que, antes de entrar en el servicio de Protección, habitualmente tienes que tirarte cinco años en Investigaciones: falsificaciones, delitos financieros, todo el trabajo anónimo que nunca trasciende.

»De modo que ahí estoy, unos años después de haber salido de la Universidad de Brooklyn, en nuestra oficina de Miami en Florida. En cualquier caso, en el camino de Miami a Melbourne había un amplio tramo de carretera sin iluminación. Los traficantes de drogas aterrizaban allí con sus avionetas, lanzaban bolsas de lona llenas de dinero y drogas y luego sus socios las recogían y las llevaban en coche hasta Miami.

»Noche tras noche fantaseaba con la idea de atrapar a esos tíos y, cada vez, el sueño era el mismo: en el cielo veía las luces rojas de un avión que se acercaba. Instintivamente, apagaba las luces de mi coche, reducía la velocidad y me topaba con una bolsa color caqui con diez millones de dólares en metálico. —Volviéndose hacia nosotros, Shep añade—. Si alguna vez sucedía, pensaba meter la bolsa llena de pasta en el maletero, tirar la placa y seguir conduciendo.

»Naturalmente, el único problema fue que jamás encontré ese avión. Y después de que me denegaran cuatro ascensos consecutivos y de que apenas me llegara para sobrevivir con la paga del gobierno, comprendí que no quiero trabajar hasta el día en que me entierren. Vi lo que eso le hizo a mi padre… cuarenta años por un simple apretón de manos y una placa de oro falso. En la vida tiene que haber algo más que eso. Y con Duckworth… un tío muerto con tres millones de dólares… tal vez no sea tanto como tiene la mayoría de los clientes de este banco, pero os diré una cosa… para tíos como nosotros… esto es lo mejor que podemos conseguir.

Charlie asiente de un modo casi imperceptible. La forma en que Shep habla de su padre… hay algunas cosas que no puedes inventarte.

—¿Y cómo sabemos que no jugarás a Coge el Dinero y Corre? —le pregunto.

—¿Qué os parece si os dejo que escojáis el destino de la transferencia? Podéis comenzar desde cero… poner el dinero en la compañía fantasma que queráis. Quiero decir… con vuestra anciana madre aquí… no os escaparéis por dos millones de pavos. Ésa es la única garantía que necesito —dice Shep, ignorando a Charlie y observando mi reacción. Sabe perfectamente a quién tiene que convencer.

—¿Y realmente crees que funcionará? —pregunto.

—Oliver, he estado estudiando este asunto durante casi un año —dice Shep hablando cada vez más rápido—. En la vida sólo existen dos crímenes perfectos, y quiero decir perfectos, en los que no pueden echarte el guante: uno es aquel en el que te matan, que no es una opción demasiado recomendable. Y el otro es cuando nadie

sabe que se ha cometido un crimen. —Agita en el aire su antebrazo en forma de salchicha y señala los papeles de trabajo que tengo encima del escritorio—. Eso es lo que nos han puesto en bandeja de plata. Es lo bueno de todo este asunto, Oliver —dice, bajando el tono de voz—. Nadie lo sabrá jamás. Ya sea que los tres millones de dólares vayan a parar a Duckworth o a las arcas del gobierno, el dinero saldrá de todas formas del banco. Y puesto que se supone que ya no está aquí, no tenemos por qué huir o renunciar a nuestras vidas. Todo lo que tenemos que hacer es darle las gracias al desmemoriado millonario muerto. —Hace una pausa antes de acabar con su argumentación y añade—. La gente espera durante toda la vida y jamás consigue una oportunidad como ésta. Es incluso mejor que el avión y la bolsa llena de billetes; el banco se pasó los últimos seis meses tratando de ponerse en contacto con su familia. Nada. Nadie lo sabe. Nadie salvo nosotros.

Es un buen argumento. De hecho, es un argumento irrefutable… y la mejor garantía de que Shep mantendrá la boca cerrada. Si da el soplo estará arriesgando también su parte.

—¿Qué me dices, Oliver? —pregunta.

El reloj estilo *art déco* que cuelga de la pared fue el regalo de Lapidus del año pasado. Alzo la vista y estudio el minutero. Aún disponemos de dos horas y media. Después, la oportunidad habrá desaparecido. El dinero será transferido a una cuenta del estado. Y lo único que me quedará será un apretón de manos, un reloj y ochenta mil dólares en facturas del hospital.

—No está mal querer algo más —dice Charlie—. Piensa en todo lo que podríamos hacer por mamá… todas las deudas.

Nuevamente en mi sillón, respiro profundamente y extiendo las palmas de las manos encima del escritorio.

—Sabes que lo lamentaremos —digo.

Ambos sonreímos. Dos críos.

—¿Hacemos el trato? —pregunta Shep, extendiendo la mano.

Estrecho la mano de Shep y miro a mi hermano.

—¿Y qué hacemos ahora?

—¿Conoces alguna buena compañía fantasma? —contesta Shep.

Ése es mi departamento. Cuando Arthur Mannheim se divorció de su esposa, Lapidus y yo creamos una compañía de valores y abrimos una cuenta en un banco de la isla de Antigua en una hora y media. Es el truco sucio favorito de Lapidus y uno que yo conozco a la perfección. Cojo el teléfono.

—No, no, no, no —me reprende Shep, apartando mi mano del aparato—. Ya no puedes seguir llamando personalmente a esa gente. Todo lo que tocas, todo lo que haces… todo es un vínculo, como si fuese una huella digital. Por eso necesitas un intermediario, y no cualquier imbécil de la calle; necesitas un profesional que pueda

proteger tus intereses de modo que nadie te vea jamás a ti. Alguien a quien puedas enviarle mil dólares y decirle: «Haz esta llamada telefónica por mí y no hagas preguntas…»

—Como un abogado de la mafia —dice Charlie.

—Exactamente —Shep sonríe—. Como un abogado de la mafia.

Antes de que pueda hacer otra pregunta, Shep se levanta y sale de mi despacho. Treinta segundos más tarde regresa con un listín telefónico debajo de cada brazo. Uno es de Nueva York y el otro de Nueva Jersey. Los arroja sobre mi escritorio y aterrizan con un ruido seco.

—Es hora de encontrar a los tartamudos —dice Shep.

Charlie y yo nos miramos. No lo seguimos.

—Los habéis visto en todos los listines telefónicos —explica Shep—. Las primeras entradas alfabéticas en cada categoría. AAAAAA Floristería. AAAAAA Lavandería Automática. Y el más patético y desesperado de todos los tartamudos, los que están dispuestos a hacer cualquier cosa por un pavo: AAAAAA Abogados.

Asiento. Charlie sonríe. Ahora lo entendemos. Sin pronunciar palabra, nos concentramos en los listines. Yo me encargo de Nueva York; Charlie de Nueva Jersey; Shep lee por encima de nuestros hombros. Pasando las páginas tan rápidamente como puedo, voy directamente a la sección de Abogados. El primero que encuentro es «A Abogados Expertos en Accidentes».

—Demasiado especializados —dice Shep—. Queremos un picapleitos general, no un cazador de ambulancias.

Mi dedo recorre la página. «AAAAA Abogados». En la línea siguiente se lee: «Todas sus necesidades: precios asequibles.»

—No está mal —dice Shep.

—¡Lo tengo! —grita Charlie. Shep y yo le hacemos señas de que baje la voz—. Lo siento… lo siento —dice en una voz apenas audible. Hace girar el listín telefónico y lo lanza sobre el escritorio, golpeando el otro listín y haciendo que caiga sobre mi regazo. Su dedo índice señala el lugar exacto. Lo único que dice es «A». Debajo, el texto sólo contiene una palabra: «Abogado.»

—Sigo votando por el mío —digo—. Tiene que gustarte la garantía de un precio asequible.

—¿Estás colocado? —pregunta Charlie—. Lo. Único. Que. Usa. El. Mío. Es. Una. A.

—El mío tiene cinco A. Todas en fila.

Charlie me mira fijamente.

—El mío es de Nueva Jersey.

—Tenemos un ganador —anuncia Shep.

Esta vez, Charlie es quien se abalanza sobre el teléfono. Shep le golpea en los

nudillos.

—Desde aquí no —dice. Mientras se dirige hacia la puerta, añade—. Por eso Dios inventó los teléfonos públicos.

—¿Estás loco? —preguntó— ¿Los tres metidos en una cabina telefónica? Sí, eso sí que es discreto.

—¿Tienes una idea mejor?

—Trabajo con gente rica todos los días —digo, pasando por delante de Shep y echando un vistazo al reloj—. ¿Crees que no conozco los mejores lugares para ocultar dinero al gobierno?

7

—Hola —dice Charlie con voz melodiosa y una hermosa sonrisa de campesino mientras se desliza hasta el mostrador de recepción de granito negro. Estamos en el cuarto piso del edificio Wayne & Portnoy, una estructura cavernosa estéril que, aunque tiene todo el encanto arquitectónico de una caja de zapatos vacía, posee no obstante dos cualidades que lo compensan: primero, queda al otro lado de la calle del banco y, segundo, es el cuartel general de la firma de abogados más grande de la ciudad.

Detrás del mostrador, una recepcionista sobreexcitada y vestida llamativamente está hablando con los auriculares puestos, que es exactamente lo que Charlie esperaba. Mi idea sería escabullirme a través del pasillo y pasar de la recepcionista, pero ambos sabemos quién es mejor en el cara a cara. Cada uno aprovecha sus mejores cualidades.

—Hola —dice por segunda vez, sabiendo que la seducirá—. Estoy esperando que baje Bert Collier… y me preguntaba si podría utilizar un teléfono para una rápida llamada privada.

Sonrío para mí. Norbert Collier era sólo uno del centenar de nombres que figuran en la lista de la firma expuesta en el vestíbulo. Al llamarle Bert, Charlie ha hecho que sonase como si ambos fuesen viejos amigos.

—Pasados los ascensores —contesta la recepcionista sin dudar un instante.

Ocultos en una esquina y fuera de la vista de la recepcionista, Shep y yo esperamos que Charlie pase y luego le seguimos. Señalo una puerta y los tres entramos en una pequeña sala de conferencias. Junto a la puerta, las palabras «Servicios al cliente» están grabadas en una placa de latón. No es una habitación grande. Una pequeña mesa de caoba, tres o cuatro sillones tapizados, bollos y queso cremoso en un aparador, una máquina de fax contra la pared y cuatro teléfonos separados. Todo lo que necesitamos para hacer un poco de daño.

—Buena elección —dice Shep, dejando el abrigo sobre el respaldo de uno de los sillones—. Aunque le siguieran la pista…

—… sólo encontrarían a unos clientes de Wayne & Portnoy —añado, lanzando mi abrigo encima del suyo.

—Sois unos auténticos genios —añade Charlie—. ¿Podemos seguir ahora con lo que hemos venido a hacer? Tic-tac, tic-tac.

Shep se desliza en uno de los sillones, saca el número del bolsillo y coge el auricular del teléfono con una garra carnosa. Mientras marca el número, Charlie pulsa el botón de «Manos libres» en el sistema de megafonía en forma de estrella de mar que hay en el centro de la mesa. A todo el mundo le encantan las conferencias.

El teléfono suena tres veces antes de que alguien conteste.

—Despacho jurídico —dice una voz masculina.

Shep se muestra tranquilo.

—Hola, necesito un abogado y me preguntaba en qué tipo de derecho está especializado el señor… eh… el señor…

—Bendini.

—Eso es… Bendini… —repite Shep, apuntando el nombre en un papel—. Me preguntaba en qué tipo de derecho está especializado el señor Bendini.

—¿Qué tipo de especialización busca usted exactamente?

Shep nos hace una seña con la cabeza. Ahí tenemos a nuestro hombre.

—En realidad buscamos a alguien que se especialice en mantener las cosas… bueno, esperamos mantener las cosas dentro de una cierta discreción…

Al otro lado de la línea se produce una pausa.

—Puede hablar conmigo —dice Bendini.

Shep salta de su asiento. Se pasea por la habitación, aunque su poderoso cuerpo hace que parezca más un andar torpe y pesado. No puedo decir si está excitado o asustado. Apuesto por lo primero. Después de todos estos años detrás de un escritorio, su James Bond interno vuelve a la acción.

—Le pasaré con mi socio —le dice a Bendini. Shep me hace una seña mientras yo hago un esfuerzo por acercarme al altavoz todo lo que puedo.

—Si te inclinas más acabarás comiéndotelo —bromea Charlie.

—¿Señor Bendini…? —pregunto.

Nadie responde.

Shep sacude la cabeza. Charlie se echa a reír y simula que está tosiendo.

Comienzo a hablar. Sin utilizar nombres.

—El asunto es el siguiente: quiero que me escuche atentamente y quiero que llame a este número… —«Quiero, quiero, quiero», digo, estableciendo claramente mi posición. Charlie parece soportar sin problemas mi nuevo tono de voz. Se siente feliz al verme fuerte… más exigente. Al menos algo he aprendido de Lapidus después de todos estos años.

—El lugar se llama Purchase Out International y tiene que preguntar por Arnie —explico—. No permita que le pasen con ninguna otra persona. Arnie es el único con quien tratamos. Cuando hable con él debe decirle que necesita un pastel de cuatro capas para el mismo día, destino final en Antigua. Él sabrá de qué se trata.

—Puede creerme, amigo, sé muy bien cómo montar corporaciones sin hacer ruido —interrumpe Bendini con un inconfundible acento de Jersey.

—No te eches atrás —susurra Charlie.

No pienso hacerlo. Tengo el rostro encendido y la mirada brillante. Finalmente comienzo a sentir la sangre que corre por mis venas.

—¿Con qué nombre desea figurar? —pregunta Bendini.

—Martin Duckworth —decimos los tres simultáneamente.

Juro que puedo ver a Bendini poner los ojos en blanco.

—Muy bien. Martin Duckworth —repite—. ¿Y en cuanto al título de propiedad inicial?

Necesita otro nombre falso. No tiene importancia, todo pertenece finalmente a Duckworth.

—Ribbie Benson —digo, utilizando el nombre del amigo imaginario de Charlie cuando tenía seis años.

—De acuerdo. Ribbie Benson. ¿Y cómo quiere pagar la factura de Arnie?

Joder. No lo había pensado.

Charlie y Shep están a punto de intervenir pero les hago un gesto con la mano.

—Puede decirle que le pagaremos cuando solicitemos los documentos originales. Por ahora sólo necesitamos un fax —decido. Antes de que Bendini pueda discutir, añado—: Es lo que hace con los peces gordos; ellos no pagan hasta que el dinero no llega. Dígale que somos ballenas.

Charlie me mira como si me viese por primera vez en su vida.

—Así se habla —le susurra a Shep.

—¿Y para cuándo lo necesita? —pregunta Bendini.

—¿Qué le parece en media hora? —contesto.

Se produce otra breve pausa.

—Haré lo que pueda —dice Bendini, imperturbable. Se aclara la garganta para dar mayor énfasis a sus palabras y añade—: ¿Y cómo voy a cobrar yo?

Miro a Charlie. Él mira a Shep. Bendini no parece la clase de tío al que le dices simplemente «envíame la factura».

—Dígame cuál es su tarifa —dice Shep.

—Dígame cuánto valgo —contesta Bendini.

Aprieto el botón de «Manos libres» y desconecto el altavoz.

—¡No debemos regatear! —siseo—. Nos estamos quedando sin…

—Le daré mil pavos en metálico si puede hacerlo en media hora —dice Shep, conectando nuevamente el altavoz.

—¿Uno de los grandes? —pregunta Bendini—. Chicos, yo no me mojo por uno de los grandes, incluso cuando tengo que hacerlo. El mínimo son cinco de los grandes.

Shep me lanza una mirada de pánico y yo miro a Charlie. Mi hermano sacude la cabeza. Su lata de galletas está siempre vacía. Aprieto con fuerza los labios mientras echo un vistazo al reloj. Se necesita dinero para ganar dinero. Miro a Shep y no puedo más que asentir. Charlie sabe lo que significa. Ahí van algunos de los ahorros para la Escuela de Administración de Empresas… y para las facturas del hospital.

—No te preocupes —susurra Charlie con una mano sobre mi hombro—. Es otro

gasto que pondremos en la cuenta de Lapidus.

—De acuerdo, los tendrá —le dice Shep a Bendini—. Le enviaremos el dinero en cuanto hayamos colgado. —Leyendo la pegatina blanca que hay en la máquina de fax, Shep le da nuestros números de teléfono y fax, le da las gracias al estafador y cuelga el teléfono.

La habitación queda sumida en un silencio sepulcral.

—Bueno, creo que todo ha salido genial —afirma Charlie, agitando los brazos en el aire.

—No habrá problemas —dice Shep.

Asiento rápidamente con la cabeza. Luego con movimientos más lentos.

—¿O sea que crees que funcionará? —pregunto ansiosamente.

—Ya estamos otra vez… sólo tres segundos —dice Charlie—. El viejo Oliver ha vuelto.

—Siempre que tu amigo Arnie cumpla con su parte… —dice Shep.

—Confía en mí, Arnie acabará el trabajo en diez minutos. Quince como máximo —añado, observando la reacción de Charlie. Él cree que me estoy inventando una explicación que suene plausible—. Arnie es un hippy marginal que vive en las islas Marshall, es un profesional de los margaritas y defrauda al gobierno todo el día.

—¿De qué modo? —pregunta Charlie.

—El trabajo de Arnie consiste en registrar corporaciones en todo el mundo; les proporciona nombres, direcciones, incluso directorios. Ya habéis vistos los anuncios clasificados, se encuentran en todas las revistas de las compañías aéreas que hacen vuelos interiores: «¿Odia el IRS? ¿Paga demasiados impuestos? ¡Las compañías privadas de ultramar le garantizan la privacidad!»

—¿Y crees que será capaz de montar una compañía en la próxima media hora? —pregunta Charlie.

—Confía en mí, en los últimos meses se ha encargado de montar la ABC Corp, DEF Corp y GHI Corp. Todo el papeleo ya está hecho… cada corporación no es más que una carpeta en una estantería. Cuando le llamamos se limita a anotar nuestro nombre falso en los pocos espacios en blanco que quedan y lo completa con la firma de un notario. Para serte sincero, me sorprende que tarde tanto…

En ese momento suena el teléfono; Charlie se adelanta y responde la llamada a través del altavoz.

—Hola.

—Felicidades —dice Bendini con su acento de Jersey a pleno rendimiento—. Ribbie Henson ya es el orgulloso propietario y único accionista de Sunshine Distributors Partnership, Limited, en las Islas Vírgenes, que es propiedad de CEP Woldwide en Nauru, que es propiedad de Maritime Holding Services en Vanuatu, que es propiedad de Martin Duckworth en Antigua.

Cuatro capas, punto de destino en Antigua. Cuando la ley se decida a investigar le llevará meses clasificar todo el papeleo.

—Me parece que ya estáis en el negocio, amigos. Sólo debéis aseguraros de enviar mi dinero.

En el momento en que la línea queda muda, la máquina de fax comienza a funcionar. Juro que casi me da un infarto.

Durante los siguientes cinco minutos, la máquina de fax vomita el resto de la documentación —desde reglamentos internos hasta artículos de asociación—, todo lo que necesitamos para abrir la cuenta de una flamante corporación. Compruebo la hora en el reloj de la pared: nos quedan dos horas. Mary pidió la documentación para el mediodía. Mierda. Los tres sabemos que esto no puede funcionar igual que el asunto de Tanner Drew. Nada de contraseñas robadas. Debe hacerse según las reglas.

—¿Podemos hacerlo? —pregunta Charlie.

—Si quieres, podemos entregarle la carta original a Mary ahora mismo —propone Shep—. Mis cuentas de Duckworth ya están preparadas, puesto que pertenecían al auténtico Duckworth…

—Ni hablar —le interrumpo—. Como tú mismo dijiste… nosotros elegimos el lugar adonde va el dinero.

Shep siente la tentación de discutir pero comprende rápidamente que no puede ganar. Si la primera transferencia la recibe él, tendrá su bolsa de lona llena de pasta y nosotros corremos el riesgo de quedarnos con las manos vacías. Ni siquiera Charlie desea correr ese riesgo.

—De acuerdo —dice Shep—. Pero si no tenéis intención de utilizar la cuenta de Duckworth ya existente, yo me llevaría el dinero fuera del país lo antes posible. De ese modo, el dinero ya no estaría en Estados Unidos y no tendríamos la obligación de informar. Ya conoces la ley: cualquier cosa sospechosa llega al IRS, lo que significa que seguirán su rastro a cualquier parte.

Charlie asiente y saca un pequeño fajo de papel rojo de mi maletín. La Hoja Roja: la lista principal de los bancos extranjeros preferidos de los socios, incluyendo los que permanecen abiertos las veinticuatro horas. Está en papel rojo para que nadie pueda fotocopiarla.

—Yo voto por Suiza —dice Charlie—. Una de esas jodidas cuentas numeradas con una contraseña imposible de descubrir.

—Lamento desilusionarte, pequeño, pero las cuentas bancarias suizas ya no son lo que eran —dice Shep—. A diferencia de lo que Hollywood quiere que creas, las cuentas anónimas suizas están abolidas desde 1977.

—¿Qué me dices de las islas Caimán?

—Demasiado Grisham —dice Shep—. Además, incluso allí están cambiando de política con respecto a las cuentas bancarias. A la gente se le calentó tanto la cabeza

después de leer *La tapadera* que Estados Unidos tuvo que intervenir. Desde entonces llevan años trabajando con las autoridades.

—¿Cuál es entonces el mejor…

—No hay que limitarse a un único lugar —dice Shep—. Una rápida transferencia desde Nueva York a las Caimán resulta sospechosa no importa quién la envíe, y si el empleado del banco levanta una ceja eso significa «Hola IRS». Es el primer principio en el blanqueo de dinero: quieres enviarlo a un banco en el extranjero porque ellos son los que probablemente se muestren menos dispuestos a colaborar con la ley. Pero si lo transfieres demasiado deprisa, los bancos respetables de aquí lo identificarán como sospechoso y se apresurarán a poner al IRS tras tu pista. ¿Qué haces entonces? Haces saltos cortos —saltos lógicos—, de ese modo te evitas que se lo miren dos veces. —Shep coge un bollo y lo coloca encima de la mesa—. Estamos en Estados Unidos, ¿cuál es el principal lugar donde tenemos depósitos en el extranjero?

—Inglaterra —digo.

—Inglaterra, eso es —contesta Shep, colocando otro bollo a pocos centímetros del primero—. El epicentro de las operaciones bancarias internacionales; Mary realiza cerca de treinta transferencias a Inglaterra cada día. No lo pensará dos veces. Ahora bien, una vez que estás en Londres, ¿cuál es el lugar más próximo? —Coloca otro bollo—. Francia es el lugar más fácil y no hay nada sospechoso en ello, ¿verdad? Y una vez que tu dinero está allí, sus reglas son menos estrictas, lo que significa que el mundo se abre un poco más. —Otro bollo—. Personalmente me inclino por Letonia: no está demasiado lejos… es una república ligeramente permisiva… el gobierno aún no ha decidido si le gustamos. Y en cuanto a las investigaciones internacionales, los letones sólo nos ayudan la mitad de las veces, lo que significa que es un lugar perfecto para que un investigador pierda el tiempo. —Otros dos bollos aterrizan rápidamente sobre la mesa—. Desde allí te marchas a las Islas Marshall y, desde allí, saltas a Antigua, cerca de casa. Para cuando el dinero llegue allí, lo que comenzó siendo dinero negro ahora es imposible de rastrear, está limpio.

—¿Y eso es todo? —pregunta Charlie, paseando la mirada de Shep a mí.

—¿Tienes idea de lo que se tarda en investigar en un territorio extranjero? —Shep señala el primer bollo, luego el segundo, luego el tercero—. Bing, bing, bing, bing, bing. Por eso lo llaman la Regla de Cinco. Cinco países bien escogidos y ya está. En el servicio secreto nos llevaba entre seis meses y un año investigar sin garantía de éxito.

—Ohhh, cariño, pásame el queso cremoso —canta Charlie.

Hasta yo sonrío. Trato de disimularlo, pero Charlie lo descubre en mis ojos. Sólo con eso ya se siente feliz.

Me inclino sobre la mesa, examino la Hoja Roja y elijo un banco para cada territorio. Cinco bancos en una hora.

—Escuchad, debo ir a ver a Lapidus —dice Shep mientras recoge su abrigo—. ¿Qué os parece si nos reunimos en mi despacho a las once y media?

Asiento, Charlie dice «gracias» y Shep sale de la sala de conferencias.

En el momento en que la puerta se cierra a sus espaldas, vuelvo a conectar el altavoz del teléfono, me inclino sobre la mesa y marco el número del banco de Antigua.

—Tengo una tarjeta de visita en caso de que lo necesites —dice Charlie.

Sacudo la cabeza. Hay una razón para haber escogido la firma de abogados.

—Hola, quisiera hablar con Rupa Missakian —leo el nombre en la página roja.

Cinco minutos más tarde he transmitido el número de identificación fiscal y todos los otros datos vitales para abrir la primera cuenta bancaria de Sunshine Distributors. Para redondear la operación incluyo la fecha de nacimiento de Duckworth y una contraseña seleccionada personalmente. No tenemos absolutamente ningún problema. Gracias, Hoja Roja.

Cuando desconecto el altavoz del teléfono, Charlie señala su reloj de la Mujer Maravilla con el segundero en forma de lazo mágico. Veinte minutos en total. Disponemos de cuarenta minutos para abrir otras cuatro cuentas. No me gusta.

—Vamos, entrenador, me he puesto los patines —dice Charlie—. Quiero entrar en la pista.

Sin decir nada, arranco dos páginas de la Hoja Roja y las deslizo por encima de la mesa. En una dice «Francia» y en la otra «Islas Marshall». Charlie coge el teléfono que tiene a su derecha; yo corro hacia el que está a mi derecha. Esquinas opuestas. Nuestros dedos vuelan sobre los teclados.

—¿Habla inglés? —le pregunto a un desconocido en Letonia—. Sí… busco a Feodor Svantanich o a quien lleve sus cuentas.

—Hola, estoy intentando localizar a Lucinda Llanos —dice Charlie—. O quienquiera que lleve sus cuentas.

Hay una breve pausa.

—Hola —decimos al unísono—. Me gustaría abrir una cuenta corporativa.

—Muy bien, ¿puede leerme el número una vez más? —pregunta Charlie a un francés al que insiste en llamar inspector Clouseau. Apunta el número y me lo pasa —, dile a tu contacto inglés que es HB7272250.

—Allá vamos… HB7272250 —le digo al representante de Londres—. Una vez que haya llegado, queremos que el dinero sea transferido a ese número lo antes posible.

—Gracias otra vez por su ayuda, Clouseau —añade Charlie—. Hablaré de usted a todos mis amigos ricos.

—Magnífico —digo—. Lo comprobaré mañana, y luego espero que podamos comenzar a hablar acerca de algunos de nuestros otros negocios en ultramar.

Traducción: Haga un buen trabajo y le enviaré tal cantidad de negocios que estos tres millones parecerán calderilla. Es la tercera vez que practicamos este juego, o sea, dar el número de cuenta de un banco al banco que lo precede.

—Sí… sí… eso sería genial —dice Charlie, cambiando al tono de voz realmente-tengo-que-colgar—. Tome un croissant por mí.

Charlie salta de su sillón cuando bajo el auricular.

—Yyyyyyyyyyy… hemos terminado —dice tan pronto como cuelga el teléfono.

Mis ojos vuelan hacia el reloj. Once treinta y cinco.

—Maldita sea —susurro. Vuelvo a formar una pila con las páginas sueltas de la Hoja Roja y la guardo en el maletín.

—Venga, larguémonos de aquí —dice Charlie, corriendo hacia la puerta.

Mientras le sigo, empujo los sillones nuevamente debajo de la mesa. Charlie recoge los bollos y los coloca en la bandeja. Limpio y ordenado. Tal como lo encontramos.

—Tengo los abrigos —digo, cogiéndolos del respaldo de uno de los sillones.

A Charlie no le importa. Sigue corriendo. Y antes de que la recepcionista advierta la mancha borrosa que pasa delante de su escritorio, hemos desaparecido.

—¿Dónde coño estabais, tíos? ¿Haciéndoos trenzas en el pelo? —pregunta Shep cuando entramos en su despacho. Diez minutos y contando. Arrojo los abrigos sobre el sofá de cuero; Shep se levanta y agita una hoja de papel delante de mi cara.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Una solicitud de transferencia; sólo tienes que poner el destino.

Abro el maletín y busco la Hoja Roja marcada «Inglaterra». Charlie se inclina para que pueda usar su espalda a modo de escritorio. Escribo lo más rápido que puedo y copio la información de la cuenta.

Ya está casi terminado.

—¿Cuál es el destino final? —pregunta Shep.

Charlie se levanta y yo dejo de escribir.

—¿De qué estás hablando?

—La última transferencia. ¿Dónde ingresamos el dinero?

Miro a Charlie, pero me devuelve una mirada vacía.

—Creía que habías dicho…

—… que podías elegir adonde va el dinero —me interrumpe Shep—. Eso dije, y podéis enviarlo al lugar que os salga de las narices, pero será mejor que os metáis en la cabeza que quiero saber cuál es el destino final.

—Eso no formaba parte de nuestro acuerdo —protesto.

—Chicos, ¿no podemos dejar esto para después? —implora Charlie.

Shep se inclina hacia adelante, muy molesto.

—El acuerdo era que vosotros dos tuvieseis el control… no que os libraseis de mí al mismo tiempo.

—¿De pronto se te ha metido en la cabeza que queremos quedarnos con todo el pastel? —pregunto.

—Tíos, por favor —insiste Charlie—. Se nos acaba el tiempo…

—No me jodas, Charlie, sólo estoy pidiendo alguna garantía.

—No, lo que estás pidiendo es nuestra garantía. Que es lo que se supone que nos mantendrá a salvo.

—Sólo espero que ambos os deis cuenta de que estáis a punto de echarlo todo a perder —dice Charlie. Ninguno de nosotros tiene importancia. Así son siempre las cosas cuando se trata de dinero… todo se vuelve personal.

—¡Sólo quiero saber dónde está el jodido banco! —estalla Shep.

—¿Por qué? ¿Para que puedas vivir tu fantasía de la bolsa de lona y nos dejes comiendo mierda?

—¡Joder, tíos, nadie está abandonando a nadie! —grita Charlie. Se interpone entre ambos y me quita mi montón de páginas rojas.

—¿Qué estás haciendo? —grito, tratando de recuperarlas.

—¡Suéltalas! —insiste Charlie con un último tirón. Las dos páginas superiores se rasgan por la mitad y salgo lanzado hacia atrás. Consigo recuperar el equilibrio, pero no lo bastante rápido para detenerle. Volviéndose hacia Shep, pasa las hojas hasta las páginas finales, extrae la Hoja Roja marcada «Antigua» y la dobla de manera que sólo se puede ver un banco de la lista.

—¡Charlie… no lo hagas!

Demasiado tarde. Cubre el número de la cuenta con los dedos y coloca la hoja ante los ojos de Shep.

—¿Lo tienes?

Shep lo examina con un rápido vistazo.

—Gracias… eso es todo lo que pido.

—¿Qué diablos pasa contigo? —grito.

—No quiero oírlo —me dice Charlie—. Si nos quedamos aquí discutiendo, nadie conseguirá nada, de modo que acabemos de una puta vez con el jodido papeleo. ¡Sólo tenemos cinco minutos!

Me vuelvo hacia el reloj para comprobarlo personalmente.

—Los ojos en el botín, Oliver. Los ojos en el botín —dice Shep.

—¡Venga, venga, venga! —me anima Charlie mientras relleno la última línea. Acaba de entregar toda nuestra póliza de seguro, pero no merece la pena perderlo todo. No cuando estamos tan cerca de conseguirlo. Charlie vuelve a meter las páginas rojas en mi maletín; debajo del brazo tengo una pila de cuarenta cuentas abandonadas. Abandono el despacho de Shep sin mirar atrás. Sólo hacia delante.

—Así se hace, hermano —grita Charlie.
Allá vamos. Es hora de coger un poco de pasta.

8

Charlie cierra la puerta detrás de mí y apresuro el paso por el pasillo del quinto piso, intentando controlar un montón de papeles. A mi derecha, las puertas del ascensor público se cierran lentamente, de modo que acelero la marcha y me dirijo directamente al ascensor privado que hay en la parte posterior.

El panel indicador encima de las puertas está encendido en el ocho… luego el siete… el seis… aún puedo cogerlo. Echo a correr y pulso el código de seis dígitos tan rápido como puedo. Justo cuando marco el último número, la pila de cuentas abandonadas cede. Apoyo toda la pila contra el pecho, pero las páginas ya han comenzado a deslizarse sobre mi estómago. Caen al suelo y se desparraman como si fuesen una ameba. Me arrodillo y las recojo febrilmente. En ese momento el ascensor llega a la quinta planta. Las puertas se abren y veo dos pares de elegantes zapatos. Pero no son los elegantes zapatos de cualquier persona…

—¿Puedo echarte una mano con eso, Oliver? —pregunta Lapidus cuando levanto la vista para descubrir su amplia sonrisa.

—¿Sigues utilizando el código del jefe, eh? —añade Quincy, colocando el brazo delante de la puerta para mantenerla abierta.

Sonrío forzadamente y siento que la sangre abandona mi rostro.

—¿Necesitas…?

—No. Ya lo tengo —insisto—. Vosotros podéis seguir.

—No te preocupes —bromea Quincy—. Nos encanta esperar.

Al ver que no tienen intención de marcharse, ordeno la pila de papeles, me levanto y me reúno con ellos dentro del ascensor.

—¿A qué piso, señor? —pregunta Quincy.

—Lo siento —balbuceo.

Con una nueva sonrisa forzada extiendo la mano y pulso el cuatro. Mis dedos tiemblan sobre el botón.

—No permitas que te fastidie, Oliver —dice Lapidus—. Está furioso porque no tiene su propio protegido.

Como siempre, es la reacción perfecta a la situación. Como siempre, es exactamente lo que quiero oír. Y como siempre… cuando me acerca hacia él para darme un abrazo paternal, graba sus iniciales en mi espalda. Muérete, Lapidus. El chivo expiatorio se larga.

Se oye un sonido metálico y las puertas del ascensor se abren.

—Nos vemos mañana —digo, sintiendo que estoy a punto de vomitar.

Quincy asiente; Lapidus me palmea el hombro.

—Por cierto —añade Lapidus—, ¿tuviste una conversación agradable con Kenny?

—Ah, sí —digo mientras me alejo—. Fue muy bien.

Mientras lucho contra el vértigo que me machaca la cabeza recorro el pasillo casi corriendo. La mirada al frente. Mantener el rumbo. Para cuando llego a La Jaula tengo todo el cuerpo entumecido. Manos, pies, pecho… no siento nada. De hecho, cuando me dispongo a abrir la puerta, tengo las manos tan sudadas, y el tirador está tan frío, que creo que me quedaré soldado a él. Mi estómago me implora que me detenga, pero es demasiado tarde, la puerta se está abriendo.

—Ya era hora —dice Mary cuando entro en La Jaula—. Me tenías preocupada, Oliver.

—¿Bromeas? —pregunto; sonrío enviando ansiosos saludos a los otros cuatro compañeros de oficina que alzan la vista cuando atravieso la alfombra—. Aún dispongo de tres… —La puerta se cierra a mis espaldas y el ruido me sobresalta. Casi lo había olvidado… en La Jaula la puerta se cierra automáticamente.

—¿Estás bien? —pregunta Mary, cambiando inmediatamente a gallina clueca.

—Sí… por supuesto —digo, luchando por guardar la compostura—. Estaba diciendo… que aún nos quedan al menos tres minutos…

—Y en el peor de los casos, siempre puedes hacerlo tú solo, ¿verdad?

Mientras hace la pregunta quita una pequeña mancha del cristal de la fotografía de su hijo mayor. La que oculta la contraseña…

—Escucha, con respecto a Tanner Drew… —imploro—. No debí… lo siento…

—Estoy segura de que lo sientes. —Baja la cabeza, negándose a mirarme. No hay duda, está a punto de estallar. Pero, de repente, su risa aguda atraviesa la habitación. Luego Polly, que se sienta junto a Mary, se une a ella. Luego lo hace Francine. Todos ellos ríen—. Venga, Oliver, sólo estamos bromeando —añade finalmente Mary con una enorme sonrisa en los labios.

—¿No estás furiosa conmigo?

—Cariño, hiciste lo mejor que podías con lo que tenías… pero si alguna vez te encuentro utilizando mi contraseña otra vez…

Me encojo ligeramente, esperando el resto de la amenaza.

Mary vuelve a sonreír.

—Es una broma, Oliver… una sonrisa no te matará. —Me quita de las manos la pila de cuentas abandonadas y me golpea el pecho con ellas—. Te tomas las cosas demasiado en serio, ¿lo sabías?

Trato de responder, pero no sale ningún sonido. Sólo veo los formularios mientras se agitan en el aire.

Mary se vuelve hacia su ordenador y coloca el montón de documentos en el sujetapapeles unido a su monitor. Ella sabe cuál es el plazo límite. No hay tiempo que perder. Afortunadamente, las transferencias ya están introducidas, sólo tiene que

incluir el destino de cada una de ellas.

—No entiendo por qué se queda el estado con este dinero —añade cuando abre el archivo correspondiente a «Cuentas abandonadas»—. Personalmente preferiría que fuesen a obras de caridad…

Dice algo más, pero queda ahogado por la sangre que corre por mis oídos. En la pantalla, una cuenta de veinte mil dólares queda atrapada en la División de Fondos No Reclamados de Nueva York. Luego una de trescientos un dólares. Luego una de doce mil dólares. Una tras otra, Mary se abre paso a través de la pila de cuentas destinadas al estado. Una tras otra, pulsa el botón «Enviar».

—De modo que creo que podrás robarlo —dice Mary finalmente.

Siento una punzada caliente en las piernas, como si alguien me estuviese clavando un cuchillo en el muslo. Apenas puedo manienorme en pie.

—¿Cómo dices?

—He dicho que podremos hacer ese viaje para esquiar —dice Mary—. La rodilla de Justin no está tan mal como pensábamos. —Se gira y me sorprende enjugándome el sudor de la frente—. ¿Seguro que te encuentras bien, Oliver?

—Sí, seguro —contesto—. Es sólo uno de esos días.

—Parece más uno de esos años por la forma en que corres de un lado para otro todo el día. Te lo advierto, Oliver, si no comienzas a tomarte las cosas con calma la gente de aquí acabará contigo.

No se pueden discutir los hechos.

Mary va pasando las hojas; finalmente llega a la transferencia de cuatrocientos mil dólares a alguien llamado Alexander Reed. Espero que haga algún comentario por la cifra pero, a estas alturas, ya está acostumbrada. Lo ve cada día.

Y yo también. Cheques por valor de cientos de miles de dólares… encontrar decoradores para sus villas en la Toscana… el *chef* de postres de L'Aubergine que conoce exactamente la consistencia quebradiza que les gusta en el soufflé de chocolate. Es una vida agradable. Pero no es la mía.

A Mary le lleva un total de diez segundos teclear el número de la cuenta y pulsar «Enviar». Diez segundos. Diez segundos para cambiar mi vida. Es lo que mi padre siempre buscó, pero jamás pudo encontrar. Finalmente… una salida.

Mary se humedece con la lengua las puntas de los dedos, pasa a la segunda página de la pila y luego baja los dedos al teclado. Aquí está: Duckworth y Sunshine Distributors.

—¿Qué harás este fin de semana? —pregunto con voz acelerada.

—Pues, lo mismo que cada fin de semana del mes pasado; tratar de superar a todos mis parientes comprándoles mejores regalos de los que ellos me compraron a mí.

En la pantalla aparece el nombre de nuestro banco en Londres. C.M.W. Walsh

Bank.

—Eso suena genial —digo vagamente.

Dígito tras dígito, sigue el número de la cuenta.

—¿Eso suena genial? —Mary se echa a reír—. Oliver, realmente tienes que salir más.

El cursor se mueve hacia el botón de «Enviar» y comienzo a despedirme. Aún podría impedirlo, pero…

El icono de «Enviar» parpadea, se pone en negativo y luego vuelve a aparecer. Las palabras son muy pequeñas, pero las conozco como la gran E en la tabla de los oculistas:

«Status: Pendiente.»

«Status: Aprobado.»

«Status: Pagado.»

—Escucha, debo regresar a mi despacho…

—No te preocupes —dice Mary sin siquiera volverse—. Puedo terminarlo desde aquí.

9

Mientras contemplaba la pantalla de su ordenador y se pasaba la lengua por una llaga que tenía en el interior del labio inferior, no tuvo más remedio que reconocerlo, nunca pensó que Oliver fuese capaz de hacerlo. Charlie, quizá. Pero no Oliver. Es cierto que, en algunas ocasiones mostraba momentos de grandeza… el incidente de Tanner Drew había sido el más reciente… pero en el fondo, Oliver Caruso seguía tan asustado como el día en que comenzó a trabajar en Greene & Greene.

No obstante, la prueba estaba ahí, y en este momento todo parecía indicar que el pastel estaba a punto de ser enviado a Londres, Inglaterra. Empleando la misma técnica que sabía que Shep usaba, buscó la cuenta de Martin Duckworth y examinó la columna marcada «Actividad actual». La última entrada «Saldo de la cuenta al C.M.W. Walsh Bank», seguía señalada como «Pendiente». Ya no tardaría mucho.

Sacó una pluma del bolsillo de la chaqueta y apuntó el nombre del banco, seguido del número de la cuenta. Seguro que podía llamar al banco de Londres… tratar de apoderarse del dinero… pero para cuando hubiese terminado la operación, el dinero ya habría desaparecido. Además, ¿por qué interferir ahora?

El teléfono comenzó a sonar y descolgó el auricular inmediatamente.

—¿Hola? —contestó él con su seguridad habitual.

—¿Y bien…? —preguntó una voz ronca y desagradable.

—¿Y bien qué?

—No bromees conmigo —le advirtió el hombre—. ¿Lo han cogido?

—En cualquier momento… —dijo sin apartar los ojos de la pantalla. En el extremo inferior de la cuenta se produjo un rápido parpadeo y «Pendiente» se convirtió en «Pagado».

—Ahí va —añadió con una amplia sonrisa. Shep… Charlie… Oliver… si supiesen lo que se avecinaba.

—¿O sea que ya está? —preguntó el hombre.

—Ya está —contestó—. La bola de nieve ha comenzado a rodar oficialmente.

10

Alguien me vigila. No advertí su presencia cuando me despedí de Lapidus y salí del banco; eran más de las seis y el cielo de diciembre ya estaba oscuro. Tampoco le vi cuando me seguía por las sucias escaleras que llevaban a la estación del metro o a través del torniquete; a esa hora hay demasiada gente cambiando de trenes en los hormigueros urbanos como para advertir la presencia de nadie. Pero cuando llego al andén del metro juro que oigo que alguien susurra mi nombre.

Me giro para comprobarlo pero lo único que veo es la típica multitud que ha salido de sus trabajos en Park Avenue: hombres; mujeres; altos; bajos; jóvenes; viejos; unos pocos negros; la mayoría blancos. Todos ellos con abrigos o gruesas chaquetas. La mayoría con los ojos fijos en algún libro o periódico —unos cuantos parecen abstraídos en la música que sale de sus auriculares— y uno, justo cuando me giro, levanta rápidamente su ejemplar del *Wall Street Journal* para cubrirse la cara.

Estiro el cuello todo lo que puedo para echarle un vistazo a los zapatos o a los pantalones —cualquier cosa que pueda darme una pista— pero a la hora punta la densidad de la muchedumbre es demasiado compacta. No tengo ganas de correr riesgos, de modo que avanzo hacia un extremo del andén para alejarme del hombre del *Journal*. En el último segundo, me giro rápidamente y miro por encima del hombro. Unas cuantas personas más se unen a la compacta masa pero, en general, nadie se mueve. Nadie salvo el hombre, quien, como el malo de una pésima película sobre la guerra fría, levanta nuevamente el periódico para cubrirse la cara.

No pierdas los nervios, me digo, pero antes de que mi cerebro responda a esa orden, un ruido sordo llena el aire. Ahí llega el tren, que entra en la estación a toda velocidad y agita mi pelo. Me paso los dedos por la cabeza para volver a ponerlo en su sitio y echo un último vistazo al andén. Cada diez metros hay una pequeña multitud que empuja hacia una puerta abierta. Ignoro si ha subido a alguno de los vagones o ha abandonado la persecución, pero el hombre del *Journal* ha desaparecido.

Me abro paso hacia el vagón atestado ya de gente, donde quedo aplastado entre una mujer hispana que lleva un abultado anorak y un tío calvo con un abrigo de llamativos colores. A medida que el tren avanza hacia el centro, la multitud comienza a diluirse y algunos asientos quedan vacíos. De hecho, cuando hago el transbordo en Bleecker y cojo el tren de la línea D en la parada de Broadway-Lafayette, toda la gente del centro vestida a la moda con zapatos negros, tejanos negros y chaquetas de cuero negro sale del metro. No es la última parada antes de llegar a Brooklyn, pero es la última parada *guay*.

Aprovecho el espacio libre del vagón y me apoyo en una barra de metal próxima. Es la primera vez desde que salí de mi despacho que puedo recuperar el aliento. Es

decir, hasta que veo quién me está esperando en el extremo del vagón: el hombre oculto detrás del *Wall Street Journal*.

Sin las multitudes y la distancia, me resulta fácil echarle un rápido vistazo. Es todo lo que necesito. Me dirijo hacia él sin pensarlo dos veces. Levanta el periódico un poco más, pero es demasiado tarde. Se lo quito de un manotazo y descubro quién me ha estado siguiendo los pasos durante los últimos quince minutos.

—¿Qué diablos haces aquí, Charlie?

Mi hermano intenta una sonrisa traviesa, pero es inútil.

—¡Contéstame! —exijo.

Charlie levanta la vista, casi impresionado.

—Vaya… «Starsky y Hutch» al completo. ¿Y si hubiese sido un espía… o un tío con un garfio?

—Vi tus zapatos, estúpido. Ahora dime, ¿qué crees que estás haciendo?

Con un gesto de la barbilla, Charlie señala a los pasajeros del vagón que ahora nos están mirando. Antes de que pueda reaccionar, se escabulle y se dirige hacia el otro extremo, invitándome a que le siga. Mientras recorremos el vagón, unas cuantas personas alzan la vista, pero sólo durante un segundo. Típico de Nueva York.

—¿Ahora quieres decirme de qué va todo esto o simplemente debo añadirlo a tu siempre creciente lista de acciones estúpidas? —le digo mientras continuamos avanzando a través del vagón.

—¿Siempre creciente? —pregunta, avanzando entre los pasajeros—. No sé a qué te…

—Con Shep —le interrumpo; siento la vena que late en mi frente—. ¿Cómo pudiste darle el destino final de la transferencia?

Volviéndose hacia mí, pero sin aminorar el paso, Charlie agita una mano en el aire como si fuese una pregunta absurda.

—Venga, Oliver, ¿todavía estás molesto por eso?

—Maldita sea, Charlie, ya está bien de bromas —digo, alcanzándole—. ¿Acaso tienes idea de lo que has hecho? Quiero decir, ¿alguna vez, por casualidad, te detienes a pensar en las consecuencias de tus actos o simplemente saltas del precipicio, feliz de ser el tonto del pueblo?

En el extremo del vagón, se para en seco y se vuelve para mirarme fijamente.

—¿Te parezco un estúpido?

—Bueno, considerando lo que has…

—No le di nada a Shep —dice Charlie en voz baja—. No tiene idea de dónde está.

No digo nada mientras el tren entra en Grand Street, la última parada de metro en Manhattan. En el instante en que se abren las puertas, docenas de hombres y mujeres chinos encorvados llenan el vagón cargados con bolsas de plástico rosa que apestan a

pescado fresco. A Chinatown a comprar comestibles, luego de regreso a Brooklyn en metro.

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

—Cuando le mostré a Shep la Hoja Roja… señalé otro banco. Lo hice a propósito, Ollie. —Se acerca y añade—. Le di un lugar elegido al azar en Antigua donde no tenemos nada. Ni un centavo. Naturalmente, y ésta es realmente la mejor parte, estabas tan ocupado gritando que Shep se creyó hasta la última palabra. —Me lleva un minuto procesar la información—. No te comas el coco, Oliver. No dejaré que nadie se lleve nuestro dinero.

Con un fuerte tirón intenta abrir la puerta de servicio que comunica los dos vagones. Está cerrada con llave. Molesto, pasa junto a mí y echa a andar exactamente en la dirección por la que hemos venido. Antes de que pueda decir nada, el tren comienza a moverse… y mi hermano se pierde entre la multitud.

—¡Charlie! —grito, corriendo tras él—. ¡Eres un genio!

—Aún no comprendo cuándo lo planeaste —digo cuando caminamos por las destrozadas aceras de la Avenue en Sheepshead Bay, Brooklyn.

—No lo hice —admite Charlie—. Se me ocurrió mientras doblaba la Hoja Roja.

—¿Me tomas el pelo? —pregunto, echándome a reír—. Joder, tío… ¡nunca sabrá qué ha pasado!

Espero a que él también se eche a reír, pero eso no sucede. Sólo silencio.

—¿Qué? —pregunto—. ¿No puedo estar feliz porque el dinero está a salvo? Sólo me siento aliviado de que tú…

—Oliver, ¿has oído lo que dices? Te pasas todo el día lamentándote y diciendo que tenemos que tomarnos las cosas con calma, pero en el momento en que te digo que he engañado a Shep, comienzas a actuar como el tío que consiguió el último par de billetes para subir al Zeppelin.

Mientras avanzamos calle arriba observo los escaparates de las tiendas familiares que salpican el paisaje de la U Avenue: pizzerias, estancos, zapaterías de rebajas, una barbería en franco declive. Excepto la pizzeria, todos los locales están cerrados. Cuando éramos pequeños, eso significaba que los dueños apagaban las luces y cerraban las puertas con llave. Hoy significa bajar una persiana de acero reforzado que parece la puerta metálica de un garaje. No hay ninguna duda, la confianza ya no es lo que era.

—Venga, Charlie, sé que te encanta recoger a los cachorros perdidos, pero apenas conoces a ese tío…

—¡Eso no importa! —me interrumpe Charlie—. Pero le hemos engañado, le hemos clavado un cuchillo en la espalda! —Cuando estamos cerca de la esquina, extiende el brazo y deja que las puntas de los dedos se deslicen por la persiana

metálica que protege la librería que vende libros de segunda mano—. ¡Maldita sea! —grita Charlie, golpeando el metal con todas sus fuerzas—. El nos confió el… —aprieta los dientes y se interrumpe—. Eso es exactamente lo que detesto del dinero…

Gira rápidamente en Bedford Avenue y las puertas de garaje dejan paso a un escasamente atractivo edificio de apartamentos de seis pisos construido en los años cincuenta.

—¡Estoy viendo a unos hombres muy guapos! —grita una mujer desde el cuarto piso. Ni siquiera tengo que alzar la vista para saber de quién se trata.

—Gracias, mamá —murmuro en voz baja. «La rutina de costumbre», me digo mientras acompaño a Charlie hacia el vestíbulo. La noche del lunes es la Noche Familiar. Incluso cuando no quieres que lo sea.

Cuando el ascensor llega al cuarto piso y nos dirigimos al apartamento de mamá, Charlie ya no me dirige la palabra. Así es como se pone siempre que está contrariado: cerrado y desconectado. La misma manera que tenía papá de resolver los problemas. Naturalmente, con cualquier otra persona podría leerlo en su cara, pero mamá…

—¿Quién quiere unos exquisitos macarrones al horno? —grita, abriendo la puerta antes incluso de que llamemos al timbre. Como siempre, una amplia sonrisa le ilumina el rostro y tiene los brazos extendidos buscando un abrazo.

—¿Macarrones? —canturrea Charlie mientras entra en el apartamento y la abraza —. ¿Estamos hablando de original o extra crujiente?

Aunque el chiste es muy malo, mamá ríe histéricamente… y abraza a Charlie con fuerza.

—¿Cuándo comemos? —pregunta Charlie, apartándola y quitándole de la mano la cuchara de madera cubierta de salsa.

—Charlie, no…

Demasiado tarde. Se lleva la cuchara a la boca para probar la salsa.

—¿Estás contento? —dice mamá, echándose a reír y volviéndose para mirarle—. Ahora has llenado la cuchara de gérmenes.

Charlie sostiene la cuchara como si fuese una piruleta y la pasa sobre su lengua que cuelga fuera de la boca.

—Aaaaaaaaa —gime con la lengua colgando—. ¡He cogido los gérmenes!

—Tú también tienes gérmenes —dice mamá sin dejar de reír y mirándole directamente a los ojos.

—Hola, mamá —digo, esperando aún en el umbral de la puerta.

Ella se vuelve rápidamente sin que la amplia sonrisa se borre de sus labios.

—Ahhhh, mi grandullón —dice, abrazándome—. Sabes que me encanta verte con traje. Tan profesional…

—¿Y qué hay de mi traje? —protesta Charlie, señalando su abrigo azul y los pantalones caqui arrugados.

—Los chicos guapos como tú no tienen necesidad de llevar trajes —dice con su mejor tono de Mary Poppins.

—¿Significa eso que yo no soy guapo? —pregunto.

—¿O significa que no tengo buen aspecto con traje? —añade Charlie.

Hasta mi madre sabe cuándo una broma ha ido demasiado lejos.

—Muy bien, Frick y Frack, todo el mundo dentro.

Seguimos a mi madre a través de la sala de estar y al pasar frente a la pintura enmarcada que Charlie hizo del puente de Brooklyn, respiro profundamente y me lleno de todo el olor de mi juventud. Gomas de borrar… lápices de colores… salsa de tomate casera. Charlie tiene el Play-Doh, yo tengo las cenas de los lunes. Es verdad, algunos detalles cambian, pero las cosas importantes —la vajilla de la abuela, la mesita del café con el cristal con el que me abrí la cabeza cuando tenía seis años—, las cosas importantes son siempre las mismas. Incluida mi madre.

Con un peso superior a los ochenta kilos, mi madre nunca ha sido una mujer pequeña… o insegura. Cuando su pelo se llenó de canas, no se lo tiñó; cuando empezó a caérsele, se lo cortó. Después de que mi padre se marchara de casa, las tonterías relacionadas con el aspecto físico ya no tuvieron importancia: sólo importábamos Charlie y yo. De modo que incluso con las facturas del hospital, las tarjetas de crédito, y la bancarrota en la que nos dejó mi padre… incluso después de haber perdido su trabajo en una tienda de artículos de segunda mano, y todos los trabajos de costura que había hecho desde entonces… ella siempre tuvo amor más que suficiente para seguir adelante. Lo menos que podemos hacer es devolvérselo.

Voy directamente a la cocina, busco el pote de galletas de Charlie Brown y tiro de su cabeza de cerámica.

—¡Ay! —exclama Charlie, usando su broma preferida desde cuarto grado.

La cabeza se desprende y saco del interior del pote una pila de papeles.

—Oliver, por favor no hagas esto… —dice mamá.

—Muy bien —digo, ignorándola y llevando los papeles a la mesa del comedor.

—Hablo en serio, no está bien. No tienes que pagar mis facturas.

—¿Por qué? Tú me ayudaste a pagar la universidad.

—Tú ya tenías un trabajo y…

—… gracias al tío con el que estabas saliendo entonces. Cuatro años de dinero fácil… sólo así pude hacer frente a las matrículas.

—No tiene importancia, Oliver. Ya fue bastante malo que tuvieras que pagar el apartamento.

—Yo no pagué el apartamento, sólo pedí en el banco que te diesen una mejor financiación.

—Y me ayudaste con la entrada…

—Mamá, eso fue sólo para que pudieras empezar. Habías estado alquilando este

apartamento durante veinticinco años. ¿Sabes cuánto dinero tiraste en ese tiempo?

—Eso fue porque… —Se interrumpe. No le gusta culpar a mi padre.

—Mamá, no tienes que preocuparte. Para mí es un placer.

—Pero eres mi hijo…

—Y tú eres mi madre.

Es difícil rebatir ese argumento. Además, si no necesitara mi ayuda, las facturas no estarían donde yo pudiese encontrarlas, y estaríamos comiendo pollo o carne en lugar de macarrones. Tuerce ligeramente la boca y se muerde nerviosamente las tiritas que cubren las puntas de los dedos. La vida de una costurera: demasiados alfileres y demasiados dobladillos. Siempre hemos vivido pagando nuestras deudas, pero las arrugas de su cara están empezando a revelar su edad. Sin decir nada, abre la ventana de la cocina y se inclina hacia el aire frío.

Al principio supongo que debe de haber visto a la señora Finkelstein —la mejor amiga de mamá y nuestra vieja canguro—, cuya ventana está directamente al otro lado del callejón. Pero cuando oigo el familiar chirrido de la cuerda de la ropa, me doy cuenta de que mi madre está entrando el resto del trabajo de hoy. Así fue cómo aprendí que uno puede refugiarse en su trabajo. Cuando ha acabado, vuelve al fregadero y lava la cuchara de Charlie.

En cuanto está limpia, Charlie se la quita de las manos y la aprieta contra su lengua. «Aaaaaaaaaaaaaa», exclama. Mi madre lucha con todas sus fuerzas, pero no deja de reírse. Fin de la discusión.

Una por una repaso todas las facturas del mes; las sumo y decido cuáles pagar. A veces sólo pago las tarjetas de crédito y el hospital… en otras ocasiones, cuando el gasto de la calefacción es elevado, me decido por las facturas de los servicios públicos. Charlie siempre paga los seguros. Como he dicho, para él se trata de una cuestión personal.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —le pregunta mamá a Charlie.

El ignora la pregunta y ella decide no insistir. Mamá mostró la misma actitud de no entrometerse hace un par de años cuando Charlie se hizo budista durante un mes. Y luego hace un año y medio cuando se pasó al hinduismo. Juro que a veces nos conoce mejor que nosotros mismos.

Al examinar la factura de la tarjeta de crédito, mis instintos de banquero se ponen en estado de alerta. Comprobar los gastos; proteger al cliente; asegurarse de que no hay nada fuera de lugar. Alimentos… materiales de costura… tienda de música… ¿Estudio de Danza Vic Winick?

—¿Qué es este lugar Vic Winick? —pregunto, inclinando mi silla hacia la cocina.

—Lecciones de baile —dice mi madre.

—¿Lecciones de baile? ¿Con quién tomas lecciones de baile?

—¡Conmigo! —exclama Charlie en su mejor acento francés. Vuelve a agarrar la

cuchara de madera, la coloca como si fuese una flor entre los dientes, coge a mi madre y la acerca a él.

—Y uno… y dos… ahora el pie derecho primero…

Iniciando un rápido vals, ambos giran y se desplazan por la pequeña cocina. Mi madre literalmente vuela, su cabeza sostenida más alta que… bueno, incluso más alta que cuando me gradué en la universidad.

Con un ligero giro del cuello, Charlie deja caer la cuchara de madera en el fregadero.

—No está mal, ¿eh? —dice.

—¿Qué tal lo hacemos? —pregunta mi madre mientras chocan contra la cocina y están a punto de arrojar al suelo la cazuela con salsa.

—Muy bien… genial —digo y vuelvo a concentrarme en las facturas. No sé por qué me sorprendo. Es posible que yo siempre haya tenido su cabeza y su billetero, pero Charlie… Charlie siempre ha tenido su corazón.

—¡Somos geniales, mamá… geniales! —grita Charlie mientras agita una mano en el aire—. ¡Esta noche dormirás como un tronco!

He hecho este camino mil cuarenta y ocho veces. Salir de la sauna del metro, subir las escaleras siempre sucias, practicar el eslalon a través de la multitud recién duchada y enfilar Park Avenue hasta llegar al banco. Mil cuarenta y ocho veces. Eso significa cuatro años, sin incluir los fines de semana, aunque también he trabajado durante algunos de ellos. Pero hoy… ya no contaré los días que he empleado durante todos estos años. Hoy empieza una cuenta atrás hasta que nos vayamos del banco.

Según mis cálculos, Charlie debería ser el primero en marcharse; quizá dentro de uno o dos meses. Después, cuando todo esté controlado, será cuestión de lanzar la moneda entre Shep y yo. Por lo que sabemos, es posible que él quiera quedarse. Personalmente, yo no tengo ese problema.

Mientras avanzo por Park Avenue hacia la calle 36, prácticamente puedo degustar la conversación. «Sólo quería hacerle saber que creo que ha llegado el momento de seguir mi camino», le diré a Lapidus. No hay necesidad de quemar los puentes o traer a colación las cartas a la Escuela de Administración de Empresas, sólo mencionar «otras oportunidades en otra parte» y darle las gracias por haber sido el mejor mentor que cualquiera pudiera pedir. Todas esas mentiras de mierda se filtrarán a través de mis dientes. Igual que él hace conmigo. A pesar de todo, pensar en ese momento me hace sonreír… es decir, hasta que advierto la presencia de dos sedanes azul marino aparcados delante del banco. En realidad, olvida lo de aparcados. Detenidos. Como si hubiesen llegado a toda prisa a causa de una emergencia. He visto suficientes limusinas negras y coches con chófer para saber que no son clientes. Y no necesito las sirenas para imaginarme el resto. En todas partes hay coches patrulla sin señas que

los identifiquen.

Retrocedo un par de pasos con un nudo en la garganta. No, sigue caminando. Que no te entre el pánico. Cuando me acerco al coche mi mirada se desliza desde los bordes con hollín en la parte superior del parabrisas hasta la placa azul y blanca «Gobierno de Estados Unidos» apoyada en el salpicadero. Estos no son policías. Son federales.

Siento la tentación de dar media vuelta y echar a correr, pero… todavía no. No pierdas la cabeza, mantén la calma y busca respuestas. Es imposible que alguien sepa qué pasó con el dinero.

Rezando para estar en lo cierto, paso a través de la puerta giratoria y busco frenéticamente con la mirada a los empleados que llegan a primera hora y ocupan la amplia red de mesas que hay en la planta baja del edificio. Para mi alivio, todo el mundo está en su sitio, con la primera taza de café en sus manos.

—Perdone, señor, ¿puedo hablar un momento con usted? —me pregunta una voz grave.

A mi izquierda, delante del mostrador de recepción de caoba, un hombre alto con hombros rectos y pelo rubio claro se acerca con una tablilla sujetapapeles.

—Necesito su nombre —me explica.

—¿Por qué?

—Lo siento, pertenezco a Para-Protect, estamos tratando de averiguar si es necesario que aumentemos la seguridad en la zona de recepción.

Es una respuesta limpia con una explicación irreprochable, pero la última vez que lo comprobé, no teníamos ningún problema relacionado con la seguridad.

—¿Y, su nombre? —insiste, manteniendo un tono amistoso.

—Oliver Caruso —digo.

Alza la vista, no sorprendido pero lo suficientemente rápido como para que yo lo advierta. Sonríe. Yo sonrío. Todo el mundo es feliz. Es una lástima que yo esté a punto de desmayarme.

Hace una pequeña marca junto a mi nombre en la lista que lleva en el sujetapapeles. No hay ninguna marca junto al nombre de Charlie. Aún no ha llegado. Cuando el hombre rubio se inclina, la chaqueta se abre ligeramente y puedo ver la correa de cuero que cuelga de su hombro. Este tío lleva una arma. Detrás de mí, echo un último vistazo a los coches sin marcas. Empresa de seguridad y una mierda. Tenemos problemas.

—Gracias, señor Caruso, que tenga un buen día.

—Usted también —digo con una sonrisa forzada. La única buena señal es que me deja pasar. No saben a quién están buscando. Pero están buscando. Solamente no quieren que nadie lo sepa.

Eso es, decido. Hora de conseguir ayuda. Atravieso el vestíbulo y paso junto a la

zona de mesas para dirigirme hacia el ascensor público, pero cambio rápidamente de dirección y continúo caminando hacia la parte posterior. Utilizo el código de Lapidus todos los días. No llames la atención deteniéndote ahora.

Para cuando llego al ascensor privado, el sudor me cae a chorros —el pecho, la espalda— y siento como si me estuviese empapando a través del traje y el abrigo de lana. A partir de ahí, las cosas sólo hacen que empeorar. Cuando entro en la caja del ascensor, forrada de madera, estoy a punto de aflojar el nudo de la corbata. Entonces recuerdo que hay una cámara de vigilancia en un rincón. Mis dedos se apartan de la corbata y rascan una picazón imaginaria en el cuello. Las puertas se cierran. Se me seca la garganta. Decido ignorarlo.

Mi primera reacción es ir a ver a Shep, pero no es momento de cometer estupideces, así que pulso el botón del séptimo piso. Si quiero llegar hasta el fondo de esto, es necesario comenzar desde arriba.

—Te está esperando —me advierte la secretaria de Lapidus cuando paso volando junto a su escritorio.

—¿Cuántas estrellas? —pregunto, sabiendo cómo clasifica ella el estado de ánimo de Lapidus. Cuatro estrellas es bueno; una es un desastre.

—Eclipse total —contesta.

Me paro en seco. La última vez que Lapidus estuvo tan enfadado fue con los papeles del divorcio.

—¿Tienes idea de lo que ha podido pasar? —pregunto, tratando de no perder la calma.

—No estoy segura, ¿pero has visto alguna vez un volcán en erupción…?

Aspiro una bocanada de aire y apoyo la mano en el pomo de bronce.

—… no me importa lo que ellos quieren! —grita Lapidus en el teléfono—. ¡Dígales que es un problema informático… que ha sido culpa de un virus; esta cuestión queda cerrada hasta nueva orden y si Mary tiene algún problema con eso, dígale que se las arregle con el agente encargado de llevar este asunto!

Cuelga el auricular con fuerza en el momento que cierro la puerta. Siguiendo la dirección del sonido gira la cabeza hacia mí, pero yo estoy demasiado ocupado mirando a la persona sentada en el lado opuesto de su escritorio. Shep. Mueve la cabeza ligeramente. Estamos muertos.

—¡Dónde diablos te habías metido! —grita Lapidus.

Mis ojos siguen clavados en Shep.

—¡Oliver, te estoy hablando a ti!

Doy un brinco, volviéndome hacia mi jefe.

—Lo siento… ¿Qué?

Antes de que pueda responder se oye un golpe en la puerta detrás de mí.

—¡Adelante! —ladra Lapidus.

Quincy abre la puerta y asoma la cabeza. Tiene la misma expresión que Lapidus. Dientes apretados. Movimientos nerviosos de la cabeza. La forma en que examina la habitación, yo… Shep… el sofá… incluso las antigüedades, todo queda registrado. De acuerdo, es un analizador nato, pero esto es diferente. La palidez en su rostro. No es ira. Es miedo.

—Tengo los informes —dice ansiosamente.

—¿Y? Oigámoslos —dice Lapidus.

De pie en el umbral de la puerta y resistiéndose a entrar en la habitación, Quincy endurece la mirada. Sólo socios.

Lapidus se aparta rápidamente del escritorio, se levanta de su sillón de cuero reclinable y se dirige hacia la puerta. En cuanto desaparece, me encaro con Shep.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunto, haciendo un esfuerzo para no levantar la voz—. ¿Acaso ellos…

—¿Fuiste tú? —pregunta Shep.

—¿Si fui yo qué?

Aparta la mirada, totalmente abrumado.

—Ni siquiera sé cómo lo han hecho…

—¿Han hecho qué?

—Nos han descubierto, Oliver. Quienquiera que lo haya cogido, estaban vigilando todo el tiempo…

Le cojo por el hombro.

—Maldita sea, Shep, dime q…

La puerta se abre de par en par y Lapidus entra nuevamente como una tromba en el despacho.

—Shep, tu amigo el agente Gallo te espera en la sala de conferencias… ¿Quieres por favor…?

—Sí —le interrumpe Shep, levantándose de su asiento.

Le miro de reojo. «¿Llamaste al servicio?»

«No preguntes», se aleja, sacudiendo la cabeza.

—Oliver, necesito que me hagas un favor —dice Lapidus con voz excitada. Revisa una pila de papeles, buscando…

—Allí —digo, señalando sus gafas de leer.

Las coge y las guarda en el bolsillo de su chaqueta. No hay tiempo para dar las gracias.

—Quiero a alguien abajo cuando la gente comience a llegar —dice—. No quiero ofender a la gente del servicio secreto pero ellos no conocen a nuestro personal.

—No entien…

—Quiero que te quedes junto a la puerta y observes las reacciones de la gente —

ladra, ha perdido la paciencia hace mucho tiempo—. Sé que tenemos a un agente controlando la entrada… pero quienquiera que haya hecho esto… son demasiado listos para llamar y decir que están enfermos. Por eso quiero que vigiles a la gente a medida que entre en el edificio. Si no tienen la conciencia limpia, el agente les asustará… no pueden ocultar el pánico. Aunque sólo se trate de una ligera pausa o una boca abierta. Tú conoces a la gente, Oliver. Descubre por mí quién lo ha hecho.

Me rodea los hombros con el brazo y me lleva hasta la puerta. Lapidus y Shep se marchan a la sala de conferencias. Mientras intento buscar alternativas, me dirijo a la planta baja. Sólo necesito un segundo para pensar.

Cuando las puertas del ascensor se abren al vestíbulo, estoy completamente exhausto. El huracán golpea demasiado rápido. Todo me da vueltas. Sin embargo, las opciones son escasas. Seguir las órdenes. Cualquier otra cosa sería sospechosa.

Me dirijo a la ventanilla del cajero, busco un impreso de depósito y simulo rellenarlo. Es la mejor manera de vigilar la puerta, donde el agente rubio sigue comprobando la identidad de los empleados.

Uno por uno entran y dan sus nombres. Ninguno duda o se lo piensa dos veces. No me sorprende, el único que no tiene la conciencia limpia soy yo. Pero cuanto más permanezco allí, menos sentido tiene todo el asunto. No hay duda de que para Charlie y para mí tres millones de dólares es una buena tajada, pero a la gente de aquí… no le cambia la vida a nadie. Y la forma en que Shep me ha preguntado si había sido yo, no estaba preocupado sólo por la posibilidad de que le atrapasen… él también perdería algo. Y ahora que finalmente dejo de pensar en ello… tal vez… nosotros también.

Recorro con la vista el vestíbulo principal siempre lleno de gente y compruebo si alguien está vigilando. Secretarias, analistas, incluso el agente a cargo… todo el mundo está enfrascado en sus tareas diarias. La gente entra por la puerta giratoria y el agente comprueba sus nombres. Me dirijo hacia esa misma puerta, decidiéndome que es la mejor forma de salir del edificio…

—¿Ha firmado? —me pregunta el agente rubio.

—Sí —contesto mientras los empleados que hacen cola para entrar me miran fijamente—. Oliver Caruso.

El agente comprueba la lista y luego levanta la vista.

—Adelante.

Avanzo con el hombro por delante y empujo la puerta giratoria con todas mis fuerzas. Cuando cede me encuentro en la calle helada, patinando a toda pastilla y girando en la esquina.

Mientras corro por Park Avenue busco desesperadamente un quiosco. Debí imaginarlo. Este vecindario no atrae precisamente a la gente que compra cosas en la calle. Excepto por las cabinas de teléfono, las esquinas están vacías. Ignorando el dolor que significa correr con zapatos de vestir, giro bruscamente en la calle 37 y sigo

corriendo hacia el extremo de la manzana. El pavimento hace que sienta cada paso que doy. Cuando llego a Madison Avenue, clavo los frenos y me acerco a un puesto de periódicos al aire libre.

—¿Tiene tarjetas de teléfono? —le pregunto al tío sin afeitar que intenta calentarse junto a un pequeño radiador que tiene detrás del mostrador.

Se mueve como Vanna White en su mundo de productos.

—¿Y usted qué cree?

Miro a mi alrededor, buscando…

—Aquí —interrumpe, señalando por encima del hombro. Junto a los billetes de lotería enrollados como si fuesen papel higiénico.

—Me llevaré una de veinticinco dólares —le digo.

—Muy bien —contesta el tío. Saca una tarjeta con la Estatua de la Libertad y le doy dos billetes de veinte.

Mientras espero el cambio, rasgo el envoltorio de plástico allí mismo. Es verdad, puedo regresar a la firma de abogados, pero después de la experiencia de esta mañana, no quiero nada que pueda relacionarme con el día de ayer.

—¿Con esta tarjeta puedo llamar al extranjero? —pregunto.

—¡Puede llamar a la reina de Francia y decirle que se afeite los sobacos!

—Genial. Gracias.

Cojo la tarjeta y regreso rápidamente a Park Avenue, cruzo la calle de seis carriles, y me detengo en una cabina telefónica situada en diagonal a la entrada del banco. Hay lugares más discretos desde los que puedo llamar, pero de este modo nadie en el banco puede verme con claridad. Y más importante aún, puesto que me encuentro a pocas manzanas del metro, tengo la mejor ubicación posible para divisar a Charlie.

Marco el número ochocientos que figura en el reverso de la tarjeta con la Dama de la Libertad y luego el código secreto. Cuando me preguntan qué numero deseo marcar, saco la cartera, deslizo el dedo por detrás del permiso de conducir y extraigo un pequeño trozo de papel. Marco el número de diez dígitos que he apuntado en el papel en orden inverso. Llevo encima el número de teléfono de Antigua, pero si me detienen, eso no significa que deba facilitarles las cosas.

—Gracias por llamar al Royal Bank de Antigua —dice una voz femenina grabada —. Para saldo de cuenta automático pulse el uno. Para hablar con un empleado del servicio personal pulse el dos.

Pulso el dos. Si alguien nos ha robado el dinero, quiero saber adónde ha ido.

—Habla la señorita Tang. ¿En qué puedo ayudarle?

Antes de que pueda responder diviso a Charlie que cruza la calle detrás de un montón de gente.

—¿Hola…? —dice la mujer.

—Hola, sólo quería comprobar el saldo de mi cuenta.

Agito la mano para llamar la atención de Charlie, pero no me ve.

—¿Su número de cuenta? —pregunta la mujer.

—58943563 —le digo. Cuando memoricé el número no pensé que tendría que utilizarlo tan pronto. Justo enfrente de mí, Charlie está solo y prácticamente va bailando calle arriba.

—¿Con quién estoy hablando?

—Martin Duckworth —digo—. Sunshine Distributors.

—Por favor, espere mientras compruebo la cuenta.

En el momento en que comienza a sonar la música grabada tapo el auricular con la mano.

—¡Charlie! —grito. Ya se ha alejado varios metros y con el bullicio del tráfico de la hora punta entre nosotros…—. ¡Charlie! —vuelvo a gritar. Pero sigue sin oírme.

Charlie sigue avanzando hacia el centro de la manzana, baja el bordillo y echa un primer vistazo al banco. Como siempre, su reacción es más rápida que la mía. Descubre los coches sin marcas aparcados delante del edificio y se queda inmóvil en medio de la calle.

Espero que eche a correr, pero es mucho más listo que eso. Instintivamente, echa un vistazo a su alrededor, buscándome. Es como mi madre acostumbraba a decir: ella nunca creyó en la percepción extrasensorial, pero los hermanos… los hermanos estaban conectados. Charlie sabe que estoy aquí.

—¿Señor Duckworth…? —pregunta la mujer en el otro extremo de la línea.

—Sí… aquí estoy.

Agito la mano y ahora Charlie me ve. Mira en mi dirección, estudiando mi lenguaje corporal. Quiere saber si es real o si sólo estoy actuando. No espera a que cambie la luz del semáforo y se lanza en medio del tráfico, esquivando la embestida de los coches. Un taxi hace sonar con fuerza la bocina, pero Charlie lo ignora. El hecho de verme presa del pánico no significa que él también deba estarlo.

—Señor Duckworth, necesitaré la contraseña de la cuenta —dice la mujer del banco.

—Ero Yo —contesto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Charlie cuando sube el bordillo.

Le ignoro; sigo esperando la información del banco.

—¡Dime! —insiste.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta finalmente otra mujer al otro lado de la línea.

—Quiero saber el saldo y también los últimos movimientos de esta cuenta —contesto.

Entonces, allí mismo, en la acera, Charlie se echa a reír a carcajadas, la misma

risa patentada de hermano pequeño cuando tenía nueve años.

—¡Lo sabía! —grita—. ¡Sabía que no podrías evitarlo!

Me llevo el índice a los labios para que se calle, pero sin éxito.

—No podías esperar ni siquiera veinticuatro horas, ¿verdad? —pregunta, inclinándose hacia la cabina—. ¿Qué ha sido? ¿Los coches fuera del banco? ¿Las placas federales? ¿Has hablado con alguien o sólo has visto los coches y has mojado los pan…?

—¡Quieres cerrar la boca! ¡No soy un imbécil!

—¿Señor Duckworth…? —pregunta la primera mujer.

—Sí… sigo aquí —digo, volviendo a concentrarme en la llamada—. Estoy aquí.

—Lamento haberle hecho esperar, señor. Esperaba comunicarme con uno de nuestros supervisores para…

—Sólo dígame cuál es el saldo. ¿Es cero?

—¿Cero? —dice la mujer sin poder evitar la risa—. No… en absoluto.

Yo también dejo escapar una risa nerviosa.

—¿Está segura?

—Nuestro sistema no es perfecto, señor, pero esta cuenta está muy clara. Según nuestros datos, en esta cuenta sólo se ha registrado una transacción… una transferencia electrónica que se recibió ayer a las 12.21 horas.

—¿O sea que el dinero aún está allí?

—Por supuesto —dice la mujer—. Estoy mirando el saldo en este momento. Una única transferencia electrónica… por un total de trescientos trece millones de dólares.

11

—¿Que tenemos qué? —grita Charlie.

—No puedo creerlo —balbuceo, con la mano aún apoyada en el auricular del teléfono—. ¿Tienes idea de lo que significa esto?

—Significa que somos ricos —dice—. Y no estoy hablando de asquerosamente ricos o incluso extremadamente ricos; estoy hablando de obscenamente, grotescamente, imposiblemente ricos. O como me dijo una vez mi peluquero cuando le dejé cinco pavos de propina: «Ésa sí que ha sido una buena acción. »

—Estamos muertos —digo, todo el peso de mi cuerpo se derrumba contra la cabina telefónica. Eso es lo que saco de un estúpido momento de ira—. No hay forma de expli…

—Les diremos que ganamos toda esa pasta en las apuestas de la Super Bowl. Podrían creerlo.

—Hablo en serio, Charlie. No se trata solamente de tres millones, es…

—Trescientos trece millones de dólares. Te he oído las primeras tres veces. —Cuenta con los dedos, desde el meñique hasta el índice—. Trescientos diez… trescientos once… trescientos doce… trescientos trece… Santo guacamole, me siento como ese tío viejo con bigote en el Monopoly, ya sabes, el que lleva el monóculo y la cabeza cal…

—¿Cómo puedes bromear?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? ¿Apoyarme contra una cabina telefónica y quedarme ahí encogido el resto de mi vida?

Me pongo erguido sin decirle nada.

—Ahora te sientes mejor, ¿verdad? —pregunta.

—No se trata de un juego, Charlie. Nos matarán por esto…

—Sólo si lo encuentran, y la última vez que comprobé todas esas compañías falsas… ese chico malo es infalible.

—¿Infalible? ¿Estás chiflado? No estamos… —me interrumpo y bajo la voz. En la calle aún hay mucha gente—. No estamos hablando de cuatro chavos —susurro—. De modo que deja ya de jugar a Butch Cassidy y…

—No. Ni hablar —me interrumpe—. Es hora de ser realistas, Ollie, no es otra cosa de la que debamos huir, esto es el País de las Maravillas. Todo ese dinero es nuestro. ¿Qué más quieres? Nadie sabe cómo encontrarlo… nadie sospecha de nosotros; si antes era bueno, ahora es doblemente bueno. Trescientas trece veces mejor que antes. Por una vez en nuestras vidas podemos sentarnos y…

—Maldita sea, Charlie, ¿qué pasa contigo? —le grito, apartándome de la cabina y cogiéndole por el cuello del abrigo—. ¿No me escuchabas mientras te hablaba? Ya oíste a Shep, la única forma de que esto funcione es que nadie sepa que el dinero ha

desaparecido. Podemos meter en nuestros bolsillos tres millones de dólares… pero trescientos trece… ¿te imaginas de lo que son capaces para recuperar ese dinero? —Hago todo lo que puedo para mantener el tono de voz en un susurro, pero la gente comienza a mirarnos. Miro a mi alrededor y le suelto—. Ya está —murmuro—. Estoy acabado.

Charlie se alisa el cuello del abrigo. Yo me vuelvo hacia el teléfono.

—¿A quién llamas? —me pregunta.

No le contesto, pero observa mis dedos cuando pulsan los números. Shep.

—Yo no lo haría —me advierte.

—¿De qué estás hablando?

—Si son inteligentes, estarán controlando todas las llamadas que llegan al banco. Tal vez incluso las escuchen. Si quieres información, vuelve y habla con él personalmente.

Dejo de marcar a mitad del número, miro a Charlie por encima del hombro y comienza oficialmente la competición de miradas. Él conoce mi expresión: el dubitativo Thomas. Y yo conozco la suya. El honesto Injun. También sé que es sólo un truco… su táctica preferida para que me tranquilice y así poder salirse con la suya. Es lo que hace siempre. Pero ni siquiera yo puedo discutir con la lógica. Cuelgo el teléfono con violencia y paso junto a él.

—Será mejor que tengas razón —le advierto mientras emprendo el regreso al banco.

Una breve parada en la cafetería me proporciona un cuarto de litro de calma y una excusa perfecta para explicar por qué salí corriendo del edificio. No obstante, ello no impide que el agente del servicio secreto que está instalado en la puerta principal añada otra marca junto a mi nombre… y una junto al de Charlie.

—¿No quiere besarnos el culo? —pregunta Charlie al agente.

El agente nos fulmina con la mirada como si la marca que consta junto a nuestros nombres fuese suficiente para ponernos de rodillas, pero ambos sabemos cuál es la realidad: si tuviesen la más mínima sombra de sospecha, nos sacarían esposados del banco. En cambio, estamos entrando en el edificio.

La mayoría de los días me dirijo directamente al ascensor. Hoy la situación es claramente diferente. Sigo a Charlie mientras pasa junto a la ventanilla con el mostrador de mármol del cajero y dejo que me arrastre hacia el laberinto de escritorios. Como siempre, está lleno de empleados chismosos, pero hoy parecen hallarse en su apogeo.

—¿Cómo estás? —saluda Jeff de Nueva Jersey. Intercepta nuestra marcha para palmear a Charlie en el pecho.

—Ya estamos —canta Charlie—. Mi palmada diaria en el pecho. Extraño para

muchos… reverenciado por unos pocos.

Jeff se echa a reír; nos paramos a pocos pasos del ascensor.

—Sabes que tengo razón —dice Charlie, disfrutando de cada instante.

Estoy tentado de arrastrarle hacia el ascensor, pero está claro lo que mi hermano busca. Tal vez Jersey Jeff invade demasiado tu espacio personal, pero cuando se trata de chismes de oficina, hasta yo sé que es la abeja reina.

—¿Cuál es la historia con el Señor Asistencia? —pregunta Charlie, haciendo una seña hacia el tío rubio que está junto a la entrada principal.

Jeff muestra una amplia sonrisa. Finalmente tiene una oportunidad de fanfarronear.

—Dicen que está haciendo una comprobación de seguridad, pero nadie se lo ha tragado. Quiero decir, ¿tan estúpidos creen que somos?

—¿Bastante estúpidos? —propone Charlie.

—Muy estúpidos —conviene Jeff.

—¿Tú qué crees? —pregunto con la paciencia de… bueno… con la paciencia de alguien que acaba de robar trescientos trece millones de dólares.

—Es difícil decirlo, es difícil decirlo —contesta Jeff—. Pero si tuviese que adivinar… —Se inclina hacia nosotros, disfrutando del momento—. Apuesto por un robo. Un trabajo interno.

—¿Qué? —susurra Charlie, simulando indignación. Por la expresión de mi rostro, se da cuenta perfectamente de que estoy a punto de perder los estribos.

—Es sólo una teoría —dice Jeff—. Pero ya sabéis cómo son las cosas, en este lugar no se cambia un rollo de papel higiénico sin enviar antes un memorándum. ¿Y, de pronto, deciden cambiar toda la seguridad sin ni siquiera avisar?

—Tal vez querían ver cuál era nuestro funcionamiento habitual —digo.

—Y tal vez no querían gritar fuego con el cine lleno de gente. Es igual que cuando cogieron a aquella tía que se estaba llevando pasta de Cuentas por Pagar… trataron de mantener las cosas controladas. No son tontos. Si se hace público, a los clientes les entrará el pánico y comenzarán a retirar su dinero.

—Yo no estaría tan seguro —añado, negándome a dar mi brazo a torcer.

—Eh, puedes creer lo que quieras, pero tiene que haber un motivo muy poderoso para que todos los peces gordos estén reunidos en este momento en el cuarto piso.

El cuarto piso. Charlie me mira. «Allí está mi escritorio», dice su mirada.

—¿Cómo dices? —pregunta.

Jeff sonríe. Eso era lo que se estaba reservando.

—Pues sí —dice, regresando a su escritorio—. Llevan allí toda la mañana…

Miro a Charlie y él me mira a mí. Cuarto piso.

En el instante en que se abre la puerta del ascensor, Charlie sale a la alfombra gris

y realiza un rápido reconocimiento del lugar. La sala de las fotocopiadoras; la máquina del café; el cubículo en forma de cañón que se alza en el centro de la habitación; todo parece estar en su sitio. Los carritos con la correspondencia ruedan por la sala, resuenan los teclados y unos cuantos grupos están de palique. No obstante, no es necesario ser un genio para saber dónde está la acción; en este piso sólo hay un lugar donde los peces gordos pueden ocultarse. Mientras nos dirigimos hacia el escritorio de Charlie como si fuese un día cualquiera, ambos clavamos la vista en el extremo más alejado de la habitación. La Jaula.

Es imposible decir si realmente están allí o si Jeff se estaba echando uno de sus habituales faroles. La puerta está cerrada. Siempre está cerrada. Pero eso no nos impide mirar, estudiamos el grano de la madera, el brillo del pomo, incluso los diminutos botones negros en la cerradura codificada. Yo podría entrar fácilmente, pero… hoy no. No hasta que nosotros…

—Llama a Shep… averigua dónde está —susurro cuando entramos en el cubículo de Charlie. Mi hermano se sienta sobre una rodilla en el sillón, la cabeza unos centímetros por debajo del borde superior del cubo. Descuelga el teléfono y marca el número de Shep. Me inclino para escuchar sin quitar los ojos de la puerta de Mary. Shep suele responder a la primera llamada, le pagan para ser paranoico. Hoy no. Hoy el teléfono sigue sonando.

—No creo que Shep…

—Shhhhhh —le interrumpo. Algo pasa.

Charlie salta de su sillón y estudia La Jaula. La puerta se abre lentamente y la habitación se vacía. A través del pasillo vemos que Quincy es el primero en salir, seguido de Lapidus. Agacho la cabeza. Charlie permanece erguido. Es su escritorio.

—¿Quién más está con ellos? —susurro con la barbilla besando el teclado del ordenador.

Charlie mantiene la vista fija en la puerta y alza ambas manos en el aire, fingiendo que está haciendo un estiramiento.

—Detrás de Lapidus está Mary —comienza a decir.

—¿Alguien más?

—Sí, pero no les conozco…

Alzo la cabeza para echar un breve vistazo. Cuando Mary sale de La Jaula, le sigue un tío bajo y rechoncho vestido con un traje que le sienta fatal. Camina con una ligera cojera y no deja de rascarse el cuero cabelludo justo por encima de la nuca. Incluso con la cojera, tiene el mismo aspecto sólido de Shep. Servicio secreto. Detrás del Señor Rechoncho hay otro agente, mucho más fino tanto en pelo como en peso, que lleva lo que parece ser una caja de zapatos negra con unos cuantos cables que cuelgan. Los tíos del FBI tenían un chisme similar cuando procesaron a aquella mujer de Cuentas a Pagar. La conectas al ordenador y obtienes al instante una copia del

disco duro del usuario. Es la forma más sencilla de mantener el lugar en calma, no permitir que te vean confiscando ordenadores, sólo te llevas las pruebas dentro de una discreta bolsa.

Cuando la puerta de La Jaula se abre de par en par alcanzo a ver el ordenador de Mary sobre su escritorio. La ranura del disco duro está precintada. Nada entra; nada sale.

Al cabo de un momento un último integrante se une a la caravana de payasos: la persona que estábamos esperando. Cuando sale al corredor, los ojos de Shep se clavan en Charlie. Espero una sonrisa, o quizá incluso una mueca perversa estilo Elvis. Pero lo único que vemos es una expresión de ansiedad en sus ojos abiertos como platos.

—Vaya, vaya —dice Charlie—. Mi niño tiene un aspecto deplorable.

—¿Todo bien, Shep? —pregunta el Señor Rechoncho mientras él y el resto del personal del circo esperan la llegada del ascensor.

—Sí —tartamudea Shep—. Estaré con ustedes en un segundo. He olvidado algo en mi despacho.

Shep se dirige hacia el otro extremo del corredor, abre la puerta metálica y desaparece en la escalera. Justo antes de que la puerta se cierre, nos mira por última vez. No sube por la escalera. Se ha quedado allí, esperando. A nosotros.

Cuando el Señor Rechoncho se vuelve hacia el cubículo de Charlie, vuelvo a agacharme. Charlie no se mueve.

—¿Qué están haciendo? —pregunto con una voz apenas audible mientras trato de mantenerme oculto. Oigo que se abren las puertas del ascensor.

—Nos saludan… —dice Charlie—. Ahora Quincy está detrás de Lapidus, tratando de colocarle las orejas de conejo… Vaya, hombre, Lapidus se ha dado cuenta. No hay orejas de conejo para nadie.

Charlie puede hacer todas las bromas que quiera, no consigue ocultar el miedo.

Oigo que las puertas del ascensor se cierran lentamente.

—Venga… —insiste Charlie, mientras señala mi vaso de café—. Vamos a buscar café.

Dejo el vaso encima de su mesa y le sigo fuera del cubículo hacia la máquina de café, que casualmente está junto a la escalera. Charlie avanza resueltamente. Yo controlo la situación por encima del hombro.

—¿Estás seguro de que es…?

—Deja de dudar, Ollie, o se te pudrirá el cerebro.

Sin mirar atrás se lanza de cabeza hacia el abismo. Pero cuando llegamos la escalera está vacía. Se asoma a la barandilla y mira arriba y abajo. Nadie…

—No era exactamente lo que habíamos pensado, ¿verdad? —pregunta una voz grave cuando la puerta metálica se cierra con estrépito. Ambos nos volvemos. Shep

está detrás de nosotros.

—No es un mal día de trabajo —susurra Charlie, extendiendo la mano.

Shep le ignora. Está demasiado concentrado en mí.

—¿De modo que está todo en la cuenta?

—Olvídate de la cuenta. ¿Por qué llamaste a los tíos del Servicio? —insisto.

—Ya estaban aquí cuando he llegado esta mañana —contesta Shep—. Supongo que ha sido idea de Quincy o de Lapidus, pero puedes creerme, cuando se trata de hacer cumplir la ley, el Servicio es mejor que el FBI. Al menos estamos tratando con amigos.

—Lo ves… —interrumpe Charlie—. Nada de qué preocuparse.

Ambos le fulminamos con miradas destinadas a hacer que se caiga de culo. La mía puede ignorarla. La de Shep es otra historia. Es hora de ponerse serios.

—Cogeremos a esa gente y recuperaremos el dinero lo antes posible —anuncia Shep, inclinándose sobre la barandilla y echando un vistazo a los pisos superiores. Baja el tono de voz y pronuncia dos palabras—. Aquí no. —No quiere correr ningún riesgo.

—¿Adónde quieres ir a almorzar? —pregunta Charlie rápidamente.

Inteligente. Necesitamos un lugar donde poder hablar. Un lugar privado. Miramos simultáneamente el suelo, los tres permanecemos en silencio. Estamos todos en la misma página, repasando el atlas mental.

—¿Qué os parece el Yale Club? —propongo. El escondite preferido de Lapidus.

—Me gusta —dice Charlie—. Tranquilo, apartado y lo suficientemente reprimido y altivo como para saber mantener la boca cerrada.

Shep sacude la cabeza. Al observar nuestra expresión de desconcierto, saca la cartera y nos muestra fugazmente su permiso de conducir. Buen argumento. Para acceder al Yale Club tendríamos que identificarnos.

—Entiendo —dice Charlie—. ¿Y Vía 117?

Sonrío. Ahora es Shep quien está desconcertado. Un breve susurro al oído le pone al día.

—¿Estáis seguros de que podemos…?

—Confía en mí —dice Charlie—. Nadie sabe ni siquiera que existe.

Shep nos observa cautelosamente pero no tiene demasiadas alternativas.

—¿Entonces nos vemos al mediodía? —pregunta Shep. Charlie y yo asentimos y Shep se aleja escaleras arriba. Desaparece rápidamente, pero seguimos oyendo sus pisadas sobre los escalones de hormigón.

Una puerta se cierra con fuerza encima de nuestras cabezas y yo también me lanzo escaleras arriba como Stallone en la primera *Rocky*.

—¿Adónde vas? —grita Charlie.

No le contesto, pero él ya lo sabe. No pienso esperar a la hora del almuerzo,

quiero ver el resto de la película ahora.

Mientras continúo subiendo la escalera de caracol, miro hacia atrás y compruebo que Charlie sube detrás de mí.

—Jamás te permitirán entrar —me dice entre jadeos.

—Ya lo veremos…

Quinto piso… sexto piso… séptimo piso… salgo al pasillo y me dirijo directamente hacia la secretaria de Lapidus. Charlie espera detrás, observando la escena a través de un pequeño resquicio en la puerta que se abre al rellano de la escalera.

—¿Aún están allí? —pregunto, pasando rápidamente delante del escritorio de la secretaria como si me estuviesen esperando.

—Oliver, no…

Pero no es lo bastante rápida. Abro la puerta y desaparezco dentro del despacho.

La ruidosa conversación se apaga al instante. Todas las cabezas se vuelven hacia mí. Lapidus, Quincy, Mary, Shep… incluso los dos agentes del servicio secreto que están junto al escritorio antiguo de Lapidus. Me miran como si hubiese irrumpido en su funeral.

—¿Quién diablos es este tío? —ladra el Señor Rechoncho.

Miro a Lapidus en busca de ayuda, pero debí de haberlo imaginado.

—Yo me encargo de esto —dice Lapidus, acercándose rápidamente hacia mí. Me coge del codo, y con la elegancia de un bailarín de salón, pasa junto a mí, me obliga a girar y me acompaña nuevamente a la puerta. Es tan suave que apenas si me doy cuenta de lo que sucede—. Primero necesitamos resolver algunas cosas. Tú ya comprendes… —añade como si no tuviese importancia. Se oye un crujido y la puerta se abre. Tres segundos después mi culo está fuera del despacho de Lapidus.

Al otro lado del pasillo, Charlie me observa desde el rellano de la escalera. Mis ojos se clavan en la alfombra. Detrás de mí, Lapidus me da las palmadas de rigor y me envía a que siga mi camino.

—Te llamaré cuando tengamos alguna noticia —añade Lapidus, con la voz súbitamente empañada. Trescientos millones de dólares es demasiado grande incluso para él. Cuando echo un vistazo por encima del hombro, parece más andrajoso que mi hermano y yo… y la forma en que se aferra al pomo dorado de la puerta, es casi como si necesitara contar con un punto de apoyo. Cuando me alejo, Lapidus cierra la puerta lentamente. Pero en el último segundo… justo cuando se da la vuelta… justo cuando se pasa la mano por el labio superior… juro que está reprimiendo una leve sonrisa.

—¿O sea que no te ha dicho nada? —pregunta Charlie mientras avanzamos por Park Avenue, zigzagueando en tándem a través de la multitud que ha salido a

almorzar.

—¿Podemos no hablar de ello por favor? —digo.

—¿Qué ha…?

—¡He dicho que no quiero hablar de ello!

Charlie retrocede con ambas palmas alzadas.

—Escucha, no tienes que repetírmelo veinte veces, de todos modos tengo mejores cosas que hacer. ¿Qué quieres comprar primero? Yo estoy pensando en algo pequeño, pero fácil de ocultar… como Delaware.

Esta vez decido no contestarle.

—¿Qué? ¿No te gusta Delaware? De acuerdo, ¿qué me dices de Carolina?

Sigo sin responder.

—Venga, Ollie, demuéstrame un poco de amor… un abrazo, un grito, algo.

Él sabe que soy demasiado obstinado para morderme la lengua, pero también sabe que cuando me quedo en silencio es porque mi mente está en otra cosa.

—¡Hoolaaaaaa, aquí planeta Tierra llamando a Oliver! ¿Habla usted español?

Bajo el bordillo y cruzo la calle 41. Sólo queda una manzana.

—¿Crees que Shep nos la jugará? —pregunto de pronto.

Charlie se echa a reír. Esa risa de hermano pequeño.

—¿Es por eso que te estás cagando en los pantalones?

—Hablo en serio, Charlie. Puede que ésa sea la razón por la que ha aceptado reunirse con nosotros. Podría grabar toda nuestra conversación y luego sólo tendría que entregársela a…

—Ja, ja, ja… ha llegado el momento de subir al tranvía y largarse de la Tierra de Nunca Jamás. Es de Shep de quien estamos hablando. El no está aquí para jodernos. Quiere ese dinero tanto como nosotros.

—Habla por ti —le digo—. Yo no quiero saber nada de ese dinero. Sólo me preocupa que cuando llegue el momento, no estemos metidos hasta las cejas en «él dijo/nosotros dijimos».

—Bien, deja que te diga una cosa, si llegamos a ese punto, Shep sería un perfecto imbécil. Quiero decir, la forma en que ha salido todo, no podríamos haberlo hecho sin la ayuda de nadie. Hasta Shep lo sabe. De modo que si comienza a señalarnos con el dedo, está claro que tenemos un montón de sus huellas dactilares para señalarle a él. Además, no tenemos alternativa; Shep es nuestro único hombre dentro.

Me quedo nuevamente en silencio. Charlie tiene razón en ese punto. Aún nos falta una tonelada de información. Ahora mismo, cuando cruzamos la calle 42 y nos acercamos a paso vivo a las puertas de cristal y latón de la estación Grand Central, hay un solo lugar al que podemos entrar.

—¿Estás preparado? —pregunta Charlie, abriendo la puerta e inclinando ligeramente el cuerpo como si fuese un mayordomo. Me observa atentamente para

comprobar si muestro algún signo de vacilación.

Me detengo en el umbral pero sólo por un segundo. Antes de que Charlie pueda plantear el desafío, entro sin mirar atrás.

—Ahora nos entendemos —dice.

—Vamos —digo en voz alta, retándole a que no se quede atrás. Sólo por el silencio puedo saber lo que está pensando. No es capaz de decidir si mi acto de valentía es auténtico, o si sólo estoy ansioso por conseguir algunas respuestas. En cualquier caso, cuando me vuelvo para examinar la expresión de su rostro, no hay duda de que está impresionado.

Al principio corremos a través de un túnel subterráneo, claustrofóbico y de techo bajo. Luego —como ese momento en el que tu coche emerge del Battery Tunnel de Brooklyn y todo Manhattan aparece ante ti— vamos hacia la luz… el techo asciende, asciende… y aparece el vestíbulo principal cubierto de mármol de la estación Grand Central. Charlie dobla el cuello hacia arriba para contemplar las ventanas arqueadas de veinte metros a lo largo de la pared izquierda, y el mural del zodíaco en blanco y azul que decora el techo abovedado.

Según el reloj que hay en el centro de la estación, sólo nos quedan tres minutos. Me vuelvo hacia Charlie sin dejar de correr.

—¿Cuál es la forma más fácil de…?

—Sígueme —me interrumpe y toma rápidamente la delantera. Es posible que haya oído muchas veces adónde vamos, pero nunca he estado allí. Este lugar pertenece a Charlie. Conmigo pisándole los talones, gira abruptamente a la izquierda, se abre camino a través de la multitud de pasajeros y turistas, y acelera hacia una docena de escalones que llevan al nivel inferior de la estación.

—Ahora tranquilo —digo, tirando de su camisa para que aminore el paso en la escalera. No quiero montar un número.

—Sí, como si alguien estuviese mirando —dice, alzando una ceja.

Charlie salta los últimos tres escalones y aterriza con un golpe seco que hace sonar sus zapatos contra el suelo de hormigón. Sus pies seguramente han acusado el impacto dentro de los zapatos de vestir, pero no dice nada. Odia el ya-te-lo-ha-bía-dicho.

—¿Ahora hacia dónde? —pregunto cuando llego a su lado.

Sin responder, Charlie continúa corriendo a través del nivel inferior de la estación en el que ahora hay otro bar de comidas. La nariz de Charlie sigue el olor de las patatas fritas, pero sus ojos están pegados a una flecha que señala a la izquierda situada en la base de un antiguo cartel de azulejos: «A las vías 100-117».

—Allá vamos —dice Charlie.

A lo largo del vestíbulo, tenemos el bar de comidas a nuestra izquierda y los accesos de fin de siglo a las vías a nuestra derecha. A medida que avanzamos cuento

las puertas. 108… 109… 110. En el extremo del vestíbulo veo el cartel: Vías 116 y 117.

Atravesamos una puerta y nos encontramos en la parte superior de una elevada escalera desde donde se divisa el amplio andén de hormigón. Conforme al horario hay un tren estacionado en la vía 116 a la derecha del andén. A la izquierda, sin embargo —en la 117— no hay posibilidad alguna de que llegue ningún tren. Ni ahora ni nunca. Para decirlo con pocas palabras, la vía 117 oficialmente no existe. De acuerdo, el espacio está allí, pero no se trata de una vía activa. Durante los últimos diez años, ese espacio ha estado ocupado por una larga fila de remolques prefabricados.

—¿Aquí es donde solías jugar? —pregunto mientras observamos a través de una ventana iluminada a dos obreros de la construcción en el interior de uno de los remolques.

—No… —contesta Charlie, dirigiéndose hacia un corto pasadizo que se abre a mi izquierda—. Aquí es donde solíamos escondernos…

Al ver la expresión de confusión en mi rostro, se explica:

—Cuando estaba en el instituto, Randy Boxer y yo solíamos recorrer los andenes los viernes por la noche tocando música para los viajeros. Su armónica, mi bajo y la mayor audiencia potencial a este lado del Madison Square Garden. Naturalmente, los polis nos perseguían cuando nos veían, pero en el laberinto de escaleras, el nivel inferior ofrecía los mejores lugares para desaparecer. Y aquí, detrás de la 117, nos volvíamos a reunir para volver a la lucha.

—¿Estás seguro de que no hay peligro? —pregunto mientras Charlie se apresura a través del sucio pasadizo que corre perpendicular a la vía 117. No es el pasadizo lo que me detiene, sino la puerta metálica que se alza al final del mismo y las palabras marrones, desteñidas que están pintadas en ella:

Sólo empleados
¡Deténgase! ¡Mire!
¡Escuche!
Peligro

Peligro. Es ahí donde clavo los frenos. Y, como siempre, es ahí donde Charlie acelera el paso.

—Charlie, quizá no deberíamos…

—No seas miedica —exclama al tiempo que coge el pomo de la puerta. Observa el marco oxidado, tira con fuerza y, cuando la puerta se abre, una tormenta de arena se abate sobre nosotros. Charlie se mete en medio del remolino. Y descubro que estoy completamente solo.

Mientras sigo sus pasos hacia el espacio adyacente, nos encontramos en una

enorme estación subterránea, parados en el borde de un grupo de vías abandonadas.

Para Charlie es una especie de regreso al hogar.

—«Donde los trenes vienen a morir», solía decir Randy.

Al mirar a mi alrededor comprendo la razón: el túnel es lo bastante amplio para alojar tres pares de vías, lo bastante alto para que entren los viejos trenes diesel y tiene los techos lo bastante ennegrecidos como para demostrar por qué prescindieron de los diesel. Junto a los raíles oxidados y entre los tirantes aún más oxidados, el suelo está cubierto de envoltorios de condones, colillas de cigarrillos y al menos dos jeringuillas usadas. No hay duda, es un excelente lugar para esconderse.

—Cierra la puerta —dice Shep desde un poco más arriba del andén.

—A mí también me alegra verte —dice Charlie. Señalando por encima del hombro, añade—: No te preocupes por la puerta, desde allí no se puede oír nada.

Shep le mira como si ni siquiera estuviese allí.

—Oliver, cierra la puerta —ordena.

No lo dudo. La puerta se cierra con un ruido apagado; el lugar queda en silencio. Disponemos de quince minutos antes de que alguien descubra que los tres nos hemos marchado al mismo tiempo. No quiero perder ni un segundo.

—¿Es muy mala la situación? —pregunto, mientras me limpio las manos cubiertas de hollín en los pantalones.

—¿Has oído hablar del *Titanic*? —pregunta Shep—. Deberías ver lo que está pasando allí arriba; están todos a punto de explotar. Lapidus se está arrancando las orejas y amenaza con lanzar las plagas de Egipto sobre cualquiera que filtre información al público. Al otro lado de la mesa, Quincy grita como un condenado por teléfono a la compañía de seguros y aporrea la calculadora para determinar cuál es la cantidad exacta que les afecta personalmente.

—¿Se lo han comunicado ya a los otros socios?

—Hay una reunión de urgencia convocada para esta noche. Mientras tanto, están esperando a que el Servicio analice el sistema informático y encuentre quizá una pista de adonde ha ido el dinero desde Londres.

—O sea que todavía no saben dónde está… —comienza a decir Charlie.

—… y no saben que hemos sido nosotros —Shep completa la frase—. Todavía no, al menos.

Eso es todo lo que necesito oír.

—Muy bien —digo, con las manos apoyadas en las caderas.

Charlie me fulmina con la mirada. Odia esta postura.

No estoy de humor para escuchar sus comentarios, de modo que me vuelvo hacia Shep.

—¿Qué te parece si nos entregamos? —pregunto.

—¿Qué? —exclama Shep.

—El chico tiene miedo —dice Charlie.

—Oliver, no debemos precipitarnos —añade Shep—. Aunque ahora sople un tornado, las cosas finalmente se calmarán.

—Ah, ¿o sea que ahora crees que podemos eludir al servicio secreto?

—Lo único que digo es que aún puede salir bien —contesta Shep—. Conozco los procedimientos del Servicio. Cuando se trata de dinero, les lleva al menos una semana decidir si pueden encontrarlo. Si lo hacen, nos entregamos con una explicación completa de lo que sucedió. Pero si no es así… ¿por qué alejarse del botín? Olvídate de la calderilla… trescientos trece millones de dólares significa más de ciento cuatro millones para cada uno.

Una sonrisa se dibuja en las mejillas de Charlie. Al advertir la expresión de ira en mi rostro, da un paso hacia adelante y comienza a bailar. Nada exagerado, apenas unos movimientos de hombros y unos pocos pasos con los pies. Destinado deliberadamente a fastidiarme.

—Mmmmmm-mmmmm —canturrea, moviendo la cabeza en el mejor estilo Stevie Wonder—. ¡Huele a rico!

—Te aseguro que no hay ninguna razón para que nos entreguemos a la policía —insiste Shep, esperando convencerme—. Si jugamos bien nuestras cartas, podremos conseguirlo.

—¿Acaso estás escuchando lo que dices? —digo—. No podemos ganar. Piensa en lo que dijiste cuando comenzó todo esto: «es un crimen perfecto cuando nadie sabe que se ha producido; son sólo tres millones de dólares», ése fue tu gran discurso. ¿Y dónde estamos ahora? Han desaparecido trescientos trece millones de dólares… el servicio secreto ha aparcado delante de nuestras casas… y cuando la prensa se entere de todo esto… eso sin contar al que quería el dinero en un principio… cuando acabe este asunto todo el mundo estará pegado a nuestro culo.

—No lo niego —dice Shep—. Pero eso tampoco significa que debamos hacernos el haraquiri el primer día. Además, Lapidus no dejará que esto trascienda. Si lo hace, los otros clientes comenzarán a lanzarse en busca de la salida. Es como cuando aquel pirata informático robó diez millones de pavos del Citibank hace unos años; hicieron todo lo que estaba en sus manos para que la noticia no llegase a los periódicos…

—Pero finalmente ocupó todos los titulares —interrumpo—. Las cosas siempre acaban por saberse. Ya no existen los secretos, no estamos en los cincuenta. Aunque Lapidus consiga retener la información durante un mes… entre informes, reclamaciones de las compañías de seguros y litigios… finalmente encontrará su camino hacia el exterior. Y entonces volveremos a encontrarnos donde estamos ahora, tres primos que…

Se oye un ruido y los tres nos quedamos en silencio. No es como los sonidos fortuitos que resuenan procedentes de las otras vías. Cualquiera que fuera el origen de

ese ruido, procedía del lugar donde nos encontrábamos.

Shep gira la cabeza a la izquierda y examina las descascarilladas paredes de hormigón, pero no se ve nada. Sólo unas cajas eléctricas abandonadas hace mucho tiempo y algunos *graffiti* desteñidos.

—Creo que ha venido de allí —susurra Charlie ansiosamente al tiempo que señala hacia las sombras que cubren el techo abovedado. Entre la falta de luz y las manchas producidas por la acumulación de hollín, cada arco es una cueva oscura flotante.

—¿Os han seguido? —pregunta Shep.

Pienso un segundo.

—No… no lo creo. A menos que…

Shep pone el índice sobre los labios indicando silencio. Girando el cuello repetidamente a uno y otro lado, examina el resto del espacio con precisión militar. Pero no se necesitan años de entrenamiento en el servicio secreto para saber lo que mis tripas me dicen. Todos experimentamos la misma sensación extracorpórea cuando nos están vigilando. Y mientras Charlie mira nerviosamente a su alrededor, un espeso silencio se asienta en la estación abandonada y no podemos evitar sentir que este lugar ya no nos pertenece sólo a nosotros.

—Larguémonos de aquí —dice Charlie.

Pero en el momento en que se gira hacia la puerta, se oye otro ruido. No un sonido sordo. Es más como un crujido. Alzo la vista instintivamente, pero no viene del techo. O de las paredes. Es más abajo.

Se produce otro crujido y los tres bajamos la vista.

—Detrás de ti —Charlie señala a Shep. Este se gira y examina una zona de planchas de madera que están empotradas en el suelo como si fuese una balsa salvavidas en miniatura.

—¿Qué es eso? —pregunto en voz baja.

—Pasadizos verticales. Debajo de las planchas de madera hay pasadizos que conducen a las vías inferiores —explica Charlie—. Así es como mueven el equipo pesado y los generadores; quitan las maderas y los bajan por los agujeros.

Trata de parecer relajado, pero por las arrugas en su frente —y la forma en que se aleja de las planchas de madera— sé que está muerto de miedo. Y no es el único.

—¿Podemos largarnos de aquí, por favor? —pregunto.

Shep se inclina hacia el suelo y gira la cabeza, tratando de atisbar entre las planchas de madera. Es como mirar en el interior de un conducto de aire acondicionado subterráneo.

—¿Estás seguro de que el ruido venía de aquí? —pregunta—. ¿O es un eco que procede de otra parte?

Charlie cambia de rumbo y se acerca a echar un vistazo.

—Charlie, aléjate de ahí —le digo.

Otro crujido. Luego otro más. Más espaciados al principio, después más seguidos.

Shep alza la vista y vuelve a explorar todo el túnel. Si se trata de un eco, tiene que comenzar en alguna parte.

Me acerco rápidamente a Charlie y le cojo del hombro.

—¡Vamos! —digo, mientras me dirijo hacia la puerta.

Charlie me sigue, pero no aparta la mirada de Shep.

A través de las planchas de madera, el ritmo del ruido se acelera. Como un suave rascado…

—¡Vamos! —insisto.

… de alguien caminando… no, como si estuviese corriendo. El sonido no viene de aquí. Viene de fuera. Me detengo de golpe y resbalo sobre el suelo polvoriento.

—¡Charlie, espera!

Pasa junto a mí y se vuelve para mirarme como si me hubiese vuelto loco.

—¿Qué tratas de…?

En ese momento se oye un ruido seco en una esquina y la puerta se abre violentamente.

—¡Servicio secreto, que nadie se mueva! —grita un hombre corpulento; entra en la estación abandonada y me apunta a la cara con una arma.

Retrocedo instintivamente. El hombre se frena y puedo verle perfectamente. El Señor Rechoncho. El investigador jefe.

—¡Ha dicho que nadie se mueva! —grita un agente de pelo rubio que entra detrás del primero. Al igual que su compañero, nos apunta con su arma, primero a mí, luego a Charlie, luego nuevamente a mí. Lo único que veo es el orificio negro del cañón.

12

—Nosotros no… —Charlie intenta decir algo, pero no puede.

Mi garganta se cierra y tengo la sensación de haberme tragado la lengua.

—¡Atrás! —grita el agente con cuello de toro, adentrándose en la caverna.

Mientras retrocedemos lentamente siento las piernas como si fuesen de gelatina. Miro a Charlie pero eso no hace más que empeorar las cosas. Su cara está blanca como la harina y tiene la boca completamente abierta. Como yo, lo único que pueda hacer es mirar fijamente el arma.

—Oficial… —balbuceo.

—¡Agente! —me corrige el hombre con cuello de toro.

—Lo siento… yo sólo…

—Tú debes de ser Oliver.

—¿Cómo sabe…?

—¿Realmente pensabas que podías salir dos veces del banco sin que te siguieran?

—¿Qué coño estás haciendo, Gallo? —grita Shep—. Estaba a punto de llevarles. Sólo necesitaba…

—¡No me vengas con esa mierda! —ladra Gallo y Shep se queda en silencio. Antes de que podamos reaccionar, Gallo se coloca entre Charlie y yo, con sus hombros nos obliga a separarnos. No demasiado apartados. Sólo lo suficiente para apuntar a Shep con su pistola—. No soy imbécil, Shep —dice Gallo—. ¡Sé lo que estabais tramando!

Dios mío, él piensa que nosotros…

—No es lo que parece —tartamudeo cuando Gallo se vuelve hacia mí—. ¡Estábamos a punto de regresar al banco! Lo juro, allí es donde…

—Basta —me interrumpe Gallo. Tiene un fuerte acento de Boston que no se disculpa por ninguna sílaba—. Se acabó, Oliver. ¿Lo entiendes? —Ni siquiera espera una respuesta—. Lo único que puede mejorarte el día es si nos ahorras un dolor de cabeza y nos dices dónde habéis escondido el dinero.

Es una pregunta sencilla. Revelar el secreto, entregar el dinero y dar el primer paso para recuperar nuestras vidas. Pero la forma en que Gallo ha hecho la pregunta… la ira contenida en su voz… la forma en que aprieta los dientes… cualquiera diría que tiene un interés personal. He visto suficientes acuerdos de divorcio para saber que se está cociendo algo.

Miro a Charlie, quien mueve ligeramente la cabeza. El también lo ha visto.

—Oliver, no es momento de hacerse el héroe —me advierte Gallo—. Ahora te lo preguntaré una vez más: ¿Dónde habéis escondido el dinero?

—¡No se lo digas! —grita Shep.

—¡Cierra la boca! —exclama Gallo.

—¡Cuando se lo hayas dicho, no nos quedará nada! —continúa gritando Shep—. ¡Es nuestra única baza para negociar!

—¿Quieres ver una baza para negociar? —explota Gallo con el rostro encendido de ira. Parado entre Charlie y yo, levanta el arma y apunta directamente a Shep.

—Venga, debes estar de broma —dice Shep.

—¿Qué hace? —pregunta Charlie, dando un paso hacia adelante.

—¡No te muevas! —grita Gallo, volviendo el arma hacia el rostro de Charlie. Mi hermano retrocede con las manos alzadas—. DeSanctis… —grita Gallo al agente rubio que está junto a la puerta.

—Le estoy apuntando —dice DeSanctis, apuntando con su pistola directamente a la espalda de Charlie.

Incapaz de volverse, Charlie me mira para tener una perspectiva de lo que sucede a sus espaldas.

«No te muevas», le digo con la mirada.

«No se lo digas», me responde él. Trata de mostrarse fuerte, pero veo la forma en que respira. Le falta aire.

—Es tu última oportunidad, Oliver —advierte Gallo—. Dime dónde está el dinero o empezaremos con Shep y continuaremos con tu hermano.

Charlie y yo nos miramos. Ninguno dice nada.

—Es un farol —dice Shep—. Nunca haría algo así.

Gallo sigue apuntando a Shep, pero no aparta la vista de mí.

—¿Estás seguro de que quieres correr ese riesgo, Oliver?

—Por favor, baje el arma… —imploro.

—No te dejes engañar —dice Shep—. Son del servicio secreto, no asesinos. No van a matar a nadie. —Se vuelve hacia el agente rubio que permanece junto a la puerta y añade—. ¿No es verdad, DeSanctis? Todos conocemos el procedimiento.

Gallo mira a DeSanctis, quien le devuelve uno de esos gestos imperceptibles con la cabeza que yo habitualmente reservo sólo para mi hermano. Conozco ese gesto. Comienzan a formarse nubes de tormenta. Aquí hay mucho más que un poco de dinero perdido.

Sin abrir la boca, Gallo quita el seguro de la pistola.

—Venga, Jim —dice Shep echándose a reír—. La broma ha terminado…

Pero como todos comprendemos al instante, Gallo no se ríe. Coge con fuerza la pistola y su dedo se desliza sobre el gatillo.

—Estoy esperando, Oliver.

Estoy completamente paralizado; tengo la sensación de que alguien se ha sentado en mi pecho. Me cuesta respirar. Si no hablo, apretará el gatillo. Pero como dijo Shep… si entrego el dinero, perdemos nuestra única posibilidad. Genial… es mejor que jugar con nuestras vidas.

—¡Díselo! —grita Charlie.

—¡No se lo digas! —me advierte Shep. Volviéndose hacia Gallo, añade—. ¿Podemos acabar con esto de una vez? Quiero decir, ya nos has cogido, ¿qué otra cosa esperas…?

Los dos hombres están frente a frente y Gallo esboza una leve sonrisa.

La expresión de Shep cambia por completo. Está muy pálido. Como si hubiese visto a un fantasma. O a un ladrón.

—Quieres quedarte con el dinero, ¿verdad? —dice.

Gallo no contesta. Sólo le apunta.

—¡No lo haga! —le ruego—. ¡Le diré dónde está el dinero!

—¿O sea que toda esa pasta era vuestra? —pregunta Shep—. ¿Quién te metió en esto? ¿Lapidus? ¿Quincy?

Pero la respuesta no llega. Gallo se humedece los labios.

—Adiós, Shep.

—Jimmy, por favor… —implora y su voz se quiebra—. Tú no… —No puede articular las palabras. Grande y corpulento como es, todo su cuerpo tiembla. Tiene los ojos llenos de lágrimas—. No en la cab…

—¡No…! —grita Charlie.

Gallo no vacila. Simplemente aprieta el gatillo.

13

—¡Por favor, no…! —grito.

Es demasiado tarde. El disparo sisea como un dardo lanzado con una cerbatana. Luego otro. Y otro. Los tres explotan en el pecho de Shep, haciendo que retroceda trastabillando hasta golpear contra la pared de hormigón. Se lleva ambas manos a las heridas, pero la sangre se derrama por todas partes. Cubre las manos y fluye a borbotones por la boca. Shep intenta respirar, pero sólo consigue producir un resuello vacío y húmedo. Sin embargo, permanece de pie… mirando a Gallo… a todos nosotros… con los ojos de un muerto. Están muy abiertos por el miedo, como un niño que sabe que está herido, pero aún no se ha decidido a llorar. Trastabilla, intenta dar un paso hacia adelante… trata de mantener su… venga, Shep… puedes conseguirlo…

Gallo levanta nuevamente el arma pero comprende que no necesita hacerlo.

Incapaz de sostener su propio peso, las piernas de Shep se doblan y, como si fuese un roble gigante, el hombre grande y corpulento cae hacia adelante, directamente sobre las agrietadas maderas del suelo. Y cuando golpea contra ellas, mientras el ruido se extiende a través del túnel oscuro, la madera tiembla, pero consigue soportar el cuerpo.

—¡Shep! —grita Charlie, echa a correr y cae de rodillas junto al cuerpo boca abajo de Shep—. ¿Estás bien? ¡Por favor, tío… por favor, tienes que estar bien! —Mirando a través de un mar de lágrimas, Charlie golpea suavemente el hombro de Shep, buscando alguna reacción. Nada, ni siquiera un espasmo—. Venga, Shep… sé que estás aquí… ¡por favor, tienes que estar aquí! —Ignorando el charco de sangre que se escurre por debajo del cuerpo de Shep, Charlie desliza las manos bajo el hombro y la cintura y trata de darle la vuelta.

—¡Charlie, no lo toques! —grito.

—¡Vosotros dos… que nadie se mueva! —vocifera Gallo.

Charlie suelta el cuerpo y Shep vuelve a caer de cara al suelo. La charca de sangre ya comienza a filtrarse entre las grietas de las planchas de madera. Aparto la vista y siento el vómito que me sube hasta la garganta. Entonces veo la jeringuilla junto a la cabeza de Shep. Charlie también la ve. Tiene los ojos muy abiertos. Lo ve como una oportunidad; yo lo veo como una estúpida manera de hacerse matar.

«No lo hagas», le advierto con la mirada.

A Charlie no le importa. Justo en ese momento, una oleada de adrenalina convierte la angustia en ansia de venganza. Intenta cogerla y…

—¡He dicho que nadie se mueva! —estalla Gallo, colocándose tras él. Se oye un click y Charlie mira por encima del hombro. Gallo apunta el arma a la espalda de mi hermano. DeSanctis, que sigue bloqueando la puerta, me apunta a mí.

—¡Charlie, escúchale! —le ruego con la voz ronca.

—Finalmente, alguien que tiene un poco de juicio —dice Gallo, volviendo su pistola hacia mí. Se acerca y mueve el cañón junto a mi mejilla—. Ahora volveré a preguntártelo, Oliver Ya sabes lo que estamos buscando. Sólo tienes que decirnos dónde está.

Incapaz de mover un músculo, miro por encima del hombro de Gallo. Detrás de él, Charlie sigue arrodillado en el suelo, preparado para explotar. Barre el lugar con la mirada, en busca de otra salida. Pero no importa dónde mire, sigue viendo a Shep. Yo también, y por eso no permitiré que nos suceda lo mismo.

—No seas estúpido, Oliver —me advierte Gallo—. Acepta la derrota y podréis marcharos de aquí.

—¡No le digas nada! —grita Charlie—. Si se lo dices nos dejará aquí tirados junto a Shep.

—¡Cierra la jodida boca! —dice Gallo, apuntando a Charlie.

Estoy completamente paralizado por el miedo. Charlie me despierta con una mirada. «No se lo digas», me advierte. «No le des nada.» El problema es que, no importa lo buena que pueda ser mi cara de póquer, Gallo ya conoce mi debilidad.

Con una sonrisa de hurón y sin dejar de apuntar a Charlie, Gallo prepara el arma y observa mi reacción.

—¿Cuánto vale tu hermano para ti, Oliver?

—¡Por favor, no…! —imploro, haciendo un esfuerzo para conseguir que mis palabras salgan de la boca.

Sin dejar nada al azar, DeSanctis se coloca detrás de mí y hunde el cañón de su arma en mi nuca.

Gallo acaricia el gatillo detrás de Charlie. El arma apunta a su cabeza, pero Gallo me mira a mí. Arrodillado junto al cuerpo sin vida de Shep, Charlie gira la cabeza y lucha por llamar mi atención. Mis ojos se vuelven vidriosos y un espasmo caliente asciende hasta mi garganta. Ambos conocemos el final. No importa lo que podamos darle a Gallo, él no permitirá que nos marchemos. No después de todo lo que hemos visto. Aun así, Charlie busca mi rostro, buscando alguna cosa… cualquier cosa… que nos saque de ahí. Pero no hay nada.

Obcecado hasta el último aliento, Charlie se vuelve y contempla el cuerpo sin vida de Shep. Pero no es hasta que advierto la sangre de Shep que se filtra a través de las maderas del suelo que realmente puedo verlo… nuestra salida. Charlie me da la espalda, pero descubro la súbita inclinación de sus hombros. Él también lo ha visto. Encorvado como si la presión fuese excesiva, Charlie se arrodilla cerca del cuerpo de Shep… desliza los dedos por los bordes de la tabla de madera floja que hay en el suelo.

—Tú sabes cuál es la manera de salvarle —me advierte Gallo, con la mirada aún

fija en mí—. Sólo dinos dónde está el dinero. —Desde la posición que ocupa Gallo detrás de Charlie, no puede ver nada. Medio metro más allá, yo lo veo todo. Coloco rápidamente el cuerpo de modo que DeSanctis tampoco tenga un buen campo visual.

—Por favor, no le haga daño —imploro—. Le daré toda la información que necesita, pero está en el banco, no la llevo conmigo.

Es todo lo que puedo hacer. Seguir ganando tiempo.

Charlie finge protegerse ante el inminente disparo, se agacha aún más y agarra la tabla de madera. Se mueve ligeramente, pero no lo suficiente. Todavía queda un clavo que impide quitarla. Se concentra en las finas grietas que hay entre las tablas e introduce profundamente los dedos a modo de cuña. Si continúa le sangrarán los nudillos. No le importa. Necesita la palanca. Un tirón final y la piel se desgarra. Los tendones del antebrazo se contraen y puedo asegurar que sus dedos envuelven los bordes inferiores de la tabla. Ya casi lo tienes, adelante hermanito. Tira hacia arriba con todas sus fuerzas sin despertar las sospechas de los dos agentes. La tabla se afloja rápidamente.

—Oliver, eres demasiado listo para no memorizar el número de la cuenta —advierte Gallo mientras apunta a la cabeza de Charlie—. Puedes hacerlo mejor.

Detrás de Gallo, Charlie se vuelve sólo lo suficiente para mirarme. «No hables», me dicen sus ojos. «La tabla está a punto de ceder.»—Tres segundos —dice Gallo—. Después tendrás que barrer los sesos de tu hermano. Uno…

«Sólo necesito un segundo Ollie. Es todo lo que necesito.»

—Dos…

«Un segundo más…»

—¡Por favor, no lo haga! ¡Si quiere saberlo, se trata de una cuenta en An…!

«¡Ollie, muévete!», me indica Charlie con una mirada. La tabla se desprende del suelo con un sonoro crujido.

Siguiendo la dirección del sonido, Gallo se aparta de mí y gira el cuerpo hacia mi hermano. Baja la vista al suelo pero Charlie ya está de pie, balanceando la tabla de madera como si fuese un bate de béisbol. El lado plano alcanza a Gallo en la mandíbula, que envía un chorro de saliva volando a través de la habitación. Sólo el sonido ya merece la pena… un crujido repugnantemente dulce que le lanza a él —y a la pistola— al suelo.

Antes de que pueda comprender lo que está sucediendo, siento un fuerte tirón en la parte posterior de la camisa. DeSanctis me empuja hacia atrás. Está entrenado para responder al instante. Cuando caigo al suelo, se vuelve hacia Charlie y apunta su arma para el disparo mortal. Ahora mi hermano está ante el orificio negro del cañón. Instintivamente alza la tabla de madera a modo de escudo protector. Al darme cuenta de lo que está a punto de ocurrir, gateo por el suelo y trato de levantarme. Pero es inútil. Sin dudarlo un segundo, DeSanctis aprieta el gatillo. El disparo produce un

sonido ensordecedor.

La madera tiembla violentamente y algo pasa directamente sobre la cabeza de Charlie. Cuando abre los ojos, la tabla ya vuela de sus manos, partida por la mitad a causa del disparo. La tabla cae pesadamente al suelo y sus manos sienten el aguijón de docenas de astillas desprendidas de la madera por la fuerza del impacto. Charlie mira a DeSanctis, que se prepara para volver a disparar.

—¡No! —grito, lanzándome hacia DeSanctis desde atrás. El arma se sacude bruscamente y se dispara; la bala alcanza la pared de mi derecha y envía una nube de hormigón en polvo hacia un rincón. El impacto hace que DeSanctis pierda el equilibrio el tiempo suficiente para que yo salte a su espalda y le rodee el cuello con el brazo. En pocos segundos, sin embargo, el entrenamiento supera a la sorpresa. DeSanctis lanza con fuerza la cabeza hacia atrás y me golpea con violencia la nariz. El dolor es terrible. Pero no cedo.

—¡Te mataré, cabrón! —grita DeSanctis mientras yo continúo aferrado a su cuello. Retrocede y trata de cogerme con ambos brazos por encima de los hombros. Eso deja su pecho al descubierto. Es toda la distracción que Charlie necesita. Agarra la tabla rota, corre hacia adelante… clava los pies en el suelo y lanza el golpe. Cuando la tabla choca contra el estómago de DeSanctis, éste se dobla en dos y juro que sus pies se levantan del suelo. Caigo al suelo pero está claro que DeSanctis es quien se lleva la peor parte.

—¿Estás bien? —pregunta Charlie, tendiéndome la mano.

Asiento varias veces, incapaz de recuperar el aliento.

Detrás de Charlie se oye un ruido como si estuviesen rascando el suelo. Charlie se gira y ve a Gallo que se arrastra hacia su arma.

Pero Charlie es más rápido, recoge la pistola y la guarda en la parte posterior de los pantalones.

—¡Charlie…! —grito.

—Estáis muertos —susurra Gallo, echando sangre por la boca.

—¿Está seguro de eso? —pregunta Charlie, agitando nuevamente su improvisado bate. Jamás le he visto así. Levanta la tabla por encima de la cabeza como si fuese un leñador y…

—¡No lo hagas! —grito, cogiéndole del hombro. DeSanctis comienza a levantarse. Está claro que éste no es nuestro juego—. ¡Vamos… salgamos de aquí!

Charlie deja caer la tabla y salimos disparados hacia la puerta metálica que hay en una esquina. Una vez que oigo sus zapatos resonando a mis espaldas, no miro hacia atrás. Lo único que quiero es largarme de ese lugar. Con un rápido movimiento atravieso la puerta y enfilo el pasadizo. Charlie echa un último vistazo a la estación abandonada antes de seguirme. Puedo oírlo desde donde estoy. Gallo se ha levantado y viene tras nosotros, tosiendo de forma incontrolable. DeSanctis no está muy lejos.

—Tenemos problemas —grita Charlie.

Presa del pánico, dejo atrás los remolques de los tíos de la construcción y alcanzo el nivel superior. Los dos oímos el estrépito de la puerta de metal al golpear contra la pared en el pasillo inferior. Son más rápidos de lo que pensábamos.

—¡Comprueba los remolques! —grita Gallo. De eso se encarga DeSanctis.

En ese momento giro a la izquierda y desando velozmente el camino por el que hemos venido.

—¡Dirección equivocada! —grita Charlie.

—¿Estás…?

—Confía en mí —me grita, lanzándose hacia la derecha.

Me detengo, pero es una simple elección. Ambos sabemos dónde pasábamos las noches de los viernes.

Cuando comprueba que estoy detrás de él, Charlie continúa por el pasillo y los viejos instintos vuelven a ocupar su sitio. En el extremo del vestíbulo salta a la escalera mecánica y sube los peldaños de dos en dos. Detrás de él, mis zapatos resuenan contra los surcos de metal.

—¿Aún nos siguen? —pregunto sin mirar atrás.

Al llegar a la parte superior de la escalera mecánica, que acaba en un montón de quioscos de periódicos y revistas, el único camino libre se dirige hacia la izquierda, de vuelta al vestíbulo principal. Charlie sigue corriendo en línea recta, hacia la puerta de servicio marrón que hay en una esquina.

—Parece que está cerrada con llave —digo.

—No —insiste Charlie—. O, al menos, no solía estar cerrada.

Rezando para que las cosas no hayan cambiado, observo cómo se lanza contra la puerta. Esta se abre de par en par y nos conduce a un vestíbulo color marrón industrial. Charlie acelera el paso. Ha vuelto a territorio conocido. Y yo me siento más perdido que nunca. No quiero quedarme rezagado; aprieto los puños y los dientes y aumento la velocidad de mis zancadas. Siento que mis uñas se clavan en las palmas de las manos.

—¿Estás bien? —pregunta Charlie, sintiendo las vibraciones del momento.

—Sí —le digo, con la mirada clavada al frente.

Delante de nosotros hay dos puertas giratorias automáticas. Pisamos la alfombra con sensores y las puertas se abren. Huelo inmediatamente vapores de gasolina. A través de las puertas, la intensidad de las luces disminuye y la caverna se expande. Paredes de ladrillo, ninguna ventana, una vieja taquilla de madera con un reloj registrador en la parte exterior. Charlie mira a su alrededor a los aproximadamente cincuenta coches que están aparcados parachoques con parachoques en el aparcamiento subterráneo.

—¿Tiene ticket? —grita un hombre desde la taquilla con acento de Puerto Rico.

—No, gracias —dice Charlie, recobrando el aliento. Mira por encima del hombro hacia las puertas automáticas buscando a Gallo y DeSanctis. Pero las puertas se cierran mecánicamente. Allí no hay nadie. Al menos, no todavía. Pero antes de que podamos relajarnos, siento una sacudida en el estómago y vomito sin poder controlarme. El líquido golpea violentamente contra el suelo mientras vomito los restos lechosos y marrones de los cereales de la mañana. Sólo el olor me incita a vomitar otra vez. Cierro con fuerza las mandíbulas para impedirlo.

—¿Seguro que te encuentras bien? —vuelve a preguntarme Charlie.

Doblado hacia adelante, con las manos apoyadas en las rodillas, escupo los últimos trozos mientras un hilo de saliva cuelga de mi barbilla.

—No crea que seré yo quien limpie eso —nos advierte el tío puertorriqueño desde la taquilla.

Pero Charlie ignora su comentario y apoya una mano en mi hombro.

—Se han ido —dice—. Estamos a salvo.

Las palabras son agradables, pero se equivoca.

—¿Qué? —pregunta Charlie, estudiando mi color verde— ¿Qué pasa?

Tengo el estómago vacío y estoy a punto de desmayarme. Pero no es hasta que me enjugo la saliva del labio inferior con el dorso de la mano y hago un esfuerzo por erguirme que mi hermano me mira a los ojos. Vagan alrededor del aparcamiento, bailan ansiosamente en todas direcciones.

Charlie no dice nada pero sabe por qué no quise volver la cabeza mientras huíamos de aquel lugar. Es verdad, tenía miedo, pero no solamente de lo que nos perseguía. Era de lo que dejábamos atrás. Shep. Miro el vómito a mis pies. Olvida el miedo, esto es sentimiento de culpabilidad.

—No es culpa tuya, Ollie. Incluso cuando intentaste darles el número de la cuenta, Shep te dijo que mantuvieses la boca cerrada.

—Pero si no hubiésemos estado… —«¡Maldita sea!, ¿cómo he podido ser tan torpe? ¡Soy más inteligente que eso!»—. Si no hubiésemos estado allí… Si yo no hubiera estado tan estúpidamente furioso con Lapidus…

—Si… si… si… ¿Aún no lo entiendes? —pregunta—. No importa lo que estuvieras pensando, o por qué te convenciste de que debías hacerlo; Shep pensaba robar ese dinero con o sin nosotros. Punto final.

Levanto la cabeza.

—¿Tú crees?

—Por supuesto —responde con una demostración de confianza instantánea típica de Charlie. Pero cuando las palabras salen de sus labios, su expresión cambia. La realidad golpea con dureza. Y con celeridad. Ahora es él quien se pone súbitamente verde.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

No responde. En cambio, señala hacia la empinada rampa que lleva hasta la calle bordeada de nieve.

—¿Estás preparado?

Antes de que pueda asentir, Charlie echa a correr hacia ella. Detrás de él vuelvo a cerrar los ojos y veo el cuerpo sin vida de Shep, doblado en el suelo como si fuese una marioneta rota. Incapaz de borrar esa imagen —o la irreflexiva decisión que nos llevó allí— corro detrás de mi hermano hasta el extremo de la rampa. Pero, lamentablemente para nosotros, hay cosas que no se pueden dejar atrás.

Aún sigo detrás de Charlie cuando por la rampa del aparcamiento desembocamos en la calle 44. Somos rápidamente engullidos por la multitud que ha salido a comer, pero ya escucho en la distancia el ulular de las sirenas.

Miro a Charlie; él estudia mi expresión. Ya no somos solamente ladrones. Para cuando Gallo y DeSanctis hayan acabado con nosotros, seremos asesinos.

—¿Deberíamos llamar a mamá…?

—Ni hablar —digo, aún con el gusto a vómito en los labios—. Será el primer lugar donde nos buscarán.

Las sirenas se acercan y nos unimos a la cola que espera en una pizzería. Ahora los sonidos son ensordecedores. En el extremo de la manzana, dos coches de policía frenan violentamente con un chirrido de neumáticos ante la entrada de la Grand Central en Vanderbilt Avenue. Tenemos las cabezas gachas, pero como todos los que forman la cola, estamos expectantes. Pocos segundos más tarde, las puertas de los coches se cierran con fuerza y cuatro agentes uniformados entran corriendo en la estación.

—Vamos —digo, saliendo de la cola.

«¿Estás seguro de que quieres correr?», me pregunta Charlie con la mirada.

No me molesto en contestar. Como él dijo, ya no se trata de mi ira. O de alguna especie de venganza contra Lapidus. Se trata de seguir con vida. Y después de casi quince años de ser el farolillo rojo, Charlie conoce el valor de tener una ventaja inicial.

—¿Sabes adonde vamos? —pregunta mientras me sigue.

Estoy corriendo hacia el extremo opuesto de la manzana.

—En realidad, no —digo—. Pero tengo una idea.

14

Joey fue la octava persona a la que llamaron. Naturalmente, la primera fue el asegurador de la compañía KRG que se había encargado de suscribir la póliza. Lapidus le machacó en microsegundos y forzó un traslado inmediato del asunto a un analista de reclamaciones de fidelidad, quien, cuando se enteró de la suma en cuestión, llamó al jefe de la unidad de reclamaciones de fidelidad, quien llamó al presidente de reclamaciones, quien luego llamó al mismísimo presidente de la compañía. A partir de ahí, el presidente realizó dos llamadas: la primera a una firma de contabilidad forense y la segunda a Chuck Sheafe, presidente de Sheafe International, para pedirle personalmente que enviase a su mejor investigador. Sheafe no lo dudó un instante. Recomendó inmediatamente a Joey.

—De acuerdo —dijo el presidente de la compañía—. ¿Cuándo puede estar él aquí?

—Querrá decir ella.

—¿De qué está hablando?

—No sea machista, Warren. Jo Ann Lemont —explicó Sheafe. ¿Quiere a nuestro mejor investigador o quiere a un aficionado?

Eso fue todo. La octava llamada fue para Joey.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo haber robado ese dinero? —preguntó Joey desde su sillón al otro lado del escritorio de Lapidus.

—Por supuesto que no sé quién robó ese dinero —gritó Lapidus—. ¿Qué clase de estúpida pregunta es ésa?

Estúpida, quizá, pensó Joey, pero debía hacerla de todos modos. Aunque sólo fuese para ver su reacción. Si estaba mintiendo, habría algún indicio. La mirada que se desvía, una sonrisa nerviosa, una mirada vacía que ella podría advertir en sus ojos. Mientras se apartaba de la frente un mechón castaño rojizo, pensó que ése era su don —concentrar el foco de atención y encontrar alguna pista— y lo había aprendido jugando al póquer con su padre; más tarde lo pulió en la Facultad de Derecho. A veces estaba en el lenguaje corporal. A veces estaba… en otra parte.

Cuando Joey entró por primera vez en el despacho de Lapidus, lo primero que llamó su atención fue el complicado pomo de bronce de estilo Victoriano. Grabado en relieve con un motivo de óvolo, era frío al tacto, difícil de girar y no hacía juego con ningún otro pomo en todo el edificio. Pero como Joey sabía —cuando se trataba de presidentes de empresa— ésa era precisamente la cuestión. Cualquier cosa para impresionar.

—¿Hay alguna otra cosa, señorita Le…?

—Es Joey —le interrumpió, alzando los ojos color chocolate de su bloc de notas amarillo. Aunque tenía una pluma entre los dedos y el bloc en el regazo, no había

escrito una sola palabra; desde que su primer bloc de notas fue citado como prueba en un caso, había aprendido la lección. No obstante, la presencia de ese bloc ayudaba a que la gente se abriese. También usar el nombre de pila—. Por favor, llámeme Joey.

—De acuerdo, sin ánimo de ofender, Joey, pero si no recuerdo mal, fue contratada para encontrar nuestros trescientos trece millones de dólares perdidos. De modo que, ¿por qué no volvemos a ello?

—De hecho, eso es precisamente lo que estaba a punto de preguntar… —comenzó a decir, al tiempo que sacaba del bolso una cámara digital—. ¿Le importa si hago algunas fotografías? Sólo para el archivo de la compañía de seguros…

Lapidus asintió y ella tomó cuatro rápidas instantáneas. Una en cada dirección. Para Lapidus, era sólo una pequeña molestia. Para Joey era la manera más sencilla de documentar una posible escena del crimen. «Que todo quede registrado en una película», le habían enseñado hacía tiempo. «Es lo único que no miente.» A través del objetivo, Joey estudió las paredes forradas en madera de cerezo y la alfombra Aubusson que llenaba la habitación con sus intensos tonos vino tinto. Todo el despacho estaba lleno de objetos asiáticos: a su izquierda, un rollo de caligrafía enmarcado en el que había un poema japonés que celebraba la primavera; a su derecha, un mueble anterior a la segunda guerra mundial que era un simple baúl de madera con pequeños cajones; y justo delante, detrás del escritorio de Lapidus, el evidente orgullo de su colección: un casco de samurái del siglo XIII perteneciente al período Kamakura. Era de madera tallada, lacado en negro brillante y con una luna creciente de plata incrustada en la frente. Como Joey sabía por una vieja clase de historia en la facultad, los shogun —antiguos gobernadores militares del Japón— acostumbraban a usar las insignias plateadas para identificar a sus samuráis y ver cómo actuaban en la batalla. «Otro jefe al que le gusta mantener las distancias», pensó Joey.

—¿Cómo se lleva con sus empleados, señor Lapidus? —preguntó Joey mientras guardaba la cámara en su maletín.

—¿Cómo me…? —Se interrumpió y la observó fijamente—. ¿Está tratando de acusarme de algo?

—En absoluto —se apresuró a responder. Pero era obvio que había dado en el clavo—. Sólo intento imaginar si alguien podía tener un motivo para…

En ese momento la puerta del despacho de Lapidus se abrió de par en par. Quincy entró en la habitación pero no dijo nada. Sólo agarraba con fuerza el pomo ovalado.

—¿Qué? —preguntó Lapidus—. ¿Qué sucede?

Quincy miró a Joey, luego a Lapidus. Algunas cosas era mejor hablarlas en privado.

—¿Está allí? —gritó una voz ronca desde el corredor. Antes de que Quincy pudiese contestar, los agentes Gallo y DeSanctis irrumpieron en el despacho. Joey

sonrió ante la interrupción. Traje abombado por el uso… vientre prominente… zapatos baratos y arañados por la carrera. Estos dos no eran banqueros. Lo que significaba que eran de seguridad o…

—Servicio secreto —dijo Gallo, mostrando la placa que llevaba en el cinturón—. ¿Puede perdonarnos un momento?

Joey no pudo evitar mirar el corte que Gallo tenía en la mejilla. No lo había visto cuando entró en el despacho.

—En realidad creo que todos estamos en el mismo barco —dijo Joey, esperando parecer amable—. Represento a Chuck Sheafe.

No mencionaba con frecuencia el nombre de su jefe, pero Joey sabía muy bien cómo funcionaba la confianza cuando se trataba de los organismos encargados de hacer cumplir la ley. Hacía quince años, Chuck Sheafe había sido el tercero al mando en el servicio secreto. Para los agentes eso significaba que era de la familia.

—¿Está trabajando para la compañía de seguros? —preguntó Gallo.

No era la reacción que ella esperaba, de modo que se limitó a asentir.

—Entonces sigue siendo una civil —dijo Gallo bruscamente—. Como ya he dicho: Por favor, discúlpenos.

—Pero…

—Adiós, señorita, no…

—Puede llamarme Joey.

Gallo giró la cabeza con una mirada carroñera, revelando nuevamente el feo corte en la mejilla. No le gustaba que le interrumpiesen.

—Adiós, Joey.

Joey, demasiado lista para insistir, metió el bloc de notas debajo del brazo y se dirigió hacia la puerta. Los cuatro hombres la observaron mientras cruzaba la habitación, algo que no sucedía con frecuencia. Con su complexión relativamente atlética, era una mujer atractiva, pero no de una belleza que quitara el aliento. No obstante, no dio señales de percibir las miradas. Se ganaba la vida hundida hasta las rodillas en el ego masculino. Habría tiempo suficiente para luchar más adelante.

Cuando la puerta se cerró detrás de Joey, Lapidus se frotó la palma de la mano contra la calva.

—Por favor, decidme que tenéis buenas noticias.

Quincy intentó responder, pero no le salió ningún sonido. Metió las manos en los bolsillos para impedir que siguieran temblando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lapidus.

—Shep está muerto —dijo DeSanctis.

—¿Qué? —preguntó Lapidus con los ojos como platos—. ¿Está…? ¿Cómo…?

—Tres disparos en el pecho. Entramos al oír el ruido, pero ya era demasiado tarde.

La habitación quedó nuevamente en silencio. Nadie se movía. Ni siquiera Lapidus. Tampoco Quincy. Nadie.

—Lamento su pérdida —añadió Gallo.

Cogiéndose del pecho, Lapidus se desplomó en su sillón.

—¿Fue por el dinero?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —explicó Gallo—. No estamos seguros de cómo lo consiguieron, pero todo parece indicar que quizá ellos recibieron ayuda de Shep.

Lapidus alzó la vista.

—¿Qué quiere decir con ellos?

—Esa es la otra parte… —dijo DeSanctis, interviniendo nuevamente en el diálogo. Miró a Gallo como si le estuviese pidiendo permiso. Cuando Gallo asintió, DeSanctis cruzó la habitación y acomodó su cuerpo alto y delgado en uno de los sillones que había delante del escritorio de Lapidus—. Hasta donde sabemos, Shep fue asesinado por Charlie u Oliver.

—¿Oliver? —preguntó Lapidus—. ¿Nuestro Oliver? Ese chico no pudo…

—Pudo… y lo hizo —insistió Gallo—. De modo que no me salga ahora con chorradas de niño inocente. Gracias a esos dos tengo a un hombre con tres agujeros en el pecho y una investigación financiera que se ha convertido en homicidio. Añada eso a trescientos trece millones de dólares y tendrá uno de esos casos por los que se celebran audiencias en el Congreso.

Lapidus permaneció abatido en su sillón, mientras las consecuencias de lo que acababa de oír se instalaban pesadamente sobre sus hombros. Estaba perdido en sus pensamientos y evitaba mirar a ninguno de los presentes, mantenía la mirada fija en el abrecartas de bronce japonés que tenía encima del escritorio. Entonces, súbitamente, saltó de su sillón. Hablaba a toda prisa.

—El viernes, Oliver utilizó mi contraseña para transferir dinero a una cuenta de Tanner Drew.

—Bien, eso es algo que deberíamos saber —dijo Gallo, sentándose junto a DeSanctis—. Si existe algún indicio de malvers… —Gallo interrumpió su discurso al notar que había algo en el cojín del asiento. Metió la mano debajo del muslo y sacó una pluma azul y amarilla que llevaba el logotipo de la Universidad de Michigan. «Michigan», pensó. «El mismo lugar al que asistió Chuck Sheafe, el jefe de Joey…»

»¿De dónde ha salido esto? —preguntó Gallo, agitando la pluma delante de Lapidus—. ¿Es suya?

—No lo creo —dijo Lapidus—. No, nunca la había visto…

Gallo le quitó el capuchón, desenroscó furiosamente el depósito de la pluma y agitó ambas piezas sobre el escritorio. Cayeron un recambio de tinta… un pequeño muelle metálico… y de la parte posterior de la pluma: un tubo de plástico

transparente lleno de cables, una pila diminuta y un transmisor en miniatura. Un orificio en la base alojaba el micrófono incorporado.

—¡Hija de puta! —estalló Gallo. Lanzó la pluma contra la pared, donde no alcanzó por centímetros el rollo de caligrafía japonesa.

—¡Tenga cuidado! —gritó Lapidus cuando Gallo saltó de su asiento.

Gallo arrojó el sillón al suelo, corrió hacia la puerta, cogió el pomo ovalado y tiró con todas sus fuerzas.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó la secretaria de Lapidus desde su lugar habitual detrás del escritorio.

Gallo pasó rápidamente delante de ella y miró en el pasillo… cerca de los lavabos… junto al ascensor. Había llegado demasiado tarde. Hacía rato que Joey se había marchado.

15

El asiento trasero del taxi del gitano negro está cubierto con una toalla marrón llena de manchas que huele a pies. En circunstancias normales bajaría las ventanillas de cristales ahumados para que entrase un poco de aire, pero en este momento —después de haber oído todas esas sirenas— estamos mucho mejor con las ventanillas oscuras cerradas. Agachados de modo que nadie pueda vernos, Charlie y yo no hemos abierto la boca desde que subimos al taxi. Obviamente, ninguno de los dos se arriesgaría a hablar delante del conductor, pero cuando miro a Charlie, que está acurrucado junto a la puerta y con la mirada perdida fuera de la ventanilla, sé que no es sólo porque quiera intimidad.

—Gire a la derecha en la esquina —le digo al taxista, atisbando por encima del apoyacabezas para tener una mejor visión de Park Avenue. El tío gira bruscamente en la calle 50 y conduce aproximadamente hasta la mitad de la manzana—. Perfecto. Aquí mismo.

Cuando el coche se detiene, lanzo un billete de diez dólares entre los asientos delanteros, abro la puerta y me aseguro de que no pueda vernos bien. Estamos a pocas manzanas de la estación Grand Central, pero es mejor no echarse a correr en plena calle.

—Vamos —le digo a Charlie, que ya me sigue a pocos pasos. Me dirijo resueltamente hacia la puerta de la panadería italiana que se encuentra a pocos pasos del taxi. Pero en el momento en que el coche acelera, doy media vuelta y me alejo. No es momento de correr riesgos. No conmigo… y mucho menos con Charlie.

—Vamos —digo, corriendo nuevamente hacia Park Avenue. El frío viento de diciembre trata de lanzarnos hacia atrás, pero lo único que consigue es que la multitud que nos rodea y que acaba de almorzar forme una piña y avance encorvada. Mejor para nosotros. Tan pronto como llegamos a Park Avenue, comienzo a subir los escalones de hormigón. Detrás de mí, Charlie mira la ornamentada estructura de ladrillo color rosa y finalmente comprende. Instalada entre los bancos de inversión, las firmas de abogados y el Waldorf, se encuentra la única isla de misericordia en medio de un océano de ostentación. Y más importante aún, es el lugar más cercano del que nadie nos echará a patadas, no importa el tiempo que deseemos quedarnos.

—Bienvenidos a la iglesia de San Bartolomé —susurra una voz suave cuando accedemos al vestíbulo de piedra abovedado. A mi izquierda, desde detrás de una mesa cubierta con biblias y otros libros religiosos, una abuela entrada en carnes nos saluda con la cabeza y luego aparta rápidamente la vista.

Meto un par de dólares en la caja de los donativos y me dirijo hacia las puertas del santuario principal donde, al instante de abrirlas, me golpea ese olor característico a incienso y madera vieja de las iglesias. En el interior, el cielo se eleva hasta formar

una cúpula dorada, mientras que en el suelo se extienden cuarenta filas de bancos de madera de arce. Toda la nave está en penumbra, iluminada apenas por unos pocos candelabros colgantes y la luz natural que se filtra a través de los vitrales a lo largo de las paredes.

Ahora que el almuerzo ha terminado, la mayoría de los bancos están vacíos, pero no todos. Aproximadamente una docena de fieles están distribuidos entre las filas, y aunque estén rezando, sólo se necesita un rápido vistazo para darse cuenta de que cualquiera de ellos podría ser el Luchador contra el Crimen de la Semana. Examino detenidamente el santuario, para buscar algo menos concurrido. Cuando una iglesia tiene este enorme tamaño, habitualmente hay… Allá vamos. En la pared de la izquierda, aproximadamente a la altura de la mitad de la nave, hay una puerta sin ninguna placa.

Charlie y yo mantenemos el paso normal, tratando de no llamar la atención. La puerta se abre con un sonoro crujido. Me encojo de forma instintiva y la abro de golpe para silenciar el chirrido. Entramos tan deprisa que trastabillo en la habitación de piedra, que tiene el tamaño justo para albergar unos pocos bancos de madera y un pequeño altar votivo lleno de velas encendidas. Aparte de eso, estamos solos en la capilla privada.

La puerta se cierra y Charlie permanece en silencio.

—Por favor, no te hagas esto a ti mismo —le digo—. Sigue tu propio consejo: lo que le sucedió a Shep… no es culpa mía y tampoco tuya.

Charlie no contesta y se derrumba sobre un banco de un rincón. El cuerpo se hunde y el cuello se sacude inerte. Aún está conmocionado. Hace menos de media hora vi cómo mataban a un compañero de trabajo. Charlie vio morir a alguien a quien consideraba su amigo. Y aunque ambos apenas se conocían, aunque lo único que hicieran fuese hablar de algunos partidos disputados en la época del instituto, para Charlie eso significa toda una vida. Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

La sola visión de mi hermano derrumbado hace que vuelva la sensación de vómito a mi garganta.

—Charlie, si quieres que hablemos de ello…

—Lo sé —me interrumpe con voz temblorosa. Está haciendo un gran esfuerzo para no desmoronarse, pero algunas cosas son demasiado fuertes. Esto no es solamente por Shep. A la izquierda, las velas arden y nuestras sombras titilan contra la pared de piedra—. Nos matarán, Ollie, como mataron a Shep.

Me acerco, le doy una palmada en la nuca y me siento junto a él en el banco. Charlie no es un llorón. Cuando se rompió la clavícula tratando de bajar la escalera con su bicicleta no derramó una sola lágrima. O cuando tuvimos que decirle adiós a la tía Maddie en el hospital. Pero hoy, sin embargo, cuando abro los brazos, cae en

ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta con voz apenas audible.

—Tengo algunas ideas —le digo. Es una promesa vacía, pero Charlie no se molesta en discutir. Mantiene la cabeza apoyada en mi hombro buscando apoyo. En la pared somos una enorme sombra única. Entonces suena mi móvil.

El sonido resuena a través de la habitación. Doy un respingo; Charlie no se mueve. Meto la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y apago el móvil. Cuando no obtiene respuesta, la persona vuelve a llamar. Quienquiera que sea, no se da por vencido. El teléfono vibra contra mi pecho. Lo desconecto.

—¿Estás seguro de que no deberíamos responder? —pregunta Charlie, observando mi expresión.

—Creo que sí —contesto rápidamente.

Asiente como si eso nos mantuviese a salvo. Ambos sabemos que es mentira. A lo largo de la pared de piedra, las diminutas llamas de las velas siguen bailando. Y no importa que queramos cerrar los ojos, a partir de ahora las cosas sólo empeorarán.

16

—¿Y bien? —preguntó Gallo.

—Nadie contesta —dijo Lapidus mientras colgaba el auricular—. No me sorprende, Oliver es demasiado inteligente para responder a la llamada. —Volviéndose hacia la carta fotocopiada que Gallo dejó sobre su escritorio, Lapidus bajó la vista y la leyó superficialmente—. ¿De modo que es así como lo hicieron? —preguntó—. ¿Una carta falsa firmada por Duckworth?

—Según los técnicos, es el último documento que Oliver tecleó en su ordenador —explicó Gallo mientras paseaba sobre la lujosa alfombra. Después de lo que había sucedido con Joey, no estaba de humor para volver a sentarse—. Y por la copia de seguridad que encontramos escondida en el fondo de uno de los cajones de Shep, parece que les estaba ayudando.

—¿O sea que los tres se reunieron esta mañana y cuando las cosas se pusieron feas, Oliver y Charlie mataron a Shep? —especuló Quincy desde su lugar habitual junto a la puerta.

—Ésa es la única explicación que tiene sentido —dijo DeSanctis, mirando a Gallo con arrogancia.

—¿Y qué hay de la investigación? —preguntó Lapidus—. Como sabe, tenemos un número de clientes muy importantes que confían en nuestra promesa de privacidad y discreción. ¿Hay alguna posibilidad de mantener este asunto… cómo le diría… fuera de los titulares?

Eso era exactamente lo que Gallo estaba esperando.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —contestó, aprovechando la oportunidad—. Si esta historia llega a la prensa, se encargarán de transmitir todos nuestros movimientos a Oliver y Charlie. Cuando las cosas adquieren tal importancia, es mejor mantenerse en la sombra.

—Exacto… ésa es exactamente nuestra posición —dijo Lapidus, asintiendo vigorosamente hacia Quincy—. ¿No lo crees así?

Quincy permaneció inmóvil. Su cuota de lameculos estaba cubierta por ese día.

—¿De modo que cree que será capaz de dar con ellos? —preguntó Lapidus mientras Gallo descolgaba el teléfono que había en una esquina del escritorio.

Gallo miró a Quincy, luego nuevamente a Lapidus.

—¿Por qué no dejan eso en nuestras manos? —Gallo marcó rápidamente un número y se llevó el auricular a la oreja—. Hola, soy yo —dijo a la persona en el otro extremo de la línea—. Tengo un móvil perdido en la ciudad, ¿estás preparado para localizarlo?

17

No vuelvo a conectar el teléfono hasta que nos hallamos a diez manzanas de distancia. Y aunque la luz parpadea, me lleva otra manzana y media reunir el valor necesario para marcar el número. Para darme fuerzas pienso en Charlie. Mientras espero a que alguien responda intento mantener el equilibrio en la parte trasera del autobús que avanza hacia el centro; parece como si cogiera todos los baches de la ciudad. De acuerdo, el metro es más discreto, pero la última vez que lo comprobé, el móvil no tenía cobertura bajo tierra. Y en este momento necesito seguir en movimiento, cualquier cosa con tal de poner distancia entre la iglesia y yo.

—Bienvenido al Banco Privado Greene & Greene. ¿En qué puedo ayudarle? —pregunta una voz femenina a través del móvil. No estoy seguro de a quién pertenece la voz, pero no es ninguna de las telefonistas que conozco. Bien. Eso significa que ella tampoco me conoce a mí.

—Hola, soy Marty Duckworth —digo—. Tenía una duda y esperaba que usted pudiese ayudarme a resolverla.

Mientras ella comprueba mi cuenta y mi número de la Seguridad Social, no puedo evitar preguntarme si el sistema del banco sigue funcionando. Si el servicio secreto fuese inteligente, ya lo habría cer…

—Tengo su cuenta delante de mí. ¿En qué puedo ayudarle, señor Duckworth?

Pronuncia las palabras tan deprisa… con tanta ansiedad… que no puedo sino olerme una trampa. Pero necesito el queso.

—Verá, sólo quería comprobar las últimas operaciones de esa cuenta —le digo—. Se realizó un ingreso muy importante y necesito saber qué día se hizo efectivo.

Se trata, desde luego, de una pregunta absurda, pero si queremos saber lo que está ocurriendo, necesitamos saber cómo se convirtieron los tres millones de Duckworth en trescientos trece millones de dólares.

—Lo siento, señor, pero en la última semana… no consta ningún depósito.

—¿Perdón?

—Lo estoy mirando en este momento. Según nuestros datos, su saldo actual es cero, y la única actividad registrada es una retirada de fondos por valor de trescientos trece millones de dólares ayer por la tarde. Aparte de eso, no hubo depósitos en…

—¿Y qué me dice del día anterior? —pregunto, observando al resto de los pasajeros del autobús. Nadie se vuelve—. ¿Cuál era el saldo de mi cuenta el día anterior?

Hay una breve pausa.

—Sin incluir los intereses, es la misma cantidad, señor, trescientos trece millones. Y es la misma cifra que consta el día anterior. No tengo registrado ningún depósito reciente.

El autobús se detiene y mantengo el equilibrio cogiéndome a unas de las barras metálicas.

—¿Está segura de que el saldo no era de tres millones de dólares?

—Lo siento, señor, sólo le digo lo que aparece en la pantalla.

Ella habla y mi mano se desliza por la barra metálica. No puede ser. No es posible. ¿Cómo hemos podido…?

—¿Señor Duckworth…? —interrumpe la mujer en la otra línea—. ¿Puede esperar un segundo, por favor? Enseguida estaré con usted.

—Por supuesto —digo.

La línea queda en silencio y durante treinta segundos no pienso demasiado en ello. Pero un minuto más tarde no puedo evitar preguntarme adonde habrá ido esa mujer; es la primera regla que te enseñan, cuando estás tratando con gente rica se supone que nunca debes ponerle en esp… espera. Siento un nudo en la garganta. Ésta sigue siendo una línea de la compañía. Y cuando más tiempo me mantenga en espera, más fácil les resultará a los tíos del servicio secreto rast…

Corto la comunicación; espero haber sido lo suficientemente rápido. No hay manera de que puedan hacerlo a esa velocidad. No cuando es…

El teléfono vibra en mi mano, enviando un escalofrío a través de mi nuca. Compruebo el número en la pantalla, pero no lo reconozco. La última vez ignoré la llamada. Esta vez… si están rastreándola… necesito saberlo.

—¿Hola? —contesto con voz segura.

—¿Dónde coño estás? —pregunta Charlie.

En la capilla no hay teléfono. Si se ha arriesgado a llamar desde la calle, tenemos problemas.

—¿Qué sucede? ¿Estás…?

—Es mejor que vuelvas aquí —dice.

—Dime qué ha pasado.

—Oliver, vuelve aquí. ¡Ahora!

Pulso el botón de parada con la base del puño. Adiós, fuego… Hola, brasas.

18

—¿Le hemos cogido? —preguntó Lapidus, inclinándose sobre el hombro de DeSanctis.

—Espere… —dijo DeSanctis, mirando su ordenador portátil. En la pantalla, cortesía de la Oficina de Conexión de la compañía de telefonía móvil, estaba el registro de llamadas realizadas desde el móvil de Oliver Caruso.

—¿Por qué tarda tanto? —preguntó Gallo.

—Espera…

—Ya has dicho…

La pantalla titiló y una cuadrícula de información se desplegó súbitamente. Gallo, DeSanctis y Lapidus se acercaron, examinando cada entrada: «Hora, Fecha, Duración, Llamada actual en curso…»

—¡Somos nosotros! —exclamó Lapidus al reconocer de inmediato el número de la línea del servicio de atención al cliente—. ¡Está hablando por teléfono con alguien del banco!

—¿En este edificio? —preguntó Gallo.

—Sí… en el primer pi…

—Se está moviendo —interrumpió DeSanctis. En la pantalla aparecieron los sitios móviles que llevaban la llamada:

Sitio Móvil Inicial: 303C
Último Sitio Móvil: 304A

—¿Cómo puede…?

—Cada número es una torre diferente —explicó DeSanctis—. Cuando usted hace una llamada, su teléfono encuentra la torre de telefonía móvil más próxima con señal, pero en este caso su llamada se inició en un lugar y continúa en otro… —Junto a su ordenador, DeSanctis exploró el mapa de telefonía móvil extendido encima del escritorio—… 303C es la 79 con Madison; 304A es la 83 con Madison.

—¿Está subiendo por Madison Avenue?

DeSanctis volvió a examinar la pantalla.

—La llamada se hizo hace sólo dos minutos. Para llegar de la 79 a la 83… se mueve demasiado deprisa para ir andando.

—Tal vez haya cogido el metro —sugirió Lapidus.

—No es posible. El metro no tiene línea en la Avenida Madison —dijo Gallo—. Viaja sobre ruedas, en taxi o en autobús. —Mientras corría hacia la puerta, luchando con su cojera, Gallo se volvió hacia Lapidus—. Necesito que la persona que está en el

servicio de atención al cliente mantenga la comunicación el mayor tiempo posible. Que le dé conversación… que le mantenga en espera… cualquier cosa que funcione.

—¿Quiere que yo…?

—Ni se le ocurra levantar el auricular, si él oye su voz le habremos perdido.

Aún está en la 304A —dijo DeSanctis, mientras metía un montón de cables de ordenador debajo del brazo. Con el portátil haciendo equilibrio en la palma de su mano como si fuese una pizza, corrió hacia la puerta y salió al pasillo—. Eso nos deja un radio de cuatro manzanas.

—¿Cree que puede…?

—Puede apostar por ello —dijo Gallo al tiempo que salía disparado hacia el ascensor privado—. Nunca nos verá llegar.

19

Cuando el autobús se detiene ante un edificio antiguo en la esquina de la 81, marco el número del cine Kings Plaza en Brooklyn y pulso «Enviar». Cuando la voz grabada contesta la llamada, cojo un diario que alguien ha dejado en el asiento junto al mío, envuelvo el móvil con él y deslizo el paquete debajo del asiento. Si están rastreando la llamada, esto nos hará ganar al menos una hora… y el infinito bucle del tiempo debería darles a ellos una señal en movimiento que les llevará de caza hasta Harlem.

Antes de que el resto de los pasajeros se percate de lo que está ocurriendo, el autobús se detiene en una parada, las puertas se abren y bajo rápidamente. Mi viaje ha terminado. Afortunadamente, los móviles abandonados viajan gratis.

Al cajero del Citibank le lleva diez minutos vaciar los tres mil cinco dólares que quedan en mi cuenta y es una de las pocas veces que me siento feliz de no poder satisfacer los mínimos exigidos por la banca privada. Con su acceso a Lapidus, el Servicio hubiese cerrado una cuenta en Greene en un momento.

Cuando regreso a la iglesia, mantengo la cabeza gacha y camino a paso rápido a través de la nave principal en dirección a la capilla privada. Delante de mí el brillo de las velas encendidas se filtra por debajo de la puerta. Cojo con fuerza el pomo de la puerta y vuelvo a mirar por encima del hombro para comprobar nuevamente que no hay peligro. Nadie me mira.

Abro la puerta, entro rápidamente en la pequeña habitación de piedra iluminada por las velas y busco a Charlie en las escasas filas de bancos. Está en la misma donde le dejé, en una esquina, aún encorvado. Pero ahora… lleva algo en las manos. Su cuaderno de notas. Está escribiendo otra vez… no, no sólo escribiendo. Garabateando. Furiosamente. El hombre al que no se puede parar.

Asiento en silencio. Charlie regresa finalmente.

—¿Cuál es la emergencia? —pregunto.

Es la única vez que interrumpe la escritura.

—No puedo encontrar a mamá.

Las palabras tienen el mismo efecto que un golpe en los ríñones. No me extraña que haya emergido de su silencio.

—¿De qué estás hablando?

—La llamé antes y…

—¡Te dije que no la llamaras!

—Escucha —implora Charlie—. La llamé desde una cabina que está a siete manzanas de aquí… no cogió el teléfono.

—¿Y?

—Es martes, Oliver. ¿Martes por la tarde y no está en casa?

Se queda en silencio y deja que las palabras hagan efecto. Como costurera, mamá pasa la mayor parte del tiempo en casa o en la tienda de tejidos, pero los martes y jueves están reservados para las pruebas. Fuera, la mesa de centro, dentro, las clientas. Y así todo el día.

—Tal vez estaba con una clienta en mitad de una prueba —aventuro.

—Tal vez sería mejor que fuésemos a comprobarlo —replica.

—Charlie, sabes muy bien que será el primer lugar adonde irán a buscarnos. Y si nos echan el guante allí, sólo conseguiremos que mamá corra peligro.

Sus ojos vuelven a posarse en el cuaderno de notas. Olviden lo que he dicho. A cualquiera se le puede parar.

—¿Estás bien? —pregunto.

Charlie asiente, lo que es una enorme mentira. Una vez que está excitado, es alérgico al silencio.

—No vuelvas a quedarte en silencio —le digo—. Mamá estará bien. Tan pronto como salgamos de aquí, pensaremos en alguna forma segura de ponernos en contacto con ella.

—Estoy seguro de que lo haremos —dice—. Pero deja que te diga una cosa… si se acercan a ella…

Alzo la vista, advirtiendo el sutil cambio de tono en la voz de Charlie. Jamás bromea cuando se trata de mamá.

—No le ocurrirá nada —insisto.

Asiente para sí, haciendo un gran esfuerzo por creerlo. De espaldas a mí, añade:

—Ahora cuéntame qué pasó con Duckworth. ¿Has podido averiguar adónde ha ido a parar el dinero?

—No exactamente —digo, explicándole detalladamente mi conversación con la mujer del banco. Como siempre, la reacción de Charlie es inmediata.

—No lo entiendo —dice—. A pesar de que cuando nosotros lo comprobamos, decía tres millones, ¿Duckworth tenía los trescientos trece millones de dólares…?

—Sólo si crees lo que dice en los archivos.

—¿Crees que ella se lo estaba inventando?

—Charlie, ¿sabes cuántos clientes tienen más de cien millones de dólares en activos? Diecisiete en el último cómputo… y puedo nombrar a cada uno de ellos. Marty Duckworth no figura en esa lista.

Charlie me mira en silencio.

—¿Cómo es posible?

—Ésa es la cuestión ahora, ¿verdad? —pregunto—. Obviamente, alguien estaba haciendo un trabajo muy fino para que pareciera que Duckworth sólo tenía tres millones de dólares a su nombre. La cuestión importante aquí es: ¿quién lo hizo y cómo consiguieron ocultarlo al resto del banco?

—¿Realmente crees que alguien es capaz de ocultar toda esa pasta?

—¿Por qué no? El banco nos paga precisamente para que hagamos eso todos los días —digo—. Piensa en ello. Es lo único en lo que piensan los ricos: ocultar su dinero. De Hacienda… de sus ex esposas… de mocosos incontrolables…

—… ésa es la principal razón por la que la gente acude a nosotros —añade Charlie, captando la idea al vuelo—. De modo que, con una especialidad como ésa, tiene que haber alguien aquí que haya ideado la forma de que una cuenta parezca una cosa y sea realmente otra. «Sí, señor Duckworth, el saldo de su cuenta es de tres millones de dólares… guiño, guiño, codazo, codazo.»—Estúpidos de nosotros, cuando Mary transfirió el saldo, nos llevamos toda la pasta.

Mirando fijamente las sombras que dibujaba en las paredes la luz de las velas, nos abrimos paso a través de la lógica.

—No está mal… —reconoce Charlie—. Pero para que alguien de dentro pudiese…

—No creo que haya sido alguien de dentro del banco, Charlie; quienquiera que haya sido recibía ayuda de…

—¿Gallo y su compañero del Servicio?

—Tú también oíste lo que dijo Shep; él no fue quien les llamó. Se presentaron en el momento en que el dinero desapareció.

Ambos asentimos lentamente. No es una mala teoría.

—¿O sea que estaban implicados desde el principio? —pregunta Charlie.

—Dime una cosa: ¿qué probabilidades hay de que dos agentes del servicio secreto participen en un caso criminal y luego maten a Shep sólo para devolver el dinero robado? No me importa cuánto dinero había en juego, Gallo y DeSanctis no fueron asignados al caso por casualidad. Ellos vinieron para proteger su inversión.

—Tal vez formaban parte del plan, vendieron sus servicios…

—Tal vez han estado trabajando con el banco desde el principio.

—¿Quieres decir lavando dinero? —pregunta Charlie.

Me encojo de hombros, pensando en ello.

—Sea lo que sea, esos tíos estaban metidos en algo sucio, algo grande… algo que, si todo salía bien, les hubiera producido unas ganancias de trescientos trece millones de George Washington.

—No está mal para un día de trabajo —conviene Charlie—. ¿Con quién crees que lo habían planeado?

—Es difícil decirlo. Todo lo que sé es que no puedes escribir «servicio secreto» sin la palabra «secreto».

—Sí, bueno, tampoco puedes escribir «gilipollas» sin Lapidus o Quincy —dice Charlie, apuntando con el dedo.

—No lo sé —dijo sin demasiada convicción—. Tú viste su reacción, estaban

incluso más asustados que nosotros.

—Sí… porque tú, yo y todos los demás estaban mirando. Los actores no existen sin público. Además, si no fueron Lapidus o Quincy, ¿quién pudo ser?

—Mary —digo.

Charlie me mira, mesándose una perilla imaginaria.

—Podría ser.

—Te digo que podría haber sido cualquiera. Pero aún no hemos contestado a la primera pregunta: ¿De dónde sacó Duckworth trescientos trece millones de dólares?

Las velas continúan con su danza. Yo permanezco inmóvil.

—¿Por qué no se lo preguntas al interesado? —dice Charlie.

—¿Duckwojrth? Está muerto.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta Charlie, levantando una ceja—. Si todo lo demás es una sala de espejos, ¿qué te hace pensar que ésta es la única pared?

Es un buen argumento. De hecho, es un gran argumento.

—¿Aún tienes su…?

Charlie busca en el bolsillo trasero del pantalón y saca una hoja de papel doblada.

—Eso es lo bueno de ponerse los mismos pantalones que usaste el día anterior —dice—. Lo tengo… aquí.

Cuando desdobla el papel aparece la dirección de Duckworth que tenían en la cuenta del Midland National Bank: 405 Amsterdam Avenue. Con su mecha encendida se dirige hacia la puerta.

—Charlie —susurro—. Tal vez sea mejor ir a la policía.

—¿Por qué… para que puedan entregarnos al servicio secreto y nos llenen la cabeza de plomo? No quiero ofenderte, Ollie, pero el hecho de que tengamos el dinero y la forma en que nos sorprendieron con Shep… nadie va a creer una palabra.

Cierro los ojos e intento imaginar otra situación. Pero lo único que veo es la sangre de Shep… bañándonos las manos. No importa lo que digamos. Ni siquiera yo creería nuestras palabras. Retrocedo y me siento en uno de los bancos.

—Estamos muertos, ¿verdad?

—No digas eso —me increpa Charlie. No puedo asegurar si se trata de negar la evidencia o de obcecación de hermano pequeño, pero es igual—. Si encontramos a Duckworth… será nuestro primer paso para encontrar respuestas —insiste—. Es nuestra oportunidad de sacudir las Ocho Bolas Mágicas. No pienso tirar la toalla. —Abre la puerta de la capilla y desaparece en la gran nave central.

Me vuelvo hacia el altar votivo, contemplo la cera derretida que corre por el cuerpo de las velas. No le lleva mucho tiempo quemarse por completo. Sólo un poco. Es todo lo que tenemos.

20

Cuando giró en la esquina, en dirección a la calle de Oliver, envuelta en un abrigo verde oliva que llegaba hasta los tobillos, Joey parecía un peatón más en Red Hook: la cabeza gacha, sin tiempo para hablar, otros lugares donde estar. No obstante, mientras sus ojos permanecían fijos en el deteriorado edificio donde vivía Oliver, sus dedos estaban mucho más ocupados: sobaban lentamente las bolsas negras de basura vacías que llevaba en el bolsillo izquierdo y la correa para perros de nailon rojo que llevaba en el derecho.

Segura de que se encontraba lo bastante cerca de su objetivo, levantó la cabeza y sacó la correa, dejando que colgase hacia sus rodillas. Ahora no era solamente una investigadora, paseando por la calle y examinando las ventanas en busca de vecinos curiosos. Con la correa colgando junto a ella, era un miembro más de la comunidad que buscaba a su perro perdido. Sí, era una excusa muy pobre, pero en todos los años que llevaba utilizándola, jamás le había fallado. Las correas vacías te llevaban a cualquier parte: caminos particulares… patios traseros… incluso al estrecho callejón que discurre junto al edificio de piedra rojiza desteñida y donde se encuentran los tres contenedores de plástico llenos con la basura de Oliver y sus vecinos.

Joey se deslizó en el callejón; contó once ventanas que daban a la zona de recolección de los residuos: cuatro en el edificio de Oliver, cuatro en el edificio contiguo y tres en el que se alzaba al otro lado de la calle. Sin duda era mejor hacerlo de noche pero, para entonces, el Servicio ya habría examinado la basura. Es lo que siempre sucede con las Zambullidas en los Basureros. Se sirve el primero que llega.

Sin perder un segundo, se quitó el abrigo y lo lanzó a un lado. Llevaba un pequeño micrófono prendido al primer botón de la camisa y dos finos cables llegaban hasta un móvil sujeto al cinturón. Se colocó un audífono en la oreja derecha, pulsó «Enviar» y, mientras sonaba, abrió rápidamente las tres tapas de los contenedores de basura.

—Aquí Noreen —contestó una mujer joven.

—Soy yo —dijo Joey, poniéndose un par de guantes quirúrgicos de látex. Era una lección que había aprendido en su primera Zambullida en el Basurero, donde el sospechoso tenía a un recién nacido… y Joey encontró un puñado de pañales sucios.

—¿Qué tal el barrio? —preguntó Noreen.

—Ha visto tiempos mejores —dijo Joey mientras observaba las paredes de ladrillo gastadas y los cristales rotos en las ventanas del sótano—. Supuse que era un vecindario de jóvenes banqueros ambiciosos. Pero se trata de un barrio de gente obrera que no puede permitirse el lujo de un primer apartamento en la ciudad.

—Tal vez por eso mismo robó el dinero, porque está harto de ser de segunda clase.

—Sí… tal vez —dijo Joey, feliz de comprobar que Noreen participaba.

Recién graduada en el programa nocturno de la Facultad de Derecho de Georgetown, Noreen pasó el primer mes posterior a su graduación siendo rechazada por los principales bufetes de Washington, D. C. Los dos meses siguientes supusieron también el rechazo de las firmas medianas y pequeñas. Al cuarto mes, su viejo profesor de la asignatura de Prueba hizo una llamada a su buen amigo en Sheafe International. *Excelente estudiante del programa nocturno… poca cosa a primera vista, pero ambiciosa… igual que Joey el día en que su padre la dejó.* Aquéllas fueron las palabras mágicas. Un currículo enviado por fax más tarde, Noreen tenía un trabajo y Joey tenía su flamante ayudante.

—¿Preparada para bailar? —preguntó Joey.

—Dispara…

Joey metió la mano dentro del primer contenedor, abrió la primera bolsa Hefty y el olor a café molido le dio de lleno en el rostro. Inclinó la bolsa para ver mejor, buscando algo con un… Allí estaba. Una factura de teléfono. Manchada y húmeda por los posos de café, pero arriba del todo. Apartó los restos de café y comprobó el nombre en la primera página. Frank Tusa. La misma dirección. Apartamento 1.

Siguiente.

La bolsa que estaba debajo era un saco oscuro que, una vez abierto, apestaba a naranjas podridas. Había un sobre de correos dirigido a Vivian Leone. Apartamento 2.

Siguiente.

El contenedor del medio estaba vacío. Eso dejaba sólo el contenedor de la derecha, que tenía una bolsa blanca y barata, casi transparente, atada con una fina cuerda roja. No era Hefty… tampoco GLAD… era alguien que trataba de ahorrarse unos dólares.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Noreen.

Joey no contestó. Abrió la bolsa blanca, echó un vistazo al interior y contuvo la respiración ante la peste a plátanos de dos días.

—¡Uf! Qué asco.

—¿Qué?

—El tío es un reciclador.

—¿Qué quieres decir con el tío? —preguntó Noreen—. ¿Cómo sabes que se trata de la basura de Oliver?

—Hay sólo tres apartamentos y él ocupa el más barato en el sótano. Confía en mí, es su basura.

Joey volvió a comprobar las ventanas antes de sacar una de las bolsas de basura negras del bolsillo, forrar el interior del contenedor vacío y verter en él las pieles de plátano marrones de la bolsa de Oliver. Como abogada, sabía que lo que estaba

haciendo era totalmente legal —una vez que dejas tu basura en el bordillo, cualquiera puede jugar con ella— pero eso no significaba que tuvieses que anunciar todos tus movimientos.

Joey buscó la inmundicia, cogía y transfería puñados de espaguetis viejos, restos de raviolis y queso.

—Un montón de pasta… poco dinero en metálico —le susurró a Noreen, cuyo trabajo era catalogar—. Hay cebollas y ajo… un envase de setas ya cortadas, su paso infantil hacia la alta sociedad; por lo demás, nada caro en cuanto a vegetales, ni espárragos o lechuga exótica.

—De acuerdo…

—Hay un par de calzoncillos viejos, bóxers, de hecho, que parecen impresionantes, aunque en realidad…

—Haré una nota…

—Algunos envoltorios de queso… una bolsa de plástico de Delicatessen Shop-Rite… —Acercó la etiqueta para leerla—: Medio kilo de pavo, el producto más barato de la tienda… bolsas vacías de patatas fritas y galletas saladas… Parece que compra el almuerzo y se lo lleva a casa todos los días.

—¿Qué aspecto tienen los envases?

—Nada de Stvrofoam… ningún recipiente de entrega de comida china a domicilio… ni siquiera un pedazo de pizza —dijo Joey, mientras continuaba su excavación a través de los restos húmedos—. No se gasta un dólar pidiendo la comida. Excepto por las setas, ahorra cada centavo.

—¿Envases o cajas de algún producto?

—Nada. Nada de material electrónico… nada de baterías o pilas… sólo un envoltorio de plástico de una cinta de vídeo. Todo dentro de sus recursos. El mayor lujo son unas cuchillas de afeitar Gillete de alta tecnología y papel higiénico de doble capa. Vaya… también hay un envoltorio de un tampón super absorbente. Parece que nuestro chico tiene novia.

—¿Cuántos envoltorios?

—Sólo uno —contestó Joey—. Ella no viene todas las noches, tal vez es una relación reciente… o bien le gusta que él duerma en la casa de ella. —En el fondo de la bolsa, Joey volcó el contenido de cuatro filtros de café y utilizó los dedos para rastrillar la pequeña duna de restos oscuros—. Ya está. Una semana en la vida —anunció Joey—. Naturalmente, sin el material para reciclar, sólo es la mitad del cuadro.

—Si tú lo dices…

—¿Qué se supone que significa eso?

—No lo sé… es sólo que… ¿crees realmente que revolver la basura nos ayudará a encontrarles? —preguntó Noreen tímidamente.

Joey sacudió la cabeza. Demasiado joven.

—Noreen, la única manera de averiguar dónde va alguien es saber dónde ha estado.

En el otro extremo de la línea hubo una larga pausa.

—¿Crees que podremos conseguir ese material para reciclar? —preguntó Noreen.

—Dímelo tú. ¿Qué día…?

—La recogida no es hasta mañana —interrumpió Noreen—. Tengo la página web delante de mí.

Joey asintió. Hasta el ratón tiene que rugir a veces.

—Apuesto a que aún lo tiene en su apartamento —añadió Noreen.

—La única forma de averiguarlo… —Colocó nuevamente las bolsas de basura en su lugar, sacó nuevamente la correa roja de paseo y bajó por los inestables escalones de ladrillo que llevaban al apartamento de Oliver en el sótano. Junto a la puerta pintada de rojo había una pequeña ventana de cuatro cristales con una pegatina azul y blanca: «¡Atención! ¡Protegido por Alarmas Ameritech!»

—Y una mierda —murmuró Joey. «Si este chico ni siquiera pide que le traigan una pizza a casa, mucho menos va a instalar una alarma.»—¿Qué estás haciendo? —preguntó Noreen.

—Nada —dijo Joey mientras apretaba la nariz entre los barrotes que protegían la ventana. Mirando a uno y otro lado, recorrió con la vista el pequeño apartamento. Entonces los vio en el suelo en un rincón de la cocina—: el recipiente de plástico de reciclado azul lleno de latas… y el recipiente verde brillante lleno de papeles.

—Por favor, dime que no estás forzando la puerta —dijo Noreen, ya presa del pánico.

—No estoy forzando la puerta —contestó Joey secamente. Metió la mano en el bolso y sacó un estuche negro con cremallera. Lo abrió, extrajo un instrumento muy fino con un alambre en el extremo y lo introdujo en la cerradura superior de la puerta de Oliver.

—¡Sabes lo que dijo el señor Sheafe acerca de eso! ¡Si vuelven a cogerte…!

Con un rápido movimiento de la muñeca, la cerradura cedió y la puerta se abrió suavemente. Sacó la última bolsa de basura vacía del bolsillo, examinó rápidamente el diminuto apartamento y sonrió.

—Ven con mamá…

—¿Por qué te preocupas tanto? —preguntó Joey, mientras se arrodillaba delante del archivador de dos cajones que hacía las veces de mesilla de noche de Oliver y revisaba su contenido. Para mantenerlo fuera de la vista y mantener sus papeles en lugar seguro, Oliver había cubierto el mueble con un trozo de tela color vino. Joey fue directamente a por él.

—No me preocupo —contestó Noreen—. Sólo creo que es extraño. Quiero decir, se supone que Oliver es el cerebro que hay detrás de un golpe de trescientos millones de dólares, pero según lo que tú acabas de leerme, rellena cheques todos los meses para pagar las facturas del hospital de su madre y casi la mitad de su hipoteca.

—Noreen, sólo porque alguien te sonría no significa que no te clavará un cuchillo en la espalda. Lo he visto cincuenta veces… tenía un móvil. Nuestro chico Oliver se pasa cuatro años en el banco creyendo que llegará a ser un pez gordo, entonces un día se despierta y comprende que lo único que tiene para exhibir es una pila de facturas y un bronceado de rayos UVA. Y, para empeorar aún más las cosas, llega su hermano y descubre que está metido en la misma trampa. Los dos tienen un día especialmente malo… se presenta una oportunidad… y *voilà*… la ocasión hace al ladrón.

—Sí… no… supongo —dijo Noreen, ansiosa por acabar con aquello cuanto antes —. ¿Qué me dices de la novia? ¿Ves alguna cosa que lleve un número de teléfono?

—Olvídate de los números, ¿estás preparada para la dirección completa? —Joey revolvió el recipiente de reciclado y sacó rápidamente todas las revistas. *Business Week… Forbes… Smart Money…*—. Allá vamos —dijo, cogiendo un ejemplar de *People* y buscando la etiqueta de suscripción—. Beth Manning. 201 calle 87 Este, apartamento 23H. Cuando las novias vienen de visita siempre se traen material de lectura.

—Eso es fantástico… eres un genio —dijo Noreen con un punto de sarcasmo—. ¿Ahora puedes hacerme el favor de largarte de allí antes de que lleguen los tíos del Servicio y te zurren el culo?

—De hecho, ahora que lo dices… —Lanzó la revista nuevamente dentro del recipiente, entró en el cuarto de baño y abrió el botiquín. Pasta de dientes… cuchilla de afeitar… espuma de afeitar… desodorante… nada especial. En la basura había una bolsa de plástico arrugada con las palabras «Farmacia Barney» en letras negras—. Noreen, el lugar se llama Farmacia Barney; queremos una lista de recetas importantes a nombre de Oliver y su novia.

—De acuerdo. ¿Podemos irnos ya?

Al regresar a la habitación principal, Joey vio una fotografía con un marco negro laminado sobre la mesa de la cocina. En la foto, dos niños pequeños —vestidos exactamente igual con ceñidos suéters rojos de cuello vuelto— estaban sentados en un gran sofá con los pies colgando sobre los cojines. Oliver parecía tener unos seis años; Charlie, dos. Ambos leían libros… pero cuando Joey se acercó para mirar la fotografía más atentamente se dio cuenta de que el libro de Charlie estaba al revés.

—Joey, esto ya no es nada divertido —vociferó Noreen a través del audífono—. Si te cogen en un allanamiento…

Joey no pudo evitar asentir ante el desafío. Se dirigió directamente al televisor, se colocó detrás del aparato y siguió el cable hasta el enchufe en la pared. Si la casa era

tan antigua como ella pensaba…

—¿Qué estás haciendo? —imploró Noreen.

—Sólo un pequeño trabajo de electricista —bromeó Joey.

Al final del cable vio el pequeño adaptador anaranjado que, una vez unido a la toma triple del televisor, quedaba conectado al enchufe de la pared. «Adoro las casas antiguas», pensó mientras se agachaba junto a la toma del enchufe. Acercó el bolso y volvió a sacar el pequeño estuche negro. En su interior había un adaptador anaranjado prácticamente idéntico.

A diferencia del transmisor a pilas que había dejado en el despacho de Lapidus, éste estaba diseñado especialmente para un uso prolongado. Parece un enchufe y funciona como un enchufe, pero es capaz de transmitir a una distancia de casi siete kilómetros en los barrios residenciales. Nadie se fija en él, nadie hace preguntas y, lo mejor de todo, mientras permanece enchufado dispone de una inagotable fuente de energía.

—¿Has terminado ya? —rogó Noreen.

—¿Terminado? —preguntó Joey, arrancando el enchufe de la pared—. Acabo de empezar.

—¿Puedes hacerlo o no? —preguntó Gallo, de pie junto al escritorio de Andrew Nguyen.

—Tranquilo —respondió Nguyen. Andrew Nguyen, un asiático delgado pero musculoso, prematuramente encanecido en las sienes, cumplía su quinto año en la Oficina del Fiscal General. En ese tiempo había aprendido que, si bien era importante mostrarse duro con los criminales, en ocasiones resultaba igualmente vital mostrarse duro con los defensores de la ley—. ¿Quieres perder otro en una apel…?

—Ahórrame la Constitución. Esos dos tíos son peligrosos.

—Sí —dijo Nguyen con una sonrisa—. Ya he oído que os tuvieron a ti y a DeSanctis persiguiendo autobuses toda la tarde…

Gallo ignoró la broma.

—¿Nos ayudas o no?

Nguyen sacudió la cabeza.

—No me vengas con toda esa mierda, Gallo. Lo que me pides no es moco de pavo.

—Tampoco lo es robar trescientos millones de dólares y matar a un ex agente —replicó Gallo.

—Sí… lamento lo ocurrido —dijo Nguyen; no tenía ganas de seguir discutiendo. Apartó su bloc de notas, consciente de que no era prudente apuntar nada de lo que hablasen. Lo último que necesitaba era un juez que le obligase a entregar las notas al abogado de la parte contraria—. Volviendo a tu solicitud —añadió—, ¿ya has

agotado todas las otras posibilidades?

—Venga, Nguyen…

—Sabes que debo preguntarlo, Jimmy. Cuando se trata de pinchar teléfonos y filmar sospechosos, no puedo sacar la artillería hasta que me asegures que has agotado todos los demás métodos de investigación, incluidos todos los datos telefónicos y de tarjetas de crédito que te conseguí esta mañana.

Gallo hizo un esfuerzo para mostrar su mejor sonrisa.

—Yo no te mentiría, socio, mantendremos este caso de forma estrictamente legal.

Nguyen asintió. Era todo lo que necesitaba.

—¿Realmente vas a por esos dos, verdad?

—Ni te lo imaginas —dijo Gallo—. Ni te lo imaginas.

—Omnibank, Departamento de Fraudes, soy Elena Ratner. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, señorita Ratner —dijo Gallo desde su móvil mientras su Ford azul marino se colocaba en el carril derecho del puente de Brooklyn—. Soy el agente Gallo del servicio secreto de Estados Un…

—Por supuesto, agente Gallo, lamento haberle hecho esperar tanto tiempo. Acabamos de recibir su documentación…

—¿O sea que está todo bajo control? —la interrumpió.

—Completamente, señor. Hemos localizado y apuntado ambas cuentas: una tarjeta MasterCard de Omnibank para Oliver J. Caruso y una tarjeta Visa para Charles Caruso —dijo ella, leyendo los números de ambas cuentas—. ¿Está seguro de que no quiere que las cancelemos?

—Señorita Ratner —la sermoneó Gallo con los dientes apretados—, si se cancelan las tarjetas, ¿cómo se supone que averiguaré lo que compran y hacia dónde se dirigen?

En el otro extremo de la línea hubo una pausa. Esta era la razón por la que ella detestaba tener que tratar con los agentes de la ley.

—Lo siento, señor —respondió secamente—. A partir de ahora le notificaremos tan pronto como alguno de los dos titulares de las cuentas haga una compra.

—¿Y cuánto tiempo tardará esa notificación?

—Cuando las tarjetas reciban el código de aprobación, nuestro ordenador ya habrá marcado el número de su teléfono —añadió—. Es instantáneo.

—Hola, soy Fudge —respondió el contestador—. En este momento no estoy en casa, a menos naturalmente que usted sea un vendedor, en cuyo caso estoy aquí y le estoy investigando porque, sinceramente, su amistad me importa un pimiento. No

tengo tiempo para los gorrones. Deje su mensaje cuando suene la señal.

—Fudge, sé que estás allí —gritó Joey al contestador automático—. ¡Cógelo, cógelo, cóge…!

—Vaya, lady Ginebra, tú sí que entonas la canción de la hechicera —canturreó Fudge, cuidando no pronunciar el nombre de Joey.

Joey puso los ojos en blanco, negándose a entrar en el juego. Cuando se trataba de estas cosas era mejor no implicarse. Y cuando se trataba de Fudge, bueno… su política siempre había sido no acercarse demasiado a los hombres que siguen haciéndose llamar por el nombre de su personaje favorito de Judy Blume.

—¿Y qué puedo hacer por ti esta noche? ¿Negocios o placer?

—¿Aún conoces a ese tío en el Omnibank? —preguntó Joey.

Fudge esperó un momento antes de contestar.

—Tal vez.

Joey asintió ante su respuesta en clave. Eso significaba que sí. Siempre era sí. De hecho, de eso iba el negocio: de conocer gente. Y no a cualquier clase de gente. Gente furiosa. Gente amargada. Gente a-la-que-le-han-negado-un-ascenso. En todas las oficinas siempre hay alguien que está amargado con su trabajo. Y ésas eran las personas ansiosas por vender lo que sabían. Y eran las personas a las que Fudge podía encontrar.

—¿Si pudiese ayudarte, qué estarías buscando? —preguntó Fudge—. ¿Datos de clientes?

—Sí… pero también necesito controles sobre dos cuentas.

—Oh, oh, aquí estamos hablando de un montón de pasta…

—Si no puedes con ello —advirtió Joey.

—Puedo con ello perfectamente. Conozco a una secretaria en el Departamento de Fraudes que sigue resentida por un comentario ofensivo que escuchó durante una fiesta de la oficina con…

—¡Fudge! —le interrumpió Joey; no quería saber nada sobre la fuente. De acuerdo, rebajaba a la abogada que había en ella, pero no tenía otra alternativa. Otra persona hace el trabajo sucio; ella consigue el producto final. Siempre que ella ignore de dónde procede la información, puede eliminar cualquier responsabilidad. Por otra parte, aunque se trate de una trampa legal, a la CIA le ha dado resultado durante años.

—Cien por los datos. Uno de los grandes por los oídos —dijo Fudge—. ¿Alguna otra cosa?

—Compañía de teléfonos. Números que no figuran en el listín y tal vez pinchar algunas líneas.

—¿En qué estado?

Joey sacudió la cabeza.

—¿Dónde encuentras a esa gente?

—Cariño, entra en cualquier chat del mundo y teclea las palabras: «¿Quién odia su trabajo?» Cuando veas que te llega un correo electrónico con el remitente AT&T.com, ya sabes a quién debes escribirle —dijo Fudge—. Piensa en ello la próxima vez que te comportes como una imbécil con un mensajero.

—¿Qué es esto? —preguntó DeSanctis. Examinaba un documento de dos páginas inclinado sobre el capó de su Chevy.

—Es un sobre de correos —dijo Gallo, ahuecando las manos y soplando dentro de ellas para calentarlas—. Lo llevas a las estafetas y ellos…

—… cogerán la correspondencia de Oliver y Charlie y fotocopiarán las señas de todos los remitentes —le interrumpió DeSanctis—. Sé cómo funciona.

—Bien… entonces también sabrás a quién entregárselo en la estafeta. Cuando hayas terminado, busca la orden de registro para el apartamento de Oliver. Todavía tengo que hacer otra parada.

—¿Qué es esto? —preguntó la mujer hispana que llevaba el suéter azul oscuro de los empleados de correos.

—Es un regalo de agradecimiento —dijo Joey mientras extendía un billete de cien dólares.

La mujer, instalada entre dos tambaleantes estanterías metálicas llenas de pilas de cartas sujetas con gomas, se inclinó fuera de su cubículo provisional y examinó la amplia sala trasera. Como cualquier zona de distribución de la mayoría de las estafetas, era un hormiguero humano de actividad: en todas direcciones se dejaban caer bolsas con envíos postales que eran separados y clasificados. Convencida de que nadie estaba mirando, la mujer examinó el billete de cien dólares en la mano de Joey.

—¿Es policía?

—Detective privada —dijo Joey, aplicando la dosis justa de calma de abogada para que la mujer no se pusiera nerviosa. Odiaba tener que hacer estas cosas, pero como había dicho Fudge, cuando se trataba del correo, la escala era demasiado grande. Si querías dibujar un auténtico perfil, y necesitabas todos los remitentes, tenías que ir personalmente y encontrar al cartero local—. Privada y deseosa de pagar —le aclaró.

—Déjelo caer al suelo —dijo la mujer.

Joey dudó, miró a su alrededor buscando cámaras en los rincones de la sala.

—Sólo déjelo caer —repitió la mujer—. No le hará daño a nadie.

Joey bajó el brazo y dejó caer el billete, que aterrizó suavemente en el suelo. Entonces la mujer dio un paso adelante y lo cubrió con el pie.

—¿En qué puedo ayudarla?

Joey sacó una hoja de papel de su bolso.

—Sólo un pequeño trabajo de fotocopias de unos amigos de Brooklyn.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —gruñó Gallo en su móvil mientras pulsaba el botón del cuarto piso en el ascensor. Se produjo una fuerte sacudida y el viejo ascensor se puso lentamente en movimiento.

—Ido… como en «ya no está aquí» —contestó DeSanctis—. Alguien ha estado revolviendo la basura y los contenedores de reciclado están en el bordillo, completamente limpios.

—Tal vez ya lo han recogido. ¿Qué día recogen el material para reciclar?

—Mañana —dijo DeSanctis secamente—. Te digo que ella ha estado aquí. Y si deduce cómo pensamos…

—No seas imbécil. Sólo porque haya robado la basura de Oliver no significa que sepa lo que está pasando. —Las puertas del ascensor se abrieron y Gallo siguió el alfabeto hasta el apartamento 4D—. Además, en el gran esquema de las cosas, estamos a punto de conseguir algo mucho mejor que periódicos viejos y correspondencia inservible…

—¿De qué estás hablando?

Gallo llamó al timbre y no contestó.

—¿Quién es? —preguntó una suave voz femenina.

—Servicio secreto de Estados Unidos —dijo Gallo, levantando su placa para que pudiesen verla a través de la mirilla.

Hubo un momento de silencio… luego se oyó el ruido de cerraduras que se abrían. La puerta se abrió lentamente con un chirrido y apareció una mujer corpulenta que llevaba una chaqueta de lana amarilla. Se quitó dos alfileres de la boca y los clavó en un alfiletero que llevaba sujeto a la muñeca izquierda.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Maggie Caruso.

—En realidad, señora Caruso, se trata de sus hijos…

Ella abrió la boca y sus hombros se hundieron.

—¿Qué ha pasado? ¿Se encuentran bien?

—Por supuesto que se encuentran bien —prometió Gallo, poniendo una mano sobre su hombro—. Es sólo que se han metido en un pequeño problema en el trabajo, y bueno… esperábamos que usted pudiese venir al centro y contestar algunas preguntas.

Maggie dudó instintivamente. En ese momento comenzó a sonar el teléfono én la cocina, pero no contestó.

—Le prometo que no se trata de nada grave, señora Caruso. Sólo pensamos que usted quizá pudiera ayudarnos a aclarar todo este asunto. Ya sabe… por los chicos.

—Por-por su-supuesto… —tartamudeó—. Iré a buscar el bolso.

Mientras observaba cómo se alejaba hacia el interior del apartamento, Gallo entró y cerró la puerta. Como siempre le habían enseñado, si quieres que las ratas salgan corriendo, tienes que empezar por meterte en su ratonera.

21

—¿Estás seguro? —pregunta Charlie.

—Es lo que pone aquí —digo. Vuelvo a comprobar la dirección y luego miro los números pegados al sucio cristal de la puerta: 405 Amsterdam. Apartamento 2B. Última dirección conocida de Duckworth.

—No. Imposible —insiste Charlie.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Abre los ojos, Ollie. Este tío tenía trescientos millones de dólares en un banco privado. Esto debería ser un edificio de apartamentos de lujo en el Upper West Side con un portero que te mira por encima del hombro. ¿Y, en cambio, está viviendo en un patético apartamento de soltero encima de un restaurante indio de dudosa calidad y una lavandería china con máquinas automáticas? Olvida los trescientos millones… esto ni siquiera son trescientos mil.

—A veces las apariencias engañan —replico.

—Sí, ¿como cuando tres millones se convierten en trescientos?

Ignoro el comentario y señalo el botón del apartamento 2B, que no lleva ningún nombre.

—¿Llamo o no?

—Pues claro… ¿qué podemos perder?

No es una pregunta que en este momento pueda responder. El cielo gris comienza a oscurecerse. En un par de horas mamá comenzará a sentir pánico. A menos, naturalmente, que el Servicio ya se haya puesto en contacto con ella.

Pulso el timbre.

—¿Sí? —responde la voz de un hombre.

Charlie descubre una caja marrón vacía delante de la lavandería con máquinas automáticas.

—Tengo una entrega para el 2B —dice.

Durante unos segundos nadie contesta. Luego se oye un zumbido eléctrico y Charlie abre la puerta; la mantiene abierta mientras yo recojo la caja marrón. Duckworth, allá vamos.

Mientras subimos la escalera, débilmente iluminada, notamos un intenso olor a curry indio y blanqueador de lavadoras que lo impregna todo. La pintura de las paredes está agrietada y cubierta de moho. Al viejo suelo de baldosas le faltan piezas en todas partes. Charlie me mira. Los clientes del banco no viven en sitios como éste. Espera que esa constatación haga que afloje el paso, pero no hace más que acelerarlo.

—Allí es… —dice Charlie.

Me detengo ante la puerta del apartamento 2B y levanto la caja de cartón a la altura de la mirilla.

—Entrega —anuncio, golpeando la puerta.

Se oye el sonido de los pestillos y la puerta se abre de par en par. Estoy preparado para encontrarme a un hombre de unos cincuenta años al borde de las lágrimas, muriéndose por contarnos la verdadera historia. En cambio, lo que tenemos delante es a un chico que lleva una gorra de Syracuse perfectamente colocada con la visera hacia atrás y unos pantalones cortos de cross varias tallas más grandes.

—¿Tienes una entrega, tío? —pregunta con acento de chico blanco.

Miro a Charlie. Incluso en su época de rapero de Brooklyn, mi hermano no tenía la pinta de este crío.

—En realidad es para Marty Duckworth —digo—. ¿Vive aquí?

—¿Quieres decir ese tío chiflado? ¿El que se parece al Hombre-topo? —se echa a reír.

Confundido, no contesto.

—El mismo —interviene Charlie para que el chico siga hablando—. ¿Tienes idea de adonde ha podido ir?

—A Florida, chico. Retiro en el océano.

«Retiro», asiento. Charlie tiene el mismo pensamiento. «Eso significa que tiene dinero. Lo único que no tiene sentido es este estercolero.»

—¿Tienes alguna dirección donde se le pueda localizar? —pregunta Charlie—. ¿Te ha dejado alguna para que tú…?

—¿En qué país crees que vives? —bromea el chico—. Todo el mundo tiene su correo electrónico… —Cruza el pequeño estudio y coge su agenda electrónica de encima del televisor—. La tengo en la «H» de Hombre-topo —canturrea, muy divertido.

Charlie asiente agradecido.

—Genial, tío.

Saco del bolsillo trasero la carta donde hemos apuntado la otra dirección de Duckworth.

—Allá vamos —anuncia el chico, leyendo la pantalla de la agenda—. 1004 calle Diez. Soleada Miami Beach. 33139.

Charlie lee por encima de mi hombro, comprobando si ambas direcciones coinciden.

—La misma Bati-hora. El mismo Bati-canal —me susurra al oído.

Nos despedimos del chico y abandonamos el apartamento. Ninguno de los dos abre la boca hasta que llegamos a la escalera.

—¿Qué piensas? —pregunto.

—¿Acerca del estado de salud de Duckworth? No tengo ni la menor idea, aunque

el catálogo Abercrombie ambulante que dejamos en el segundo piso no actuaba como si estuviera muerto —dice Charlie.

—¿Es en ese muchacho en quien confías?

—Lo único que digo es que ya son dos las personas que confirman la dirección de Miami.

—Y no cualquier dirección… una dirección de jubilación.

Mientras seguimos respirando el curry con blanqueador, Charlie sabe perfectamente a qué me refiero. La gente no vive en apartamentos así porque estén ahorrando para cuando se retiren; viven aquí porque no tienen otra alternativa.

—O sea que si Duckworth se ha retirado a Florida…

—… es porque recibió de repente una buena cantidad de pasta —termina Charlie.

—El único problema es que, según los datos del banco, ya tenía un montón de pasta desde hacía años. ¿Por qué, entonces, el príncipe se viste como un mendigo?

Al llegar a la planta baja, Charlie abre la puerta de la calle.

—Tal vez está tratando de mantener su dinero oculto…

—O quizá otra persona está tratando de mantener su dinero oculto —señalo, hablando deprisa—. En cualquier caso, no es sólo esta escalera lo que comienza a apestar. —Salgo rápidamente a la calle, un hombre con una misión—. No lo sabremos con seguridad hasta que hayamos hablado con Duckworth.

Arrojo la caja de cartón a su lugar original y me dirijo directamente a la cabina que hay en la esquina, saco mi tarjeta telefónica y marco rápidamente el número de información de Florida.

—En Miami… estoy buscando a Marty o Martin Duckworth en el 1004 de la calle Diez —le digo a la voz informatizada que contesta la llamada.

Se produce una breve pausa; Charlie y yo esperamos en silencio. Son sólo las cinco de la tarde, pero el cielo está casi completamente oscuro y un frío viento nocturno sopla por Amsterdam Avenue. Cuando mis dientes comienzan a castañetear dejo un espacio en la cabina y acerco a Charlie hacia el teléfono para mantenerle en calor. Y oculto. Miro por encima del hombro para comprobar que estamos a salvo.

Charlie me lo agradece con una inclinación de cabeza y…

—¿Ha dicho Duckworth? —interrumpe una operadora en el otro extremo de la línea.

—Duckworth —repito—. Nombre de pila Marty o Martin. En la calle Diez.

La línea vuelve a quedar en silencio.

—Lo siento —dice finalmente la mujer—. Es un número que no está registrado.

—¿Está segura?

—M. Duckworth en la calle Diez. No está registrado. ¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa?

—No… eso es todo —digo y mi voz pierde fuerza—. Gracias por su ayuda.

—¿Y bien? —pregunta Charlie cuando cuelgo.

—No está registrado.

—Pero tampoco desconectado —dice con tono desafiante mientras sale de la cabina—. Dondequiera que esté Duckworth, aún tienen un número en servicio.

Alzo la vista, dubitativo… y me doy cuenta en ese momento de que estamos en plena calle. Con un gesto de la barbilla señalo el hueco que protege la entrada del edificio del chico. Examinamos rápidamente la calle en ambas direcciones y regresamos al edificio. Una vez ahí, añado:

—Ya está bien de jugar a Sherlock Holmes, Charlie. Por lo que sabemos, la compañía telefónica no ha actualizado su base de datos desde la muerte de Duckworth.

—Quizá —reconoce Charlie, colocándose al abrigo de la entrada—. Aunque también es posible que se haya escondido en Florida, y esté esperando que vayamos a hacerle una visita. —Antes de que pueda rebatir su argumento, señala con el dedo la hoja con la dirección de Duckworth que tengo en las manos—. Como tú mismo dijiste: hasta que no hayamos hablado con él, no estaremos seguros.

—No lo sé… ¿por qué no averiguamos primero si hay un certificado de defunción?

—Ollie, ayer el banco dijo que este tío sólo tenía tres millones de dólares. ¿Realmente sigues creyendo en las informaciones oficiales?

Me apoyo en la pared para sopesar la situación detenidamente.

—No tienes que analizarlo todo siempre, hermanito. Déjate guiar por tus instintos.

No es tan mala la idea. Incluso viniendo de Charlie.

—¿Realmente crees que deberíamos ir a Miami?

—Es difícil decirlo —contesta—. ¿Cuánto tiempo crees que podemos seguir escondidos en la iglesia?

Me quedo en silencio mientras observo a un grupo de personas que bajan del autobús en una parada cercana.

—Venga, Ollie, incluso los padres saben cuándo sus hijos tienen razón. A menos que seamos capaces de demostrar lo que sucedió en realidad, Gallo y DeSanctis son los dueños de la realidad. Y de nosotros. Nosotros robamos el dinero… nosotros matamos a Shep… y seremos nosotros los que pagaremos por ello.

Nuevamente mi respuesta es el silencio.

—¿Estás seguro de que no estamos cazando fantasmas? —pregunto por fin.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Charlie…

—De acuerdo, aunque fuese así, tiene que ser mejor que seguir escondidos aquí.

Asiento ante ese comentario. Cuando entré a trabajar en el banco, Lapidus me

dijo que jamás debía discutir con los hechos. Sin decir nada más, me separo de la pared y me vuelvo hacia mi hermano pequeño.

—Sabes que estarán vigilando los aeropuertos…

—No empieces a comerte el coco —dice Charlie—. Ya he pensado en algo para solucionar ese detalle.

22

—¿Preparada para ir de dos en dos? —susurró Joey junto al cuello de su camisa mientras paseaba por Avenue U. Ahora, rodeada de un montón de gente que regresaba a casa después del trabajo, ya no necesitaba la correa roja para el perro invisible. Porque ahora era una más de la multitud.

—Nunca aprenderás, ¿verdad? —preguntó Noreen.

—No hasta que nos cojan —dijo Joey, dobló la esquina hacia Berdford Avenue y aceleró el paso—. Además, si te invitan a entrar no es allanamiento de morada. —Un poco más adelante se alzaba el edificio de seis pisos que Charlie y su madre llamaban hogar.

—¿Algún portero a la vista? —preguntó Noreen.

—No en este vecindario —contestó Joey.

Estaba buscando alguna excusa que fuese convincente. No le resultaría difícil. Siempre que la madre ignorase aún lo sucedido, cualquier vieja historia daría resultado. «Hola, soy una agente inmobiliaria… Hola, soy una amiga de Charlie del trabajo… Hola, estoy aquí para colarme en su apartamento y, con un poco de suerte, colocar uno de esos transmisores tan creativos en un enchufe.» Joey reía de su propia broma mientras continuaba examinando la calle. Dos críos patinaban en una de las aceras. Había un sedán azul marino aparcado en zona prohibida. Y en la entrada del edificio, un hombre de pecho amplio mantenía la puerta abierta para que saliera una mujer corpulenta. Joey reconoció a Gallo al instante.

—No puedo creerlo…

—¿Qué? —preguntó Noreen.

—Adivina quién está aquí —se quejó Joey, bajando la cabeza, pero sin darse la vuelta. Retrocedió lentamente hacia la tienda de libros de segunda mano que había en la esquina, se ocultó en el portal y asomó ligeramente la cabeza para no perder de vista a la pareja que salía del edificio.

—¿Quién es? —suplicó Noreen al otro lado de la línea—. ¿Qué está pasando?

Calle arriba, Gallo abrió la puerta del lado del acompañante y esperó a que la señora Caruso se sentara. Ella apretó el bolso contra su pecho, completamente conmocionada. Sin prestarle atención, Gallo cerró la puerta con fuerza en sus narices.

—Qué caballero —musitó Joey.

Pero cuando Gallo pasó por delante del coche para ocupar el asiento del conductor, miró calle arriba, como si estuviese buscando a alguien. Alguien que no estaba allí. Pero que lo estaría pronto…

—Mierda —añadió Joey, advirtiendo la expresión arrogante en el rostro del agente del servicio secreto.

—¿Puedes decirme por favor qué está pasando? —exigió Noreen.

Gallo puso en marcha el coche y se alejó velozmente hacia la esquina. Joey salió del portal de la tienda de libros de segunda mano y corrió hacia el viejo edificio.

—Tienen a todo un equipo de camino —alertó Joey a Noreen.

—¿Ya mismo?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar… en los próximos minutos…

—¿Ya la han puesto bajo vigilancia? ¿Cómo han conseguido las órdenes tan pronto?

—No tengo ni idea —dijo Joey mientras abría la puerta principal del edificio. Cuando una mujer mayor apareció caminando desde el vestíbulo, Joey alcanzó la puerta interior, entró y corrió hacia el ascensor.

En el otro lado de la línea se produjo una breve pausa.

—Por favor, dime que no estás corriendo hacia el edificio…

—No estoy corriendo hacia el edificio —dijo Joey; pulsaba el botón de llamada del ascensor como si estuviese mandando un mensaje en Morse.

—Maldita sea, Joey, esto es estúpido.

—No, lo que es estúpido es tratar de hacer esto después de que los tíos del Servicio tengan controlado este lugar.

—Entonces deberías dejarlo.

—Noreen, ¿recuerdas lo que te dije acerca de la fuerza de los lazos familiares? No me importa lo duros que puedan ser esos chicos, aunque estén huyendo de la justicia, finalmente la sienten. Y en este caso… cuando uno de ellos paga las facturas de su madre y el otro sigue viviendo con ella… Cuando los vínculos son tan fuertes, es como si llevasen un imán en el pecho. Es posible que sólo llamen durante dos segundos, pero cuando eso suceda, tengo intención de oír lo que dicen. Y rastrear la llamada.

Noreen se quedó en silencio nuevamente. Durante medio segundo.

—Sólo dime qué necesitas que yo…

Joey entró en el ascensor y la línea quedó muerta. Eso es lo que sucede con los móviles y los edificios antiguos. Comprobó el vestíbulo una vez más, pero no había nada que ver. Cuando las puertas se cerraron, Joey estaba sola.

23

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —pregunto, sin dejar de vigilar los alrededores mientras Charlie marca el número en la cabina telefónica del Hotel Excelsior. Tal vez no sea el mejor hotel de la ciudad, pero es el más próximo y el que tiene la mejor selección de guías telefónicas.

—Oliver, ¿de qué otra manera piensas subir a un avión? —me contesta mientras apoya el auricular en la oreja—. Si utilizamos nuestros verdaderos documentos es que somos unos idiotas; si utilizamos nuestras tarjetas de crédito, nos seguirán la pista.

—Entonces quizá sería mejor mirar otros medios de transporte.

—¿Por ejemplo? ¿Alquilar un coche y conducir hasta Miami? También necesitas una tarjeta de crédito y un documento…

—¿Qué me dices del tren?

—Venga, por favor, ¿realmente quieres pasarte dos días viajando en un Amtrak? Cada segundo que perdamos es una oportunidad para que los tíos del servicio secreto nos aprieten las tuercas. Confía en mí, si queremos salir de la ciudad, ésta es nuestra mejor opción.

No demasiado convencido, me inclino hacia adelante y le obligo a compartir el auricular. En mi oreja, el teléfono suena por tercera vez.

—Venga… —protesta Charlie, mirando las Páginas Amarillas de Nueva Jersey— ¿dónde coño están…

—Bufete de abogados —contesta Bendini sin la menor vacilación—. ¿Qué necesita?

24

Los primeros quince minutos estaban destinados a que se calmara. Nadie a quien gritarle… nadie con quien hablar; estaba sola en una habitación sin nada donde posar la vista salvo una mesa de madera y cuatro sillas de oficina diferentes. Las cuatro paredes que la rodeaban eran completamente blancas —ningún cuadro, nada que pudiera distraerla— excepto por el enorme espejo que se encontraba en la pared derecha. Obviamente, el espejo fue lo primero que llamó la atención de Maggie Caruso. Se suponía que así debía ser. Como el servicio secreto sabía muy bien, con la tecnología de vídeo actual, no existía ninguna razón práctica para seguir utilizando los espejos de dos caras. Pero eso no significaba que, aun cuando no hubiese nadie detrás de ellos, no tuviesen su propio efecto psicológico. De hecho, la sola visión del espejo hacía que Maggie se moviese nerviosamente en la silla. Y así transcurrieron los quince minutos siguientes.

Tratando de eliminarlo de su campo de visión, Maggie utilizó la mano derecha para cubrirse los ojos. Se recordó mentalmente que todo estaba bien. Sus hijos estaban bien. Eso fue lo que Gallo le dijo. Se lo dijo mirándola a los ojos. Pero si efectivamente era así, ¿qué hacia ella en el centro de la ciudad, en el cuartel general del servicio secreto en Nueva York? La respuesta llegó con un ruido de pasos y el movimiento del pomo de la puerta. Se volvió hacia la izquierda y la puerta se abrió de par en par.

—¿Maggie Caruso? —preguntó DeSanctis cuando entró en la habitación. Una carpeta se balanceaba a un costado del cuerpo, estaba vestido con un traje azul pero no llevaba chaqueta. Las mangas remangadas hasta los codos. Serio pero no amenazador. Detrás de él estaba Gallo, quien la saludó con un breve movimiento de cabeza. Maggie, por deformación profesional, vio que el traje le sentaba fatal, un signo evidente de mal gusto, una enorme impaciencia o un ego exagerado (los hombres siempre pensaban que eran más grandes de lo que eran en realidad). A pesar del viaje de cuarenta minutos en coche desde Brooklyn, aún no sabía por qué estaba allí. Pero sí sabía lo que ella quería. Su voz salió entrecortadamente al pronunciar las palabras.

—Por favor… ¿cuándo puedo ver a mis hijos?

—De hecho, esperábamos que usted pudiese ayudarnos precisamente en esa cuestión —dijo DeSanctis. Se sentó en la silla de la izquierda; Gallo ocupó la que estaba a la derecha de Maggie. Ninguno de los dos se sentó frente a ella, advirtió. Tenía a uno a cada lado.

—No lo entiendo… —comenzó a decir.

Gallo miró a DeSanctis, quien deslizó lentamente la carpeta sobre la mesa.

—Señora Caruso, anoche, en algún momento, alguien robó… bueno… una

importante cantidad de dinero del Banco Privado Greene. Esta mañana, cuando los ladrones fueron sorprendidos, se produjo un intercambio de disparos y…

—¿Disparos? —le interrumpió ella—. ¿Acaso alguien…

—Oliver y Charlie están bien —le aseguró él, cubriendo con las suyas las manos de Maggie—. Pero durante el tiroteo un hombre llamado Shep Graves resultó muerto por los disparos efectuados por los dos sospechosos, quienes consiguieron darse a la fuga.

Maggie se volvió hacia Gallo, quien se estaba mordiendo un corte que tenía en el labio inferior.

—¿Qué tiene que ver todo esto con mis hijos? —preguntó con voz temblorosa.

DeSanctis se inclinó hacia ella sin soltarle las manos.

—Señora Caruso, ¿ha tenido noticias de Charlie u Oliver en las últimas horas?

—¿Cómo dice?

—Si sus hijos estuviesen escondidos en alguna parte, ¿sabría usted dónde podría ser?

Maggie apartó las manos y se puso de pie de un brinco.

—¿De qué está hablando?

Gallo se puso de pie con la misma celeridad.

—Señora, ¿quiere sentarse, por favor?

—¡No hasta que me diga qué es lo que pasa! ¿Acaso les está acusando de algo?

—¡Señora, siéntese!

—¡Oh, Dios mío! Habla en serio, ¿verdad?

—¡Señora…!

DeSanctis cogió a Gallo de la muñeca y le obligó a sentarse. Mirando a Maggie, le dijo:

—Por favor, señora Caruso, no hay necesidad de que…

—¡Ellos jamás harían algo así! ¡Jamás! —insistió Maggie.

—No estoy diciendo que lo hicieran —dijo DeSanctis, con un tono de voz suave y tranquilo—. Sólo trato de protegerles…

—Pues es curioso… pero suena como alguien que se muere por atraparles.

—Llámelo como quiera —intervino nuevamente Gallo—. Pero cuanto más tiempo pasen sus hijos ahí fuera, mayor es el peligro que corren.

Al oír esas palabras, Maggie se quedó paralizada.

—¿Qué?

Gallo se frotó la cabeza y respiró profundamente. Maggie le estudió detenidamente, sin poder decidir si se trataba de un gesto de frustración o de auténtica preocupación.

—Sólo intentamos ayudarla, señora Caruso. Sólo eso, ya sabe cómo son estas cosas… usted mira las noticias en la tele. ¿Cuándo fue la última vez que un fugitivo

se salió con la suya? ¿O vivió feliz para siempre? —preguntó Gallo—. Esas cosas no suceden, Maggie. Y cuanto más tiempo siga con la boca cerrada, más probabilidades hay de que algún poli con el gatillo fácil le meta una bala en la cabeza a uno de sus chicos.

Incapaz de mover un músculo, Maggie permaneció sentada, dejando que la lógica de ese razonamiento hiciera efecto.

—Sé que trata de protegerles y comprendo sus dudas —añadió Gallo—. Pero pregúntese esto: ¿Realmente quiere enterrar a sus propios hijos? Porque desde este momento, Maggie, la elección depende de usted.

Inmóvil, Maggie Caruso vio a través de un mar de lágrimas cómo el mundo se nublaba.

Fuera del edificio de apartamentos de Maggie Caruso, la furgoneta Verizon aparcó en un lugar libre justo detrás de un coche negro abollado. No hubo carreras, o confusión, o frenos chirriando sobre el pavimento. Simplemente, la puerta lateral de la furgoneta se abrió y tres hombres vestidos con uniformes Verizon saltaron del vehículo. Los tres llevaban documentos de identificación de la compañía de teléfonos en el bolsillo derecho y placas del servicio secreto en el izquierdo. Sus movimientos eran tranquilos al descargar las cajas de herramientas. Parte del entrenamiento. Los tíos encargados de las reparaciones de teléfonos jamás se daban prisa.

Como especialistas en seguridad personal de la División de Seguridad Técnica, sólo necesitaban veinte minutos para convertir cualquier casa en un perfecto estudio de sonido. Gallo les había dicho que disponían de dos horas. Aun así, acabarían su trabajo en veinte minutos. Los tres hombres se dirigieron a la entrada del edificio y el más alto de ellos introdujo unos diminutos alicates de tres puntas en la cerradura. Cuatro segundos más tarde la puerta estaba abierta.

—La caja de teléfonos en el sótano —dijo el hombre de pelo negro.

—Yo me encargo —dijo el tercer hombre, alejándose hacia el hueco de la escalera que se abría en una esquina del vestíbulo. Sólo los novatos colocan micrófonos en el aparato que quieren controlar. Gracias a Hollywood, es el primer lugar que todo el mundo examina.

En el ascensor, sus dos compañeros repararon en las puertas metálicas atacadas por el óxido y en los viejos botones. Los edificios viejos siempre daban más trabajo. Paredes más gruesas; perforaciones más profundas. Finalmente, el ascensor se detuvo bruscamente en el cuarto piso. La puerta se deslizó lentamente; Joey estaba esperando en el rellano. Echó un breve vistazo a los hombres con uniformes Verizon y bajó la cabeza.

—Que tenga una buena noche —dijo el más alto al salir.

—Usted también —contestó Joey, pasando a su lado para entrar en el ascensor. El

pecho de Joey rozó el brazo del hombre. Él sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Un momento después Joey había desaparecido.

—Lo juro, no he sabido absolutamente nada de ellos —tartamudeó Maggie, enjugándose las lágrimas con el borde de la manga—. Estuve en casa todo el día… todas mis clientas… pero ellos nunca…

—La creemos —dijo Gallo—. Pero cuanto más tiempo pasen Charlie y Oliver ahí fuera, más probabilidades hay de que se pongan en contacto con usted. Y cuando lo hagan, quiero que me prometa que les mantendrá al teléfono el mayor tiempo posible. ¿Me está escuchando, Maggie? Eso es todo lo que debe hacer. Nosotros nos encargaremos del resto.

Mientras recobraba el aliento, Maggie intentó imaginarse ese momento en su cabeza. Había muchas cosas que aún no tenían sentido para ella.

—No sé…

—Comprendo que es difícil para usted —añadió DeSanctis—. Créame, yo tengo dos niñas pequeñas y ningún padre debería encontrarse jamás en esta situación. Pero si quiere salvarles, esto es lo mejor para ellos… para todos.

—¿Qué me dice? —preguntó Gallo—. ¿Podemos contar con usted?

25

Nos llevó casi una hora llegar desde el edificio de Duckworth hasta Hoboken, Nueva Jersey, y cuando el tren PATH entró en la estación, hice un leve gesto hacia el otro extremo del vagón del metro, donde Charlie estaba oculto entre la muchedumbre de jóvenes profesionales que regresaban a casa después del trabajo. No había ninguna razón para comportarse como unos estúpidos.

Con un empellón gigantesco, la oleada humana de pasajeros salió del tren e inundó las escaleras, abriéndose paso hacia la calle. Como siempre, Charlie iba al frente, deslizándose entre la muchedumbre. Se movía con facilidad. Al llegar a la calle continuó acelerando el paso. Yo me mantenía a unos diez metros detrás de él, sin perderle de vista ni un momento.

Siguiendo las indicaciones de Bendini, Charlie pasó rápidamente junto a los bares y restaurantes pretendidamente neoyorquinos que bordean Washington Avenue y, al llegar a la calle Cuatro, giró bruscamente a la izquierda. Ahí, el barrio se transforma. Las cafeterías se convierten en casas particulares… las panaderías se convierten en residencias de tres plantas… y las tiendas de ropa de moda se transforman en edificios de cinco pisos sin ascensor. Charlie mira a su alrededor y se para en seco.

—Tiene que haber un error —dice en voz alta.

Me acerco y no tengo más remedio que darle la razón. Buscamos una tienda; todo el vecindario es residencial.

No obstante, cuando se trata de Bendini, nada puede sorprendernos.

—Sólo debemos buscar la dirección que nos ha dado —susurro mientras un viejo italiano nos observa con curiosidad desde una ventana cercana. Su televisor lanza destellos a su espalda—. Deprisa —insisto.

Finalmente, tres manzanas más adelante lo encontramos: en medio de una fila de casas hay una construcción de ladrillo de una sola planta con un rótulo pintado a mano que dice «Viajes Mumford» encima de la entrada. Las letras son finas y de color gris y, al igual que la placa de bronce que hay junto a la entrada del banco, su cometido es pasar desapercibidas. En el interior, las luces están encendidas, pero la única persona que hay allí es una mujer de unos sesenta años sentada detrás de un viejo escritorio de metal y hojeando un gastado ejemplar de *Soap Opera Digest*.

Charlie está a punto de llamar al timbre. «Por favor llame antes de entrar.»

—Está abierto —grita la mujer sin levantar la vista. Un ligero empujón a la puerta nos permite entrar.

—Hola —le digo a la mujer, quien sigue con la mirada fija en la revista—. He venido a ver a…

—¡Yo me encargo…! —se oye que grita una voz chillona con un fuerte acento de Nueva Jersey. Desde una habitación trasera, un hombre delgado y fibroso vestido con

una camisa de golf blanca aparta una cortina roja y se acerca a saludarnos. Tiene los ojos ligeramente saltones y una amplia frente que delata una inevitable calvicie—. ¿Tiene una emergencia…?

—De hecho, nos envía…

—Sé quién les envía —interrumpe, mira por encima de nuestros hombros y controla la calle a través del escaparate. Lo hace instintivamente, forma parte de su trabajo. La seguridad ante todo. Convencido de que estamos solos, nos hace señas para que nos reunamos con él en la otra habitación.

Cuando le seguimos hacia la parte trasera del local veo los posters desteñidos y pasados de moda que cubren las paredes. Bahamas… Hawai… Florida, en todos los anuncios aparecen mujeres de llamativas cabelleras y tíos con bigote. La fuente de agua tiene fecha de finales de los ochenta, pero estoy seguro de que este lugar no ha sido visitado en años. Agencia de viajes, y una mierda.

—Ustedes primero —dice el hombre, manteniendo abierta la cortina que nos lleva a la habitación trasera.

—No hagan caso del hombre de detrás de la cortina —dice Charlie, tratando de crear un ambiente distendido.

—Lo ha adivinado —asiente el hombre—. Pero si yo soy Oz, quién es usted… ¿el León Cobarde?

—No, él es el León Cobarde —dice Charlie, señalando en mi dirección.

—¿Yo? Yo me veo más como Toto… o quizá un mono volador; el jefe, naturalmente, no uno de esos lacayos primates que siempre están en segundo plano.

Oz lucha con su sonrisa, pero aún sigue allí.

—Me han dicho que necesitan viajar a Miami —dice, acercándose a su escritorio, que se encuentra justo en el centro de la sucia y desordenada habitación. Tiene el mismo tamaño que la habitación del frente, pero aquí hay una fotocopiadora, una trituradora de papel y un ordenador conectado a una impresora de última generación. A nuestro alrededor, las paredes están cubiertas con pilas de cajas marrones sin etiquetas. Ni siquiera me interesa conocer su contenido.

—Humm… ¿podemos empezar? —pregunto.

—Eso depende de ustedes —dice Oz, frotando el pulgar contra el indicé y el dedo corazón.

Charlie me mira y yo saco el fajo de billetes que llevo en el bolsillo del abrigo.

—Tres mil, ¿verdad?

—Eso es lo que dicen —contesta Oz, ahora con expresión seria.

—Realmente le agradezco su ayuda —añade Charlie.

—No se trata de un favor, chico. Es sólo un trabajo.

El hombre se inclina hacia adelante, abre el cajón inferior del escritorio, saca dos pequeñas cajas y las desliza hacia nosotros por encima del escritorio. Yo cojo una y

Charlie la otra.

—Tinte para el pelo de Clairol —lee Charlie en voz alta. En la parte frontal de su caja hay una mujer con el pelo rubio y sedoso. En la mía, el pelo de la modelo es negro azabache.

Oz nos señala el baño que hay en una esquina de la habitación.

—Si realmente quieren desaparecer —explica—, tienen que comenzar por la cabeza.

Veinte minutos más tarde, me contemplo en un espejo inmundo, asombrado ante la magia de un tinte barato.

—¿Qué aspecto tengo? —pregunto, peinando mi nuevo pelo negro.

—Como Buddy Holly —dice Charlie, mirando por encima de mi hombro—. Sólo que más desmañado.

—Gracias, Carol Channing.

—Cabeza de Bala.

—Aquamán.

—Eh, al menos no me parezco a las amigas de mamá —dice Charlie.

Vuelvo a mirarme en el espejo.

—¿Quién eres…?

—¿Están listos? —interrumpe Oz—. ¡Vamos!

De vuelta a la realidad, Charlie y yo salimos del baño. Sigo jugando con mi nuevo pelo. Charlie no ha tocado el suyo. Está acostumbrado a estas cosas. Después de todo, no es la primera vez que cambia de color. Rubio en décimo grado, morado oscuro a los doce años. En aquella época, mamá ya sabía que Charlie quería estar fuera del sistema. Me pregunto qué diría ahora.

—Quiero que se coloquen allí y bajen la persiana —dice Oz, señalando la ventana que hay en la pared del fondo. En el suelo hay una pequeña X formada con cinta adhesiva sobre la alfombra. Charlie tira de la cuerda de la cortina.

—¿Azul? —pregunta, advirtiendo el color azul claro del lado interior de la persiana.

En el ordenador de Oz, la pantalla parpadea y aparece una imagen digital de un permiso de conducir de Nueva Jersey en blanco. El fondo para la foto es azul claro. Igual que la persiana. Sonriendo ante la exhibición tecnológica, Oz se coloca delante de Charlie con la cámara digital en la mano.

—A la de tres, diga, «Departamento de Vehículos Motorizados…».

Charlie pronuncia las palabras y yo cierro los ojos ante el flash blanco y brillante.

26

Estirando el cuello hacia el cielo, Joey contempló el edificio de treinta pisos que se alzaba en el Upper East Side de Manhattan.

—¿Estás segura de que ella está en casa? —preguntó Joey, casi mareada por la altura.

—He hablado con ella hace diez minutos haciéndome pasar por una encuestadora —contestó Noreen—. Es la hora de cenar. No irá a ninguna parte.

Asintiendo para sí, Joey se volvió debajo del toldo rígido y miró a través de las puertas dobles de cristal que conducían al vestíbulo. En el interior, un portero estaba inclinado sobre el mostrador principal hojeando el periódico. Sin uniforme; sin corbata; ningún problema. Sólo el primer apartamento de otra niña de papá.

Dibujando una amplia sonrisa, Joey cogió el móvil que llevaba sujeto en el cinturón, se lo llevó a la oreja y abrió la puerta.

—¡Oh, odio cuando hacen eso! —gimoteó en el teléfono—. Los panties son tan de clase media.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Noreen.

—¡Ya me has oído! —gritó Joey. Pasó rápidamente ante el portero agitando la mano y se dirigió directamente hacia el ascensor. El hombre sacudió la cabeza. Típico.

Veintitrés pisos después, Joey llamó al timbre del apartamento 23H.

—¿Quién es? —preguntó una mujer.

—Teri Gerlach, de la Asociación Nacional de Corredores de Valores —explicó Joey—. Hace unos días Oliver Caruso presentó su solicitud para obtener su licencia de Serie 7 y, puesto que la incluyó a usted como una de sus referencias, nos preguntábamos si podríamos hacerle unas preguntas.

Mientras pronunciaba su breve discurso, Joey sabía perfectamente que no había comprobación de referencias para la Serie 7 de valores, pero ese detalle nunca la había detenido.

Hubo un suave sonido metálico y Joey percibió claramente que la estaban estudiando a través de la pequeña mirilla. Una vez que anochecía, las mujeres de Nueva York tenían un montón de razones para no abrir sus puertas a desconocidos.

—¿A quién más incluyó Oliver en esa lista? —preguntó la voz.

Para causar efecto, Joey sacó un pequeño bloc de notas de su bolso.

—Veamos… una madre llamada Margaret… un hermano, Charles… Henry Lapidus del Banco Greene… y una novia llamada Beth Manning.

Se oyó el ruido de cadenas y pestillos que se abrían. Cuando la puerta se abrió, Beth asomó la cabeza.

—¿No ha conseguido Oliver ya su Serie 7?

—Se trata de una renovación, señorita Manning —dijo Joey tranquilamente—. Pero, aun así, nos gusta verificar las referencias. —Volvió a señalar el bloc de notas y sonrió amablemente—. Le prometo que se trata sólo de unas simples preguntas… acabaremos enseguida.

Beth se encogió de hombros y retrocedió unos pasos.

—Tendrá que disculpar todo este desorden…

—No se preocupe —dijo Joey, echándose a reír mientras entraba en el apartamento y apoyaba ligeramente la mano en el antebrazo de Beth.

—Mi apartamento es cincuenta veces peor.

Francis Quincy no era uno de esos hombres ansiosos que se pasean arriba y abajo por las habitaciones. Tampoco era un hombre que se preocupara más de lo estrictamente necesario. De hecho, cuando la tapa de la olla a presión amenazaba con salir disparada, mientras todos los demás recorrían ansiosamente la lujosa alfombra del despacho de Lapidus, Quincy permanecía inmóvil en su sillón, calculando en silencio las posibilidades. Incluso cuando su cuarta hija nació tres meses antes de la fecha prevista para el parto, Quincy se apartó y se consoló pensando que el ochenta por ciento de recién nacidos prematuros conseguían vivir. En aquella época, los números estaban de su parte. Hoy estaban completamente fuera de su control. No obstante, no se dedicaba a pasear por la habitación como los demás.

—¿No dijo nada más? —preguntó Quincy secamente.

—Nada… menos que nada —dijo Lapidus, golpeando intermitentemente los nudillos sobre el escritorio—. Sólo quieren que mantengamos la boca cerrada.

Quincy asintió, de pie junto a la ventana que había en una esquina del despacho. Mientras contemplaba la eléctrica línea del cielo, extendió la mano y se apoyó en la parte superior de la persiana *shoji* cubierta con motivos de mariposas.

—Tal vez deberíamos esperar un día antes de hablar con los socios.

—¿Has perdido la cabeza? Si llegan a descubrir que estuvimos ocultándoles información… Quincy, se beberán nuestra sangre con el desayuno.

—Bueno, odio decirte eso, Henry, pero pedirán sangre de todos modos, y hasta que no encontremos a Oliver y el dinero desaparecido, no hay nada que podamos hacer.

Los nudillos de Lapidus aceleraron el ritmo.

—Ya he llamado dos veces. Gallo no ha contestado.

—Si eso puede facilitar las cosas, Henry, no tengo inconveniente en hacer un par de gestiones.

—No comprendo…

—Tal vez Gallo necesite oírlo por ambas orejas —dijo Quincy—. Sólo para inclinar un poco la balanza.

Lapidus reflexionó durante unos segundos, estudiando a su socio.

—Sí… no… eso sería genial.

Quincy se dirigió hacia la puerta del despacho sin perder un minuto.

—Sólo recuerda de qué lado están Gallo y DeSanctis —dijo Lapidus—. Cuando llega el momento, los agentes de la ley son como cualquier otro cliente… sólo les interesa qué pueden sacar.

—No tienes que recordármelo —dijo Quincy mientras abandonaba el lujoso despacho—. Lo sé todo acerca de este negocio.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —preguntó DeSanctis, sosteniendo el auricular con la barbilla.

—No es fácil saberlo. Obviamente hemos topado con algunos obstáculos, pero creo que pronto todo irá sobre ruedas —explicó su socio—. ¿Cómo van las cosas por allí? ¿Cómo se está portando Gallo con la madre?

Mirando a través del espejo de una sola cara, DeSanctis vio que Gallo estaba ayudando a la señora Caruso a ponerse el abrigo.

—Lo tenemos controlado —dijo DeSanctis fríamente.

—No pareces muy seguro…

—Estaré seguro cuando les hayamos cogido —insistió.

Charlie y Oliver se habían librado esta vez, pero eso no volvería a suceder. No con esta clase de apuestas.

—¿Has pensado en llamar a otros agentes?

—No… imposible —replicó DeSanctis—. Puedes creerme, no queremos más dolores de cabeza.

—¿Entonces piensas que Gallo y tú podéis mantener esto controlado?

—Personalmente, no veo demasiadas alternativas… para ninguno de nosotros.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Nada —dijo DeSanctis secamente. Tras el cristal, Gallo acompañó a la señora Caruso fuera de la sala de interrogatorios—. Tú haz tu trabajo y nosotros haremos el nuestro. En la medida en que eso sea así, ellos no tienen la menor posibilidad.

27

—Aquí tenéis —dice Oz, golpeando el pecho de Charlie con un sobre azul y blanco de la Continental Airlines. Abro el mío; Charlie hace lo mismo con el suyo. Vuelo 201. Esta noche, directo a Miami.

—¿No nos habrá puesto el uno junto al otro, verdad? —pregunto.

Oz me atraviesa con la misma mirada acaso-te-parezco-un-imbécil que habitualmente recibo de Charlie. Aun así, no es momento de correr riesgos.

—25C —le digo a mi hermano.

El mira su billete.

—7B. —Volviéndose hacia Oz, Charlie añade—. Me ha metido en uno de los asientos del medio, ¿verdad?

Oz pone los ojos en blanco. Ese ha sido siempre el mejor truco de magia del amplio arsenal de Charlie. Hacer que sigan hablando. Inclinándose hacia la máquina de plastificar que está sobre una pila de cajas, Oz recoge el envoltorio de papel metalizado y lo abre.

—¿Se acuerdan de aquellos documentos de identidad lamentablemente falsificados que les permitían comprar cerveza cuando estaban en el instituto? —fanfarronea—. Bueno, pues aquí tienen una obra maestra…

Como un policía que muestra su placa en un segundo, Oz agita la tarjeta plastificada ante nuestras narices. No hay duda de que se trata de un perfecto permiso de conducir de Nueva Jersey, con mi fotografía y mi flamante nuevo pelo negro.

—Excelente —dice Charlie.

Oz nos dice que debemos elegir nombres que resulten fáciles de recordar. Charlie elige Sonny Rollins, maestro y leyenda del jazz. El mío será Walter Harvey, primero y segundo nombres de mi padre. Física y nominalmente Charlie y yo hemos dejado de ser hermanos.

Charlie besa su fotografía.

—Mmmmmmm, mmmmm… qué niño tan adorable…

—Pero no son documentos infalibles —nos advierte Oz con su mejor acento de Hoboken—. Como acostumbro a decirle a todo el mundo, no tienten demasiado la suerte con este documento de identidad. Puede meterles en el avión… y tal vez en un motel… pero sólo les llevará tan lejos como…

—¿Qué quiere decir? —le interrumpo.

—Es sólo la forma en que gira el mundo —explica Oz—. No importa lo rápidos que piensen que son, hay tres cosas que siempre acaban delatando: el ego, la codicia y el sexo. —Consciente de que tiene toda nuestra atención, su voz aguda se acelera —. El ego: te vas de la lengua con el camarero; eres un pelmazo con el *maître*. Así es como un tío en el restaurante se acuerda de ti y le da tus señas a la policía. La codicia:

te compras un reloj grande y caro; te comes cinco langostas en una cena. Así es como reconocerá tu foto el tío que está detrás de la barra. Y el sexo: chico, ésa es la razón de que todos los tópicos sean ciertos. No hay nada como una mujer despechada.

—¿Ve este pelo rubio oxigenado? —pregunta Charlie, señalándose la cabeza—. ¿Y su horrible nido de mirlos? —añade, señalándome—. A partir de este momento, las mujeres son la menor de nuestras preocupaciones.

—Entonces incluyendo el viaje y todo lo demás —interrumpo— ¿cuánto tiempo cree que tenemos antes de que la gente descubra que nos hemos largado de la ciudad?

Oz se vuelve hacia el ordenador y examina el permiso de conducir falso de Charlie, que sigue mirándonos desde la pantalla.

—Es difícil decirlo —contesta Oz mientras el tono de su voz se vuelve más grave —. Según de quién estén huyendo.

28

—¿Qué quieres decir con *Wonder Bread*? —preguntó Noreen a través del teléfono móvil.

—*Wonder Bread* —repitió Joey mientras conducía de regreso a través de las calles de Brooklyn—. Como en «bostezo»… como en «aburrimiento»… como en «más blanco que el blanco». Te digo, que sea lo que sea que Oliver haya visto en ella… esa chica es tan excitante como Blancanieves. Lo supe en el instante en que entré en su apartamento: sofá tapizado con motivos florales, con cojines a juego, con alfombra a juego, con una mesita de ruedas a juego, con un póster de Monet a juego en la pared…

—Eh, no te burles de Monet…

—Era *Nenúfares* —la interrumpió Joey.

Hubo una pausa.

—Pues entonces deberías haberla asesinado allí mismo.

—No lo entiendes —insistió Joey—. No es que haya nada malo en ella. Es una muchacha agradable y sonríe y es guapa… pero, eso es todo. De vez en cuando parpadea. No hay nada más.

—Tal vez es una chica introvertida.

—Le pedí que me contase alguna historia divertida de Oliver, y lo único que se le ocurrió fue «Es agradable» y «Es dulce». Es todo el entusiasmo que puede demostrar.

—De acuerdo, o sea que probablemente no está implicada en el asunto de los hermanos. ¿Te dijo alguna otra cosa sobre Oliver?

—Verás, eso es lo que me desconcierta —dijo Joey mientras el coche sufría los baches que sembraban la Avenue U—. Oliver puede ser un tío agradable, pero si está saliendo con Beth no puede ser demasiado temerario.

—¿O sea?

—O sea que piensa en cómo encaja eso con el resto de las piezas: tenemos a un chico de veintiséis años que controla los gastos y ahorra para hacer realidad su sueño dorado de salir de Brooklyn. Le consigue un trabajo a su hermano pequeño, paga la hipoteca de su madre y, básicamente, cumple con el papel de padre todo el tiempo. En el trabajo, pasa cuatro años haciendo de Viernes para Lapidus, esperando que sea una situación favorable en el camino hacia el estrellato. Está claro que tiene aspiraciones mucho más elevadas, ¿pero acaso abandona su empleo para crear su propia compañía? Ni por asomo. Prefiere presentar una solicitud de ingreso a la Escuela de Administración de Empresas y tomar el camino seguro hacia la riqueza…

—Tal vez Lapidus quería que fuese a la Escuela de Administración de Empresas.

—No se trata sólo de la escuela, Noreen. Presta atención a todos los detalles. En el contenedor de reciclaje de Oliver encontré una suscripción a *SpeedRead*. ¿Sabes lo

que significa eso? —Al no obtener respuesta de Noreen, Joey le explicó—. Esa gente publica mensualmente un folleto que resume todos los principales libros que tratan del mundo de los negocios para que puedas hacer comentarios inteligentes en las fiestas. En el mundo de Oliver, él realmente piensa que eso es importante. Él cree que el sistema funciona. Por esa razón espera en la cola… y por esa razón sale con Beth.

—No estoy segura de seguirte…

—Y yo no estoy segura de si hay algo que seguir —reconoció Joey—. No puedo explicarlo… es sólo que… los tíos que salen con las Beth de este mundo… son las últimas personas capaces de planear un golpe de trescientos millones de dólares.

—Espera un momento —dijo Noreen—, de modo que ahora crees que ellos son…

—No son inocentes —insistió Joey—. Si lo fuesen no estarían huyendo. Pero para que Oliver haya abandonado su pequeño y tranquilo rincón… está claro que hay alguna otra cosa que se nos pasa por alto. La gente no cambia su forma de vida a menos que tenga una razón jodidamente buena.

—Si hace que te sientas mejor, Fudge me dijo que seguramente mañana tendremos más datos acerca de la investigación.

—Perfecto —dijo Joey, girando hacia Bedford Avenue. A diferencia de la última vez que había estado en la zona, el cielo gris claro ahora era oscuro como la noche, lo que hacía que se pareciera menos a un vecindario y más a un callejón oscuro como boca de lobo. A pesar de todo, incluso en la oscuridad, un detalle destacaba sobre el resto del paisaje: la furgoneta de la compañía de teléfonos aparcada delante del edificio donde vivía Maggie Caruso. Joey redujo la velocidad al acercarse, pasó junto a la camioneta y miró a través de su espejo retrovisor. En los asientos delanteros había dos agentes.

—¿Todo bien? —preguntó Noreen desde el otro extremo de la línea.

—Te lo diré en un momento.

Joey continuó hasta la mitad de la manzana, luego ocultó el coche en un camino particular situado en diagonal frente al edificio y apagó el motor. Lo bastante cerca para poder observar lo que ocurría, pero lo bastante lejos para no ser descubierta. Miró la furgoneta y supo que no tenía sentido. Se suponía que los trabajos clandestinos duraban pocos minutos, era cuestión de entrar y salir. Si esos tíos aún estaban en el apartamento, algo pasaba. Tal vez habían encontrado algo, pensó Joey. O quizá estuviesen esperando a…

Antes de que pudiese acabar el pensamiento, se oyó el chirrido de unos neumáticos y un coche giró en la esquina.

—¿Qué está pasando? —preguntó Noreen.

—Shhhhhh —susurró Joey, aunque la voz de Noreen sólo llegaba a través del auricular. El coche se desplazaba a gran velocidad, pero no se trataba simplemente de

alguien que pasaba por esa calle. Después de pasar al lado de la furgoneta de la compañía de teléfonos, el coche frenó bruscamente delante de una boca de incendio. Joey sacudió la cabeza. Debió haberlo imaginado.

Las puertas se abrieron de par en par y Gallo y DeSanctis salieron al aire nocturno. Sin abrir la boca, DeSanctis abrió la puerta trasera y tendió la mano a Maggie Caruso. Al bajar del coche, la mujer tenía los hombros hundidos, le temblaba la barbilla y llevaba el abrigo abierto. DeSanctis la acompañó hacia la entrada del edificio, pero aunque a aquella distancia era sólo una silueta, estaba claro que la mujer tenía problemas. No podía subir las escaleras sin ayuda. Esos tíos deben haberla hecho polvo, pensó Joey.

—Subiré en un segundo —gritó Gallo mientras daba la vuelta por detrás del maletero. Pero en el momento en que Maggie y DeSanctis desaparecieron dentro del edificio, echó a caminar hacia la furgoneta.

El conductor bajó el cristal de la ventanilla y Gallo le estrechó la mano. Al principio sólo pareció un agradecimiento entre amigos —un rápido gesto; la cabeza echada hacia atrás mientras reían—, pero luego Gallo se quedó inmóvil. Su cuerpo se puso tenso y el conductor le dio algo.

—¿Desde cuándo? —preguntó Gallo con un gruñido.

El conductor sacó la mano por la ventanilla y señaló calle arriba. Directamente hacia Joey.

—Mierda —susurró ella.

Gallo se giró y sus miradas se cruzaron. Joey sintió un nudo en la garganta. La mirada oscura de Gallo la atravesó como si fuese un cuchillo.

—¿Qué coño cree que está haciendo? —rugió Gallo, dirigiéndose hacia el coche.

—Joey, ¿estás bien? —preguntó Noreen.

No había tiempo de contestar. Joey pensó en poner el coche en marcha, pero ya era demasiado tarde. Gallo ya estaba allí. Unos gruesos nudillos golpearon el cristal de la ventanilla.

—Abra —le ordenó.

Joey sabía cómo debía actuar; bajó el cristal de la ventanilla.

—No estoy violando la ley —dijo—. Tengo mi licencia…

—A la mierda la licencia… ¿qué coño estaba haciendo dentro de ese apartamento?

Mirando a Gallo directamente a los ojos, Joey pasó la lengua por detrás de los dientes.

—Lo siento, no sé de qué está hablando.

—¡No se haga la estúpida! —le advirtió Gallo—. ¡Sabe muy bien que no tiene jurisdicción!

—Sólo estoy haciendo mi trabajo —contestó Joey. Sacó un portafolios de cuero

del bolsillo y le mostró su licencia de investigadora privada—. Y la última vez que lo comprobé, no hay ninguna ley que impida…

Gallo metió la mano a través de la ventanilla, cogió la licencia y la lanzó volando contra la ventanilla opuesta.

—¡Escúcheme bien! —estalló ante el rostro de Joey—. ¡Me importa un huevo su licencia de estudiante, si vuelve a meter las narices en esta investigación yo personalmente arrastraré su culo por el puente de Brooklyn!

Asombrada por el repentino estallido de ira, Joey permaneció en silencio. Las fuerzas encargadas de hacer cumplir la ley siempre se mostraban muy quisquillosas en cuestiones de jurisdicción… pero en el servicio secreto… no perdían los nervios de ese modo. No sin una buena razón.

—¿Algo más? —preguntó Joey.

Gallo la fulminó con la mirada, metió el puño dentro del coche y dejó caer una bolsa Ziploc llena de artilugios electrónicos destrozados en el regazo de Joey. Todos sus micrófonos y transmisores absolutamente inservibles.

—Hágame caso, señorita Lemont, no juegue con fuego.

29

Mi ojo se mueve cuando estoy nervioso. Sólo ligeramente, un leve aleteo, pero es lo bastante intenso como para confirmar que mi cuerpo está completamente trastornado. La mayoría de las veces consigo controlarlo tarareando el tema principal de *Market Wrap* o bien recitando el abecedario al revés, pero mientras me encuentro al final de la cola en el Aeropuerto Internacional de Newark, estoy demasiado pendiente de todo lo que hay a mi alrededor: la impaciente mujer de pelo castaño que está delante de mí, las quince personas que están delante de ella y, lo que es más importante, los detectores de metales al principio de la cola y la media docena de agentes de seguridad con los que me toparé dentro de treinta segundos.

Si el Servicio ha hecho correr la noticia, éste será el viaje más breve que hayamos hecho jamás, pero mientras la cola avanza lentamente, nada parece estar fuera de…

Mierda.

Al principio ni siquiera había reparado en él. Más allá de la cinta transportadora. El tío de espaldas anchas vestido con el uniforme de seguridad del aeropuerto. Lleva un detector de metales en la mano, pero la forma en que lo sostiene —como si fuese un bate de béisbol— delata que jamás ha tenido antes uno de esos detectores en las manos. Su postura… sólo los miembros del Servicio son tan grandes.

Cuando mira en mi dirección, bajo la cabeza para evitar el contacto visual. Diez personas delante de mí, Charlie gira la cabeza en todas direcciones, ansioso por relacionarse con alguien.

—Un día largo, ¿eh? —le dice a la mujer que se encarga de la máquina de rayos X.

—No se acaba nunca —responde ella con una sonrisa agradecida.

En un día normal, yo hubiese dicho que se trataba de la típica conversación trivial a la que Charlie es tan aficionado. Pero hoy… Tal vez está manteniendo una charla superficial con esa mujer, pero veo hacia dónde dirige la mirada. Directamente al tío de espaldas anchas con el detector de metales en la mano. Y la forma en que Charlie se balancea sobre los talones… es igual que las sacudidas en mi ojo. Ambos sabemos lo que sucederá si nos atrapan.

—¿No lleva equipaje? —pregunta la mujer cuando Charlie se acerca a la máquina.

—Facturado —dice levantando el billete y señalando el comprobante.

En Hoboken, hicimos una rápida parada en una tienda del ejército para comprar una bolsa azul de gimnasia, ropa interior, camisas y unos cuantos artículos de aseo. También compramos una pequeña caja forrada de plomo que, oculta en el fondo de la bolsa, se convirtió en el escondite ideal para el arma de Gallo.

No hay duda de que es una pésima idea —lo último que necesitamos es que nos

cojan con el arma del crimen en nuestro poder— pero como Charlie se encargó de señalar, estos tíos nos saltarán al cuello. A menos que queramos acabar como Shep, necesitamos protección.

—No se detenga —dice un guardia negro, haciendo señas a Charlie para que pase a través del detector.

Contengo el aliento y vuelvo a bajar la cabeza. No hay de qué preocuparse… no hay nada de qué preocuparse… Dos segundos más tarde un agudo pitido rasga el aire. Oh, no. Alzo la vista justo en el momento en que Charlie sonríe forzadamente.

—Deben de ser esos tornillos que he comido esta mañana…

Por favor, Dios mío, no permitas que lo eche todo a perder…

—¡Qué me va a contar!, Yo odiaba esos tornillos con el desayuno —dice el guardia, echándose a reír y pasando un detector manual sobre el pecho y los hombros de Charlie—. No podía construir nada con ellos.

Al fondo, el guardia de espaldas anchas se vuelve lentamente en nuestra dirección.

—Por eso es mejor el Lego —añade Charlie, incapaz de reprimirse. Extendiendo los brazos, saluda al guardia de espaldas anchas. El guardia hace un gesto torpe con la cabeza y aparta la vista. Está buscando a dos hermanos de pelo castaño, no a un chico rubio excéntrico que viaja solo.

Al no encontrar nada, el guardia negro baja su detector.

—Que tenga un buen viaje —le dice a Charlie.

—Usted también —contesta Charlie. Es una gran actuación, pero en su rostro no queda una sola gota de color. Tambaleándose hacia adelante, Charlie consigue mover los pies para alejarse de allí.

Uno a uno, el resto de la cola ocupa su lugar. Cuando paso por el detector, Charlie se vuelve y echa un vistazo. Sólo para asegurarse de que todo está en orden. Paso junto a los dos guardias sin abrir la boca. Y, de ese modo, estamos dentro. Ningún otro lugar adonde ir salvo hacia el sur. A Miami sin escalas.

30

Con la vista clavada en la gruesa nuca de Gallo, Joey le observó mientras se alejaba cruzando la calle, de regreso al edificio de apartamentos. A mitad de camino, saludó a sus compañeros en el interior de la furgoneta, quienes le hicieron señas con las luces. Con un rápido movimiento, la furgoneta se apartó del bordillo y pasó junto al coche de Joey.

—¡Me alegro de verla! —le gritó el conductor a Joey.

Ella forzó una sonrisa, fingiendo que no tenía importancia. Típicos técnicos perdedores, pensó Joey mientras la furgoneta desaparecía calle arriba. Pocos segundos después los tíos del Servicio habían abandonado el lugar. Y cuando Gallo entraba en el edificio de apartamentos, también lo hacía el mayor obstáculo de Joey.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó Noreen en su oreja.

—Nada —respondió Joey. Abrió la puerta de golpe y se dirigió al maletero.

—Tal vez deberías llamar al jefe, él conoce a algunos tíos en el Servicio.

—Noreen, ahora no —dijo Joey, su voz resonaba mientras se inclinaba dentro del maletero. Sacó un maletín de metal brillante y lo mantuvo en equilibrio en el borde del maletero. Las cerraduras se abrieron con un chasquido. El interior parecía una caja de aparejos de alta tecnología, con varias bandejas retráctiles apilables llenas de cables, micrófonos y pequeños artilugios metálicos que parecían móviles en miniatura. En la base de la caja había un voluminoso receptor de radio y un juego de auriculares plegables.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Noreen ansiosamente—. ¿Dónde estás ahora?

Joey no contestó. Metió en los bolsillos todo lo que necesitaba y cruzó la calle.

—¿No pensarás volver al apartamento, verdad?

—No —dijo Joey, apretando el paso.

—He escuchado que revolvías la caja con el equipo, dime qué estás haciendo.

Joey se detuvo delante del coche de Gallo y DeSanctis.

—Han quitado todo mi equipo, Noreen, y tú sabes lo que significa volver mientras ellos están escuchando…

—Espera un momento… no estarás… —El ruido de la puerta de un coche al cerrarse cortó momentáneamente la comunicación—. Joey, por favor, dime que no estás en el coche del servicio secreto.

—De acuerdo, no estoy en su coche.

Joey miró su reloj. No disponía de mucho tiempo. Podía parecer que estaban ayudando a Maggie a subir las escaleras, pero probablemente era sólo la manera que tenía Gallo de echar otro vistazo al apartamento. Joey miró el edificio por encima del hombro. Dos minutos como máximo.

Joey extendió la mano hacia la luz cenital que iluminaba el interior del coche, le quitó la cubierta de plástico y los dos anillos que sujetaban la diminuta bombilla.

—Ellos empezaron, Noreen.

—¿Ellos empezaron? ¡Estás instalando micrófonos al servicio secreto de Estados Unidos! ¡Ese coche es propiedad federal!

—También es el único lugar donde a esos cabrones no se les ocurrirá mirar —señaló Joey—. Joder, están tan seguros de sí mismos, incluso han dejado las puertas abiertas.

Conectó el diminuto micrófono al cable rojo que estaba unido a la bombilla. Era un truco que había aprendido hacía años. La luz cenital de un vehículo era uno de los pocos lugares que siempre tenía fluido eléctrico, incluso cuando el coche no estaba en marcha. Con el micro colocado allí, podías espiar a alguien durante meses. Sólo se requería un pequeño riesgo.

—Joey, por favor, volverán en cualquier momento…

—Ya casi he terminado… —Colocó la cubierta de plástico nuevamente en su sitio, se trasladó a la parte trasera y se agachó debajo del asiento del conductor. Ese era otro de los lugares fáciles de alcanzar que siempre tenía fluido eléctrico. Y gracias a una mejora en los vehículos de las fuerzas de la ley, el coche de Gallo estaba provisto de asientos con transmisión eléctrica.

Buscó con los dedos el cableado que salía del suelo, sujetó con una grapa un cable rojo y conectó el otro extremo a una caja negra que parecía un móvil anticuado, pero sin teclado.

—Joey, no dudarán en meterte en la cárcel…

Alzó la cabeza para echar un vistazo hacia la calle por la ventanilla lateral y vio una luz brillante. En el interior del edificio. Las puertas del ascensor se abrieron. Ahí vienen. Menos de treinta segundos. Haciendo un esfuerzo para evitar que le temblasen las manos, sacó un último artilugio del bolsillo. Era un puntero extensible con un pequeño gancho en un extremo. Extendiéndolo en sus sesenta centímetros, lo unió a la antena de alambre que salía de la caja negra y lo encajó debajo de la base del asiento.

—Joey, vete de ahí…

Con un tirón brusco ensartó el puntero —y la antena— en la parte posterior del asiento. Estaba completamente fuera de la vista, pero aun así en un ángulo perfecto para enviar una señal a través del techo. Un GPS casero en funcionamiento.

—Llámalo —susurró.

—¿Qué? —preguntó Noreen.

—¡Llámalo!

Joey metió a toda prisa la caja negra debajo del asiento, y la aseguró en su sitio con una plancha magnética. Ya estaba. Era hora de largarse de allí.

A través de la ventanilla trasera pudo ver a Gallo y DeSanctis que se acercaban por la acera. Estaban a menos de veinte metros. Era demasiado tarde. Un sonido agudo rasgó la noche y Gallo se detuvo. DeSanctis también.

—Aquí Gallo —dijo, contestando al móvil. Los dos agentes se volvieron hacia el edificio. Eso era todo lo que Joey necesitaba. Con un movimiento felino salió del coche por la puerta trasera y se escabulló hacia la otra acera.

—Lo siento, número equivocado —dijo Noreen en la oreja de Joey.

Gallo cerró su teléfono y se dirigió hacia el coche. Al abrir la puerta miró calle arriba. Joey estaba sentada en el capó de su coche.

—¿Han tenido suerte allí arriba? —gritó.

Gallo decidió ignorarla, ocupó el asiento del conductor y cerró la puerta con violencia. La luz cenital se apagó. Joey sonrió.

31

Después de bajar del avión en el Aeropuerto Internacional de Miami, me pego a la multitud y me confundo con la masa de pasajeros recién llegados que son asfixiados por sus seres queridos. No resulta difícil establecer la diferencia entre los nativos y los visitantes: nosotros llevamos mangas largas y chaquetas; ellos llevan pantalones cortos y bañadores. Cuando el grupo se disgrega en dirección a las cintas transportadoras de equipaje, examino la terminal buscando a Charlie. No le veo por ninguna parte.

A nuestro alrededor, las tiendas y los quioscos del aeropuerto están cerrados. Barras metálicas protegen los escaparates; las luces están apagadas. Es más de medianoche y todo el lugar no es más que una ciudad fantasma de viajeros. Veo el letrero de los lavabos de caballeros y, conociendo la diminuta vejiga de Charlie, giro a la derecha y me dirijo a los urinarios. Sólo hay un tío obeso con un suéter de Florida Marlins. Echo un vistazo a los reservados. Todos vacíos.

Regreso rápidamente a la terminal, paso junto al árbol de Navidad y la menorá en exhibición, acelero el paso y desciendo velozmente por las escaleras mecánicas. Charlie sabe que debía esperarme cuando bajásemos del avión. Si no lo ha hecho… me detengo bruscamente. No hay ninguna razón para pensar lo peor.

Me alejo de las escaleras mecánicas y me encuentro en la zona de las cintas de equipaje, comprobando todos los rincones. Paso junto a los mostradores de alquiler de coches… a las cintas transportadoras… Charlie no está. A mi derecha hay una fila de teléfonos, y junto a uno de ellos una mujer hispana ríe pegada al auricular. Más allá de los teléfonos hay un puesto de fax y correos electrónicos, donde un hombre con gafas de sol oscuras…

¿Gafas de sol oscuras?

Aflojo el paso, tentado de dar media vuelta y alejarme de allí. Si el tío es del servicio secreto, no pienso ofrecerme en bandeja de plata. Pero justo cuando estoy a punto de cambiar de dirección… justo cuando me acerco… se vuelve como si yo no estuviese allí. Paso junto a él. Ni siquiera levanta la vista. Y es entonces cuando lo comprendo, estamos en Miami, las gafas de sol forman parte del paisaje. Siempre que nadie sepa quiénes somos, no hay razón alguna para…

—Perdón… ¿señor? —pregunta una voz áspera. Siento una mano pesada en el hombro.

Me vuelvo y me encuentro a un hombre negro que lleva un uniforme de mozo de cuerda. Me mira directamente a los ojos y me entrega una hoja de papel doblada. Su voz es seca y fría.

—Esto es para usted… —dice.

Cojo el papel y lo abro rápidamente. Hay una sola palabra escrita con bolígrafo

negro: «Espérame.» Sin firma.

La letra me recuerda a la de Charlie, pero es ligeramente diferente. Como si alguien estuviese tratando de imitarla.

Miro por encima del hombro. El tío de las gafas de sol se ha marchado.

—¿Quién le dio esto? —le pregunto al mozo de cuerda.

—No puedo decírselo —me dice—. Ellos dijeron que echaría a perder la sorpresa.

—¿Ellos? —pregunto ansiosamente—. ¿Quiénes son ellos?

El hombre da media vuelta y se aleja.

—Feliz Navidad…

Un timbre comienza a sonar en la enorme sala. Una alarma. Un segundo más tarde, la cinta transportadora comienza a zumbar. Nuestro equipaje finalmente está aquí.

Conteniendo el aliento, miro al mozo de cuerda que lleva su carrito hasta la cinta transportadora. A su alrededor se colocan los pasajeros que han llegado conmigo en el avión. Un universitario con una camiseta que lleva escrito «El capitalismo se tambalea». Un abogado con una mancha de tinta en el bolsillo superior del traje. Una mujer de expresión airada y un falso bronceado de Nueva York. Juro que todos alzan la vista y me estudian.

Miro la nota que me tiembla en las manos. ¿Qué coño está pasando? Teníamos un plan: entrar y salir juntos. No es posible que se haya marchado solo… no a menos que alguien le haya obligado a…

Siento un enorme vacío en el pecho. Corro hacia la puerta más próxima, pasando a través de la multitud, pero en el momento en que salgo me golpea una ola de calor de Florida que llega directamente a mis pulmones. Mientras un charco de sudor me empapa la espalda, caigo en la cuenta de que aún llevo puesto el abrigo. Echo los brazos hacia atrás y lucho como un poseso para quitármelo. Sólo quiero encontrar a Charlie.

Alguien me coge del hombro por detrás. Cierro el puño, dispuesto a girarme y golpear. Entonces oigo la voz.

—¿Estás bien, Ajab? —pregunta Charlie.

Me vuelvo para comprobarlo personalmente. Allí está él, hoyuelos en las mejillas y una sonrisa de cachorro juguetón. No sé si abrazarle o asesinarle, de modo que me limito a sacudirle por el hombro.

—¿Qué coño…? —Una mujer nos mira desde la parada de taxis y bajo la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Qué coño pasa contigo? ¿Dónde te habías metido?

—¿No recibiste mi nota? —susurra él a su vez.

—O sea que tú… —Le llevo hacia un lado, más allá de la cola de gente que espera un taxi para que nadie pueda oírnos—. ¿No recuerdas lo que nos dijo Oz? ¡No

hablar con nadie! ¡Eso incluye a los mozos de cuerda! —siseo.

—Bueno, no te pongas así, pero se trataba de una emergencia.

—¿Qué clase de emergencia?

Alza la vista pero no contesta.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué has hecho?

No hay respuesta.

—Joder, Charlie, no habrás…

—No quiero hablar de ello, Oliver.

—La has llamado, ¿verdad?

El tono de su voz es tan bajo que casi se desvanece.

—No debes preocuparte por eso, lo tengo todo controlado.

—¡Dijimos que no la llamaríamos! —insisto.

—Ella es nuestra madre, Ollie y, lo que es más importante, uno de nosotros aún vive con ella. Si no le daba noticias nuestras hubiese sufrido un infarto.

—De acuerdo, ¿y qué crees que le angustiará más, no saber nada de nosotros durante un par de noches o tener que organizar nuestros funerales después de que los tíos del servicio secreto nos cojan y nos entierren? Estarán controlando todas las llamadas.

—¿De verdad? No se me había ocurrido pensar en ello… a pesar de que es algo que se puede ver en todas las películas que se han hecho sobre fugitivos. —Dejando a un lado el sarcasmo, añade—. ¿Quieres hacer el favor de confiar en mí aunque sólo sea por una vez? Créeme, lo he hecho muy bien. Quienquiera que estuviese escuchando… no habrá oído ni una sola palabra.

32

—¿Cómo vamos? —preguntó Gallo.

—Sólo necesito un segundo —dijo DeSanctis desde el asiento del acompañante. En su regazo, sus dedos se movían sobre el teclado de lo que parecía un ordenador portátil estándar. Un examen más profundo, sin embargo, revelaba que las únicas teclas activas eran los números alineados en la parte superior del teclado, que DeSanctis utilizaba para ajustar el receptor que estaba perfectamente oculto en su interior. Era como sintonizar un aparato de radio: encuentre la frecuencia adecuada y escuchará su canción favorita. Buscando y pulsando a lo largo de la fila, tecleó los números que le habían dado los tíos de la División de Seguridad Técnica: 3.8 gigahertz… 4.3 gigahertz… Cuanto más cerca estuviesen de las frecuencias de microondas, más difícil les resultaría interceptarlas a los tíos de fuera. Añade un código a una señal de frecuencia alterna y les resultará prácticamente imposible. Con la señal moviéndose permanentemente a través del dial, ahora era una estación de radio fabricada para dos.

DeSanctis pulsó los dígitos finales. En la pantalla, una pequeña ventana cobró vida en la esquina inferior izquierda. A medida que aparecía progresivamente y los colores se volvían más nítidos, ambos tuvieron una perfecta imagen digital de Maggie Caruso inclinada sobre la mesa baja que había en el centro de la sala de estar, como si estuviese a punto de vomitar sobre ella. Sus puños crispados frotaban la superficie de madera. Las piernas cedieron y cayó de rodillas en el suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gallo—. ¿Está enferma?

—Es sólo un momento… —DeSanctis marcó un número final y la voz de la señora Caruso resonó en los altavoces incorporados.

—… cias… gracias, Dios mío! —exclamó mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Agitó la cabeza y esbozó una dolorosa pero inconfundible sonrisa—. Cuida de ellos… por favor, cuida de ellos…

—¿Qué coño está pasando? —vociferó Gallo.

DeSanctis abrió la boca.

—¡La han llamado! —dijo Gallo—. ¡Esos cabrones acaban de llamarla!

Manipulando furiosamente el teclado, DeSanctis abrió otra ventana en el ordenador portátil. «Caruso, Margaret - Plataforma: telefonía.»

—¡Eso es imposible! —dijo DeSanctis, leyendo la pantalla— Lo tengo todo aquí, está en blanco, no ha llegado nada; no ha salido nada.

—¿Fax? ¿Correo electrónico?

—No para la costurera. Ni siquiera tiene ordenador.

—Tal vez los hermanos llamaron a la casa de uno de los vecinos.

DeSanctis señaló la imagen de vídeo que aparecía en la pantalla. En el fondo,

detrás de la señora Caruso, se veía claramente la puerta del apartamento.

—Los técnicos estuvieron vigilando desde que llegamos aquí. Incluso teniendo en cuenta los dos minutos que llevó montar esto, hubiésemos visto a alguien entrando y saliendo…

—¿Entonces cómo coño consiguieron comunicarse con ella?

—No tengo ni idea… tal vez…

—¡No quiero ningún tal vez! ¡No es momento de adivinanzas! —gritó Gallo—. ¡Está claro que esa mujer tiene algo que le permite hablar con sus hijos; no me importa si un vecino está transmitiendo en código Morse a través del radiador, quiero saber qué es!

«¡Está claro que esa mujer tiene algo que le permite hablar con sus hijos; no me importa si un vecino está transmitiendo en código Morse a través del radiador, quiero saber qué es!» Mirando calle arriba hacia el coche de Gallo y DeSanctis, Joey se apoyó en el asiento y bajó el volumen de su receptor portátil. Aunque sólo fuera un único micrófono instalado en una luz cenital había hecho un excelente trabajo.

Levantó la tapa del ordenador portátil que tenía sobre el regazo y abrió las fotografías de las oficinas que había descargado de su cámara digital. Las oficinas de Oliver, Charlie, Shep, Lapidus, Quincy y Mary. Seis en total, más las áreas comunes. Estudió las habitaciones una a una, examinando todos los detalles. La reproducción barata de una lámpara de banquero sobre el escritorio de Oliver… el póster de la Rana Kermit en el cubículo que ocupaba Charlie… las fotografías en la pared de Shep… incluso la ausencia de objetos personales en el escritorio de Lapidus.

—Parece que tenías razón —la voz de Noreen interrumpió a través del auricular —. Han llamado a mamá.

—Sí… supongo.

Noreen conocía perfectamente ese tono en su jefa.

—¿Qué ocurre?

—Nada —dijo Joey mientras pasaba las fotografías que tenía en el ordenador—. Es sólo que… si Gallo y DeSanctis están llevando este asunto como una verdadera caza del hombre, ¿por qué son las dos únicas personas que se encargan de la vigilancia?

—¿Qué quieres decir?

—Es una cuestión de protocolo, Noreen. El FBI puede meter la pata, pero cuando se trata de vigilancia, el servicio secreto es el mejor. Cuando vigilan una casa, envían a cuatro personas como mínimo. ¿Por qué, de pronto, sólo hay dos tíos sentados en un coche?

—¿Quién sabe? Tal vez están escasos de personal… o se han extralimitado en el presupuesto… tal vez el resto llegue mañana…

—O tal vez no quieren que haya nadie más —dijo Joey.

—Venga, ya, ¿realmente lo crees?

Joey dejó de pensar. Podía oír a Gallo y DeSanctis discutiendo a través del receptor.

—Cuando mataron a Shep, perdieron a un ex agente —señaló Noreen—. Diez pavos a que ésa es la razón de que lo consideren una cuestión personal.

—Espero que tengas razón —dijo Joey, apagando el receptor—. Pero si yo fuese Charlie y Oliver, estaría rezando para que fuésemos nosotros quienes les encontrásemos primero.

33

Acostado sobre el estómago y ocultándome del sol de la mañana, abrazo la almohada como si fuese mi mejor amiga y me niego a abrir los ojos. El cubrecama es tan confortable como un saco de picaportes, pero no tan malo como el camión de la basura de la calle, que rasca mis tímpanos como si fuese vidrio molido.

—¡Limpio! —grita uno de los basureros mientras el camión se agita calle arriba.

Me doy vuelta en la cama. Tengo el brazo izquierdo completamente dormido. Y mientras parpadeo ante la luz del día… por una décima de segundo… no tengo ni idea de dónde estoy. Es entonces cuando abro los ojos.

Alfombra vulgar color marrón claro. Olor a insecticida rancio. Suelo de vinilo en la inmunda pequeña cocina. Mierda. La sola visión del lugar revive toda la historia. Shep… el dinero… Duckworth. Esperaba que todo hubiese sido una pesadilla. No lo es. Es nuestra vida.

Junto a mí, Charlie sigue durmiendo, acurrucado junto a su almohada y feliz en su charco de babas. Le subo la manta andrajosa hasta la barbilla, me levanto y voy a la ducha.

Diez minutos después es el turno de Charlie.

—¡Charlie! ¡Arriba! —grito desde el baño.

No hay respuesta.

—¡Vamos, Charlie! ¡Levántate!

Se encoge de hombros y finalmente se da la vuelta. Se frota los ojos y él tampoco recuerda dónde se encuentra. Luego echa un vistazo a su alrededor y comprende que ambos estamos en la misma pesadilla.

—Mierda —murmura.

—No hay agua caliente —le digo, secando mi pelo Johnny Cash con un puñado de toallas de papel.

—Me aseguraré de dejar una nota en el buzón de sugerencias del casero.

En Nueva York lo llaman estudio. Aquí es un apartamento de una habitación con una pequeña cocina. Para mí es una ratonera. Pero anoche, cuando buscábamos por todo el vecindario a las dos de la mañana, era exactamente lo que necesitábamos: situado en una calle lateral, un cartel de «Se alquila» en el frente y una luz encendida en el apartamento que decía «Encargado». En cualquier otra parte hubiesen sospechado de nosotros y llamado de inmediato a la policía. Pero en las afueras de la nada elegante South Beach de Miami, somos el negocio habitual. Entre los traficantes de droga y los inmigrantes ilegales, están acostumbrados a clientes que aparecen a las dos de la mañana.

—Vamos, hay que ponerse en marcha —digo, poniéndome unos calzoncillos limpios—. Quiero llegar temprano.

Charlie se sienta en la cama y pone los ojos en blanco.

—¿Alguna otra novedad?

Regreso a la habitación principal y acabo de vestirme. Fuera brilla el sol, pero apenas si podemos verlo a través de los papeles que cubren las ventanas. Anoche, en la oscuridad, Charlie pensó que eran persianas verticales rotas. Hoy vemos la cruda realidad. Páginas arrancadas de un calendario gratuito de Budweiser con chicas en bikini aseguradas con celo a cada una de las ventanas. Quienquiera que haya estado aquí antes que nosotros no quería ser visto. Nosotros tampoco. El calendario se queda donde está.

—Vamos, Charlie… ha llegado la hora —digo, al tiempo que regreso al baño. Abro la ducha. Eso es lo que mamá acostumbraba a hacer para ponernos en marcha.

—Esos trucos ya no funcionan —me advierte.

Diez minutos más tarde, él también se seca con las toallas de papel y se pone unos calzoncillos limpios.

—¿Todo listo? —pregunto.

—Casi… —Coge la bolsa de gimnasia y busca algo en su interior.

—¿Qué estás buscando? —pregunto, aunque conozco la respuesta. La caja metálica que guarda el arma de Gallo.

—Nada —dice Charlie, hundiendo aún más la mano en la bolsa. Incapaz de encontrarla, comienza a sacar la ropa de la bolsa. En pocos segundos, la bolsa queda vacía—. Ollie… la caja… no está aquí…

—Relájate —digo. Mira por encima del hombro y yo me levanto el borde de la camisa que llevo por fuera del pantalón. Tengo la pistola metida en la cintura del pantalón.

—¿Desde cuándo tú…?

—¿Podemos irnos ya? —le interrumpo.

Charlie levanta la cabeza ante mi tono de voz.

—Déjame adivinarlo —dice—. Hay un nuevo sheriff en la ciudad.

No me molesto en contestar. Me vuelvo y salgo de la habitación. Charlie me sigue a pocos pasos. Preparado o no, Duckworth… allá vamos.

—¿Qué haces? —pregunta Charlie, persiguiéndome cuando giro bruscamente a la derecha en la calle Seis y aprieto el paso. Justo delante de nosotros, turistas de vacaciones que se han levantado temprano y habitantes locales que llegan tarde al trabajo se cruzan en la avenida Washington. Aquí, en las calles laterales, estamos seguros. Media manzana más arriba quedaremos expuestos. Ni siquiera Charlie está dispuesto a correr ese riesgo, razón por la que me coge de la parte posterior de la camisa y me obliga a frenar—. ¿Estás mal de la cabeza? —pregunta—. ¿Pensé que iríamos a ver a Duckwor…?

—No lo digas —le interrumpo, estudiando la calle—. Confía en mí, esto es igualmente importante para nosotros.

Liberándome de su brazo me acerco hasta la esquina, donde hay una larga fila de máquinas expendedoras de periódicos. *Miami Herald, USA Today*… y el que yo estoy buscando, el *New York Times*. Introduzco cuatro monedas en la ranura, bajo la puerta y saco uno de los ejemplares de la mitad de la pila.

—¿Por qué nunca coges el que está arriba? —pregunta Charlie.

Ignoro la pregunta del hermano pequeño, cojo mi periódico de en medio.

—No, tienes toda la razón —continúa—. El primero tiene piojos.

Cuando la puerta de la máquina vuelve a cerrarse, Charlie sacude la cabeza.

—Vamos —digo y echo a andar rápidamente por la calle Seis en dirección contraria. Mientras caminamos, abro el periódico y examino la sección principal.

—¿Salimos nosotros? —pregunta Charlie.

Continúo leyendo, buscando cualquier referencia a los sucesos del día anterior. Ni dinero, ni malversación, ni asesinato. Para ser sincero, no me sorprende. Lapidus mantiene la situación controlada para que no haya filtraciones a la prensa. No obstante, algunas cosas suceden todos los días. Hago un alto en la calle lateral y busco otra sección del periódico: Necrológicas.

—Déjame echar un vistazo —dice Charlie, colocándose a mi lado.

Instalados debajo de una palmera seca, sostengo la mitad izquierda del periódico, Charlie sostiene la mitad derecha. Los dos buscamos por orden alfabético. La mayoría de las veces, yo leo y él hojea. Hoy es a la inversa.

—Graves, Shepard… 37… de Brooklyn… Vicepresidente de Seguridad… Greene & Greene… esposa, Sherry… madre, Bonnie… hermana, Claire… el oficio fúnebre será anunciado…

—No sabía que estuviese casado —dice Charlie, ya perdido en la vida de Shep. Pero cuando sigue leyendo…—. Esos cabrones revisionistas —exclama—. Ni siquiera dicen que estuvo en el Servicio.

—Charlie…

—¡Nada de Charlie! ¡Tú no le conocías, Ollie… ésa era su vida!

—No estoy diciendo que no lo fuese, ¡sólo te pido que por una vez en tu vida prestes atención! No se trata del resumen que han hecho de su vida… sino de lo que falta en ese retrato. —Me contengo y bajo la voz hasta convertirla casi en un susurro —. ¿Desaparecen trescientos millones de dólares y ni siquiera hay una mención en las columnas de cotilleos? ¿Un agente del servicio secreto de Estados Unidos muere acribillado a balazos y nadie informa de ese hecho? ¿No te das cuenta de lo que están haciendo? Para estos tíos, una necrológica falsa es la parte fácil del asunto. Cualquier cosa que digan, la gente lo creerá. Y lo que realmente sucedió… está borrado. Y eso es lo que harán con nosotros, Charlie. Agitan la pantalla mágica y todo el dibujo

desaparece. Luego escriben lo que quieren. «Sospechosos encontrados con millones… la investigación apunta hacia el asesinato.» Esa es la nueva realidad, Charlie. Y para cuando hayan acabado de garabatear la noticia, no habrá forma alguna de que podamos cambiarla.

Miro a Charlie y espero a que mis palabras penetren en su cerebro. Exactamente en el mismo momento, ambos echamos a andar hacia la calle Diez. La casa de Duckworth se encuentra a pocas manzanas.

Con trescientos millones de dólares en su cuenta y el retiro cerca, Marty Duckworth podría haber elegido cualquier cosa. Yo imaginaba una casa estilo *art decó*. Charlie se inclinaba por un bungalow mediterráneo. Si hubiese sido un concurso, ninguno podría haber estado más equivocado.

—No lo puedo creer —dice Charlie, contemplando desde el otro lado de la calle la deteriorada construcción de los años sesenta de una sola planta. Golpeada por el clima y cubierta con una pintura rosa claro descascarada en muchos sitios, la casa conoció tiempos mucho mejores.

—Es la dirección correcta —confirmo, mientras lo compruebo por tercera o cuarta vez.

Charlie asiente, pero no dice nada. Después de todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí… ésta es la casa.

—Tal vez deberíamos volver más tarde —sugiere.

—¿Volver más tarde? Charlie, éste es el tío que tiene todas las respuestas. Vamos, todo lo que tenemos que hacer es llamar al timbre… —Me alejo del bordillo y cruzo la calle. Al ver que Charlie no me sigue, me detengo a medio camino y miro por encima del hombro—. ¿Estás bien?

—Por supuesto —dice. Pero no cruza la calle.

—¿Seguro?

Esta vez tarda un poco más en responder. A Charlie no le gusta que yo tenga miedo… y detesta tenerlo.

—Estoy bien —insiste—. Llama al timbre.

Paso junto a los arbustos crecidos en exceso y a un Volkswagen azul clásico que está aparcado en el frente de la casa, recorro el camino particular, abro la puerta mosquitera oxidada por la humedad y pulso el timbre con un dedo tembloroso.

No hay respuesta.

Vuelvo a llamar; me apoyo en la puerta y trato de parecer relajado.

Tampoco hay respuesta.

Me pongo de puntillas, estiro el cuello, haciendo un esfuerzo por echar un vistazo a través del cristal en forma de diamante que hay en la parte superior de la puerta.

—¿Qué hay dentro? —pregunta Charlie.

Aprieto la nariz contra el polen que cubre el cristal, tratando de mejorar mi visión del interior de la casa… y entonces desde dentro… los cerrojos se abren. El pomo de la puerta gira. Doy un brinco hacia atrás. Ya es demasiado tarde.

—¿Puedo ayudarle? —me pregunta una mujer joven, abriendo la puerta. Tiene el pelo negro y rizado, labios finos y una nariz pequeña y respingona. Mis ojos se desvían inmediatamente hacia los vaqueros desteñidos y la parte superior de un bikini blanco.

—Lo siento —comienzo a decir—. No intentaba… sólo estamos buscando a un amigo.

—Estamos tratando de encontrar a Marty Duckworth —añade Charlie.

Le agradezco en silencio su ayuda mientras el lenguaje corporal de la mujer cambia perceptiblemente. El ceño se suaviza y sus hombros se relajan.

—¿Son amigos suyos?

—Sí —contesto con cautela—. ¿Por qué?

Ella se queda un momento en silencio, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Marty Duckworth murió hace seis meses.

La afirmación queda suspendida en el aire y yo la miro, hipnotizado. Es casi como si esperase que el propio Duckworth apareciera de pronto y exclamase: «¡Es una broma… estoy aquí!» No es necesario decir que eso jamás ocurrió. Miro a mi alrededor, pero lo veo todo borroso. No puede ser. No después de todo este…

—¿De modo que ha muerto realmente? —pregunta Charlie, mostrando los primeros síntomas de pánico.

—Lo siento —dice la mujer, captando su expresión—. No era mi intención…

—Está bien —dice Charlie—. Usted no podía…

—¿Le conocía? —pregunto.

—¿Perdón?

—A Duckworth, ¿le conocía?

—No —tartamudea—. Pero…

—¿Cómo sabe entonces que está muerto?

—Es que… recuerdo su nombre de la escritura de propiedad —añade—. Fue una venta testamentaria.

—¿Tiene alguna dirección? ¿Podemos ponernos en contacto con él en alguna parte?

La mujer sacude la cabeza sin saber qué decir, evidentemente abrumada por la situación. No me importa, no hemos viajado hasta aquí para no obtener respuestas.

—Lo siento —repite—. No hay ninguna dirección… está muerto.

Sus palabras no tienen sentido.

—Es imposible —le digo, y mi voz tiembla—. ¿Qué me dice de…

—Está muy afectado —dice Charlie. Se inclina y me pellizca la espalda—.

Deberíamos irnos —añade con los dientes apretados. Con una sonrisa falsa dirigida a la mujer, la saluda con la mano—. Gracias otra vez por su ayuda…

—Lo siento mucho —dice ella mientras nos alejamos—. Lamento su pérdida.

—Sí —contesta Charlie mientras me empuja calle arriba—. Ya somos tres.

—¿Qué pasa contigo? —me pregunta Charlie mientras atravesamos nuestro pequeño patio. Pasa por encima de la manguera tendida sobre la hierba y del aspersor que está rociando todo lo que abarca la vista. Después de comprobar que no hay moros en la costa, se dirige en línea recta hacia nuestro nuevo apartamento—. ¿Por qué la has acosado de ese modo?

—Es posible que esa mujer supiera algo.

—¿Estás realmente tan alucinado? —pregunta Charlie, metiéndose en el apartamento. Me observa con expresión preocupada mientras paseo entre la sala de estar y la diminuta cocina—. ¿Acaso no viste su reacción?, Ollie… esa mujer estaba abrumada. Avance informativo de las once: Duckworth ha muerto. Fin de la historia.

—No puede ser —insisto. Mientras pronuncio esas palabras, puedo oír mi propio tartamudeo.

Charlie también lo percibe.

—Ollie, sé que tú siempre tuviste mucho más que perder, pero…

—¿Y si se nos ha pasado algo por alto?

—¿Qué podríamos haber pasado por alto? En Nueva York nos dijeron que había muerto… viajamos hasta aquí para comprobarlo personalmente… y ella nos dice exactamente lo mismo. Duckworth está muerto, hermano. El espectáculo ha terminado, es hora de buscar un nuevo batería.

Sin dejar de caminar arriba y abajo, clavo la mirada en el suelo.

—Tal vez deberíamos volver a hablar con ella…

—Ollie…

—Duckworth podría estar escondido en otra parte…

—¿Me estás escuchando? ¡Ese hombre está muerto!

—¡No digas eso! —estallo.

—¡Entonces deja de comportarte como un lunático! —grita Charlie a su vez—. ¡El mundo no se acaba en Marty Duckworth!

—¿Crees que se trata solamente de eso? ¿De Marty Duckworth? ¡Me importa una mierda Marty Duckworth… yo quiero recuperar mi vida! Quiero mi apartamento, y mi trabajo, y mi ropa, y mi viejo pelo… —Cojo un mechón de pelos negros de la parte posterior de la cabeza—. ¡Quiero recuperar mi vida, Charlie! Y, a menos que descubramos qué está pasando, Gallo y DeSanctis van a…

Algo impacta con fuerza contra la ventana. Ambos nos agachamos. El ruido sigue, algo golpea de forma intermitente contra el cristal como si alguien quisiera

entrar por la fuerza. Alzo la vista para ver quién, pero lo único que hay es un dibujo de agua en forma de estrella que se desliza por el cristal. El aspersor… es sólo el aspersor del jardín.

—Alguien ha debido de tropezar con la manguera… —dice Charlie.

No pienso correr ningún riesgo.

—Echa un vistazo —insisto.

Yo corro hacia la pequeña ventana que hay en la cocina; Charlie se acerca a la que hay junto a la puerta. El aspersor sigue acribillando el cristal. Desgarro un trozo del calendario y miro hacia afuera… justo en el momento en que una figura borrosa se oculta rápidamente debajo del antepecho de la ventana. Doy un brinco hacia atrás y estoy a punto de caer al suelo.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —pregunta Charlie.

—¡Fuera hay alguien!

—¿Estás seguro?

—¡Acabo de verle!

Charlie retrocede tambaleándose y hace todo lo posible por ocultar el miedo, pero ni siquiera él es tan bueno.

—¿Tienes la…?

—Aquí mismo —contesto, sacando la pistola que llevo oculta debajo de la camisa. Le quito el seguro y deslizo un dedo sobre el gatillo.

Agazapado en la cocina, Charlie revisa los cajones buscando una arma. Cuchillos, tijeras, cualquier cosa. De arriba abajo, abre todos los cajones. Vacío. Vacío. Vacío. El último se desliza hacia fuera y Charlie abre los ojos como platos. En su interior hay un machete oxidado, partido por la mitad para que encaje perfectamente en el cajón.

—Benditos sean los camellos —dice, sacando la hoja oxidada.

Cuando se levanta, le sigo a través de la habitación principal en dirección al baño. Exactamente como lo calculamos anoche. Estos apartamentos pueden ser demasiado pequeños para contar con una puerta trasera… pero siguen teniendo ventanas traseras. Parado encima del váter, Charlie abre la ventana y rompe la mosquitera de un golpe. Salto encima del váter y me coloco junto a él.

—Tú primero —dice Charlie, uniendo las manos para impulsarme hacia arriba.

—No, tú.

No se moverá.

—Charlie…

El tono de voz y la mirada autoritaria son de mamá. Él sabe que han sido fijados desde el nacimiento: protege a tu hermano pequeño.

Comprendiendo que se trata de una pelea que nunca podrá ganar, lanza el machete por la ventana y se impulsa sobre mis manos. Arriba y afuera… desaparece en un segundo. Otro aterrizaje perfecto. Le sigo, aunque casi me mato al caer al

suelo.

—¿Preparado para echar a correr? —me pregunta, comprobando nuevamente el estrecho callejón de cemento creado por el edificio que linda con el nuestro por su parte posterior. A nuestra izquierda hay una puerta giratoria de metal que conduce a la calle; a nuestra derecha se abre un sendero que serpentea alrededor del patio principal, justo donde ellos se ocultan. Nos miramos y comenzamos a arrastrarnos hacia la puerta de metal… y descubrimos la cadena y el candado que la mantienen bien cerrada.

—Mierda —susurra Charlie, golpeando el candado.

Hago una seña con la pistola. «Puedo abrirla de un disparo.» Charlie sacude la cabeza. «¿Estás loco? ¡Nos oirían!» Sin pensarlo dos veces se dirige hacia el otro extremo del callejón y yo le cojo del brazo.

—Vas directamente hacia ellos —susurro.

—No si ya han entrado… además, ¿se te ocurre otra forma de huir de aquí?

Miro a mi alrededor, pero no se puede discutir con lo imposible.

«Vamos» me indica Charlie. Echa a correr por el callejón pisando en las zonas de hierba para no hacer ruido. Al llegar al final del edificio, se detiene y se vuelve hacia mí. «¿Preparado?» Asiento y Charlie da rápidamente la vuelta a la esquina. «Todo despejado», señala, haciendo señas de que me acerque.

Como si fuésemos ladrones en nuestro propio patio, nos deslizamos por la parte trasera del edificio, agachándonos debajo de los antepechos de las ventanas. A la vuelta de la siguiente esquina es donde le vimos. Puedo oír el chorro del aspersor que continúa mojando la ventana. El sonido ahoga nuestros pasos… y los de quienquiera que nos esté esperando.

—Déjame ir primero —digo.

Charlie sacude la cabeza y me empuja hacia atrás. Está harto de permitirme hacer el papel de protector. No me importa. Apretándome contra él, examino el terreno en busca de sombras dispersas y asomo lentamente la cabeza. Hay una cuerda de saltar sobre la hierba, justo al lado de una pelota de playa deshinchada. Examino el lugar de árbol a árbol, pero apenas puedo oír mis pensamientos. El aspersor sigue regando la ventana. Charlie respira agitadamente a mi lado. No hay nadie a la vista, pero no puedo sacudirme la sensación de que hay algo que no está bien. Sin embargo, no tenemos alternativa. Es la única salida. Charlie lame una película de sudor que se ha formado en su labio superior y levanta el puño. Contando con los dedos, hace una seña en mi dirección. «Uno… dos…» Abandonamos nuestro escondite a toda velocidad, agachándonos al pasar junto al aspersor. El corazón me golpea las costillas… lo único que veo es la calle… ya casi hemos llegado… la puerta de metal está a pocos pasos…

—¿Adónde vas, Cenicienta… llegas tarde al baile? —pregunta una voz desde la

escalera de entrada a nuestro apartamento.

Nos paramos en seco y nos volvemos. Levanto la pistola; Charlie hace lo propio con el machete oxidado.

—Tranquilos, vaqueros —dice ella, levantando las manos.

Olvídate del Servicio. Es la mujer que estaba en la casa de Duckworth.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunta Charlie.

Ella no contesta. Sus ojos no se apartan de mi pistola.

—¿Quieren decirme quiénes son realmente? —pregunta.

—Esto no tiene nada que ver con usted —le advierto.

—¿Por qué han preguntado por él?

—¿Entonces conoce a Duckworth? —pregunto.

—Les he hecho una pregunta…

—Yo también —replico. Muevo la pistola para atraer su atención. Ella no nos conoce lo suficiente como para decidir si se trata de un farol.

—¿Cómo le conoció? —pregunta Charlie. Ella baja las manos, pero no deja de mirarme.

—¿Realmente no lo saben? —pregunta—. Marty Duckworth era mi padre.

34

Maggie Caruso nunca había dormido bien. Incluso cuando las cosas iban bien —durante su luna de miel en los Poconos— Maggie tenía problemas para reunir cinco horas de sueño ininterrumpido. Cuando se hizo mayor —cuando las compañías de las tarjetas de crédito comenzaron a llamarla a finales de mes— se consideraba afortunada si conseguía dormir tres horas. Y anoche, con sus hijos ausentes, permaneció sentada en la cama, aferrada a las sábanas, y apenas si consiguió dormir un par de horas… que era exactamente lo que Gallo había calculado antes de ir a buscarla esa mañana.

—Pensé que le gustaría un poco de café —dijo Gallo cuando entró en la sala de interrogatorios de un blanco brillante. A diferencia del día anterior, DeSanctis no estaba con él. Hoy era solamente Gallo, con su habitual traje gris que le sentaba fatal y una sonrisa sorprendentemente cálida. Le alcanzó el café a Maggie con las dos manos—. Cuidado, está caliente —dijo; parecía realmente preocupado.

—Gracias —contestó Maggie, mientras lo observaba atentamente y estudiaba su nueva actitud.

—¿Cómo se siente? —preguntó Gallo al tiempo que acercaba una silla. Igual que el día anterior, se sentó a su lado.

—Estoy bien —dijo Maggie, esperando que fuese breve—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—De hecho, hay una cosa que… —Gallo dejó que las palabras quedaran suspendidas en el aire. Era una táctica que había aprendido justo al entrar en el servicio secreto. Cuando se trataba de conseguir que la gente hablara, no existía mejor arma que el silencio.

—Agente Gallo, si está buscando a Charlie y Oliver, debería saber que ninguno de los dos vino a casa anoche.

—¿De verdad? —preguntó Gallo—. ¿O sea que aún no sabe dónde están?

Maggie asintió.

—¿Y aún no sabe si se encuentran bien?

—No tengo la menor idea.

Gallo cruzó los brazos y guardó silencio.

—¿Qué? —preguntó Maggie—. ¿No me cree?

—Maggie, ¿Oliver y Charlie se pusieron en contacto con usted anoche?

Maggie permaneció en silencio una fracción de segundo.

—No sé lo que…

—No me mienta —le advirtió Gallo. Entrecerró los ojos y el tío agradable desapareció sin dejar rastro—. Si me miente no les estará haciendo ningún favor.

Apretando los dientes, Maggie ignoró la amenaza.

—Se lo juro, no sé nada.

Por tercera vez, Gallo dejó que el silencio hiciera su trabajo. Treinta segundos de nada.

—Maggie, ¿tiene idea de a lo que se enfrenta? —preguntó por fin.

—Ya le he dicho…

—Permítame que le hable de un caso en el que trabajamos el año pasado —la interrumpió—. Teníamos a un objetivo que utilizaba una máquina de escribir para mantenerse en contacto con otro sospechoso. Es un método muy ingenioso: destruir la cinta de la máquina, enviar un fax desde un lugar imposible de encontrar, nada que nos pudiese servir para cogerles. Pero, lamentablemente para el objetivo, todas las máquinas de escribir eléctricas emiten sus propias emanaciones electromagnéticas. No resultan tan fáciles de leer como un ordenador, pero nuestros técnicos no tuvieron problemas para dar con ellas. Y, una vez que les facilitamos la marca y el número de modelo de la máquina de escribir, les llevó menos de tres horas recrear el mensaje a partir del sonido que produce cada una de las teclas. El tío pulsaba «A», nosotros veíamos «A». Les cogimos a los dos una semana más tarde.

Maggie cuadró los hombros, haciendo un esfuerzo por no perder la compostura.

—No pueden escapar de nosotros —añadió Gallo—. Es sólo cuestión de tiempo. —Negándose a desistir en su empeño, añadió—. Si nos ayuda a encontrarles, podemos llegar a un acuerdo, Maggie, pero si me veo obligado a hacerlo solo… la única forma en que volverá a ver a sus hijos será a través de un cristal de cinco centímetros de espesor. Y eso, si consiguen llegar tan lejos.

Con un único y fluido movimiento, Gallo se rascó la nuca y abrió su chaqueta. Maggie pudo ver el arma de Gallo en su funda de cuero. Gallo la miraba fijamente, no tenía necesidad de añadir nada más.

Le temblaba la barbilla. Intentó levantarse pero las piernas no le respondieron.

—Se acabó, Maggie… sólo tiene que decirnos dónde están.

Ella se volvió y apretó los labios. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Es la única manera que tiene de ayudarles —insistió Gallo—. De otro modo, tendrá las manos manchadas con su sangre.

Enjugándose los ojos con la palma de la mano, Maggie buscó desesperadamente algo, cualquier cosa, donde enfocar la vista. Pero la absoluta blancura de las paredes la seguía llevando hacia Gallo.

—Está bien —añadió él, inclinándose hacia Maggie—. Sólo pronuncie las palabras y nos aseguraremos de que no les pase nada. —Apoyó una mano sobre su hombro y le levantó lentamente la barbilla—. Sea una buena madre, Maggie. Es la única manera de ayudarles. ¿Dónde están Charlie y Oliver?

Maggie levantó la vista y sintió que el mundo se fundía ante sus ojos. Sus hijos eran lo único que le quedaba. Eran todo lo que tenía. Y lo único que siempre había

necesitado. Irguiéndose en la silla, se sacudió del hombro la mano de Gallo y finalmente abrió la boca.

—No sé de qué está hablando —dijo con voz controlada y suave—. No he tenido ninguna noticia de ellos.

—No seas tan buen niño —regañó Joey a través del teléfono. Se apoyó en el asiento del coche y miró a través de la calle hacia el edificio de Maggie Caruso—. Sólo dime qué hay en los archivos.

—Sabes muy bien que no puedo hacerlo —dijo Randall Adenauer con su inconfundible acento de Virginia—. Sin embargo, puedes volver a preguntar.

—Venga —gimió Joey, poniendo los ojos en blanco. Pero si quería saber los antecedentes de Charlie y Oliver según la ley, sólo había una forma de jugar a ese juego—. ¿Es la clase de gente que podría contratar? —preguntó Joey.

Hubo una pausa en el otro extremo de la línea. Como agente especial encargado de la Unidad de Crímenes Violentos, Adenauer tenía acceso a los mejores archivos y bases de datos con los que contaba el FBI. Como viejo amigo del padre de Joey, también tenía algunas cuentas pendientes que debía haber pagado hacía tiempo.

—Sin duda —dijo—. Yo les contrataría hoy mismo.

—¿De verdad? —preguntó Joey, sorprendida, aunque no demasiado—. ¿O sea que todo está limpio?

—Como una patena —contestó él—. El más joven tuvo algunos problemas por vagancia, pero nada más. Según nuestros datos, se trata de dos ángeles. ¿Por qué, qué esperabas encontrar?

Esta vez fue Joey quien se quedó en silencio unos segundos.

—No… nada —contestó. Antes de que pudiera continuar, hubo un pitido en la otra línea. La identificación de llamada reveló que era Noreen—. Escucha, tengo que cortar —añadió Joey—. Te llamaré más tarde. Gracias, Poochie.

Un momento después hablaba con su ayudante.

—¿Gallo y la madre han regresado? —preguntó Noreen.

Joey echó un vistazo al asiento del acompañante, donde una pantalla digital mostraba un pequeño triángulo azul que titilaba a través de un mapa electrónico en dirección al puente de Brooklyn.

—Están de camino —dijo—. ¿Qué me dices de ti? ¿Algo interesante?

—Sólo unos antiguos datos universitarios de la oficina de personal del banco. En términos académicos, las notas de Oliver eran buenas, pero no excelentes…

—Pez pequeño, estanque grande… nuevo nivel de competición…

—… pero según su curriculum, estaba trabajando en dos empleos diferentes, uno de ellos un negocio propio. Un semestre, vendía camisetas; el siguiente, organizaba viajes en limusina; incluso tenía su propio negocio de mudanzas al final de cada año.

Ya conoces el perfil.

—El típico joven empresario. ¿Qué hay de Charlie?

—Dos años en la escuela de Bellas Artes, luego lo dejó y acabó los estudios en el City College. En ambos casos, sin embargo, fue la peor clase de estudiante que puedas imaginar. Notables en las asignaturas que le interesaban; insuficientes en el resto.

—¿Y por qué lo dejó? ¿Miedo al éxito o miedo al fracaso?

—Ni idea, pero está claro que es el comodín.

—En realidad, Oliver es el comodín —señaló Joey.

—¿Tú crees?

—Echa otro vistazo a los detalles. Charlie puede ser mejor en una situación concreta, pero cuando se trata de asumir riesgos, es Oliver quien dio un paso adelante en un mundo que no era el suyo. —Joey aguardó, pero Noreen no objetó su argumentación—. ¿Qué otra cosa has encontrado además de los currículums?

—Eso es todo —dijo Noreen—. Excepto por el apartamento de la madre, todo lo que Charlie y Oliver tienen son algunas tarjetas de crédito vencidas y una cuenta bancaria ahora vacía.

—¿Y has comprobado todo lo demás?

—¿Yo te presto atención cuando tú hablas? Permiso de conducir, Seguridad Social, pólizas de seguros, documentos corporativos, datos de propiedad y todos los demás datos de nuestras vidas privadas que el gobierno ha estado vendiendo a las agencias de crédito durante años, pero sólo ahora, cuando culpan de ello a Internet, está consiguiendo algún eco en la prensa. Aparte de eso, nada dudoso. ¿Cómo te ha ido con el FBI?

—La misma historia: ni condenas, ni citaciones, ni arrestos recientes.

—¿De modo que eso es todo? —preguntó Noreen.

—¿Estás de broma? Este es sólo el primer kilómetro. ¿Cuándo ha dicho Fudge que tendríamos los detalles del teléfono y las tarjetas de crédito?

—En cualquier momento —contestó Noreen, acelerando la voz—. Ah, y hay una cosa que podrías encontrar interesante. ¿Recuerdas esa farmacia que me pediste que comprobase? Bien, llamé, dije que era de la compañía de seguros de Oliver y les pregunté si tenían alguna receta pendiente para el señor Caruso.

—¿Y?

—No tenían nada para Oliver…

—Mierda…

—Pero tenían una para un Caruso llamado Charles.

Joey se irguió en el asiento.

—Por favor, dime que tú…

—Oh, lo siento, ¿he dicho Oliver? Quería decir Charles. Así es, Charlie Caruso.

—Maravilloso, maravilloso —canturreó Joey—. ¿Qué has encontrado?

—Bueno, tiene una receta de algo llamado mexiletine.

—¿Mexiletine?

—Eso fue exactamente lo que yo pregunté; luego llamé al despacho del médico que había recetado ese medicamento, quien se mostró más que dispuesto a colaborar en una investigación de una compañía de seguros…

—Estás haciendo grandes progresos en este trabajo, ¿lo sabías? —dijo Joey—. ¿Y el resultado final?

—Charlie sufre una taquicardia ventricular.

—¿Una qué?

—Una arritmia cardíaca. La padece desde los catorce años —explicó Noreen—. De ahí vienen todas las facturas del hospital. Durante todo este tiempo pensábamos que eran de su madre. No es así. Las facturas son todas de Charlie. La única razón de que estén a nombre de su madre se debe a que entonces era menor de edad. Lamentablemente para ellos, cuando Charlie sufrió el primer ataque, la operación les costó ciento diez mil dólares. Aparentemente tiene una mala conexión eléctrica en el corazón que no le permite bombear la sangre correctamente.

—¿O sea que se trata de una afección grave?

—Sólo si no toma su medicación.

—Mierda —dijo Joey, sacudiendo la cabeza—. ¿Crees que lleva la medicación con él?

—Charlie y Oliver desaparecieron directamente desde Grand Central. No creo que llevase un par de calcetines de recambio, mucho menos su dosis diaria de mexiletine.

—¿Y cuánto tiempo puede estar sin tomarla?

—Es difícil decirlo. El médico supone que tres o cuatro días en condiciones perfectas, salvo que se dedique a correr por ahí o se encuentre bajo una situación de estrés.

—¿Quieres decir como salir huyendo y luchar por tu vida?

—Exactamente —dijo Noreen—. A partir de este momento, el reloj de Charlie está en marcha. Y si no le encontramos pronto, olvídate del dinero y el asesinato, porque esos serán los problemas menos importantes de ese chico.

35

—¿Es su padre? —pregunta Charlie.

—¿O sea que está vivo? —añado.

La mujer nos mira a ambos, pero sigue concentrada en mí. —Lleva muerto seis meses —dice casi con demasiada tranquilidad—. ¿Qué es lo que querían de él?

Su voz es aguda, pero fuerte, no parece intimidada en absoluto. Avanzo un par de pasos; ella permanece inmóvil.

—¿Por qué mintió con respecto a quién era? —le pregunto. Ante nuestra sorpresa, ella sonríe divertida y frota el pie sobre la hierba. Entonces me doy cuenta de que está descalza.

—Es curioso, estaba a punto de hacerles la misma pregunta.

—Podría habernos dicho que era su hija —le acusa Charlie.

—Y ustedes podrían haber dicho por qué le buscaban.

Mordiéndome el labio inferior, reconozco una situación de tablas cuando veo una. Si queremos información, tenemos que ofrecerla.

—Walter Harvey —digo, extendiendo la mano y mi nombre falso.

—Gillian Duckworth —dice ella, estrechándola.

Al otro lado de la calle, el lechero cumple con su rutina diaria. Charlie oculta su machete detrás de la espalda y me hace señas.

—Eh… tal vez deberíamos llevar esto dentro…

—Sí… no es mala idea —digo, ocultando la pistola debajo de la camisa—. ¿Por qué no entra y toma una taza de café?

—¿Con ustedes dos? ¿Después de haber sacado una pistola y un cuchillo de pirata? ¿Tengo aspecto de querer que mi fotografía aparezca en un envase de leche?

La mujer se da la vuelta para marcharse y Charlie me mira. «Ella es lo único que tenemos.»

—Por favor, no se vaya —digo, cogiéndola del brazo.

Ella se aparta de mí pero no levanta la voz en ningún momento.

—Me alegro de haberle conocido, Walter. Que tenga una buena vida.

—Gillian…

—Podemos explicarlo —grita Charlie.

Ella ni siquiera aminora el paso. El lechero desaparece en el apartamento de al lado. La última oportunidad. Consciente de que necesitamos la información, Charlie se lanza a tumba abierta.

—Pensamos que su padre pudo haber sido asesinado.

Gillian se para en seco y se vuelve, la cabeza erguida. Se aparta tres rizos negros de la cara.

—Concédanos sólo cinco minutos —le ruego—. Después podrá marcharse.

Arrancando una hoja del Manual de Negociaciones Obstinadas de Lapidus, me dirijo resueltamente hacia la puerta de nuestro apartamento y no le doy ninguna oportunidad de decir que no. Gillian está justo detrás de mí.

Cuando entro en nuestro apartamento espero que ella haga una broma o al menos algún comentario sarcástico. Las paredes desnudas… las ventanas cubiertas con páginas de calendario… tiene que decir algo. Pero no lo hace. Como un gato que explora un territorio desconocido, Gillian recorre rápidamente la habitación principal. Sus brazos delgados se balancean a los lados del cuerpo; los dedos hurgan en los deshilachados bolsillos de sus vaqueros desteñidos. Le ofrezco la silla plegable junto a mí en la cocina. Charlie le ofrece el sofá. Ella se dirige hacia mí. Pero en lugar de sentarse en la silla, se impulsa con las manos hasta quedar sentada sobre la encimera blanca de formica. Sus pies descalzos cuelgan fuera del borde. Mi mirada se entretiene demasiado y Charlie se aclara la garganta. «Venga, por favor», me dice con la mirada. «Como si nunca hubieras estado en un vestuario de chicas.» Sacudo la cabeza y vuelvo a concentrarme en Gillian.

—Nos estaba contando que su padre… —comienzo a decir.

—En realidad, no les estaba contando nada —responde ella—. Sólo quiero saber por qué piensan que fue asesinado.

Miro a Charlie. «Ten cuidado», me advierte con un leve movimiento de la cabeza. Pero incluso él se da cuenta de que debemos empezar por alguna parte.

—Hasta ayer ambos vivíamos en Nueva York, trabajábamos en un banco —comienzo a decir con voz insegura—. El viernes, estábamos revisando unas cuentas antiguas…

—… y nos topamos con una a nombre de Marty Duckworth —me interrumpe Charlie, ya en pleno vuelo. Estoy a punto de interrumpirle a mi vez, pero cambio de opinión. Ambos sabemos quién miente mejor—. Por lo que sabemos, la cuenta de su padre había conocido tiempos mejores… Se trataba de una antigua cuenta abandonada en el sistema. Pero una vez que dimos con ella, y una vez que informamos del hallazgo al jefe de Seguridad del banco, bueno… ayer éramos tres los que huíamos. Hoy sólo quedamos dos.

Incapaz de acabar la historia, Charlie desvía la mirada y se queda en silencio. Aún está afectado por todo lo que nos ha sucedido. Y cuando revive lo ocurrido, es evidente que aún oye a Shep… cayendo sobre las tablas de madera. Los ojos de mi hermano lo dicen todo. «¿Dios, por qué hicimos algo tan estúpido?» Charlie mira a Gillian, que le mira fijamente. No lo había advertido antes, pero ella raramente aparta la vista. Siempre está mirando. Sus ojos se encuentran y, sólo entonces, ella parece ceder. Sus pies ya no se balancean. Está sentada sobre las manos, absolutamente inmóvil. Lo que sea que haya visto en mi hermano, es algo que conoce demasiado

bien.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto.

Gillian asiente, incapaz de hablar.

—Lo sabía… lo sabía…

—¿Sabía qué?

Al principio titubea, se niega a contestar. Seguimos siendo dos completos desconocidos. Pero cuanto más tiempo permanecemos sentados allí… más comprende que estamos tan desesperados como ella.

—¿Qué sabía? —insisto.

—Que algo no estaba bien, lo supe en el momento en que recibí el informe. —Al ver la confusión en nuestros rostros, se explica—. Hace seis meses, como cualquier otra mañana, me estaba sirviendo unos cereales y, de pronto, suena el teléfono. Me dicen que mi padre ha muerto en un accidente de bicicleta, que estaba dando un paseo por Rickenbacker Causeway cuando un coche se desvió de su carril… —Se mueve en su improvisado asiento al revivir el recuerdo. Después de volver a enterrarlo, nos pregunta—. ¿Han visto alguna vez el Rickenbacker?

Sacudimos la cabeza simultáneamente.

—Es un puente tan empinado como una pequeña montaña. Cuando tenía dieciséis años, era una subida muy dura. Mi padre tenía sesenta y dos años. Tenía problemas para circular por la carretera asfaltada que bordea la playa. Es imposible que estuviese pedaleando en el Rickenbacker.

Los tres nos quedamos en silencio. Charlie es el primero en reaccionar.

—¿Los policías…?

—El día después del accidente fui a su casa a recoger el traje con el que iba a ser enterrado. Cuando abrí la puerta, el lugar parecía haber sido arrasado por un huracán. Los armarios rotos… los cajones vaciados… pero que yo sepa sólo se llevaron el ordenador. Pero lo mejor de todo es que, en lugar de enviar a la policía, el robo fue investigado por…

—El servicio secreto —digo.

Gillian se vuelve con una mirada de reojo.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Quién cree que nos persigue?

Eso es todo lo que se necesita. Igual que hizo con Charlie, Gillian clava su mirada en mí. No puedo asegurar si está buscando la verdad o sólo una conexión. En cualquier caso, la ha encontrado. Sus ojos azules me atraviesan.

Charlie tose ruidosamente.

—¿Qué cree que estaban buscando? —pregunta.

—¿Quién? ¿Los tíos del servicio secreto? —pregunto.

—Por supuesto, el Servicio.

—Nunca lo supe —explica Gillian con la voz aún suave y perdida—. Cuando llamé a su oficina en Miami, me dijeron que no tenían constancia de ninguna investigación. Les dije que había conocido a los agentes pero, sin los nombres, no había nada que pudieran hacer para ayudarme.

—¿De modo que eso es todo? ¿Usted simplemente tiró la toalla? —pregunta Charlie—. ¿No se le ocurrió pensar que todo lo ocurrido era un poco extraño?

—¡Charlie…!

—No, tiene razón —dice Gillian—. Pero tienen que entenderlo, cuando se trataba de los negocios de mi padre, los secretos formaban parte del juego. Así era él.

Charlie la mira fijamente, pero yo asiento para tranquilizarla. Cuando se trata del imbécil de nuestro padre, yo he sido capaz de perdonar. Charlie jamás olvida.

—Está bien —digo—. Sé lo que se siente.

Cuando extiendo la mano para tocarle el brazo, el tirante del sujetador cae por debajo de la camiseta sin mangas y le rodea el hombro. Vuelve a colocarlo en su sitio con un movimiento de perfecta elegancia.

—Muy bien, espere un segundo —interrumpe Charlie—. Aún no me aclaro con respecto a las fechas. Su padre murió hace seis meses, ¿verdad? ¿Eso ocurrió justo después de que se marchara de Nueva York?

—¿Nueva York? —pregunta Gillian, desconcertada—. El nunca vivió en Nueva York.

Charlie me mira y estudia la expresión de Gillian.

—¿Está segura de eso? ¿Su padre nunca tuvo un apartamento en Manhattan?

—No que yo sepa —dice ella—. Solía viajar a Nueva York de tanto en tanto. Sé que estaba ahorrando dinero para viajar el último verano, pero, aparte de eso, mi padre vivió en Florida toda su vida.

«Toda su vida.» Las palabras rebotan como proyectiles dentro de mi cerebro. No tiene sentido. Durante todo este tiempo pensamos que estábamos buscando a un neoyorquino que había hecho dinero y se había trasladado a Florida. Y ahora descubrimos que era un tío de Florida que apenas si podía permitirse los escasos viajes que había realizado a Nueva York. Marty Duckworth, ¿en qué diablos estabas metido?

—Por favor, ¿alguien puede decirme qué pasa? —pregunta Gillian mientras sus ojos se mueven nerviosamente entre nosotros.

Le hago una seña a Charlie; él asiente. Es hora de darle otra pieza del rompecabezas. A Charlie le lleva diez minutos explicarle todo lo que sabemos del destartalado apartamento de su padre en Nueva York.

—No lo entiendo —dice ella, volviendo a sentarse sobre las manos—. ¿Tiene un apartamento en Nueva York?

—En realidad, si tuviese que adivinarlo, yo apostaría que era alquilado —le

aclaro.

—¿Cuánto tiempo ha dicho que estuvo fuera el último verano? —pregunta Charlie.

—No lo sé —farfulla Gillian—. Dos semanas y media… quizá tres. Yo nunca prestaba demasiada… apenas nos veíamos cuando estaba aquí… —Su voz se desvanece y es como si hubiese recibido una cuchillada en el estómago. Su piel clara se vuelve blanco albino—. ¿Cuánto dijo que había en esa cuenta que encontraron? —pregunta.

—Gillian, no tiene por qué implicarse en…

—¡Sólo dígame cuánto había!

Charlie respira profundamente.

—Tres millones de dólares.

Su boca casi golpea el suelo.

—¿Qué? ¿En la cuenta de mi padre? Imposible. ¿Cómo podría…? —Se interrumpe bruscamente y los dientes de la rueda comienzan a girar velozmente… moviéndose entre todas las posibilidades. Todo el tiempo, aunque ha sido Charlie quien le ha dado la noticia, mantiene sus ojos fijos en mí—. Cree que por eso le mataron, ¿verdad? —pregunta finalmente—. Por algo que sucedió con ese dinero…

—Eso es precisamente lo que estamos tratando de averiguar —le explico, esperando que su cerebro siga en movimiento.

—¿Conocía su padre a alguien en el servicio secreto? —pregunta Charlie.

—No lo sé —contesta Gillian, abrumada aún por las últimas noticias—. No estábamos muy unidos, pero… pero aun así yo creía que le conocía mejor que eso.

—¿Conserva algunas de sus cosas en la casa? —pregunta Charlie.

—Sí… algunas.

—¿Y las ha revisado alguna vez?

—Sólo un poco —dice ella y su voz comienza a elevarse lentamente—. ¿Pero el Servicio no habría…?

—Tal vez se les pasó algo por alto —le dice Charlie—. Tal vez hay alguna cosa que no vieron.

—¿Por qué no echamos un vistazo juntos? —propongo. Es la oferta perfecta.

«Perfecto», Charlie sonríe.

No hago caso del cumplido; me siento culpable. Independientemente de cuánto pueda ayudarnos, sigue siendo la casa de su padre muerto. Lo he visto antes en su mirada. El dolor no la abandona.

Con un asentimiento dubitativo de Gillian, Charlie se levanta de su silla y yo le sigo a la puerta. Detrás de nosotros, Gillian sigue en la encimera de la cocina.

—¿Se encuentra bien? —pregunto.

—Sólo quiero saber una cosa —dice—. ¿Creen realmente que ellos mataron a mi

padre?

—Sinceramente, no sé qué pensar —digo—. Pero hace apenas veinticuatro horas vi cómo uno de esos tíos asesinaba a uno de nuestros amigos. Vi cómo apretaba el gatillo y vi cómo volvían sus armas hacia nosotros… todo porque encontramos una cuenta con el nombre de su padre en ella.

—Eso no significa…

—Tiene razón, eso no significa que le hayan asesinado —conviene Charlie—. Pero si no lo hicieron, ¿por qué no están aquí, tratando de dar con él?

A veces olvido cuán agresivamente agudo es Charlie. Gillian no tiene respuesta a eso.

Ella echa un último vistazo al apartamento y estudia cada detalle. La ausencia de muebles, las ventanas cubiertas con papel, incluso el machete oxidado. Si nosotros fuésemos los malos, ella ya estaría muerta.

Gillian baja lentamente de la encimera, se apoya en el suelo de linóleo con los pies descalzos y hace una breve pausa como si estuviese a punto de decir alguna cosa. Está tratando de no parecer angustiada, pero cuando su mano aferra el pomo de la puerta, ella aún necesita digerir todo lo que está pasando. Sin volverse, pronuncia nueve palabras.

—Será mejor que no se trate de una jugarreta.

Charlie y yo salimos del apartamento. Ella nos sigue. Aún no brilla el sol, pero pronto lo hará.

—Gillian, no se arrepentirá de esto —dice Charlie.

36

Gallo sujetó con fuerza los bordes de la pantalla del ordenador con sus manos callosas y miró el portátil que balanceaba entre su barriga y el volante. Durante dos horas había estado observando a Maggie Caruso prepararse el almuerzo, lavar los platos, arreglar los bajos de dos pares de pantalones y colgar tres blusas de seda en la cuerda que había fuera de la ventana. En ese tiempo, recibió dos llamadas: una de una de sus clientas, y la otra un número equivocado. «¿Podrá tenerla lista para el jueves?» y «Lo siento, aquí no vive nadie con ese nombre». Eso era todo. Nada más.

Gallo subió el volumen y abrió la alimentación de las cuatro cámaras digitales. Gracias a su último interrogatorio, y al reciente contacto de Maggie con sus hijos, pudieron ampliar la autorización e instalar una cámara en su dormitorio, otra en la habitación de Charlie y una tercera en la cocina. A través de la pantalla, Gallo disponía de vistas de cada habitación principal del apartamento de los Caruso. Pero la única persona que había allí era Maggie, inclinada sobre la máquina de coser en la mesa del comedor. En un rincón, un viejo aparato de televisión emitía un programa de entrevistas del mediodía. En un plano más cercano, la máquina de coser golpeaba la tela como si fuese un martillo neumático. Durante dos horas. Eso era todo.

—¿Preparado para tomarte un descanso? —preguntó DeSanctis al tiempo que se abría la puerta del acompañante.

—¿Qué coño te ha llevado tanto tiempo? —preguntó secamente Gallo, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Paciencia… ¿Has oído hablar alguna vez de la paciencia?

—Sólo dime qué has averiguado. ¿Algo que pueda servirnos?

—Por supuesto que puede servirnos… —Aún fuera del coche, DeSanctis colocó dos maletines de aluminio sobre el asiento delantero, uno encima del otro. Se deslizó junto a ellos e instaló el que estaba arriba sobre su regazo.

—¿Te lo han hecho pasar mal? —preguntó Gallo.

DeSanctis contestó con una sonrisa sarcástica y la apertura de las cerraduras del maletín.

—Ya sabes cómo se las gastan los de Delta Dash: diles qué necesitas, diles que se trata de una emergencia y bing-bang-bing, todos los artilugios de James Bond están en el siguiente envío. Todo lo que tienes que hacer es recogerlos en el depósito de equipajes.

En el interior del maletín plateado, encajada en un molde de gomaespuma negra, DeSanctis encontró lo que parecía una cámara redonda con una lente enorme. Una pegatina en la parte inferior decía «Propiedad de la DEA». Típico, asintió DeSanctis. Cuando se trataba de vigilancia de alta tecnología, la DEA y la Patrulla de Fronteras siempre tenían los juguetes más avanzados.

—¿Qué es eso? —preguntó Gallo.

—Lentes de germanio… detector de antimónido indio…

—¡En cristiano!

—Videocámara de infrarrojos con una imagen térmica completa —explicó DeSanctis mientras miraba a través del visor.

—Si quiere escabullirse por la noche, la cámara captará el calor que desprende su cuerpo y podrá localizarla en el callejón más oscuro.

Gallo alzó la vista hacia el brillante cielo invernal.

—¿Qué más has conseguido?

—No me mires de ese modo —le advirtió DeSanctis. Dejando la cámara de infrarrojos sobre el regazo, dejó el primer maletín en el asiento trasero y abrió el segundo. En su interior había una pistola radar de alta tecnología con un largo cañón que parecía una linterna policial—. Sólo es un prototipo —explicó DeSanctis—. Mide el movimiento, desde el agua corriente hasta la sangre que corre por tus venas.

—¿Y significa?

—Y significa que te permite ver a través de objetos inmóviles. Como las paredes.

Gallo cruzó los brazos con una expresión escéptica dibujada en el rostro.

—No jodas…

—Funciona. Yo lo he visto —insistió DeSanctis—. El ordenador que lleva incorporado te permite saber si se trata de un ventilador cenital o de un crío que da vueltas en círculos en el terrado. De modo que si ella se encuentra con alguien en el pasillo, o si se sale del campo visual de la cámara…

—La cogeremos —dijo Gallo, cogiendo la pistola radar y apuntando con ella hacia el apartamento de Maggie Caruso—. Todo lo que tenemos que hacer es esperar.

37

—¿Por dónde quieren empezar? —pregunta Gillian cuando entramos en la casa rosa desteñido de su padre.

—Por donde usted quiera —dice Charlie mientras yo avanzo a través de la atestada sala de estar. Preparada como si se tratase de un mercadillo, la habitación está llena de… bueno… un poco de todo. Estanterías colmadas de libros de ingeniería y ciencia ficción cubren dos de las cuatro paredes estucadas de blanco, pilas de papeles sepultan un viejo sillón de mimbre, y al menos siete cojines diferentes, incluido uno con forma de flamenco y otro con forma de ordenador portátil— están colocados de cualquier manera sobre el sofá de cuero manchado.

En el centro de la habitación, una mesa baja modelo Woodstock está oculta debajo de mandos a distancia; fotografías desteñidas; un destornillador eléctrico; un puñado de billetes y monedas; figuras de plástico de Happy y Bashful de *Blancanieves y los 7 enanitos*; una pila de portavasos de Sun Microsystems y al menos dos docenas de patas de conejo pintadas de colores imposiblemente brillantes.

—Estoy impresionado —dice Charlie—. Esta habitación es un desastre incluso mayor que la mía.

—Espere a ver el resto —dice Gillian—. Mi padre era puramente función sobre forma.

—¿O sea que todo este material era de él?

—La mayor parte —contesta Gillian—. He intentado examinarlo para decidir qué hacer con él… pero no resulta tan sencillo deshacerse de la vida de alguien.

Ese comentario golpea justo en la cabeza. A mi madre le llevó casi un año deshacerse del cepillo de dientes de mi padre. Y eso que le odiaba.

—Por qué no empezamos por allí —propone, conduciéndonos hacia la habitación que su padre utilizaba como oficina. En su interior encontramos una encimera de formica negra en forma de L que se proyecta desde la pared posterior y cubre la parte derecha de la habitación. La mitad está cubierta con papeles y documentos; la otra mitad con herramientas y piezas electrónicas: cables; transistores; un soldador en miniatura; un juego de alicates; un juego de destornilladores de joyería; e incluso algunas herramientas dentales para trabajar con pequeñas conexiones eléctricas. Encima del escritorio hay una fotografía enmarcada de Gepetto, de la película *Pinocho*, de Disney.

—¿Qué hay de ese fetiche de Disney? —pregunta Charlie.

—Era donde trabajaba… quince años como ingeniero en Orlando.

—¿De verdad? ¿Alguna vez diseñó alguna atracción que valiera la pena?

—Sinceramente, no lo sé; apenas le veía cuando era pequeña. El solía enviar una muñeca Minnie de peluche para mi cumpleaños, pero eso era todo. Esa fue la razón

de que mi madre le abandonara, nosotras éramos su segundo trabajo.

—¿Cuándo regresó a Miami?

—Creo que hace cinco años, se despidió de la Disney y encontró trabajo en una compañía local dedicada a los juegos de ordenador. El sueldo era la mitad, pero afortunadamente tenía un buen puñado de acciones preferentes de la Disney. Así fue como pudo comprarse esta casa.

—¿No era un pez gordo en la Disney, verdad? —pregunto.

—¿Papá? —pregunta con esa sonrisa absolutamente cautivadora—. No, a pesar de su licenciatura en ingeniería, no era más que una abeja obrera. Lo más cerca que estuvo de la acción fue cuando unió los sistemas informáticos de modo que, cuando la estación meteorológica central de la Disney ve que amenaza lluvia, todas las tiendas de regalos del parque reciben inmediatamente la orden de sacar paraguas y ponchos de Mickey. Las estanterías se llenan de ellos antes de que caiga la primera gota.

—Eso está muy bien.

—Bueno, sí… tal vez… aunque conociendo a mi padre, su papel podría haber sido un tanto… sobrevalorado.

—Bienvenida al club —digo, asintiendo—. Nuestro padre era un…

—¿Nuestro padre? —exclama—. ¿Ustedes son hermanos?

Charlie me golpea con la mirada y yo me muerdo la lengua.

—¿Qué? —pregunta Gillian—. ¿Cuál es el problema?

—Nada —le digo—. Es sólo que… después de lo que sucedió ayer… estamos intentando pasar desapercibidos. —Mientras pronuncio estas palabras, advierto que ella sopesa cada una de ellas. Pero, al igual que Charlie en sus mejores días, Gillian lo deja correr—. Está bien —dice—. Jamás diré una sola palabra.

—Sabía que no lo haría —le digo con una sonrisa.

—¿Podemos continuar con lo que estábamos haciendo? —interrumpe Charlie—. Aún nos queda toda una casa por revisar.

Veinte minutos más tarde, estamos perdidos entre papeles. Charlie examina las pilas que hay sobre el escritorio, yo me encargo de los cajones y Gillian está trabajando en el archivador que hay en una rincón de la habitación. Hasta donde sabemos, la mayor parte de todo ese material es inservible.

—Escucha esto —me dice Charlie, revolviendo una pila de boletines científicos —. *The Institute of Electrical and Electronics Engineers Lasers and Electro-Optics Society Journal*.

—¿Preparado para sentir vergüenza? —le pregunto—. «Querido Martin, si Abby viviese al otro lado del mar, qué gran nadador serías. Feliz Día de San Valentín. Tu amiga Stacey B.»

—¿Crees que esa tarjeta supera a la Sociedad de Láser y Electro-Óptica?

—¡Es una tarjeta de San Valentín de la década de los cincuenta! —exclamo, agitando la mohosa tarjeta en el aire. Delante de mí, en el último cajón del escritorio hay miles de tarjetas—. Guardaba cada postal, nota de agradecimiento y tarjeta de cumpleaños que le enviaban. ¡Desde que nació!

—Aquí sólo hay periódicos y revistas viejos —dice Gillian, cerrando el archivador—. Desde *Engineering Management Review* hasta el boletín de los empleados de la Disney, pero nada que nos pueda ser útil.

—No lo entiendo —dice Charlie—. ¿Conserva todo lo que ha pasado alguna vez por sus manos, pero no tiene una sola factura de teléfono o un extracto del banco?

—Me imagino que eso es lo que guardaba aquí… —digo, abriendo el cajón del archivador que hay encima de las tarjetas de cumpleaños. En su interior, una docena de carpetas de archivador vacías se balancean en sus colgadores de metal.

—Debieron llevárselos junto con el ordenador —dice Gillian.

—Entonces eso es todo… estamos muertos —exclama Charlie.

—No digas eso —le recrimino.

—Pero si los tíos del Servicio ya han revisado esto…

—¿Entonces qué? ¿Deberíamos rendirnos y largarnos de aquí? ¿Debemos suponer que se lo han llevado todo?

—¡Se lo han llevado todo! —grita Charlie.

¡No, no lo han hecho! —digo—. Echa un vistazo a tu alrededor, Duckworth tenía cosas metidas en todas partes: quince patas de conejo de diferentes colores. Y puesto que no tenemos ni la más remota idea de qué es lo que los tíos del Servicio se dejaron atrás, no pienso abandonar esta casa hasta que haya revisado cada posavasos, destrozado cada cajón y rebanado las cabezas de plástico de Happy y Bashful para ver si tienen algo escondido en su interior. Ahora, si tienes alguna idea mejor, me encantaría oírla, pero como has dicho antes, ¡tenemos toda una casa que revisar!

Charlie retrocede, sorprendido por mi reacción, pero con la misma rapidez se encoge de hombros y continúa la búsqueda.

—Tú encárgate de la cocina; yo buscaré en el baño.

38

—Ella lo sabe —dijo Gallo.

—¿Cómo es posible que lo sepa? —preguntó DeSanctis.

—Míralo —dijo Gallo, señalando con uno de sus gruesos dedos el ordenador que descansaba sobre el asiento entre ambos—. Sus hijos han desaparecido… otra noche sola… ¿pero se lo ha dicho a alguien? ¿Llora acaso sobre el teléfono, gimoteando en la oreja de una amiga? No, simplemente se queda ahí, cosiendo y mirando programas de cocina.

—Es mejor que mirar los culebrones —dijo DeSanctis, apuntando el receptor térmico de imágenes hacia la calle oscura.

—Esa no es la cuestión, caraculo. Si sabe que la estamos vigilando, es menos probable que…

El sonido de un timbre resonó a través de los altavoces del ordenador. Gallo y DeSanctis dieron un brinco en sus asientos.

—Tiene visita —dijo DeSanctis.

—¿Es el timbre de la calle?

DeSanctis apuntó la pistola radar hacia las ventanas del vestíbulo. En la cámara se formó una imagen verde oscura del vestíbulo. Verde era frío; blanco era caliente. Pero cuando examinó el espacio entre la zona de los timbres y el vestíbulo, lo único que vio fueron dos rectángulos blancos y brillantes en el techo. Ninguna persona… sólo luces fluorescentes.

—Allí no hay nadie.

—¡Voy…! —gritó Maggie en dirección a la puerta del apartamento.

—¿Cómo han conseguido entrar? ¿Hay alguna puerta trasera? —gritó Gallo.

—Podría ser uno de sus vecinos —dijo DeSanctis.

—¿Quién es? —preguntó Maggie.

La respuesta fue un murmullo ininteligible. Los micrófonos no funcionaban a través de las puertas.

—Un momento… —dijo Maggie mientras apagaba el televisor. Mientras abría los pestillos con una mano, se alisó el pelo y la falda con la otra.

—Quiere causar buena impresión —susurró DeSanctis—. Apuesto a que es una clienta.

—¿A estas horas de la no…?

—¡Sophie! Me alegro de verte —exclamó Maggie al abrir la puerta. Por encima del hombro de Maggie vieron a una mujer de pelo gris que llevaba puesta una chaqueta de lana marrón de punto de trenza, pero sin abrigo.

—Vecina —dijo DeSanctis.

—Sophie… —repitió Gallo—. Ha dicho Sophie.

DeSanctis abrió la guantera y sacó una pila de papeles. «4190 Bedford Avenue-Residentes-Propiedad inmueble.»

—Sophie… Sofia… Sonja… —dijo Gallo mientras DeSanctis repasaba frenéticamente la lista impresa con el dedo.

—Tengo una Sonia Coady en el 3A y a una Sofia Rostonov en el 2F —dijo DeSanctis.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sophie con un fuerte acento ruso.

—Es Rostonov.

—Bien… estoy bien —contestó Maggie, invitándola a entrar.

—¡Vigila sus manos! —vociferó Gallo cuando Maggie extendió el brazo y cogió a Sophie del hombro.

—¿Crees que le está pasando algo? —preguntó DeSanctis.

—No tiene otra alternativa. Sin fax, sin correo electrónico, sin móvil —ni siquiera una agenda electrónica—, su única esperanza es conseguir algo de fuera. Supongo que un busca o algún aparato pequeño que pueda enviar mensajes.

DeSanctis asintió.

—Tú encárgate de la madre; yo me encargo de Sofia.

Inclinados sobre la pantalla, los dos agentes permanecieron en silencio. En la oscuridad, sus rostros brillaban con la pálida luz que desprendía la pantalla.

—He tomado casi tres centímetros de las mangas, iré a buscar las blusas a la cuerda… —dijo Maggie mientras se dirigía hacia la ventana de la cocina. Con su visión a vista de pájaro desde la cámara instalada en el detector de humo, Gallo sólo alcanzaba a ver su espalda, pero examinó todo lo que Maggie tocaba. Las manos a los lados. Abría la ventana de la cocina. Tiraba de la cuerda de la ropa. Descolgaba dos blusas y las colocaba en sendas perchas.

—¿Las sacas con este tiempo? —preguntó Sophie.

—El frío es bueno para la seda… la vuelve más brillante que el día que compraste las blusas.

Maggie colgó las perchas de uno de los tres colgadores que había junto a la pared de la sala de estar.

—Vigila la vuelta del dinero… —advirtió Gallo.

—Vaya, ¡dónde tengo la cabeza! —comenzó a decir Sophie, buscando un monedero que no tenía—. He dejado mi…

—No tiene importancia —dijo Maggie. Incluso en la imagen digitalizada, Gallo pudo ver su sonrisa tensa—. Puedes traerme el dinero cuando te venga bien. No pienso ir a ninguna parte.

—¡Maldita sea! —gritó Gallo.

—Eres una buena persona —insistió Sophie— Eres una buena persona y te pasarán cosas buenas.

—Sí —digo Maggie, alzando la vista hacia el detector de humo—. Debería ser muy afortunada.

Después de cerrar la puerta detrás de Sophie, Maggie suspiró en silencio y regresó a la ventana de la cocina. A lo largo de la pared, el viejo radiador hipó con un sonido metálico, pero Maggie apenas si lo advirtió. Estaba demasiado concentrada en todo lo demás: sus hijos… y Gallo… incluso su rutina. Especialmente su rutina.

Colocando ambas manos debajo de la parte superior del marco de la ventana, tiró con fuerza un par de veces hasta que se abrió. Una ráfaga de aire frío penetró en la cocina pero, nuevamente, no reparó en ello. Sin las blusas de Sophie, en la cuerda de la ropa había quedado un espacio. Un espacio abierto que no podía esperar a llenar.

Cogió la sábana blanca húmeda que estaba doblada junto a la tabla de planchar, se inclinó hacia fuera, sacó una pinza del bolsillo del delantal y sujetó una de las esquinas de la sábana. Centímetro a centímetro desenrolló la sábana sobre el callejón oscuro. Colocó más pinzas a lo largo de la cuerda. Al llegar al borde, tiró de la tela para que la sábana quedase bien extendida. Una ráfaga de viento intentó llevársela volando, pero Maggie la sujetó con fuerza. Sólo otra noche normal. Ahora quedaba la parte más complicada.

Mientras el viento hinchaba la sábana sobre el callejón, metió ambas manos en el bolsillo del delantal. Su mano izquierda tanteó las pinzas para la ropa; su mano derecha buscó algo más. En pocos segundos, sus dedos se deslizaron por el borde de la nota que había escrito unas horas antes. Cuidando de mantener la espalda hacia la cocina, sostuvo la hoja doblada en su mano temblorosa. Con el rabillo del ojo vio el débil resplandor en el coche de Gallo y DeSanctis. Pero eso no la detuvo.

Apretó los dientes, apoyó con fuerza los pies en el suelo y luchó para contener las lágrimas. Luego, con un ágil movimiento, se inclinó nuevamente fuera de la ventana, metió la mano derecha debajo de la sábana y sujetó la nota en su sitio. Directamente enfrente, la ventana del edificio contiguo estaba a oscuras, pero aun así Maggie podía vislumbrar la silueta negra de Saundra Finkelstein. Oculta a un lado de su ventana, Fink asintió cautelosamente. Y por tercera vez desde el día anterior, bajo la mirada atenta de cuatro videocámaras digitales, seis micrófonos activados con la voz, dos transmisores en código y más de cincuenta mil dólares en el mejor equipo de vigilancia militar del gobierno, Maggie Caruso tiró de la cuerda de dos dólares y, debajo de una sábana, barata, usada y húmeda, le pasó una nota manuscrita a su vecina de al lado.

39

Puedes aprender muchas cosas acerca de un hombre si registras las cosas que tiene en su cuarto de baño. Un cepillo de dientes con las cerdas deshilachadas… pasta dentífrica de bicarbonato de sosa… pero ninguna prueba. Puedes aprender incluso más de lo que quieres saber. Arrodillado junto al lavamanos, deslizo el brazo entre las cañerías oxidadas y reviso los artículos de tocador caducados hace mucho tiempo.

—¿Qué hay del botiquín? —pregunta Charlie, pasando junto a mí y subiéndose al borde de la bañera.

—Ya lo he mirado.

La puerta del botiquín se abre con un chasquido magnético. Levanto la cabeza. Charlie está revisando su contenido.

—Te lo he dicho… ya he buscado allí.

—Lo sé, es sólo para comprobar —dice, examinando rápidamente el escondite de frascos marrones recetados—. Lopressor para la presión sanguínea, Glyburide para la diabetes, Lipitor para el colesterol, Allopurinol para la gota…

—Charlie, ¿qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece, Hawkeye? Quiero saber qué medicación tomaba.

—¿Para qué?

—Sólo para ver… quiero averiguar quién era este tío, meterme en su cerebro, ver qué ha hecho de…

El discurso se prolonga demasiado tiempo. Vuelvo a mirarle fijamente. Charlie comienza a colocar rápidamente los medicamentos nuevamente en su sitio.

—¿Quieres explicarme lo que estás haciendo realmente? —pregunto.

—Verás, estás fumando demasiados Twinkies —dice, con una risa forzada—. Ya te lo he dicho, estoy buscando su…

—Has olvidado tu medicación, ¿verdad?

—¿Qué…?

—El Mexiletine… no lo has estado tomando.

Pone los ojos en blanco como si fuese un adolescente enfadado.

—¿Quieres hacer el favor de no exagerar? esto no es *Hospital General*…

—Maldita sea, yo sabía que había algo que… —escucho un ruido en el pasillo e interrumpo lo que iba a decir.

—Salvado por la campana —susurra Charlie.

—¿Qué ocurre? —pregunta Gillian desde la puerta.

—Nada —dice Charlie—. Registrábamos el botiquín de su padre. ¿Sabía que guardaba tampones ahí?

—Son míos, Einstein.

—Eso es lo que quise decir… que son suyos.

Bailando a mi alrededor, Charlie sale del cuarto de baño; pero en este momento, mis ojos están fijos en Gillian mientras se aleja por el pasillo.

—Cuidado, tienes un poco de baba en el labio —susurra Charlie al pasar junto a mí—. Quiero decir, no es que te culpe, con todo ese vudú de chica *hippie* que destila yo también estoy sudado.

—Hablaremos de ello más tarde —murmuro con un gruñido.

—Estoy seguro de que lo haremos —dice—. Pero si fuese tú, por ahora me olvidaría de comprarle un sostén y me concentraría en el problema que tenemos entre manos.

Hacia las siete de la tarde aún nos quedan la cocina, el garaje y los dos armarios del pasillo.

—Yo me encargo de la cocina —dice Gillian. Eso deja dos posibilidades. Charlie me sonríe. Yo le miro de reojo. Sólo un imbécil elegiría el garaje.

—Piedra, papel, tijera —me reta—. Dos derrotas seguidas y se acaba el juego.

Esta vez sonrío yo y escondo la mano detrás de la espalda.

—Piedra, papel, tijera.

Su piedra rompe mis tijeras.

—Piedra, papel, tijera.

Su piedra vuelve a hacer pedazos mis tijeras.

—¡Mierda! —digo, enfadado.

—Eres un pelmazo con esas tijeras…

Convierto mis tijeras en un dedo corazón levantado y me marcho al garaje.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Charlie se da media vuelta y se aleja hacia los armarios del pasillo.

Cuando estoy a punto de girar hacia el garaje, me vuelvo, preparado para lanzarle un desafío a doble o nada. Charlie debería estar en los armarios del pasillo. En cambio, lo veo ante la puerta cerrada en el extremo del pasillo. El dormitorio de Duckworth. El único lugar donde no hemos estado. En verdad, no debería tener importancia —Gillian ya nos ha dicho que lo ha revisado—, pero conozco a mi hermano. Puedo percibir el movimiento furtivo en su forma de andar. Mira la puerta como si tuviese visión de rayos-X. Después de nueve horas de registro de la vida de este hombre muerto, él quiere saber qué hay dentro de esa habitación.

—¿Adónde vas? —pregunto.

Charlie mira por encima del hombro y su respuesta es una ceja arqueada con expresión maliciosa. Abre rápidamente la puerta y desaparece dentro del dormitorio de Duckworth. Yo no me muevo, consciente de su juego del escondite. Funcionaba cuando yo tenía diez años, pero esta vez no me dejaré enredar. Me vuelvo hacia el garaje y oigo la puerta del dormitorio que se cierra a mis espaldas. Doy tres pasos

antes de volver a detenerme. ¿A quién pretendo engañar? Echo a correr hacia la puerta cerrada.

—¿Charlie? —susurro, sabiendo que no me responderá.

Efectivamente, no se oye nada. Miro hacia el pasillo por encima del hombro para asegurarme de que todo está en orden. Tratando de no hacer ruido, hago girar el pomo y entro en la habitación. La puerta se cierra y las luces están apagadas, pero gracias a las persianas baratas que protegen las ventanas, la habitación está bañada por una tenue luz que llega desde el exterior.

—Bastante tétrico, ¿eh? —susurra Charlie—. Bienvenido al sanctasanctórum…

Me lleva unos cuantos segundos que mis ojos se adapten a la escasa luz de la habitación, pero cuando lo hacen, resulta evidente por qué Gillian se encargó personalmente de registrar esta habitación. Al igual que la sala de estar y el estudio, el dormitorio de Duckworth posee las mismas características: una cama individual apoyada contra la pared blanca y sucia, una mesilla de noche de madera sin pintar con un viejo reloj despertador, y para asegurarse de que cada objeto parezca que ha sido seleccionada al azar, una cómoda de almendro con cubierta de formica que parece haber sido robada de la parte trasera de un camión. Pero cuando miro más atentamente, me doy cuenta de que hay algo más en esa habitación: un cubrecama color crema suaviza la dureza de la cama, un Horero con hojas de eucalipto rojo oscuro florece encima de la cómoda y, en un rincón, una pintura estilo Mondrian está apoyada contra la pared, esperando a ser colgada. Esta habitación comenzó siendo de Duckworth, pero ahora es indudablemente de Gillian. O sea que aquí es donde vive. Siento una punzada de culpa en el estómago. Éste sigue siendo su espacio privado.

—Vamos, Charlie, salgamos de aquí…

—Sí… no… tienes toda la razón —dice—. Sólo estamos confiándole nuestras vidas. ¿Por qué querríamos saber nada acerca de la suya?

Intento cogerle del brazo pero, como siempre, es más rápido que yo.

—Hablo en serio, Charlie.

—Yo también —dice él, apartándose de mí. Avanza hacia el centro de la habitación y revisa el suelo, la cama y el resto del mobiliario, buscando alguna pista. De pronto, se detiene, confuso.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Dímelo tú. ¿Dónde está la vida de Gillian?

—¿De qué estás hablando?

—Su vida, Ollie —ropa, fotos, libros, revistas—, cualquier cosa. Echa un vistazo. Aparte de las flores y esa pintura en el suelo, no hay nada más.

—Tal vez le gusta tener las cosas ordenadas.

—Tal vez —dice—. O tal vez ella…

En ese momento se oye el ruido de una puerta al cerrarse. Me vuelvo y

compruebo que procede del pasillo. Inmóviles, ambos sabemos cuándo hemos abusado de su hospitalidad. Echo un vistazo al reloj despertador que hay en la mesilla de noche para comprobar la hora y levanto rápidamente la cabeza. No es un reloj despertador. Es un viejo…

—¡Es una grabadora de ocho pistas! —exclama Charlie excitado. Pero cuando se inclina para mirar mejor a través de la oscuridad, advierte que la abertura que habitualmente aloja las ocho pistas parece más grande de lo normal. El plástico plateado de los bordes está descascarado. Como si alguien hubiese tratado de abrirla o agrandarla. Charlie, invadido por la curiosidad, se acerca al aparato y se pone en cuclillas delante de él.

—Hijo de puta —murmura.

—¿Y ahora qué pasa?

Me acerco y trato de ver algo a través de la penumbra que nos rodea. Charlie señala las ocho pistas.

—No entiendo —le digo.

—No las ocho pistas, Ollie. Aquí… —Vuelve a señalar. Pero lo que está señalando no es la grabadora. Es la mesilla de noche—. Comprueba el polvo —dice.

Inclino la cabeza y veo la gruesa capa de polvo que cubre la superficie de la mesilla de noche.

—Es tan perfecto que no te das cuenta —dice Charlie—. Como si nadie hubiese colocado nada encima, o nadie la hubiese tocado desde hace meses, aunque está junto a su cama.

Se vuelve y me mira fijamente.

—¿Qué?

—Dímelo tú, Ollie. ¿Cómo es posible que ella no…?

—¿Qué es esto, la búsqueda de las bragas? —pregunta una voz femenina a nuestras espaldas.

Charlie se vuelve para mirar a Gillian.

Ella enciende las luces, obligándonos a entrecerrar los ojos para adaptarnos a la súbita claridad.

—¿Qué hacen en mi habitación?

40

—¿Ah, es su habitación? —pregunta Charlie—. Nosotros sólo estábamos… admirando esta imponente grabadora de ocho pistas.

Señala con el pulgar por encima del hombro, pero ella no se molesta en mirar. Sus ojos oscuros se clavan en él y no le sueltan. Está parada junto a la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. No la culpo. No deberíamos haber estado registrando sus cosas.

—Escuche, realmente lo siento —digo—. Le prometo que no hemos tocado nada. —Clavando ahora la mirada en mí, me somete exactamente a la misma prueba. Pero a diferencia de Charlie, yo no miento, balbuceo o condesciendo. Le digo toda la verdad y espero que sea suficiente—. Yo… yo sólo quería saber algo más acerca de usted —añado.

«Perfecto», Charlie sonríe.

Él piensa que estoy actuando pero, en muchos sentidos, es la cosa más honesta que he dicho en todo el día. Con todo el mundo tras nosotros, Gillian es la única persona que nos ha ofrecido su ayuda. Mientras me mira de arriba abajo, sus brazos siguen cruzados sobre su pecho. El espíritu libre ha desaparecido. Y entonces… de pronto… aparece nuevamente.

—Es muy guay, ¿verdad? —pregunta, mientras sus hombros se relajan.

Le doy las gracias con una sonrisa. Receloso ante su súbita muestra de amabilidad, Charlie mira a su alrededor como si ella estuviese hablando con otra persona.

—La grabadora de ocho pistas —explica, acercándose a la mesilla de noche.

Empuja a mi hermano hacia un lado y se sienta en la cama junto a mí. Se inclina hacia atrás, luego hacia adelante, luego hacia atrás un poco más.

—Espera a ver lo que hizo mi padre —dice, tuteándome por primera vez—. Pulsa el botón de «Pausa».

Ha recuperado la sonrisa cantarina que tenía antes. Junto a ella, sin embargo, Charlie señala hacia abajo, donde los dedos desnudos de los pies de Gillian están apretados como puños contra la alfombra.

«¿Lo ves?» Charlie frunce el ceño con esa expresión de te-lo-había-dicho que habitualmente tiene reservada para Beth. Pero ambos sabemos que Gillian no es Beth.

Gillian enciende el aparato y se reclina sobre sus manos.

—Sólo pulsa el botón de «Pausa» —repite.

Siguiendo sus instrucciones, extiendo la mano y pulso el botón de «Pausa». El antiguo aparato se pone en funcionamiento con un zumbido mecánico. Es un sonido familiar… y cuando pulso el botón, una bandeja plástica de CD —completa con un brillante disco compacto— se desliza fuera de la abertura donde uno normalmente

colocaría el estuche de ocho pistas.

—Es guay, ¿eh? —dice Gillian.

—¿De dónde dijiste que eras? —le pregunta Charlie.

—¿Perdona?

—¿De dónde eres? ¿Dónde te criaste?

—Aquí —contesta Gillian—. Cerca de Miami.

—Vaya, es muy extraño —dice Charlie—. Porque cuando hace un momento has dicho «muy guay», juraría que he notado un ligero acento de Nueva York.

Evidentemente divertida, Gillian sacude la cabeza, pero no aparta la mirada de mi hermano.

—No, sólo Florida —canturrea sin darle mayor importancia. Es la mejor manera de enfrentarse a Charlie… no enfrentándose a él en absoluto. Gillian se vuelve hacia mí y el aparato.

—Echa un vistazo al disco —me dice.

Me inclino y lo levanto con un dedo: Los discursos completos de Adlai E. Stevenson.

—¿Tu padre hizo esto?

—Es lo que te estoy diciendo, después de abandonar la Disney tenía mucho tiempo libre… solía…

—¿Y cuándo volviste a mudarte a esta casa? —la interrumpe Charlie.

—¿Cómo dices? —pregunta Gillian. Si está molesta, no lo demuestra.

—Tu padre murió hace seis meses, ¿cuándo te mudaste aquí?

Con una sonrisa traviesa, Gillian se levanta de la cama de un brinco y se dirige al pie del colchón.

«¿Lo ves?» Charlie me fulmina con la mirada. «Es el mismo truco que utilizo contigo.» Distancia para evitar la confrontación.

—No lo sé —comienza a decir Gillian—. Supongo que hace un mes aproximadamente… resulta difícil decirlo. Llevó un tiempo completar todo el papeleo… y luego trasladar mis cosas hasta aquí… —Se vuelve hacia la ventana, pero en ningún momento se muestra nerviosa. Agudizo el oído para captar algún dejo neoyorquino, pero lo único que oigo es su breve acento de Flooooorida—. Aún no me resulta fácil dormir en su vieja cama, por eso casi todas las noches me acurruco en el sofá —añade, sin dejar de mirar a Charlie—. Por supuesto la hipoteca está pagada, de modo que no tengo motivos para quejarme.

—¿Qué me dices del trabajo? —pregunta Charlie—. ¿Sigues trabajando?

—¿Acaso parezco la beneficiaria de algún fondo? —bromea—. Jueves, viernes y sábado por la noche en el Waterbed.

—¿Waterbed?

—Es un club en Washington Avenue. Cuerdas de terciopelo, tíos que buscan a

supermodelos que nunca aparecerán… la triste historia de siempre.

—Déjame adivinar: eres camarera y llevas una camiseta negra muy ceñida.

—Charlie… —le increpo.

Ella se encoge de hombros sin darle mayor importancia.

—¿Realmente crees que soy de ese tipo? Soy gerente, guapo. —Gillian trata de mostrarse amable, pero Charlie no muerde el anzuelo—. Lo bueno es que me deja el día libre para pintar, que es la mejor forma de relajarse —añade.

¿Pintar? Examino el lienzo apoyado en la pared en un rincón de la habitación y busco la firma. G. D. Gillian Duckworth.

—De modo que esa pintura es tuya —digo—. Me preguntaba si…

—¿Tú has pintado eso? —pregunta Charlie sin ocultar su escepticismo.

—¿Por qué te sorprende? —pregunta Gillian.

—No está sorprendido —digo, tratando de que las cosas no empeoren—. Es sólo que no le gusta la competencia. —Señalando a Charlie, añado—. Adivina quién asistía a la escuela de Bellas Artes… y sigue siendo un aspirante a músico.

—¿De verdad? —exclama Gillian—. O sea que los dos somos artistas.

—Sí. Los dos somos artistas —dice Charlie aburrido. Un instante después estudia los dedos de Gillian; si tuviese que apostar diría que está tratando de comprobar si tiene restos de pintura debajo de las uñas—. ¿Alguna vez has vendido alguno de tus cuadros? —pregunta.

—Sólo a los amigos —dice ella suavemente—. Aunque estoy tratando de introducirme en alguna galería…

—¿Has vendido alguna vez una de tus canciones? —le pregunto a Charlie. No permitiré que siga por ese camino. Además, más allá de cualquier otra cosa que produzca la fértil imaginación de mi hermano, Gillian nos está permitiendo que revisemos toda la casa. Naturalmente, Charlie no puede dejar de mirar la capa de polvo que cubre la mesilla de noche.

—¿Acaso he dicho algo malo? —pregunta Gillian.

—No, has estado genial —dice Charlie y se dirige hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—Vuelvo al trabajo —contesta—. Tengo que revisar un armario.

41

A medianoche, Maggie Caruso está sentada a la mesa del comedor con el periódico extendido delante de ella y una taza de té caliente a su lado. Durante quince minutos no toca ninguno de los dos. «Debes darle tiempo», se dice a sí misma mientras contempla el cuadro que ha pintado Charlie del puente de Brooklyn. «Es mejor esperar las dos horas.» Así es como tocaron las nueve y así es como lo hicieron las once. Ansiosa por levantarse, pero reacia a mostrar la expresión de su rostro, Maggie gira sutilmente la muñeca y comprueba cómo pasan los segundos en el reloj de plástico modelo Bruja Malvada de *El Mago de Oz* que Charlie le regaló para el Día de la Madre. Sólo se necesitaba un poco de paciencia.

—Odio cuando hace eso —dijo DeSanctis, mirando fijamente la pantalla débilmente iluminada—. Es lo mismo que anoche, se queda mirando el crucigrama pero nunca escribe una respuesta.

—No es el crucigrama —dijo Gallo—. Lo he visto antes, cuando la gente sabe que está en peligro, se quedan inmóviles. Tienen tanto miedo de hacer el movimiento equivocado que se paralizan completamente.

—Vete a la cama —le gritó DeSanctis a Maggie a través de la pantalla—. ¡Tómatelo con calma!

—Todos tenemos nuestros hábitos —dijo Gallo—. No hay duda de que éste es el suyo.

Cincuenta minutos más tarde, los ojos de Maggie continuaban saltando del reloj al periódico. Cualquier otra noche, sólo la espera la hubiese hecho dormir. Pero esa noche, sus pies golpeaban ligeramente el suelo para mantenerse despierta. «Dos minutos más», contó en silencio.

DeSanctis, molesto y terriblemente ansioso, encendió el detector térmico y apuntó hacia el edificio. A través del visor, el mundo tenía un color verde oscuro. Las farolas y las luces de las casas brillaban con un blanco intenso. Igual que el capó del coche de Joey, que ahora no podía pasar inadvertido a pesar de que estaba oculto en un callejón. Si ella quería disponer de calor para trabajar, el motor debía estar en marcha.

—Adivina quién continúa vigilándonos —dijo DeSanctis.

—No quiero oírlo —gruñó Gallo. Señalando la pantalla, añadió—: Mientras tanto, fíjate quién está dispuesta finalmente a meterse en la cama…

Luchando contra el agotamiento, Maggie se dirigió lentamente a la cocina y fingió que bebía una última taza de té. Pero cuando inclinó la cabeza hacia atrás,

metió la mano en el bolsillo del delantal y buscó su última nota. Era hora de ponerse en movimiento. Con un giro de la muñeca, vació la taza de té en el fregadero. Pero en lugar de ir al dormitorio, se volvió hacia la ventana de la cocina.

—¿Qué está haciendo ahora? —preguntó Gallo.

—Lo mismo que ha estado haciendo todo el día, preocuparse por el secado de la ropa.

Inclinada sobre la cuerda de la ropa, Maggie tiró con ambas manos para enviar la última carga de la noche. A mitad de camino se detuvo para estirar los dedos, invadidos súbitamente por un dolor lacerante. No era la artritis, o las largas horas inclinada sobre la máquina de coser… Simplemente el estrés le estaba pasando factura.

—Está a punto de derrumbarse —dijo Gallo, estudiando la pequeña pantalla y leyendo el lenguaje corporal de MaggieCaruso desde detrás—. No podrá soportar otra noche como ésta.

—Compruébalo, puedes ver sus brazos —dijo DeSanctis con perversa satisfacción sin dejar de mirar a través del visor térmico. Abrió la pantalla LCD en un lado de la cámara para que Gallo pudiese echar un vistazo. No había duda, resaltando en el edificio teñido de verde se veían dos brazos blancos que brillaban como serpientes incandescentes en medio de la oscuridad.

—¿Qué es eso que se ve allí? —preguntó Gallo mientras señalaba unas manchas diminutas que se veían en la cuerda de la ropa.

—Son los residuos de su tacto —explicó DeSanctis—. La cuerda está tan fría que cada vez que la toca con los dedos, conserva el calor y nos da un resplandor térmico.

Gallo entrecerró los ojos mientras estudiaba detenidamente los puntos blancos en la brillante correa transportadora. A medida que se alejaban de Maggie, cada punto iba perdiendo brillo hasta desaparecer por completo.

Una a una, Maggie examinó cada pieza de ropa de la cuerda. Las secas, dentro; las húmedas se quedaban fuera. Para cuando hubo terminado, sólo permanecía extendida en la cuerda la gran sábana blanca húmeda. Sin levantar la cabeza, Maggie miró hacia la ventana oscura al otro lado del callejón. En las sombras, como antes, Saundra Finkelstein asintió levemente.

En la pantalla LCD, Gallo y DeSanctis observaron cómo Maggie quitaba las pinzas, cogía la sábana por el borde inferior y le daba la vuelta. Gracias a la baja temperatura de la tela húmeda, sus brazos brillaban débilmente debajo de la sábana. Fijando nuevamente las pinzas en su sitio, dio un tirón a la cuerda y la sábana se alejó hacia el edificio de al lado. Una vez más, la colección de diminutos puntos blancos de la cuerda se desvaneció en una mancha horizontal, pero esta vez, quedó algo más: justo debajo de la cuerda, donde la pinza sujetaba la sábana, un cometa blanco del tamaño de una pelota de golf atravesó velozmente el estrecho pasadizo entre ambos edificios. Y desapareció.

—¿Qué coño era eso? —preguntó Gallo.

—¿A qué te refieres?

—¡En la sábana! ¡Rebobina la cinta!

—Espera un segundo…

—¡Ahora! —rugió Gallo.

Apretando frenéticamente los botones de la sofisticada cámara, DeSanctis congeló la imagen y pulsó «Rewind». En la pantalla, la película pasó velozmente en sentido inverso y la sábana de Maggie regresó a su ventana.

—¡Justo allí! —gritó Gallo—. ¡Pulsa «Play»!

La cinta recuperó la velocidad normal. Con la cámara en el tablero de instrumentos, Gallo y DeSanctis se inclinaron hacia la pequeña pantalla. Por segunda vez, contemplaron cómo Maggie volvía a colgar la sábana. Su mano izquierda colocaba la pinza de la ropa. La derecha estaba debajo de la sábana, sosteniéndola en su sitio. Con un rápido movimiento, Maggie tiró de la cuerda y envió la sábana a través del callejón. Entonces, igual que había sucedido unos segundos antes, apareció un punto blanco justo debajo de la pinza que sujetaba la sábana.

—¡Allí! —dijo Gallo, congelando la imagen. Señaló el punto blanco—. ¿Qué demonios es eso?

—No tengo la menor idea —dijo DeSanctis—. Tal vez su brazo tocó la sábana…

—¡Por supuesto que su brazo tocó la sábana —lo mantuvo debajo de la tela durante un minuto, imbécil—, pero ese punto es la única cosa que sigue brillando!

DeSanctis se acercó aún más a la pantalla.

—¿Crees que tenía alguna cosa debajo de la sábana?

—Dímelo tú, eres el experto en estos chismes, ¿qué podría conservar el calor durante tanto tiempo?

Con los ojos fijos en la pantalla, DeSanctis sacudió la cabeza.

—Si lo tenía escondido en la mano… si tenía las palmas sudadas… podría tratarse de cualquier cosa, plástico, un trozo de tela… incluso un pequeño papel doblado podría…

DeSanctis se interrumpió.

Gallo miró al cielo. Cuatro pisos más arriba, la sábana blanca de Maggie Caruso se agitaba en el aire de la noche. Al otro lado del callejón, la ventana que enfrentaba a la de Maggie estaba a oscuras. Sin decir nada, DeSanctis detuvo la cinta y levantó el detector térmico. Y cuando el cuadro verde oscuro quedó bien enfocado, había algo nuevo en el interior de la ventana, la figura de un color blanco lechoso de una mujer mayor que miraba la cuerda de la ropa. Vigilando. Y esperando pacientemente.

—¡Hija de puta! —gritó Gallo, golpeando con ambos puños el techo del coche. La luz cenital parpadeó por el impacto—. ¿Cómo coño se nos ha pasado eso?

—¿Debería…?

—¡Encuentra a esa vecina! —continuó gritando—. ¡Quiero saber quién es, cuánto tiempo hace que se conocen, y lo que es más importante, quiero una lista de todas las llamadas que han entrado y salido de ese edificio en las últimas cuarenta y ocho horas!

«Si lo tenía escondido en la mano… si tenía las palmas sudadas… podría tratarse de cualquier cosa, plástico, un trozo de tela… incluso un pequeño papel doblado podría…» Hubo una larga pausa mientras la voz de DeSanctis se desvanecía. Joey miró calle arriba, donde ambos agentes estaban mirando hacia…

«¡Hija de puta!», gritó Gallo al tiempo que un chirrido agudo llegaba a oídos de Joey a través del receptor. Encogiéndose ante el estridente sonido, Joey bajó el volumen. Cuando volvió a aumentarlo sólo quedaba una intermitente descarga eléctrica.

—Venga, vamos —se lamentó, golpeando el lateral del receptor. Pero las descargas continuaban. Pulsó el botón de «Encendido» para reiniciar el sistema. Sólo descargas eléctricas—. No, no, no… —imploró, haciendo girar frenéticamente los mandos para volver a sintonizar la frecuencia—. Por favor… ahora no… —Al llegar al extremo del dial, alzó la vista hacia el coche de los agentes. Gallo golpeaba el volante con el puño mientras le gritaba algo a DeSanctis. De pronto, las luces rojas de los frenos se encendieron y Gallo puso el coche en marcha.

—Debéis de estar de broma —musitó Joey.

Los neumáticos chirriaron al deslizarse brevemente sobre un trozo de nieve sucia. Una vez encontrada la tracción, el coche efectuó unos bruscos virajes en la calle desierta y estuvo a punto de chocar contra un Plymouth marrón aparcado a mitad de la manzana. Joey observó las luces rojas que giraban en la esquina y desaparecían. Entonces supo que sólo era el comienzo de una noche aún más larga.

42

—Bienvenidos a Suckville. Población: Dos habitantes —dijo Charlie con escaso humor, hundido hasta las rodillas en un mar de cajas de cartón.

—¿Puedes hacer el favor de dejar de quejarte y comprobar esa caja de allí?

—Ya la he comprobado.

—¿Estás seg…?

—Sí, Oliver, estoy seguro —dice, pronunciando cuidadosamente cada sílaba—. Por nonagésima quinta vez, estoy seguro.

Han pasado tres horas desde que Charlie se reunió conmigo en el Almacén de los Objetos Inservibles reconvertido en el garaje de Duckworth. Durante la primera hora, estábamos esperanzados. La segunda hora comenzamos a impacientarnos. Ahora estamos simplemente hartos.

—¿Qué me dices de aquéllas?

Charlie echa un vistazo a una pila de cajas marrones amontonadas entre unas cuantas sillas de jardín oxidadas y una barbacoa rota.

—Yo. Comprobar. Ellas —dice.

—¿Y qué había en su interior? —lanzo el desafío.

Sus orejas se ponen completamente rojas.

—Déjame pensar… Ah, sí, ahora lo recuerdo; era otra caja llena de novelas de ciencia ficción muy hojeadas y textos de informática tan anticuados como los dinosaurios… —Arrancando la tapa de la caja que está encima de las demás, saca dos libros: un ejemplar de bolsillo de *Fahrenheit 451* deteriorado por la humedad y un manual desteñido titulado *El Commodore 64: Bienvenido al futuro*.

Le miro fijamente y señalo las otras cajas que hay en la pila.

—¿Y qué me dices de las que hay debajo?

—Ya está bien… me largo —anuncia Charlie, volando hacia la puerta. Tropieza y se tambalea sobre uno de los grandes lienzos de Gillian, pero por una vez no vuelve a aterrizar sobre sus pies. Choca contra dos pilas separadas de cajas y recupera el equilibrio, pero sólo después de haber derribado toda la pila. Docenas de libros se esparcen por el suelo.

—¡Charlie, espera! —Le persigo hacia la sala de estar y encuentro a Gillian, que está encorvada sobre el brazo del sillón de mimbre de su padre. Tiene la cabeza gacha y los codos descansan sobre las rodillas. Cuando alza la vista compruebo que tiene los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando.

—¿Qué ocurre? —pregunto—. ¿Estás bien?

Ella asiente en silencio, pero eso es todo lo que parece estar dispuesta a decir. En las manos sostiene un marco de madera azul con un diminuto Mickey Mouse pintado en la esquina inferior derecha. La fotografía es vieja y muestra a un hombre grueso de

pie junto a una piscina… y muestra con orgullo a su pequeña hija de un año. Tiene una sonrisa torcida pero radiante; lleva un sombrero de playa flexible y un bañador rosa brillante. Incluso el Hombre-topo tuvo su día bajo el sol. En la imagen, la pequeña está dando palmas mientras él la sostiene junto a su pecho, con los brazos apretados alrededor de su cuerpo. Como si no tuviese intención de soltarla jamás.

No conozco mucho a Gillian Duckworth, pero sé lo que significa perder a uno de tus padres.

Me arrodillo junto a ella y hago un esfuerzo por conseguir su atención.

—Lamento que estemos metiéndonos en la vida de tu padre de esta manera…

—No es culpa vuestra.

—De hecho, sí lo es. Si no te hubiésemos hecho enfadar, no estaríamos…

—Escucha, si no lo hubiese hecho ahora, lo habría hecho dentro de seis meses. Además —añade, mirando la fotografía—, nunca me prometieron nada. —Está a punto de decir algo más pero no lo hace. Simplemente mira la foto, sacudiendo levemente la cabeza—. Sé que suena patético, pero sólo hace que comprenda lo poco que le conocía. —Mantiene la cabeza gacha y su pelo negro rizado cae como una cascada a un costado del cuello.

—Gillian, si hace que te sientas mejor, tenemos exactamente la misma fotografía en nuestra casa… no he visto a mi padre en ocho años.

Ella alza la vista y nuestros ojos finalmente se encuentran. Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano. Hay un espacio diminuto entre sus labios. Extiendo la mano y le doy unas suaves palmadas en el hombro, pero se ha dado la vuelta. Hunde la cara entre las manos y, cuando las lágrimas comienzan a aflorar, llora para sí misma. Aunque estoy arrodillado junto a ella, Gillian hace todo lo posible para que ese momento sea privado. Pero finalmente… como estoy aprendiendo últimamente… todos necesitamos abrirnos. Reclinándose hacia un costado, Gillian apoya la cabeza en mi hombro, me rodea el cuello con los brazos y deja salir el resto. Con cada sollozo sofocado, apenas si hace ruido, pero siento cómo sus lágrimas humedecen mi camisa.

—Está bien —le digo cuando su respiración se calma—. Está bien echarle de menos.

Por encima de su hombro descubro que Charlie nos observa desde la cocina. Está buscando el brillo en sus ojos… el temblor en su voz… cualquier cosa que sirva para demostrar que Gillian está actuando. Pero eso nunca sucede. Y mientras contempla cómo Gillian se derrumba, ni siquiera él puede apartar la vista.

Al advertir que le estoy mirando, mi hermano da media vuelta y finge revisar nuevamente los armarios de la cocina. Cuando los sollozos de Gillian remiten, se acerca a nosotros.

—¿Quién quiere mirar la tele? —interrumpe Charlie—. Podemos… —Se

interrumpe y actúa como si estuviese sorprendido—. Lo siento, no quería…

—No, está bien —dice Gillian, irguiéndose en el sillón de mimbre y recuperando la compostura.

«¿Qué estás haciendo?», le pregunto con la mirada. No estoy seguro de si está celoso o si sólo intenta calmarla, pero hasta yo debo reconocerlo, ella sabe utilizar ese momento de distracción.

—Venga —añade Charlie, poniendo voz de chico agradable y haciendo señas en dirección al televisor—. No más penas… es hora de relajarse con algún entretenimiento intrascendente.

Gillian me mira para comprobar mi reacción.

—En realidad, creo que no es mala idea —convengo—. Sólo para limpiar el paladar mental…

—¡Así se habla! —dice Charlie pasando junto a nosotros. Saltando desde la alfombra, aterriza limpiamente sobre el sofá con las piernas cruzadas sobre la mesilla baja. Gillian me sigue a la sala de estar, sus dedos cogidos en mi mano.

—Eso es… hay lugar para todos… una gran familia feliz —bromea Charlie mientras agarra el mando a distancia. Apunta al televisor y pulsa el botón pero no sucede nada. Vuelve a apretar el botón. Nada.

—¿Has pulsado «Encendido»? —pregunto.

—No, he pulsado «Sin sonido»… lo triste es que sigo oyendo tu voz.

Charlie hace girar el pequeño artilugio y abre el compartimiento de las pilas.

Mira a Gillian alzando una ceja. La fiesta ha terminado.

—Está vacío.

—Ah sí, es verdad —dice ella—. Pensaba poner unas pilas nuevas.

—No te preocupes —digo—. Charlie, ¿no dijiste que había algunas en el armario?

—Sí —dice fríamente, sin apartar la vista de Gillian—. Hay una caja llena. De todos los tamaños imaginables.

Voy rápidamente hasta el armario y regreso con un puñado de pilas nuevas doble-A. Gillian ya ha encendido manualmente el televisor, pero Charlie está concentrado en el mando a distancia. Coloca las pilas y vuelve a intentarlo. No sucede nada.

—Tal vez está roto.

—¿En esta casa? —pregunta Gillian—. Papá lo arreglaba todo.

—Venga, pásame ese chisme —le digo a Charlie, sentándome en el borde de la mesilla baja. Es hora de emplear el truco que acostumbraba a utilizar con mi viejo *walkman*. Extraigo nuevamente las pilas, me llevo el mando a los labios y soplo con fuerza en el interior del compartimiento. Ante mi sorpresa, oigo un sonido rápido, como un aleteo… como cuando soplas con fuerza una brizna de hierba o el borde de una hoja de papel.

Charlie inclina lentamente la cabeza. Sé lo que está pensando.

—Tal vez está roto después de todo —dice Gillian.

—Imposible —replica Charlie. Tiene los ojos muy abiertos y esa expresión hambrienta en el rostro. En cualquier otra casa, un mando a distancia roto es simplemente eso. Pero aquí… como Gillian ha dicho, Duckworth lo arreglaba todo —. Déjame intentarlo —dice Charlie.

Pero ya me he adelantado. Introduzco dos dedos en el compartimiento de las pilas y tanteo buscando el origen de ese sonido. Ahí no hay nada.

Charlie se ha levantado del sofá y permanece ansiosamente junto a mí.

—Rómpelo.

Gillian sacude la cabeza.

—Realmente crees que él…

—¡Rómpelo! —repite Charlie.

Con los dedos aún dentro del mando, tiro con fuerza de la parte posterior. Pero no cede. No hay suficiente palanca.

—Toma —dice Charlie, alcanzándome un lápiz. Lo introduzco en el compartimiento de las pilas y hago palanca con fuerza. Se oye un chasquido… el plástico se rompe… y toda la parte posterior del mando se parte, cayendo sobre el regazo de Gillian.

—Vaya, vaya, vaya —dice Charlie.

No estoy seguro de qué está hablando. Entonces bajo la vista. Dentro del mando a distancia, sujeta con dos gruesas grapas, hay una hoja de papel doblada tan pequeña y apretada que tiene la longitud y el ancho de un cigarrillo aplastado. Es posible que los tíos del servicio secreto hayan revisado todos los otros escondrijos, pero no hay duda de que a ninguno se le ocurrió mirar la tele.

Gillian abre la boca.

—¿Qué es? —pregunta Charlie.

Quito las grapas con la punta del lápiz.

Con un bostezo, el papel doblado se abre lentamente. La excitación es tan intensa que apenas si puedo…

—¡Ábrelo! —grita Charlie.

Lo abro rápidamente y del interior de la primera hoja de papel cae al suelo otra hoja más pequeña y satinada. Charlie se lanza a por ella.

Al principio, parece un punto de libro, pero en el rostro de Charlie hay una expresión de desconcierto.

—¿Qué dice? —pregunto.

—No tengo ni idea.

Charlie gira el punto de libro hacia un lado y aparecen cuatro fotos: retratos, todos en fila. Un hombre mayor de pelo entrecano; un tío pálido de unos cuarenta años con

pinta de banquero; una mujer pecosa y pelirroja; un tío negro con expresión cansada y la barbilla hendida. Es como una de esas fotos de los fotomatones, pero como está dispuesta en horizontal, parece más una rueda de sospechosos.

—¿Qué dice la tuya? —pregunta Charlie.

Casi lo he olvidado. Cogiendo el documento de apariencia legal, leo rápidamente: «Confidencialidad… Restricciones en su divulgación… No se limitarán a fórmulas, dibujos, diseños…»—Tal vez no haya asistido nunca a la facultad de derecho, pero después de haber estado cuatro años tratando con gente rica y paranoica,' reconozco un ADN cuando lo veo.

—¿Un qué? —pregunta Charlie.

—Un AND, un acuerdo de no divulgación. Es un documento que se firma durante los acuerdos de negocios para garantizar que ambas partes mantendrán la boca cerrada. Es la forma que tienes de impedir la divulgación de una idea nueva.

—¿Y en este caso…?

Levanto el documento y señalo la firma que hay al pie del mismo. Es un garabato extraño realizado con tinta negra. Pero el nombre es inconfundible. Martin Duckworth.

43

—No lo entiendo —dice Gillian—. ¿Crees que papá inventó algo?

—Bueno, no hay duda de que inventó algo —le respondo y mi voz ya ha comenzado a descender velozmente por la ladera de la montaña—. Y por lo que parece, tu padre estaba tras algo realmente importante.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Charlie.

Vuelvo a agitar en el aire el papel arrugado.

—Lee la otra firma que figura al pie del contrato.

Charlie me coge la muñeca para mantener la mano firme. «Acordado y firmado. Brandt T. Katkin, Experto en Estrategia Jefe, Five Points Capital.»

—¿Quién es Brandt Katkin? —pregunta Charlie.

—Olvídate de Katkin, estoy hablando de Five Points Capital. Con un nombre así y una carta como ésta, te apuesto mi ropa interior a que se trata de un CR.

—¿CR? —pregunta Gillian.

—Capital de riesgo —le explico—. Ellos prestan dinero a una nueva compañía… mantienen a los empresarios en movimiento invirtiendo pasta en sus ideas. En cualquier caso, cuando una empresa de capital de riesgo firma un acuerdo de no divulgación de hechos —y podéis estar seguros que éste es uno de esos acuerdos— estamos hablando de un montón de dinero.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es así como funciona el negocio; estas empresas de CR ven cientos de nuevas ideas cada día: un tío inventa el Chisme A; otro tío inventa el Chisme B. Los dos inventores del chisme quieren conseguir acuerdos de no divulgación de hechos antes de aparecer en el escenario y levantarse las faldas. Pero las firmas de CR, bueno, esos tíos odian los acuerdos de no divulgación de hechos. Ellos quieren ver todas las faldas sobre las que puedan poner sus ojos. Y lo que es aún más importante en estos casos, si un CR firma un AND queda expuesto a responsabilidades legales y jurídicas. El año pasado, cuando nuestro banco llevó a un cliente a Deardorff Capital en Nueva York, uno de los socios dijo que la única forma de que ellos firmasen un acuerdo de esas características sería si el mismísimo Bill Gates entrase en la sala y dijera, «tengo una gran idea, firmen este acuerdo y les hablaré de ella».

—De modo que el hecho de que Duckworth consiguiera que esos tíos firmasen el acuerdo…

—… significa que tuvo una idea del tamaño de Bill Gates —aseguro. Me vuelvo hacia Gillian—. ¿Tienes alguna pista acerca de qué estaba haciendo tu padre? —le pregunto.

—No, yo… no sabía que estuviese construyendo nada. Todos sus inventos anteriores eran pequeños, como ese aparato de ocho pistas.

—Tenía que ser algo relacionado con ordenadores —añade Charlie.

—¿De verdad? ¿Eso crees? —pregunta Gillian con evidente sarcasmo.

—No. Es sólo una suposición —contesta Charlie con la misma ironía.

—Vosotros dos… ya está bien —les advierto—. Gillian, ¿estás segura de que no se te ocurre nada relacionado con esto? ¿Cualquier cosa que tu padre pudiera estar tratando de vender?

—¿Qué te hace pensar que lo estaba vendiendo?

—Uno no acude a una firma de CR a menos que necesite dinero. Tu padre consiguió convencerles para que invirtiesen en su invento o bien hizo la venta directamente.

—¿O sea que fue así como consiguió el dinero? —pregunta Charlie—. ¿Crees que la idea era tan buena como para que le pagasen toda esa pasta?

—Si le dieron tres millones de dólares —dice Gillian—, no hay duda de que debía de ser una idea excelente.

Charlie me mira. «Si le dieron trescientos millones de pavos era una idea de la hostia.»

—¿Qué hay de las fotografías? —pregunta de pronto Gillian.

Parece estar increíblemente excitada, pero tal como Charlie se encarga de señalar inmediatamente, sus pies desnudos son nuevamente dos puños aferrados a la alfombra. ¿Qué espera? Todos estamos ansiosos.

—¿O sea que no son parientes ni nada por el estilo? —le pregunta Charlie.

—No les había visto en mi vida.

—¿Amigos, tal vez? —pregunto.

—Apuesto a que uno de ellos es Brandt Katkin —dice Charlie, señalando con un movimiento de la barbilla el acuerdo de no revelación de hechos.

—Podría ser cualquiera —añado, incapaz de reducir la velocidad de mis palabras. Con el sabor de la esperanza en la lengua examino las cuatro instantáneas—. Yo apuesto a que estos tíos eran sus contactos en el CR.

—Tal vez fuesen simplemente personas con las que trabajaba —añade Charlie—. Tal vez eran tíos en los que confiaba.

—O tal vez fueron quienes le asesinaron —dice Gillian—. Todos ellos podrían ser miembros del servicio secreto.

Los tres nos quedamos en silencio. A estas alturas de los acontecimientos, cualquier cosa es posible.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Gillian sin poder ocultar la ansiedad en su voz.

—Podríamos tratar de ponernos en contacto con este tío Brandt Katkin y hacerle algunas preguntas acerca de Five Points Capital —propone Charlie.

—¿A las dos de la madrugada? —pregunta Gillian.

—Cuanto más tarde, mejor —contesta Charlie, fulminándola con la mirada; se niega a ceder un solo centímetro—. Creo que deberíamos ir allí y entrar en la casa por una ventana. Cuando estábamos en el instituto, Joel Westman me enseñó a desconectar una alarma con uno de esos imanes que sirven para sujetar cosas en las puertas de las neveras. Podemos revisar los archivos en el mejor estilo Watergate.

—No, es una gran idea —aporto mi opinión—. Luego vosotros dos podéis bajarme sujeto con una cuerda desde el conducto del aire y yo trataré de impedir que una gota de sudor caiga sobre el ridículamente protegido suelo, al tiempo que me apodero de la lista de VIP.

Charlie entorna los ojos.

—¿Estás siendo sarcástico conmigo?

—No te distraigas —le digo—. ¿Por qué arriesgarse a entrar furtivamente por la parte de atrás cuando podemos entrar sin problemas por la puerta principal?

—¿Cómo dices?

—Se trata de trabajar con lo que tenemos —digo, señalando a Gillian—. Si ellos decidieron hacer esa inversión en el futuro de Duckworth, ¿no crees que querrán conocer a su pariente más próximo…?

—¿O sea que realmente quieres ir allí? —pregunta Charlie.

—Será lo primero que hagamos mañana por la mañana —digo, sintiendo aún el subidón de azúcar—. Tú, Gillian, yo… y todos nuestros nuevos amigos en Five Points.

44

—Esto no va a gustarte nada —advirtió DeSanctis cuando entró en el despacho de Gallo en la Oficina de Campo del servicio secreto. Eran casi las dos de la madrugada y los pasillos estaban desiertos y silenciosos, pero aun así DeSanctis cerró la puerta.

—Sólo cuéntame lo que dice —exigió Gallo.

—Su nombre es Saundra Finkelstein, cincuenta y siete años… —comenzó DeSanctis, leyendo de la primera hoja del montón que llevaba en las manos—. Su declaración de la renta dice que lleva casi veinticuatro años alquilando ese apartamento… un montón de tiempo para llegar a ser íntimas amigas.

—¿Y el registro de las llamadas telefónicas?

—Hemos investigado las llamadas hechas y recibidas en los últimos seis meses. Esa mujer dedica una media de quince minutos diarios a hablar con nuestra Maggie. Desde anoche, sin embargo, no ha habido ninguna llamada.

—¿Qué hay de las conferencias?

—Verás, ahí es donde las cosas empiezan a ponerse feas. Anoche, a la una de la mañana, ella aceptó por primera vez en su vida una conferencia a cobro revertido de un número que identificamos como (¿estás preparado para esto?) perteneciente a un teléfono público en el Aeropuerto Internacional de Miami.

—¿Qué? —exclamó Gallo, mordiéndose el nudillo del pulgar.

—No me mires a mí…

—¿Y a quién coño se supone que debo mirar? —preguntó Gallo, aporreando el escritorio con el puño—. Si están en la casa de Duckworth…

—Créeme, soy perfectamente consciente de las consecuencias.

—¿Has averiguado qué vuelos hay a Miami?

—Dos billetes. Están haciendo las reservas mientras hablamos.

Lanzando el sillón hacia atrás mientras se levantaba, Gallo dejó que chocara violentamente contra la estantería. El impacto sacudió la media docena de placas del servicio secreto y fotografías que decoraban la pared.

—Allí no hay nada que encontrar —insistió.

—Nadie ha dicho que lo hubiera.

—Aun así deberíamos llamar…

—Ya lo he hecho —dijo DeSanctis.

Asintiendo para sí, Gallo salió disparado hacia la puerta.

—¿A qué hora has dicho que salimos?

—El próximo vuelo a Miami es a las seis de la mañana —añadió DeSanctis, saliendo tras él—. A la hora del desayuno estaremos echándoles el aliento en la nuca.

—¡Fudge, sé que estás ahí! —gritó Joey al contestador automático—. No actúes como si estuvieses durmiendo, ¡sé que puedes oírme! Cógelo, cógelo, cógelo… —Esperó pero no hubo ninguna respuesta—. ¿Estás ahí? Dios, soy yo, Joey. —Nada—. De acuerdo, ahora puedes cantar conmigo la canción del alfabeto de mi sobrina: A de Acróbata, B de Burbujas, C de Calambre, D de…

—D de Difunto, querida —contestó Fudge con la voz ronca y pastosa por el sueño—. Y también de Destrucción, Descuartizamiento, Destripamiento…

—¿Conoces la canción? —preguntó Joey, haciendo un gran esfuerzo para no perder la paciencia.

—Querida mamá, son las dos y cuarto de la jodida madrugada. Eres realmente el mismísimo demonio.

—Escucha, ya te lo explicaré mañana, hablo en serio, pero necesito que aceleres ese rastreo de llamadas de Margaret Caruso.

—¡Son las dos y cuarto de la jodida mañana!

—¡Esto es importante, Fudge! ¡Estoy en medio de una crisis!

—¿Y qué quieres que haga?

—¿No puedes ponerte en contacto con tu gente en la compañía telefónica?

—¿Ahora? —preguntó Fudge, aún medio dormido—. Mi gente no trabaja a estas horas… estas horas son para pervertidos, estrellas de rock y… y pervertidos.

—Por favor, Fudge…

—Llámame mañana, cariño. Después de las nueve ya me habré puesto mi colonia para niños.

Desapareció de la línea con un click.

Joey se quitó el pequeño auricular de la oreja y examinó el plano digital de su GPS. Hacía apenas quince minutos, un titilante triángulo azul se había desplazado hacia el centro de la ciudad. Fuera lo que fuese que Gallo y DeSanctis hubieran visto, regresaban al cuartel general. Sin embargo, cuando entraron en el garaje del edificio donde tenía sus oficinas el servicio secreto, el triángulo azul desapareció de la pantalla y un agudo pitido resonó en el coche de Joey. En la pantalla apareció la advertencia «Error en el sistema. Transmisión interrumpida». Joey permaneció indiferente. Cuando se trataba de anular transmisores externos, nadie podía hacerle sombra al servicio secreto.

45

Cuando Charlie estaba en el instituto le encantaba caminar por las calles desiertas a las dos de la madrugada. El vacío del silencio. La resaca de la oscuridad a la vuelta de cada esquina. El noble poder de ser el último hombre en pie. Solía disfrutar intensamente de aquellos momentos. Ahora lo odia.

Cuando regresamos velozmente a nuestro apartamento, no baja de las aceras, se pierde debajo de las filas de palmeras y, cada pocos pasos, mira ansiosamente por encima del hombro.

—¿A quién buscas? —le pregunto.

—¿Qué tal si bajas un poco la voz? —dice en un susurro apenas audible—. No pretendo ofenderte, pero quiero ver si ella nos sigue.

—¿Quién, Gillian? Ella ya sabe dónde nos alojamos.

—Muy bien, entonces supongo que no hay nada por lo que debamos preocuparnos…

—Te estás comportando como un paranoico.

—Escucha, Ollie, sólo porque hayas encontrado un nuevo motivo para estar contento no significa que puedas desconectar tu cerebro.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Desconectar mi cerebro?

Cruzo la calle, harto de esas discusiones. Y de los celos.

—Vuelve aquí, Ollie —me reprende, haciendo señas hacia la acera.

—¿Quién te ha nombrado mamá? —pregunto. Hace una mueca; me encanta fastidiarle. En el cielo la luna está casi llena, pero Charlie no se molesta en alzar la vista—. ¿Por qué te comportas de ese modo con Gillian?

—¿Por qué crees tú que lo hago? —pregunta Charlie, volviendo a mirar por encima del hombro—. ¿Acaso no viste esa capa de polvo en su dormitorio?

—¿Y eso es lo que ha hecho que tengas avispas en el culo? ¿Que Gillian no toque su mesilla de noche?

—No se trata solamente de la mesilla de noche, es el cuarto de baño y los armarios y los cajones y todo lo demás que revisamos… Si te mudaras a la casa de tu padre muerto, ¿conservarías sus cosas por todas partes?

—¿Acaso no oíste lo que dijo Gillian sobre dormir en el sofá? Además, a mamá le llevó un año…

—No me hables de mamá. Gillian lleva viviendo en esa casa más de un mes y parece que se hubiese mudado la semana pasada.

—Ah, ¿de modo que ahora ella está actuando contra nosotros? —pregunto.

—Lo único que te digo es que Gillian sólo tiene un poco de ropa y una docena de obras de arte moderno, pinturas de neoplástico desgarrado. ¿Dónde diablos está el resto de su vida? Sus muebles, su colección de discos; después de todo este tiempo,

¿me estás diciendo que no tiene su propio televisor?

—No estoy diciendo que ella no tenga sus peculiaridades, pero eso es lo que ocurre cuando tratas con un artista…

En ese momento, Charlie está a punto de explotar.

—Hazme un favor, no la llames artista. Colocar papel de calco sobre una vieja pintura de Mondrian no convierte en artista a nadie. Además, ¿has mirado sus uñas? Esa chica no ha pintado en toda su vida.

—¿Ahora resulta que eres una autoridad en todo lo que al arte se refiere? Eso se llama lavarse las manos, Charlie… es un concepto asombroso. Y tú estás furioso simplemente porque ella te está derrotando en tu propio juego.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Ya has visto cómo vive… el hecho de que sea feliz con lo básico… que no necesite participar en la carrera… ¿Comienza a sonarte familiar? Incluso cuando vino a buscarnos; Gillian no se enfurece, es como si se limitara a mirar a través de ti, como si no le temiese a nada.

—Los asesinos con hacha tampoco le temen a nada.

—¿Quieres dejarlo ya, por favor? —le ruego mientras giramos hacia nuestra manzana—. Tú eres quien siempre está diciendo que no tengo ningún sentido de la aventura. ¿Preferirías que saliera con alguien como Beth?

—¿Salir? Tú no estás saliendo con Gillian… ni siquiera estás cortejándola. No sois más que dos personas en una situación extrema y que, casualmente, están una junto a la otra. Es como enamorarse en un viaje de adolescentes, sólo que sin las canciones de James Taylor.

—Puedes hacer todos los chistes que se te ocurran, pero los dos sabemos que detestas que alguien te desafíe cuando asumes tu papel de Señor Disconformidad. Es la misma razón por la que jamás te uniste a una banda… te sientes amenazado siempre que percibes la más mínima posibilidad de competencia.

—Ah, ahora lo entiendo, ¿crees que de eso se trata? ¿De una especie de competición? Puedes quedarte con ella, Ollie. Es toda tuya. Pero será mejor que lo sepas, no se trata de ninguna competición, sino de: divide y vencerás. Y eso es precisamente lo que Gillian está haciendo.

—¿Cómo puedes decir eso?

Después de comprobar la manzana por última vez, Charlie cruza la calle, abre la puerta de metal y corre a través del césped que conduce a nuestro apartamento. Ambos permanecemos en silencio hasta que hago girar la llave y entramos. El olor al producto insecticida es lo primero que nos golpea.

—Sigue siendo mejor que estar en casa de Gillian —dice Charlie, olfateando el aire.

—Ni siquiera la conoces —digo, desafiándole.

—Eso no significa que no tenga vibraciones —replica Charlie, quitándose los zapatos y la ropa para meterse en la cama.

—Vaya, perdóname, no me había dado cuenta de que estabas en plena búsqueda de tu Buda interior. Cuando se trata de las vibraciones de la gente eres como una de esas varillas que se usan para descubrir la presencia de agua subterránea.

—¿Quieres decir que no lo soy?

—Lo único que digo es que no fui yo quien le prestó su amplificador favorito a un completo desconocido y después vio cómo lo canjeaba en una casa de empeños de mala muerte en Staten Island.

—En primer lugar, ese amplificador era viejo y, de todos modos, necesitaba uno nuevo. En segundo lugar tengo un nombre propio del tamaño del Gran Cañón para ti: Ernie. Della. Costa.

—¿Ernie Dellacosta? —pregunto—. ¿El antiguo novio de mamá?

—Durante siete meses y medio interminables —añade Charlie—. ¿Recuerdas lo que ocurrió la primera vez que mamá le trajo a casa para que le conociéramos? Era un tío respetuoso y amable e incluso logró comprar mi amor trayendo Delicias de Pollo para la cena. Pero le odié en el mismo instante en que le arrebaté de las manos ese cubo de cartón con alas de pollo. Odiaba su peinado ondulado… Odiaba sus falsos zapatos de diseño… y durante todo el tiempo que estuvo saliendo con mamá odié a ese hombre como si fuese veneno. ¿Y sabes qué? Yo tenía razón.

Paso junto a él, me inclino en el fregadero y me lavo la cara. Se produce una pequeña discusión, pero Charlie me esquiva hábilmente y regresa rápidamente al futón. Voy tras él, dispuesto a no dar por zanjada la cuestión.

—Muy bien, ¿quieres recordar el resto de la realidad?, mientras tú estabas rascando tu guitarra…

—Es un bajo.

—Lo que sea… mientras tú te dedicabas a rascar tu guitarra y a vivir en la Tierra de la Fantasía, Ernie Dellacosta también era el tío que me consiguió ese trabajo con Moe Guinsburg durante mi primer año en la universidad. Si no hubiera sido por él no habría tenido dinero para continuar estudiando en la Universidad de Nueva York.

—Sabes, he olvidado todo lo relativo a esos trabajos de dependiente. Tienes razón, Ernie Dellacosta fue realmente una fuente de inspiración para todos nosotros —dice con una cucharada extra de sarcasmo.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto.

—Nada. Olvídalo.

—No, no practiques conmigo esos juegos pasivo-agresivos. Dime lo que estás pensando.

Charlie permanece en silencio, lo que significa claramente que está ocultando algo.

—Déjalo —dice finalmente.

—¿Que lo deje? Pero si estabas muy cerca de decir una de tus verdades fundamentales. Venga, Charlie, estamos todos intrigados. Es evidente que sacaste el tema de Dellacosta por alguna razón, ¿cuál es tu problema entonces? ¿Que le hice la pelota para que me ayudara a conseguir un trabajo? ¿Que me reía a carcajadas con sus chistes de imbécil? ¿Qué me comportaba como todo el mundo en la Norteamérica de clase obrera y que me pelé el culo para dejar de preocuparme algún día por los acreedores que llamaban a casa y me acosaban hasta quedarse con los últimos cuarenta dólares que tenía en mi cuenta corriente? Dime qué es lo que te molestaba tanto.

—¡Tú! ¡Tú y tus continuas quejas por tu pobre estilo de vida! —estalla Charlie—. ¡Esto no tiene nada que ver contigo, Oliver, y si alguna vez te pararas a pensar en ello, quizá pudieras darte cuenta de las cosas que pasan debajo de tu jodido techo!

—¿De qué estás hablando?

—Ese tío era un gilipollas, Ollie. Un completo gilipollas. ¿Acaso eso no hace que te preguntes por qué mamá estuvo saliendo con él durante todo ese tiempo?

—¿A qué te refieres?

—¿Sabías que le aterraba la posibilidad de que perdieras tu trabajo? ¿O que odiaba a Ernie desde el segundo mes, pero que le preocupaba que sin ese sueldo no pudieras llegar al final del semestre? Puedes enterrar tu pasado debajo de todo el curriculum que quieras, pero en casa era mamá la que soportaba los abusos.

Abro la boca, completamente perdido.

—¿A qué te refieres con «abusos»? —pregunto.

—Vaya, aquí hay alguien que está usando su viejo acento de Brooklyn…

—¿Qué abusos, Charlie? ¿Ernie le pegaba?

—Mamá nunca lo dijo, pero yo oía sus discusiones, ya sabes lo delgadas que son la paredes de casa.

—Esa no es la cuestión —insisto—. ¿Viste alguna vez que Ernie le pegara a mamá?

Por una vez, Charlie no se defiende.

—Entré en casa y los dos estaban en la cocina —comienza a decir—. Mamá lloraba; él usaba un tono de voz mucho más violento que cualquier otro que quisieras que usaran con tu madre. Se dio la vuelta para ver si yo retrocedía. Entonces le dije que si no se largaba de casa pensaba utilizar su laringe como cuerda de saltar a la comba. El llanto de mamá se volvió más desconsolado, pero no impidió que él se marchara de casa. Nunca volvimos a verle el pelo. Y ése era tu compañero el señor Deilacosta.

Tambaleándome en la baldosa donde estoy parado, siento que mi pecho está a punto de estallar. Me tiembla la barbilla y miro a Charlie como si jamás le hubiese

visto antes. Durante todo este tiempo pensaba que yo había tenido que asumir la peor parte. Durante todo este tiempo estuve equivocado.

—Charlie, yo no sabía…

—No lo digas —me advierte, sin ganas de escucharme. Se mete en la cama, se da la vuelta y se cubre la cabeza con la manta velluda y sucia que encontramos en uno de los armarios. El olor a cigarrillo que desprende la manta debe de ser mucho peor que la peste a insecticida, pero está claro que para Charlie es mucho mejor que hablar conmigo—. Sólo recuerda lo que te he dicho acerca de Gillian —dice antes de desaparecer debajo de las sábanas—. Divide y vencerás, así es como funciona siempre.

46

No puedo dormir. No sirvo para eso. Incluso cuando éramos pequeños —cuando Charlie y yo nos turnábamos para contar historias de terror sobre el demonio, el viejo del saco y la gente de mierda que vivía en nuestro edificio— Charlie era el primero en roncar. Esta noche no es diferente.

Mientras mantengo la mirada fija en la profunda grieta negra que cruza el techo estucado, puedo oír los ecos de mi madre llorando. Y Dellacosta marchándose de casa para siempre. ¿Por qué coño nadie me lo dijo? Luchando aún con la respuesta, escucho la penosa respiración de Charlie. Cuando estaba enfermo era mucho peor: un resuello asmático que solía mantenerme vigilante como si fuese un monitor cardíaco humano. Es un sonido que me perseguirá siempre —como el sonido de los sollozos de mi madre— pero cuando me vuelvo y miro a Charlie, mientras los minutos pasan y su respiración adquiere un ritmo regular, trato de encontrar algo de alivio en la sensación de que, finalmente, estamos consiguiendo un momento de descanso. Entre las fotografías, el acuerdo de no revelación de datos y las pistas de Five Points Capital, realmente hay una luz al final del túnel. Y entonces, como salido de ninguna parte, la luz desaparece robada por unos ligeros golpes contra el cristal de la ventana.

Me incorporo en la cama.

Los golpes cesan. No muevo ni un músculo. Y los golpes vuelven a empezar. El golpe seco y persistente de un nudillo contra el cristal.

—Charlie, levántate —susurro.

No se mueve.

—Oliver —la voz llega claramente desde el exterior.

Salto de la cama tratando de no hacer ruido. Si grito, quien esté fuera sabrá que estamos despiertos. Me acerco a la cama de Charlie para destaparle.

—¿Oliver, estás ahí? —pregunta la voz.

Me giro, sorprendido, y dejo la manta de Charlie. No es cualquier voz…

—Oliver, soy yo.

… es una voz que conozco. Me acerco rápidamente a la puerta y echo un vistazo a través de la mirilla sólo para asegurarme.

—Abre…

Hago girar la llave y quito el cerrojo. La puerta se abre con un leve crujido y miro hacia la oscuridad.

—Lo siento, ¿te he despertado? —pregunta Gillian con una leve sonrisa.

Como es habitual en ella, no puede permanecer quieta. Hunde las manos en los bolsillos traseros y luego alterna el peso del cuerpo de un pie a otro, balanceándose como si fuese una cantante folk.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No lo sé… no podía dejar de pensar en el mando a distancia… y las fotografías y… me resultaba imposible conciliar el sueño, así que imaginé que… —Se interrumpe bruscamente y echa una rápido vistazo a mis calzoncillos cortos. Me sonrojo; ella se echa a reír—. Escucha, sé que tú tienes tus propias razones para hacer esto, pero te agradezco realmente lo que haces con mi padre. Él… él te lo hubiese agradecido.

Mi cara no hace más que enrojecer intensamente.

—Hablo en serio —dice Gillian.

—Lo sé —digo.

Disfrutando del momento, añade:

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Qué?

—¿De qué signo eres, Aries o Leo? Melville y Hitchcock eran Leo, pero… —Hace una pausa, asimilando mi reacción—. Eres Aries, ¿verdad?

—¿Cómo es posible que…? ¿Cómo lo sabías?

—Venga, estirado, lo llevas grabado en la frente: la postura perfecta, ese tono —paternalista y admonitorio cuando le hablas a tu hermano, incluso esos inmaculados calzoncillos blancos…

—Son nuevos.

—No hay duda de que lo son —dice Gillian, bajando la vista para echarles otro vistazo. Vuelvo a sonrojarme y ella se ríe—. Vamos —añade—. Ponte algo de ropa, dejaré que me invites a una taza de café barato.

Miro la calle desierta por encima de su hombro. Incluso a esta hora no es una idea muy inteligente pasear en público.

—¿Qué me dices de un vale para otra ocasión?

Ella retrocede ligeramente y en su rostro se dibuja la expresión de un cachorro herido.

—Tampoco significa que tengas que irte… —añado a modo de invitación.

Gillian se detiene y se vuelve rápidamente.

—¿Eso significa que quieres que me quede?

Es una broma y ambos lo sabemos. Charlie me diría que cierre la puerta sin perder un segundo. Pero eso no haría más que dejarme tumbado en la cama, en la oscuridad y mirando el techo sin poder dormir.

—Sólo estoy diciendo que debo tener cuidado.

—Ah, debido a los… no había pensado… —Gillian vacila de la manera más dulce posible. Es uno de esos momentos en los que nadie sería capaz de fingir—. Por supuesto que quiero que tengas cuidado. De hecho… —Una sonrisa burlona le ilumina el rostro.

—¿Qué?

—Ponte unas zapatillas —dice, ahora radiante—. Se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Para salir? No creo que sea…

—Confía en mí, guapo en calzoncillos, ésta será una de esas ocasiones que me agradecerás. Nadie sabrá que estamos allí.

Gillian dice algo más, pero yo todavía estoy saboreando la palabra guapo.

—¿Estás segura de que no hay peligro?

—No te lo pediría si hubiese peligro —contesta, súbitamente seria—. Especialmente cuando estamos en esto juntos.

Ese es el impulso que me lleva hasta la cima de la montaña. Si Gillian quisiera hacernos daño, Gallo y DeSanctis estarían aquí hace ya varias horas. En cambio, Charlie y yo disfrutamos de todo un día de paz y tranquilidad. A partir de ahora, cuanto más tiempo pase Gillian con nosotros, más riesgos correrá. Pero no le importa. Quiere conocer la verdad acerca de su padre. Y nosotros también. Dejo una rápida nota para mi hermano y le echo un vistazo para asegurarme de que sigue dormido.

—No te preocupes —dice Gillian—. Nunca sabrá que te has marchado.

Mientras recorremos el muelle tengo que reconocer que tenía razón. En una ciudad que se enorgullece de ser vista, Gillian ha encontrado el único lugar tranquilo donde nadie mira.

—¿Suficientemente solitario para ti? —pregunta mientras nuestros zapatos resuenan sobre las tablas de madera de la Miami Beach Marina. A nuestro alrededor, los muelles están sumidos en un silencio absoluto. En la playa, un guardia de seguridad está haciendo su habitual ronda nocturna pero Gillian agita la mano en un gesto amistoso y eso basta para mantenerle a distancia.

—¿Vienes aquí con frecuencia? —pregunto.

—¿Tú no lo harías? —contesta mientras pisa el freno.

No estoy seguro de a qué se refiere, es decir, hasta que no señala una pequeña embarcación de pesca, blanca y visiblemente afectada por el paso del tiempo, que se balancea junto al muelle. Apenas lo bastante grande para que quepan seis personas, tiene los asientos cubiertos con cojines gastados que llevan el emblema de los Miami Dolphins y un parabrisas con una grieta que lo atraviesa por la mitad. Con un ligero y exacto movimiento de los pies, Gillian lanza las sandalias dentro del bote.

—¿Es tuyo? —pregunto.

—El último regalo de mi padre —dice con evidente orgullo—. Incluso los ingenieros ateos siguen apreciando la majestuosidad de atrapar un pez a la luz del crepúsculo.

Cuando desata los cabos que sujetan la embarcación a los pilotes del muelle puedo ver sus brazos delgados que brillan con gracia a la luz de la luna. Salto dentro

del bote sin dudarlo un instante. Gillian enciende el motor y coge la rueda del timón con mano suave pero segura. Deben de ser las cuatro de la madrugada, pero en el mar aún hay unas vistas realmente maravillosas.

Con un brusco giro a la izquierda dejamos la marina e, ignorando los carteles de «No provoque olas», Gillian mueve la palanca del acelerador hacia adelante y nos envía rebotando a través del agua oscura. La accidentada marcha basta para lanzarnos contra nuestros asientos, pero ambos nos aferramos al tablero de instrumentos y hacemos un esfuerzo para mantenernos en pie.

—¡Si no te colocas por encima del parabrisas, no puedes probar el sabor del océano! —grita Gillian por encima del ruido del motor. Asiento y paso la lengua por la sal que el aire deposita en mis labios. Cuando comencé a trabajar en Greene, Lapidus me llevó en su avión privado a Saint Bartholomew y salimos a navegar en uno de los yates de un cliente del banco. Tenían catas de vinos, masaje tailandés y dos mayordomos. Comparado con esto era una mierda.

Gracias a un faro antiniebla instalado en la proa de la embarcación podemos ver a través de la oscuridad, pero con la luna oculta detrás de las nubes, es como conducir a través de un campo abandonado. A la distancia, el océano se desvanece y todo se vuelve negro. Las únicas cosas que se pueden ver con cierta claridad son los espigones paralelos que corren a derecha e izquierda, un pasamanos natural que nos lleva hacia mar abierto.

—¿Preparado para montar en el autobús mágico? —me grita Gillian cuando entramos en el océano. Espero que aumente la velocidad. En cambio, reduce la marcha. Al final del espigón gira nuevamente a la izquierda, rodea las rocas, y apaga el motor.

—¿Qué haces?

—Ya lo verás —bromea, dirigiéndose a proa.

Nos encontramos a unos buenos doscientos metros de la costa, pero aún puedo oír cómo rompen débilmente las olas en la arena.

—¿La gente puede vernos? —pregunto, echando un vistazo hacia un puesto de salvavidas apenas visible.

—Ya no —dice Gillian mientras apaga el faro antiniebla. La repentina oscuridad nos engulle por completo.

Buscando un punto de referencia que me dé seguridad, mis ojos se desvían hacia los letreros de neón rosa, azul claro y verde limón que señalan los techos de los hoteles *art déco* que flanquean Ocean's Drive. Desde esta distancia parecen luces de aterrizaje. Todo lo demás ha desaparecido.

—¿Estás segura de que esto es prudente?

En ese momento se oye el sonido de algo cayendo al agua y la proa de la

embarcación se sacude ligeramente. Ahí va el ancla.

—Gillian…

Moviéndose ahora rápidamente hacia la popa, Gillian retira los cojines de los Miami Dolphins que cubren el banco de madera, levanta la parte superior de éste y deja al descubierto el compartimiento para guardar cosas que hay debajo. Saca dos trajes de neopreno, máscaras, aletas…

—Échame una mano con esto —me dice, luchando con algo bastante pesado.

Me acerco y la ayudo a sacar del compartimiento un tubo de metal frío. Luego otro. Botellas de oxígeno.

—¿Estás tratando de decirme algo? —le pregunto, haciendo un gran esfuerzo para dar la impresión de que no me siento intimidado por la situación.

Saca una linterna y me ilumina la cara.

—Pensé que estabas preparado para un poco de aventura…

—Y lo estoy —digo, bloqueando el haz de luz con la mano—. Para eso hemos venido a este bote.

—No, hemos venido al bote para sumergirnos. La aventura comienza aquí. —Con el rostro sonrojado por la adrenalina, Gillian coloca la linterna en un soporte del banco y se concentra en la pila de equipo que tenemos a los pies. Lee los indicadores de presión, ajusta las válvulas, deshace un nudo en los tubos flexibles de respiración…—. Sólo espera a verlo —dice con voz excitada.

—Gillian…

—Esto te abrumará los sentidos, vista, tacto, oído: bum, como si fuese un altavoz gigantesco.

—Tal vez deberíamos…

—Y la mejor parte es que solamente los que vivimos aquí conocemos este lugar. Ya puedes olvidarte de toda esa panda de turistas con la boca abierta en South Beach… Esto es sólo para los nativos. Toma, ponte esto. —Me arroja un traje de submarinista que me golpea el pecho.

Aunque pierda ante ella unos puntos preciosos, no es el momento más indicado para mantener la boca cerrada.

—Gillian, nunca he practicado el submarinismo.

—No te preocupes… todo irá bien.

—Pero no es peli…

Gillian se baja la cremallera de los tejanos y deja que se deslicen hasta los tobillos. Mientras libera los pies, se quita la camisa y la arroja a un lado.

—Relájate —dice, parada frente a mí y cubierta sólo con un sujetador transparente y unas bragas de algodón blanco—. Yo te enseñaré.

Justo por encima del fino elástico de las bragas lleva un diminuto tatuaje de una mariposa morada. No puedo quitar mis ojos de él.

—Ten cuidado, podrías quedarte ciego —bromea, contorsionándose para meterse en el traje de neopreno.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto me gusta practicar el submarinismo? —pregunto con la mirada aún clavada en la pequeña mariposa.

Con una sonrisa, Gillian me señala los pantalones. Me los quito rápidamente y me enfundo el traje de submarinista, que resulta ser mucho más ceñido de lo que yo imaginaba. Especialmente en la entrepierna.

—No te preocupes —dice Gillian al ver la expresión de mi rostro—. Se aflojará cuando se moje.

—¿El traje o yo?

—Espero que ambos.

Estiro ambos brazos y prácticamente me precipito hacia ella. En la parte posterior de la embarcación, Gillian apuntala las botellas de oxígeno y las abre haciendo girar una válvula.

—Éste es tu regulador —dice, señalando el extremo superior de la botella, donde fija un pequeño artilugio negro que tiene cuatro tubos flexibles que serpentean en todas direcciones—. Y éste es el regulador —añade, tendiéndome el tubo corto de la derecha.

Siguiendo sus indicaciones me llevo el tubo a la boca y respiro profundamente. Se produce un lento siseo tipo Darth Vader cuando una corriente de aire frío pasa a través de la garganta y llena mis pulmones.

—Eso es… continúa así —dice Gillian mientras yo exhalo el aire y repito la operación—. Suave y lento… parece que lo hayas hecho toda la vida.

Es fácil hacer un cumplido, pero cuando mi respiración silba a través del tubo flexible, la testosterona comienza a debilitarse.

—¿Para qué sirven todos estos otros tubos? —pregunto sin poder disimular mi nerviosismo.

—No te dejes impresionar por esas minucias —dice Gillian mientras sube la cremallera de mi traje y me da unas suaves palmadas en el pecho—. Cuando estás debajo del agua, sólo hay una regla, de vida o muerte: sigue respirando.

—Pero qué hay del regulador y de estos tubos…

—Todo el equipo funciona de forma automática. Mientras sigas respirando, mantiene el flujo del aire y regula la presión. Después, es como conducir un coche: no es necesario que sepas cómo funciona el motor y cómo se produce la combustión y todas esas cosas, sólo necesitas saber conducir.

—Pero nunca antes he conducido…

Gillian ignora mi comentario y me indica que levante las manos en el aire, pone un grueso cinturón amarillo alrededor de mi cintura y lo sujeta con lo que parece una versión en plástico de un cinturón de seguridad de los que se usan en los aviones.

—¿Cuánto pesas? —pregunta, metiendo pesos de plomo en los bolsillos de velero del cinturón.

—Setenta y cinco kilos, aproximadamente. ¿Por qué?

—Perfecto —dice, cerrando herméticamente el último bolsillo—. Eso te llevará al fondo como a un chivato de la mafia.

Negándose a ir más despacio, Gillian se coloca detrás de mí. Giro para seguirla, pero el peso extra que llevo en la cintura y el balanceo del bote me hacen perder ligeramente el equilibrio.

—¿No tendría que haber aprendido antes para hacer esto? —pregunto.

—Te encantan las reglas, ¿verdad? —contesta, colocándose su cinturón de plomo —. Lo único que te enseñan en esas clases es cómo no tener pánico.

Luego me levanta los brazos para colocarme un chaleco salvavidas rojo inflable. La botella de oxígeno y sus tubos tentaculares están sujetos con correas al chaleco salvavidas. Cuando me agacho, ella levanta el chaleco sobre mis hombros y estoy a punto de caer hacia atrás a causa del exceso de peso. Pero Gillian está allí para sostenerme.

—Puedes creerme —me promete, asegurándose de que el chaleco se encuentra bien sujeto en su sitio—. No te llevaría ahí abajo si no fuese seguro.

—¿Qué hay de las embolias? No quiero acabar metido en una de esas cámaras de descompresión de ciencia ficción.

—Sólo bajaremos a diez metros de profundidad. Las embolias no representan ningún riesgo hasta que no has alcanzado al menos los treinta metros.

—¿Y sólo bajaremos a diez metros?

—Sólo diez —repite Gillian—. Quince como máximo. —Arrodillándose se coloca su chaleco y la botella sobre los hombros—. Poco más que el largo de este bote. —Cuando ha terminado de ajustarse el chaleco, coge uno de mis cuatro tubos y aprieta un botón en uno de los extremos. Se produce un agudo siseo. El chaleco se llena de aire y se tensa alrededor de mis costillas—. Si todo lo demás falla, aún te queda el chaleco salvavidas —dice, haciendo que suene como si tuviese miedo de ahogarme en una piscina para niños.

Gillian llena de aire su chaleco, coge una máscara y una linterna, se calza las aletas y sube a la pequeña nevera que hay en popa.

—Gillian, espera…

Ella ni siquiera se gira. Se oye un chapoteo y la barca se balancea por la súbita pérdida de peso. Gillian desaparece de la superficie y vuelve a aparecer un segundo después.

—¡Eh, tienes que sentir esto! —grita.

—¿Está caliente?

—¡Está helada! ¡Es como si tuviera hielo en mis bragas!

Gillian lanza una carcajada como si estuviese celebrando la fiesta del año, y cuanto más la miro, más comprendo que lo es.

—Venga —me dice—. Al menos tienes que probarlo. Si no te gusta, siempre puedes flotar alrededor del bote.

Sé que no es justo lo que hago, pero trato de imaginar a Beth en la misma situación. Odia el frío. ¿Y a estas horas? Ella ni siquiera hubiese subido al bote.

—¡Venga! —grita Gillian mientras busco las aletas y la máscara—. ¡Con suavidad, sólo tienes que subirte a la nevera y saltar!

Me ajusto la máscara sobre la cara y cojo con fuerza todos los tubos.

—¿Estás segura de que ésta es la mejor manera de entrar en el agua?

—Jacques Cousteau no podría hacerlo mejor… un paso de gigante para toda la human…

Cierro los ojos, salto y me sumerjo rápidamente. El peso extra me hunde a plomo pero, gracias al chaleco inflado, salgo despedido nuevamente hacia la superficie. La temperatura es lo primero que siento. Sin el sol sobre el agua… incluso con el traje de neopreno… hielo en los calzoncillos es una buena descripción.

—¿Está lo bastante fría para ti? —pregunta Gillian.

—No, esto es genial, me gusta cuando absolutamente, positivamente no puedo sentir mi pene.

Es un chiste fácil, pero ella sabe perfectamente que no es sólo el frío lo que me provoca estos temblores. El mar está oscuro y desierto, la máscara se ajusta a mis sienes y lo único que oigo es el tema de la película *Tiburón*.

—¿Estás preparado para sumergirte? —pregunta Gillian.

—¿Ahora mismo?

Mirándome fijamente a través de su máscara, Gillian se acerca con un par de brazadas y me coge por los hombros.

—Lo harás de maravilla, estoy segura.

—¿Estás…?

—Totalmente —me promete.

Mientras Gillian se aparta, levanto la mano hacia el hombro derecho y busco el tubo con el regulador.

—¿Todo lo que debo hacer es respirar a través de esta cosa?

—Ése es todo el manual de instrucciones. Respirar y respirar y respirar. De hecho, por qué no das una vuelta nadando alrededor de la manzana…

Como antes, me coloco el regulador entre los dientes y Darth Vader regresa. Después de tres o cuatro inspiraciones, Gillian señala hacia el fondo. Mordiendo con fuerza las puntas de plástico duro que mantienen el regulador en su sitio, me inclino y sumerjo el rostro en el oscuro océano.

Hago una pequeña pausa antes de volver a respirar, pero mi cerebro se concentra

en el cursillo intensivo de Gillian. Respirar, respirar, respirar. Abro los pulmones y absorbo una bocanada de aire… y la exhalo rápidamente. Un estallido de pequeñas burbujas sale del regulador. A partir de ese momento, me concentro en hacer respiraciones cortas, y funciona.

Gillian me da unos golpes en la espalda. Saco la cabeza fuera del agua y me quito el regulador.

—¿Preparado para el pistoletazo de salida? —me desafía.

Asiento, esperando que eso sirva para que se tome las cosas con calma. Pero no hace más que acelerarlas.

—Muy bien, éstas son las instrucciones. Primero: si te desorientas, sigue las burbujas… te llevarán siempre hacia la superficie.

—Seguir las burbujas. De acuerdo.

—Segundo: cuando descendamos, no olvides destaparte los oídos, no querrás perforarte un tímpano, ¿no?

Para practicar me aprieto la nariz con el índice y el pulgar y soplo con fuerza.

—Y tercero, que es lo más importante: cuando subas a la superficie sigue respirando. Sentirás la tentación de contener la respiración, pero debes luchar contra ese deseo.

—¿Qué quieres decir?

—Es algo instintivo. Estás debajo del agua… comienzas a sentir pánico. Lo primero que harás —garantizado— es contener la respiración. Pero si subes a la superficie de ese modo, y no estás respirando, tus pulmones estallarán como un globo. —Se pone bien la máscara y me mira rápidamente—. ¿Preparado?

Asiento nuevamente, pero sigo concentrado en una sola imagen. «Mis pulmones estallando como un globo.» Debajo de las olas, mis pies se mueven rápidamente impulsándome hacia atrás.

—¿Qué? —pregunta Gillian—. ¿Ahora tienes miedo?

—¿Me estás diciendo que no debería tenerlo?

—No te estoy diciendo nada. Si quieres abandonar ahora, la decisión es tuya.

—No se trata de abandonar…

—¿De verdad? —me interrumpe, enfadada—. ¿Entonces por qué actúas de pronto como la primera rata en saltar del barco?

La pregunta se clava como un sacacorchos en mi pecho. Nunca había oído antes ese tono de voz en Gillian.

—Escucha —le digo—, lo estoy haciendo lo mejor que puedo. Cualquier otro dejaría que te sumergieras sola.

—Sí, seguro…

—¿Crees que estoy bromeando? Nómbrame a una sola persona que fuese capaz de saltar al océano helado en un traje de neopreno y arriesgar su vida simplemente

por experimentar una nueva sensación a las cuatro de la madrugada.

—Tu hermano —dice Gillian, mirándome fijamente para remachar el clavo. Antes de que pueda reaccionar, ella se coloca el regulador entre los dientes y coge el tubo que tiene apoyado en el hombro izquierdo. Levantándolo por encima de la cabeza, aprieta un botón en el extremo del mismo. Un siseo de aire rasga el silencio. Cuando el chaleco se desinfla, Gillian comienza a hundirse lentamente.

Me coloco rápidamente el regulador, levanto el tubo y oprimo el botón con el pulgar para desinflar el chaleco. La presión se afloja en torno a mis costillas. El agua me roza la barbilla.

—No te arrepentirás, Oliver —grita Gillian, quitándose el regulador para respirar por última vez fuera del agua. Cuando está a punto de sumergirse, añade—: Después me lo agradecerás.

Sacudo la cabeza fingiendo ignorar el súbito entusiasmo. Pero cuando me hundo —a medida que el agua negra me lame las mejillas y llena mis oídos— descubro de pronto que nunca he dicho a Gillian que mi verdadero nombre es Oliver.

47

A las tres de la madrugada, mientras su coche bloqueaba la boca de incendio delante del edificio de Maggie Caruso, Joey se prometió a sí misma que no se quedaría dormida. A las tres y media bajó el cristal de la ventanilla para que el frío de la noche la mantuviese despierta. Hacia las cuatro, su cabeza se inclinó hacia adelante. A las cuatro y media volvió a caer bruscamente sobre el reposacabezas. Luego, exactamente a las cinco menos diez, un chillido agudo la despertó de golpe.

Parpadeando para volver al mundo vigilante, Joey buscó el rastro del sonido en la pantalla iluminada de su sistema de posición global. El brillante triángulo azul volvía a moverse a través del plano digital, directamente por la West Side Highway. Colocó la pantalla sobre su' regazo y observó cómo el coche de Gallo y DeSanctis se dirigía hacia el extremo de la ciudad. Era como un videojuego primitivo sobre el que no tenía ningún control. Al principio pensó que regresaban a Brooklyn, pero cuando el coche pasó de largo la entrada del puente, y tomó la FDR Drive, sintió una punzada de calor en la nuca. Había muy pocas cosas abiertas tan tarde. O tan temprano. «Mierda, no me digas que están…» El diminuto triángulo azul giró en el puente de la calle 59 y cuando Joey vio que se dirigía hacia el Grand Central Parkway, puso el motor en marcha y salió pitando. En la parte superior del plano digital, el triángulo azul se dirigía directamente hacia su destino. El destino más popular en Queens a las cinco de la mañana: el aeropuerto de La Guardia.

48

Sumergido debajo de las olas, floto como un astronauta y caigo a plomo hacia el corazón de la oscuridad. Decenas de burbujas se elevan a mi alrededor, rebotando contra el plástico duro de la máscara. Giro la cabeza hacia arriba, en dirección a la única fuente de luz visible, pero cuanto más profundamente me deslizo, más rápido se desvanece. El verdemar se convierte en azul oscuro y luego se convierte en una nube negra como el ala de un cuervo. Limítate a respirar, me digo mientras me obligo a enviar una bocanada de aire a través del regulador. Vuelvo a chupar y suena como un respirador. No hay olas, no hay viento, no hay sonido de fondo. Sólo el eco gorgoteante de mi propia respiración. Y Gillian pronunciando mi nombre.

Ni siquiera lo pienses, ahora no. Pero hay cosas que no puedes ignorar. Es probable que se lo haya oído decir a Charlie. Pronunció mi nombre al menos una docena de veces cuando ambos estábamos en el garaje. Haciendo un esfuerzo para no perder la calma, busco a mi alrededor algo que me tranquilice, pero todo —en todas direcciones— está oscuro. Aprieto la nariz con los dedos y soplo para destapar los oídos y un grupo de diminutos peces fosforescentes pasa delante de mi máscara. Giro la cabeza hacia la izquierda y desaparecen. Todo vuelve a ser negro. Es como nadar en un mar de tinta. Y entonces, un sable de luz se abre paso a través de la oscuridad. La linterna de Gillian. La dirige hacia mí y luego hacia ella. Todo el tiempo ha permanecido a mi lado.

«Vamos», me dice con señas, tratando de que la siga. Yo dudo un momento, pero pronto me doy cuenta de que ella tiene la única fuente de luz. Además, después de lo que ha dicho acerca de Charlie, no pienso demostrarle que tiene razón.

Gillian mueve las piernas y sus aletas la impulsan limpiamente a través del agua. La forma en que se mueve —la elegante extensión de los brazos— es como si volase. Detrás de ella, yo me esfuerzo por no distanciarme, sacudiendo los brazos como si estuviese nadando estilo braza. Es más difícil de lo que había imaginado. Por cada pocos centímetros que consigo avanzar, la corriente submarina parece empujarme hacia atrás. Gillian mira por encima del hombro para ver si la sigo y luego acelera súbitamente. Sea lo que sea lo que quiere que vea, no hay duda de que debemos de estar cerca.

Delante de mí, Gillian dirige el haz de luz de la linterna hacia el exterior e ilumina una pared beige. Entonces veo cómo las burbujas de aire se deslizan a lo largo de su espalda. No es una pared. Es el suelo. Estamos en el fondo.

Instintivamente me pongo tieso. Mi respiración se acelera; no estoy seguro de la razón.

Miro hacia la derecha, pero la máscara impide mi visión periférica. Giro la cabeza rápidamente hacia ambos lados. No hay nada que ver. No hay nadie. Es decir, hasta

que algo se desliza por el lado izquierdo de mi cuello.

Sacudiéndome como un poseso, me giro velozmente y lo cojo por la garganta. Delante de mí, Gillian se mueve a mi alrededor y me ilumina con la linterna. Allí está. Mi atacante: el inanimado tubo que infla el chaleco y que se supone que debe flotar a mi lado mientras nado. Asaltado por mi propio pulpo.

«¿Estás bien?», me pregunta Gillian con una sarcástica mano apoyada en la cadera.

Flotando impotente, me limito a asentir.

Gillian se sumerge nuevamente hacia la oscuridad. Nuevamente, yo la sigo.

Enciende la linterna para examinar el suelo del océano, pero lo único que alcanzamos a ver son algunas plantas que se agitan con la corriente, conchas dispersas y lo que parece ser una trampa para langostas, abandonada y cubierta de herrumbre. Volviéndose hacia la derecha, Gillian agita sus aletas y queda envuelta en una fina nube de arena.

«No falta mucho», me indica sosteniendo el índice a escasos centímetros del pulgar. Deja escapar una gran bocanada de aire y las burbujas se elevan entre nosotros. Siguiendo el suave declive del suelo marino continúa descendiendo. Mientras avanzo tras ella, Gillian continúa nadando. Desde mi punto de observación, la forma en que sostiene la linterna encendida contra el pecho hace que el contorno de su cuerpo brille con un débil halo de luz. Es como perseguir una luciérnaga a través de un bosque submarino.

Una pared negra y convexa se eleva desde el lecho de arena y alcanza un punto situado por encima de nuestras cabezas. Continúa hacia la izquierda hasta más allá de donde alcanza a iluminar el haz de la linterna. Con la mano deslizándose a través de la superficie de metal astillado, Gillian nada hacia la derecha y gira rápidamente en la esquina. Encima de un timón roto y una hélice ausente, las palabras *Mon Dieu II - Les Cayes, Haití* corren perpendiculares hacia el suelo del océano. Aunque descansa sobre uno de sus lados, no hay duda de que se trata de un barco hundido.

En cuanto lo veo mi respiración vuelve a acelerarse. Es como estar parado delante de una casa abandonada. Interesante y atractivo, pero no hay ninguna razón para entrar. Gillian, naturalmente, no es de la misma opinión. Sin perder el tiempo, nada hacia la cubierta posterior, dejándome en medio de una mancha de burbujas. Cuando consigo darle alcance, ya está en plena investigación, iluminando con la linterna toda la cubierta apenas podrida. Se advierte un poco de moho marrón verdoso, pero no mucho; no hace mucho que se ha hundido.

Directamente encima de nosotros un destello plateado llama mi atención. Al principio supongo que se trata de la barandilla de metal que rodea la cubierta, pero cuando Gillian levanta la linterna, me doy cuenta rápidamente de que sólo es una parte de ella: Asegurada con tornillos a la cubierta y perpendicular al suelo, una

máquina de Coca-Cola blanca y roja se balancea abierta sobre nuestras cabezas. No queda ninguna lata en su interior. No hay ninguna duda: el pequeño barco chocó contra una roca y se fue a pique rápidamente. Haití nos roba refrescos; nosotros se los volvemos a robar. En Miami.

Me vuelvo para compartir el chiste con Gillian pero, ante mi sorpresa, lo único que veo es la linterna, apoyada en el suelo del océano, apuntando con su luz hacia la máquina de Coca-Cola. Confundido, echo una mirada alrededor del barco. No hay nadie. Encima de mi cabeza, la puerta de la máquina de refrescos continúa balanceándose con la corriente.

—¿Illian…? —susurro a través del regulador, aunque sé que no puede oírme. Me doy la vuelta y giro la cabeza en todas direcciones. Una fría ola de agua me golpea el pecho. No lo entiendo. Gillian ha desaparecido.

Recojo la linterna e ilumino el plano horizontal. Delante de mí, un rastro de burbujas conduce directamente hacia la cabina de dos pisos del barco. La puerta se ha salido del marco y los cristales han desaparecido de las ventanas de las lumbreras, pero incluso desde donde me encuentro puedo ver lo oscuro que está. Sacudo la cabeza. No pienso meterme ahí dentro.

Un minuto después el rastro de burbujas ha desaparecido. Y Gillian no aparece. Dirijo la luz de la linterna hacia el hueco de la puerta de la cabina. No hay ningún movimiento. Ni burbujas. Me acerco nadando lentamente, repitiendo mentalmente cada movimiento de navaja que he visto cuando era adolescente. Al llegar a la puerta golpeo la linterna contra el casco de metal. Resuena con una ligera vibración. Es imposible que Gillian no lo perciba. A menos que esté atrapada en alguna parte… o necesite ayuda.

Pateo con fuerza y me deslizo a través de la puerta. La luz se mueve hacia todas partes, pero me resulta difícil orientarme. Es una pequeña cocina —lo bastante grande, sin embargo, para tres o cuatro personas— y el fregadero, el hornillo, incluso las encimeras, están todos de costado. En un rincón, una escalera que debe de llevar al segundo piso va en sentido horizontal. Lo mismo sucede con la escalera que conduce a la bodega. El techo está a mi derecha; el suelo a mi izquierda. Cuando alzo la vista, dos armarios de madera vacíos se balancean abiertos como la máquina de Coca-Cola. Entre ambos hay una lumbrera abierta. La ingravidez se hace sentir y la habitación comienza a dar vueltas.

Hago todo lo que puedo para seguir las burbujas, pero ese espacio reducido me está derrotando. Las paredes se ondulan como si estuviesen hechas de mercurio. Es como mirar a través de cristal fundido. El estómago me da un vuelco y siento el sabor del vómito que me sube a la garganta. Dios mío, si vomito en el tubo del aire… Giro frenéticamente hacia mi izquierda, buscando la puerta. Pero, me encuentro de cara con el suelo de linóleo. No tiene sentido. Continúo girando pero nada me resulta

familiar. Todo el mundo se mueve como un caleidoscopio mientras me siento cada vez más mareado. Me aferro el pecho, jadeando como un perro rabioso. Juro que la habitación se está haciendo cada vez más pequeña. Y oscura. Todo —en todas direcciones— se vuelve gris.

Un golpe seco me sacude la espalda y dos brazos se cierran delante de mi pecho. Nos deslizamos de costado y no estoy seguro de dónde es arriba. El impacto hace que la linterna se escurra entre mis manos y caiga en cámara lenta hacia el fondo. Mientras cae, toda la habitación titila como una discoteca. Logro librarme de ese abrazo y, al girar, me encuentro con Gillian. Apenas si puedo verla a través de las burbujas. Sus brazos se mueven rápidamente, cogen la parte inferior delantera de mi chaleco. Es la única parte que mantiene mi aire en su sitio. ¿Por qué está intentando quitarla? Presa del pánico, la sujeto con fuerza por las muñecas. Ella me clava las uñas. Negándose a darse por vencida, vuelve a la carga, arañándome con furia. Pero esta vez la miro a los ojos.

«Por favor, confía en mí», me implora con la mirada.

Desesperadamente, su mano vuelve a la acción. Un gancho de plástico se abre y mi cinturón de plomo se desliza hacia el fondo. Gillian me coge de las solapas y me arrastra hacia atrás. Siguiendo su mirada, elevo la vista y, cuando veo la lumbrera abierta, Gillian me suelta. Sin el cinturón de plomo comienzo a subir como un corcho humano. Ella me da un último tirón para asegurarse de que no golpeo la botella de oxígeno durante la ascensión, pero después de eso salgo disparado hacia la superficie.

Gillian nada furiosamente hasta alcanzarme y se lleva los dedos a la boca para recordarme que debo respirar. Dejo escapar una gran bocanada de aire y miro hacia arriba. El negro se vuelve azul oscuro y luego se vuelve verdemar. Gillian me coge de la mano para asegurarse de que no subo demasiado deprisa. No lo eches a perder ahora, Oliver. Respira, respira, respira.

Salimos a la superficie y el aire frío de la noche me azota la cara. Junto a mí, Gillian ya está inflando su chaleco.

—¿Te encuentras bien? ¿Puedes respirar? —pregunta frenéticamente mientras nada a mi lado. Mientras me sostiene con una mano, con la otra pulsa el botón para inflar mi chaleco. Me abraza las costillas y me pellizca el estómago. En ese momento tengo una arcada pero el vómito no sale.

—¿Te encuentras bien? —vuelve a preguntar.

Agitándome en el agua, apenas si oigo la pregunta. Lentamente, el color de mi visión logra quedar enfocado.

—¿Por qué me has dejado? —le pregunto.

—¿Dejado?

—En el barco, me he dado la vuelta y habías desaparecido.

—Pensaba que me habías visto… te he hecho una seña con la mano antes de

irme…

—¿Entonces por qué no me has llevado contigo?

—Por la misma razón por la que he tenido que sacarte de ahí; bajar es una cosa, pero moverte dentro de un barco hundido… la desorientación… eso es algo que no debes intentar hacer en tu primera inmersión.

—¿Y ésa es la verdadera razón?

—¿Qué otra razón podría haber… —Sus ojos se abren como si le hubiese clavado un escalpelo entre las costillas—. ¿Acaso crees que yo… jamás te abandonaría… yo jamás abandonaría a nadie de ese modo.

Su voz tiembla al pronunciar las últimas palabras. Es como si no pudiese asimilarlo. Me suelta y se aleja flotando lentamente.

—Gillian…

—Yo jamás te haría daño…

—No estoy diciendo que fueras a hacérmelo, es sólo que… cuando has dicho mi verdadero nombre…

—En la casa… tu hermano lo dijo.

—Eso he pensado… pero cuando me he dado la vuelta y he visto que no estabas… me ha entrado pánico.

—Pero pensar que yo podría… ¡Dios mío! Aquí… aquí es donde vengo antes de pintar… cuando era pequeña, incluso ahora… éste es mi hogar. Si hubiese pensado que no confiabas en mí, yo… yo jamás te hubiese invitado.

Extiendo el brazo sobre el agua y la cojo del chaleco.

—Si yo no confiara en ti, Gillian, jamás hubiese venido.

Ella me mira largamente, digiriendo cada palabra.

—Hablo muy en serio —añado rápidamente—. No estaría aquí si…

Su mano sale disparada como una flecha, me aferra la nuca y me atrae hacia ella para darme un suave y tierno beso. El sabor salado de su lengua me escuece de la manera más maravillosa posible. Sus dedos se mueven hábilmente debajo del agua y me bajan la cremallera del pecho.

Mientras nos balanceamos en el océano, el viento es frío, todo está oscuro y tendremos que nadar una buena distancia para regresar al bote. Pero en este momento, con las luces de neón a nuestras espaldas, simplemente quiero disfrutar de ese beso.

49

—Por favor, dime que estás bromeando —imploró Joey a través del móvil mientras su coche giraba en la esquina del aparcamiento de USAir.

—¿De cuántas maneras diferentes quieres que te lo diga? —preguntó Debbie. Como agente de billetes de USAir, Debbie estaba acostumbrada a tratar con clientes coléricos. Pero como la amiga más antigua del instituto de Joey, sabía que no podía ignorar a ese cliente y enviarlo al final de la cola—. El ordenador está muerto, todo el sistema se ha colgado. Deja de darme lástima. Todo estará solucionado en diez minutos.

—No tengo diez minutos, Debbie —dijo Joey aparcando con un chirrido de neumáticos en una plaza vacía—. Necesito esa información ahora.

—Sí, bueno, yo necesito un sostén que me levante los pechos y un esposo que recuerde cómo hacer que los dedos de mis pies se curven en la cama, pero a veces tienes que conformarte con lo que hay.

—¿Qué me dices del kilometraje de los viajeros frecuentes? ¿Puedes rastrearles a través de ese dato?

—Joey, los ordenadores están muertos, toda esa información está en el mismo sistema. Además, ¿cómo sabes si esas personas han viajado con USAir?

—¿Por qué otra razón dejaría alguien el coche en el aparcamiento de USAir? —preguntó Joey apagando el motor. Echó un último vistazo al diminuto triángulo azul en la pantalla electrónica, salió del coche, entrecerrando los ojos ante el sol que ascendía lentamente en el horizonte y examinó febrilmente el aparcamiento lleno hasta los topes. Según el dato de la pantalla, el coche tendría que estar…

Allí.

En la esquina… cerca de la terminal —el Ford azul marino de Gallo propiedad del gobierno— aparcado ilegalmente en una plaza reservada para minusválidos.

Mierda —musitó Joey mientras daba la vuelta y sacaba sus cosas del maletero. El maletín metálico debajo de un brazo; la bolsa de lona debajo del otro. Con el pequeño auricular aún colgado de su oreja, echó a correr hacia la terminal tratando de no perder el equilibrio. Atravesó a la carrera el paso de peatones, obligando a frenar bruscamente a dos taxistas que hicieron sonar sus bocinas—. ¿Y si buscas en la lista de billetes emitidos por el gobierno? ¿O en la lista de pasajeros? —le preguntó a Debbie—. ¿No fue así como descubriste junto a quién estaba sentado el jodido marido de Marsha?

—¿Cómo tengo que decírtelo para que entre en tu cabezota, Joey? Todo está en el mismo…

—¿Qué me dices de la lista LEO? —preguntó Joey, refiriéndose a la lista de la compañía aérea que incluye a los oficiales de la ley que viajan en sus aviones—. ¿No

tienen acaso que rellenar unos formularios especiales si quieren viajar con sus armas?

En el otro extremo de la línea telefónica se produjo una breve pausa.

—Sabes que… —comenzó a decir Debbie—. Espera un segundo. Deja que llame a la puerta…

Joey atravesó velozmente las puertas automáticas, ignoró la cinta transportadora de equipaje, giró a la derecha y subió por la escalera mecánica saltando los escalones de dos en dos. Al llegar arriba, a lo largo de los mostradores de venta de billetes, examinó a la dispersa multitud de madrugadores. Un hombre de negocios con el traje arrugado, un estudiante de instituto con una camiseta enorme, una anciana con un suéter amarillo pálido de cuello vuelto, pero nadie que se pareciera a Gallo o DeSanctis.

—Será mejor que le agradezcas al Señor el inútil papeleo del gobierno —dijo una voz familiar en su oído.

—¿Les has encontrado? —le preguntó a Debbie.

—Te prometo que a veces pienso que toda esta basura fue inventada por la CIA para estar informados de…

—¿Qué has…?

—Según nuestros datos, el agente James Gallo y el agente Paul DeSanctis fueron incluidos en la lista LEO de nuestro vuelo de las 6.27 con destino a Miami.

Joey miró su reloj. Las 6.31.

—¿Ellos están…?

—Volando.

—¿Cuándo es el próximo…?

—En una hora y media. Ya les he dicho que te reserven una plaza en ese vuelo tan pronto como se recupere el sistema informático.

Joey sacudió la cabeza con pesar y comprobó la pantalla. «Miami. Vuelo 412. Despegado.»

—¿Cómo demonios he podido perderles?

—No llores —dijo Debbie—. Sólo cuentan con la ventaja inicial.

50

—¿Qué piso? —pregunta Charlie el jueves por la mañana cuando entramos en el ascensor.

—Séptimo —digo y él pulsa el botón. Me ajusto la corbata; Charlie se lame la mano y luego se aplasta la enmarañada mata de pelo rubio. Si vamos a recuperar nuestros papeles como banqueros es necesario que tengamos un aspecto acorde. Junto a nosotros, Gillian es el perfecto equivalente femenino con su larga falda floreada. Cuando acaba de alisarla, mira en mi dirección. Dejo que mis ojos se entretengan en sus piernas, no puedo evitar mirarlas descaradamente, es decir, hasta que noto que Charlie me observa. Entonces fijo la mirada en el suelo; Charlie sacude la cabeza. No puedes engañar a los hermanos pequeños.

El ascensor se detiene y las puertas se abren. En el pasillo, un logotipo elegante y sobrio (para lo que es Miami) cuelga de la pared: en forma de estrella, pero con un círculo en cada una de las puntas. Las letras plateadas que cubren la parte inferior del logo nos confirman que hemos llegado a nuestro destino: Five Points Capital, el lugar donde Duckworth firmó su acuerdo.

Gillian se separa de la barandilla de bronce del ascensor y sale al pasillo. Antes de que pueda seguirla, Charlie me coge del brazo.

—Le tocaste sus tetitas, ¿verdad? —dice en un susurro.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, molesto, mientras salgo del ascensor.

—¿Eso es lo mejor que puedes conseguir? ¿Te enfadas pero no lo niegas? Esta vez no le contesto.

—¿Cuándo fue? ¿Anoche? ¿Cuando has ido esta mañana a buscar la ropa?

Me aparto de él, giro a la izquierda y me dirijo a las puertas cristaleras del área de recepción. Charlie está justo detrás de mí. No tiene necesidad de decirlo. Desde ahora no me perderá de vista ni un segundo.

—¿Seguro que estás preparado? —pregunta Gillian, interpretando como miedo la expresión que hay en mi rostro.

—Estoy bien —digo, sin dejar de mirar a Charlie. Pero cuando inspiro profundamente, la realidad me embiste. Charlie lo ve claramente en mi rostro. Una cosa es llamar y pedir una cita. Y otra cosa muy distinta es llevarla a cabo.

A la derecha de las puertas hay un pequeño letrero que dice «Pulse el timbre para Recepción». Pero es lo que hay encima del botón del timbre lo que nos llama la atención: un teclado gris que se parece al que tenemos en el banco. Junto a los números, sin embargo, también hay un espacio plano lo bastante grande para alojar la huella del pulgar. En la parte superior dice «ID Biométrica».

Pulso el timbre y Charlie alza una ceja.

—¿Reconocimiento de huellas digitales? —pregunta—. Alguien se está tomando

demasiado en serio.

Una recepcionista con el pelo castaño cardado nos franquea la entrada con un suave zumbido. Charlie encabeza el grupo, el embajador de las sonrisas. Todo pez gordo necesita un ayudante.

—Hola, llamamos esta mañana… —dice, imitando mi voz de vendedor y señalando hacia mí—. Del Banco Greene. El señor Lapidus ha venido a ver al señor Katkin.

—Por supuesto —dice la mujer mientras asiente levemente con la cabeza—. Ahora mismo le buscaré, señor Lapidus.

Charlie rechina los dientes cuando la recepcionista pronuncia ese nombre. «¿Estás seguro de que esto es correcto?», me pregunta con la mirada.

«Confía en mí», insisto. Durante los últimos cuatro años, he llevado a toneladas de clientes por el escenario del capital de riesgo. E incluso en Florida se necesita un nombre importante para abrir una puerta importante.

Jugando nerviosamente con la corbata que tomó prestada de Duckworth, Charlie se sienta en el sofá color crema. En el instante en que Gillian se sienta a su lado, Charlie se levanta y comienza a pasear por la habitación. Le miro con el ceño fruncido pero a Charlie no le importa. Ignorándome, finge estar muy interesado en la vista de la avenida Brickwell desde los enormes ventanales.

—¿Señor Lapidus, puede firmar aquí, por favor? —me pide la recepcionista. Señala una pantalla de ordenador que hay junto a su escritorio. En la pantalla hay un lugar en blanco para tu nombre. Tecleo «Henry Lapidus» y pulso «Enter». Detrás de la recepcionista, una impresora láser de última generación confecciona y escupe una pegatina de identificación. «Henry Lapidus - Visitante.» Pero, a diferencia de los pases normales para los visitantes, la parte frontal de éste tiene un aspecto líquido, casi translúcido. Debajo, si uno hace girar la tarjeta a la luz, aparece la palabra «Caducado» en letras de un desvaído color rojo.

—¿De qué material está hecho? —pregunto, pasando la yema del pulgar sobre la suave superficie del pase.

—¿No son geniales? —canturrea la recepcionista—. Después de ocho horas la tinta del frente se disuelve y la palabra «Caducado» se vuelve de un rojo brillante.

Asiento, impresionado.

—No tenemos alternativa —dice la recepcionista con una sonrisa—. Quiero decir… considerando quiénes son nuestros socios…

—Naturalmente… —dice Charlie, forzando su propia risa falsa.

—Sin duda —añado.

Ambos miramos a la mujer. Ella nos devuelve la mirada. Somos inescrutables.

—¿Y cómo es trabajar con ellos? —pregunta Charlie, buscando detalles.

—¿Honestamente? No es nada del otro mundo. Yo esperaba que aparecieran con

trajes oscuros y gafas de sol, pero son como cualquier mortal, se ponen la chaqueta una manga después de la otra.

Charlie me mira; yo miro a Gillian.

—La única diferencia es que ahora vienen chaquetas del gobierno —añade la mujer echándose a reír.

La expresión se me congela en el rostro.

—¿Forman parte del gobierno?

—No directamente, pero… —Interrumpiéndose, la mujer añade—. Vaya, lo lamento, pensé que lo sabían. Está todo en nuestros recortes… —dice, alcanzándome un folleto publicitario en una carpeta verde musgo.

Abro la carpeta mientras Charlie y Gillian leen por encima de mi hombro. Allí está, en la primera página: «Bienvenidos a Five Points Capital, el fondo de riesgo del Servicio Secreto de Estados Unidos.» Detrás de nosotros se abre una puerta.

—¿Señor Lapidus? —pregunta una voz de barítono. Los tres nos volvemos y un hombre alto de porte militar y gruesos antebrazos nos estrecha las manos. En su reloj se advierte un sello presidencial de oro—. Brandt Katkin —se presenta—. Por favor… pasen.

51

—Servicio secreto. Le habla Marta.

—Hola, Marta —dijo Quincy con voz tranquila en el auricular—. Estoy buscando al agente Jim Gallo…

—Un momento, le pasaré con un supervis…

—No quiero que me pase con nadie, ya lo han hecho dos veces. —Sentado con ambas manos entrelazadas con fuerza sobre el escritorio, Quincy estaba decidido a no perder la calma. Después de la reunión de socios de anoche… ya había habido suficientes gritos. Incluso amenazas. Ahora, sin embargo, era el momento de no perder los nervios—. El supervisor con quien he hablado me pasó con el buzón de voz del agente Gallo. Pero eso no me sirve de nada —explicó pacientemente—. ¿Podría usted encontrar al agente Gallo por mí, por favor? Se trata de una emergencia.

—¿Hay alguien en peligro físico, señor?

—No, pero él…

—Entonces el agente Gallo se pondrá en contacto con usted tan pronto como regrese.

Quincy cogió con fuerza el auricular hasta que los nudillos se le pusieron blancos mientras los dedos de la otra mano tamborileaban contra el bol de cristal lleno de caramelos en una esquina del escritorio. Los caramelos eran sólo para los clientes. Hacía que los hombres se sintieran como niños. Más allá del bol de cristal —a través del panel de cristal que había junto a la puerta de su despacho— Quincy podía ver el tráfago de gente que iba y venía por la séptima planta. En el extremo opuesto, la puerta del despacho de Lapidus se abrió súbitamente y su socio salió rápidamente al pasillo. Cuando Lapidus caminaba de ese modo, sólo había un lugar adonde dirigía sus pasos.

—Señora, me temo que usted no lo comprende —insistió Quincy—. Necesito encontrar al agente Gallo. Ahora.

—Lo siento mucho, señor, pero el supervisor pasó su llamada y el agente Gallo no se encuentra en su mesa.

—Es evidente que el agente Gallo no se encuentra en su mesa, por eso necesito saber dónde está.

—Aun así, señor, no suministramos esa clase de información.

—Pero supone que el agente Gallo…

—Lo siento, señor, pero no hay nada que yo pueda hacer.

—Pero…

—Lo siento, señor. Que tenga un buen día.

Se oyó un click en la línea y un golpe en la puerta. Quincy mantenía el auricular

cerca de la oreja cuando Lapidus entró en el despacho.

—Sí… no… no debes preocuparte, todo está controlado —dijo Quincy a través del auricular mudo—. Muy bien… Gracias, Jim… te llamaré más tarde.

—¿Has podido encontrar a Gallo? —preguntó Lapidus cuando Quincy colgó el auricular.

—Pide y te será dado.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Lapidus.

—Nada en realidad, no quiso entrar en detalles.

—¿Sabe dónde están?

—Es difícil decirlo —dijo Quincy cogiendo un caramelo—. Pero si tuviese que adivinar, yo diría que no pasará mucho tiempo… es sólo cuestión de esperar.

52

—Brandt Katkin, es un placer conocerles —dice mientras nos estrecha las manos.

—Jeff Liszt —digo, utilizando otro de los nombres del banco. Katkin echa un vistazo a mi tarjeta de identificación, en la que se lee *Lapidus*.

—Lo siento… —interviene Charlie, exactamente como lo hemos ensayado—. El señor Lapidus se estaba retrasando, de modo que le pedimos al señor Liszt que se uniera a nosotros en su lugar…

—No, por favor, no hay problema —dice Katkin, demasiado educado como para revelar siquiera un atisbo de fastidio. En el mundo del capital de riesgo, donde se deja caer un nombre y causa una impresión instantánea, Katkin está más que acostumbrado a lanzar el cebo y tirar del sedal. Mientras nos conduce de regreso a su despacho, sigue un curso sinuoso a través de los pasillos grises de la corporación. Yo voy delante, seguido de Gillian. Charlie cierra la marcha.

Cuanto más nos alejamos del área de recepción, el ambiente se vuelve más silencioso. Mirando a mi alrededor trato de encontrar oficinas individuales, pero me doy cuenta rápidamente de que todas las puertas están cerradas.

—¿Esta ha sido siempre una división del servicio secreto? —pregunta Charlie. Emplea el mismo tono festivo de siempre, pero la ansiedad en su voz resulta inconfundible.

—Yo no la llamaría una división —le aclara Katkin mientras giramos a la izquierda hacia su despacho. Lleva pantalones caqui, mocasines y una camisa de golf Doral. El traje de tres piezas típico de Miami. Pero el acento plano y nasal de Minnesota hace que parezca fuera de lugar—. Es más bien una sociedad.

Gillian y yo ocupamos los dos sillones delante del enorme escritorio de Katkin con tablero de cristal. Charlie roba un espacio en el sofá de cuero negro de líneas contemporáneas. El despacho es un intento de alta tecnología pagada con el dinero de los contribuyentes. En una esquina, una estantería lacada en negro exhibe docenas de juguetes productos de acuerdos, las chucherías de agradecimiento que regala una compañía cuando cierra un buen trato: un camión de bomberos, una jeringuilla falsa, un apoyalibros con forma de microchip. Los típicos objetos inútiles del mundo de los negocios. Justo encima de la estantería hay un certificado enmarcado que conmemora el nombramiento de Katkin como agente especial del servicio secreto. Charlie lo está mirando fijamente.

«Una sociedad, y una mierda», señala con la cabeza.

Muestro mi conformidad asintiendo ligeramente con la cabeza. El servicio secreto es el servicio secreto. Sin embargo, Katkin parece no tener idea de quiénes somos; eso significa que, dondequiera que estén, Gallo y DeSanctis siguen con la boca cerrada.

—¿Cómo funciona exactamente el fondo? —balbuceo, tratando de no dejarme ganar por el pánico.

—No permita que la parte del servicio secreto le engañe —dice Katkin—. Esto es sólo el siguiente peldaño en R&D. Con la tecnología avanzando a la velocidad de la luz, las agencias del gobierno no podían seguir el ritmo. Tan pronto como conseguíamos desentrañar un sistema de seguridad, otro ocupaba su lugar. CIA… FBI… todos estaban al menos cinco años rezagados en relación al mercado privado. La CIA abrió In-Q-Tel para cerrar la brecha. Hace dos años nosotros inauguramos Five Points.

»Es algo realmente muy sencillo cuando se piensa en ello —continúa—. ¿Por qué matarte tratando de correr contra Silicon Valley cuando puedes dejarles que formen cola ante tu puerta? Es lo interesante del juego: toda idea nueva necesita dinero, incluso las ilegales. Y, de este modo, conseguimos que todo funcione a nuestro favor. Por ejemplo, si un tío inventa una bala capaz de atravesar el Kevlar, en lugar de permitir que vaya con su invento al mercado negro, lo compramos nosotros, averiguamos qué es lo que la hace tan potente y luego proporcionamos a nuestros agentes las contramedidas adecuadas. Es lo mejor de ambos mundos: podemos utilizarlo nosotros o derrotarlo si alguien lo utiliza contra nosotros. Para cuando hemos acabado, nuestros empresarios reciben sus fondos y nosotros echamos un vistazo antes que nadie a los mejores productos.

—¿De modo que el gobierno se queda con los beneficios? —pregunto.

—¿Qué beneficios? —bromea Katkin—. Somos un 501 (d) (3). «No lucrativo» es nuestro segundo nombre. De ese modo los políticos son felices, la competencia no nos considera una amenaza y nos permiten dar el salto al mundo de los negocios. Bienvenidos al futuro. Gobierno, Inc.

—Si no puedes vencerles… —comienza Charlie.

—Cómetelos —bromea Katkin. Es una lástima que sea el único que se ríe—. Bien, ¿en qué puedo ayudarles?

—Se trata de mi padre —dice Gillian, abriendo por fin la boca—. Marty Duckworth…

—¿Duckworth era su padre? —pregunta Katkin y el tono de su voz suena divertido—. Ese tío me caía realmente bien. ¿Qué es de su vida?

Gillian aparta la vista.

—Mi padre murió hace unos meses.

—Vaya, yo… yo lo siento —dice Katkin. Observo atentamente su reacción. Los ojos muy abiertos. El pecho hundido. No excesivamente conmocionado, pero obviamente consternado por la noticia. Miro a Charlie por encima del hombro buscando una confirmación. Él también lo ha visto.

«Si este tío está actuando, este año le concederán un Oscar», coincide Charlie.

—No sabía que… —continúa Katkin.

—No hay problema —le interrumpo, volviendo a mi papel de banquero—. Como ya debe haber supuesto, nosotros somos los testamentarios del señor Martin Duckworth y pensamos que puede haber algunas cosas en las que usted podría ayudarnos. Verá, cuando estábamos revisando sus efectos personales, encontramos esto… —Meto la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y saco el acuerdo de no divulgación y se lo entrego a Katkin.

Asintiendo para sí, Katkin reprime una sonrisa.

—Aquí está… el que escapó…

—¿Perdón?

—Era un hombre brillante, pero también un auténtico personaje. Un empresario de pura raza. Quiero decir, en una ocasión nos encontrábamos en el aeropuerto sobre una cinta mecánica y yo le pregunté, en broma: «¿Cuánto cree que se tardaría en dar la vuelta al mundo en algo como esto?» Duckworth lo pensó un momento, se volvió hacia mí y dijo: «2 233,3 horas, suponiendo que se emplee el diámetro polar de la Tierra y no el ecuatorial.»

Gillian quiere reírse, pero no lo consigue.

—¿O sea que recuerda haber tratado con él? —pregunta Charlie.

—¿Cómo podría olvidarlo? Era un tío original, no hay duda. Encontró nuestro nombre en el listín telefónico. Honestamente, ellos abrieron esta oficina para establecer contactos con Latinoamérica… ¿A quién se le hubiera pasado por la cabeza que un hombre como Duckworth se presentaría aquí?

Inclinándose hacia adelante, Gillian cruza los brazos delante del estómago.

—¿Qué fue lo que les dijo? —pregunta y su tono revela dolor.

—Simplemente entró. El ordenador portátil en una mano y una vieja tablilla con el sujetapapeles oxidado en la otra. Enviamos a uno de nuestros internos a que hablase con él. En la oficina no aceptamos propuestas que no hayamos solicitado previamente. Diez minutos más tarde le llevaron a ver a los tíos de comercialización. Y diez minutos después de eso, acompañaron a Duckworth directamente a mi despacho. —Agitando el AND delante de él, Katkin añadió—. Solíamos bromear con que su padre había bajado esto de la página web de alguna firma de abogados. Pero debo decir en su honor que se negó a revelarnos cómo funcionaba hasta que no firmamos este documento.

—¿Tan bueno era?

—¿Sabe cuántos AND firmamos el año pasado? —pregunta Katkin—. Dos —se contesta él mismo—. Y el otro correspondía al tío que… —Se interrumpe bruscamente—. Digamos simplemente que… se trata de alguien de quien sin duda han oído hablar.

Charlie se sienta erguido en el sofá, percibiendo que nos estamos acercando a

nuestro objetivo.

—¿De modo que firmaron ese acuerdo de no divulgación de datos?

—Duckworth nos dejó el documento. Nosotros dudamos… dimos rodeos… y finalmente firmamos. Pero después de unas pocas primeras citas, creo recordar que eso ocurrió hace aproximadamente ocho meses, nunca volvimos a saber nada de Duckworth.

—¿Qué? —decimos Charlie y yo simultáneamente.

—Eso es exactamente lo que pensamos. Todos estábamos preparados para poner la cosa en marcha —teníamos el equipo dispuesto… ya estaba incluido en el presupuesto— incluso hicimos que nuestro experto en delitos financieros volase desde Nueva York.

En el preciso instante en que Katkin menciona nuestra ciudad natal, un dolor agudo se instala entre mis hombros. Es como si un buitre estuviese clavándome su pico duro en la nuca.

—¿Nueva York? —pregunto.

—De hecho tenemos algunos amigos en la oficina de Nueva York —interviene Charlie— ¿Cómo se llama ese experto?

Gillian frunce el ceño, pero el truco da resultado.

—Bueno, es uno de nuestros mejores hombres —dice Katkin mientras las garras del buitre se hunden profundamente en mi espalda. Miro con expresión vacía a través del tablero de cristal del enorme escritorio mientras los pies de Katkin reposan sobre la mullida alfombra—. Un tío realmente agradable —explica Katkin—. Se llama Jim Gallo.

53

—¿Hay algún problema? —pregunta Katkin, desconcertado por nuestro silencio.

—No, por supuesto que no —insiste Charlie, mientras tratamos de recobrarnos—. Es sólo que… Jim Gallo no es el tío que conocemos en Nueva York…

—Es una oficina muy grande —admite Katkin.

—¿Quiere decir que mi padre se llevó la idea con él cuando se marchó? —pregunta Gillian, ansiosa por volver a hablar del invento.

—Sucede siempre —contesta Katkin—. Los empresarios entran, hablan maravillas de sus inventos y cuando les hacen una oferta mejor, no volvemos a verles el pelo. Así es este negocio. Y con un experto en ganar dinero como Duckworth, quiero decir, algunas de esas cosas en las que estaba trabajando, ignoro cómo lo consiguió, pero imagino que encontró un nuevo socio y se largó.

—Verá, nosotros esperábamos que usted pudiese ayudarnos precisamente en ese aspecto —le interrumpo—. Con la falta de documentación sobre el testamento del señor Duckworth, tenemos bastantes problemas para evaluar sus inventos…

—Sólo queremos saber qué inventó —dice Gillian.

Charlie se remueve en el sofá. «Adiós paciencia; hola desesperación», expresa con la mirada.

—Lo siento —comienza a decir Katkin—. Pero no estoy autorizado a dar esa información.

—Pero ella es la única heredera del señor Duckworth —insisto.

—Y éste es un acuerdo de no divulgación de hechos —replica Katkin.

—No le estamos pidiendo gráficos…

—No, me están pidiendo que viole un contrato legal obligatorio y, en el proceso, dejar expuesta a nuestra compañía a un conflicto de responsabilidad.

—¿Puede decirnos, al menos, qué relación guarda el invento de mi padre con las fotografías? —le ruega Gillian.

—¿Las qué?

—Estas… —Saco del bolsillo de la chaqueta la tira de instantáneas de cuatro por cuatro.

El rostro de Katkin parece confuso. No tiene ni la más remota idea de qué está mirando.

—Las encontramos junto con el acuerdo —explica Charlie.

—¿Sabe quiénes son estas personas? —pregunta Gillian.

—En absoluto —dice con su tono de Minnesota—. No las he visto en mi vida.

—¿De modo que no tienen nada que ver con el invento? —pregunto.

—Ya les he dicho…

—Lo sé, pero esto es mucho más importante que respetar un acuerdo hecho con

un hombre muerto —presiono. Tal vez demasiado.

Katkin se levanta de su sillón y nos mira fijamente a los tres.

—Creo que ya hemos terminado.

—Por favor… usted no lo entiende… —le imploro.

—Ha sido un placer conocerles —dice Katkin fríamente.

Charlie se pone de pie de un salto y se dirige hacia la puerta. Gillian le sigue.

—Vamos —dice mi hermano.

—Pero es extremadamente urgente que nosotros…

—¡Oliver, vámonos!

Katkin me mira y el oxígeno desaparece de la habitación. Mierda. Nombres falsos.

Me quedo paralizado. Gillian y Charlie están junto a la puerta. Katkin nos taladra con una mirada tan intensa que realmente quema.

—Hijo, no sé quién crees que eres, pero permíteme que te dé un pequeño consejo: este juego no te conviene.

Charlie me pone una mano en el hombro y me lleva hacia la puerta. Cuatro segundos más tarde hemos desaparecido.

—¿Qué fue lo que inventó? ¿Qué fue lo que inventó? —dice Charlie con voz quejumbrosa desde el asiento trasero del escarabajo azul clásico de Gillian—. ¿Por qué tenías que empezar a cotorrear de ese modo?

—¿Que yo cotorreaba? —estalla Gillian mientras le mira a través del espejo retrovisor—. Veamos, ¿quién es éste? Oliver, Oliver… ¿Oh, acabo de conseguir que nos escolten hasta la puerta del edificio? Lo siento, no sé en qué estaría pensando. En realidad no estaba usando una sola neurona.

—¿Podéis dejarlo ya, por favor? —les digo, sentado como si fuese un guardia armado mientras regresamos por la autopista—. Tenemos suerte de haber conseguido esa información.

—¿De qué diablos estás hablando? —pregunta Charlie.

—Ya has oído lo que ha dicho Katkin, esa historia acerca de Duckworth… hacer venir a Gallo desde Nueva York, al menos ahora sabemos lo que estamos buscando.

—¿Crees que Gallo llegó y le hizo a mi padre una oferta mejor? —pregunta Gillian.

—Dímelo tú —comienzo—. Acto primero: tu padre comienza a deambular buscando capital de riesgo para que le ayuden con algo que ha inventado. Acto segundo: lleva la idea a Five Points Capital, brazo del servicio secreto. Acto tercero: Gallo aparece en escena. Acto cuarto: tu padre cambia repentinamente de idea, desaparece de la faz de la tierra y alquila un lugar miserable en la ciudad natal de Gallo. ¿Qué piensa que ocurrió entonces, Miss Marple?

—Five Points Capital consultó a Gallo, pero cuando éste vio el invento de mi padre…

—… supo al instante que podía llevarlo al mercado negro y venderlo por su cuenta. En ese momento le hace una propuesta a Duckworth: «¿Por qué dividirlo con el CR cuando podemos quedarnos con todo el negocio?» Charlie se inclina hacia adelante entre ambos asientos.

—Pero si estaban trabajando juntos, ¿por qué iba Gallo a volverse contra él?

—Porque quedarse con todos los beneficios es mejor que dividirlos en dos: «Sí, Marty, por supuesto, te ayudaremos a construir el prototipo… Sí, Marty, será mucho mejor si trabajas directamente con nosotros… Gracias por tu ayuda, Marty, ahora nos quedaremos con tu idea, meteremos toda nuestra pasta en una cuenta a tu nombre y tú serás el cabeza de turco.» En el momento en que Duckworth comprendió lo que estaba pasando fue cuando se deshicieron de él. Sólo que, para entonces, ya habían puesto sus manos sobre su criatura.

Gillian mira por la ventanilla sin decir nada.

—Sabes lo que quiero decir'—añado.

Ella no contesta.

—¿Qué pasa con el dinero? —pregunta Charlie—. Aun cuando la teoría sea correcta, no nos dice cómo lo hicieron para esconderlo en el banco.

—Por eso creo que tenían a alguien dentro del banco —digo.

—Tal vez es allí donde entran las fotografías —dice Gillian, reaccionando.

Bajo ligeramente el espejo retrovisor justo a tiempo para ver la mueca en la cara de Charlie.

—Tal vez esa persona está en las fotos, quien ayudó a Gallo a esconder el dinero en el banco —añade Gillian.

—No lo sé —digo, sacando nuevamente la tira de fotografías del bolsillo—. Yo tampoco les he visto en mi vida.

—¿Podrían ser de otra oficina? ¿El banco no tiene sucursales en todo el país?

—Algunas… pero todos los socios están en Nueva York. Y la forma en que esa cuenta fue ocultada… se necesita la intervención de un pez gordo para hacerlo —Charlie inclina la cabeza abriéndose paso nuevamente hacia el espejo retrovisor. El piensa que estoy ocultando algo. Tiene razón.

—¿Estás pensando en alguien en particular? —pregunta, leyendo la expresión de Lapidus en mi rostro. Como siempre, Charlie lo ha descubierto. Gallo no apareció sólo para investigar, vino a buscar su dinero. Y por lo que pudimos ver en el banco, Lapidus y Quincy eran los únicos con quienes estaba trabajando.

—De modo que Duckworth lo inventó, Gallo y DeSanctis se apoderaron del invento y, en algún lugar del camino, encontraron a un cómplice en el banco que les ayudó a esconder allí el dinero —añade Charlie—. Es tu turno, Oliver, ¿quién es el

mayor desgraciado hijo de perra, Lapidus o Quincy?

Sacudo la cabeza y revivo mis dos segundos en el despacho de Lapidus. Había otra persona allí.

—Tiene sentido, pero… ¿Cómo sabes que no fue Shep? Quiero decir, él fue miembro del servicio sec…

—No fue Shep —me interrumpe Charlie—. Confía en mí, él no haría eso.

—Pero si él…

—¡No fue Shep! —insiste Charlie.

Miro fijamente a Charlie en el asiento trasero. Gillian mira a través de su espejo. Es mejor no discutir. Aun así, Duckworth tuvo que haber tenido alguien que le ayudara.

—Quizá sea ésa la explicación de las fotografías —continúo—. Tal vez eran las otras personas que estaban en el asunto… gente del mercado negro… u otros agentes corruptos del servicio secreto. Tal vez Duckworth conservaba sus fotografías como una póliza de seguro.

—¿Entonces por qué no tenía fotografías de Gallo y DeSanctis? —pregunta Gillian.

Es una buena pregunta. Girando el volante hacia una salida, Gillian deja la autopista atrás y se dirige hacia Alton Road. Vuelvo a echar un vistazo a las fotografías. No son brillantes como una foto original; son opacas como una fotocopia en color.

—¿Alguna idea? —pregunta Gillian.

—En realidad, no. Pero cuando uno las examina cuidadosamente… las poses rígidas… ¿no parecen fotografías para algún documento de identidad?

—¿Quieres decir como un permiso de conducir? —pregunta Gillian.

—O un pasaporte —dice Charlie.

—O quizá una tarjeta de identificación de una compañía… —añado.

—Al menos pudimos ver la reacción de Katkin —dice Gillian—. Sabemos que esos tíos no pertenecían a la compañía.

—Sigo pensando que eran personas en las que tu padre confiaba —dice Charlie —. Es como ese acuerdo de no divulgación. Tú no guardas cosas que pueden meterte en problemas, sino aquello que quieres proteger.

El coche se detiene ante un semáforo en rojo y Gillian asiente mirando a Charlie a través del retrovisor. Ella reconoce una buena teoría cuando la oye.

—¿Y si se trata de personas que le ayudaron con la idea original?

—O personas en quienes confiaba —dice Charlie.

—¿Cómo se llama esa compañía de videojuegos en la que trabajó cuando se marchó de Disney? —pregunto, sintiendo de pronto el bombeo de la adrenalina.

—Neowerks. Creo que están en Broward…

—Vi la dirección en un antiguo recibo —dice Charlie—. En el archivador.

Se produce una pausa importante. Los tres intercambiamos miradas y saboreamos la adrenalina en el aire.

Gillian gira bruscamente a la derecha hacia la calle 10 y frena delante de su casa.

—¿A qué distancia estamos de Broward? —pregunta Charlie.

—Unos cuarenta minutos como máximo —contesta Gillian.

—Haré algunas llamadas… concertaré una cita. —Abro la puerta y ayudo a Charlie a salir del asiento trasero. Gillian no se mueve.

—Debería presentarme en mi trabajo y asegurarme de que aún lo tengo. Regresaré en diez minutos.

Me lanza las llaves de la casa y, con un rápido gesto de despedida, desaparece.

—Vaya, ya la echo de menos —dice Charlie.

Me coge las llaves, avanza por el sendero de cemento y abre la puerta principal. Una vez dentro busca los archivos; yo cierro la puerta con fuerza y me dirijo hacia el teléfono. Pero cuando oímos el ruido de la cerradura detrás de nosotros, seguimos la dirección del sonido y nos damos la vuelta. Es entonces cuando caemos en la cuenta de que todas las persianas están cerradas. Toda la casa está a oscuras. Y entonces… en una esquina… oímos un click. Una lámpara se enciende en la sala de estar. Mi pecho se queda súbitamente sin una gota de aire.

—Me alegra volver a verte, Oliver —dice Gallo desde el sofá—. Ahora viene la parte que duele…

Junto a la puerta, una sombra se arquea y arremete contra nosotros. Charlie se vuelve y trata de huir, pero es demasiado tarde. Un brazo corta el aire en su dirección. Detrás de mí, Gallo me coge por el cuello. Y lo último que puedo ver es el puño de DeSanctis cuando golpea contra el rostro de mi hermano.

54

—Bien venida al aeropuerto de Miami. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, he venido a recoger un coche —le dijo Joey a la pequeña mujer rubia que estaba en el mostrador de alquiler de coches National—. Debería estar a nombre de Gallo.

—Gallo… —repitió la mujer mientras introducía el nombre en el ordenador—. No hay nada con ese nombre…

—En realidad, es probable que lo reservase a nombre de DeSanctis —añadió Joey, forzando el engaño. Los mostradores de formica de las otras compañías de alquiler de coches se extendían a lo largo de la terminal, pero cuando Joey salió de la escalera mecánica se dirigió directamente al mostrador de National. Después de todo, cuando se trataba de descuentos para el gobierno, sólo había tres compañías que la oficina de viajes del servicio secreto tenía incluidas como «proveedores oficiales». National era la número uno.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Joey.

Examinando la pantalla iluminada delante de ella, la agente de la compañía de alquiler mostró una expresión desconcertada.

—Lo siento… pero según mis datos alguien ya ha recogido el coche.

—Esos ansiosos cabrones —exclamó Joey echándose a reír—. Sabía que cogerían el primer vuelo… cualquier recurso es bueno para atrapar a un delincuente. —Abrió la billetera y susurró: «Servicio Secreto de Estados Unidos», exhibiendo una placa dorada. Por supuesto cubrió las palabras «Policía del Condado de Fairfax» con las puntas de los dedos, pero como Joey había aprendido a lo largo de los años, una placa era más que una placa. Especialmente cuando era la de su padre—. Se suponía que debíamos encontrarnos en Miami y… ¿Puedo usar su teléfono? —preguntó—. Intentaré localizarle en su móvil.

Estirando el cable por encima del mostrador, la mujer marcó el número que Joey le dictaba. A través del auricular, Joey oyó el mensaje de su propio contestador automático. Con el rostro súbitamente serio, alzó la vista hacia la mujer—. Sólo me responde su buzón de voz…

—¿Es… es eso malo?

—¿Tiene idea de dónde han ido? —preguntó Joey con voz nerviosa.

—Bueno, en realidad no podemos dar…

—Son mis compañeros —insistió Joey—. Si algo les pasara…

La mujer estuvo a punto de decir algo pero dudó.

—Es una emergencia —le rogó Joey—. Por favor…

La mujer cogió un plano de la ciudad de la pila que tenía en el mostrador y lo deslizó ansiosamente delante de Joey.

—Ellos querían direcciones del área de South Beach… Esa fue la información que les di.

—¿Algún lugar en particular?

—La calle 10. No me dieron ninguna dirección, pero es un área muy pequeña…

—La encontraré —dijo Joey cogiendo el plano—. ¿Cuánto tardará en conseguirme un coche?

55

El tercer golpe me alcanza en la barbilla y siento el sabor agridulce de la sangre en la lengua.

—¡Déjale en paz…! —grita Charlie, aunque apenas consigue que las palabras salgan de su boca. Lanzando el brazo hacia adelante, DeSanctis golpea la mandíbula de Charlie con la culata de la pistola.

—¿Dónde está? —ruge Gallo en mi cara, alzando el puño para descargar otro golpe. Me coge de la corbata y me arroja sobre el sofá—. ¡Dinos dónde está, Oliver! ¡Sólo tienes que decirlo y desapareceremos de tu vida!

Es una sencilla promesa y una absoluta mentira. La única razón por la que Charlie y yo seguimos respirando es porque tenemos lo que ellos quieren.

—¡No les digas una mierda! —grita Charlie con un hilo de sangre en la mandíbula. DeSanctis lleva el arma hacia atrás y esta vez golpea a Charlie en la oreja. Charlie cae de rodillas, lanza un gemido y se lleva la mano al costado de la cabeza.

—¡Charlie!

—¡No te muevas! —me advierte Gallo, cogiéndome de la nuca y lanzándome nuevamente contra el sofá.

—¡Vuelve a pegarle y no conseguiréis nada! —grito.

—¿Acaso crees que estamos negociando? —vocifera Gallo, sin soltar mi corbata. Me golpea contra la estantería, haciendo que una docena de manuales de ingeniería caigan al suelo. Sin permitir que recobre el aliento, me coge por las solapas y me lanza con violencia contra la pequeña mesa que hay junto al sofá. La lámpara salta en pedazos y las fotografías enmarcadas vuelan por la habitación. Me tambaleo tratando de recuperar el equilibrio y mantenerme en pie… y coger la pistola que llevo en el bolsillo trasero, pero no lo consigo—. ¿Sabes cuánto tiempo me has hecho perder? —continúa rugiendo—. ¿Tienes la menor idea de lo que me cuesta todo esto?

Como si fuese un luchador en el cuadrilátero, Gallo vuelve a cogerme por el nudo de la corbata, me hace girar violentamente y me lanza nuevamente contra la estantería. Al golpear contra ella, el borde de uno de los estantes impacta en mi nuca y mi cabeza rebota hacia adelante. Durante un segundo no puedo ver absolutamente nada. Todavía cogido de mi corbata, Gallo me atrae hacia él y vuelve a lanzarme hacia atrás. Y otra vez. Y cada vez que choco contra la estantería, una pila de libros se precipita sobre mi cabeza.

—¿Dónde está el dinero, Oliver? ¿Dónde coño lo has escondido?

La saliva sale despedida de sus labios. Tiene una pequeña separación entre sus dientes amarillos. Con cada impacto, el mundo entra y sale de foco. Estoy a punto de desmayarme, pero Gallo no desiste en su empeño. Finalmente, me rodea el cuello con sus garras y me sujeta contra la estantería. No puedo respirar. Cuando aumenta la

presión sobre el cuello, lucho desesperadamente por aspirar un poco de aire. Sólo consigo un jadeo vacío.

—Por favor…

Por encima del hombro de Gallo alcanzo a ver que Charlie sigue arrodillado en el suelo con la mano apoyada en la oreja herida. DeSanctis está de pie junto a él con una sonrisa arrogante. Y detrás de todos ellos… lo juro, algo se mueve en la cocina. Antes de que pueda reaccionar, toda la habitación se desvanece y gira hacia un lado. Es como estar debajo del agua, succionado hacia abajo por la marea. Gallo sigue apretando y yo floto hacia la noche anterior. De regreso a Gillian. Ella es lo único que veo, razón por la que, cuando abro los ojos, casi no puedo creer que realmente se encuentre allí.

Gillian irrumpe en la sala de estar blandiendo el vaso de cristal de la batidora y asesta un fuerte golpe a DeSanctis en la parte posterior de la cabeza.

Cuando el cristal choca contra el cráneo se produce un sonido seco y escalofriante. El impacto dibuja una grieta en zigzag en un lado del vaso y lanza a DeSanctis tambaleándose contra Gallo.

Cuando Gallo se da la vuelta buscando el origen del sonido yo consigo coger un libro de la estantería y le golpeo en la cabeza con todas mis fuerzas. El golpe hace que Gallo pierda el equilibrio, que es todo lo que Gillian necesita para acercarse velozmente. Gallo trata de sacar su arma, pero no tiene la menor posibilidad. Ya con el movimiento a mitad de su ejecución, Gillian proyecta el vaso de la batidora hacia adelante y alcanza a Gallo en un lado de la cabeza. Pero justo cuando el cristal impacta con el cráneo, se oye un fuerte estallido… la grieta cede y el cristal se deshace en cientos de trozos diminutos que me golpean el pecho. En la mano de Gillian sólo queda el sólido mango de cristal. En la alfombra, Gallo está aturdido pero no fuera de combate.

—¡Larguémonos de aquí! —grita Gillian mientras me coge la mano. Tosiendo y luchando para recuperar el aliento, salto por encima de Gallo y voy en busca de Charlie, que está levantando la cabeza de la alfombra. Sus ojos se mueven atrás y adelante… primero hacia Gillian, luego hacia mí, luego nuevamente hacia Gillian. Se encuentra en estado de choque. Gillian le coge de un brazo y yo del otro; le levantamos por las axilas hasta ponerle de pie.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Puedes oírme?

Charlie asiente; recupera rápidamente el equilibrio.

—Salgamos de aquí —dice. En su voz no hay miedo. Sólo ira.

Gillian indica el camino. No hacia la puerta del frente sino hacia los dormitorios de la parte posterior de la casa. Por donde ha entrado subrepticiamente. Ella primero… luego Charlie… luego yo. Pero cuando me lanzo hacia adelante, algo me coge por el tobillo. Y aprieta. Fuerte. Una corriente eléctrica de dolor sube como un

relámpago por mi pierna y caigo de bruces al suelo. Detrás de mí, DeSanctis aferra con fuerza mi tobillo, negándose a soltarlo. Está apoyado sobre el estómago y avanza lentamente por el suelo. La sangre gotea de la línea de nacimiento del pelo, recorre la sien y cae sobre la mejilla.

Retrocedo apoyándome en los codos y pateo furiosamente, luchando por librarme de DeSanctis. Sus uñas se clavan profundamente en la piel del tobillo. No puedo quitármelo de encima.

—¡Charlie!

Miro hacia atrás con desesperación pero mi hermano ya está allí. Su pesado zapato negro aplasta la muñeca de DeSanctis. Con un alarido de dolor, DeSanctis suelta mi tobillo y alza la vista hacia Gillian.

—¿Qué haces tú…?

Antes de que DeSanctis pueda acabar la frase, Gillian lanza una patada que alcanza a DeSanctis en la sien. Su cuello se dobla con un ruido espantoso. Pero eso no detiene a Gillian. Atacando con ferocidad, vuelve a patearle. Y otra vez. Su zapato golpea como si fuese un ladrillo. Una y otra vez.

—Es suficiente —dice Charlie, apartándola de DeSanctis. Desde mi lugar sobre la alfombra, Charlie mide tres metros. El nuevo hermano mayor.

—¡Salgamos de aquí! —grita Charlie, inclinándose para ayudarme a que me levante.

Sin saber lo que nos espera fuera, Charlie corre hacia la parte trasera de la casa. Ignorando el dolor en el tobillo, le sigo tan deprisa como puedo, cojeando a lo largo del pasillo. Detrás de mí, Gillian apoya una mano sobre mi hombro.

—Sigue andando —me susurra. Cortamos a través del dormitorio, donde la puerta corredera de cristal que lleva al patio trasero está abierta de par en par.

—¡A la derecha! —grita Gillian.

Pero Charlie, decidiendo su propia huida, tuerce hacia la izquierda.

Salimos a un patio de cemento. La pared que se alza justo delante de nosotros es demasiado alta. A la izquierda, el camino atraviesa los patios traseros de las casas de los vecinos, cada patio conectado con el siguiente. Charlie ya se encuentra al final del camino, cargando una tumbona oxidada y desteñida por el sol que le ayude a salvar la pared de cemento.

—¡De prisa! —grita Charlie, sentado ya a horcajadas sobre la pared.

—El coche está por aquí —dice Gillian, tirando de mí hacia la derecha.

Yo miro hacia ambos lados, pero la respuesta es simple.

—¡Charlie, espera! —grito mientras corro hacia mi hermano.

—¡Estás loco, por aquí es más seguro! —insiste Gillian, sin darse por vencida.

Ni siquiera reduzco la velocidad.

—Hablo en serio —insiste—. Si te marchas ahora, te quedas solo.

Es una amenaza seria, pero ni siquiera Gillian quiere escapar sola. Sacudiendo la cabeza mientras patea el cemento, corre detrás de mí.

—¡Venga, estarán aquí en un segundo! —grita Charlie, pasando la otra pierna por encima de la pared. Cambiando el peso a sus brazos, salta de la pared y desaparece.

—Espera un… —Es demasiado tarde. Ya se ha marchado.

Apoyándome en la tumbona, asomo la cabeza por encima de la pared para asegurarme de que se encuentra bien. Pero en el instante en que diviso a Charlie del otro lado, se oye un disparo. Dos centímetros a mi izquierda, un trozo de la parte superior de la pared salta en mil pedazos, lanzando pequeños trozos de cemento en todas direcciones. Es como una lluvia de arena en pleno rostro. Trato de ver algo a través de la tormenta. Al otro lado de la pared y calle abajo, Gallo aparece en la esquina cojeando lo más rápido que puede con el arma apuntada directamente hacia mí.

—¡Baja la cabeza! —grita Charlie.

Se oye un segundo disparo.

Me agacho debajo del reborde, pierdo el equilibrio y caigo de la tumbona al suelo. Con el culo pegado a la tierra miro la pared que me separa de mi hermano.

—¡Oliver! —me llama Charlie.

—¡Corre! —grito—. ¡Lárgate de aquí!

—No hasta que…

—¡Vete, Charlie! ¡Ahora!

No hay tiempo para discutir. Oigo el retumbar de sus zapatos sobre la hierba cuando se aleja velozmente. Gallo no puede estar demasiado lejos de él.

Me levanto con dificultad y saco la pistola del bolsillo trasero mientras examino la pared como si pudiera ver a través de ella. Gillian me toca ligeramente el hombro.

—¿Está…?

Suena un tercer disparo, interrumpiendo lo que iba a decir.

Luego un cuarto. Mi corazón se contrae y clavo la vista en la pared. Contengo la respiración y cierro los ojos, tratando de oír pasos. A la distancia se alcanzan a oír unas pisadas que se alejan. Por favor, Dios, que sea Charlie.

Intento cogerme a la pared para elevarme y mirar al otro lado, pero Gillian tira de mí hacia abajo.

—Tendríamos que salir de aquí —insiste, apartándome de la pared. Al comprobar que no me muevo, añade—. Oliver, por favor.

—No pienso abandonarle.

—Escúchame, si vuelves a asomar la cabeza sería como llevar una diana dibujada en la frente. A Charlie no le pasará nada, es diez veces más veloz que Gallo.

—No pienso abandonarle —repito.

—Nadie ha dicho nada de abandonarle, pero si no nos largamos rápidamente de

aquí…

Un quinto disparo resuena en la calle. Sobresaltados por el ruido, ambos nos agachamos.

—¿A qué distancia está tu coche? —pregunto.

—Sígueme.

Me coge la mano y echamos a correr a través de los patios abiertos. A mitad de camino, pasamos junto a la puerta corredera de cristal del dormitorio de Gillian, que es exactamente cuando la mano de DeSanctis aparece súbitamente para coger a Gillian de su rizada cabellera negra.

—¿Preparada para el segundo asalto? —pregunta DeSanctis con aspecto aturdido.

La parte derecha del rostro está cubierta de sangre, y antes siquiera de que pueda dar un paso fuera de la habitación, Gillian se gira rápidamente y le hunde la rodilla en los testículos. DeSanctis cae pesadamente al suelo, le golpeo con la culata de la pistola y continuamos la carrera hasta el extremo del patio. Cuando alcanzamos la pared, es como una imagen refleja de la pared que ha saltado Charlie hace unos minutos, es decir, hasta que desvío la mirada hacia la izquierda y veo la puerta de metal negro que interrumpe la continuidad de la pared. Entre los barrotes se ve una tarjeta metida en una bolsa de plástico: «No cerrar con llave - Por incendio», dice con letra manuscrita.

Gillian tira de los barrotes y abre la puerta. Se cierra a nuestras espaldas con un sonido metálico y nos conduce al aparcamiento de un complejo de apartamentos de baja altura. En cuanto llegamos a la calle doblamos a la izquierda.

—Por aquí —dice Gillian, metiéndose en su escarabajo azul, que está aparcado debajo de un árbol.

Hace girar la llave y pone el motor en marcha. Yo miro por encima del hombro en busca de DeSanctis.

—Vamos, vamos, vamos…

—¿Hacia dónde? —pregunta ella.

—Todo recto. Le encontraremos.

El impulso nos aplasta contra los asientos cuando el coche sale disparado con un chirrido de los neumáticos. Mantenemos las cabezas gachas, por si nos topamos con Gallo. Pero cuando llegamos al extremo de la calle —la esquina hacia donde se dirigía Charlie— no se ve a nadie. Ni a Gallo… ni a Charlie… ni a una alma. A lo lejos se oyen unas sirenas. Los disparos han alertado a la policía.

—Oliver, realmente creo que deberíamos…

—Sigue buscando —insisto, examinando cada callejón junto a cada casa rosada que pasamos—. Tiene que estar en alguna parte.

Pero mientras el coche recorre la manzana no hay más que caminos particulares desiertos, jardines con la hierba crecida, y unas pocas palmeras cuyas hojas se agitan

con la brisa. Detrás de nosotros, el sonido de las sirenas crece en el silencio de la noche.

Si fuese yo quien estuviera huyendo, giraría a la derecha en la siguiente señal de stop.

—Gira a la izquierda —le digo a Gillian.

Aún conozco a mi hermano. Sin embargo, cuando damos la vuelta a la esquina la única persona que vemos es un anciano con la piel marrón como el cuero de un zapato y una camisa azul celeste de los años cincuenta. Está sentado en el porche de su casa, pelando una naranja con un cortaplumas.

—¿Ha visto pasar a alguien corriendo? —le pregunto mientras bajo el cristal de la ventanilla y escondo el arma.

Me mira como si yo hablase…

—Español —me aclara Gillian.

—Ah… ¿ha visto un muchacho?

El hombre no contesta. Continúa pelando la naranja. La sirena de la policía ya está casi sobre nosotros.

Gillian mira por el espejo retrovisor, sabiendo que están muy cerca. Necesita tomar una decisión.

—Oliver…

—Espera —le digo—. Por favor, es muy importante. ¡Es mi hermano!

El viejo ni siquiera alza la vista.

—Oliver, por favor…

Detrás de nosotros, unos neumáticos chirrían al doblar la esquina.

—Vamos, larguémonos de aquí —me rindo finalmente.

Gillian pisa el acelerador y las ruedas buscan nuevamente la tracción para poner el coche en movimiento. Un rápido giro a la derecha y un límite de velocidad absolutamente ignorado convierte el vecindario en una mancha rosa y verde. Miro a través de la ventanilla, esperando que Charlie salte de la espesura y grite que está a salvo. Pero no lo hace. No dejo de mirar.

Junto a mí, Gillian extiende la mano y me acaricia la nuca.

—Estoy segura de que no le ha pasado nada malo —promete.

—Sí —digo, mientras South Beach— y mi hermano —se desvanecen detrás de nosotros—. Espero que tengas razón.

56

Si hubiese llegado al lugar sólo diez minutos antes, Joey habría podido presenciar toda la escena: las luces rojas del coche patrulla, los policías uniformados que abrían las puertas y salían a la carrera, incluso a Gallo y DeSanctis mientras ofrecían sus explicaciones preparadas a la ligera: Sí, éramos nosotros quienes disparábamos; sí, consiguieron escapar; no, podemos arreglar este asunto sin ayuda, gracias de todos modos. Pero incluso cuando todo el mundo se hubo marchado —incluso con el coche alquilado por Gallo que no se veía por ninguna parte— era imposible no advertir la cinta amarilla y negra de la policía que cubría la puerta principal de la casa de Duckworth.

Joey salió del coche y se dirigió directamente a la puerta, golpeando tan fuerte como pudo.

—Soy yo, ¿hay alguien en casa? —gritó para asegurarse de que estaba sola.

Una rápida mirada por encima del hombro y un par de golpes en la cerradura hicieron el resto. Al abrirse la puerta, Joey se agachó y se deslizó por debajo de la cinta de la policía. En el interior, la cocina estaba en orden, pero la sala de estar estaba destrozada. La lámpara hecha añicos, la mesilla baja volcada, los libros de la estantería en el suelo. La lucha había sido breve, limitada a un único espacio. En la parte inferior de la estantería había una pila de viejos ejemplares de la revista *Wired*. Joey fue directamente hacia ellas, cogió la que coronaba la pila y examinó la etiqueta con los datos de suscripción. ¿Martin Duckworth?, leyó para sí, totalmente desconcertada. En un estante próximo descubrió el portarretratos roto con la fotografía en la que aparecían Gillian y su padre. Finalmente una prueba física. Joey sacó la foto del marco y la guardó en su bolso.

En el suelo, los pequeños trozos del vaso de cristal de la batidora cubrían la alfombra descolorida, que presentaba una mancha oscura junto a la puerta. Joey se agachó para examinarla de cerca, pero la sangre ya estaba seca. El rastro de sangre continuaba a lo largo del pasillo, pequeñas gotas que señalaban un rastro de pequeños planetas que se alejaban de un sol oscuro. Cuanto más avanzaba por el pasillo, más pequeñas se volvían las gotas, hasta llegar finalmente al dormitorio. Y a las puertas correderas de cristal.

A través del cristal vio que un niño cubano de unos cuatro años, con calzoncillos rojos y una camiseta de Supermán azul la miraba desde el otro lado, las manos metidas bajo el elástico de los calzoncillos. Joey sonrió y deslizó la puerta lentamente para no asustarle.

—¿Has visto a mi hermano? —preguntó.

—¡Bang-bang! —gritó el niño, señalando con el dedo como si fuese una pistola hacia la pared que había a la izquierda. Al volverse, Joey vio claramente la zona

serrada donde había impactado el primer disparo. La tumbona estaba apoyada contra la base de la pared. Arriba y al otro lado, pensó Joey.

Sacó el móvil del bolso y pulsó el botón de llamada rápida.

—¿Qué tal el vuelo? ¿Te ofrecieron cacahuetes gratis? —preguntó Noreen.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Martin Duckworth? —preguntó Joey, echando un vistazo al ejemplar enrollado de *Wired*.

—¿No es el individuo cuyo nombre aparece en la cuenta del banco?

—El mismo. Según Lapidus y los datos que tienen en Greene, Duckworth está viviendo en Nueva York, pero apuesto a que si le metemos en la picadora de carne, descubriremos algo más.

—Dame cinco minutos. ¿Alguna otra cosa?

—También necesito que encuentres a sus familiares —le explicó Joey mientras se acercaba a la pared—. Charlie y Oliver… cualquiera que ellos puedan conocer en Florida.

—Venga, jefa, ¿crees acaso que no hice ese trabajo en el momento en que subiste al avión a Miami?

—¿Puedes enviarme esa lista?

—Es una lista con un solo nombre —dijo Noreen—. Pero pensaba que habías dicho que los hermanos eran demasiado listos para esconderse con familiares.

—Ya no. A juzgar por el aspecto de la casa tuvieron una visita sorpresa de Gallo y DeSanctis.

—¿Crees que les han cogido?

Aún con la imagen de esa mancha seca en la alfombra, Joey se subió a la tumbona y pasó las puntas de los dedos por el trozo de cemento que faltaba en la parte superior de la pared; no había sangre por ninguna parte.

—No puedo hablar por los dos, pero algo me dice que al menos uno de ellos consiguió escapar… y si está huyendo…

—… estará desesperado —continuó Noreen—. Dame diez minutos y tendrás todo lo que necesitas.

57

Cuando tenía doce años perdí a Charlie en el centro comercial del Kings Plaza. Mamá estaba en una de las antiguas tiendas de descuento, decidiendo qué ropa comprar; Charlie estaba investigando entre los artículos de Spencer Gifts, haciendo un esfuerzo por olfatear las velas eróticas «Sólo para adultos»; y yo… se suponía que no debía apartarme de su lado. Pero cuando me di la vuelta para enseñarle la colección de juegos de naipes con desnudos, comprobé que se había ido. Lo supe al instante: no se estaba escondiendo y tampoco estaba vagando por uno de los rincones de la tienda. Había desaparecido.

Durante veinticinco minutos corrí frenéticamente de una tienda a otra, gritando su nombre. Hasta el momento en que le encontramos —lamiendo el cristal en Jo Ann's Nut House— un dolor lacerante no dejó de perforarme el pecho. No fue nada comparado con lo que estoy sintiendo en este momento.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta el guardia de seguridad en el mostrador de recepción. Es un hombre mayor con un uniforme de «Seguridad Kalo» y zapatos ortopédicos blancos. Bienvenidos al Conjunto residencial Wilshire en North Miami Beach, Florida. El lugar indicado al que acudir cuando se trata de una emergencia.

—He venido a ver a mi abuela —contesto con mi mejor voz de buen chico.

—Escriba su nombre, por favor —dice el guardia, señalando el libro de registro. Garabateo algo ilegible y examino todas las firmas que hay encima de la mía. Ninguna de ellas es la de Charlie. No obstante, hemos pasado por esta situación una docena de veces. Si alguna vez nos perdemos, debemos acudir a un lugar seguro. Bajo la palabra «Residente», añado las palabras «Abuela Miller».

—¿Es el nieto de Dotty? —pregunta el guardia, súbitamente amable.

—Sí, de Dotty —digo, entrando en el vestíbulo.

Por supuesto que se trata de una mentira, pero tampoco soy un completo desconocido. Durante casi quince años, mi abuela, Pauline Balducci, vivió en esta residencia. Murió aquí hace tres años, y es precisamente por esa razón que utilizo el nombre de su vecina para que Gillian y yo podamos entrar.

—¡El nieto de Dotty! —se ufana el guardia de seguridad ante los residentes que pasan por el vestíbulo—. Tiene la misma nariz, ¿verdad?

Arrastrando a Gillian por un brazo atravieso el vestíbulo, paso junto a los ascensores y sigo los carteles de salida a lo largo del sinuoso pasillo con el empapelado despegado y que apesta a cloro. Área de la piscina, todo recto. Mamá solía enviarnos aquí para que disfrutásemos de un tiempo de calidad con la parte «distinguida» de la familia. En cambio, eran dos semanas de luchas en el agua, concursos para ver quién resistía más tiempo debajo del agua, y las quejas de la gente bienpensante del conjunto residencial porque nos zambullíamos de un modo

demasiado ruidoso, lo que fuese que eso significara. Incluso ahora, cuando salimos al exterior, un hermano y una hermana están hundidos hasta las rodillas practicando un cruel juego de Marco Polo. El chico, con los ojos cerrados, grita: «¡Marco!»: La chica grita: «¡Polo!» Cuando él se acerca, ella sube la escalerilla, corre alrededor de la piscina y vuelve a saltar al agua. Evidentemente es un poco tramposa. Igual que Charlie solía hacerme a mí.

—¿Oliver, adónde…?

—Espera aquí —digo, señalando a Gillian una tumbona.

Junto a la piscina, un vestido con camisa blanca, pantalón corto del mismo color y calcetines negros subidos hasta la rodilla estudia la página de las apuestas del hipódromo.

—Lamento molestarle, señor, pero, ¿podría dejarme su llave del club? —le pregunto—. Mi abuela se ha llevado la nuestra al apartamento.

El abuelo levanta la vista de su página de apuestas y me mira con sus pequeños ojos negros.

—¿Quién es su abuela?

—Dotty Miller.

Después de echarme un vistazo, saca la llave del bolsillo.

—Luego tráigala —me advierte.

—Por supuesto… enseguida.

Le hago una seña a Gillian y ella me sigue más allá de la pista de tejo y por el sendero flanqueado de árboles que ocultan el club de una sola planta. Una vez que Gillian ha entrado, le devuelvo la llave al señor Calcetines Negros y regreso con Gillian.

Una vez dentro, el «club» está exactamente igual a como lo dejamos hace un montón de años: dos cuartos de baño mugrientos, una sauna que no funciona y un juego de pesas anterior a Jack La Lane. El lugar fue diseñado para ser un punto de encuentro social, para que personas mayores se conocieran e hicieran nuevas amistades. Nunca se utilizó. Podríamos quedarnos durante días y nadie nos interrumpiría.

Gillian se sienta sobre el tapizado de vinilo rojo del banco de pesas. Miro las paredes cubiertas de espejos y me siento en el suelo.

—Oliver, ¿estás seguro de que Charlie conoce este lugar?

—Hablamos de este lugar miles de veces. Cuando éramos pequeños solíamos escondernos en la sauna. Yo saltaba dentro y simulaba que era Han Solo congelado en carbonita. Entonces Charlie acudía en mi rescate y… y… —Mi voz tiembla y me miro nuevamente al espejo. Me falta una mitad.

—Por favor, no te hagas esto a ti mismo —me ruega Gillian—. Nos llevó cuarenta minutos llegar hasta aquí y tenemos un coche. Si Charlie está de camino en

taxi o en autobús tardará un poco más en llegar, eso no significa nada. Estoy segura de que no le ha pasado nada.

Ni siquiera me molesto en contestar.

—Tienes que ser positivo —añade—. Si piensas lo peor; consigues lo peor. Pero si piensas lo mejor…

—¡Entonces todo te estallará en la cara de todos modos! ¿Aún no entiendes la frase clave, la que remata el chiste? Es la gran broma pesada cósmica. Toc, toc. ¿Quién es? Una gran patada en el culo. Eso es todo… final del chiste. ¿No es muy divertido?

—Oliver…

—Es como correr el maratón de Boston: entrenas como un loco… pones tu vida en ello y entonces, justo cuando estás a punto de cruzar la línea de llegada, algún imbécil estira la pierna y llegas cojeando a la meta con ambos tobillos rotos y preguntándote adonde ha ido a parar todo ese duro trabajo. Antes de que te puedas dar cuenta, todo ha desaparecido: tu vida, tu trabajo… y tu hermano…

Gillian levanta la cabeza y me observa atentamente. Como si viese algo que nunca hubiera visto antes.

—Tal vez deberíamos ir a la policía —me interrumpe—. Quiero decir, encontrar algo acerca de mi padre es una cosa, pero cuando comienzan a dispararnos… no lo sé… tal vez ha llegado el momento de sacar la bandera blanca.

—No puedo hacerlo.

—¿De qué estás hablando? Sólo tenemos que marcar el 911. Si les dices la verdad, no pueden entregarte al servicio secreto.

—No puedo hacerlo —insisto.

—Por supuesto que puedes hacerlo —replica Gillian—. Todo lo que hiciste fue ver una cuenta bancaria en la pantalla de tu ordenador, no es como si hubieras hecho algo malo…

Giro la cabeza mientras el silencio marca la cadencia del aire.

—¿Qué? —pregunta Gillian—. ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Nuevamente permanezco en silencio.

—Oliver…

Sólo silencio.

—Oliver, puedes decirme…

—Lo robamos —digo de golpe.

—¿Perdón?

—No pensamos que ese dinero perteneciera a nadie; buscamos los datos de tu padre, pero había muerto… y el estado no había podido encontrar a ningún familiar, de modo que pensamos que nadie saldría perjudicado.

—¿Lo robasteis?

—Sabía que no debía hacerlo, se lo dije a Charlie, pero cuando descubrí que Lapidus me estaba jodiendo… y Shep dijo que podíamos sacarlo del banco… Todo parecía tener sentido. Pero lo siguiente que supimos fue que nos habíamos quedado con trescientos millones de dólares del dinero del servicio secreto.

Gillian tose como si estuviera a punto de ahogarse.

—¿Cuántos millones?

La miro fijamente a los ojos. Si estuviese trabajando contra nosotros es imposible que hubiese atacado a Gallo y DeSanctis de la forma que lo hizo. En cambio, lo hizo. Nos salvó la vida. Del mismo modo en que me salvó anoche cuando estábamos debajo del agua. Es hora de que le devuelva el favor.

—Trescientos trece.

—¿Trescientos trece millones?

Asiento.

—¿Robaste trescientos trece millones de dólares?

—No deliberadamente… no esa suma. —Espero que comience a gritar, o me abofetee, o me corte el cuello, pero no hace nada de eso. Simplemente se queda sentada. En una perfecta postura india. En absoluto silencio—. Gillian, sé lo que estás pensando, sé que es tu dinero…

—¡No es mi dinero!

—Pero tu padre…

—¡Ese dinero hizo que le mataran, Oliver! Para lo único que sirve ahora es para forrar su ataúd. —Alza la vista y sus ojos están llenos de lágrimas—. ¿Cómo pudiste no decírmelo?

—¿Qué se suponía que debía decir? Hola, soy Oliver, acabo de robar trescientos trece millones de dólares del dinero de tu padre, ¿quieres venir y quedarte con un buen pedazo? Charlie y yo sólo queríamos saber si estaba vivo. Pero después de conocerte… y pasar un tiempo contigo… yo nunca quise hacerte daño, Gillian, especialmente después de todo esto.

—Pudiste contármelo anoche…

—Quería hacerlo… lo juro.

—¿Por qué no lo hiciste entonces?

—Yo sólo… sabía que te haría daño.

—¿Y piensas que esto no me hace daño?

—Gillian, no tenía intención de mentirte…

—Pero lo hiciste. Lo hiciste —insiste con voz temblorosa.

Aparto la vista, incapaz de mirarla a los ojos.

—Si pudiera volver a hacerlo todo otra vez, no lo haría —susurro.

Gillian solloza ante mi comentario, pero eso no contribuye a mejorar la situación para mí.

—Gillian, te juro que…

—No se trata siquiera de que me mintieses —me interrumpe—. Y ciertamente no tiene nada que ver con un montón de dinero sucio —añade, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano. Aún está conmocionada, pero percibo las primeras señales de ira—. ¿Aún no lo entiendes, Oliver? ¡Sólo quiero saber por qué mataron a mi padre!

Mientras pronuncia esas palabras, el temblor que se percibe en la parte posterior de su garganta hace que sienta un estremecimiento en los hombros y nuevamente me recuerda qué hemos venido a hacer aquí. Alzo la barbilla y me contemplo en el espejo. Bolsas oscuras debajo de los ojos. Pelo negro en mi cabeza. Y mi hermano que sigue desaparecido.

Por favor, Charlie —dondequiera que te encuentres— regresa a casa.

58

—¿Qué está haciendo ahí? —preguntó una mujer mayor, tocando ligeramente a Joey en el hombro.

—Lo siento, sólo busco un calcetín que se me ha perdido —contestó Joey mientras se alejaba de la zona del lavadero. Una vez en el pasillo, Joey se volvió para mirar a la mujer y vio el cartel de «Cuarto de la basura» en una puerta metálica contigua.

—¿Usted vive aquí? —preguntó la mujer con tono desafiante. Llevaba un recipiente de plástico para la ropa y un brazalete de Alerta Médica dorado.

—Por supuesto —dijo Joey, pasando junto a la mujer y echando un vistazo en el cuarto de la basura. Olor a naranjas podridas. Un conducto para los desperdicios en una esquina. Ni Oliver ni Charlie.

—Escúcheme, le estoy hablando —la amenazó la mujer.

—Lo siento —dijo Joey—. Es que se trata de los calcetines favoritos de mi madre. Me dijo que viniese a hacer la colada aquí porque las secadoras son mejores en los pisos bajos…

—Son mejores…

—… estoy completamente de acuerdo con usted, pero ahora ese calcetín ha desaparecido, y… el caso es que era su calcetín favorito.

Joey se alejó de la mujer, pulsó el botón de llamada del ascensor y entró rápidamente en él cuando se abrieron las puertas.

—¡Estaré atenta por si aparece! —gritó la mujer. Pero antes de que pudiese acabar la frase, las puertas se cerraron.

—¿Era su calcetín favorito? —bromeó Noreen a través del audífono.

—Venga, muérete —dijo Joey—. He hecho mi trabajo.

—Sí, señora, has conseguido burlar otra vez a los jubilados de noventa años en ese nido de espías: el Conjunto Residencial Wilshire & Posada Comunista.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—Lo único que digo es que no le veo el sentido a registrar ese lugar —mucho menos el tercer piso y el lavadero— sólo porque la abuela de Oliver y Charlie vivió alguna vez ahí.

—En primer lugar, si la abuela vivía en el tercer piso, es el que conocerán mejor. Segundo, nunca subestimes un lavadero como escondite. Y tercero, cuando se trata del comportamiento humano, hay una sola cosa en todo el mundo con la que puedes contar sin ningún género de dudas…

—Hábito —dijeron Noreen y Joey al unísono.

—No te burles —advirtió Joey mientras las puertas se abrían cuando el ascensor llegó al vestíbulo—. El hábito es lo único que comparten todos los seres humanos.

No podemos evitarlo. Es lo que hace que conduzcamos hacia casa siempre por el mismo camino; y compremos el café en el mismo lugar; y nos cepillemos los dientes y lavemos la cara en el mismo orden. —Se hizo a un lado para dejar pasar a un grupo de mujeres mayores que lucían camisetas y cintas para el pelo de color lavanda; Joey siguió el cartel que indicaba la zona de la piscina y salió del edificio—. Es la misma razón por la que mi padre sólo entra en su casa por la puerta trasera. Jamás por la puerta principal. Yo lo llamo chifladura, él piensa que eso le hace la vida más fácil…

—Y así es como nacen todos los hábitos —interrumpió Noreen—. Breves e insignificantes momentos de control en un mundo dominado por un oscuro caos. Todos tememos la muerte, de modo que todos nos ponemos la ropa interior antes que los calcetines.

—De hecho, hay personas que suelen ponerse primero los calcetines —señaló Joey mientras miraba al hombre mayor que estaba junto a la piscina con un boleto de apuestas de caballos y los calcetines negros subidos hasta las rodillas—. Pero cuando tenemos problemas buscamos aquello que nos resulta familiar. Y ése es el hábito más básico de todos.

Joey pasó junto a la piscina examinando el viejo campo de juegos favorito de Oliver y Charlie. Para los dos críos que disputaban en la piscina la Marco Polo Super Bowl no había ningún lugar mejor que éste. Pero mientras contemplaba cómo el hermano y la hermana se perseguían mutuamente por la pista donde se jugaba al tejo, supo que los mejores juegos nunca desaparecen. A su izquierda se abría un camino que llevaba hacia la oficina de ventas del conjunto residencial. A la derecha se alzaba el club. Una estaba llena de empleados. El otro estaba prácticamente oculto por árboles y arbustos. Joey no lo dudó un instante.

—Tienen un club —le dijo a Noreen mientras pasaba junto al jacuzzi y se adentraba en el camino de cemento flanqueado de árboles. Un giro a la izquierda, otro a la derecha, y la zona de la piscina había quedado fuera de la vista. Después de mirar por encima del hombro para comprobar que no hubiese nadie cerca, Joey se acercó lentamente a la puerta.

Apoyó la oreja contra la madera, pero no consiguió oír ningún sonido en el interior de la pequeña construcción. Tratando de no alarmar a nadie que pudiese estar dentro del club, golpeó ligeramente con los nudillos y volvió a pegar la oreja contra la puerta. Nada.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí? —preguntó alzando ligeramente la voz y golpeando con más fuerza. Pero nadie contestó.

Metió la mano en el bolso y sacó su estuche de cuero negro con el juego de ganzúas. Una rama se rompió a sus espaldas y el bolso se deslizó de su hombro.

—¿Está todo bien? —preguntó Noreen.

Joey se volvió rápidamente y examinó los árboles y arbustos que oscurecían el

camino de cemento. Allí no había nada. Al menos nada que ella pudiese ver. Otra rama se rompió detrás de un grueso hibisco. Joey se puso de puntillas mientras estiraba el cuello intentando ver algo. Pero los arbustos eran demasiado altos. Se acercó y apartó las ramas más bajas, saltó la cadena que bordeaba el camino y avanzó agachada a través del pequeño bosquecillo.

—Joey, ¿está todo bien? —repitió Noreen.

Joey se deslizó silenciosamente por debajo de una rama y continuó avanzando hacia los arbustos de donde habían salido los ruidos de ramas rotas. Al otro lado se oyeron unos leves golpes en la tierra. Alguien estaba impaciente. Bajando la cabeza hacia el suelo cubierto de hojarasca, Joey trató de conseguir una vista mejor del lugar, pero la maleza era demasiado espesa. Sólo había una manera de averiguar qué estaba pasando.

Metió la mano en el bolso y sacó un revólver plateado y brillante. Un pequeño treinta y ocho de cinco tiros. El revólver de su padre. «A la de tres», contó Joey para sí mientras deslizaba el dedo sobre el gatillo. Sus piernas se doblaron ligeramente, preparándose para el paso siguiente. *Uno… dos…*

Avanzando a toda velocidad, saltó al otro lado de los arbustos y apuntó el arma al origen de los ruidos, una garza blanca que batía sus grandes alas. Cuando Joey apareció en escena, el pájaro levantó el vuelo hacia el cielo, dejando nuevamente a Joey completamente sola.

—¿Qué ha sido eso? Joey, ¿qué ha pasado? —preguntó Noreen a través del audífono.

Joey no respondió, volvió a guardar el pequeño revólver en el bolso y regresó al camino de cemento que llevaba al club.

—Perdón, señora… —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Joey, cogida desprevenida, se volvió rápidamente y vio a un joven con el pelo rubio aclarado.

—Lamento molestarla —dijo Charlie, cubriéndose con una mano el corte que tenía en el labio—. ¿Pero podría prestarme su llave del club? Mi abuela se llevó la nuestra al apartamento.

59

Charlie miró a la pelirroja y supo que pasaba algo. Cualquiera diría que le pido la llave del club todos los días, pensó.

—¿Que quieres qué? —tartamudeó la mujer.

—La llave del club —dijo Charlie mientras señalaba el viejo escondite que tenían él y Oliver cuando eran niños—. Sólo quiero usar el baño. —Esperando parecer amable, y viendo que la mujer tenía cincuenta años menos que la edad media de la gente que frecuentaba ese lugar, añadió—: A menos, naturalmente, que me permita usar el baño del apartamento de su abuela.

—Sí, a ella le encantaría —dijo la mujer, mirando a Charlie de arriba abajo. Sonrió para sí y Charlie se preguntó si estaba percibiendo las vibraciones «te amo». Es guapa, se dijo. Mayor, pero con ese pelo rojo… de alguna manera las cosas se igualaban. Una lástima que no fuesen el momento ni el lugar adecuados.

—¿Tú también estás visitando a tus abuelos? —preguntó ella.

—En realidad, sólo a mi abuela.

—¿En qué apartamento?

—Trescientos diecisiete —dijo Charlie, señalando el balcón del tercer piso que daba a la piscina. Ella ni siquiera levantó la vista. Está claro que sigue interesada por mí, pensó… es decir, hasta que descubrió la sangre que cubría todo el dorso de su mano. Mierda. El labio seguía sangrando.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

—Sí… por supuesto… estoy perfectamente.

—¿Seguro? —volvió a preguntar ella, estirando la mano—. Porque yo puedo…

—Sí, estoy bien —insistió él, apartándose. Al ver que la había asustado, se esforzó por sonreír—. Ha sido un estúpido accidente con un chicle. Un mordisco pobremente calculado a un trozo de goma de mascar de fresa; creo que ha causado un daño irreparable en la parte interior del labio. Todavía tengo alucinaciones. —Mirando a su alrededor como si estuviese en trance, añadió—. ¿Mamá? ¿Eres tú?

Charlie continuó riendo, pero la mujer guardaba un silencio sepulcral. Eso es todo. El espectáculo ha terminado.

—Escuche, si puede prestarme la llave…

—Por supuesto, por supuesto —dijo ella, volviendo a meter la mano dentro del bolso—. La tengo aquí mismo… —Hizo una pausa como si estuviese a punto de decir algo más—. Deja que la encuentre para ti… Charlie.

Mierda.

La mano salió del bolso sosteniendo un arma.

—¿Qué hace? —preguntó Charlie, levantando las manos.

—No tienes por qué asustarte… no pasa nada —dijo ella con tono tranquilo. Su

voz era puro terciopelo, y era precisamente ésa la razón por la que Charlie no creía una sola palabra.

—¿Está con Gallo? —preguntó Charlie.

—No estoy aquí para hacerte daño —prometió ella.

—Sí, claro… ése parece ser el tema estrella últimamente —dijo él, pasando el dorso de la mano por el labio aún sangrante. Trató de pensar en algo que fuese ocurrente, pero lo único que veía era el cañón del revólver que le apuntaba.

—Te lo juro, Charlie, no pertenezco al servicio secreto; no soy una representante de la ley. Lo único que me preocupa es recuperar el dinero y llevaos a los dos sanos y salvos a casa.

Al ver la expresión de incredulidad en su rostro, mantuvo firme el arma, deslizó la otra mano dentro del bolso y sacó una tarjeta profesional blanca que exhibió como si fuese una placa.

Entrecerrando los ojos, Charlie alcanzó a leer la palabra «Abogada».

—No puedo leer lo que dice —mintió.

Ella no mordió el anzuelo, era demasiado lista como para permitir que se acercara.

Con un giro de muñeca lanzó la tarjeta hacia él. Cayó a los pies de Charlie, de donde la recogió y leyó el resto. «Jo Ann Lemont-Abogada-Sheafe International.» En la parte inferior derecha decía, «Licencia de I.P. n.° 17-4127, Virginia.»

Abogada y detective privada. Como si una sola cosa no fuese ya bastante mala.

—¿Qué es usted, como Colombo o algo por el estilo? —preguntó.

—¿Siempre usas el humor como mecanismo de defensa?

Mientras la observaba atentamente, Charlie supo que ella estaba tratando de ahondar en sus pensamientos. Sólo por eso, la mujer no le gustó. Por encima de su hombro se alcanzaba a divisar la zona de la piscina en calma a la distancia. Charlie rogó que algo la distrajera, pero estaban demasiado bien ocultos por los árboles como para llamar la atención de alguien.

—¿Qué es lo que quiere, señorita?

—Por favor —dijo ella—, llámame Joey.

Charlie rió despectivamente ante la falsa ocurrencia.

—¿Qué es lo que quieres, Joey? —preguntó a través de los dientes apretados.

—Imagino que conoces a Henry Lapidus…

Charlie no se molestó en responder.

—Sólo intento hacer mi trabajo, Charlie. ¿Ahora quieres decirme dónde se oculta Oliver o quieres que eche abajo la puerta del club?

Charlie tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no desviar la mirada hacia el club. Estaba parado junto a la puerta.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Puedes seguir diciéndotelo a ti mismo, pero yo vi cómo salías de la casa de Duckworth. Vi la sangre sobre la alfombra. Y en tu labio. —El arma seguía apuntándole, pero su voz había recuperado su tono aterciopelado—. También sé que no tienes tu medicación, Charlie. ¿Por qué no me dices de una vez qué está ocurriendo realmente?… Tal vez pueda ayudarte.

Charlie permaneció en silencio.

—Puedes creerme, sé que no merece la pena que te pida que confíes en mí. Pero también sé que no es fácil arrojar tu vida a la basura. Yo hice lo mismo cuando abandoné la universidad; me llevó tres meses comprender que debía volver. —Charlie había presenciado esta escena muchas veces. Estaba tratando de hacer las paces encontrando un terreno común. Dejando que el pensamiento madurase, ella añadió—. Sé lo que estás lanzando por la borda, Charlie. Olvida el trabajo y las demás tonterías… tienes tu música… y a tu madre… y no olvidemos tu salud…

—Me hago una idea.

—Entonces dime qué ocurrió. ¿Acaso tenía algo que ver con Duckworth? ¿Es por eso que cogisteis el dinero?

—No somos ladrones —dijo Charlie. Joey arqueó una ceja—. Todo lo que digo es que no teníamos intención de hacerle daño a nadie.

—¿Qué me dices de Shep? —le desafió ella.

—¡Shep era mi amigo! Puedes preguntar a cualquiera, a todos los mocosos del banco, yo era quien tomaba café con él, y hablaba de fútbol con él, y me reía del hecho de que él creyera que la primera sección del periódico estaba allí sólo para impedir que la sección de deportes se mojase.

Ella estudió su cara, sus manos, incluso sus zapatos. Charlie sabía que estaba buscando la verdad… tratando de decidir si le estaba mintiendo. Pero, si ella no le creyese, no estarían hablando.

—De acuerdo, Charlie, si eres inocente, ¿entonces quién le mató? —preguntó Joey finalmente.

El esperaba que ella bajase el arma, pero Joey no lo hizo. Charlie seguía con los brazos en el aire.

—¿Por qué no tratas de desviar tus perfiles psicológicos hacia Gallo y DeSanctis?

Ella no pareció sorprendida cuando Charlie pronunció ambos nombres.

—¿Tienes alguna prueba de lo que dices? —preguntó Joey.

—Yo sé lo que vi.

—¿Pero tienes pruebas? —insistió ella.

Era exactamente como había dicho Oliver: su palabra contra el servicio secreto.

—Estamos trabajando en ello —dijo Charlie.

—Charlie, tendrás que hacer algo mejor que eso.

Charlie hizo una pausa antes de hablar. No quería decirlo, pero… De hecho, era

una mentira. Lo hizo.

—Mientras estás en ello, deberías echarle un vistazo también a Gillian.

Joey frunció la frente.

—¿Gillian qué?

Charlie no estaba seguro de si se estaba marcando un farol o decía la verdad, pero ya no tenía nada que perder.

—La hija de Duckworth. Ahora la casa es de ella.

En ese momento se oyó un ruido en el otro lado del club. Charlie supuso que se trataba de la abuela de alguien. También Joey, que bajó el arma para asegurarse de que no la viese nadie. Con un ojo vigilando a Charlie, retrocedió unos pasos, tratando de echar un vistazo con mucho cuidado al otro lado del edificio por una de sus esquinas. Pero justo cuando asomaba la cabeza se oyó un click familiar. Las manos de Joey se elevaron directamente hacia las nubes. Se apartó de la esquina del edificio y Charlie pudo ver finalmente qué era lo que amenazaba a Joey: una pequeña pistola negra apoyada contra su sien.

—Juro que la usaré —prometió Oliver apareciendo por la esquina del club y dejándose ver. Con el arma de Gallo en la mano, llevó el percutor del gatillo hacia atrás—. Ahora deje caer su arma y apártese de mi hermano.

60

—Oliver, éste no es momento para hacer tonterías —le advirtió Joey mientras Oliver avanzaba con el arma apuntada directamente a su cabeza.

—Hablo en serio, la usaré —dijo Oliver, tensando el índice sobre el gatillo.

Joey vio cómo le temblaban las manos. Luego estudió sus ojos. Impasibles. Inmóviles y oscuros. Oliver no estaba bromeando.

—Joey, ¿qué está ocurriendo? —preguntó Noreen a través del audífono—. ¿Son ellos? ¿Quieres que avise a alguien?

—No lo hagas… —le advirtió Joey. Oliver se volvió y Noreen dejó de hablar.

—Sólo harás que infectar la herida —añadió Joey.

—¡Charlie, apártate! —exclamó Oliver.

Charlie dio un salto hacia atrás.

Joey observó atentamente toda la escena. Ahora sabía en cuál de los dos debía concentrarse.

—Oliver… —empezó a decir—. Déjame que os ayude a salir de este…

—¡Suelta el arma! —la interrumpió Oliver—. Lánzala al techo.

Esta vez, Joey no se movió.

—¡He dicho que lances el arma al techo! —insistió Oliver, su mano finalmente quieta.

Charlie observaba a su hermano sin abrir la boca. Igual que Joey. Dos días atrás ella no pensaba que Oliver Caruso tuviese lo que hay que tener. Hoy ya no estaba tan segura de ello. Joey echó un vistazo al techo del club y se preparó para lanzar el arma.

—Te lo advierto, es probable que se dispare.

—Correré ese riesgo —contestó Oliver.

Con un suave movimiento, Joey arrojó el pequeño revólver de su padre por encima del borde del techo. Cayó con un ruido sordo, pero no se disparó.

Detrás de Oliver, la bocina de un coche sonó dos veces. A través de las tablillas de la valla de madera que rodeaba todo el perímetro de la piscina, Joey alcanzó a ver el escarabajo azul celeste de Gillian que avanzaba hacia la puerta giratoria que daba acceso a la zona de aparcamiento del complejo residencial.

Oliver no tuvo necesidad de decir nada. Charlie echó a correr.

Joey estudió la expresión de Oliver, buscando algún punto débil. Pero después de todo este tiempo persiguiéndole, ya lo conocía.

—Cuanto más huyas, menos probabilidades tendrás de recuperar tu antigua vida.

Ante su sorpresa, Oliver no mostró ninguna reacción. Simplemente observaba a Charlie que corría hacia el coche. En el instante en que su hermano superó la valla, Oliver volvió a mirar a Joey.

—Te aconsejo que te mantengas alejada de nosotros —le advirtió.

Mientras se alejaba rápidamente en dirección al coche azul no dejó de apuntarle con la pistola. Y antes de que Joey pudiese reaccionar, la puerta del coche se cerró con estrépito, los neumáticos chirriaron y Oliver, Charlie y Gillian se alejaron.

—¿Joey, te encuentras bien? —interrumpió Noreen a través del audífono.

Ignorando la pregunta, Joey echó a correr hacia la abertura en la valla.

—¡Mierda! —gritó mientras observaba cómo el coche de Gillian rebotaba en los topes de cemento que limitaban la velocidad en el aparcamiento y ganaba finalmente la calle. Joey salió como una bala hacia su coche, que estaba aparcado en doble fila delante del edificio principal. Pero justo cuando doblaba la esquina descubrió los neumáticos pinchados de las ruedas traseras.

—Mierda, estoy jodida —murmuró para sí—. Noreen, llama ahora mismo a la triple A.

—Ahora mismo.

—Y un milisegundo después de que hayas hablado con ellos, quiero que comiences a investigar a…

—… Gallo y DeSanctis. Ya estoy en ello —explicó Noreen—. Empecé en el momento en que Charlie pronunció sus nombres.

—¿Y qué piensas de su reacción cuando mencioné a Lapidus? —preguntó Joey.

—No lo sé. Sólo se oía el silencio.

—Tendrías que haber visto la expresión de su cara.

—De acuerdo, echaré un vistazo también a Lapidus. Por cierto, ¿sabías que las oficinas del último trabajo que tuvo Martin Duckworth están a sólo veinte minutos?

—Maravilloso, eso es lo que quiero oír —dijo Joey mientras corría de regreso al club para recuperar su revólver del techo—. ¿Y qué me dices de su hija? ¿Alguna información sobre ella?

—Verás, Joey, eso es lo que no tiene sentido —contestó Noreen—. Mientras estabas tratando con los Gemelos Maravilla, he estado investigando a través de certificados de nacimiento, permisos de conducir, incluso declaraciones de impuestos de la familia de Duckworth. No estoy segura de qué estaba hablando Charlie, pero según toda la información que he podido reunir Marty Duckworth no tiene ninguna hija.

—¿Cómo dices?

—Tal como te lo digo, Joey. Lo he comprobado una docena de veces. De acuerdo con todas las bases de datos gubernamentales y privadas, Gillian Duckworth simplemente no existe.

61

—¡Brandt! ¿Cómo estás, viejo cabrón? —exclamó Gallo, su amplia sonrisa mostraba la flamante rotura en un diente delantero.

—¡Jimmy, muchacho! —dijo Katkin, envolviendo a Gallo en un abrazo de oso. Mientras los llevaba a él y a DeSanctis a su despacho en Five Points Capital, Katkin preguntó—. ¿Qué es lo que ha traído a tu culo gordo hasta el sur?

Gallo miró a DeSanctis y luego nuevamente a Katkin.

—¿Te importa si cierro la puerta, Brandt?

Katkin miró fijamente a su amigo.

—Si esto tiene que ver con Duckworth…

—¿O sea que ya han estado aquí?

—¿Esos dos chicos con el pelo teñido? A primera hora de la mañana. Te digo que yo sabía que algo no funcionaba bien. Entonces cuando recibí tu llamada…

—¿Había alguien más con ellos? —interrumpió DeSanctis.

—¿Quieres decir aparte de la hija?

Nuevamente, Gallo miró a su compañero.

—¿Qué dijo ella? —le preguntó a Katkin.

—No mucho. El chico del pelo oscuro se pasó casi todo el tiempo tratando de sonsacarme. Todo lo que hizo la hija fue permanecer sentada. Muy guapa, por cierto; pelo ensortijado, aspecto descuidado, pero con fuego en la mirada. Me observaba como una gata, ¿sabes lo que quiero decir? No había nadie como su papaíto. ¿Por qué, crees que ella anda en algo?

—Eso es precisamente lo que estamos tratando de averiguar —explicó Gallo—. Hace tres días, una cuenta a nombre de Duckworth desapareció de un banco de Nueva York. Ahora, esta… esta hija tendrá que responder a algunas preguntas.

—¿Tienes idea de adonde han podido ir? —preguntó DeSanctis—. ¿Algún otro contacto que puedas tener en relación a Duckworth?

Katkin se acercó a su mesa y consultó la base de datos en su ordenador.

—Lo único que tengo aquí es la dirección de su casa y algunas direcciones de antiguos trabajos…

—Neowerks —le interrumpió Gallo—. Eso es, casi me había olvidado de ese empleo…

62

El tráfico por la autopista antes de la hora punta es fluido y el sol del mediodía brilla en un cielo sin nubes mientras Charlie, Gillian y yo viajamos por los amplios carriles abiertos de la I-95. Pero incluso con el motor funcionando a plena potencia y la radio sintonizada en la emisora local de música pop, el interior del coche es un lugar demasiado silencioso. Durante los veinte minutos que tardamos en llegar desde el conjunto residencial de la abuela hasta el Bulevar Broward, nadie —ni Charlie, ni Gillian, ni yo— pronuncia una sola sílaba.

Del bolsillo de la chaqueta vuelvo a sacar la tira de fotografías. Los bordes blancos del papel están empezando a curvarse y, por primera vez, me pregunto si esas personas son reales. Tal vez sea ésa la razón por la que se trata de una fotocopia en color. Tal vez las fotografías están manipuladas. Documentos de identidad falsos para completar el disfraz. Examino detenidamente los cuatro rostros que descansan en mi regazo. Cambio el pelirrojo por rubio; el hombre negro por uno blanco. Pero, para mí, siguen siendo unos completos desconocidos. Para Duckworth eran lo bastante importantes como para guardarlos en su mejor escondite. Y aunque todavía no estamos seguros de si se trata de amigos o enemigos, hay una cosa que está completamente clara: si no conseguimos averiguar quiénes son y por qué conocían a Duckworth, este viaje se volverá mucho más incómodo.

—Allá vamos —dice Gillian, rompiendo finalmente el silencio al tiempo que señala la rampa de salida—. Ya casi hemos llegado.

Bajo la visera del asiento del acompañante y observo a Charlie a través del espejo.

En el asiento trasero, él ni siquiera alza la vista. Tres días antes hubiese estado garabateando en su cuaderno de notas, alimentándose de adrenalina y convirtiendo cada momento embarazoso en estrofas, versos y, si teníamos suerte, tal vez incluso en una balada completa. «Robar de la realidad», solía decir con la típica jactancia de un adolescente. Pero a pesar de todas sus bravatas, a Charlie no le gusta el peligro. O el riesgo. Y en este momento el problema es que finalmente comienza a darse cuenta.

—No es malo estar asustado —le digo.

—No estoy asustado —replica con dureza. Pero veo su reflejo en el espejo. Sus ojos se posan en su regazo. Durante veintitrés años no ha hecho nada muy especial: vivir en casa, abandonar la escuela de Bellas Artes, negarse a unirse a una banda… incluso aceptar el trabajo en el archivo del banco. Charlie siempre ha cultivado la imagen de ser un chico despreocupado. Pero, tal como ambos aprendimos de nuestro padre, existe una línea muy fina entre ser un espíritu despreocupado y tener miedo al fracaso.

—Sólo deben faltar un par de manzanas —dice Gillian, interviniendo

rápidamente.

Al igual que Charlie, me dirige una frase breve y concisa. No estoy seguro de si se debe a nuestra mentira en relación al dinero, a la pérdida de su padre o simplemente a la conmoción por el ataque de Gallo y DeSanctis, pero cualquiera que sea la razón, mientras aferra el volante con los puños apretados, su aura infantil comienza finalmente a desvanecerse. Como nosotros, ella sabe que ha saltado a otro barco que también se está hundiendo y, a menos que nos demos un respiro pronto, los tres nos iremos al fondo con él.

—Allí está —anuncia mientras gira hacia la derecha para entrar en el aparcamiento. El sol rebota en la fachada vidriada del edificio de cuatro plantas, pero el rótulo amarillo y morado que se ve encima de la puerta principal lo dice todo: «Neowerks Software».

—¿De modo que eres la hija de Ducky? —canturrea un hombre de pelo hirsuto con gafas de montura metálica mientras estrecha calurosamente la mano de Gillian entre las suyas. Vestido con una amplia bata azul, unos pantalones caqui inarrugables y unas sandalias de cuero con calcetines, es exactamente lo que uno piensa que conseguiría al cruzar a un millonario cincuentón de Palm Beach con un ayudante de enseñanza universitaria de Berkeley. Pero también es el único tío que ha aparecido en el vestíbulo cuando hemos preguntado si podíamos hablar con alguno de los antiguos colegas de Martin Duckworth—. ¿O sea que tu nombre es Gillian, verdad? —pregunta por tercera vez—. Dios, ni siquiera sabía que tuviese una hija.

Gillian asiente tímidamente, mientras Charlie me lanza una rápida mirada. Yo levanto mi escudo y dejo que rebote en mi armadura. Después de todo lo que Gillian ha hecho —todo lo que ha arriesgado— no tengo ánimos para participar de los triviales juegos de Charlie.

«Si ella quisiera entregarnos lo hubiese podido hacer tranquilamente cuando estábamos en los apartamentos de la abuela y en la casa», le hago saber con una mirada fulminante.

«No hasta que haya conseguido su dinero», responde Charlie con otra mirada.

—¿Y ustedes también son amigos? —interrumpe Pelo Hirsuto.

—Sí… sí —digo, extendiendo la mano para que el hombre repita el gesto de estrecharla entre las suyas—. Walter Harvey —digo, a punto de olvidar mi nombre falso. Bajo la voz para que nadie más me oiga pero alcanzo a ver a la secretaria de pelo oscuro que me está mirando desde el brillante mostrador de recepción negro estilo *Star Trek*. La mujer vuelve a bajar la vista a la revista que está hojeando, pero el gesto no contribuye a que me sienta mejor. Todo el vestíbulo, con sus sillones cromados era espacial y la mesilla baja plateada en forma de ameba, es tan frío que no hace más que alimentar el factor pánico—. Y él es Sonny Rollins —añado,

señalando a Charlie.

—Alec Truman —dice el hombre, emocionado de poder presentarse—. ¿Sonny Rollins, eh? Como el tío del jazz.

—Exacto —dice Charlie, ya acobardado—. Como él.

—Escuche, señor Truman —dice Gillian—. Realmente le agradezco que nos dedique su tiempo para…

—Es un honor para mí… es un honor —insiste—. Te repito que aún le echamos de menos aquí. Sólo lamento no poder quedarme más tiempo, me encuentro justo en medio de esta caza de micrófonos y…

—De hecho, sólo queríamos hacerle una pregunta y esperábamos que pudiese ayudarnos —le interrumpo. Meto la mano en el bolsillo de la chaqueta y vuelvo a sacar la tira de fotografías. Si estas instantáneas corresponden a personas que ayudaron a Duckworth en su invento original, esperamos que éste sea el tío que pueda darnos una respuesta—. ¿Alguna de estas personas le resulta familiar? —le pregunto a Truman.

Su rostro se ilumina como el de un crío que come lápices de colores.

—Conozco a ése —dice, señalando al hombre mayor de pelo entrecano que aparece en la primera fotografía—. Arthur Stoughton. —Al ver la expresión de confusión en nuestros rostros, añade—. Estaba con nosotros en Imagineering; ahora dirige su propio grupo en Internet.

—¿De modo que usted también estaba en Disney? —pregunta Gillian.

—¿Cómo piensas que conocí a tu padre? —dice Truman con tono burlón—. Cuando tu padre se marchó y vino aquí, yo le seguí los pasos dos años más tarde. El estaba en primera línea: el primero en llegar, el peor pagado.

—¿Y qué me dice de este tío, Stoughton? —pregunto, señalando la foto—. ¿Trabajaban todos juntos?

—¿Con Stoughton? —Truman se echa a reír—. No tuvimos esa suerte… No, él era el viejo vicepresidente de Imagineering; incluso antes de marcharse a Disney.com, Stoughton no tenía tiempo para soldados rasos como nosotros. —Mientras pronuncia las últimas palabras, se da cuenta de lo que ha dicho y mira a Gillian—. Lo siento… no quería… tu padre era un tío genial, pero nunca nos dieron la posibilidad de…

—Está bien… no hay problema —dice Gillian, negándose a cambiar de tema.

—¿Qué hay de las otras personas que aparecen en las fotografías? —pregunta Charlie.

Truman las examina detenidamente.

—Lo siento, para mí son unos desconocidos.

—¿Es gente de Disney? —pregunto.

—¿O de esta zona? —añade Charlie.

—¿O acaso se trata de tíos de los que mi padre fue amigo? —insiste Gillian.

Truman retrocede ante la batería de preguntas; parece estar a punto de decir algo… luego titubea. Comienza a alejarse y añade.

—Realmente debo irme…

—¡Espere! —gritamos al unísono Gillian y yo.

Truman se queda inmóvil. Ninguno de nosotros se mueve. Eso es todo. Truman está oficialmente censurado.

—Me alegro de haberles conocido —dice, devolviéndome las fotos.

—Por favor —le ruega Gillian. Su voz tiembla; extiende la mano y le coge de la muñeca—. Encontramos las fotos en uno de los cajones de papá… y ahora que está muerto… sólo queremos saber quiénes son estas personas… —Dejando que el pensamiento penetre profundamente, añade—. Es todo lo que tenemos.

Truman mira a Charlie, luego me mira a mí y se muere por largarse de allí. Pero cuando baja la vista hacia la mano de Gillian que sujeta su muñeca… cuando sus ojos se encuentran con los de ella… ni siquiera él puede evitarlo.

—Si esperan un momento aquí, tal vez pueda llevar las fotos dentro y ver si alguien conoce a los otros tres.

—Perfecto… eso sería perfecto —dice Gillian.

Con la tira de fotografías en la mano y la promesa de que las devolverá en unos minutos, Truman se dirige a la entrada principal que hay detrás de la mesa de la recepcionista. Me siento tentado de seguirlo, es decir, hasta que descubro el teclado del panel de seguridad que está obviamente diseñado para que nosotros no podamos entrar. Es similar al que tienen en Five Points, excepto que aquí también disponen de una pantalla digital —como si fuese un televisor en miniatura— empotrada en la pared encima del teclado. Cuando Truman se aproxima a la puerta, la pantalla comienza a parpadear y aparecen nueve pequeñas casillas azules como si fuese el teclado de un teléfono. Pero, en lugar de números, cada una de las casillas contiene un rostro humano, haciendo que se parezca a los créditos de presentación de *La familia Brady*. A pesar de que el hombro de Truman bloquea nuestra línea de visión, aún podemos ver el reflejo en las brillantes paredes negras.

Tocando la pantalla con el dedo índice, Truman selecciona el rostro que aparece en la casilla inferior derecha. La casilla se ilumina, los nueve rostros desaparecen y, con la misma rapidez, sus lugares son ocupados por igual número de rostros nuevos. Como si estuviese introduciendo la contraseña de una alarma, Truman toca la pantalla digital y selecciona el rostro de una mujer asiática en la parte superior izquierda. Nuevamente, los rostros desaparecen; nuevamente, nueve rostros diferentes ocupan sus lugares.

—Parece que aquí tienen montado todo el tinglado de Buck Rogers, ¿verdad? —dice Charlie.

—¿Lo dice por esto? —pregunta Truman, echándose a reír y señalando la pantalla —. Los próximos años podrán verse Contrarrostros en todas partes.

—¿Contrarrostros?

—¿Olvida alguna vez su número secreto del cajero automático de su banco? —pregunta—. Nunca más. Existe una razón para que la gente no olvide un rostro, es algo que está fijado en nosotros desde que nacemos. Es lo que nos permite reconocer a nuestros padres e incluso a amigos que no hemos visto desde hace veinte años. Ahora, en lugar de un código numérico elegido al azar, te suministran rostros de personas desconocidas elegidos también al azar. Combina eso con una cubierta gráfica y obtienes la única contraseña que incluye todas las edades, todos los idiomas y todos los niveles culturales. «Autentificación global», así lo llaman. Veamos si tu código con el número secreto es capaz de hacer eso.

Tocando la casilla central, Truman selecciona un último rostro. La casilla en la que aparece una mujer rubia se enciende y se apaga velozmente. Las cerraduras magnéticas emiten un zumbido, la puerta se abre y Truman se dirige hacia el interior del edificio, con nuestras foto…

Una oleada de adrenalina me enciende las mejillas. No lo puedo creer. Eso es todo.

—¿Ha dicho que Stoughton aún trabaja en Disney.com? —le pregunto mientras se aleja.

—Eso creo —dice Truman—. Aunque también pueden comprobarlo en la página web. ¿Por qué lo pregunta?

—No… por nada —contesto—. Sólo curiosidad.

La puerta se cierra de golpe y Truman desaparece. Charlie sigue perdido, pero cuanto más miro la pantalla táctil…

—Hijo de puta —murmura Charlie.

Gillian se queda boquiabierta y nos quedamos oficialmente en la bicicleta para tres.

—¿Crees que…?

—Desde luego —musita Charlie.

No puedo evitar una sonrisa.

Durante todo este tiempo hemos estado mirando la mancha de tinta invertida. Tal como dijo Charlie cuando regresábamos de Five Points: No guardas aquello que te traerá problemas, sino aquello que quieres proteger. Como la combinación del candado de tu bicicleta. Cuando estaba en octavo grado y Charlie estaba en cuarto, yo solía guardar mi combinación en su mochila; él la guardaba en mi billetera con Velero. Ahora no es diferente. Los dos pensamos que la clave consistía en averiguar a quiénes pertenecían los rostros de las fotografías; pero ahora… está claro que los rostros son la clave. Literalmente. Olvídate de los desconocidos elegidos al azar;

Duckworth utilizaba a gente que conocía.

Charlie está tan excitado que incluso ha dejado de mirar a Gillian. Se balancea sobre los talones. «Vamos», dice con un leve gesto de la cabeza.

«Tan pronto como Truman regrese con las fotografías», respondo de la misma manera.

—Lamento interrumpirla —le digo a la recepcionista y la mujer aparta la mirada de la revista—, ¿pero tiene idea de dónde podemos encontrar un acceso a Internet?

63

En la quinta planta de la Biblioteca del Condado de Broward hay treinta ordenadores maravillosamente nuevos. Sólo necesitamos uno. Un ordenador, acceso a Internet y un poco de privacidad, cortesía de los carteles de «Fuera de servicio» que Charlie escribió y fijó a las pantallas de los tres ordenadores más próximos al nuestro.

—¿A alguien le molesta si yo me encargo de teclear? —pregunta, acercando su silla al teclado.

Estoy a punto de protestar, pero cambio de opinión. Es una sencilla concesión y cuanto más ocupado le mantenga, menos le buscará las pulgas a Gillian. Naturalmente, mi hermano pequeño sigue molesto por el hecho de que la haya invitado a que nos acompañe, pero entre sus responsabilidades como redactor y la tarea de resolver el misterio de las fotografías, Charlie está tan distraído que prácticamente no le importa.

—¿Todo preparado? —pregunta Charlie mientras Gillian y yo colocamos nuestras sillas junto a la suya.

Asiento, prácticamente derrochando energía. Finalmente, nos ponemos en marcha.

—Ve a www.disney.com —dice Gillian, igualmente excitada.

Charlie le lanza una mirada capaz de tallar diamantes.

—¿De verdad? No estaba seguro —dice con evidente sarcasmo.

Me inclino hacia adelante y le pellizco la espalda.

Sacude la cabeza y teclea la dirección electrónica. En la pantalla del ordenador aparece la página web de Disney. «Diversión para las familias», dice con letras doradas, que se encuentran justo al lado de nuestros primeros pares de orejas de ratón: Mickey y Pluto sentados fuera de una casa de dibujos animados. «Donde la Magia Vive Online», dice en la parte superior de la pantalla.

—Será mejor que así sea —advierte Charlie.

Pasa las páginas y aparecen tres botones en la Guía Disney: «Entretenimientos, Parques & Lugares de recreo», y uno con el encabezamiento de «Dentro de la Compañía».

Gillian está a punto de abrir la boca. Charlie la fulmina con la mirada, pulsa «Dentro de la Compañía» y se entretiene disfrutando del momento en que Gillian se calla la boca. Vuelvo a pellizcarle.

«Sabes, ella nos salvó el culo en la casa», le recuerdo con la mirada.

«Ella también es quien nos dejó allí», me responde su mirada antes de volver a concentrarse en el monitor y pulsar el botón de «Disney Online».

Cuando aparece la nueva página, hay una casilla marcada «Buscar». Y aunque nos quedamos cortos cuando le mostramos las fotografías al colega de Duckworth en

Neowerks, aun así fue capaz de escoger la primera de las cuatro.

—Pon ahí el nombre de Stoughton —digo, levantándome de la silla y arrepentido de haber permitido que Charlie se encargara del teclado.

Charlie introduce las palabras «Arthur Stoughton» en la casilla de «Buscar» y pulsa «Enter».

Pasan los segundos y los tres miramos a nuestro alrededor para asegurarnos de que nadie nos está mirando. Cuatro ordenadores más allá un adolescente está poniendo a prueba los límites del *software* de la búsqueda de material porno de la biblioteca, pero no ha levantado la vista una sola vez.

Resultados para 'Arthur Stoughton': 139 documentos

1. Biografía ejecutivo para Arthur Stoughton
2. Biografías ejecutivos para Disney.com

La lista continúa. Charlie pulsa «Biografía ejecutivo» y el ordenador reproduce el currículum de Stoughton. Justo a su lado, sin embargo, se encuentra el elemento que hace que nuestros ojos se abran como platos: la fotografía oficial de la corporación… idéntica a la que hay en la tira de fotos de Duckworth. Arthur Stoughton. Pelo entrecano, traje elegante, sonrisa Disney.

—Vicepresidente ejecutivo y director de gestión de Disney Online —lee Charlie en la biografía—. ¡Bingo! —A continuación, va directo a la fotografía.

—Púlsala —digo mientras Charlie desliza el cursor sobre el rostro de Stoughton. Pero cuando activa la foto digital no sucede nada. Vuelve a intentarlo. Nada.

—¿Estás seguro de que lo haces correctamente? —pregunta Gillian.

—¿Quieres intentarlo tú? —gruñe Charlie.

—Relájate —le advierto.

El me obsequia con su famosa mirada de la muerte.

—Tal vez no quiera relajarme, Ollie…

El chico del porno desvía la mirada hacia nosotros y los tres nos callamos. Gillian es la primera en reaccionar y le guiña un ojo como si estuviese flirteando con él. Vuelve a fijar los ojos en su pantalla.

—Déjame intentarlo —le dice a Charlie mientras intenta hacerse con el control del ratón. Hace una semana, Charlie era lo bastante despreocupado como para compartirlo con todo el mundo. Pero después de estos últimos días al tiempo que su lengua toca levemente la costra que se ha formado en el labio herido— el control es lo último que cedería. Especialmente cuando se trata de Gillian.

—Yo. Me. Encargo —le dice.

Conscientes de que necesitamos contar con un mayor número de rostros, vuelve a la página anterior y pulsa el botón de «Biografías ejecutivos para Disney.com». Nuevamente, el ordenador vuelve a activar la misma fotografía de Arthur Stoughton.

Mierda.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Charlie.

—Pasa a las páginas siguientes —insiste Gillian.

Gillian golpea ligeramente con la uña la parte inferior de la pantalla, señalando lo que parece el borde superior de otra fotografía. Stoughton no está solo. Cuando Charlie pasa ansiosamente las páginas en la pantalla, una pirámide de fotografías aparece en el monitor. Es todo el cuadro organizativo de Disney.com, con Arthur Stoughton en el puesto del vértice mientras el resto se distribuye en los puestos inferiores de la pirámide. La pirámide incluye un total de dos docenas de fotografías: vicepresidentes y otros asociados en Marketing, Entretenimiento y Desarrollo de Contenidos de Estilos de Vida, sea lo que sea lo que eso signifique.

—Allí está la fotografía número dos —exclamo, convirtiendo las últimas sílabas en un susurro—. El banquero.

No hay duda, mientras le tiendo la tira de fotografías de Duckworth a Charlie y las compara con la imagen que aparece en la pantalla. Allí está el segundo tío…

—¿Dirías que es un ejecutivo medio, pálido y cansado que mordisquea la punta de los lápices? —pregunta Charlie.

—Sí —coincido—. Si alguna vez llego a tener ese aspecto tan triste y descolorido, prométeme que me clavarás una estaca en el corazón y me matarás con una ristra de ajos.

—Allí está el tercero —señala Gillian, apoyando la uña contra la fotografía oficial de la compañía en la que aparece el pelirrojo de cabellera rizada. Pero cuando examinamos la jerarquía en Polaroid, ninguno de nosotros ve la foto número cuatro: el hombre negro con el hoyuelo en la barbilla.

—¿Estás seguro de que eso es todo lo que hay? —pregunta Gillian.

Charlie busca la última pantalla, pero eso es todo. Lo único que tenemos son las dos docenas de fotografías.

—Tal vez se ha marchado de la compañía —digo.

—Tal vez existe una lista incluso más completa en alguna otra parte —sugiere Gillian.

—O quizá ésta es la correcta —dice Charlie al tiempo que vuelve a la primera pantalla. Moviendo el cursor hacia la foto de Stoughton, activa la imagen y reza para invocar algo de su magia habitual. Asombrosamente, la encuentra. El borde de la casilla se mueve ligeramente.

Me levanto de mi asiento.

—¿Acaso crees que…?

—No lo digas —me advierte—. Nada de malas vibraciones.

—No dará resultado si no encontramos el último rostro —señala Gillian.

Charlie ignora su comentario, lleva el cursor hasta la fotografía del banquero

pálido y pulsa el botón. En la pantalla la casilla vuelve a titilar. El último rostro es el que corresponde al pelirrojo.

—Señorita Escarlata… en la biblioteca… con la tubería de plomo —anuncia. Manteniendo el orden de la tira de fotografías de Duckworth, activa la foto oficial de la compañía del pelirrojo rizado. La casilla titila y yo apoyo la mano sobre el hombro de Charlie, cogiendo con fuerza la parte trasera de la camisa. Gillian y yo nos inclinamos hacia adelante, con los cuerpos cubrimos los brazos de los asientos. Los tres contenemos la respiración. El helicóptero está posado en el helipuerto y preparado para despegar. Pero no sucede nada.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Ya os he dicho que se necesitan las cuatro fotos para que funcionen las claves —insiste Gillian.

Charlie se hunde en la silla y mira fijamente la pantalla. Jamás lo admitirá pero, esta vez, ella tiene razón. No sucede nada. Y entonces… como llovido del cielo… algo sucede.

La pantalla comienza a parpadear y se vuelve completamente negra, como si fuera a pasar a otra página web.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—No soy yo —dice Charlie, apartando ambas manos del teclado—. Este chico travieso está funcionando con piloto automático.

Gillian no está convencida y trata de coger el ratón, pero antes de que lo consiga, la pantalla vuelve a hipar… y los Siete Enanitos aparecen ante nuestros ojos. Doc, Sneezy, Grumpy —todos están allí— cada uno sobre un botón diferente, desde «Comunidad» hasta «Biblioteca».

Gillian y Charlie barren la página. Yo busco la dirección de la página web en la parte superior de la pantalla. No hay ninguna «www». El prefijo, en cambio, es «dis-web 1».

—¿Alguna idea de qué estamos buscando? —pregunta Charlie.

—Si esto funciona como en el banco, creo que estamos en su *Intranet* —digo—. De alguna manera, las fotografías nos han conducido hasta la red interna de Disney.

—¿Y qué ha pasado con el sitio web?

—Olvídate del sitio web, eso es para el público en general —le digo—. A partir de este punto estamos husmeando oficialmente en la red informática privada correspondiente a los empleados de Disney.

—¡Bienvenidos Miembros Escogidos! —dice en la parte superior de la pantalla.

—¿Qué hay del tío de la barbilla hendida? —pregunta Gillian.

—No creo que tengamos que esperar mucho más —dice Charlie mientras golpea la pantalla ligeramente con el nudillo. Directamente debajo de los Siete Enanitos hay un botón rojo en la parte inferior de la pantalla: «Guía de la Compañía».

—Si estamos buscando empleados…

—Pasa la pantalla —dice Gillian.

Haciendo caso omiso de su entusiasmo, Charlie aprieta la mandíbula y simula indiferencia. Hasta él sabe que no es momento de detenerse.

Un rápido movimiento de la muñeca y otro click del ratón nos llevan a un lugar marcado como «Localizador de empleados». Desde allí, aparece una nueva pantalla y nos encontramos contemplando docenas de rostros absolutamente nuevos. Director ejecutivo… Junta de Directores… Vicepresidentes ejecutivos… la lista continúa, toneladas de fotografías debajo del encabezamiento de cada categoría. No se trata de las escasas docenas que dirigen el sitio web, aquí estamos hablando de toda la jerarquía de la organización, desde el director ejecutivo hasta los animadores que están entre bambalinas.

—Aquí debe de haber al menos dos mil fotografías —dice Gillian y su voz denota que se siente abrumada.

—Ve al grupo Internet de Stoughton —interrumpo con voz agitada mientras suelto la camisa de Charlie—. Si fuese Duckworth me mantendría con el equipo de casa.

—¿Adivina quién ha vuelto a la modalidad chico maravilla? —pregunta Charlie.

Le encanta fastidiarme, pero sé que está excitado. Asiente brevemente y comienza a pasar una pantalla tras otra recorriendo los diferentes grupos hasta que llega a «Disney Online». Situado exactamente en la misma pirámide que hemos visto antes, no nos lleva mucho tiempo encontrar la fotografía de Stoughton. Debajo de él encontramos nuevamente al tío pálido de contabilidad, seguido del pelirrojo. Pero, otra vez, allí es donde acaba el grupo Online. Exactamente igual que antes. No hay ningún tío negro; ninguna barbilla hendida. Nos encontramos otra vez donde empezamos.

—¿Tu padre jamás hizo nada que fuese sencillo? —pregunta Charlie.

—Tiene que estar aquí, en alguna parte —insisto sin apartar los ojos de la pantalla.

Gillian permanece en silencio, pero la forma en que se estira la falda indica que ve algo que le resulta familiar. Algo que ella conoce. Su voz surge lentamente en su reflexión.

—Ve a Imagineering —propone al fin.

Charlie me mira; apruebo la sugerencia asintiendo con la cabeza. La vieja y conocida pista de baile de Duckworth.

Vuelve hacia atrás a toda velocidad. En la parte superior, el vicepresidente de Imagineering es un tío atractivo, de mediana edad, con una sonrisa contenida y burlona. Debajo, su teniente primero tiene aproximadamente su misma edad, con una colección de dobles barbillas que le da una apariencia casi jovial. Y debajo de

ambos… está Marcus Dayal, un hombre negro con una inconfundible hendidura en la barbilla.

Charlie apoya la tira de fotografías contra la pantalla para comparar las instantáneas. La electricidad estática del monitor mantiene la tira en su sitio. La coincidencia es perfecta.

—Te digo que en cualquier momento nos encontraremos con los culos de los Hardy Boys —dice.

—Pulsa la tecla —insisto, haciendo un esfuerzo para contenerme.

Charlie mueve el cursor sobre la fotografía digital de Marcus, la activa y comienza la cuenta atrás.

Tampoco ocurre nada. Y entonces —otra vez— algo pasa.

—Allá vamos… —susurra Charlie mientras la pantalla se funde en negro.

Esta vez, sin embargo, es diferente de lo que ha sucedido antes. Aparece una cascada de imágenes y, del mismo modo, desaparece de la pantalla. Página web tras página web se abren a velocidad vertiginosa, sus palabras y logotipos desaparecen inmediatamente después de asomarse a la pantalla: «Equipo Disney Online… Directorio de la Compañía… Localizador de empleados», el cursor se mueve en todas direcciones, como si estuviese practicando surf a través de todo el sitio a máxima velocidad hacia adelante. La avalancha de imágenes vuela ante nosotros, cada vez más rápido, profundamente hacia el interior del sitio web y del agujero negro. Las páginas pasan ante nuestros ojos a tal velocidad que acaban por fundirse en una mancha morado oscuro. Comienzo a marearme pero sólo un imbécil apartaría la vista de la pantalla.

Y entonces las imágenes se detienen. Una única imagen final aparece en la pantalla. Salto literalmente en mi silla cuando eso ocurre. Charlie también. Pero Gillian no se inmuta.

—Allá vamos… —dice Charlie.

Tiene toda la razón. Dondequiera que nos encontremos, era lo que estábamos buscando. La idea de trescientos trece millones de dólares de Duckworth.

64

Charlie se inclina tanto hacia la pantalla, impidiéndome prácticamente la visión, que su pecho presiona el teclado. Mientras le aparto del monitor sólo me lleva dos segundos reconocer lo que está mirando con tanta atención. El logotipo azul oscuro de Greene & Greene en la esquina superior izquierda. El signo «fun. 1870» en la esquina superior derecha.

—¿Un informe bancario? —pregunta Charlie.

Asiento, comprobándolo personalmente. A primera vista, eso es todo lo que hay, sólo un informe bancario normal que recoge el movimiento mensual. Excepto por el logotipo de Greene, no parece diferente de las relaciones mensuales emitidas por todos los bancos: depósitos, extracciones, número de cuenta… todas las piezas están allí. La única diferencia es el nombre del titular de la cuenta…

—Martin Duckworth —lee Charlie de la pantalla.

—¿Es la cuenta de mi padre? —pregunta Gillian.

—… 72741342388 —leo en voz alta mientras mi dedo lee en Braille los números que aparecen en la pantalla—. No hay duda de que es su cuenta, la misma que nosotros… —me interrumpo tan pronto como Gillian desvía la mirada hacia mí—. El mismo número de la cuenta original que ya habíamos visto —le digo.

«Perfecto», dice Charlie con la mirada.

Me vuelvo hacia Gillian, pero sus ojos ahora están pegados a la pantalla… y a la casilla que dice «Saldo: 4 769 277,44 dólares».

—¿Cuatro millones? —pregunta Gillian, desconcertada—. Creía que habías dicho que la cuenta estaba vacía.

—Lo estaba… se suponía que debía estarlo —insisto en evidente posición defensiva. Ella piensa que estoy mintiendo—. Te lo he dicho, cuando llamé desde el autobús me dijeron que el saldo era cer…

En ese momento se oye un click y los tres nos volvemos hacia el monitor.

—¿Qué ha sido…?

—Allí —digo, golpeando nuevamente la pantalla con el dedo. Señalo la casilla de «Saldo: 4 832 949,55 dólares».

—Por favor, dime que ha aumentado —dice Charlie.

—¿Alguno recuerda lo que decía antes de que…

Click.

«Saldo: 4 925 204,29 dólares.» Ninguno de nosotros dice nada.

Click.

«Saldo: 5 012 746,41 dólares.»

—Si abro más la boca mi barbilla chocará contra la alfombra —dice Charlie—. No puedo creerlo.

—Déjame ver —digo, apartando a Charlie de su asiento. Por una vez, no se resiste. En este momento está en mejor posición llevando la escopeta.

Muevo el cursor hacia arriba hasta la sección «Depósitos» y estudio los tres nuevos ingresos en la cuenta:

«63 672,11: transferencia electrónica desde la cuenta 225751116.
»92 254,74: transferencia electrónica desde la cuenta 11000571210.
»87 542,12: transferencia interna desde la Cuenta 9008410321.»

Entrecierro los ojos y aprieto los labios con fuerza.

—Así estudia las cuentas de mamá —le dice Charlie a Gillian.

Me inclino hacia adelante y palmeo la esquina superior del monitor. No pienso dejar que se me escape.

—No, no me digas que él… —me interrumpo y vuelvo a comprobar los números.

—¿Qué? —pregunta Gillian.

No le respondo. Sacudo la cabeza, perdido en la pantalla, buscando más datos activo la casilla marcada «Depósitos». Se abre una ventana más pequeña y me encuentro mirando toda la historia contable de Martin Duckworth. Todos los ingresos registrados desde el principio hasta…

—¿Cómo demonios pudo…? No es posible… —balbuceo, pasando las pantallas digitales de su cuenta bancaria. Cuantas más pantallas examino, más extensa es la cuenta. Ingreso tras ingreso. Sesenta mil, ochenta mil, noventa y siete mil. Los ingresos no parecen tener fin. Tengo esa conocida sensación de vacío en el estómago. No tiene sentido…

—¡Dilo de una vez! —implora Charlie.

Me vuelvo, sorprendido.

—¿Qué? ¿Has olvidado que nosotros también estamos aquí? —pregunta Gillian, inesperadamente brusca.

Me aparto de la pantalla, olvidándome por un momento del monitor, y dejo que echen un vistazo.

—¿Veis esto que hay aquí? —pregunto, señalando la casilla correspondiente a «Depósitos».

Charlie pone los ojos en blanco.

—Hasta yo sé cómo funciona una cuenta de depósito, Ollie.

—No se trata del depósito —digo—. Se trata de dónde procede el dinero.

—No entiendo…

Detrás de nosotros se oye el sonido del ascensor y Charlie gira la cabeza hacia las puertas que se abren. Dos mujeres mayores cogidas de la mano salen del ascensor.

Nada de qué preocuparse. Al menos, todavía no.

—Comprueba cada uno de los depósitos —digo mientras Charlie vuelve a concentrar su atención en la pantalla—. Sesenta y tres mil… noventa y dos mil… ochenta y siete mil. —Señalo los otros depósitos—. ¿Ves la tendencia?

Charlie entrecierra los ojos.

—¿Quieres decir aparte de los cubos de pasta que ingresan?

—Observa las cantidades, Charlie. La cuenta de Duckworth ingresa más de dos millones de dólares por día, pero no hay ningún depósito que supere los cien mil dólares.

—¿Y?

—Y cien mil es también la cantidad límite para que el sistema de verificación contable automático del banco no se ponga en funcionamiento, lo que significa que…

—… cualquier cantidad inferior a los cien mil dólares no se verifica —añade Gillian.

—Ése es el juego —digo—. Se llama *smurfing* y consiste en coger la cantidad de dinero que pueda deslizarse por debajo del umbral de verificación contable. La gente lo hace todo el tiempo, especialmente cuando los clientes no desean que les hagamos preguntas molestas acerca de sus transacciones en metálico.

—No veo cuál es el problema. El tío es un *smurf*.

—No es un *smurf*. El está *smurfing*. *Smurfing* —digo—. Y lo importante es que se trata de la mejor manera de mantenerlo por debajo de la línea del radar.

—¿Mantener qué por debajo de la línea del radar?

—Eso es precisamente lo que estamos a punto de descubrir —digo, concentrándome nuevamente en la pantalla.

65

Detenida en un atasco de tráfico en Broward Boulevard, Joey extendió la mano hacia el asiento del acompañante, buscó dentro de su bolso y sacó la fotografía en la que aparecían Duckworth y Gillian. A primera vista eran papá y su hija, felices y despreocupados. Pero ahora que ella miraba la fotografía bajo una nueva luz, ahora que ella sabía…

«Maldita sea, es un error de novato», se dijo mientras golpeaba con fuerza el volante. Sostuvo la foto a un palmo de su nariz y no alcanzó a comprender cómo no lo había visto antes. No eran sólo las proporciones desiguales, sino que hasta las sombras eran asimétricas. Duckworth tenía la sombra en el lado izquierdo del rostro; Gillian la tenía en el derecho. Un trabajo hecho deprisa, decidió. Deprisa pero aun así lo bastante correcto como para pasar desapercibido.

Logró aparcar en una zona libre junto a una galería comercial, abrió el ordenador portátil y buscó las fotografías digitales de las oficinas del Banco Greene que había tomado el primer día. De Oliver, Charlie, Shep, Lapidus, Quincy e incluso de Mary. Las repasó una a una, examinando…

—Jodidos cabrones —musitó en cuanto lo vio. Se inclinó hacia la pantalla sólo para asegurarse de que estaba en lo cierto. El pelo era de un color diferente y estaba estirado, pero no había error posible. Allí estaba. Una simple instantánea. Justo delante de sus ojos todo el tiempo.

Joey pisó el acelerador y levantó una nube de polvo a sus espaldas. Su mano fue directamente al teléfono. Marcación rápida.

—Aquí Noreen.

—Necesito que me busques un nombre —dijo Joey.

—¿Has conseguido algo nuevo?

—En realidad, algo viejo —dijo Joey mientras el coche volaba hacia las oficinas de Neowerks—. Pero si las fichas del dominó coinciden, creo que finalmente tengo la verdadera historia de Gillian Duckworth.

66

—¿Ves este depósito? ¿El de ochenta y siete mil dólares? —pregunto, señalando a Charlie y Gillian el ingreso más reciente a la cuenta de Duckworth. Antes de que puedan responder, les explico—: Es de la cuenta de Sylvia Rosenbaum. Pero hasta donde soy capaz de recordar, ella la había abierto como un fideicomiso con beneficiarios específicos.

—¿O sea?

—O sea que una vez cada trimestre, el ordenador realiza de forma automática dos transferencias internas: una transferencia de un cuarto de millón de dólares a su hijo, y una transferencia de un cuarto de millón de dólares a su hija.

—¿Y por qué esta anciana rica está transfiriendo dinero a la cuenta de mi padre?

—De eso se trata precisamente —aclaro—. Aparte de su familia y el pago anual a sus asesores, Sylvia Rosenbaum no transfiere dinero a nadie. Ni a tu padre, ni a Hacienda, ni a nadie. Ése es el propósito de la cuenta de registro; funciona de forma autónoma y realiza exactamente los mismos pagos cada trimestre. Pero cuando echas un vistazo aquí… —Repaso los datos de la cuenta de Duckworth y señalo uno de los primeros depósitos, otra transferencia de ochenta mil dólares de la cuenta de Sylvia Rosenbaum. Está fechada en junio. Hace seis meses—. Lo veis, esta transferencia tampoco debería estar aquí —explico—. No tiene sentido. ¿Cómo demonios pudo tu padre…?

—¿Quieres hacer el favor de ir más despacio? ¿Qué quieres decir con no debería estar aquí? —pregunta Charlie—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Porque yo soy quien lleva la cuenta de Sylvia Rosenbaum —contesto, haciendo un esfuerzo para no elevar la voz—. He estado comprobando los estados de cuenta de esta mujer desde que entré a trabajar en el banco. Y cuando la comprobé el mes pasado —puedes estar seguro— estas transferencias a la cuenta de Duckworth no estaban ahí.

—¿Estás seguro de que no se te pasaron por alto? —pregunta Gillian.

—Eso fue precisamente lo que me he preguntado cuando la he visto por primera vez —admito—. Pero luego he visto esta otra… —Activo otra transferencia interna que ha ingresado recientemente en la cuenta de Duckworth. 82 624 dólares desde la cuenta 23274990007.

—007 —exclama Charlie, leyendo los últimos tres dígitos. No se pierde un detalle.

—Ésa es —replico. Al ver que Gillian está perdida, le explico—. 007 pertenece a Tanner Drew.

—¿Ése Tanner Drew?

—El mismo, el miembro más reciente de la lista Forbes 400. En cualquier caso, la

semana pasada amenazó con hacernos polvo si no transferíamos cuarenta millones de dólares a otra de sus cuentas. Todo eso sucedió el viernes exactamente a las 15.59. Ahora comprobemos la hora en que Tanner Drew realizó esta transferencia a Duckworth…

Gillian y Charlie se inclinan hacia la pantalla. Viernes 13 de diciembre: 15:59:47.

Veo que una gota de sudor se desliza por la patilla de mi hermano.

—No lo entiendo —dice Charlie—. Nosotros éramos los únicos que teníamos acceso a la cuenta. ¿Cómo es posible que transfiriese su dinero a Duckworth?

—Eso es lo que estoy diciendo… no creo que Tanner lo hiciera —sugiero—. De hecho, sé que no lo hizo. Una vez que hicimos la transferencia, comprobé la cuenta de Tanner Drew media docena de veces, sólo para asegurarme de que no había problemas. ¿Sabes a cuánto ascendía la última transferencia? Cuarenta mil dólares.

—¿Entonces de dónde procedían estos ochenta y dos mil dólares? —pregunta Charlie.

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar. Pero cualquiera que sea la chistera de donde los haya sacado Duckworth, es evidente que participaba en los negocios de casi todo el mundo. Quiero decir, la mitad de estas cuentas; aquí y aquí y aquí… —señalo uno por uno todos los números de cuenta que están relacionados debajo de «Depósitos»—. Cada uno de ellos es cliente del banco: 007 es Tanner Drew, 609 es Thomas Wayne, 727 es Mark Wexler. Y la 209… Estoy seguro de que corresponde a la Lawrence Lamb Foundation.

—Espera un momento… ¿de modo que mi padre estaba sacando dinero de todos ellos? —interrumpe Gillian.

—Eso parece —digo, estudiando nuevamente el brillo azul del monitor—. Y el dinero nunca dejó de llegar.

Gillian mira a su alrededor, asegurándose de que no hay moros en la costa. Charlie se aparta de ella, sólo para ponerse a resguardo. No puede evitarlo.

—¿Crees que mi padre les estaba chantajeando? —pregunta ella.

—No lo sé, pero cuando echas un vistazo a lo que hizo en la cuenta de registro y luego con Drew Tanner, es como si las transferencias no existiesen. Olvida lo que dice aquí. En el sistema del banco ni un solo dólar salió de ninguna de estas cuentas. Quiero decir, es casi como si este sistema de registro estuviese convenciendo al ordenador para que vea lo que realmente no… —Siento una opresión en el pecho y me quedo paralizado.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —pregunta Gillian.

—¿Estás bien? —añade Charlie, apartándola y apoyando una mano en mi nuca.

—Mierda… —tartamudeo, señalando la pantalla—. Eso es lo que inventó. —Mi voz carretea por la pista iniciando un lento despegue—. Es como la sala de los espejos en un parque de atracciones… te muestra una realidad que no existe.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Quiero decir, ¿de qué otro modo consigues que un crédito coincida con el correspondiente débito? En eso quería invertir el servicio secreto… y eso es lo que Gallo quería para sí. El siguiente paso en el delito económico. La falsificación virtual. ¿Por qué robar dinero cuando, sencillamente, puedes crearlo?

—¿Qué quieres decir con crearlo? —pregunta mi hermano.

—Electrónicamente, me refiero. Convence al ordenador de que existe. Lo construye prácticamente de la nada.

Charlie vuelve a concentrarse en la pantalla.

—Cabrón…

—Espera un momento —interviene Gillian—. ¿Tú crees que mi padre creó todo ese dinero?

—Es lo único que tiene algún sentido. Ello explicaría por qué los tíos del servicio secreto están encargándose de este asunto, en lugar del FBI. Es como dijo Shep, el servicio secreto es el que tiene jurisdicción para investigar las falsificaciones.

—Pero fabricar dinero de la nada… —comienza a decir Gillian.

—… convertiría a un lugar importante como Five Points Capital en papel mojado. Piensa en la forma en que se han desarrollado los acontecimientos: hace seis días, Martin Duckworth tenía tres millones de dólares en su cuenta. Hace tres días, el ordenador dijo que había trescientos trece millones de dólares en esa misma cuenta. Pero cuando les echas un vistazo a estos registros, está claro que eso no sucedió de la noche a la mañana. Estas transacciones se remontan a hace seis meses. Cientos de depósitos. Es como llevar dos libros de contabilidad. El sistema regular siempre dijo que Duckworth tenía tres millones, pero debajo de la superficie su pequeño invento estaba creando silenciosamente los trescientos millones. Entonces, cuando las reservas fueron muy sustanciosas —¡bum!— fueron a por ellas. Pero nosotros nos adelantamos y, cuando transferimos el dinero, el segundo libro se fundió con el primero, y cada uno de sus depósitos falsos ahora se relaciona recíprocamente, de una manera que ignoro, con una transacción real del banco.

—Tal vez es así como funciona el programa —interviene Charlie—. Como los cuarenta millones de pavos que transferimos a Tanner Drew: espera a que se produzca una transacción real, luego coge una suma al azar que no supere el umbral de verificación contable. Al final tienes una realidad absolutamente nueva.

—Es lo mismo que está sucediendo ahora —digo—. El banco cree que la cuenta de Duckworth no tiene un céntimo, pero según estos datos allí hay cinco millones de dólares. Lo absurdo de todo este asunto es que a ninguna de las personas a las que ha cogido el dinero les falta un céntimo.

—Tal vez parece como si no les faltara un céntimo. Por lo que sabemos, cualquier cosa que mi padre haya podido meter en el sistema podría estar dejándoles limpios.

Niego con la cabeza.

—Si eso fuese cierto, Tanner Drew no hubiese podido realizar una transferencia de cuarenta millones de dólares. Y si a Drew le hubiese faltado un solo céntimo, nos hubiéramos enterado en el mismo instante en que eso sucedía. Y lo mismo se aplica a Sylvia Rosenbaum y al resto de los clientes. Cuanto más ricos son, más examinan sus cuentas.

—¿O sea que ése es el gran ultrasecreto? —interrumpe nuevamente Gillian—. ¿Un virus informático que hace ricas a un puñado de personas?

—Nosotros deberíamos tener esa suerte —digo, volviéndome hacia el resplandor azul helado de la pantalla.

Charlie me observa fijamente. Conoce perfectamente ese tono de voz.

—¿De qué estás hablando? —pregunta.

—¿No ves lo que hizo Duckworth? De acuerdo, a pequeña escala inventó un poco de pasta, pero cuando retiras el microscopio es mucho más grande que añadir simplemente unos pocos ceros a tu cuenta bancaria. Para lograrlo no sólo evitó todos nuestros controles internos, sino que también consiguió engañar al sistema informático del banco para que creyera que estaba tratando con dinero real. Y cuando nosotros transferimos ese dinero al exterior, la transacción fue lo bastante buena como para engañar al banco en Londres, al banco en Francia, y a todos los bancos después de ellos. En algunos de esos lugares —incluyendo el nuestro— estamos hablando de sistemas informáticos de última generación, diseñados para usos militares. Y las transacciones imaginarias de Duckworth engañaron a todo el mundo.

—Aún no comprendo qué…

—Llévalo al siguiente nivel, Charlie. Olvídate de los bancos privados y las insignificantes instituciones extranjeras. Coge el programa de Duckworth y véndeselo al mejor postor. Deja que una organización terrorista se apodere de él. Aún peor, ponlo en un demasiado-grande-para-fallar.

—¿Un qué?

—Demasiado-grande-para-fallar. Así es como la Reserva Federal denomina a los aproximadamente cincuenta principales bancos del país. Una vez que el pequeño gusano de Duckworth comienza a cavar allí, tus trescientos millones se convierten súbitamente en trescientos mil millones, y fluye en todas partes, Citibank… First Union… hasta los pequeños bancos familiares a lo largo y ancho del país. El único problema es que, cuando todo está dicho y hecho, el dinero no es real. Y en el momento en que alguien se da cuenta de que el emperador está desnudo, el esquema piramidal se desmorona. Ningún banco confía en sus propios registros, y ninguno de nosotros sabe si nuestras cuentas bancarias son seguras. Todo el mundo forma cola ante las ventanillas de los pagadores y los cajeros automáticos. Pero cuando vamos a retirar nuestro dinero, no hay suficiente metálico real que alcance para todos. Puesto

que el dinero es una impostura, todos los bancos se quedan sin fondos. Los demasiado-grandes-para-fallar son los primeros en implosionar, luego los centenares de bancos más pequeños a los que prestaban dinero, luego los centenares de bancos que hay debajo de ellos. Todos estallan al mismo tiempo, todos ellos buscando un dinero que nunca estuvo realmente allí. «Lo lamento, señor, no podemos cubrir su cuenta, todo el dinero del banco ha desaparecido.» Y entonces es cuando comienza el verdadero pánico. Hará que la Depresión parezca sólo una caída temporal en el mercado de valores.

Ni siquiera Charlie puede hacer una broma con respecto a esto.

—¿Crees que lo quieren para eso?

—Sea lo que sea lo que necesiten, hay algo de lo que estoy seguro: la única prueba de lo que sucedió realmente está aquí —digo, golpeando nuevamente la pantalla con el dedo.

Click.

«Saldo: 5 104 221,60 dólares.»

Se oye el sonido del ascensor detrás de nosotros al mismo tiempo que noventa y un mil nuevos dólares nos observan desde la pantalla. Charlie mira el ascensor, pero nadie sale de él.

Mirando por encima de su hombro, yo también lo veo. Llevamos aquí demasiado tiempo.

—Deberíamos imprimir todo esto…

—… y largarnos de aquí —corrobora Charlie.

—Espera —dice Gillian.

—¿Esperar? —pregunta Charlie.

—Yo sólo… deberíamos tener cuidado con este material.

—Por eso precisamente vamos a imprimirlo. Para tener una prueba —dice Charlie, amedrentándola con la mirada. A esta distancia, la mecha de Charlie es más corta que nunca.

Junto al ordenador hay una impresora láser antigua. Aprieto un botón y la máquina cobra vida. Charlie pulsa «Imprimir» en el teclado. En la pantalla se abre una casilla de diálogo gris: «Error en transcripción a LPT1: Por favor inserte una tarjeta de copia.» En la base de la impresora hay una tarjeta escrita a mano que dice: «Todas las copias quince céntimos por página.»

—¿Dónde conseguimos ahora una de esas tarjetas? —pregunta Charlie.

En un rincón hay una máquina. Delante de ella hay dos tíos llenándola de billetes. Charlie no está de ánimo para esperar. A un par de ordenadores de distancia, el chico del porno tiene una tarjeta sobre la mesa.

—Eh, chico —le grita Charlie—. Te doy cinco pavos por la tarjeta.

—La tarjeta ya está cargada con cinco pavos —nos dice.

—Te daremos diez —añado.

—¿Qué tal veinte? —nos reta el chico.

—¿Qué tal si grito «un pervertido sexual» y señalo hacia ti? —le amenaza Gillian.

El chico desliza la tarjeta; yo saco diez pavos.

Cuando me levanto para cerrar el trato, Charlie aprovecha para ocupar mi lugar delante del ordenador. Me inclino sobre su hombro, introduzco la tarjeta en la pequeña máquina unida a la impresora y espero a que el zumbido me confirme que funciona. La pantalla del lector de tarjetas se enciende. «Saldo actual: 2,20 dólares.»

Nos volvemos hacia el chico del porno. Nos mira y huele el billete de diez dólares con una sonrisa presuntuosa. Charlie está a punto de ir a por él.

—Déjalo —le digo y le obligo a girar la cabeza hacia el monitor.

Vuelve a pulsar «Imprimir». Igual que ha sucedido antes, se activa una casilla gris pero ésta es diferente. La fuente y el tamaño de la letra coinciden con las que aparecen en el informe bancario de Duckworth: «Atención: para imprimir este documento, entrar por favor la contraseña.»

—¿Qué coño es esto? —pregunta Charlie.

—¿Qué has hecho? —le digo.

—Nada… sólo he pulsado «Imprimir».

—Lo ves, de esto era precisamente de lo que estaba hablando —dice Gillian.

El chico del porno vuelve a mirarnos. Las puertas del ascensor se cierran en una esquina. Alguien lo ha llamado desde la planta baja.

Charlie trata de activar nuevamente la pantalla del informe bancario de Duckworth, pero no puede ir más allá de la advertencia de la contraseña.

—Pregúntale a la mujer en el mostrador de información —dice Gillian.

—No creo que esto sea de la biblioteca —digo, inclinándome nuevamente hacia la pantalla—. Debe de tratarse de una precaución de Duckworth.

—¿De qué diablos estás hablando?

—En el banco hacemos lo mismo cuando se trata de las cuentas importantes. Si estuvieses escondiendo un arma humeante en el centro de uno de los sitios web más importantes del mundo, ¿no enterrarías un par de minas terrestres para tener un poco de seguridad?

—Espera un momento, ¿o sea que ahora crees que se trata de una trampa? —dice Gillian.

—Lo único que digo es que deberíamos escoger con cuidado la contraseña correcta —le digo casi con indiferencia. Charlie me mira, sorprendido ante mi tono.

—Intenta con «Duckworth» —le digo.

Charlie teclea la palabra «Duckworth» en el teclado y luego pulsa «Enter».

«Fallo en el reconocimiento de la contraseña - Para imprimir este documento, por

favor reintroducir contraseña.»

Mierda. Si este sistema es similar al que utilizamos en el banco, sólo tenemos otras dos oportunidades. Tres intentos y quedamos fuera de juego.

—¿Alguna otra idea brillante?

—¿Qué me dices de «Martin Duckworth»? —sugiero.

—Tal vez la contraseña sea algo estúpido, como su dirección —dice Gillian.

—¿Qué me dices de «Arthur Stoughton»? —añade Charlie, recurriendo al primer nombre de la tira de fotos.

Gillian y yo le miramos. Cuando asentimos, teclea rápidamente «Arthur Stoughton» y golpea la tecla «Enter».

«Fallo en el reconocimiento de la contraseña - Para imprimir este documento, por favor reintroducir contraseña.»

—Juro que meteré el pie a través de la jodida pantalla —se queja Charlie.

Sólo nos queda un intento.

—Intenta el nombre del tío con la hendidura en la barbilla —digo.

—Inténtalo con el número de la cuenta de mi padre en el banco —sugiere Gillian.

—Inténtalo con «Gillian» —digo, mi voz y mi seguridad absolutamente vacilantes. No soy el único. La desesperación se instala en el rostro de Charlie. El sabe lo que nos estamos jugando—. «Gillian» —repito.

Charlie se frota la mejilla con los nudillos. La idea no le apasiona ni mucho menos. Sin embargo, no hay tiempo para discutir.

Volviéndose hacia Gillian, estudia sus penetrantes ojos azules y busca la mentira. Pero, como siempre, la mentira no aparece.

—Inténtalo —insisto.

Charlie mira el teclado, escribe la palabra «Gillian» y está a punto de pulsar «Enter». Pero, por alguna razón, justo cuando las yemas de sus dedos rozan la tecla, se detiene.

—Venga, Charlie.

—¿Estás seguro? —pregunta con voz temblorosa—. Tal vez deberíamos…

—Sólo tienes que apretar la jodida tecla —le digo, inclinándome hacia el teclado y pulsándola yo mismo.

Los tres nos quedamos hipnotizados ante la pantalla, esperando la respuesta del ordenador.

Se produce una pausa larga y vacía. A la distancia puedo oír a alguien que hojea una revista. El aparato de aire acondicionado produce un leve zumbido… el chico del porno se ríe tontamente… y para sorpresa de todos nosotros, la impresora láser ronronea suavemente.

—No puedo creerlo —dice Charlie cuando sale la primera página de la máquina —. Finalmente nos han dado un respiro.

Con una amplia sonrisa que le ilumina el rostro, salta de su silla, se lanza hacia adelante y coge la página de la impresora. Pero cuando la tiene en las manos, la sonrisa se desvanece en sus labios. Sus hombros se hunden. Miro la hoja que tiembla en sus manos. Está completamente en blanco.

Ambos nos volvemos hacia la pantalla del ordenador justo a tiempo para ver que la cuenta de Duckworth se vuelve lentamente negra. Hemos entrado en el campo de minas.

—¡Charlie…!

—¡Estoy en ello! —dice. Coge el ratón y pulsa todos los botones que tiene a la vista. No hay forma de detenerlo. Casi ha desaparecido.

—¡Consigue la dirección de la página web…! —grito.

Nuestros ojos se clavan en la dirección que aparece en la parte superior de la pantalla. Yo me encargo de la primera mitad; Charlie memoriza la segunda.

Gillian está perdida.

—¿Qué estáis haciendo?

—¡Ahora no! —le digo, haciendo un esfuerzo por memorizar mi parte.

La pantalla parpadea y aparece una nueva imagen. Son los Siete Enanitos y un botón rojo que dice «Directorio de la Compañía». De vuelta al principio. Pero al menos seguimos en el sitio interno de los empleados.

—Charlie, ve a…

Antes de que pueda acabar la frase, Charlie ya está allí, activando ansiosamente el botón de «Directorio». En la pantalla aparecen cientos de fotografías de la compañía. Charlie repite la operación que ha realizado minutos antes y comienza a pasar las pantallas hasta llegar a la sección «Imagineering». Igual que antes, encuentra el rostro del hombre negro con la barbilla hendida. Igual que antes, activa el cursor sobre el rostro. Pero, esta vez, no sucede nada. La fotografía ni siquiera se mueve.

—Ollie…

—Tal vez debas examinar las cuatro fotografías —sugiere Gillian.

—Pulsa otra vez —insisto.

—Ya lo he hecho. Pero es inútil —dice Charlie presa del pánico.

—Incluye la dirección.

Charlie me pasa el teclado y se aparta del ordenador mientras yo tecleo la primera mitad de la dirección memorizada. Luego él añade la otra mitad. En el instante en que pulsa «Return», la pantalla pasa a una página completamente nueva.

—Está bien. Aún estamos dentro… —dice mientras aguardamos a que la imagen se cargue. Y, por un segundo, todo parece indicar que Charlie tiene razón. Pero cuando la página aparece finalmente, mi estómago da un vuelco. Lo único que se ve en la pantalla es un fondo absolutamente blanco. Nada más. Sólo otra página vacía.

—¿Qué diablos es esto? —pregunto.

—Ha desaparecido…

—¿Desaparecido? Eso es imposible. Vuelve hacia atrás.

—No hay nada que hacer —dice Charlie—. No está aquí.

—¿Estás seguro de que has escrito la dirección correcta? —pregunta Gillian.

Charlie vuelve a comprobar la dirección.

—Esto es exactamente lo que nosotros…

—No ha desaparecido —insisto—. No puede haber desaparecido.

Paso junto a Charlie y me dirijo al ordenador más cercano, quitando del teclado el cartel de «Fuera de servicio».

En pocos segundos me encuentro ante la página de Disney.com: «Donde la magia vive Online».

—Todo lo que necesitamos es volver a empezar —digo con mi mejor acento de Brooklyn.

—Ollie…

—No hay problema —le digo, ya a mitad de camino de mi objetivo. Gillian también dice algo pero estoy demasiado ocupado examinando las biografías de los ejecutivos de la compañía.

—Ollie, ha desaparecido. No hay forma de que puedas encontrarlo.

—Sé que está aquí, sólo una página más.

Cuando logro encontrar la pirámide de la corporación, en la pantalla aparecen las fotografías de una docena de empleados. Por segunda vez voy en línea recta hasta Arthur Stoughton, coloco el cursor en su sitio y activo la fotografía. Cuando no sucede nada vuelvo a pulsar el ratón. Y una vez más. La foto no se mueve.

—Es imposible —murmuro. Tratando de no perder la calma busco la fotografía del banquero pálido. Luego paso a la imagen del pelirrojo. Pero, nuevamente, no sucede nada.

—Venga… por favor —imploro.

Levantándose de su silla, Charlie apoya una mano sobre mi hombro.

—Ollie…

Miro la pantalla, hundido en mi silla. Tengo los codos apoyados en las rodillas.

—¿Por qué no podemos tener nunca un momento de respiro? —pregunto, y mi voz se quiebra.

Es una pregunta retórica a la que Charlie no puede responder. Mantiene la mano apoyada en mi hombro y comprueba la pantalla. Apenas si puede soportarlo. No le culpo. Hace cinco minutos teníamos todo lo que Duckworth había creado. Y ahora —mientras mi hermano y yo permanecemos con los ojos pegados a la pantalla— no tenemos absolutamente nada. No hay ningún logotipo del banco. Ninguna cuenta oculta. Y, lo peor de todo, ninguna prueba.

67

—Reservas Walt Disney World, habla Noah. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, estoy buscando el Servicio de Información —le digo a la voz superanimada al otro extremo de la línea mientras observo el gesto de Charlie que entrecierra los ojos bajo el sol de Florida.

—Le conectaré con la centralita y ellos le comunicarán desde allí —dice Noah en un tono que ha sido diseñado genéticamente para el servicio al cliente.

—Me parece una excelente idea. Gracias —le digo mientras alzo el pulgar en dirección de Charlie y Gillian. Pero el gesto no sirve para tranquilizarles. Rodeándome junto a la cabina telefónica que hay al otro lado de la calle, frente a la biblioteca, ambos comprueban nerviosamente la manzana por encima de los hombros, sin acabar de convencerse de que puedo lograrlo. Sin embargo, las grandes compañías siguen siendo grandes compañías. Cuando me comunican a través de la centralita ya se trata de una llamada interna a la corporación Disney. Ya hemos perdido nuestra prueba una vez. No tengo ninguna intención de que eso vuelva a suceder.

—Aquí Erinn, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunta la operadora del conmutador.

—Erinn, estoy buscando el grupo IS que se encarga de *Intranet* para los miembros de Disney.

—Veré si podemos encontrar esa información para usted —dice ella, hablando en el «nosotros» mayestático de la corporación Disney. Mientras me deja en espera, la canción *When You Wish Upon a Star* suena a través del auricular.

—Señor, le pasaré con Steven en el Centro de Apoyo —me anuncia finalmente la operadora—. Si la comunicación se interrumpiera, la extensión es 2538.

Aprieto los dientes y espero a que la música cese.

—Aquí Steven —contesta una voz grave. Parece un tío joven; quizá de la edad de Charlie. Perfecto.

—Por favor, dime que es el lugar correcto —imploro en su oído.

—Lo siento… ¿puedo ayudarle? —pregunta.

—¿Es Matthew? —digo, con el pánico impregnando mi voz.

—No, soy Steven.

—¿Steven qué?

—Steven Balizer. En el Centro de Apoyo.

—Esto no tiene ningún sentido —digo, embistiendo con los ojos cerrados—. Matthew me dijo que estaría allí, pero cuando intenté localizarla, la presentación ya había desaparecido.

—¿Qué presentación?

—Soy hombre muerto… —le digo—. Me comerán como si fuese un aperitivo…

—¿Qué presentación? —repite, dispuesto a acudir en mi ayuda. Es la formación Disney. No puede evitarlo.

—No lo entiende —digo—. Tengo a quince personas sentadas en una sala de conferencias, todas ellas esperando para conocer de primera mano nuestro nuevo sistema de suscripción *online*. Pero cuando voy a descargarlo de nuestra *Intranet*, toda la presentación ha desaparecido. Nada. ¡No está allí! Y ahora todos tienen sus ojos puestos en mí, los abogados, los creativos, los chicos de contabilidad…

—Escuche, tiene que tranquilizarse…

—… y Arthur Stoughton, que está sentado a la cabecera de la mesa con el rostro rojo como un tomate.

Sólo se necesita dejar caer como al descuido el nombre del jefe. Eso lo aprendí de Tanner Drew.

—¿Me ha dicho que estaba en *Intranet*? —pregunta Steven ansiosamente—. ¿Alguna idea de dónde puede estar?

Le leo la dirección exacta donde estaba almacenada la cuenta de Duckworth. Puedo oír al joven Steven Balizer martillando su teclado. Sólo se necesita a un subordinado para conocerles a todos… estamos en el mismo barco.

—Lo siento mucho —tartamudea al fin—. Ya no está allí.

—¡No… no diga eso! —imploro, agradecido de que estemos en una cabina telefónica exterior—. ¡Tiene que estar! ¡Yo acabo de verla!

—Ya lo he comprobado dos veces…

—¡Estamos hablando de Arthur Stoughton! Si no consigo recuperar esa presentación… —respiro agitadamente a través de la nariz, tratando de sonar como si estuviese a punto de echarme a llorar—. Tiene que haber alguna forma de recuperar esa información. ¿Dónde conservan las copias de seguridad?

Es un farol, pero no tan arriesgado. Cada sesenta minutos, los sistemas informáticos del banco graban automáticamente una copia de seguridad para proteger la información de virus, fallos en el fluido eléctrico y cosas por el estilo. Una compañía del tamaño de Disney tiene que hacer lo mismo.

—En el edificio DISC… en el Área de Servicio Norte —dice sin siquiera dedicar un segundo a pensarlo—. Allí es donde guardan todo el material antiguo.

—¡Olvídese del material antiguo, yo necesito lo que estaba ahí hace sólo tres horas!

En el otro extremo de la línea se produce una breve pausa.

—Lo único que se me ocurre en este momento son las cintas en el DACS.

Detesto la jerga tecnológica.

—¿Qué cintas?

—Cintas con datos, las cintas que utilizamos para las copias de seguridad. Puesto que el DACS hace una copia todas las noches, es el mejor lugar que se me ocurre

donde debería estar lo que usted busca.

—¿Y dónde está ese DACS?

—En los túneles.

—¿Los túneles? —pregunto.

—Ya sabe, los túneles —dice, casi sorprendido—. Los que están debajo del Reino Mág… —Se interrumpe y hay otra pausa. Esta vez es más prolongada—. ¿En qué departamento ha dicho que trabajaba? —pregunta finalmente.

—Disney Online —respondo de inmediato.

—¿Qué división? —me desafía claramente. Como sonido de fondo puedo oír como maneja el teclado.

No tengo respuesta para eso.

—¿Cuál ha dicho que era su nombre? —añade.

Esa es la señal. Abandonar el barco. Cuelgo el auricular.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Charlie.

—¿Tienen copias de seguridad? —añade Gillian.

Ignoro ambas preguntas y alzo la vista hacia el sol cegador en un cielo sin una sola nube. Tengo que entrecerrar los ojos para verlo. Pasan unos minutos de las dos. El tiempo se acaba. Pero finalmente puedo ver la luz al final del túnel. Las cintas no muestran la realidad, sino que muestran la realidad inventada por Duckworth… y a la que Gallo tenía acceso.

—Larguémonos de aquí —digo.

—¿Adónde? —pregunta Gillian.

—¿Es lejos? —añade Charlie.

—Eso depende de la velocidad a la que vayamos —contesto mientras echo a correr hacia el coche—. ¿Cuánto se tarda en llegar a Disney World?

68

—¿Qué? —preguntó Gallo. Sujetando el móvil entre el hombro y la oreja, DeSanctis y él viajaban a toda pastilla por la I-95—. ¿Estás seguro?

—¿Por qué iba a mentirte? —le preguntó su socio en el otro extremo de la línea.

—¿Realmente quieres que te conteste a eso?

—Oye, ya te he dicho que lo sentía.

—No me jodas con que lo sientes —replicó Gallo—. ¿Realmente pensaste que no te veríamos? ¿Que podrías escabullirte sin que pudiésemos echarte un buen vistazo?

—No me estaba escabullendo a ninguna parte. Sólo estábamos reaccionando lo más deprisa que podíamos. Conseguimos reunirlo casualmente en unas seis horas, y una vez que lo tuve, ya os habíais marchado.

—Aun así, él debería haber llamado.

—¿Quieres hacer el favor de parar con la rutina de la madre culpable? —le rogó su socio—. Dijo que ya habías pasado por esto… una vez que Oliver y Charlie encontraron lo que había en ese mando a distancia, era mejor que apagáramos el fuego. Después de todo lo que ha pasado, lo último que necesitamos es quemarnos por un cabo suelto.

—De todos modos debería haberme llamado, especialmente cuando está cómodamente sentado sobre su culo en Nueva York.

—No, no, no… ya no está allí. Salió en un vuelo a primera hora de la mañana.

—¿De verdad? —preguntó Gallo mientras la autopista interestatal de Florida pasaba volando junto a su ventanilla—. ¿De modo que está cerca?

—Tan cerca como puede estarlo. Pero si hace que te sientas mejor, la próxima vez enviaremos a un Hallmark.

—En realidad, tendrían que enviárselo a DeSanctis. Es a él a quien le machacaron la cabeza.

—Sí… lo lamento…

—Seguro que sí —dijo Gallo fríamente. Volviéndose hacia DeSanctis señaló el cartel de la autopista de Florida.

—¿Estás seguro? —susurró DeSanctis y Gallo asintió.

—Escucha, tengo que darme prisa. Estos días estoy muy solicitada.

Gallo puso los ojos en blanco.

—¿De modo que estás segura de que se dirigen a Disney World? —preguntó.

—Allí es donde están las copias de seguridad —contestó ella—. Y el único lugar que queda donde Oliver y Charlie aún pueden probar lo que sucedió realmente.

Gallo apretó con fuerza el teléfono mientras pensaba en esas cintas.

—Aún no comprendo por qué no les apretamos las clavijas ahora y nos ahorramos un dolor de cabeza.

—Porque a diferencia de lo que dice la porción de macho de tu cerebro, torturarles no es la forma de llegar hasta el dinero.

—¿Y cuál es la forma que propones?

—Pronto la averiguaremos —dijo Gillian mientras su voz se convertía en un susurro—. Unas pocas horas para ser exactos.

69

—¿Estás seguro de que no deberíamos alquilar una camioneta o algo más Disney? —pregunta Charlie mientras aspira con fruición el aire de la gasolinera. Está repantigado en el asiento trasero y me hace las preguntas a través de la ventanilla del acompañante. Yo sostengo la manguera y lleno el depósito del coche. Había empezado el movimiento de reunirse con nosotros fuera, pero se detuvo antes de que sus pies tocaran el pavimento. Finalmente parece haber aprendido el don de la prudencia. Cuanto menos nos vean, mejor para todos.

—¿Y cómo piensas alquilar esa camioneta? ¿Con qué tarjeta de crédito? —pregunto mientras paso una escobilla de goma por el parabrisas. Cualquier cosa que nos dé una apariencia de normalidad—. ¿Recuerdas lo que nos dijo aquel tío de Hoboken? Son las grandes compras las que siempre te delatan.

—¿No dijo algo también acerca de las mujeres engañadas? —replica.

Hago una mueca. Hace una semana hubiésemos tenido una discusión. Hoy no merece la pena.

La manguera de la gasolina produce un leve chasquido, indicándonos que el depósito está lleno. Hundido en el asiento trasero y embriagado por los vahos de gasolina, Charlie parece tener seis años. En aquellos días, cuando papá nos llevaba a la gasolinera de Ocean Avenue, siempre decía, «Diez pavos, por favor». No «Llénelo». Sólo decía «Llénelo» cuando cerraba un negocio importante. Eso ocurrió dos veces. Todo lo demás eran diez pavos. Pero —papá era papá— seguía utilizando el servicio completo. Sólo para demostrar que teníamos algo de clase.

—¿Estamos listos? —pregunta Gillian, girando en la esquina del edificio de la gasolinera y regresando del lavabo. Asiento mientras coloco la tapa del depósito. Gillian se acomoda en el asiento del conductor y ajusta el espejo retrovisor. Echa un vistazo a Charlie a través del espejo, pero cuando él la mira, aparta la vista y pisa el acelerador, lanzándonos contra los respaldos. Como el perro y el gato.

Según el tío de la gasolinera, hay tres horas hasta Orlando. Si nos damos prisa llegaremos antes de que oscurezca.

Veinte kilómetros más adelante nos encontramos en medio de un atasco. Es posible que la autopista de Florida sea el camino más rápido para llegar a Orlando, pero mientras esperamos en la interminable cola en el peaje de Cypress Creek, absolutamente nada se mueve deprisa.

—Esto es ridículo —me quejo mientras avanzamos unos cuantos centímetros—. Tienen doscientos coches y sólo cuatro cabinas de peaje abiertas.

—Bienvenido a las matemáticas de Florida —dice Gillian. Maniobrando hacia la izquierda, dirige el coche hacia el único carril que parece estar en movimiento. Directamente delante de nosotros, mientras otros vehículos avanzan, un Acura negro

permanece inmóvil aproximadamente treinta segundos de más—. ¡Venga! —grita Gillian mientras golpea la bocina—. ¡Elige un carril y mueve el culo!

—¿Puedo hacer una pregunta estúpida? —interrumpe Charlie desde el asiento trasero—. ¿Recuerdas a ese chico de Disney, el que nos dijo por teléfono que las copias de seguridad estaban en el DACS? Bien, ¿qué pasa si al tío le ha entrado el pánico y empieza a buscar las copias de seguridad?

—Él no hará eso —contesto, volviéndome para mirarle.

—¿Cómo lo sabes?

—Pude detectarlo en su voz —digo—. No es la clase de persona que se dedica a investigar. Y aunque lo sea, no tiene ni idea de lo que debería buscar.

—¿Estás seguro de eso? —insiste Charlie.

Mientras continúo con la mirada fija en Charlie siento un súbito, casi microscópico temblor en la ceja. Él lo advierte al instante.

—¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo? —pregunta—. El logotipo de Greene & Greene estaba en la pantalla. Todo lo que se necesitaría es una llamada al banco… y otra a Gallo y DeSanctis…

Mientras avanzamos hacia la sombra de las cabinas del peaje, el sol se desvanece desde las alturas. Y lo hace deprisa. Sólo entonces me giro en el asiento y advierto la velocidad a la que nos movemos. El motor ruge. Estamos a punto de pasar a través del peaje a casi cincuenta kilómetros por hora.

—Gillian…

—Relájate es un carril SunPass —dice, haciendo señas con el pulgar por encima del hombro hacia la pegatina con un código de barras en la ventanilla trasera izquierda.

Charlie mira a través del parabrisas; yo sigo la dirección de su mirada. El cartel encima del peaje dice «Exclusivamente SunPass».

Mierda.

—¡No pases…! —grita Charlie.

Pero ya es demasiado tarde.

Pasamos por el peaje y un escáner digital enfoca fríamente el coche. Charlie y yo nos agachamos simultáneamente en nuestros asientos.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Gillian—. No se trata de una videocámara…

A través de la ventanilla posterior la cabina del peaje se desvanece en la distancia. Charlie se incorpora en su asiento.

—¡Maldita sea! —grito, al tiempo que golpeo el salpicadero con el puño.

—¿Qué?

—¿Tienes idea de lo estúpido que ha sido eso?

—¿Qué ocurre? Es sólo un SunPass…

—¡… que utiliza la misma tecnología que el escáner de un supermercado! —exclamo—. ¿No sabes acaso lo fácil que es para esos tíos seguir el rastro de este vehículo? ¡Saben quién eres en un abrir y cerrar de ojos!

Ahora es Gillian la que se hunde en su asiento.

—No pensé que fuese…

Su voz tiembla y hace un esfuerzo por conseguir mi atención. Pero es inútil. Ajusto el espejo de la visera para mirar a Charlie.

«¿Qué te había dicho?», me pregunta con la mirada.

—Oliver, de verdad lo lamento —dice Gillian, tocándome el brazo. Por la expresión en el rostro de Charlie, él espera que yo ceda. Pero aparto la mano de Gillian.

«Por fin. Bien por ti, hermano.»

—Lo siento mucho, de verdad —repite Gillian. Vuelve a tocarme, esta vez cogiéndome la mano con fuerza.

«Mantente firme, Ollie. Es hora de gritar victoria», me transmite con la mirada.

—No hablemos más del asunto, ¿de acuerdo? —le digo.

—Por favor, Oliver, sólo trataba de ayudar. Fue un error.

Entre los asientos envolventes, Charlie sacude la cabeza. El no cree en los errores, al menos no cuando quien los comete es Gillian. Pero incluso Charlie debe admitir que el daño ha sido casi inexistente. Sólo hemos atravesado un peaje, razón por la cual, mientras los dedos de Gillian se entrelazan con los míos, yo no sujeto su mano pero tampoco la aparto.

Charlie apoya con fuerza la rodilla contra el respaldo de mi asiento.

Vuelvo a colocar la visera con el espejo en su lugar. El no lo entiende.

—Por favor, la próxima vez debes tener más cuidado —le digo.

—Lo prometo —contesta Gillian—. Tienes mi palabra.

Charlie se vuelve y mira a través de la ventanilla trasera. El peaje ha desaparecido en la distancia. Él sigue protegiéndonos las espaldas.

70

—Lamento no haber podido serle más útil —dijo Truman mientras acompañaba a Joey nuevamente al vestíbulo principal de Neowerks.

—No, me ha sido de gran ayuda —dijo Joey, golpeando ligeramente su cuaderno de notas contra la palma de la mano. En la primera página había escrito «Walter Harvey y Sonny Rollins», los nombres falsos de Oliver y Charlie—. ¿De modo que después de haber hablado con sus empleados, sólo ha podido identificar una de las fotografías?

—Arthur Stoughton —dijo Truman—. Pero cuando regresé para decírselo a la hija de Ducky, ella y los dos tíos que la acompañaban me agradecieron el tiempo que les había dedicado y desaparecieron. —Se rascó nerviosamente el pelo alborotado y añadió—. Lo hice sólo porque pensé que eran amigos de Ducky…

Joey conocía perfectamente ese tono. Podía verlo en los movimientos maníacos de Truman, incluso en la manera en que miraba a la recepcionista que se encontraba detrás del reluciente escritorio negro.

—No tiene nada de qué preocuparse señor, no ha hecho nada malo.

—No… no, por supuesto. Sólo estoy diciendo que… —Su voz se debilitó—. Ha sido un placer conocerla, señorita Lamont.

—Para mí también, pero sólo si me llama Joey.

Truman sonrió forzadamente, le estrechó la mano rápidamente y volvió a escurrirse hacia su despacho.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Joey miró nuevamente a la recepcionista, quien no alzó la vista… aunque ése era precisamente su trabajo.

Joey se dirigió directamente al escritorio negro.

—¿Puedo hacerle una pregunta rápida?

Sacó dos fotografías de su bolso: una de Charlie y Oliver y la otra de Gillian y Duckworth. Las deslizó sobre el escritorio y luego colocó la credencial de su padre junto a las instantáneas.

La recepcionista dejó la revista sobre su regazo y miró las fotografías, examinándolas detenidamente.

—No son violadores, ¿verdad? —preguntó finalmente.

—No, no son violadores —dijo Joey con un tono de voz absolutamente tranquilo —. Sólo queremos hacerles unas preguntas.

—Saben que llevan el pelo de otro color, ¿verdad? —preguntó la mujer sin dejar de mirar las fotos.

—Lo sabemos —dijo Joey—. Estamos tratando de averiguar adonde fueron al marcharse de aquí.

—¿Quiere decir después de la biblioteca?

—Exacto… después de la biblioteca —contestó Joey, asintiendo como si supiese que le iba a hacer esa pregunta—. Lo que me recuerda… ¿cuál era esa biblioteca…?

Cuando oyó el familiar pitido al desviarse hacia la autopista de Florida, abrió el móvil y vio las palabras «Nuevo mensaje» en la pantalla digital. Pensando que se trataba de Gallo o DeSanctis, marcó con calma el número de su buzón de voz.

—Tiene un nuevo mensaje —dijo la voz informatizada—. Para oír su mensaje…

Pulsó el botón correspondiente y aguardó a que se activara el mensaje grabado.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no coges el teléfono? —preguntó una voz femenina. El hombre sonrió al oír la voz de Gillian—. Acabo de hablar con Gallo —explicó ella—. Estaba feliz al enterarse de lo de Disney, pero no hay duda de que ha empezado a sospechar algo. Ese tío no es ningún imbécil, no se necesita ser demasiado inteligente para saber lo que está pasando. No importa lo que puedas haberle dicho al principio, él ve que el tablero se está moviendo. En cualquier caso, sé que querías lanzarles un hueso a DeSanctis y a él, pero desde mi punto de vista, son dos contra uno. De modo que si piensas realmente tener éxito en esta operación, es hora de que muevas el culo hasta aquí y me eches una mano. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo?

Cuando el mensaje acabó, él pulsó la tecla «Borrar», cerró el teléfono y apretó el acelerador. Su intención era permanecer alejado el mayor tiempo posible, pero como siempre decía en el banco, algunas cosas requieren un toque personal.

—¿Qué quiere? —preguntó Gallo a través de su móvil.

—Agente Gallo, aquí el oficial Jim Evans de la Patrulla de Autopistas de Florida. Acabamos de dar con la pista de ese Volkswagen azul que están buscando. Aparentemente está registrado a nombre de Martin Duckworth…

—Yo le dije que estaba registrado a nombre de Duckworth.

En el otro extremo de la línea se produjo una breve pausa.

—¿Quiere la información o no, señor? —le desafió Evans.

Esta vez fue Gallo quien permaneció unos segundos en silencio.

—Dígame qué es lo que tiene —dijo finalmente mientras él y DeSanctis volaban por la autopista. Podía oír a Evans que se regocijaba en silencio.

—Incluimos el nombre en SunPass, sólo para echar un vistazo —comenzó Evans —. Aparentemente, hace unos cuarenta minutos, un pase registrado a nombre de Martin Duckworth fue activado en el peaje de Cypress Creek.

—¿En qué dirección?

—Hacia el norte —dijo el policía—. Si quiere, puedo enviar un par de coches a…

—¡No les toque! —gritó Gallo—. ¿Lo ha entendido? Se trata de IC… informadores confidenciales…

—Sé lo que es un IC.

—¡Entonces también sabe que quiero que les dejen en paz!

—Puede hacer lo que le plazca —gritó Evans a su vez—. Sólo recuerde que fueron ustedes quienes se pusieron en contacto con nosotros.

Junto a Gallo, DeSanctis sacudió la cabeza.

—Sigo pensando que no debiste meter a esa gente en esto.

—Merecía la pena.

—¿Por qué? ¿Sólo para confirmar que ella se dirigía hacia el norte?

—No, para confirmar que no se dirigía hacia el sur.

Asintiendo para sí, DeSanctis se frotó la nuca, donde un fino vendaje blanco cubría el corte que Gillian le había hecho unas horas antes.

—¿Realmente piensas que ella nos está traicionando?

—Es definitivamente una posibilidad…

—¿Y qué me dices de ya sabes quién?

—Ni siquiera lo digas —le interrumpió Gallo—. Ella me dijo que cogió un avión a primera hora.

—¿Y tú le crees?

—Yo no creo a nadie —dijo Gallo—. No después de todo lo que ha pasado; quiero decir, ¿por qué la metió en la casa y ni siquiera nos lo comentó? ¿Qué coño significa eso?

—No tengo ni idea… yo sólo quiero asegurarme de que aún tenemos nuestra pasta.

—No te preocupes por eso… cuando todo esto haya acabado y llegue el momento de dividir a la criatura, te garantizo que nos llevaremos unos cuantos brazos y piernas extra.

—¿Éste? —preguntó Joey, señalando el ordenador que estaba en el medio.

—No, a la izquierda —contestó la mujer que estaba detrás del mostrador de información.

—¿Su izquierda o la mía?

La bibliotecaria dudó un momento.

—La suya —dijo.

En la quinta planta de la Biblioteca del Condado de Broward, Joey recorrió la fila de ordenadores hasta llegar al que se encontraba en el extremo más alejado. La máquina que —según la hoja de registro— había sido utilizada recientemente por el señor Sonny Rollins. De las tres sillas que estaban colocadas delante de la mesa, Joey supo cuál era tan pronto como entró en la sala, pero eso no significaba que no debiera volver a comprobarlo. Sólo para estar segura.

—Exacto… ése es —le confirmó la bibliotecaria desde lejos.

Joey apartó las otras dos sillas, y se instaló en la del centro. En la pantalla estaba la página de la Biblioteca del Condado de Broward: «Acceso a Información de Broward», decía en letras negras. Sin perder un segundo, movió el cursor hasta el botón marcado «Historia», el equivalente informático de mirar a distancia una factura detallada de un teléfono de larga distancia. Pulsó rápidamente el ratón y observó cómo se descargaba una lista completa delante de sus ojos. Contenía todos los sitios web que el ordenador había visitado en los últimos veinte días, incluyendo la última página que habían consultado Oliver y Charlie. Comenzando por la parte superior, activó la página más reciente.

En la pantalla aparecieron Mickey y Pluto. «Disney.com - Donde la Magia vive Online.»

—¿Qué demonios es esto? —pensó para sí.

Activó la siguiente página que aparecía en la lista y encontró más de lo mismo. «Sobre Disney.com… Biografías de ejecutivos… Biografías de ejecutivos para Arthur Stoughton…»

¿Arthur Stoughton?

En ese momento se oyó un pitido agudo y Joey buscó su móvil. Todas las personas que ocupaban la quinta planta se volvieron hacia ella.

—Lo siento… —hizo una seña a los curiosos mientras se colocaba el diminuto auricular en la oreja.

—¿Aún estás en la biblioteca? —preguntó Noreen.

—¿Tú qué crees? —susurró Joey.

—Bien, prepárate para empezar a dar alaridos, porque acabo de hablar con tu misterioso amigo Fudge, quien acababa de hablar con una mujer llamada Gladys, quien casualmente es amiga de otra mujer que echa chispas por la forma en que su jefe la trató en la Patrulla de Autopistas de Florida.

—Será mejor que me des buenas noticias —dijo Joey.

—Son realmente buenas. Deja que te lo ponga de este modo: por sólo quinientos pavos, la amiga de Gladys incluyó alegremente la palabra «Duckworth» en el sistema informático…

—¿Y…?

—Y descubrió rápidamente que un pase SunPass registrado a nombre de Martin Duckworth se utilizó por última vez en dirección norte en un peaje de la autopista de Florida.

—¿Norte?

Directamente delante de ella, Joey contempló el sitio web oficial de Disney, la atracción turística más importante de Orlando. Hacia el norte por la autopista de Florida.

Saltando de su silla, Joey corrió hacia el ascensor.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó Noreen al oír un ruido.
—Noreen… me voy a Disney World.

71

Es el letrero lo que me provoca esto. No los letreros verdes y blancos de la autopista que nos llevan desde la autopista hasta la I-4, o los letreros marrones y blancos que nos guían a lo largo de World Drive. Durante todo este tiempo, Charlie, Gillian y yo hemos mantenido una relativa calma. Conversaciones triviales en el coche, buscar emisoras en la radio, mirar a través de las ventanillas para divisar el famoso parque de atracciones. Es el típico viaje a Disney World. Pero cuando el letrero rosa, morado y azul se eleva en la distancia… cuando las enormes letras azules forman un arco a través de los ocho carriles de una carretera perfectamente asfaltada… cuando aparecen las estilizadas palabras «Reino Mágico» y el coche pasa directamente debajo de ellas, los tres giramos nuestras cabezas hacia el cielo y permanecemos en silencio. Gillian tiene la boca exageradamente abierta. La respiración agitada de Charlie se vuelve lo suficientemente sonora como para que yo lo advierta. Y la tensa excitación en mi propio pecho hace que me sienta como si un elefante acabara de sentarse sobre mi corazón.

Miro a Charlie para asegurarme de que se encuentra bien. Dibuja una sonrisa que sé que es falsa. Yo le sonrío a mi vez, de la misma manera. Hicimos exactamente lo mismo la primera vez que vinimos aquí, cuando él estaba tan excitado que vomitó en la montaña rusa, y yo tenía miedo de encontrarme con el Capitán Garfio. Dieciséis años más tarde, estoy cansado de tener miedo.

Estamos vigilando a Blancanieves. Observando la forma en que se mueve y con quién habla. Me apoyo contra la pared. Gillian está a mi lado, fingiendo mantener una conversación. Charlie, más nervioso de lo habitual, pasea entre la multitud. Pero no hacemos otra cosa que mirar… estudiar… tomar notas mentalmente. Naturalmente, Blancanieves no tiene ni idea de que estamos allí y, mientras permanecemos protegidos por las sombras detrás del Castillo de la Cenicienta, tampoco los chicos que andan a la caza de un autógrafo ni los padres que toman fotografías a todo lo que se mueve y que en este momento la rodean se fijan en nosotros. En ese momento, el enjambre de personas tiene seis niños de profundidad, lo que hace difícil que podamos perderla.

Desde el instante en que entramos en el parque fuimos en busca de los personajes. En Main Street, a través del castillo y hacia la Tierra de la Fantasía. Pero no fue hasta que oímos el grito de un crío de seis años detrás de nosotros, «¡Mamá, mira!», que los tres nos giramos y vimos a la multitud. Allí estaba ella, en el centro de la tormenta: Blancanieves, el personaje más bello de todos. Para los niños, ella había aparecido de ninguna parte. Para nosotros, bueno… ésa es la cuestión. Si quieres encontrar el túnel de los empleados tienes que empezar por los empleados.

Uno por uno, ella permite que cada niño disfrute de su momento. Algunos quieren

una firma; los más pequeños simplemente quieren cogerse de su falda y mirarla. A nuestro lado, un adolescente con el pelo como un estropajo lleva una camiseta negra con la leyenda «¿Por qué la llaman Temporada del Turista si no podemos dispararles?» Ése era Charlie cuando tenía quince años. Junto a él, dos hermanos, un chico y una chica, están enzarzados en una batalla a sopapos. Somos nosotros cuando teníamos diez años. Pero cuando Blancanieves les hace una seña, los tres no pueden evitar saludarla. Ocho minutos después de aparecer Blancanieves —justo cuando la multitud alcanza su masa crítica— un muchacho con un polo Disney se dirige hacia la parte posterior de la multitud y da la señal. Blancanieves alza la vista, pero nunca se sale de su personaje. Eso ha sido todo. Retrocede mientras lanza besos de despedida a la multitud; deja bien claro que ha llegado la hora de hacer mutis por el foro.

—¿Por qué se marcha? —pregunta una chica de pelo rizado, obviamente disgustada.

—Llega tarde a su cita con el Príncipe Encantado —anuncia el muchacho del polo Disney con la mayor simpatía posible.

—Y una mierda —musita Charlie—. He oído que se divorciaron hace años. Ella se quedó con todo salvo el espejo.

Gillian le golpea en el brazo.

—No digas eso sobre…

—Shhhh… Ya vale —les digo.

Se disparan unos cuantos flashes, se firma un último autógrafo y un padre que ruega, «Por favor, sólo una más… ¡Katie, sonríe!», toma una última foto.

Luego, como si fuese una estrella de cine que se despide de sus admiradores, Blancanieves se aleja de la multitud, que sigue protestando hasta que…

—¡Winnie Pooh! —grita un niño y todo el mundo se gira. A diez metros de distancia aparece mágicamente la familiar figura del oso con la camisa roja e inmediatamente es abrazado por todos los pequeños. Debo concederle a Disney que saben sin duda cómo distraer a la gente. La muchedumbre echa a correr. Nosotros no nos movemos. Y es entonces cuando descubrimos la vieja puerta de madera. Blancanieves y el muchacho del polo se dirigen directamente hacia allí detrás del Castillo de la Cenicienta, a la izquierda de la fuente de la Cenicienta— justo debajo de los arcos, en la esquina posterior de la tienda del tesoro de Tinker Bell. Por la forma en que se halla apartada del camino principal, es casi como unos lavabos. Pero en ninguna parte dice «Hombres» o «Mujeres». No tiene ningún rótulo. Una vieja puerta sin adornos justo delante de nuestras narices. Perfectamente diseñada para que pase desapercibida.

El muchacho del polo Disney echa una última mirada por encima del hombro y comprueba que no haya curiosos rezagados. Los tres miramos hacia otra parte.

Convencido de que nadie está mirando, abre la puerta y acompaña a Blancanieves al interior. Un segundo después los dos han desaparecido.

—Ábrete sésamo —dice Charlie.

—¿Crees que eso es todo? —pregunta Gillian.

—Esa es la cuestión, ¿verdad? —pregunto, avanzando hacia la puerta.

—¡Espera! —grita Gillian, cogiéndome de la parte posterior de la camisa—. ¿Qué estás haciendo?

—Buscando algunas respuestas.

—Pero si hay un guardia…

—… entonces diremos, «Vaya, nos hemos equivocado de puerta» y nos marcharemos. —Me libero de su mano y continúo hacia la puerta.

—¿De pronto te preocupa nuestra seguridad? —le pregunta Charlie.

Gillian no le contesta. Tiene la vista clavada en mí.

—Oliver, esto no es algo que debamos hacer a la ligera —añade cuando doy otro paso.

Pero no la escucho. Acabo de viajar tres horas con la promesa de que recuperaría mi vida. Todo está en esas cintas. No pienso marcharme de aquí sin ellas. Cojo el pomo con fuerza y miro hacia atrás. La muchedumbre sigue concentrada en Pooh. Es ahora o nunca…

Abro la puerta de par en par y me vuelvo hacia Gillian y Charlie. Ambos dudan, pero también saben que no hay demasiadas alternativas. Tan pronto como Gillian da el primer paso, Charlie la sigue. No estoy seguro de si mi hermano sospecha algo de ella o simplemente está asustado. En cualquier caso, los tres nos deslizamos hacia el interior de aquel lugar.

Apenas iluminado por un fluorescente, el rellano de la escalera está oscuro y desierto. Ahí no hay nadie, ni guardias ni rastro de Blancanieves. Compruebo las paredes y el techo. Tampoco hay videocámaras. Tiene sentido cuando lo piensas por un momento: esto es Disney World no Fort Knox.

—Echa un vistazo a esto —susurra Charlie, mirando por encima de la barandilla de metal que hay a nuestra izquierda.

Me coloco entre Gillian y él para comprobarlo con mis propios ojos: escaleras pavimentadas que descienden serpenteando cuatro plantas. La entrada al subterráneo.

—Si tuviese seis años, ¿sabes las pesadillas que me provocaría esto? —pregunta Charlie.

No le contesto y comienzo a bajar la escalera. No puede estar demasiado lejos.

—Tómatelo con calma —me advierte Gillian mientras descendemos en espiral hacia las profundidades.

Al llegar abajo nos encontramos con otra puerta, pero a diferencia de la que había arriba, ésta no hace juego con el ambiente medieval de los Tesoros de Tinker Bell. Se

trata simplemente de una puerta estándar, corriente. La abro y asomo la cabeza a un pequeño pasillo. A mi derecha, perpendicular a nosotros, docenas de personas se cruzan en un pasillo más grande. Disfraces brillantes pasan rápidamente ante nosotros. El eco de las voces rebota en el cemento. Aquí está la acción. Es hora de participar en ella.

Apartándome de la escalera, echo a andar por nuestro pasillo y giro bruscamente a la izquierda en el pasillo principal, donde estoy a punto de chocar con una chica muy delgada que lleva un disfraz de Pinocho, excepto por la cabeza del muñeco.

—Cuidado —me previene mientras piso sus enormes zapatos de gomaespuma.

—Lo lamento… —Recupero el equilibrio, paso junto a la chica y veo a Blancanieves a su derecha, pero es alguien diferente, con el pelo castaño recogido en la nuca, una peluca negra en la mano y chicle en la boca.

—Kristen, ¿participas en el desfile esta noche? —pregunta Blancanieves, enmascarando sin demasiado éxito su acento de Chicago.

—No, ya he terminado por hoy —contesta Pinocho.

Me vuelvo cuando pasan a mi lado, pero advierto que Charlie y Gillian me observan fijamente.

«Por favor… tómatelo con calma», me suplica Charlie con la mirada, claramente acobardado.

Asiento y continúo avanzando por el pasillo. Ambos me siguen a pocos pasos, pero saben lo que se necesita para ser invisibles. Hazlo rápido y nunca dejes de moverte. Es igual que cuando conseguía meter a Charlie a hurtadillas en las películas prohibidas para menores. En el momento en que tienes el aspecto de que la cosa no va contigo, pues la cosa no va contigo.

Al llegar a lo que parece ser un túnel subterráneo para peatones, echo un vistazo al pasillo de cemento, que tiene aproximadamente el ancho de dos coches. Somos engullidos inmediatamente por la colorida marea de empleados de Disney que llevan toda clase de prendas, desde botas vaqueras y sombreros de la Frontera, hasta camisas plateadas y futuristas de la Tierra del Mañana, y las simples camisas con cuello y sin adornos del personal de conserjería. Me quito la corbata, la guardo en el bolsillo y me desabrocho el botón superior de la camisa. Soy sólo otro empleado de Disney camino del vestuario.

—Enemigos a las diez —me advierte Charlie.

Siguiendo esa dirección alzo la vista hacia la izquierda y diviso a dos policías que patrullan el túnel. Mierda. Llevo la mano instintivamente hacia la parte posterior de mis pantalones y compruebo que el arma de Gallo aún sigue ahí. Por si acaso.

—No están armados —añade Charlie, sabiendo lo que estoy pensando.

Cuando la policía de Disney se acerca a nosotros, me doy cuenta de que tiene razón. Llevan placas de metal y camisas azules, pero hasta ahí llega el uniforme.

Echo un rápido vistazo a sus pistoleras. Ninguno lleva armas. Aun así, ello no significa que podamos enfrentarnos a ellos. Cuando uno de ellos mira en mi dirección, bajo la vista al suelo. Concéntrate en lo tuyo, no levantes la vista, me digo. Treinta segundos bastan. Los polis se alejan sin volver a mirarnos y alzo la cabeza para encontrarme nuevamente con el laberinto. El problema es que no tengo la más remota idea de adónde voy.

Acelero el paso y trato de cubrir la mayor distancia posible, avanzando por el amplio pasillo, inhalando el aire húmedo y subterráneo. Por la cinta color morado desteñido que cubre la mitad inferior del pasillo, yo diría que este lugar no ha recibido una mano de pintura en los últimos diez años. Tal vez se trate del cuartel general de todos los empleados del Reino Mágico, pero igual que la moqueta industrial barata que utilizamos en las zonas del banco no destinadas a los clientes, Disney mantiene su dinero perfectamente controlado. Con todo, los tornillos y las tuercas del parque se encuentran sin duda en este lugar: conductos del aire acondicionado encima de nuestras cabezas, tuberías a lo largo de las paredes y puerta de metal tras puerta de metal marcadas con rótulos como «Mantenimiento», «Control de residuos/AVAC» y «Peligro: Alto Voltaje». Justo encima de nosotros, los niños abrazan al bueno de Pooh, y los padres se maravillan ante la limpieza que exhibe el paraíso. Aquí abajo, Pinocho es una chica y el conducto de los desperdicios retumba de tal manera que lo sientes en los dientes. Ese es el material de la magia.

A mi derecha, un hombre negro vestido como un pájaro Tiki sale por una puerta que lleva el rótulo «Escalera n.º 5: La leyenda del Rey León». Un poco más adelante, de la «Escalera n.º 12: La vieja tienda de Navidad», sale un duende femenino rubio. Cada tres metros, la gente parece salir de ninguna parte y, no importa la tranquilidad que yo quiera aparentar, no puedo despojarme de la sensación de que estamos empezando a descubrirnos. Examino las tuberías que cubren el techo y busco cámaras de seguridad. Si alguien está vigilando, el tiempo se nos acaba. Y lo peor de todo, el tiempo corre a ciegas. Tres ratones ciegos.

Cuanto más avanzamos, más puertas de metal nos vemos obligados a atravesar; cuantas más puertas pasamos, más parece curvarse el pasillo; cuanto más se curva el pasillo, más intensa es la sensación que tengo de estar caminando en círculos. «Mantenimiento Oeste del Parque»… «Primeros auxilios»… «Área de descanso»… ¿Dónde diablos está el ACS?

—Esto es ridículo —dice Gillian finalmente—. Tal vez deberíamos separarnos.

—No —decimos Charlie y yo al unísono. Pero es evidente que necesitamos cambiar de estrategia.

Un poco más adelante, una mujer mayor vestida de peregrina sale de una habitación que lleva el rótulo de «Personal». Aparenta unos cincuenta años. Le hago señas a Charlie; él sacude la cabeza. Cuanto más mayores sean, más probabilidades

hay de que nos pidan la tarjeta de identificación de Disney. Detrás de la peregrina hay una chica con tejanos y una camiseta Barnard. Charlie asiente. No es el mejor plan, pero debemos hacer algún movimiento. Ambos sabemos quién es el mejor cuando se trata de desconocidos.

—¿Puedo hacerte una pregunta estúpida? —dice Charlie, acercándose a la señorita Barnard mientras trata de incrementar su encanto—. Habitualmente trabajo en EPCOT…

—Por eso te dejan conservar el pelo teñido —le interrumpe la chica.

Imperturbable, Charlie se echa a reír.

—¿Por aquí no te dejan llevar el pelo teñido? —pregunta, pasándose la mano por los mechones rubios. Trata de parecer relajado, pero desde donde me encuentro con Gillian puedo ver el brillo del sudor en su nuca.

—¿Estás de guasa? —pregunta ella—. Es una mala imagen.

—Sí, bueno, hay mucho que decir acerca de la mala imagen —bromea Charlie nerviosamente—. En cualquier caso, me han enviado aquí abajo para recoger algo de un lugar llamado DACS…

—¿DACS?

—Creo que es una especie de sala de ordenadores.

—Lo siento, nunca he oído hablar de ese lugar —dice ella mientras yo me muerdo el interior del labio—. Pero si quieres puedes buscarlo en el plano.

«¿Plano?»

La chica señala por encima de su hombro. A la vuelta del pasillo desde «Personal».

—Eso sería genial —dice Charlie, dirigiéndose hacia allí—. Y si algún día te acercas por EPCOT…

«¡No bromees con ella!»

—… yo me encargo de la visita de la pelota de golf gigante.

—De acuerdo —dice ella con una amplia sonrisa Disney.

Charlie se despide agitando la mano; la señorita Barnard regresa al laberinto. Cuando se ha marchado, los tres giramos en la esquina del pasillo. Ahí está el plano mural. «Plano del Reino Mágico.» Estudio la disposición del parque y busco el signo de «Usted se encuentra aquí». Los túneles parten desde el Castillo de la Cenicienta como los rayos de una rueda y van por debajo de prácticamente todas las atracciones principales. Finalmente, el trazado recuerda la esfera de un reloj. La Frontera está a las nueve. La Tierra de la Aventura se encuentra a las siete. Para facilitar aún más las cosas, cada zona lleva un código de color. La Tierra del Mañana es azul, la Tierra de la Fantasía es morada. Nos encontramos en Main Street —violeta oscuro— que se corresponde con la tira del mismo color que recorre la pared. Posición seis en punto. Los Tesoros de Tinker Bell están a las doce. Hemos recorrido medio reloj.

Ya te he dicho que estábamos caminando en círculos —dice Gillian.

—Y mira lo que tenemos en el extremo del pasillo… —añade Charlie. Señala con el dedo hacia la parte superior del plano. Las letras saltan prácticamente de la pared y me muerden la garganta. DACS.

Justo delante de nosotros.

72

Nos abrimos paso entre dos princesas, Cruella De Vil, un ingeniero de ferrocarriles, y Piglet; voy delante de Charlie, pero siguiendo los pasos de Gillian, quien no parece tener ningún problema para pasar entre las docenas de los miembros del reparto de personajes que salen del área señalada como «Zoo de Personajes». A nuestra derecha, ella comienza a ascender por una breve rampa enmoquetada que conduce a una puerta cristalera. En grandes letras negras dice «Central DACS».

—¿Estás seguro de que quieres ir solo? —me pregunta Charlie, ralentizando el paso deliberadamente. No hay ninguna duda de quién de los dos es más veloz. Sólo trata de mantenerse a mi lado.

—Estaré bien —insisto.

Charlie, sorprendido por mi tono, me estudia cuidadosamente.

—Ahora eres tú el que se está poniendo arrogante.

—No soy arrogante. Es sólo que… sé lo que estoy haciendo.

Charlie sacude la cabeza. No le gusta estar del otro lado.

—Sólo ten cuidado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tendré cuidado.

Cuando alcanzamos la rampa, Gillian está estudiando con mucho cuidado el escáner de huellas dactilares que se encuentra junto al intercomunicador fuera del DACS. Charlie se pone tenso. De todas las puertas que hemos atravesado hasta ahora, ésta es la única provista de algún tipo de sistema de seguridad.

—¿Acaso hay alguien que ya no tenga uno de estos chismes? —pregunta ella, apretando algunos de los botones del escáner.

—No lo toques —le advierte Charlie.

—No me digas lo que debo hacer —añade ella.

Charlie sabe cómo hacer las cosas para no meterse en una pelea.

—Sólo debes llamar al timbre —dice.

Gillian le atraviesa con una mirada que a Charlie le seguirá doliendo mañana por la mañana. Estoy a punto de intervenir, pero ya no estoy seguro de lo que debo decir. Cuanto más cerca nos encontramos de esas copias de seguridad, más próximos a explotar están Charlie y Gillian.

—Vuelve a pulsar el timbre —le ordena Charlie.

—Ya lo he hecho —responde ella secamente.

—¿De verdad? ¿Entonces cómo es que nadie responde?

Ella pone los ojos en blanco y vuelve a pulsar el botón.

—¿En qué puedo ayudarle? —se oye la voz estridente de una mujer a través del intercomunicador.

—Hola, soy Steven Balizer… de la oficina de Arthur Stoughton —digo,

recurriendo una vez más al nombre de los peces gordos.

—¿Extensión? —pregunta la mujer.

—2538 —contesto, rogando recordar correctamente el número directo de Balizer.

Miro a través del cristal translúcido con los ojos entrecerrados y alcanzo a ver a la mujer que me mira desde su escritorio. Gracias al cristal ahumado, sin embargo, sólo soy para ella un bulto amorfo con el pelo negro. Sonrío y le obsequio con mi mejor saludo de mosquetero.

Se produce una breve pausa, seguida del zumbido de un timbre eléctrico.

Detrás de mí, Gillian está a punto de abrir la puerta, pero interrumpe el gesto un instante después. No es ella quien entrará en ese lugar.

Yo avanzo y Charlie y Gillian retroceden.

—¿Estás preparado? —pregunta ella.

—Eso creo.

—¿Y sabes dónde debes reunirte con nosotros? —pregunta Charlie, caminando de espaldas por la rampa.

Asiento y me dirijo resueltamente hacia la puerta. Cuanto más tiempo permanezca aquí fuera, más sospechosa será mi actitud.

—A por ellos, hermano —musita Charlie mientras hago girar el pomo. Justo cuando estoy a punto de entrar, echo una última mirada por encima del hombro. Charlie y Gillian ya han desaparecido, perdidos entre la multitud de capitanes fluviales y hadas madrinas.

—¿Cómo se encuentra hoy? —me dice una dulce voz maternal desde el interior de la habitación.

Siguiendo el sonido hasta el escritorio de recepción, veo a una mujer menuda que lleva gafas con montura de plástico y una blusa de la Sirenita recamada. Pero cuando me aproximo al escritorio, miro a mi izquierda y descubro los servidores informáticos y las pantallas de vídeo que cubren las otras tres paredes. En el centro de la habitación, los servidores forman pasillos como en las bibliotecas y cubren la mayor parte del suelo a cuadros marrón y blanco. Sólo por el tamaño —cada servidor me llega casi a la cabeza— me recuerdan a un viejo sistema estereofónico, o a una de esos enormes superordenadores que se veían en las viejas películas de la NASA.

Por supuesto, mis ojos se dirigen directamente a la fila de equipamiento más antiguo. En la parte frontal de cada pequeña vitrina hay una etiqueta inconfundible: «Es un mundo muy pequeño… Carrusel de progreso… Piratas del Caribe… Peter Pan…» Cada atracción en su propio ordenador antiguo. Irreal.

Disponen de un sistema informático que percibe las nubes de tormenta de modo que saben cuándo deben sacar los paraguas y las sombrillas, pero cuando se trata de sus atracciones más famosas, en Disney siguen conduciendo un viejo Studebaker.

—Asombroso, ¿verdad? —pregunta la Sirenita—. Pero si no está…

Asiento y me vuelvo hacia su escritorio.

—¿Qué puedo hacer por usted? —añade.

—Llamé hace aproximadamente una hora; he venido a buscar esas copias de seguridad para Arthur Stoughton.

La mujer busca en una pila de papeles que tiene encima del escritorio.

—¿Y recuerda con quién habló sobre ese asunto en particular?

Echo otro rápido vistazo alrededor de la habitación. A mi derecha hay una puerta cerrada. La placa dice Ari Daniels. Por debajo de la puerta no se ve ninguna luz.

—Era con A. Andre… Ari…

—Típico de Ari —se queja la recepcionista—. Ya se ha marchado.

—¿Entonces cómo podría…?

—Le enseñaré cómo debe hacer para buscar un documento. Sólo necesito su identificación.

Me palpo el pecho, luego el bolsillo de la camisa, luego los bolsillos traseros de mis pantalones.

—Vaya, no me digas que… —Saco la billetera y finjo una búsqueda frenética—. Tengo la tarjeta en mi mesa… se lo juro… puede llamarles ahora mismo. Extensión 2538. Es sólo que… cuando Stoughton pierde los nervios… usted no puede entenderlo… si no conseguimos volver a cargar esta información, él…

—Relájate, cariño, yo tampoco quiero sufrir una jaqueca.

La mujer aparta la silla del escritorio, pasa por delante de la mesa y se dirige hacia las puertas cristaleras dobles en la esquina derecha de la habitación. Incluso en Disney World todo el mundo teme al jefe.

A través del cristal se puede ver el sueño húmedo de un chiflado de los ordenadores. Armarios color beige llenos de ordenadores y servidores de última generación cubren las paredes. Bobinas de cables rojos y azules sin cortar serpentean en el suelo. Y, en el centro de la habitación, en un banco de trabajo estilo laboratorio hay seis ordenadores, dos ordenadores portátiles, una docena de teclados, suministros eléctricos para copias de seguridad, y un montón de chips de memoria dispersos. Olvídate de los antiguos equipos que hay en la entrada, es aquí donde la Disney se gasta la pasta. Cuando entramos en la habitación, dos técnicos —uno grueso, el otro delgado, ambos asombrosamente bien parecidos— están inclinados sobre un monitor de pantalla extra plana. La recepcionista les saluda con la mano. Ninguno levanta la vista.

—Muy agradables —musito.

—Es por eso que no permitimos que se acerquen a los invitados.

A medio camino de la pared de la derecha hay un armario con el rótulo «Suministros». Encima del pomo de la puerta cuento tres cerraduras. La última es un teclado con código secreto. Igual que La Jaula. Suministros, ¡la hostia!

—Aún no comprendo por qué no guardan estas cosas en el Área de Servicio Norte —se queja mientras saca un manojo de llaves e introduce el código secreto en el teclado de la cerradura de seguridad.

—La mayor parte se encuentra allí —digo, comprobando que los tíos del departamento técnico no están mirando—. Sólo que es más seguro guardar aquí el material diario.

Al girar el pomo, la puerta se abre de par en par. En el interior de la habitación hay dos estanterías metálicas con cientos de cintas grabadas. Cintas que queremos; cintas que conseguiremos. En total debe de haber unas cuatrocientas, todas colocadas de lado, de modo que sólo sobresalen los lomos de las cintas. Al principio parece que se trata de casetes pequeños y cuadrados, pero al acercarnos compruebo que son más bien como las cintas de audio digitales que Charlie solía traer a casa de sus viejas sesiones de grabación.

—¿Qué es exactamente lo que está buscando? —pregunta la recepcionista.

—El… *Intranet* —digo, tratando de no parecer excesivamente abrumado.

La mujer recorre con las yemas de los dedos las etiquetas impresas con láser que están sujetas con celo en los bordes de cada estantería. «Alien Encounter… Buzz Lightyear… Country Bear Jamboree…»

—Dis-web 1 —anuncia, señalando una colección compuesta por siete cintas. El lomo de cada caja está rotulado con un día diferente de la semana, de lunes a domingo.

—¿Qué día necesita?

Si tuviese la posibilidad de hacerlo, me las llevaría todas, pero por ahora me conformaré con una.

—Ayer —le digo—. Exactamente ayer.

La mujer saca la cinta marcada «Miércoles», comprueba que la cinta esté en el interior del estuche de plástico, luego descuelga una tablilla sujetapapeles que está unida con velero al lado de la estantería.

—Rellene esto —dice, entregándome la tablilla y la cinta—. Y no olvide incluir su extensión.

Mi mano envuelve la caja de plástico que protege la copia de seguridad y tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma. Hay muchas cosas que hacer antes de que…

En la habitación de enfrente se oye claramente un zumbido. Alguien llama al timbre.

Siento un dolor en la ingle. Empiezo a garabatear el papel tan rápido como puedo.

—Chicos, ¿alguno de vosotros puede encargarse de la puerta? —les dice la recepcionista a los dos técnicos.

Ninguno de los dos levanta la vista.

El timbre vuelve a sonar y mi guía pone los ojos en blanco con una expresión de fastidio.

—Perdóneme un momento —dice y se aleja hacia su escritorio.

Solo en el pequeño gabinete, asomo la cabeza y trato de oír quién ha llegado. No hay discusiones ni alboroto. Todo está en orden. Echo un vistazo por encima del hombro a las otras seis cintas. El resto de la prueba y la única manera de estar absolutamente a salvo.

Miro por última vez a los dos técnicos. No parece importarles nada que no sea su trabajo. Entonces me vuelvo hacia las cintas. Si quiero resolver este asunto, debo darme prisa.

Cojo de la estantería la cinta que dice «Martes», abro la caja, guardo la cinta en el bolsillo y vuelvo a dejar la caja vacía en el estante. Recorro toda la semana repitiendo la misma acción con el resto de las cintas hasta tener los bolsillos llenos. Cuando he terminado, cojo la cinta del Miércoles y…

—¿Steven…? —me llama la recepcionista desde la otra habitación.

—¡Ahora estoy con usted! —contesto, saliendo rápidamente de la pequeña habitación al oír mi nombre falso. Tratando de no parecer demasiado excitado, atravieso las puertas cristaleras y regreso tranquilamente a la recepción.

—Justo a tiempo —dice ella—. Tus amigos están aquí.

Giro en la esquina de la habitación y me detengo. Mis manos se convierten en dos puños.

—Sólo queríamos asegurarnos de que estabas bien —tartamudea Charlie.

—Sí —añade Gillian. Ambos están de pie junto al escritorio de la recepcionista, pero ninguno de los dos se mueve.

«¿Qué estáis haciendo aquí?», le pregunto a Charlie con la mirada.

Él sacude la cabeza, negándose a responder.

—De modo que parece que esta noche celebran una fiesta por todo lo alto —dice la recepcionista.

«¿Fiesta?»

Y es entonces cuando les veo. Aparecen de pronto detrás de Charlie y Gillian. Oh, Dios.

—¡Ése es nuestro muchacho! —exclama Gallo, avanzando con una amplia e inquietante sonrisa—. Empezábamos a estar preocupados por ti.

73

Al comprobar la expresión de miedo en el rostro de Charlie, Gallo me rodea con un poderoso abrazo de oso, ciñéndome deliberadamente para que pueda sentir la presión de su arma contra mi pecho.

—Que te jodan, Oliver —susurra en mi oído.

—Supongo que has encontrado lo que necesitabas —añade DeSanctis, con el mismo acento jovial.

—Por supuesto que lo ha encontrado —dice Gallo al descubrir la cinta del miércoles que llevo en la mano—. Por eso es el mejor empleado de Disney. ¿No es verdad… Steven? —Pronuncia el nombre con su sonrisa de roedor y luego extiende la mano abierta entre ambos—. Ahora veamos lo que tienes ahí, compañero…

Me vuelvo hacia Charlie pensando en el arma que llevo en la parte posterior de los pantalones. Directamente detrás de Gillian y él, DeSanctis se acerca aún más a ellos. No puedo verle las manos. El estómago de Charlie se encoge hacia adelante, como si alguien estuviese apoyando algo en su espalda.

—No quisiera interrumpir —dice la recepcionista, evidentemente desconcertada —, ¿pero a qué departamento han dicho que pertenecían?

—No se preocupe, aquí todos somos amigos —bromea Gallo, sin apartar sus ojos de mí—. Ahora echemos un vistazo a esa cinta.

Pero yo no se la doy. Gallo me la arranca de las manos. No me resisto demasiado… no con un arma clavada en la espalda de Charlie.

—¿Hombre, por qué has cogido sólo la del miércoles? —pregunta Gallo, leyendo el día en el lomo—. Pensé que habías dicho que también necesitábamos las cintas de toda la semana… —Señalando hacia la recepcionista, añade—. ¿Puede ayudarnos a encontrar las que faltan?

La Sirenita, con los nervios a flor de piel, comienza a sentir pánico.

—Lo siento, señor, pero no puedo hacer nada hasta que no vea su identificación.

—Es que me la he dejado en la otra chaqueta —dice Gallo—. Pero puede utilizar la de nuestro amigo Steven.

—En realidad, no puedo hacerlo —contesta la mujer.

—Por supuesto que puede. Ya le ha permitido que cogiera la cinta que…

—No puedo hacerlo, señor. Y puesto que ésta es un área de acceso restringido, si no tiene su identificación, tendré que pedirles que se marchen.

—Solamente estamos buscando el resto de las cintas —dice Gallo, tratando de mantener la situación en un tono amable.

—¿Ha oído lo que acabo de decir, señor? Me gustaría que se marchara.

Gallo tensa la mandíbula. Su voz es puro papel de lija.

—Y a mí me gustaría que se comportase como una buena empleada y nos

consiguiera lo que hemos venido a buscar.

—Muy bien, se acabó —dice la recepcionista mientras levanta el auricular del teléfono—. Pueden continuar esta discusión con Seguridad. Estoy segura de que a ellos les encantará…

Gallo saca violentamente su credencial del servicio secreto y la sostiene delante de las narices de la mujer.

—Aquí tiene mi identificación. Ahora, por favor, cuelgue el teléfono y consíganos esas cintas.

Los ojos de la mujer van de la credencial a Gallo, y luego a la credencial.

—Lo siento, pero tendrán que hablar con un supervisor…

—Me parece que no lo entiende —dice Gallo. Saca el arma de su chaqueta y apunta directamente entre los ojos de la recepcionista—. Cuelgue ese jodido teléfono y busque las cintas.

La recepcionista deja el auricular y las lágrimas le bañan el rostro.

—Tengo un niño de cuatro años…

—¡Las cintas! —grita Gallo.

Las manos de la mujer tiemblan visiblemente cuando las alza a la altura de la cabeza.

—Están en la otra habitación —balbucea.

—Muéstrenos dónde —le exige Gallo. Hace una seña a DeSanctis y añade—. Ve con ella.

Apartando a Charlie y Gillian, DeSanctis pasa entre ellos empuñando su pistola. Cuando la recepcionista ve el arma, las lágrimas fluyen más rápido.

—Una sonrisa de Mickey Mouse, quiero una bonita sonrisa de Mickey Mouse —le advierte DeSanctis, obligándola a dominarse mientras la empuja hacia las puertas cristaleras en la parte posterior de la habitación.

—Ven aquí… —dice Gallo, cogiéndome de la pechera de la camisa y empujándome hacia Charlie y Gillian. Tropiezo con mi hermano. Nuestras miradas se cruzan.

«Las cintas no están allí, ¿verdad?», pregunta Charlie con una mirada.

Paso la mano por el bolsillo trasero del pantalón. Gillian advierte el movimiento y sonríe.

—Quietos —insiste Gallo cuando recupero el equilibrio y me coloco junto a Charlie. Gallo me apunta con su arma, luego a Charlie, pero en ningún momento a Gillian, quien tiene la vista fija en el suelo.

—¿Estás bien? —susurro.

—¿Qué has dicho? —pregunta Gallo.

—Le he preguntado si estaba bien —digo.

Gallo se echa a reír.

—¿Qué?

Pero Gallo no puede parar de reír. La boca se le abre de oreja a oreja.

—Aún no lo sabes, ¿verdad?

—¿De qué está hablando?

—Lo dices en serio, ¿verdad? Realmente no…

—… lo que nos conduce finalmente a la Central DACS, el cerebro de todo el cuerpo —anuncia una voz joven y animada al tiempo que la puerta del DACS se abre de par en par. Detrás de nosotros, un tío rubio y con una camisa floreada guía a un grupo de veinte turistas hacia el interior de la ya atestada área de recepción.

Gallo esconde el arma detrás de la espalda. El grupo avanza, girando las cabezas para echar un vistazo al interior. A medida que van entrando, una mujer gruesa con pantalones cortos rosa y una gorra con visera haciendo juego pasa por delante de mí, Gillian y Charlie —sin siquiera darse cuenta— y conduce a todo el grupo directamente entre Gallo y nosotros.

—Lo siento, ¿estamos interrumpiendo? —pregunta el tío rubio en un perfecto tono de guía de excursiones.

—Sí. Están interrumpiendo —contesta Gallo con un gruñido. Nos mira fijamente a través de la multitud. Está preparado para sacar su arma, pero debe saber lo que ocurrirá si lo hace.

—Bien —bromea el guía mientras nosotros empezamos a retroceder—. Los invitados pasen por…

—Apártate de mi jodido camino —dice Gallo, empujándole con violencia. Trata de correr hacia nosotros, pero el grupo es demasiado compacto.

Charlie mira hacia la puerta. En cualquier momento DeSanctis descubrirá que en esas cajas no hay nada…

«Adelante», le señalo con un gesto a Charlie. Sale disparado hacia la puerta.

—¡No se muevan! —grita Gallo, levantando el arma.

Eso es todo lo que se necesita.

—¡Una arma! —grita una mujer. La multitud se rompe, todo el mundo corre y grita. La estampida ha comenzado. Los tres volamos hacia la puerta seguidos de la muchedumbre enloquecida.

Cuando llegamos a la entrada se oye un disparo. El cristal de la puerta estalla en mil pedazos que se esparcen por el suelo enmoquetado. Charlie avanza a toda velocidad tratando de abrirse paso a través del caos de turistas que chillan como condenados. Detrás de mí, Gillian corre agachada y aferrada a mi camisa. Nadie ha resultado herido. La habitación se vacía en el pasillo y los gritos reverberan a lo largo del túnel de cemento.

—¡No te detengas! —grito, empujando a Charlie. Salimos despedidos de la masa de turistas y corremos hacia el cuello del túnel. Mis pies golpean con fuerza contra la

superficie de cemento. Charlie mira hacia atrás para asegurarse de que estoy bien. Es entonces cuando ve a Gillian, que sigue aferrada a mi camisa.

Su rostro lo dice todo.

«Piérdela.»

«¿Qué?»

«¡Piérdela!»

Gillian me suelta la camisa y sigue corriendo sola. Sin trastabillar… sin retrasarnos. Ella corre. Sus ojos azules claros buscan una salida. Tiene la boca abierta en una expresión de miedo. Charlie piensa que todo está claro. No lo está.

—Larguémonos de aquí —le digo.

Charlie aprieta las mandíbulas y acelera la carrera. Mientras avanzamos por el túnel, está sólo unos cuantos pasos por delante de mí. Él es más veloz que eso.

—¡Charlie, corre! —insisto.

—Quédate… conmigo —dice, cortando entre Pocahontas y un Drácula de la Mansión Encantada.

—¡Por la escalera! —grita Gillian cuando las puertas pasan como balas a ambos lados del túnel.

Pero Charlie sigue corriendo. No entiendo qué es lo que pretende hasta que el túnel comienza a describir una curva hacia la izquierda. Detrás de nosotros, los gritos de la multitud se van atenuando hasta casi desvanecerse en la distancia, reemplazados rápidamente por el eco de los pasos de quienquiera que nos esté persiguiendo. Me vuelvo para comprobar qué es lo que pasa, pero por culpa del arco del pasillo, no podemos ver a nuestros perseguidores. Lo que significa también que ellos no pueden vernos a nosotros.

—¡Ahora…! —dice Charlie, girando bruscamente a la derecha hacia un pequeño pasillo. Al llegar al final abre violentamente la puerta de metal y la mantiene abierta para nosotros. En el interior, una escalera pintada de amarillo apunta hacia arriba. Encabezo el ascenso, seguido de Gillian y con Charlie cerrando la marcha. Salvo los peldaños de dos en dos, describiendo una espiral hacia la cima. Gillian hace lo que puede, pero no es tan rápida.

—¡Muévete! —grita Charlie. Pasa junto a ella y continúa subiendo deprisa, colocándose entre Gillian y yo. Me toca el hombro y me insta a seguir.

—Voy tan deprisa como puedo —le digo.

Al llegar al rellano superior, ambos nos detenemos ante una puerta de metal cerrada. Nuestra respiración es agitada. La de Charlie más agitada que la mía. Han pasado casi tres días desde que tomó su medicación por última vez.

—¿Estás seguro de que te encuentras…?

—Estoy bien —insiste.

Pero cuando apoyo una mano en la barra de metal que abrirá la puerta de la

escalera, Charlie pronuncia dos palabras que, desde que le conozco, jamás ha dicho.

—Ten cuidado.

Asiento y, con un ligero empujón, abro la puerta. Merced a todas las curvas del túnel no tenemos ni idea de dónde nos encontramos. Asomo la cabeza pero no alcanzo a ver prácticamente nada. La habitación está a oscuras, aunque parece estar vacía. Estamos en una habitación trasera… o quizá en un cuarto pequeño. Me deslizo en su interior y busco algunas referencias que puedan orientarme. Veo por encima del hombro que Charlie y Gillian cierran la puerta que da a la escalera y el resto de luz se desvanece. Al principio estoy completamente a ciegas, pero a medida que mis ojos se acostumbran a la oscuridad consigo divisar un destello de luz blanca justo delante de nosotros. Viene del otro lado… otra puerta.

Caminando como Frankenstein, con ambos brazos extendidos, palpo la pared y avanzo hacia la puerta. Hago girar el pomo y pasamos a la habitación contigua, que está igualmente oscura. Esta vez, sin embargo, hay alguien en…

¡BANG!

Suena un disparo y me agacho tan rápido como puedo. Detrás de mí un cuerpo golpea contra el suelo. Me vuelvo y extiendo la mano… pero no puedo encontrar a Charlie.

74

—¡Venga, moveos! —gritó Joey mientras golpeaba con furia la bocina detrás del Lincoln Town Car azul con la matrícula personalizada «grndpa7». Atrapada en la enorme cola de coches y camionetas alquilados llenas de pasajeros que entraban lentamente en el aparcamiento de Walt Disney World, Joey estaba a punto de arrancar el volante del salpicadero—. ¡Sí, usted! ¡Pise el acelerador y lleve su bote sobre ruedas a Dopey 110! ¡Sólo tiene que seguir a los otros coches! ¡Dopey 110!

—¿Acaso no estás disfrutando de tu experiencia Disney? —preguntó Noreen en su oído.

—¡Por fin! —anunció Joey al llegar al primer lugar de la cola. Estaba a punto de acelerar, pero un empleado de Disney con un chaleco amarillo estaba bloqueando el camino y haciendo señas de que se desviase a la izquierda como si fuese el encargado de las señales de una pista de aterrizaje.

—Todos los vehículos hacia la izquierda, señora —gritó con la mayor amabilidad posible.

Joey frenó en seco, negándose a girar hacia ninguna parte.

—¡Necesito llegar a la puerta principal! —dijo.

—Todos los vehículos hacia la izquierda —repitió el empleado de amarillo.

Joey permaneció en su sitio.

—¿Acaso no ha oído lo que…?

Unos segundos más tarde, otros dos empleados se acercaron a su ventanilla.

—¿Señora, tiene algún problema?

—Necesito llegar a la puerta principal. ¡Ahora!

—Ya sabe que nuestros tranvías pasan cada pocos minutos y… —dijo el más bajo de los dos.

—Lo siento, señora —añadió el otro empleado—. Pero a menos que lleve una pegatina de persona discapacitada, tendrá que aparcar aquí como todo el mundo y…

Joey sacó la credencial de su padre y la plantó en las narices del empleado.

—¿Sabes lo que significa esto, Walt? ¡Significa que no voy a aparcar en Dopey 110!

Los dos empleados se apartaron sin decir nada y le hicieron señas al tío de amarillo para que la dejara pasar. Joey pisó el acelerador y se dirigió hacia las puertas principales del Reino Mágico.

75

—Al suelo —me insta Charlie, tirando de mi pierna.

Golpeo con violencia la moqueta y siento un dolor lacerante en la punta del mentón. En el extremo derecho se ve la silueta de nuestro agresor, de pie en una esquina, tratando de ver algo entre las sombras. Está agachado. Cargando su arma…

Pero no pienso darle otra oportunidad. Me levanto y me lanzo hacia la silueta que se recorta en la oscuridad. Se oye otro estallido. Pero no es un disparo… una explosión… una tras otra… como si se tratara de un castillo de fuegos artificiales. Antes incluso de que nuestro agresor se dé cuenta de que estoy allí, caigo sobre él y enlazo ambos brazos alrededor de su cintura. Es como placar a una aspiradora. Caemos al suelo con un sonido metálico.

La sala comienza a iluminarse lentamente y puedo ver a la persona que tengo inmovilizada sobre la moqueta. Es John F. Kennedy.

—En esta Sala de los Presidentes, nos reflejamos en un espejo de nosotros mismos —la voz grabada de Maya Angelón resuena en el otro lado del telón azul. A lo largo de la pared hay un robot de Andrew Jackson al que le falta una pierna, un cesto de mimbre lleno de corbatas y pajaritas y una cabeza de gomaespuma con una peluca velluda que lleva la inscripción «Bill Clinton». Son los bastidores, sólo son los bastidores.

—Damas y caballeros… ¡el presidente de Estados Unidos! —anuncia Maya Angelou. Suenan las trompetas, la multitud aplaude, y yo alzo la vista hacia el techo, donde unas roldanas automáticas levantan el telón. El telón de terciopelo azul que nos oculta aún está en su sitio.

—Venga, Oswald, salgamos de aquí —dice Charlie, extendiendo la mano para que pueda levantarme.

A nuestra derecha, un hombre con un atuendo Paul Revere aparece de pronto por una puerta lateral. Echa un rápido vistazo hacia nosotros, que estamos junto a JFK y el transmisor vuela a sus labios.

—Seguridad… tengo un veintidós aquí… necesito a alguien en el HOP.

Charlie tira de mi brazo y, mientras trato de ponerme de pie, tropiezo con el pecho mecánico de JKF. Gillian ya ha echado a correr hacia la puerta lateral situada a nuestra izquierda. Charlie hace una pausa, decidiendo si debemos seguirla, pero las otras únicas alternativas son hacia Paul Revere, por debajo del telón y hacia las quinientas personas que forman el público, o regresar por donde hemos venido. Echo a correr y cojo a Charlie del cuello de la camisa, obligándole a que me siga. Hasta él es capaz de darse cuenta cuando no hay otra opción. Ambos seguimos a Gillian.

Pasando a toda prisa por la puerta lateral, Gillian nos lleva a una habitación enmoquetada de rojo y llena de muebles antiguos falsos y banderas coloniales

norteamericanas. Charlie coge una mecedora y traba con ella la puerta que acabamos de dejar atrás. Paul Revere golpea y grita con fuerza del otro lado de la superficie metálica.

En la habitación hay otras tres puertas. Las dos a nuestra derecha no tienen luz en la parte inferior. Son las que llevan de regreso al teatro. La que está justo delante de nosotros muestra el último estertor del sol del ocaso filtrándose a través del extremo de la moqueta. Es la salida.

Gillian abre la puerta y nos abruma la súbita extensión del espacio. Comparado con las opresivas paredes grises de los túneles y la oscuridad de la Sala de los Presidentes, la luminosa amplitud de la Plaza de la Libertad me obliga a entrecerrar los ojos ante la ciudad Disney de la época revolucionaria.

—Sigamos a la multitud —dice Charlie, señalando hacia la marea humana que llena las calles. A mi izquierda, docenas de chicos hacen cola esperando meter la cabeza a través de una empalizada falsa para que sus padres hagan las fotos obligadas. A mi derecha, cientos de turistas aguardan para hacer el viaje por río más seguro del mundo. Todos los demás están en las calles, miles de ellos se dirigen hacia la ciudad del Viejo Oeste situada en la Frontera. Es la semana previa a las Navidades en Disney World. Perderse es la parte más sencilla.

—Ahora debemos actuar sin prisas —nos advierte Gillian mientras nos zambullimos en el enjambre de turistas que se amontonan delante del Saloon de la Herradura de Diamante. Pocos pasos más adelante, la Plaza de la Libertad -roja, blanca y azul- ha sido reemplazada por los marrones terrosos de la antigua Tienda de Ramos Generales de la Frontera. Gillian baja la cabeza y se adapta al paso de la lenta muchedumbre. Charlie no quiere saber nada de ello y se adelanta, abriéndose paso entre la gente.

—¡Charlie… espera…! —grito.

Pero Charlie ni siquiera vuelve la cabeza. Salgo tras él, pero ya se encuentra cuatro familias por delante de nosotros. Dando pequeños brincos para tener una visión mejor, sigo su pelo rubio mientras se agita entre la multitud. Cuando pasa junto al Country Bear Jamboree, mira hacia atrás para asegurarse de que le sigo, pero cuanto más intento darle alcance, más rezagada se queda Gillian. Avanzando entre ambos, trato de hacer lo posible por mantener las distancias equidistantes, pero tarde o temprano uno de los dos tendrá que ceder.

Miro a Gillian por encima del hombro y compruebo que finalmente ha conseguido acelerar el paso.

—¡Vamos! —le digo, haciéndole señas para que se apresure. Paso junto a una familia con un niño en un carrito y acelero. Pero cuando miro hacia adelante buscando a Charlie, no le veo por ninguna parte. Giro el cuello y examino las cabezas de la muchedumbre, buscando su pelo rubio. No está allí. Vuelvo a comprobarlo.

Nada. No me importa lo chiflado que pueda estar; es imposible que se haya largado sin mí.

Vuelvo a sentir el mismo nudo en el estómago que cuando nos separamos antes, pulso el botón de pánico y me lanzo hacia adelante.

—Perdón… ya voy… —grito a la multitud mientras me contorsiono para pasar entre ellos. Cuando Gillian se reúne conmigo aún sigo buscando la cabeza rubia de Charlie en medio de la gente. El pelo rubio y corto con la familia de gordos… el pelo rubio rojizo enredado con la gorra de béisbol de Louisiana State… incluso el rubio teñido con las raíces negras. Compruebo cada una de las cabezas. Charlie tiene que estar en alguna parte. Al otro lado de la calle, un niño de unos diez años le dispara un corcho a su hermana en el rostro con una escopeta. Detrás de mí, dos críos se persiguen exhibiendo las lenguas coloreadas con el morado del algodón de azúcar. Junto a mí, un niño llora y su padre le amenaza con llevarle de vuelta a casa. Desde los altavoces fijados a las farolas suena con estridencia Yankee Doodle. Me cuesta incluso pensar. Gillian intenta cogerme la mano. Pero no es eso lo que quiero en este momento. Delante de nosotros la calle se desvía hacia la izquierda. Me estoy quedando sin espacio. Lo intento por última vez.

—¡Charlie! —grito.

Diez metros delante de mí, una cabeza rubia familiar se asoma de detrás del puesto de gorros de mapache. ¡Charlie!

—¡Charlie! —vuelvo a gritar agitando ambas manos por encima de la cabeza.

«¡Agáchate!», me indica por señas, palmeando el aire con las palmas hacia abajo.

«¿Qué estás…?»

«¡Agáchate! ¡Ahora!»

Mira hacia el otro lado de la calle y sigo la dirección de su mirada, a través de la multitud, hacia la esquina más alejada del Pecos Bill Café. Diviso dos trajes oscuros que se encuentran entre el gentío ataviado con camisetas de Mickey Mouse. Y entonces ellos me ven a mí.

Los ojos de Gallo se entornan hasta convertirse en una fulminante mirada oscura. Abriéndose paso entre una pareja de jóvenes, se mete entre la multitud. DeSanctis está justo detrás de él.

76

—Tenías que gritar, ¿verdad? —pregunta Charlie cuando Gillian y yo llegamos junto al puesto de gorros de mapache.

—¿Yo? No he sido yo quien… —me interrumpo y vuelvo a mirar hacia la zona donde he visto a Gallo. Le veo al otro lado de la calle luchando por abrirse paso a través de la compacta masa de turistas. Y nosotros nos estamos quedando sin espacio. Delante, la calle acaba en una puerta giratoria de madera que llega a la altura de la cintura. A nuestra izquierda, Gallo continúa acercándose.

—Por aquí —dice Gillian, señalando hacia la derecha.

Charlie sacude la cabeza. No importa si ése es el mejor camino para salir de ahí; él no piensa concederle esa oportunidad. Con un movimiento rápido abre la puerta de madera y echa a correr por lo que parece ser la pendiente de un camino particular asfaltado. Se dirige en línea recta hacia una pared de madera verde que rodea todo el parque. Debe de tener al menos tres metros de alto. Es imposible que podamos superarla.

—¿Se ha vuelto loco? —pregunta Gillian.

—¡Charlie… vuelve! —grito, corriendo tras él—. ¡Es un callejón sin salida! —Cuando llega al punto más elevado del camino, éste desciende hacia la pared verde. Desde donde yo estoy corriendo, apenas superada la puerta giratoria, veo que no tiene ningún lugar adonde ir—. ¡Sal de ahí! —grito. Pero Charlie continúa avanzando.

Cuando llego a la parte más elevada del camino consigo ver finalmente qué es lo que ha llamado su atención. Al principio no lo había advertido… el pequeño rótulo en la pared que dice: «Solamente miembros del reparto.»

—¡Guau! —exclama Gillian al verlo.

Desde la puerta principal no podíamos verlo, ya que el ángulo no nos lo permitía. Pero al llegar a la parte más elevada de la pendiente, resulta obvio que lo que parecía una simple pared son realmente dos paredes que se superponen, aunque nunca se tocan. Charlie continúa su camino, gira a la derecha y desaparece. No es un callejón sin salida sino otra ilusión óptica.

Siguiendo los pasos de Charlie zigzagueo a través de la abertura y echo a correr por otro camino largo y pavimentado. Es como estar en un solar trasero, el parque se desvanece a nuestras espaldas y todos los colores y la música son reemplazados por el gris del cemento y un profundo silencio. Junto a nosotros, un edificio verde y compacto apesta a algo putrefacto, haciendo absolutamente obvio el lugar donde Disney deja los desperdicios. Al principio, Charlie corre hacia allí —si nuestra intención es salir de aquí, él sabe que debemos perdernos de vista— pero el hedor le mantiene en el camino, que continúa hacia la parte posterior del solar.

Delante de nosotros la situación no parece mejorar. Las construcciones más

cercanas son unas cuantas casas remolque y un viejo almacén con un cartel azul de letras azules desteñidas que dice: «Decorados del Mundo Mágico.»

—Las casas remolque… —dice Gillian.

Charlie se dirige resueltamente hacia el almacén. Pocos pasos delante de mí se vuelve para comprobar si Gallo también ha seguido este camino. Es entonces cuando veo el dolor en su rostro. Charlie tiene la piel gris como el cemento, está completamente agotado. Gillian y yo nos acercamos a él. Incluso con la medicación no podría seguir este ritmo.

«Sólo unos metros más, hermano… ya casi hemos llegado.»

Fuera del almacén están aparcadas quince carrozas de desfile en tres filas ordenadas debajo de un toldo metálico oxidado. El olor a pintura fresca nos rodea y, junto a las brillantes y coloridas carrozas, docenas de botes de pintura vacíos nos dicen dónde está todo el mundo. Es tiempo de secado. No hay nadie.

Pasamos rápidamente junto a las carrozas pintadas y entramos en el almacén. El interior es como un gigantesco hangar de aviación —cielorraso de rascacielos, techo abovedado y un montón de espacio oscuro y polvoriento— pero, en lugar de aviones, alberga más carrozas. Cinco filas de ellas llenan toda la parte derecha del hangar, pero a diferencia de las que están pintadas en el exterior, éstas están cubiertas con luces de Navidad. El Desfile de la Luz Eléctrica de Disney. Por la noche, todo está encendido. Pero ahora en las sombras del enorme almacén —solo en la oscuridad— está muerto e inanimado. Este lugar no me gusta nada.

A la izquierda, amontonados en el suelo, hay un montón de restos en desuso: caballos de balancín gigantes, un enorme cofre del tesoro de Aladino, dos carritos de venta de palomitas, arañas de luces e incluso unas cuantas bolas de discoteca en un rincón.

Sin perder un segundo, los tres buscamos un lugar donde ocultarnos y…

A lo lejos se alcanzan a oír los pasos de alguien que se acerca corriendo.

Charlie y yo nos miramos. Él se aleja gateando hacia la izquierda; Gillian me empuja hacia la derecha. Pienso luchar, pero Gallo se encuentra demasiado cerca. Es hora de esconderse. Tropezando detrás de Gillian, me oculto tras una enorme carroza que tiene la forma del carruaje de la Cenicienta; Charlie se mete en un armario que hay en la pared y cierra la puerta. Y, un segundo después, mi hermano ha desaparecido.

—¡Nunca más vuelvas a empujarme de ese modo! —le digo a Gillian con la mirada encendida.

Pero a ella no parece importarle. Sigue concentrada en Gallo.

—¿Crees que nos ha visto? —susurra, agachada detrás de la carroza.

«¡Silencio!», le indico con un dedo delante de los labios. Fuera, los pasos se vuelven más sonoros. Agachado y mirando en diagonal a través de las ruedas de la

carroza, veo las altas sombras de Gallo y DeSanctis que se alargan sobre el suelo en la entrada del hangar. Gallo mete la mano dentro de la chaqueta y saca su arma.

Ninguno de los dos hace un solo ruido al entrar en el almacén. Pueden ser asesinos, pero siguen siendo miembros del servicio secreto. Gallo le hace señas a su compañero y ambos se despliegan para inspeccionar el lugar. Sus movimientos son lentos, metódicos. Primero buscan en los lugares más obvios para esconderse: el enorme cofre de Aladino. Una taza de té gigantesca que parece llevar ruedas. Gallo abre el cofre de golpe. DeSanctis abre la puerta que hay a un lado de la taza. Ambos están vacíos. Como gatos callejeros que merodean la cena, se adentran en el almacén, describiendo círculos y registrando lentamente cada detalle. Están tratando de cavar alrededor de nuestras cabezas… deducir dónde podemos estar…

Gallo señala el armario.

Siento que se me entumece todo el cuerpo.

DeSanctis asiente con una sonrisa confiada. Se acerca a la puerta y levanta tres dedos. A la de tres.

Gallo apunta su arma al armario.

Uno…

Meto la mano debajo de mi chaqueta y saco el arma que le quitamos a Gallo en la estación de trenes.

Dos…

DeSanctis coge el pomo de la puerta. Yo me arrastro silenciosamente por el pasillo que hay entre las filas de carrozas. Gillian me mira como si me hubiese vuelto loco, pero no pienso permitir que ellos…

Tres…

DeSanctis tira de la puerta pero ésta apenas si se mueve. Charlie la sostiene desde dentro.

—Están aquí —dice DeSanctis. Vuelve a tirar y la puerta se abre apenas antes de volver a cerrarse.

—¡Sólo estáis empeorando las cosas! —advierte Gallo.

DeSanctis lucha con la puerta y se le ve cada vez más furioso.

—Ya está bien —dice Gallo, apartando a su compañero. Levanta la pistola y dispara dos veces al pomo de la puerta. Voy a gritar, pero de mi boca no sale ningún sonido.

Con un tirón final, DeSanctis consigue abrir finalmente la puerta del armario. Del pomo interior de la puerta cuelga una silla de tijera… y luego cae pesadamente al suelo. Estiro la cabeza, esforzándome por ver el resto de los daños… rogando oír la voz de Charlie. Pero sólo hay silencio.

—¿Qué coño es esto? —pregunta Gallo, desconcertado mientras mira en el interior del armario.

Hasta que DeSanctis no se aparta del armario no puedo ver lo que ambos están mirando: el suelo de baldosas oscuras… los contadores de la electricidad en las paredes… y ni rastro de Charlie. En el otro extremo se ve una puerta abierta. No es un armario. Es una habitación. Una habitación que se comunica con la otra mitad del edificio. Río para mis adentros y alzo la vista. ¡Corre, Charlie, corre!

DeSanctis y Gallo inician la persecución. Me vuelvo para compartir la buena nueva con Gillian. Pero cuando lo hago piso una lamparilla de Navidad que hay junto a la carroza. Se produce un sonido agudo y me quedo paralizado. Mierda.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Gallo.

Me agacho y busco a Gillian en el pasillo. Pero no está allí.

—¿Vienes? —pregunta DeSanctis.

—Me reuniré contigo en un momento —dice Gallo mientras se vuelve hacia las carrozas—. Quiero comprobar algo.

77

Decidió esperar a que la pequeña dejara de llorar. Escondido en el porche de madera del Pecos Bill Café, no tenía ningún sentido llamar la atención. Y, mientras la pequeña siguiera chillando al otro lado de la calle —y mientras ella y su madre continuaran bloqueando la puerta giratoria detrás de la cual acababan de agacharse Gallo y DeSanctis— no pensaba ir a ninguna parte. Naturalmente había una razón muy poderosa para tomarse las cosas con calma. Desde ahora no tenía ningún sentido apresurarse. Oliver y Charlie… Gallo y DeSanctis… les había encontrado antes, podía volver a hacerlo. La última vez todo lo que tuvo que hacer fue esperar a la vuelta de la esquina del DACS. Sabía que aparecerían corriendo por ese lugar. Exactamente como le había dicho Gillian.

Sonrió al pensar en ello. Gillian. ¿De dónde habría sacado ese nombre? Se encogió de hombros restándole importancia a la respuesta. Siempre que consiguieran el dinero, podía llamarse como quisiera.

Con los ojos fijos en la multitud que se movía lentamente vigilaba atentamente cada mirada perdida y cada expresión extraña. No le gustaba estar solo en Disney World. Si fuese más joven, tal vez, pero a esta edad —sin niños que le acompañasen — era una forma segura de destacar en medio de la multitud. Finalmente, se apartó del porche, metió una mano en el bolsillo y comenzó a cruzar tranquilamente la calle como un padre que regresa a reunirse con su familia. Delante de la valla, la niña ya había dejado de llorar. Y la multitud había dejado de mirar.

—Lo siento… ¿le estamos interrumpiendo el paso? —preguntó la madre de la pequeña, arrodillándose y limpiando la nariz de su hija.

—En absoluto —dijo el hombre con un gesto amistoso. Pasó junto a ellas, abrió la valla y entró. Cuando se cerró, no volvió la vista atrás.

78

Me lanzo debajo de la carroza de la Cenicienta y la puerta del armario se cierra con un ruido seco. A lo lejos puedo oír los movimientos de Gallo. Sus zapatos suenan como si estuviese triturando cristal sobre el pavimento, luego golpean como un dinosaurio contra el suelo del enorme almacén. Avanza y examina el lugar lentamente. Sólo espera recibir un leve indicio de mi reacción.

Pero no le doy esa oportunidad.

—Sé que estás aquí —grita Gallo y su voz reverbera entre los pasillos. Gracias a la extraordinaria altura a la que se encuentra el cielorraso, es como gritar en un cañón —. ¿A quién tengo de compañía? —pregunta, sin dejar de mirar en mi dirección—. ¿Oliver… o Charlie?

A través del almacén, a tres o cuatro pasillos de distancia entre las carrozas, se oye otro chasquido y ruido de pasos. Gillian se está moviendo.

—¿De modo que hay dos de vosotros aquí? —pregunta Gallo—. ¿Realmente soy un tío tan afortunado?

Obviamente, ninguno de los dos le contesta.

—De acuerdo, seguiré el juego —dice, avanzando en mi dirección—. Si sois dos de vosotros… y otro está solo en la otra habitación, bueno… sé que no tengo a Oliver y Charlie. Ella nunca dejaría que eso pasara. Y, para colmo, vi quién era el tío que estaba en el patio trasero de Duckworth…

Doy un pequeño paso hacia atrás. Juro que oigo sonreír a Gallo.

—¿Qué me dices, Oliver? ¿Gillian y tú ya habéis pasado un buen rato?

El almacén está sumido en un profundo silencio. Gallo da otro paso hacia mí.

—Ese es el problema con los tríos —advierte Gallo—. Siempre son dos contra uno. ¿No es verdad, Gillian?

Agachado detrás de la carroza de la Cenicienta retrocedo como un cangrejo entre la fila de carrozas. Oigo que Gillian se mueve un poco más adelante. Gallo salta hacia mi pasillo. Pero todo lo que alcanza a ver son dos filas vacías de carrozas de desfile abandonadas.

Oculto detrás de una carroza con forma de barco pirata consigo escabullirme al siguiente pasillo. Estoy inclinado tan cerca del barco que el cañón de mi arma roza contra las puntas de las bombillas de Navidad. Asomo la cabeza por encima del casco y miro a través de la proa. Gallo aún se encuentra en el pasillo que acabo de dejar.

—Venga, Oliver, no seas terco —me advierte—. Hasta yo debo reconocer que ya ha pasado la hora de irse a la cama. Para los polis de Orlando puede ser una excursión inspeccionar la propiedad de Disney, pero incluso aquí, incluso en el solar trasero del parque, no les llevará tanto tiempo. El reloj está en marcha, hijo… pronto darán con nosotros.

Mientras recorre lentamente el pasillo entre las filas de carrozas, en la voz de Gallo se produce un cambio notable. Más baja. Casi ansiosa.

—Sé que tú eres el inteligente, Oliver. Si no lo fueses nunca hubieras llegado tan lejos. —Hace una pausa, esperando que sus cumplidos consigan ablandarme—. No lo olvides: se necesitó a Bruto para matar a César. Es posible que hayas estado unos pasos por delante de nosotros, pero siempre estuvimos cerca. Muy cerca. Como si estuviésemos en la misma habitación. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, hijo? Es hora de tomar algunas decisiones difíciles, y si eres lo bastante inteligente, la primera será preguntarte: ¿Cuánto confías en Gillian?

—¡No le escuches, Oliver! —la voz de Gillian resuena a través de la enorme nave —. Sólo trata de confundirte. —Miro a mi izquierda, esperando rastrear el sonido, pero la acústica hace imposible que pueda localizarlo.

—Te dije que sería muy duro —añade Gallo, sonando como si se estuviese alejando hacia el extremo del pasillo—. Pero sólo tienes que usar tu cerebro. Estabais en los túneles debajo de Disney World. ¿Cómo piensas que os encontramos?

Sus pasos están cerca pero se dirige en la dirección equivocada. Me agacho debajo de la proa del barco pirata y me quedo en silencio.

—¿Nunca te has preguntado por qué no pudiste encontrar a ningún familiar de Martin Duckworth cuando trabajabas en el banco? —pregunta Gallo—. Porque no tenía ninguno, Oliver. Duckworth nunca se casó. No tenía hijos. Nada. Si los hubiese tenido, jamás hubiéramos utilizado su nombre. Ésa fue la razón fundamental para crear y mantener su nombre en la cuenta. Si algo salía mal nadie se quejaría.

—¡Está mintiendo! —grita Gillian.

—Me parece que se está enfadando, ¿verdad? —pregunta Gallo—. No la culpo tampoco a ella. Vi lo que hizo en la vieja casa de Duckworth, desde las fotografías hasta las sábanas… Se merece un sobresaliente por el trabajo que se tomó… Ellos consiguieron solucionarlo bastante rápido.

«¿Ellos?»

—Personalmente, creo que las pinturas fueron el detalle más bonito. Apuesto a que estaban destinadas a ganarse la amistad de Charlie. ¿Tengo razón, Gillian, o sólo era parte de la puesta en escena?

Por primera vez, Gillian no contesta. Trato de convencerme de que es porque no quiere revelar su posición, pero como comienzo a comprender, toda mentira tiene su precio. Especialmente las que nos decimos a nosotros mismos.

—Es hora de tomar una decisión —dice Gallo y su voz parece proceder de todas partes al mismo tiempo—. Ya no puedes hacerlo solo, Oliver. —Como antes, Gallo deja que el silencio del enorme almacén me taladre el cerebro—. Es hora de largarse de aquí, hijo. Ahora bien, ¿en quién de los dos quieres confiar?

79

Lo primero que vio DeSanctis fueron las cabezas. Cuando entró había dos: la de Goofy y la del Sombrerero Loco. Ninguna estaba unida al torso; eran solamente dos coloridas cabezas de disfraz que yacían inertes sobre el brillante suelo de linóleo blanco. Por la pequeña mesa plegable que estaba volcada, DeSanctis supo de dónde se habían caído. Eso era sencillo. La parte complicada era ver adonde conducía. Salió del pequeño cuarto y se encontró en un pasillo que corría perpendicular a él. Sostuvo el arma con ambas manos. A su derecha, hacia la parte trasera, había un carrito para la ropa. Justo delante había otra habitación que olía a blanqueador. A su izquierda estaba la puerta principal del edificio, el punto de salida más fácil.

DeSanctis se dirigió hacia la puerta pero, cuando intentó abrirla, descubrió que estaba cerrada con llave. Examinó rápidamente el lugar en busca de ventanas o de otras puertas. Nada que permitiera el acceso al exterior. Dondequiera que estuviese Charlie, aún estaba ahí. Escondido. DeSanctis se volvió, alzó el arma e inspeccionó el largo pasillo blanco. En las paredes se veían unas pocas taquillas de gimnasio pintadas de amarillo, la mesa volcada un poco más adelante y el mismo carrito de la ropa en la parte trasera. A través de las paredes podía oír los gritos amortiguados de Gallo dirigidos a Oliver. A su izquierda, junto a la mesa plegable, estaba la habitación que olía a blanqueador. A su derecha, pasando el cuarto de mantenimiento, había otra habitación que se le había pasado por alto. Eran las únicas posibilidades. Una habitación a su derecha; otra a su izquierda.

Como había aprendido durante su formación, cuando hay que elegir entre dos, la mayor parte de la población opta por su derecha. Por supuesto, eso había hecho Charlie. DeSanctis empezó por la izquierda, donde la puerta que daba a la habitación que olía a blanqueador estaba ligeramente entreabierta. Con mucho cuidado utilizó la punta del zapato para abrirla un poco más, sólo lo suficiente para atisbar a través de la abertura entre los goznes. Inclinó la cabeza para comprobarlo otra vez. Allí no había nadie.

Abrió la puerta un poco más y entró en la habitación con mucha cautela, el dedo rozaba el gatillo de la pistola. Apoyó la espalda en la jamba de la puerta para deslizarse en el interior de la habitación junto a la pared. Una vez dentro apuntó el arma a los únicos objetos que había en ese lugar: una lavadora y una secadora industriales que ocupaban la mayor parte de la pared posterior. Las máquinas eran las más grandes que DeSanctis había visto nunca. Lo bastante grandes como para que alguien pudiese ocultarse en su interior.

Con el arma extendida delante de él, se acercó lentamente hacia la puerta de metal cerrada de la lavadora. Por encima del hombro seguía oyendo a Gallo que le gritaba a Oliver en el almacén. Sin escuchar las voces, preparó el arma y extendió la mano

hacia la manija de la puerta de la lavadora. Se inclinó sin hacer un solo ruido. El olor al blanqueador llenaba el aire. Justo cuando las puntas de los dedos se cerraron alrededor de la manija, la máquina cobró vida con un agudo chirrido motorizado, iniciando el siguiente ciclo de lavado. DeSanctis reculó sobresaltado, pero cuando la máquina pasó de «Lavado» a «Centrifugado» abrió la puerta. Una pila de ropa de todos los colores cayó pesadamente al suelo con un ruido húmedo. Leotardos verdes… pantalones de Santa Claus de un rojo brillante… faldas rojas, blancas y azules. Sólo disfraces.

Apartando el montón de ropa de un puntapié, cerró la puerta de la lavadora y fue hacia la secadora. Nuevamente, preparó el arma. Nuevamente, abrió la puerta de la enorme máquina. Y, nuevamente, encontró solamente una pila de disfraces de brillantes colores. Sin decir nada, cogió un puñado de ropa y lo arrojó al suelo.

Al regresar al pasillo estaba a punto de entrar en la otra habitación cuando se dio cuenta de que había algo que estaba fuera de lugar. En el pasillo, más adelante. Contra la pared. El carrito de la ropa que antes estaba en el centro del pasillo… ahora estaba a la derecha. Algo lo había movido. O alguien lo había movido.

DeSanctis sonrió y avanzó pegado a la pared. «Eso no ha sido muy listo por tu parte, Charlie… no ha sido nada listo», pensó mientras apuntaba al carrito con su pistola. Pero cuando finalmente llegó hasta él —cuando estiró el cuello para echar un vistazo en su interior— descubrió que estaba vacío. Sin embargo, los carritos no se mueven solos. DeSanctis miró hacia el pasillo. Al final del mismo, un biombo alto y plegable de madera bloqueaba el acceso a las habitaciones que había en la parte trasera. DeSanctis apartó con violencia el carrito de la ropa y se dirigió resueltamente hacia el biombo.

Diez pasos después, pasó junto al biombo y se detuvo. En una habitación que parecía una versión más pequeña del almacén que había dejado atrás había filas y más filas de colgadores con ruedas. Delante de él colgaba un vestido a topos rojos y blancos con una etiqueta que decía «Minnie». En otro colgador, en una percha con la etiqueta de «Donald», el traje azul y la cola blanca y velluda del Pato Donald pendían en el aire. Delante del traje, la cabeza de Donald colgaba invertida en un colgador especial. Otra cabeza de Donald se apoyaba en la parte superior del colgador, y una tercera estaba apoyada de costado en el suelo. En toda la habitación, las cabezas eran el único detalle que DeSanctis no podía obviar: de Minnie; de Pluto; de Goofy; de los siete Enanitos, las cabezas vacías parecían observarle con sus miradas sin vida.

Haciendo un esfuerzo por ignorarlas, DeSanctis inspeccionó rápidamente los pasillos entre los colgadores. Los disfraces colgaban hasta el suelo e impedían una visión clara del lugar. Si quería atrapar a Charlie tendría que obligarle a salir. Avanzando metódicamente, DeSanctis se deslizó entre dos disfraces de mariposa y entró en el primer pasillo entre los colgadores. Con cada paso, un caleidoscopio de

disfraces de colores rozaba sus hombros, pero DeSanctis no parecía advertirlo. Sus ojos estaban fijos en el suelo, buscando los zapatos de Charlie. Cada pocos pasos apoyaba la pistola en el costado de un disfraz que parecía demasiado voluminoso pero, aparte de eso, nada aminoraba su paso… es decir, hasta que llegó al extremo del pasillo y vio el familiar esmoquin negro con los pantalones cortos rojo brillante. Dos guantes blancos, especialmente cosidos con cuatro dedos, estaban unidos a la manga. Levantando la cabeza, DeSanctis recorrió el disfraz hasta la parte superior del colgador, que sostenía la cabeza del ratón más famoso del mundo. Con un movimiento instintivo, DeSanctis golpeó ligeramente con los nudillos la cara sonriente de Mickey.

—No podías evitarlo, ¿verdad? —preguntó una voz a sus espaldas.

DeSanctis se volvió rápidamente pero, cuando vio a Charlie, ya era demasiado tarde. Empuñando una escoba industrial como si fuese el garrote de un cavernícola, Charlie lanzó el golpe. Exactamente en el momento en que DeSanctis se volvía, el palo de la escoba surcaba el aire. Al chocar contra la cabeza de DeSanctis produjo un ruido seco y desagradable.

—Eso es por haberte metido con mi madre, cabrón —dijo Charlie, levantando la escoba para volver a golpearlo—. Y esto es por mi hermano…

80

Con un ruido mecánico, el molinete giró velozmente cuando Joey atravesó a la carrera la entrada principal al Reino Mágico. A esta hora del día, las colas eran más cortas de lo habitual pero aún había muchos turistas en el parque.

—¿Y? —preguntó Noreen a través del auricular.

—Es como buscar una aguja en un pajar —dijo Joey mientras se unía no sin esfuerzo a la multitud que recorría lentamente las calles del parque. Rodeada a un lado por un grupo de chicos de instituto que hablaban a gritos y al otro por unos gemelos que no paraban de llorar, Joey se abrió camino a través de esa demencia, corrió por debajo del paso elevado que albergaba la estación de ferrocarril, y se encontró de cara con el árbol de Navidad de veinte metros de alto y los coloridos escaparates de las tiendas de Main Street—. ¿Estás segura de que es aquí? —le preguntó a Noreen.

—En este momento estoy mirando su plano *online* —contestó Noreen—. Debería estar directamente a tu izq…

—Ya lo tengo —dijo Joey, giró a la izquierda y corrió en dirección contraria a la multitud que se dirigía a las salidas. Delante de ella, junto a la estación de bomberos rojo brillante, se encontraba la entrada principal del Ayuntamiento. Joey echó un rápido vistazo a su alrededor, se detuvo de golpe, se quitó el auricular de la oreja y compuso la mejor expresión de pánico—. Oh, no… —comenzó a decir en voz queda —. Por favor, no me digas que… ¡Socorro! —gritó—. ¡Por favor, que alguien me ayude! —Pocos segundos más tarde oyó ruido de pasos apresurados desde el interior del Ayuntamiento, que no sólo era la sede de Relaciones con los Visitantes, sino que daba la casualidad de que se trataba de uno de los lugares más cercanos patrullados por la Seguridad de Walt Disney World—. ¿Por qué ir a ellos —le preguntó Joey a Noreen—, cuando ellos pueden venir a ti?

Joey contó para sí. Tres… dos… uno…

—¿Qué ocurre, señora? ¿Qué le ha pasado? —preguntó rápidamente un guardia alto con un corte militar y una placa plateada.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a su vez un hombre negro con una camisa azul.

—¡Mi billetero! —gritó Joey a los dos hombres—. ¡Abrí el bolso y mi billetero había desaparecido! ¡Tenía todo el dinero… mi pase de tres días…!

—No se preocupe… no pasa nada —dijo el guardia alto, apoyando la mano en su muñeca.

—¿Recuerda cuándo lo vio por última vez? —preguntó el hombre negro.

Mientras los dos guardias trataban de calmarla, Joey pudo comprobar la forma en que ambos miraban a la multitud de palurdos que observaban la escena. Estaba claro

que el espectáculo debía continuar.

—Está bien, amigos —anunció el guardia alto a los curiosos—. Sólo ha perdido el billetero.

Cuando los curiosos continuaron su camino, los guardias rodearon a Joey y la acompañaron hasta un banco de madera cercano.

—¿Se le puede haber caído en alguna de las atracciones? —preguntó el guardia negro.

—¿O tal vez en uno de los restaurantes? —añadió el otro.

—¿Está segura de que no lo tiene en el bolso? —preguntó el primero, señalando el billetero que sobresalía del bolso de Joey.

Joey se detuvo en seco y miró el bolso.

—Dios mío —dijo, echándose a reír—. Me siento tan avergonzada… hubiese jurado que no estaba allí cuando yo…

—No se preocupe —dijo el guardia alto—. A mí me pasa lo mismo con las llaves.

Joey se levantó del banco, agradeció la ayuda de los dos guardias de seguridad y volvió a disculparse.

—Realmente lo siento, la próxima vez me aseguraré de… mirar mejor en mi bolso.

—Que pase una buena noche, señora —dijo el guardia alto.

Joey retrocedió nuevamente hacia la multitud y esperó a que los guardias desaparecieran. Una vez que los hubo perdido de vista, se volvió rápidamente, se colocó nuevamente el auricular y se dirigió resueltamente hacia Main Street.

—¿Y bien? —preguntó Noreen.

—Es lo que siempre te digo… —comenzó Joey. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una radio negra de la policía con la palabra «Seguridad» en ella—. Cuando salgas de vacaciones debes tener cuidado con los carteristas.

Subió el volumen y se llevó el aparato a la oreja. Sólo tenía que escuchar.

81

—Podemos salir de aquí, Oliver. Lo único que debes hacer es tener un poco de fe —dice Gallo. Su voz chillona llega desde la esquina trasera del almacén silencioso.

Agachado detrás de la proa del barco pirata, cierro los ojos y repaso los acontecimientos de los últimos días: desde el momento en que conocimos a Gillian… hasta nuestra noche de submarinismo… hasta todo lo sucedido en medio.

—Es la verdad —grita Gallo—. Aunque tengas miedo de creerlo.

Una vez más, espero que Gillian rebata su argumento. Una vez más, ella no está en ninguna parte.

—Venga, Oliver, ¿realmente estás tan sorprendido? Tú sabes muy bien lo que está en juego aquí… tú encontraste el gusano. —Por la forma en que sus zapatos se arrastran sobre el cemento, parece que Gallo está recorriendo uno de los pasillos de la parte de atrás—. Es asombroso, ¿no crees? Todo a partir de un pequeño trozo de código informático. Lo cortas por la mitad y sigue creciendo. —Gallo se echa a reír —. Cuando piensas en ello, ese programa es el auténtico hijo de Duckworth.

Dondequiera que esté, Gillian permanece en silencio.

—¿Qué significa ese silencio, Oliver? ¿Te sientes herido en tus sentimientos? ¿Nunca has tenido un cuchillo en la espalda? Por favor, hijo —conozco a tus jefes en el banco—, te pagan para que te lo quites de la espalda todos los días. ¿Y qué pasa con todos esos clientes ricos que fingen apreciarte? Deberías ser un verdadero experto en embusteros. Sólo por eso, la patraña de Gillian debería haber fracasado. Tendrías que haberte dado cuenta de que todos sus antecedentes parecían dudosos, ¿o acaso nunca te molestaste en averiguar de dónde había sacado ese acento de Nueva York? Además, sólo hace dos días que conoces a esa chica; ¿tan trastornado estabas para…?

Gallo se interrumpe. Y, nuevamente, deja escapar una risa profunda y gutural.

—Oh, Oliver…

Cierro los ojos pero la imagen no desaparece.

—… realmente pensaste que le gustabas, ¿no es así? —pregunta Gallo.

Me deslizo hacia el suelo, raspándome la espalda contra el casco del barco.

En una esquina, Gallo se detiene y vuelve sobre sus pasos. Sabe que estoy ahí. Como el mejor de los depredadores, es capaz de oler la desesperación.

Pocos segundos después se dirige hacia mi escondite.

—¿Cómo hizo Gillian para que mordieras el anzuelo? —pregunta, disfrazando de la pregunta—. ¿Fue sólo esa historia de mierda que te contó, o acaso algo más físico?

Por el sonido de sus pisadas, Gallo parece haber regresado a la parte delantera de los pasillos que separan las carrozas.

—Deja que lo adivine: ella te vendió todo ese rollo de la pobre huerfanita y, como

postre, añadió la-posibilidad-de-tener-una-cita-con-la-chica-guapa-a-quien-no-te-atreviste-a-invitar-al-baile-de-promoción. Súmale a eso la emocionante huida y, de pronto, sentiste que toda tu miserable vida estaba cambiando. ¿Cómo lo estoy haciendo, Oliver? ¿Empieza a sonarte familiar?

Trato de averiguar el origen de su voz, aunque sin despegar el culo del suelo. Ahora está a un pasillo de distancia. Debería echar a correr. Pero no lo hago.

—¿Y qué me dices de su edad? —añade Gallo—. ¿Qué fue lo que te dijo? Espera… deja que lo adivine… ¿Veintiséis? ¿Veintisiete? —Hace una pausa sólo para disfrutar del momento—. Tiene treinta y cuatro años, Oliver. ¿Eso te rompe el corazón o sólo te hace sentir un poco más gilipollas?

Me incorporo lentamente conociendo perfectamente la respuesta. No estoy seguro de dónde se encuentra Gallo. Y ni siquiera estoy seguro de que eso me importe.

—Y no olvidemos el nombre: Gillian… Gillian Duckworth, realmente bueno si tenemos en cuenta el poco tiempo que tuvieron para preparar el montaje. Por supuesto, si ella utilizaba Sherry, nadie hubiese notado la diferencia.

«¿Sherry?»

En la parte delantera del pasillo, dos zapatos negros baratos giran en la esquina y se detienen. Miro hacia el final de la fila de carrozas. Gallo mira directamente hacia mí. Tiene el arma levantada; la mía cuelga junto a mi pierna. Con su típica sonrisa en la cara de rata, Gallo sacude la cabeza en una última muestra de burla machista. Pero en ningún momento pierde de vista mi expresión.

—Realmente nunca tuviste la menor sospecha, ¿verdad, Oliver?

No contesto.

—Durante todo este tiempo pensabas que estabas volando en primera clase y entonces la azafata te abofetea para despertarte y te dice que estás atado a un kamikaze…

Mientras estudia mi reacción, yo miro el suelo. Está cubierto de polvo. Igual que la mesa auxiliar de Gillian. Charlie me lo había dicho.

—Para serte sincero, nunca pensé que pudieran conseguirlo —añade Gallo—. Pero si nunca la habías visto antes, supongo que era imposible que supieras que era su esposa.

Alzo rápidamente la cabeza.

—¿Era la esposa de quién? —pregunto, finalmente, rompiendo mi silencio.

Gallo sonríe ante la pregunta.

—Venga, Oliver, utiliza tu cerebro aunque sea una vez. ¿Cómo crees que conseguimos que el programa de Duckworth pasara los controles de Seg…?

Detrás de Gallo se produce una explosión ensordecedora. Antes de que yo siquiera pueda parpadear, su pecho estalla, esparciendo finas salpicaduras de sangre entre las carrozas. Estoy a unos cinco metros cuando las últimas gotas de sangre me

salpican el rostro y la camisa.

Miro a Gallo y sus ojos están abiertos como platos. Su cuerpo se estremece levemente y luego cae hacia adelante. Golpea el suelo con un ruido desagradable, pero mis ojos siguen fijos en el pasillo, justo detrás de Gallo. Gillian me mira fijamente y su arma sigue apuntada en mi dirección. Ignoro dónde la ha conseguido, pero mientras la sujeta con ambas manos una delgada columna de humo sale del cañón.

Baja el arma y contempla el orificio húmedo que acaba de abrir en la espalda de Gallo.

—¡¿Qué es…?! ¡¿Qué demonios estás haciendo?! —grito.

Pero ella sigue concentrada en Gallo… siguiendo el camino de la bala.

—Gilli… Sherry… comoquiera que te llames… ¡Estoy hablando contigo!

—Ten cuidado —dice ella, señalando el cuerpo sin vida de Gallo—. No pises la sangre.

La miro como si se hubiese vuelto loca.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué diablos te pasa?

Ella señala la puerta que lleva al exterior.

—Vamos, Oliver, debemos salir de aquí…

—¡No te muevas! —grito, dando mi primer paso hacia ella—. ¿Acaso no has oído lo que ha dicho Gallo? Se acabó, Gillian. ¡Basta de mierda!

Ahora es ella quien me mira como si yo me hubiese vuelto loco.

—Espera un momento… —comienza a decir—. No creerás que… No me digas que realmente has creído lo que te estaba diciendo. Estaba mintiendo, Oliver.

No. Basta de juegos mentales.

—Dime quién eres —le exijo mientras me acerco a ella.

—Oliver…

—¡Dime quién coño eres!

Ella tiene la suficiente presencia de ánimo como para lanzar una risa inocente.

—Acaso no comprendes lo que pretendía… Sólo quería enfrentarnos, para así poder…

—¿Realmente te parezco un tío tan crédulo?

—Oliver, no se trata de ser crédulo o no. Fíjate a quien estabas escuchando, ¡al hombre que quería matarnos!

Cuando avanzo por el pasillo, sus palabras rebotan en mí. En el instante en que pronunció mi verdadero nombre yo debería haber salido disparando en la dirección contraria. Cometí ese error una vez. Otra vez no.

—Tu nombre no es Gillian. No eres la hija de Duckworth. Y es obvio que te importa una mierda lo que pueda pasarme. ¡Ahora dime quién eres!

Estamos frente a frente y ella intenta tocarme el brazo. La aparto con mi arma.

Permanece donde está.

En ese momento su expresión cambia por completo. La sonrisa sedante… los inocentes ojos azules… se desvanecen y desaparecen. Veo una profunda arruga a lo largo de la frente. Sacude la cabeza como si yo hubiese cometido un error.

—Lamento que pienses así, Oliver. Sólo recuerda que tú lo has elegido…

Levanta la pistola y me apunta directamente al pecho.

—Dame esas cintas —me dice con voz helada.

No le contesto y alzo mi pistola y le apunto al corazón.

Ella mira el arma y luego comprueba algo en mis ojos. Me mantengo imperturbable. Sonríe y deja escapar una risa chillona y penetrante que me atraviesa como si fuese una navaja.

—Por favor, Oliver, ni siquiera en tu peor día puedes ser quien no eres.

Permanezco inmóvil con el dedo tenso en el gatillo.

—¿Aún no has aprendido la lección? —pregunta—. ¿O siempre serás Oliver… el chico al que más he querido?

Mi mandíbula se descentra ligeramente, pero mi pistola no se mueve un milímetro.

—Sé que han herido tus sentimientos, pero si te hace sentir un poco mejor, no todo fue una actuación —añade, representando súbitamente el papel de la mujer amable. Cuando mueve la cadera, todo lo que sabía de ella se evapora. La muchacha descalza… el espíritu libre y temerario… hace tiempo que han desaparecido. Sus hombros ya no parecen colgar al costado de su cuerpo; ahora están erguidos y rectos, casi armados de púas. No comprendo cómo no lo vi antes. Pero como todo lo demás en mi vida, sólo veía lo que quería ver—. Realmente lo he pasado bien contigo —dice, tratando de recuperar el tono de sinceridad.

—¿De verdad? ¿Qué parte te resultó más divertida, mentirme a la cara o traicionar mi confianza? De hecho, sigo olvidándome… Eres una mujer tan fuerte, tan realista, que deben gustarte los momentos simples… como clavarme un cuchillo en la espalda.

—Desahógate cuanto quieras, Oliver. Todo lo que dije era verdad. Aún puedes largarte de aquí, pero no con las cintas… y ciertamente no con nuestro dinero. De modo que, por qué no vuelves a la realidad y apartas esa pistola. Ambos sabemos quién es el temerario de tu familia, y sólo porque quieras interpretar ese papel no significa que vayas a hacerlo.

Igual que sucedió aquella noche en la embarcación de pesca, ella espera tocar mis puntos débiles. Lamentablemente para ella, eso hace que me concentre aún más en Charlie. El está a pocos metros de aquí, solo contra DeSanctis. Y lo único que me impide acudir en su ayuda es Gillian.

Quito el seguro del arma.

—Apártate de mi camino.

—Por qué no empezamos con las cintas…

—He dicho que te apartes de mi camino.

—No hasta que haya…

—Mi hermano está allí, Gillian. No volveré a pedírtelo.

El arma apunta directamente a su pecho. Mi dedo se tensa sobre el gatillo. Pensé que me temblaría la mano. Pero no es así.

—Ya está bien de representar el papel del malo de la película, Oliver. Quiero decir, ¿realmente crees que tienes pelotas para dispararme?

Es una pregunta sencilla. Es mi hermano.

—Realmente no me conoces, ¿verdad? —le pregunto. Sin esperar su respuesta, bajo el brazo, apunto el arma a su rodilla y aprieto el gatillo.

La pistola dispara con un resplandor luminoso y un zumbido agudo. Pero, en lugar de gritar de dolor o caer al suelo, Gillian sigue en el mismo lugar con una sonrisa burlona en los labios. Desconcertado, miro la pistola, que está a pocos centímetros de su rodilla. Vuelvo a apretar el gatillo. El arma dispara con un violento estampido; y nuevamente Gillian permanece ilesa delante de mí. No lo entiendo.

—¿Nunca has oído hablar de las balas de fogueo? —se regodea Gillian—. Suenan y huelen como las balas auténticas, pero cuando te llevas la pistola a la cabeza, lo peor que puede pasarte es que te chamusques las patillas.

¿Balas de fogueo? Mis ojos diseccionan el arma y luego vuelven a posarse en la sonrisa burlona de Gillian.

—Sinceramente, me asombra que te haya llevado tanto tiempo —añade.

No tiene ningún sentido. Todo este tiempo… El arma ni siquiera es nuestra, la conseguimos de Gallo en Nueva York, justo después de que él le disparase a…

Dios mío.

A mi izquierda, una flamante sombra se desliza por la puerta abierta del almacén. Cuando Gallo dijo que contaba con ayuda, siempre imaginé que se trataba de Lapidus o de Quincy. Pero nunca que fuese él. Me vuelvo cuando entra. Sólo verle es como un cuchillo de carnicero en mi estómago.

—¿Qué pasa, tío? —pregunta Shep con su sonrisa de boxeador—. Parece que hayas visto a un fantasma.

82

—Todo en orden en el Pecos Bill —dice una voz con inconfundible acento sureño a través de la radio de Joey mientras se abre paso a través de la multitud que se dirige a la Frontera.

—Lo mismo en Country Bear —dice otra voz. Oculta entre la gente que llena las calles, Joey observó a dos hombres jóvenes, con camisas azules, que abandonaban el porche del Pecos Bill Café. Otros dos aparecieron desde el Country Bear Jamboree. Su forma de caminar era exactamente la misma: resuelta y poderosa, pero nunca demasiado rápida. La velocidad justa para no llamar la atención. Todo era parte del entrenamiento, confirmó Joey. Jamás asustar a los visitantes del parqué. "Con el rabillo del ojo vio a un hombre y a una mujer que se movían entre la multitud. No llevaban camisas iguales, pero Joey los descubrió por la forma de caminar: más miembros de la seguridad del parque. Pocos segundos más tarde, los tres grupos se separaron en direcciones opuestas, comprobando los restaurantes, tiendas y atracciones de los alrededores.

—Nosotros nos encargaremos de Piratas —dijo una voz femenina a través de la radio cuando la pareja de guardias giraban en la esquina en dirección a Piratas del Caribe.

En el centro de la multitud, Joey decidió no continuar. Charlie y Oliver eran mucho más inteligentes que eso. Una cosa era perderte en medio del gentío; otra muy distinta es meterte deliberadamente en un posible callejón sin salida, como un restaurante o una atracción cercanos. Moviendo la cabeza de derecha a izquierda, Joey examinó cuidadosamente el resto de la zona. Tiendas de souvenirs… quioscos que impulsaban igualmente a la compra… y una corriente interminable de turistas bulliciosos. El único momento tranquilo en ese huracán parecía estar más adelante, donde una puerta giratoria de madera bloqueaba parte de la calle. Joey no podía quitar la vista de ella. Los polis de Disney estaban preocupados por la protección de los visitantes de pago, pero si Charlie y Oliver aún estaban huyendo, no podían permitirse el lujo de dejarse ver, necesitarían un lugar tranquilo y apartado. Joey echó otro vistazo a la puerta giratoria. Justo detrás se veía un rótulo con las palabras «Solamente miembros del reparto».

—Tranquilo y apartado —susurró.

—¿Has encontrado alguna cosa? —preguntó Noreen a través del auricular.

—Tal vez —dijo Joey, encaminándose hacia la puerta giratoria y dejando detrás a los polis de Disney—. Te lo diré dentro de un minuto…

83

—¿Qué…? ¿Cómo estás…? —Mi boca cuelga hasta el suelo mientras contemplo a un hombre muerto—. ¿Qué diablos pasa aquí?

Shep se acerca a nosotros mientras me apunta con su arma, pero parece mucho más preocupado por Gallo, quien tiene un orificio negro en mitad de la espalda. Shep dirige una de sus miradas de reproche a Gillian. Ella se encoge de hombros como si no hubiese tenido otra alternativa.

En el suelo de cemento del almacén, el cuerpo de Gallo yace boca abajo sobre un charco de sangre que crece lentamente. La misma posición que tenía el cuerpo de Shep la última vez que le vi.

—¿Te parece familiar? —pregunta Shep, leyéndome el pensamiento.

Todavía conmocionado por la impresión, no puedo apartar la vista de él. Los antebrazos como salchichas. La nariz mellada. Es casi como si no fuese él. Pero lo es.

—Venga, Oliver… di algo —bromea.

Mi puño se cierra alrededor del arma. Si Gallo le disparó con cartuchos de fogueo… Shep sabía lo que iba a pasar… Gallo estaba trabajando con él. Así fue como consiguieron meter el gusano de Duckworth en el banco.

—¿Tú eras su hombre dentro del banco?

—¿Lo ves? Por eso te pagan toda esa pasta.

Mi rostro se enrojece y la realidad se asienta lentamente como un bloque de hielo que se derrite en mi nuca.

—De modo que todo este tiempo… ¿Cómo pudiste…? ¿Estabas vigilándonos durante todo…?

—Oliver, éste no es el lugar apropiado para eso.

—¿O sea que estabas ahí desde el principio? ¿Sabías que intentarías acabar con nosotros? ¿O… o acaso ese fue el objetivo desde el principio, invitarnos a participar y luego crear unos chivos expiatorios?

—Larguémonos de aquí y luego podemos…

—Quiero una respuesta, Shep. ¿Por eso nos hiciste participar? ¿Para volarnos la cabeza?

—¿Por qué no…?

—¡Quiero una respuesta!

Shep comprende que no tengo intención de moverme y comprueba la entrada del hangar. Está despejada.

—¿Qué querías que dijera?, Oliver: «Estoy muy feliz de que hayáis descubierto nuestro secreto. Ahora cojamos estos tres millones porque hay otros trescientos millones esperando» Una vez que habíais visto el bote de miel, no tuve otra alternativa.

—Trataste de matarnos, Shep.

—Y vosotros tratasteis de robar nuestro dinero.

—Todos son pecadores —dice Gillian. Shep la fulmina con la mirada y ella retrocede. Aunque hace apenas unos minutos que les he visto juntos, no hay duda de quién lleva las riendas de la relación.

—Cuando todo se vino abajo, Oliver, ésta fue tu elección —dice Shep—. Si no hubieras estado tan obsesionado con tu fantasía de venganza de Lapidus, Gallo, DeSanctis y yo nos hubiésemos largado sin ningún problema. Además, si quieres empezar a llamar a las cosas por su nombre, vosotros fuisteis quienes tratasteis de jugármela.

—¿De qué estás…?

—Investigué ese banco en Antigua que Charlie me enseñó en la Hoja Roja. La pasta nunca estuvo allí.

—Eso fue lo único que nos salvó el cuello. Si Charlie no lo hubiera hecho, en este momento no estaríamos aquí hablando.

—No, tú no estarías aquí hablando si yo no te hubiese salvado el culo en la casa de Duckworth —interrumpe Gillian nuevamente.

—Lo hiciste sólo para cubrirte —le digo.

Una vez más, Shep la hace callar con una mirada airada.

—No estoy diciendo que te culpe, Oliver. De hecho, te respeto. Todos aprovechamos nuestras oportunidades donde las encontramos —explica, sin apartar los ojos de Gillian—. Especialmente cuando se trata de dinero.

—De modo que nunca pensaste en compartirlo con nadie, ¿verdad? —pregunto —. Ni con nosotros, ni con Gallo ni con nadie.

—Deja que te diga algo, Oliver. Es posible que Gallo consiguiera poner sus manos en la mejor idea del mundo, pero sin un banco donde llevarla a cabo, Duckworth podría haber reinventado la pólvora.

—Entonces supongo que no había ningún problema en deshacerse de todos por el camino.

—Como te dije al principio, sólo existen dos crímenes perfectos: el crimen que no se comete y el crimen durante el cual el criminal muere. Si lo consigues es una buena jugarreta. Pero si yo iba a ser el cadáver a quien culparan del crimen… bien, al mártir le corresponde el botín. La única astilla en el ojo fue cuando os dejaron escapar de aquella estación.

—¿Y eso fue lo que hizo que tramaras el gran plan? ¿Seguirnos a Florida, engañar a Gallo y meter a tu esposa en el asunto?

—Consiguió engañarte, ¿verdad?

Miro a Gillian; ella no aparta la mirada. No vacila en hacerme frente. Como siempre decía Lapidus, el negocio es el negocio. No puedo creer que no haya sido

capaz de verlo antes.

—No es el fin del mundo —dice Shep—. Aún tienes la gallina y los huevos de oro. Ahora ha llegado el momento de decidir qué hacer con ellos.

En su voz hay un tono completamente nuevo, como aquel día en que nos ofreció compartir el dinero con nosotros en el banco. Ha vuelto a su personaje de Gran Hermano Shep. Sí, no hay duda de que él nos enseñará la mejor forma de esconder el dinero… Luego, en el instante en que consiga lo que quiere, nos destrozará las rótulas. Es el mismo tono que utilizó Gallo hace apenas dos minutos. Me pongo enfermo de oírlo.

—No digas que no todavía, Oliver. Ni siquiera has escuchado mi oferta.

—¿Ah, no? Deja que lo adivine. Agitas tu arma ante mis narices y así te conviertes en la quinta persona esta semana que amenaza con matarme a menos que te diga dónde está el dinero.

—Deja que Shep acabe lo que tiene que decirte —dice Gillian, sin dejar de apuntarme—. Todos podemos conseguir lo que queremos.

—Yo ya sé lo que quiero… y no lo voy a conseguir de vosotros.

—¿De quién piensas conseguirlo entonces? —pregunta Shep—. ¿De la policía? ¿De Lapidus? ¿De tus amigos en el trabajo? Esto es mucho más grande que tú y Char… —Se interrumpe y echa un rápido vistazo a su alrededor— ¿Dónde se ha metido tu hermano? —pregunta.

No existe ninguna posibilidad de que yo le conteste.

—A pocos metros de aquí. En la otra habitación.

—Ve a buscarle —le ordena Shep.

—Ve tú a buscarle —le desafía Gillian.

—¿Has oído lo que te he dicho?

Como antes, la discusión ha terminado. Gillian mete la pistola en la parte trasera de los pantalones y se dirige al pasadizo que comunica con la otra nave.

En el instante en que abre la puerta, grito la advertencia a voz en cuello.

—¡Charlie, ella es una men…!

Shep me coge de la barbilla y me tapa la boca con la mano. Trato de liberarme pero es demasiado fuerte. Gillian me mira y sacude la cabeza.

—Eres realmente un gilipollas —dice, volviéndose y entrando en el pasadizo. Cierra la puerta en mis narices y el ruido rebota en mi pecho.

Shep sigue tapando mi boca con fuerza hasta que dejo de luchar.

—Oliver, escúchame por una vez. Si no te tranquilizas, ninguno de nosotros conseguirá salir de aquí. Tenemos que tratar con trescientos millones de pavos… También podríamos…

—¿Realmente te parezco tan imbécil? —pregunto, al tiempo que quito su mano de mi barbilla. Apoya la mano en mi hombro. No piensa dejarme ir demasiado lejos

—. ¿De verdad crees que te ayudaremos? —pregunto—. Se acabó, Shep. Estamos muy bien aquí.

—¿Eso crees? —dice—. Ni siquiera te has detenido a pensar en esto, ¿verdad Oliver? En cuanto vuelvas a poner un pie en el banco, estarás despedido. Lapidus te enterrará antes de que puedas decir «vergüenza profesional». Y cuando vayas a la policía, aun cuando logres evitar ir a la cárcel, aunque devuelvas el dinero, ¿crees que organizarán el desfile de la victoria para ti? Tu firma sigue estampada en la solicitud electrónica original. Sólo por eso tu vida está acabada. De modo que ahora no tienes trabajo, no tienes dinero y nadie volverá a confiar jamás en ti. Y lo peor de todo, para cuando hayan terminado las querellas y tus ahorros hayan desaparecido, tu madre no podrá comprarse siquiera un carrete de hilo, y mucho menos hacer frente al resto de su tarjeta de crédito y a las facturas del hospital. ¿Quién pagará ahora todo eso, Oliver? ¿Y qué me dices de Charlie? ¿Cuánto tiempo crees que podrá sobrevivir sin tu ayuda?

Mientras las palabras salen de su boca, sé que tiene razón. Pero eso no significa que vaya a meterme en la cama con una serpiente y su…

—¡Que nadie se mueva! —grita una voz femenina a nuestras espaldas.

Shep y yo nos volvemos y buscamos el origen de la voz en la puerta del almacén. Hay una mujer con un arma. La investigadora de la urbanización… la pelirroja… Joey… Está apuntando su arma directamente hacia nosotros. Primero a mí, luego a Shep.

Con una enorme sensación de alivio, doy un paso hacia ella, alejándome de Shep.

—¡He dicho que nadie se mueva! —grita y yo alzo las manos en el aire.

—Ya era hora —dice Shep, con tono tranquilo—. Me preguntaba cuándo llegaría.

—¿Perdón? —pregunta Joey.

Espero ver algún tipo de reconocimiento en su rostro. Shep está vivo y ella es lo suficientemente inteligente para completar el resto de la historia. En cambio, parece confundida.

—¿Quién diablos es usted? —pregunta.

Los brazos se me entumecen mientras apuntan hacia el cielorraso. No puedo creerlo. Ella no tiene la menor idea de quién es Shep.

—¿Yo? —pregunta Shep con una sonrisa torcida. Se rasca el antebrazo y deja escapar una risa profunda y relajada—. Soy investigador… igual que usted.

—¡Está mintiendo! —digo—. ¡Es Shep!

—No deje que la engañe, señorita Lemont…

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunta Joey.

—Se lo he dicho; he estado investigando este caso desde el principio. Llame a Henry Lapidus, él se lo explicará todo.

Cuando pronuncia el nombre de Lapidus, hay una nueva calma en su voz. Mete la

mano en el interior de la chaqueta…

—¡Ni siquiera lo piense! —le advierte Joey.

—No es un arma, señorita Lemont. —Del bolsillo de la camisa saca una cartera de cuero negro—. Aquí tiene mi identificación —dice, lanzando la cartera a los pies de Joey. Ella se agacha para recogerla, pero en ningún momento deja de apuntarnos.

—Se lo juro, Joey, su nombre es Shep Graves…

—Señorita Lemont, no le escuche…

—… fingió su muerte para que nos culpasen a nosotros!

Ella echa un vistazo a la identificación de Shep y luego cierra la cartera.

—¿De modo que trabaja con Lapidus? —pregunta Joey con escepticismo.

Shep asiente.

—¿Y él respaldará su historia?

—Totalmente —dice Shep.

No estoy seguro de si Shep se está echando un farol o si tiene un truco absolutamente nuevo oculto en la manga. En cualquier caso, Joey ha llegado demasiado lejos como para irse sin la verdad.

—Noreen, ¿estás ahí? —pregunta, hablando a través del pequeño micrófono sujeto a su blusa. Asintiendo para sí, añade—: Ponme con Henry Lapidus.

84

—¿Charlie…? ¿Charlie, dónde estás? —susurró Gillian mientras atravesaba el corto pasadizo y salía al pasillo perpendicular que conectaba con él. Apartó de un puntapié la cabeza de Goofy y estudió el pasillo, pasando luego junto a la mesa plegable volcada. En el extremo izquierdo estaba la puerta de salida. Imposible, pensó. DeSanctis no se hubiese marchado sin avisarles. Un sonido agudo, como si alguien estuviese rascando algo, le confirmó el resto. Se volvió y echó a andar en la dirección del sonido. Hacia la parte trasera del pasillo, más allá del carrito de la ropa y el biombo plegable. Conocía ese sonido. Como si alguien estuviese corriendo. O escondiéndose.

Avanzando con mucha cautela por el pasillo, Gillian se mantuvo alerta ante la posibilidad de que DeSanctis apareciera súbitamente. Él seguía enfadado por el corte que le había hecho en la cabeza, aunque no hasta el extremo de echarlo todo a perder, se dijo, mientras pasaba junto al biombo. Aun así, era mejor quedarse quieta y pensar dónde…

Gillian se detuvo allí mismo. Desde el suelo hasta los extremos de los colgadores, Minnie, Donald, Pluto, y docenas de cabezas de otros personajes la observaban, cada una de ellas con su sonrisa vacía y helada. Evitando deliberadamente sus miradas, avanzó hacia el interior de la habitación.

—Hola… —susurró nuevamente—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Y entonces comprendió por qué.

Justo delante de ella, al final del primer pasillo de colgadores, DeSanctis yacía boca abajo en el suelo, los brazos atados a la espalda con lo que parecía ser una cuerda de saltar. Gillian no podía creerlo. DeSanctis tenía la nariz cubierta de sangre y el ojo izquierdo estaba muy hinchado. No se movía. Le tocó el hombro con la punta del zapato, pero era como patear un ladrillo. Sorprendida, se agachó para mirarle mejor. ¿Acaso estaba…? No, se dio cuenta al ver que el pecho subía y bajaba. Sólo estaba inconsciente.

En ese momento se oyó otro ruido, esta vez varios metros más lejos, en otro de los pasillos de colgadores. Sobresaltada, Gillian se puso de pie de un salto. Pero al volver a oírlo, esbozó una sonrisa. Este sonido era diferente del primero. Más profundo. Más gutural. Como si alguien estuviese respirando… o jadeando. Alguien a quien le falta el aliento.

Miró a su alrededor y fijó la vista en la parte posterior de los colgadores.

—¡Charlie! —llamó—. ¡Soy yo, Gillian!

La respiración cesó.

—Charlie, ¿estás ahí?

Nadie respondió.

Cruzó al siguiente pasillo de disfraces, luego al siguiente. Excepto por los coloridos conjuntos con lentejuelas y un juego de cabezas, ambos pasillos estaban vacíos.

—Charlie, sé que has oído los disparos. ¡Oliver está herido!

Nuevamente, el silencio.

—¡Le han disparado, Charlie! El hirió a Gallo y Gallo le alcanzó en el muslo… ¡Si no conseguimos que le vea un médico…!

—Gillian, será mejor que no me estés mintiendo —le advirtió una voz a sus espaldas.

Se volvió rápidamente cuando Charlie salía del pasillo por el que ella acababa de pasar. Sostenía la escoba en la mano derecha y, aunque intentaba endurecer la expresión, era evidente que jadeaba con cada inspiración. Las carreras y las peleas, había sido demasiado para él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

Charlie la estudió cuidadosamente. Sus manos estaban vacías. No había nada fuera de lugar.

—Muéstrame dónde está Ollie —exigió Charlie. Volviéndole la espalda a Gillian, se dirigió hacia la puerta pero, antes de que pudiese dar más de dos pasos, detrás de él se oyó un click apagado.

Charlie se quedó inmóvil.

—Lo siento —dijo Gillian mientras le apuntaba con su arma—. Eso es lo que consigues por confiar en desconocidos.

Negándose a mirarla, Charlie cerró los ojos. No pensaba rendirse sin luchar. Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del palo de la escoba… y el dedo de Gillian se tensó en el gatillo. Charlie se volvió tan velozmente como pudo. Pero no fue suficiente.

85

Joey tiene el dedo en el gatillo y sus ojos fijos en mí y Shep, pero está concentrada en lo que alguien le está diciendo a través del pequeño auricular que lleva en la oreja derecha. Mis brazos siguen levantados por encima de la cabeza, pero aun así alcanzo a ver mi reloj. Pasan de las siete. Lapidus está en su coche, de camino a su granja en Connecticut. No hay ninguna posibilidad de que ella sea capaz de…

—¿Hola, señor Lapidus? —dice, hablando al micrófono—. Soy Joey… exacto, la investigadora priv… No, aún no hemos encontrado el dinero… No, lo entiendo, señor, pero tengo una pregunta rápida y esperaba que usted pudiese ayudarme. ¿Conoce a alguien llamado… —echa un vistazo a la identificación de Shep—… Kenneth Kerr?

Se produce una larga pausa mientras Joey escucha lo que le están diciendo desde el otro lado de la línea. Cuanto más se extiende la conversación, más observa a Shep. El no se mueve. Cree que lo de Joey es un farol. De modo que, mientras conserve la calma, ella no puede demostrar nada.

—No… lo comprendo —dice Joey—. Por supuesto, señor. No, sólo quería estar segura.

Saca el móvil del cinturón y se quita el auricular. Ahora tiene el arma en la mano derecha y el teléfono en la izquierda.

—Lapidus quiere hablar con usted —le dice a Shep, extendiendo el auricular y el teléfono.

Shep me mira y luego vuelve a mirar a Joey. Sin perder un segundo avanza hacia ella estudiando su reacción. Joey sonríe abiertamente, estudiando la de Shep. Yo permanezco inmóvil y me doy cuenta de que ellos están jugando en una liga diferente. Y no tengo idea de quién va ganando.

Cuanto Shep se acerca a ella, Joey busca alguna señal. Un leve parpadeo… Un movimiento de hombros… Cualquier detalle al que pueda aferrarse. Pero Shep es demasiado bueno para delatarse.

Cuando más se acerca, más alto parece. Espero que Joey retroceda. Pero no lo hace.

—Aquí tiene —dice ella, extendiendo la mano para darle el teléfono.

—Gracias —dice Shep y se dispone a cogerlo.

No hay miedo en su voz. Está absolutamente tranquilo. Están lo bastante cerca como para que puedan tocarse. Ninguno de los dos retrocede. Puedo verlo en el rostro de Joey: Shep ha superado la prueba. Pero cuando él extiende la mano para coger el teléfono —cuando las palmas de ambos se rozan— Shep abre la mano, aferra el teléfono y la mano de Joey y lanza ambos puños y el teléfono contra la cara de ésta. Todo sucede tan rápido que apenas si me doy cuenta de lo que está ocurriendo. Joey

trastabilla hacia atrás al tiempo que el teléfono choca contra el suelo. Joey trata de alzar su arma, pero Shep no le da esa oportunidad.

Lanza otro golpe y le hunde el puño en la cara y Joey, instintivamente, aprieta el gatillo. Se oye un fuerte estampido cuando el proyectil rebota en el cemento y hace un orificio en la pared de metal. Joey se derrumba, inconsciente. Su cabeza golpea en la superficie de cemento con un ruido seco. Parado encima de ella, Shep busca su pistola para acabar la faena.

—¡Apártate de ella! —grito, placando a Shep por detrás. Es como tratar de derribar a un elefante. Me lanzo contra él, pero apenas si se mueve. Shep se vuelve y me golpea con el dorso de la mano con tal violencia que estoy a punto de perder el conocimiento.

—¿Te das cuenta de lo sencillo que podría haber sido todo este asunto? —grita.

Estoy de pie, pero mientras lucho por mantener el equilibrio, él me coge por el cuello y me lanza hacia las carrozas. Cuando choco contra la carroza con forma de locomotora, hago pedazos cientos de luces de Navidad. Me vuelvo furiosamente para devolverle el golpe. Pero él bloquea fácilmente mi puño y me golpea incluso más duro.

—¡Se acabaron las oportunidades! —grita, lanzándose sobre mí—. ¡Quiero mi dinero!

Con un movimiento veloz y un gruñido de hombre de las cavernas, planta todo el puño en mi ojo izquierdo. Luego echa el brazo hacia atrás y repite el golpe. Siento un dolor lacerante en el ojo, que parece moverse solo. Ya está completamente hinchado y cerrado.

—¡Dime dónde está, Oliver! —gruñe Shep y vuelve a sacudirme—. ¿Dónde está mi jodido dinero?

Algo húmedo me corre por la mejilla. En el fondo alcanzo a oír el sonido de un arma que dispara en la otra habitación. Luego oigo que mi hermano grita. Intento mirar por encima del hombro de Shep para ver qué es lo que sucede. Pero lo único que veo es el puño de Shep que cae nuevamente sobre mi rostro.

86

Mientras Charlie trataba de completar su giro, la bala salió del arma de Gillian con un violento estampido; silbó a través del aire polvoriento. Se produjo un sonido como si estuviesen absorbiendo el aire. Un chorro de sangre brotó del omóplato de Charlie justo cuando la escoba alcanzaba a Gillian en la mano y enviaba la pistola debajo de los colgadores de metal. Charlie lanzó un grito. Una punzada de intenso dolor le recorrió el antebrazo hasta el codo.

Al sentir que se le entumecía el brazo izquierdo, asió la escoba con el puño derecho y lo apretó con fuerza para aliviar el dolor. Gillian se estiró para tratar de recuperar su arma, pero Charlie no pensaba dejar que llegase hasta allí. No después de todo lo que había pasado. Con la adrenalina corriendo por sus venas, levantó la escoba por encima de su cabeza y la bajó verticalmente hacia el suelo.

Apartándose rápidamente, Gillian cayó hacia atrás contra una de las filas de disfraces y tropezó con la barra que había debajo. Mientras trastabillaba entre los disfraces, el palo de la escoba de Charlie volvió a golpear contra el cemento. Al sentir que comenzaba a marearse trató de levantar el palo para descargar otro golpe, pero las fuerzas le abandonaron. Jadeó buscando un poco de aire. El hombro estaba muerto a un costado, latiendo con sus propias pulsaciones. Al ver la expresión de dolor en el rostro de Charlie, Gillian lanzó ambas piernas hacia adelante y derribó los disfraces. Docenas de cabezas —desde Mickey hasta Goofy y Pluto— rodaron por el suelo cuando el colgador metálico cayó entre ellas.

Antes de que Charlie tuviese tiempo de reaccionar, Gillian se puso de pie y se lanzó en medio de los disfraces. Le hizo un placaje a Charlie a la altura de la cintura y todo el aire desapareció de sus pulmones. El impulso les llevó a ambos contra un carrito de la ropa que alguien había dejado contra la pared más alejada. Gillian no quería dejar la pelea; golpeó la parte inferior de la espalda de Charlie contra el borde metálico del carrito, pero a la velocidad a la que se movían —como si fuesen un balancín— ambos pasaron por encima del borde y cayeron dentro.

En mitad del salto mortal, sin embargo, la suma del peso de ambos hizo que el carrito saliera despedido hacia adelante, provocando que Charlie cayera pesadamente al suelo. Aterrizó sobre la espalda y la cabeza golpeó con fuerza contra el cemento. Gillian cayó justo encima de él y una pila de disfraces de brillantes colores cubrió sus hombros.

Colocándose a horcajadas sobre el pecho de Charlie, Gillian juntó las puntas de los dedos como si fuesen una daga improvisada y apuntó a la herida abierta en el hombro de Charlie.

—No te desmayarás —le advirtió. Alzó el brazo para…

Desde el hangar llegó nítidamente el ruido de una detonación. Un disparo. El eco

se prolongó a través de las paredes metálicas del almacén.

Gillian, sobresaltada, se volvió en dirección del sonido. Era todo lo que Charlie necesitaba. Incorporándose lanzó un golpe corto con el puño y alcanzó a Gillian en la nuca. Cuando ella perdió el equilibrio, Charlie se volvió sobre su estómago. A un par de metros de distancia, un poco más allá de las cabezas de los personajes famosos que descansaban en el suelo, descubrió el arma debajo del colgador volcado. Arrastrándose sobre los codos trató de alcanzarla, pero Gillian seguía sobre su espalda. Sintió desde detrás un brusco cambio en el peso. Una mancha anaranjada y negra estalló delante de él. Y antes de que comprendiera lo que estaba pasando, algo velludo se enroscó alrededor de su cuello. Tirando de la cola del Tigre como si fuesen las riendas de un caballo, Gillian se inclinó hacia atrás todo lo que pudo.

Jadeando en busca de un poco de aire, Charlie se llevó las manos al cuello, tratando de introducir los dedos debajo de la cola del disfraz. Fue entonces cuando descubrió el alambre. Estaba curvado en el interior de la cola, un delgado muelle de alambre. La mayoría de las veces ese artilugio conseguía convencer a los niños de que el Tigre realmente podía brincar. Hoy, mientras Gillian lo tenía cogido entre las manos y tiraba con fuerza de él, el alambre se hundía profundamente en la garganta de Charlie.

Arqueándose hacia arriba sobre el estómago y arañando con desesperación su propio cuello, Charlie consiguió darse la vuelta, pero Gillian no tenía intención de soltar su presa. Cuanto más se retorcía, más fuerte tiraba ella y más difícil le resultaba a Charlie respirar. Ahogándose por la presión del alambre, sintió que la sangre fluía a su rostro. Apretó los dientes, intentando respirar una última bocanada de aire. Pero no había aire. A través de la garganta, el alambre comenzó a cortar la nuez de Adán.

La sangre empezó a manar de su nariz y un hilo rojo oscuro se unió al que ya tenía en el labio. Delante de él, unos puntos grises flotaban en el espacio. Pero incluso con la visión borrosa… incluso con Gillian montada en su espalda… no podía sacudirse la imagen mental de Oliver. O de su madre. Recuperando la conciencia, Charlie soltó el alambre que le rodeaba el cuello. Había que cortar algunas cuerdas.

Aún podía ver el arma de Gillian más allá de las cabezas de Mickey y Pluto. Estaba demasiado lejos. Pero había otra cosa que estaba más cerca. Con un último impulso de su brazo sano, Charlie consiguió coger la correa de cuero fijada al interior de la cabeza de Pluto, y se volvió haciendo un gran esfuerzo hasta quedar apoyado sobre un costado. El alambre seguía hundiéndose en su garganta. Esta parte le dolería insoportablemente, de eso no había duda. Ignorando la sensación ardiente que le atenazaba la garganta, consiguió darse la vuelta, cogió la correa de cuero y lanzó la cabeza de Pluto contra Gillian. Describiendo una curva cerrada en el aire, la enorme cabeza la alcanzó a un lado del rostro como si fuese una bala de cañón de seis kilos y la arrojó al suelo con violencia.

Cuando Charlie rodó sobre su espalda, ella soltó la cola de Tigre, pero no se rindió.

—¡Eres hombre muerto! —rugió, mientras Charlie tosía al llenarse nuevamente los pulmones de aire. Gillian se levantó rápidamente. Trataba de recuperar el equilibrio, igual que Charlie. Pero él no conseguía recobrar el aliento. Inclinado y con un terrible dolor en el hombro, apenas si podía mantenerse en pie, mucho menos resistir otro ataque. De la nariz de Gillian brotaba un delgado hilo de sangre—. Empiezas a sentirlo, ¿verdad? —preguntó.

Charlie respiraba agitadamente con la boca totalmente abierta. Sabía que no podría soportar otro golpe.

Sin saber muy bien qué hacer, pensó en huir… Buscó la puerta y entonces… No. Ya estaba bien de huir.

Apoyó los pies con fuerza en el cemento, se volvió hacia Gillian y cogió con fuerza la correa de cuero. Gillian corrió hacia él presa de un ataque de furia. Charlie permaneció inmóvil en su lugar y preparó el brazo detrás de la espalda. Entrecerró los ojos. Sostenía la correa con tanta fuerza que las uñas se clavaron en la palma de la mano. «Todavía no, todavía no…», contó para sí. Gillian ya estaba casi sobre él. «¡Ahora!»

Charlie adelantó la pierna trasera, apoyó todo el peso del cuerpo sobre ella y lanzó el golpe. Como si fuese una antigua maza de hierro sujeta con una cadena, la cabeza de casi seis kilos de peso rasgó el aire. Al impactar contra la oreja de Gillian produjo un ruido sordo. La cabeza de grafito se partió con el impacto, provocando una larga fisura a través de los ojos de Pluto y derribando a Gillian. Ella aterrizó con fuerza sobre el suelo de cemento a los pies de Charlie. Esta vez, no se levantó. Pero cuando Charlie pudo finalmente respirar, sintió un zumbido familiar en el pecho. Tambaleándose hacia adelante, dejó caer la correa de cuero. Tuvo que hacerlo. No tenía fuerzas para sostenerla. La cabeza de Pluto chocó con el suelo de cemento y Charlie trastabilló hacia un costado cuando una aguja de dolor le atravesó el corazón.

Cayó sobre uno de los colgadores, haciendo que otro grupo de disfraces cayese al suelo. Su corazón burbujeaba y latía Era como si tuviese una bolsa de gusanos moviéndose dentro del pecho. «Ahora no… por favor…», imploró. Se volvió para correr en busca de Oliver, cogiéndose de los colgadores, y se abrió paso a través del estrecho pasillo, más allá del biombo de madera. Los gusanos se multiplicaban dentro del pecho y se reunían alrededor de la tráquea.

—Hhhh… —Un silbido agudo ascendió a través de la garganta—. Hhhhhh… —Charlie jadeó en busca de aire mientras sus latidos se aceleraban y luego comenzaban a golpearle las costillas. Cada vez más deprisa, tenía un tambor en el pecho. Cerró los ojos… Comprobó el pulso en el cuello…

«Dios santo…»

Estaba desbocado…

—Ollie… —llamó sin apenas voz—. ¡Ollie!

Tambaleándose a lo largo del pasillo principal, chocó contra la puerta y apoyó la mano en el pomo, abriéndola de par en par. Todo lo que tenía que hacer era atravesarla. Se apoyó en la pared y trató de impulsarse hacia adelante. Parecía estar tan cerca, pero, de alguna manera, seguía alejándose… Sentía la nuca empapada de sudor. Los gusanos se retorcían, cavando y apretando como un puño alrededor del corazón. Charlie trató de respirar, pero no pudo. A través de la puerta alcanzó a ver que Oliver y Shep estaban luchando. «¡Shep!» Ahora comprendió que se trataba de un sueño. Sin embargo, cuando Charlie miró fijamente la escena que se desarrollaba delante de él… Ollie… Ollie llevaba la mejor parte. Las lágrimas inundaron sus ojos al tiempo que Ollie y Shep desaparecían del cuadro. «Les has cogido, her…» El puño cerrado, pegado al corazón. Todo su rostro se contorsionó para resistir la presión. Estaba a punto de estallar. Y entonces… mientras caía de rodillas… estalló.

—Ollie… —balbuceó con un último jadeo asmático. Trató de añadir un adiós pero, mientras su rostro chocaba contra el cemento, las palabras no salieron de sus labios.

87

—Oliver, no pienso volver a preguntártelo —advierte Shep—. ¿Dónde coño está mí dinero?

Retrocedo trastabillando después del último golpe, me aparto de las carrozas y caigo hacia la pared lateral.

Detrás de mí ya no queda prácticamente espacio. Me tambaleo a través del campo minado de aros de *hulahop*, sombreros de maestros de ceremonias y docenas de otros chismes que están amontonados en el suelo, busco algo… cualquier cosa… que pueda utilizar a modo de arma. Lo único que tengo al alcance de la mano es un candelabro ornamentado, pero cuando lo cojo, pesa menos de cincuenta gramos: es todo de gomaespuma. Casi lo olvido. Disney World.

Shep corre tras de mí, apartando con violencia todo lo que encuentra a su paso, y me agarra de las solapas.

—Es tu última oportunidad —me advierte, su aliento caliente a un centímetro de mi cara—. ¿Dónde. Está. Mi. Dinero?

Mi cabeza resuena como si fuese un cuartel de bomberos. Apenas si puedo moverla de un lado a otro.

—Muérete, soplapollas. Jamás conseguirás un solo céntimo.

Fuera de sí, Shep me lanza violentamente hacia un enorme caballo de balancín. Mi cabeza choca contra la montura de madera, pero él no desiste.

—Lo siento, Oliver. Pero no he oído lo que has dicho.

—Muérete…

Un segundo después, haciéndome girar como si fuese una peonza, me arroja de cara hacia un enorme muñeco de muelle en una caja de sorpresas. El golpe y un ruido desagradable me confirman que mi nariz acaba de romperse.

—¿Quieres volver a intentarlo? —pregunta Shep, cogiéndome ahora con fuerza de la nuca.

Le miro con mi único ojo en condiciones. Mi voz sale débilmente.

—Muéret…

Rugiendo como un animal, me da la vuelta y me arroja contra un carrito de palomitas. Extiendo torpemente las manos para protegerme el rostro, pero llevo demasiada velocidad. Choco contra el cristal y, cuando se hace pedazos, las astillas me provocan profundos cortes en las manos. Apoyado sobre el estómago dentro del carrito, veo un fragmento triangular de cristal justo encima del pecho. En uno de los lados el borde es opaco y está sujeto al borde del carrito.

Shep me coge por las piernas y tira de mí hacia afuera. Fragmentos de cristal me desgarran la piel del estómago. Ignorando el dolor, extiendo la mano hacia el fragmento que he visto antes. Lo agarro con tanta fuerza que casi me corta la palma

de la mano. Y justo cuando mis pies vuelven a entrar en contacto con el suelo —antes de que Shep sepa lo que está ocurriendo— me doy la vuelta rápidamente y le clavo el trozo de cristal en el estómago.

Su rostro se vuelve blanco y se lleva las manos al vientre, contemplando la sangre brillante que le humedece las manos. No puede creerlo.

—Hijo de… —Levanta la vista—. Estás muerto… muerto…

Mete la mano dentro de la chaqueta y busca su arma. Ataco nuevamente y le hago un corte a la altura de la muñeca. Aúlla de dolor; es incapaz de sostenerla. El arma cae al suelo y la envío de un puntapié debajo del caballo de balancín. No le doy otra oportunidad. Tiene los ojos encendidos. Y, como si fuese un oso herido, Shep se lanza hacia adelante buscando mi cuello. Muevo el fragmento de cristal delante de mí y le alcanzo en el pecho. Los bordes me han herido la mano y la tengo empapada de sangre, pero no hay duda de quién se está llevando la peor parte en esta pelea. Por primera vez, Shep se tambalea. Cuando se acerca nuevamente, lanzo un golpe con las pocas fuerzas que aún me quedan. Por todo lo que ha hecho… todo lo que nos ha hecho sufrir; ignoro la sangre, entierro las consecuencias y me dispongo a asestar…

Oigo un sonoro jadeo que llega desde el cuarto que comunica con la nave contigua. Me quedo paralizado. Conozco ese sonido como a mí mismo. A mi izquierda, dentro del cuarto. Charlie se aferra el pecho con ambas manos y trata de apoyarse en la pared para no desplomarse.

—Ollie… —balbucea con la boca completamente abierta. Es todo lo que consigue decir. Jadeando en busca de un poco de aire, cae al suelo. Me vuelvo durante dos segundos. Pero para Shep es toda una vida.

En el momento en que comienzo a darme la vuelta, se lanza sobre mí. Mi pecho se hunde cuando me golpea con ambos puños como si fuese un muñeco de feria. Cuando choco contra el cemento recibo un duro golpe en los riñones. Shep me arrebata el cristal de las manos, infligiéndome un corte aún más profundo.

Lanzo un grito de dolor pero Shep no se inmuta. Ya no tiene nada que decir. Se sienta sobre mi pecho y anula cualquier movimiento de mis brazos apoyando con fuerza las rodillas sobre ellos. Me debato furiosamente y trato de liberar los brazos. Pero pesa demasiado. Le miro a los ojos pero es como si allí no hubiese nadie. A Shep ya no le importa nada. Ni yo… ni las cintas… ni siquiera el dinero.

Hundiendo las rodillas en mis bíceps, alza la hoja de cristal como si fuese una guillotina. Sus ojos no se apartan de mi cuello. No saldré vivo de ésta. Susurro una disculpa para Charlie. Y para mi madre. Cierro los ojos y me preparo para el impacto.

Pero lo que oigo a continuación es un disparo. Luego otros dos en rápida sucesión. Abro los ojos justo para ver cómo los proyectiles atraviesan el pecho de Shep. Su cuerpo se sacude violentamente ante los impactos. La sangre brota a borbotones de su boca. La hoja de cristal cae de su mano y se rompe al chocar contra

el duro cemento. Luego, mientras su brazo cae a un costado de su cuerpo, Shep se tambalea ligeramente y cae hacia atrás.

Siguiendo la dirección del sonido, rastreo su trayectoria. Entonces la veo, sentada en el suelo. No inconsciente… Despierta… Joey… Por la luz que brilla detrás de ella, sólo veo su sombra. Y el hilo de humo que sale del cañón de su arma.

Se levanta, corre hacia la pared y golpea con la culata de la pistola el cristal de la alarma de incendio. Un sonido estridente rompe el silencio y, un minuto después, oigo sirenas a lo lejos. Joey corre hacia donde yace mi hermano. Dios mío…

—¡Charlie! —grito—. ¡Charlie!

Trato de incorporarme pero es como si tuviese el brazo en llamas. No puedo mover los dedos. Me tiembla todo el cuerpo.

Media docena de guardias de seguridad de Disney entran a la carrera por la puerta principal del almacén. Todos se dirigen hacia mí; Joey permanece junto a mi hermano.

—Por favor, señor, no se mueva —dice uno de los guardias, cogiéndome de los hombros para que deje de temblar. Otros cuatro guardias se inclinan junto a Charlie, impidiéndome ver lo que está ocurriendo.

—¡No puedo verle! ¡Dejadme verle! —grito, estirando el cuello. Nadie se mueve. Ahora todos están concentrados en el cuerpo sin vida de Shep.

—¡Tiene taquicardia ventricular! ¡Necesita mexiletine! —grito en dirección de Joey. Ella le está administrando un masaje cardíaco, pero cuanto más me agito, más comienza a girar la habitación. Todo el mundo da vueltas y brinca de lado. Mi brazo exánime se extiende como una cinta de goma elástica por encima de mi cabeza. El guardia dice algo, pero lo único que oigo es una descarga estática. «No, no te desmayes», me digo. Alzo la vista hacia el techo. Ya es demasiado tarde. La vida se vuelve en blanco y negro, luego vira rápidamente al gris.

—¿Se encuentra bien? ¡Quiero saber si se encuentra bien! —grito con todas mis pocas fuerzas.

Otra docena de guardias entra en el almacén. Todos gritan. Y mientras el gris se convierte en un negro intenso, sin vida, no obtengo ninguna respuesta.

88

Exactamente como Charlie lo predijo, lo peor es comenzar. Olvida los comentarios en voz baja y los nada sutiles señalamientos con el dedo. Incluso la forma en que pasan a mi lado mientras los cotilleos se abren paso a través de la oficina. Eso puedo soportarlo. Pero cuando me siento en la oh-la-tan-prís-tina-sala de conferencias del primer piso y echo un vistazo a través de la ventana que me separa de mis antiguos compañeros del banco, no puedo evitar sentirme como un mono en el zoológico. Ellos hacen todo lo que pueden para mostrarse naturales mientras deambulan por el laberinto de escritorios. Pero cada vez que pasa alguno de ellos —cada vez que alguien sale del ascensor o se dirige a la fotocopiadora o incluso se vuelve a sentar a su escritorio— su cabeza se vuelve por un instante y me clavan esa mirada: parte curiosidad, parte juicio moral. Algunos lo condimentan con vergüenza; otros añaden una pizca de disgusto.

Han pasado dos semanas desde que saltó la noticia, pero ésta es la primera oportunidad que tienen de verlo con sus propios ojos. Y aunque la mayoría de ellos ya se ha decidido, todavía quedan unos pocos que quieren saber si es verdad. Son los más difíciles de enfrentar. Cualquier cosa que Charlie y yo hayamos hecho para salvar la situación, aun así nunca fue nuestro dinero.

Durante casi una hora permanezco sentado allí recibiendo sus miradas, susurros y dedos apuntados. Trato de mantener su mirada, pero la desvían. La mayoría de los días, sólo las abejas obreras de menor rango quedan atrapadas entre el enjambre de escritorios delante de la entrada principal. Hoy, hacia el final de la primera media hora, casi todos los empleados del banco han encontrado una excusa para acercarse a echar un vistazo al mono detrás del cristal. Esa es la razón de que me hayan puesto aquí. Si querían hacer las cosas de manera discreta, podrían haberme hecho entrar por la puerta de los artistas en la parte trasera del edificio y enviarme arriba en el ascensor privado. En cambio, han decidido montar un espectáculo y recordarme de paso que mis días de ascensor privado se han acabado. Como todo en Green & Green, se trata de una cuestión de percepción.

El tráfico alcanza su hora punta cuando, finalmente, Lapidus y Quincy, hacen su entrada. No me dicen nada directamente. Todo se ha hecho a través de su abogado, un desagradable mosquito de voz chillona. El tío me dice que están reteniendo mi finiquito hasta que la investigación haya concluido, que mi seguro de salud ha caducado de forma inmediata, que presentarán un recurso legal si intento ponerme en contacto con cualesquiera clientes actuales o antiguos del banco, y como guinda del pastel, que se pondrán en contacto con el SEC y las agencias reguladoras bancarias con la esperanza de que impidan que pueda trabajar en cualquier otro banco en el futuro.

—Muy bien —digo—. ¿Es todo?

El abogado mira a Lapidus y Quincy. Ambos asienten.

—Maravilloso —digo—. Entonces esto es para usted… —deslizo un sobre azul y blanco tamaño carta hacia Lapidus. No lleva nada escrito. Lapidus mira al abogado.

—No se preocupe, no es una citación —le digo.

Lapidus da la vuelta al sobre y ve su propia firma garabateada en la tapa posterior.

Es la única razón por la que he venido hoy al banco…

Lapidus abre el sobre y despliega mi carta de recomendación para la Escuela de Administración de Empresas.

… quería ver su cara. Y que supiera que yo lo sabía.

Mantiene la vista fija en la carta, negándose a mirarme. Sólo su incomodidad hace que merezca la pena vivir cada uno de esos segundos. Dobla la carta, la mete nuevamente en el sobre y se dirige en silencio hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta Quincy.

Pero Lapidus no le contesta. Es posible que Lapidus y Quincy nunca hayan estado involucrados en el dinero y en todo lo que sucedió, pero eso no les convierte en santos.

La reunión dura exactamente seis minutos. Cuatro años para construir esta vida. Seis minutos para borrarla de un plumazo. El abogado me pide que espere aquí mientras ellos recogen mis cosas.

Cuando se marchan, la puerta se cierra de golpe a sus espaldas, y yo miro hacia el vestíbulo a través de la ventana. Dos docenas de empleados apartan nuevamente la vista. El corte vendado que tengo en el estómago me duele cada vez que cambio de postura. Y mi nariz rota me duele cada vez que respiro. Pero esto duele mucho más.

Veinticinco minutos más tarde, nada ha cambiado. El zoológico sigue abierto. Hago un gesto con la cabeza en dirección a Jersey Jeff; finge no haberlo visto. Mary sale del ascensor y se niega a reconocer que estoy sentado a pocos metros. Durante cuatro años, me maté por mis compañeros, hice dinero para los clientes y me sumergí en cada pequeño detalle que el banco tenía que ofrecer. Pero en todos esos años, nunca hice un solo amigo.

Trato de no pensar en ello y me dedico a contemplar la mesa de juntas con incrustaciones de caoba. Es la misma mesa a la que me senté junto a mi primer cliente, quien llamó la atención de Lapidus y supuso mi traslado del primero al séptimo piso del banco. Hoy, mientras mis ojos recorren el diseño de la caoba antigua, inclino la cabeza y descubro un feo arañazo que recorre como una cicatriz el centro de la mesa. Nunca lo había visto antes. Pero apuesto a que siempre estuvo ahí.

Agotado finalmente por el juego de la espera, me levanto para marcharme. Pero justo cuando aparto el sillón, se oye que alguien golpea la puerta de la sala de conferencias.

—Adelante —digo, aunque la puerta ya se está abriendo.

Cuando vuelve a cerrarse, examino la figura familiar que lleva dos cajas de cartón del banco. Sin saber muy bien qué decir, Joey se acerca y deja las cajas sobre la mesa. Una de ellas contiene libros de administración y mi lámpara de banquero de imitación barata, la otra está llena de Play-Doh y el resto de los juguetes de Charlie.

—Ellos… eh… me pidieron que te trajese estas cosas —dice con voz inusualmente tranquila.

Asiento y reviso el contenido de mi caja. El juego de pluma y bolígrafo de plata fina que compré con mi primera bonificación. Y el secante de cuero que compré cuando obtuve mi primer ascenso. Naturalmente, el reloj art déco que me regaló Lapidus no está ahí. Imagino que lo quitó de la pared la semana pasada.

—Lamento que no te hayan dejado subir —explica Joey—. Es sólo que después de todo lo que ha pasado, la compañía de seguros me pidió que…

—No, lo comprendo —la interrumpo—. Todo el mundo tiene que hacer su trabajo.

—Sí… bueno… algunos trabajos son más fáciles que otros.

—De eso no hay ninguna duda. —La miro a la cara. A diferencia de todos los demás, ella no aparta la vista. En cambio, permanece conmigo… estudiando… absorbiendo mi reacción. Es la primera vez que la veo tan cerca… y sin un arma en la mano—. Escuche, señorita Lemont…

—Joey.

—Joey —repito—. Yo sólo… yo sólo quería darle las gracias por lo que ha hecho. Por mí… y por Charlie.

—Oliver, lo único que he hecho ha sido contar la verdad.

—No estoy hablando del testimonio… quería decir con Shep. Con el hecho de salvarnos…

—Casi consigo que les maten a los dos. Esa parodia de estar hablando con Lapidus por teléfono…

—… era la única manera de averiguar lo que realmente estaba pasando. Además, si no hubiera llegado cuando lo hizo… Y luego con la medicación de Charlie…

—Como tú mismo has dicho, todos hacemos nuestro trabajo —añade con una sonrisa. Es la única sonrisa que he visto en todo el día. Y significa mucho más de lo que ella nunca sabrá.

—¿Y qué pasará ahora? —le pregunto—. ¿Han podido recuperar todo el dinero?

—¿Dinero? ¿Qué dinero? —pregunta Joey echándose a reír—. Ya no hay ningún dinero… sólo una colección de unos y ceros asignados a un ordenador.

—Pero la cuenta en Antigua…

—Una vez que nos diste la ubicación, ellos enviaron de vuelta hasta el último céntimo; pero tú pudiste ver cómo diseñó Duckworth su gusano. Los tres millones…

los trescientos millones… Nada de ese dinero era real. Sí, de acuerdo, los ordenadores pensaron que era real, y sí, consiguió engañar a todos los bancos a los que enviaron el dinero —ésa era la parte genial del programa— pero eso no significa que el dinero estuviese efectivamente allí. Saluda al frío dinero contante y sonante del futuro. Puede parecer un dólar, y actuar como un dólar, pero eso no lo convierte en un dólar.

—¿De modo que todas esas transferencias de Tanner Drew y todos los demás en el banco…?

—Simplemente fue la manera más simple de hacer que el dinero pareciera auténtico. Cuando lo examinas es algo realmente brillante. Completamente azaroso, completamente imposible de encontrar. La parte más difícil es que, una vez que el gusano entra en el sistema, penetra profundamente en él y se esconde.

—¿Cómo saben entonces qué es real y qué es falso?

—Ésa es la cuestión ahora, ¿verdad? Lamentablemente para nosotros es como hablar del viaje a través del tiempo. Una vez que Gallo trajo el programa y Shep lo introdujo en el sistema, el gusano se escondió tan profundamente que creó una realidad completamente nueva. Los tíos de tecnología han dicho que llevará meses limpiar el sistema. Confía en mí, Lapidus y Quincy pueden sonreír ahora, pero durante el próximo año de sus vidas, ellos —y cada uno de los clientes de este banco — estarán bajo una lupa del tamaño de Utah.

Joey lo dice para que me sienta mejor. Y aunque puedo imaginarme la cara de Tanner Drew cuando le comuniquen la verificación contable de su cuenta, no estoy seguro de que funcione.

—¿Qué hay de Gillian? —pregunto.

—¿Quieres decir Sherry?

—Sí, claro… Sherry. ¿Se sabe algo de su situación?

—¿Aparte del proceso? Lo sabes mejor que yo. Eres tú quien habla con el procurador general.

Tiene razón.

—Lo último que supe de ella fue que pagó la fianza justo a tiempo para asistir al funeral.

Joey permanece en silencio mientras comparto con ella las noticias. Ella sigue siendo la que apretó el gatillo sobre Shep, no importa el motivo. Aun así, es demasiado inteligente para permanecer en el lado negativo de los acontecimientos. Cambiando rápidamente de tema, me pregunta:

—¿Qué piensas hacer después de esto?

—¿Quieres decir después de cinco años de libertad condicional?

—¿Ése fue el arreglo final?

—Siempre que entreguemos a DeSanctis y Gilli… Sherry, nuestro testimonio nos

deja libres.

Por la arruga que se forma en su frente, Joey se está preguntando si fue una decisión difícil. Nada en mi vida me ha resultado más fácil.

—¿Y qué hay de usted? —pregunto— ¿No le dan una bonificación o alguna clase de porcentaje por habernos atrapado a todos?

Ella sacude la cabeza.

—No cuando la que paga es una compañía de seguros de mala muerte —dice—. Pero siempre está el próximo caso…

Asiento, tratando de mostrar cierta compasión.

—¿Así que eso es todo? —pregunta Joey.

—Eso es todo —le digo.

Ella me mira como si yo no le hubiese contado todo.

—¿Qué? —pregunto.

Mirando por encima del hombro, se asegura de que no hay nadie escuchando.

—¿Es verdad que alguien te llamó para hablar de la compra de los derechos cinematográficos?

—¿Cómo se ha enterado?

—Es mi trabajo, Oliver.

Sacudo la cabeza y, por una vez, olvido la prudencia.

—Me llamaron. Dijeron que yo tenía un montón de argumentos secundarios, pero no les he vuelto a llamar. No lo sé… No todas las cosas tienen un precio.

—Sí… bueno, yo también tengo un montón de argumentos secundarios. Y lo único que te digo es que cuando busquen a alguien para mi papel, no permitas que sea alguna de esas tiernas reinas de belleza que siempre están con un móvil pegado a la oreja. A menos, claro está, de que sea una tocapelotas y tenga un cuerpo normal y, en la última frase, alguien le susurre: «Gracias, Perversa Joe.»

No puedo evitar una sonora carcajada.

—Haré lo que pueda.

Joey se dirige hacia la puerta y la abre de golpe. Cuando está a punto de marcharse, se vuelve y añade:

—Realmente siento que tuvieran que despedirte, Oliver.

—Créalo, es lo mejor.

Me observa para decidir si estoy mintiendo… a ella y a mí mismo.

Indecisa, se vuelve nuevamente hacia la puerta.

—¿Estás preparado para irte?

Miro las dos cajas que descansan sobre la mesa de juntas. La de la izquierda contiene manuales de autoayuda, plumas de plata y un secante de cuero. La que está a la derecha tiene Play-doh y a Kermit la Rana. Las cajas no son grandes. Puedo cargar con ambas. Pero sólo cojo una.

Venga, Kermit, volvemos a casa.

Apoyo la caja de Charlie contra el pecho y dejo la otra atrás.

Joey la señala.

—¿Quieres que te ayude a llevar…?

Sacudo la cabeza. Ya no la necesito.

Joey asiente ligeramente, retrocede y sostiene la puerta abierta para que yo pueda pasar.

Atravieso el umbral y recorro el banco por última vez. Todo el mundo me mira. No me importa.

—Patéales el culo, muchacho —susurra Joey en mi oído.

—Gracias, Perversa Joe —le digo con una sonrisa.

Sin decir nada más me sumo a la multitud. Miro al frente y ya puedo oler el Play-Doh.

89

—¿Y? ¿Qué han dicho? ¿Ya acabó todo? —me ametralla Charlie en el instante en que entro en su habitación.

—Adivínalo —contesto.

Charlie asiente, mientras se incorpora en la cama y se pone bien el vendaje que le cubre la herida del hombro. Sabía que ocurriría. Si no nos despedían hubiesen sido unos verdaderos idiotas.

—¿No dijeron nada de mí? —pregunta.

Dejo caer a los pies de la cama los juguetes que tenía en su escritorio sobre su edredón infantil.

—Querían convertirte en socio del banco, pero sólo si podían conservar a tu Silly Putty. Naturalmente les dije que eso no era negociable, pero creo que podemos contraatacar con algunos coches Matchbox. Los buenos, por supuesto, no esos chismes de mierda.

Mientras acabo la frase, se muestra completamente desconcertado. Esperaba ese resultado. Pero no mi reacción.

—No es una broma, Ollie. ¿Qué haremos ahora? Mamá no puede mantener dos apartamentos.

—Totalmente de acuerdo. —Salgo de la habitación y regreso dos segundos más tarde arrastrando un enorme talego de lona verde militar. Con un gruñido, lo levanto para colocarlo sobre la cama, dejando que rebote junto a él—. Esa es la razón por la que los hemos reducido a uno. —Charlie abre la cremallera y contempla mi ropa, perfectamente doblada en el interior del talego.

—¿De modo que realmente lo has hecho? ¿De verdad vuelves a vivir aquí?

—Eso espero, acabo de gastarme veintitrés pavos en mi última carrera de taxi. Esas cosas te costarán una fortuna.

Entrecerrando los ojos, Charlie me observa atentamente.

—Muy bien, ¿cómo acaba el chiste?

—No sé de qué estás hablando.

—No, no, no —insiste—. No practiques conmigo ese juego, Monty. Yo estaba allí cuando encontraste ese apartamento y te mudaste. Recuerdo lo orgulloso que te sentías aquel día. En la universidad, todos tus amigos vivían en los dormitorios, y tú tenías que vivir en casa y coger el tren todos los días. Pero una vez que te graduaste… una vez que firmaste aquel contrato de alquiler y diste tu primer paso en el camino de ladrillos amarillos del éxito… sé lo que significaba para ti, Ollie. De modo que ahora que vuelves a mudarte a casa, no me digas que no estás destrozado.

—Pero no lo estoy.

—Pero no lo estás —repite, sin dejar de estudiar mi expresión. Puede ser un

movimiento temporal, pero es bueno.

—¿Crees que en esta habitación aún pueden dormir dos? —pregunto, señalando la pirámide de altavoces donde estaba mi vieja cama.

—Dos está bien… me siento feliz de que no sean tres —dice con suspicacia.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Bueno, hace un rato llamó tu novia Beth. Dijo que tu teléfono estaba desconectado.

—Y…

—Y quiere hablar contigo. Dijo que habéis roto.

Esta vez no contesto.

—¿Quién rompió con quién? —pregunta Charlie.

—¿Acaso importa?

—De hecho, sí —dice, tocándose la fina costra que aún no ha desaparecido de su cuello.

—¿Desde cuándo eres tan tétrico?

—Limítate a responder la pregunta, Ollie.

No lo dirá, pero es evidente lo que mi hermano está buscando. La vida es siempre una prueba.

—Si hace que te sientas mejor, fui yo quien rompió con ella…

—¡Gracias, Señor, estoy curado…! —grita Charlie alzando su hombro—. ¡Mi brazo… funciona! ¡Mi corazón… late!

Pongo los ojos en blanco.

—Mmmmmm, cariño, ¿puedo entonar un aleluya?

—Sí, sí, ella también te echará de menos —digo—. ¿Ahora qué te parece si me ayudas a colocar el resto de mis cosas?

Charlie baja la vista y se lleva la mano al hombro.

—Oh, mi brazo… no puedo respirar.

—Venga, farsante, mueve el culo de la cama. Los médicos dicen que ya estás bien. —Retiro las sábanas y descubro que Charlie lleva tejanos y calcetines—. Eres realmente deprimente, ¿lo sabías? —digo.

—No, deprimente sería si tuviese puestas las zapatillas.

Sale de la cama de un salto, me sigue a la sala de estar y ve mi otro talego de lona, dos enormes cajas y algunos cartones de leche llenos de CD, vídeos y fotografías viejas. Eso es todo lo que me queda. El único mueble es el que traje anoche: mi cómoda de cuando me trasladé al apartamento. Pertenece a este lugar.

—¿Dónde está tu cama Calvin Klein? —pregunta Charlie.

—Mamá dijo que conserva mi vieja cama en el sótano. Estoy seguro de que todo saldrá bien.

—¿Bien? —Sacude la cabeza, incapaz de aceptarlo—. Ollie, todo esto es

estúpido. No me importa lo buen actor que seas, puedo percibir el dolor en tu voz. Si quieres podemos empeñar alguno de mis altavoces. Eso al menos te dará al menos otro mes para…

—Estaremos bien —le interrumpo mientras levanto el otro talego—. Estoy seguro.

—Pero si no tienes trabajo…

—Confía en mí, hay un montón de buenas ideas ahí fuera. Sólo se necesita una.

—¿Qué, piensas volver a vender camisetas? No sacarás un céntimo haciendo eso.

Dejo caer nuevamente el talego, apoyo la mano en su hombro sano y le miro directamente a los ojos.

—Una sola idea buena, Charlie. Y yo la encontraré.

Charlie observa la forma en que estoy balanceándome sobre mis talones.

—Muy bien, de modo que ya hemos superado al Universitario Ollie, y al Banquero Ollie y al fácilmente olvidable Me muero por Impresionar Ollie con su Alma Móvil. ¿Quién es éste? ¿El Empresario Ollie? ¿El Tío con Iniciativa Ollie? ¿Trabajando en Foot Locker en un Mes Ollie?

—¿Qué me dices del verdadero Ollie? —pregunto.

Eso le gusta.

Cuando me dirijo al comedor ya puedo sentir la energía que retumba en mi estómago.

—Te digo una cosa, Charlie, ahora que tengo tiempo, no hay nada que…

Me interrumpo al ver el sobre abierto que hay en el borde de la mesa. El remitente dice Coney Island Hospital. Conozco el ciclo de las facturas.

—¿Ya nos han enviado otra factura? —pregunto.

—Más o menos —contesta Charlie, tratando de pasarlo por alto.

Eso es… algo ha ocurrido. Voy directamente a buscar el sobre. Cuando saco la factura, es todo lo mismo. El saldo total sigue siendo de ochenta y un mil dólares, los vencimientos a final de mes siguen siendo de cuatrocientos veinte dólares y el estado de los pagos sigue siendo «Puntual». Pero en la parte superior de la factura, en lugar de decir «Maggie», el nombre que consta encima de nuestra dirección ahora dice «Charles Caruso».

—¿Qué es lo que…? ¿Qué has hecho? —pregunto.

—No es de ella —dice Charlie—. No debería ser su responsabilidad.

De pie en el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos de los tejanos, en su voz hay una calma que no había escuchado en años. Dicho eso, hablar de las facturas del hospital es fácilmente una de las cosas más irreflexivas, innecesarias e inoportunas que mi hermano ha hecho nunca. Es por eso que le digo la verdad.

—Bien por ti, Charlie.

—¿Bien por ti? ¿Eso es todo? No vas a someterme al tercer grado para que te dé

todos los detalles: ¿Por qué hice el cambio? ¿Cómo acabará esto? ¿Cómo podré hacer frente a los pagos?

Sacudo la cabeza.

—Mamá ya me ha explicado lo del trabajo.

—¿Mamá te lo ha explicado? ¿Qué es lo que te ha dicho?

—¿Qué hay que decir? Es un trabajo de ilustración en la Editorial Behnke. Diez horas al día haciendo dibujos para una línea de manuales técnicos, tan aburrido como observar cómo se seca el betún de los zapatos, pero pagan dieciséis pavos la hora. Como te he dicho, bien por…

Antes de que pueda acabar la frase, la puerta del apartamento se cierra con un fuerte golpe a nuestras espaldas.

—¡Veo a unos chicos muy guapos! —dice mamá cuando ambos nos giramos. Lleva dos bolsas marrones con comestibles; las sostiene con una llave doble de lucha libre. Charlie corre a coger una bolsa y yo hago lo propio con la otra. En el instante en que queda libre del peso, su sonrisa se vuelve más amplia y sus gruesos brazos se cierran alrededor de nuestros cuellos.

—Mamá, cuidado con mis puntos… —dice Charlie.

Ella le suelta y le mira a los ojos.

—¿Dices que no a un abrazo de tu madre?

Sabiendo que es inútil discutir, Charlie deja que le bese en la mejilla.

—Charlie me ha dicho que detesta tus abrazos —digo—. Me ha dicho que espera que no vuelvas a darle un abrazo en toda su vida.

—No empieces… tú eres el siguiente —me advierte. Me besa y se quita no sin esfuerzo su pesado abrigo. Al ver las cajas y el talego en el suelo, no puede reprimirse—. Oh, mis chicos han vuelto a casa —exclama, siguiéndonos a la cocina.

Charlie comienza a ordenar los comestibles en los armarios. Yo me quedo con los ojos fijos en el bote de galletas de Charlie Brown. Ya me estoy mordiendo el interior del labio. Durante casi cinco años ha sido mi hábito más regular. Me muero por abrirlo. Pero, por una vez, no lo hago.

Charlie me observa atentamente. «Está bien», me dice con la mirada.

«Todos necesitamos un día libre. Incluido tú.»

—¿Y adivinad para quién tengo un regalo? —pregunta mamá, captando mi atención. De una de las bolsas de la compra saca una bolsa de plástico azul—. Lo he visto en la tienda de hilos y no he podido resistirme…

—Mamá, te dije que no me compraras nada —me quejo.

Pero a ella no le importa; está demasiado excitada. Mete la mano dentro de la bolsa y saca un lienzo bordado con punto de aguja y lo sostiene en el aire. En letras rojas y estarcidas puede leerse: «Florece donde te han plantado.»

—¿Qué te parece? —pregunta mamá—. Es sólo un pequeño regalo de

bienvenida. Puedo ponerlo en un marco o en un cojín, lo que tú quieras.

Como la mayoría de los bordados de mamá, el eslogan es exageradamente sentimental.

—Me encanta —digo.

—A mí también —coincide Charlie. Saca su cuaderno de notas y escribe a toda velocidad. «Florece donde te han plantado.» Mientras reproduce las palabras, tiene buen aspecto con un bolígrafo en las manos.

—Por cierto, he visto a la madre de Randy Boxer en la tienda de hilos —añade mi madre, volviéndose hacia Charlie—. Estaba tan feliz de que la hubieses llamado… le has alegrado el día.

—¿La madre de Randy Baxter? —pregunto—. ¿Para qué la has llamado?

—En realidad estaba tratando de conseguir el número de teléfono de Randy —me explica Charlie, como si fuese algo que sucede todos los días.

—¿De verdad? —pregunto, notando la rapidez de su respuesta. Pero no engaña a nadie. Hace al menos cuatro años que no ha visto a Randy—. ¿A qué se debe esta repentina reunión de instituto?

Vuelve a ordenar los comestibles sin contestar a mi pregunta.

—Todavía no —explica sin mirarme—. No hasta que todo esté en su lugar.

—Charlie…

Vuelve a pensarlo. Sea lo que sea, le pone nervioso. Pero después de toda una vida diciéndome que me coma los amargones, él sabe que ha llegado el momento de que él dé el primer mordisco.

—Estábamos… estábamos pensando que quizá podríamos formar una pequeña banda…

Apenas si puedo contenerme.

—Una banda, ¿eh? —pregunto con una sonrisa de oreja a oreja.

—Nada importante, ya sabes, sólo algo estridente pero de buen gusto. Pensamos que podemos reunirnos después del trabajo… comenzar en el club de Richie Rubin en New Brunswick… luego, tal vez, abrirnos camino en la ciudad.

—No, eso suena genial —digo, tratando de mantener el tono informal de la conversación—. Por supuesto, tendréis que buscar un nombre.

—Por favor… ¿cómo crees acaso que pasamos nuestras tres primeras horas de ensayo?

—¿O sea que ya tenéis un nombre para la banda?

—Venga, tío, ¿parecemos acaso unos novatos? Actuando en el Shea Stadium a comienzos del próximo verano, damas y caballeros… por favor, quiero que den una calurosa bienvenida a… *¡Los millonarios!*

Me echo a reír. Mamá también.

—¿Realmente pensáis usar ese nombre? —pregunto.

—Eh, si voy a tener que estar luchando para salvar edificios altos de un solo salto, también puedo llevar una capa guapa. Empieza bajo, apunta alto.

—Eso es rnuy Poder de Pensamiento Positivo de ti.

—Bueno, es que soy un tío muy Poder de Pensamiento Positivo. Pregúntaselo a cualquiera. Además, ¿quién quiere ver a una banda llamada *La cabeza cortada de Pluto*? Si lo hacemos, perdemos todo el mercado infantil.

Mamá está en el fregadero. Abre los grifos y se lava las manos. Lleva tiritas en cuatro de sus dedos. Detrás de ella, veo que Charlie mira fijamente el bote de Charlie Brown. La pintura de la nariz se ha descascarado. Extiende la mano y acaricia las orejas redondas de cerámica.

—Ahora ya no parece tan grande como antes —susurra Charlie en mi dirección —. No importa cuántos dibujos tenga que hacer, este mamón estará vacío dentro de un año.

—¿O sea que estás listo? —interrumpe mamá, mirando a Charlie.

—¿Perdón? —pregunta él. Al principio, lo toma como una más de las preguntas típicas de mamá. Pero cuando se fija en la expresión de su rostro, ambos comprendemos que no se trata de una pregunta. «O sea que estás listo.» Es una afirmación.

—Sí —dice Charlie—. Creo que sí.

—¿Puedo ir a ver el ensayo? —añade mamá.

—Olvídate de mirar, necesitamos el poder de una estrella como tú en el escenario. ¿Qué me dices, mamá, estás preparada para tocar una pandereta? Haremos las primeras pruebas de aptitud mañana por la noche.

—Oh, mañana por la noche no puedo —dice ella—. Tengo una cita.

—¿Una cita? ¿Con quién?

—¿Con quién crees tú, tío?

Me adelanto, colocándome entre ambos, y deslizo el abrazo alrededor de la cintura de mamá.

—¿Crees que eres el único que sabe bailar el cha-cha-cha? Las lecciones de baile no esperan a ningún hombre. Venga, mamá: y uno, y dos, ahora el pie derecho primero…

Hago girar a mi madre y su voluminoso cuerpo golpea la cocina de metal. Lanzo una carcajada y me balanceo siguiendo mi ritmo imaginario.

—¿Quién te ha enseñado a moverte de un modo tan patéticamente torpe? —bromea Charlie—. Bailas como un tío cincuentón en una cola de conga de una boda de barrio.

Tiene razón. Pero no me importa.

Después de años de haberme roto el culo en el banco privado más prestigioso del país, yo —en este momento— no tengo trabajo, no tengo ingresos, no tengo ahorros,

no tengo novia, no tengo un futuro visible y ninguna red de seguridad que pueda salvarme si me caigo del trapecio. Pero mientras giro con mi madre por la cocina de nuestro apartamento y veo su pelo gris que se agita en el aire, finalmente sé adónde voy y quién quiero ser. Y cuando mi hermano toma posición para el siguiente baile, él también lo hace.

—Y uno, y dos… ahora el pie derecho primero…

Epílogo

Con un leve giro del pomo oval Victoriano de bronce, Henry Lapidus entró rápidamente en su despacho, cerró la puerta tras él y se dirigió a su escritorio. Levantó el auricular del teléfono y echó un vistazo a la Hoja Roja que tenía sobre el escritorio, pero no se molestó en abrirla. Era una lección que había aprendido hacía muchos años; como un mago que protege sus trucos, no deben ponerse todos los números en la hoja, especialmente aquellos que sabes de memoria.

Mientras marcaba el número y esperaba a que alguien contestara la llamada, miró la carta de recomendación que había escrito para Oliver y que aún llevaba en la mano izquierda.

—Hola, me gustaría hablar con el señor Ryan Isaac, por favor. Soy uno de los clientes del grupo privado —explicó.

Lapidus no podía evitar que la situación le resultara divertida. Sí, su prioridad había sido siempre recuperar el dinero. De hecho, él había sido quien llamó personalmente al banco en Antigua para asegurarse de que devolviesen hasta el último céntimo. Sin duda había sido lo correcto.

Pero eso no significaba que tuviese la obligación de hablarles del robo al banco de Antigua, o del gusano de Duckworth, o del hecho de que ese dinero no era real.

—Señor Isaac, soy yo —dijo Lapidus en el instante en que Isaac se puso al teléfono—. Sólo quería asegurarme de que todo ha llegado allí sin problemas.

—Así es —contestó Isaac—. Ha llegado esta mañana.

Hacía tres semanas, el banco de Antigua se sorprendió el recibir un depósito de trescientos trece millones de dólares. Durante cuatro días, ese dinero permaneció ingresado en una de las cuentas individuales más grandes del mundo. Durante cuatro días tuvo más dinero en metálico del que jamás había visto. Y durante cuatro días, en opinión de Lapidus, Oliver había hecho al menos una cosa bien. Era una de las primeras lecciones que Lapidus le había enseñado: «Nunca abras una cuenta a menos que obtengas intereses.» Lapidus asintió para sí, disfrutando intensamente del momento.

Cuatro días de intereses. De trescientos trece millones de dólares.

—Ciento treinta y siete mil dólares —le aclaró Isaac desde el otro extremo de la línea—. ¿Quiere que ingrese el dinero en su cuenta habitual?

—Eso sería perfecto —contestó Lapidus mientras giraba en su sillón y contemplaba la línea del cielo de Nueva York a través del amplio ventanal del despacho.

Colgó el auricular y supo que una vez que el capital había sido devuelto, el gobierno estaría demasiado ocupado rastreando el gusano y tratando de dilucidar cómo había funcionado. Y ahora que estaban metidos hasta las cejas en ello, bueno…

gracias a un oportuno pago al director del banco en Antigua, todos los registros de los intereses habían desaparecido hacía mucho tiempo. Como si jamás hubiesen existido.

Con la mirada aún en la línea de los rascacielos de la ciudad, Lapidus hizo una bola con la carta de recomendación de Oliver y la lanzó dentro del jarrón de porcelana china del siglo XVIII que utilizaba a modo de cubo para la basura. «Ciento treinta y siete mil dólares», pensó para sí mientras volvía a reclinarse en su confortable sillón de cuero. No estaba nada mal para un día de trabajo.

Mientras contemplaba las primeras sombras de la tarde, un rayo de sol se reflejó en el casco de samurai Kamakura que colgaba en la pared que había a sus espaldas. Lapidus no lo vio. Si lo hubiese advertido, habría visto el parpadeo de luz justo debajo de la frente del casco, donde un objeto plateado atisbaba el despacho. Para el ojo no entrenado era simplemente un clavo que mantenía la máscara en su sitio… o la punta de una pluma plateada muy fina. Pero nada más.

Excepto por el reflejo ocasional de la luz del crepúsculo, la diminuta videocámara estaba perfectamente oculta. Y, dondequiera que Joey estuviese en ese momento, seguro que sonreía.